

FUERTE - Y DEBIL



JOSE LOPEZ-PORTILLO Y ROJAS

LIBRERIA ESPAÑOLA

AVE. 5 DE MAYO 43.

MEXICO, D. F.

*Ex. Lic. D. Alfonso Reyes.
Carolina n.º 32. Madrid.*

FUERTES
Y
DEBILES

POR

JO^{VE}

LOPEZ-PORTILLO

Y ROJAS



PQ7297

.L769

F8



1020099785

A Alfonso Reyes, honra de
Méjico y orgullo de sus amigos,
Su hijo admirador y amigo
José López-Fantillo
y Aguirre

FUERTES

Y DÉBILES

Méjico, noviembre 4 de 1919.



Handwritten notes in Spanish, including the name 'Jose Lopez-Portillo y Rojas'.

FUERTES

Y DÉBILES

Handwritten notes at the bottom of the left page.

BIBLIOTECA CENTRAL

1757
1.
93 84

FUERTES Y DÉBILES

NOVELA

POR

JOSE LOPEZ-PORTILLO Y ROJAS.



EDITADA POR

“LIBRERIA ESPAÑOLA”

AVENIDA 5 DE MAYO, 43

TELEFONO ERIC. 7355.

APARTADO POSTAL 1445

MEXICO, D. F.

16488

FUERTES

PQ7297 Y DE

L769

F8

NOVELA

JOSE LOPEZ PORTILLO Y ROSAS

ES PROPIEDAD DEL EDITOR
QUEDA HECHO EL DEPOSITO QUE
MARCA LA LEY.



LIBRERIA ESPAÑOLA

AVENIDA 5 DE MAYO 43

18188

recientemente las artes tipográficas se ponen a con-
tribución para escribir convenientemente a las lib-
rerías.
La "Librería Española" se propone subsanar
estos estos impedimentos, ya que tiene la consue-
tudin de que facilitando la difusión de las obras
nacionales, presta un servicio, siquiera sea mo-
desto, al progreso y prestigio de la República Me-
jicana.



A "Librería Española" inaugura con este volumen una Biblioteca que se formará principalmente con obras de escritores mejicanos.

La producción literaria nacional, ha contado hasta ahora con pocas casas editoriales que la den a conocer al público, razón por la que parece menos abundante de lo que es en realidad. No sólo los escritores noveles, sino aun los más reputados encuentran generalmente muchas dificultades para convertir sus originales en letras de imprenta, sin que pueda decirse, sin embargo, que faltan lectores para ellos, como lo atestigua la circunstancia de haberse hecho de algunas obras dos o más ediciones, prontamente agotadas.

El principal obstáculo con que tropieza la difusión de la producción mejicana se debe, a nuestro juicio, a que los editores no la han convertido en el principal objeto de sus actividades y la han dejado dormir, desdeñando toda tarea de propaganda, tan necesaria hoy, hasta para los trabajos del mayor mérito e importancia.

Contribuye, por otra parte, al aparente desafecto del público mejicano hacia las letras patrias, lo descuidado de la presentación, siendo muy contadas las obras de autores nacionales en que se haya

atendido mercedamente al detalle material, cuando actualmente las artes tipográficas se ponen a contribución para secundar empeñosamente a las literarias.

La "*Librería Española*" se propone subsanar todos estos impedimentos, ya que tiene la convicción de que, facilitando la difusión de las lecturas nacionales, presta un servicio, siquiera sea modesto, al progreso y prestigio de la República Mexicana.

El autor que inaugura la Biblioteca es uno de los más conocidos y prestigiados, y cuyo elogio, por lo mismo, es innecesario. Escritor atildado y correctísimo, el Lic. don José López-Portillo y Rojas, se caracteriza principalmente por la sencillez impecable de la forma y la sutil finura de la expresión, datos que aparecen de resalto en la obra que damos al público y al que toca, mejor que a nosotros, saborear el volumen que presentamos.

A la obra del Señor López-Portillo y Rojas, seguirán otras próximamente del mismo autor, así como también de los que forman en la vanguardia en el mundo de la ciencia y del arte.

PRÓLOGO



¿QUIÉNES son los fuertes? ¿quiénes los débiles? Vanas y ociosas parecen estas preguntas; tan claras así pueden considerarse las respuestas que suscitan.

Fuertes, se dirá, son los que tienen en las manos los elementos preponderantes del triunfo y la dominación, y débiles los que de ellos carecen. Más el punto no es tan sencillo y elemental como a primera vista se antoja.

Por poco que se reflexione acerca de la actuación de esas aptitudes o deficiencias al través del tiempo y del espacio, irá cambiando el concepto que de ellas se forme, porque suelen ser palmarios los cambios que sufren esos factores en el libre juego de los acontecimientos. Inesperados y hasta aparentemente ilógicos efectos producen las complicaciones de la vida sobre los hechos comunes. Así la regla reconocida se quebranta y resulta derrotado el aforismo, fracasa la fuerza y la impotencia se sobrepone, cae el coloso herido por una piedrecilla, y el pastor armado de honda mata al gigante vestido de hierro. Al presenciar esas sorpresas que la existencia nos depara, mírase surgir el problema arriba apuntando, y se ocurre preguntar de qué lado está el poder definitivo, si del grupo de los paladines del puño, de la ciencia y de la riqueza, o si de la corte de los milagros de la extenuación, la ignorancia y la pobreza.

El presente libro pone a la vista del lector al-

gunas de esas poco estudiadas antinomias, pero las trata sólo desde el punto de vista literario, por el interés que en el espíritu despierta su profundo dramatismo. En consecuencia, los ejemplos contenidos en las siguientes páginas, no sirven ni están destinados a servir de base a ninguna generalización; llevan por único objeto el registrar algunos *casos* interesantes, que se prestan a serias reflexiones.

De ellos podrá deducirse que la fuerza y la debilidad son factores relativos y no absolutos, que yerran los poderosos al tener fe ciega en la incontrastabilidad de su pujanza, y que el poder y la impotencia suelen trocar sus papeles en el mundo, y convertirse en antítesis viviente de sí mismos.

Las rígidas líneas que desde la antigüedad habían dividido a los hombres, han ido flexionando en los modernos tiempos. A juzgar por la marcha que llevan las cosas, tiende la civilización a nivelar todas las clases, menguando resistencias, armando flaquezas y estableciendo compensaciones; mas, a pesar de todo, nunca llegará a perfeccionarse ese sistema (que apenas pasará de la categoría de un mero postulado), porque es contrario a las leyes de la naturaleza. El equilibrio absoluto significaría la cesación de la lucha, y, por consiguiente, el reinado de la monotonía, de la uniformidad y del silencio. *Omnis vita in motu*. Reina la muerte donde falta el movimiento, y todo movimiento se compone de acciones y reacciones. Son indispensables la fuerza y la debilidad para el desarrollo del gran drama de la vida, cuya divina sinfonía se compone de clamores de combate, ayes de desesperación y gritos de victoria.

José LOPEZ-PORTILLO Y ROJAS.

FUERTES Y DEBILES

CAPITULO I.

MADRE E HIJA.



El mes de diciembre es el más hermoso y alegre del año en la ciudad de Méjico, o sea en la gran *urbe* como han dado en llamarla periodistas ampulosos y pedantes: es el de las *Posadas*, de las temporadas de ópera, de las cenas íntimas, de las boas y los manguitos femeninos de pieles, de los abrigos rusos para los hombres y de la zambra y el jaleo para todo el mundo. El antiguo pretexto de rezos y fiestas de carácter religioso ha ido desapareciendo poco a poco para dar lugar a reuniones puramente sociales. Porque la peregrinación de la Santa Familia, los desfiles de la gente de casa y de los invitados vela en mano por pasadizos y corredores, el llamar a puertas cerradas, tras las cuales hay más gente de casa y más invitados, y el no abrirlas durante algún tiempo, con diálogo cantado y recitación de oraciones de un lado y otro: todo eso va

perdiéndose poco a poco, y esfumándose en los limbos misteriosos de las cosas muertas e idas. Lo único que, casi siempre, de los antiguos usos y costumbres se observa todavía, son el nombre de las reuniones y la diaria asistencia al holgorio durante un período de nueve días. Pobres y ricos, cual más, cual menos y en la medida de su posibilidad, procuran alegrarse lo más ricamente que les es dable, mientras dura el novenario místico-profano, haciendo para ello diversas combinaciones. Posadas hay que se hacen por la cuenta exclusiva de los dueños de la casa; otras a escote de gastos entre varias familias, pero en un solo lugar; o bien, merced a un movimiento rotativo y de traslación de los alegres grupos, pasa la fiesta cada día a casa nueva para repartir bien los gastos y no echar sobre un hogar solo todo el peso de los desembolsos.

Nuestros padres entendían las cosas de otra manera. Cada casa hacía su fiestecita especial, y era el primer cuidado de la familia, arreglar un hermoso Nacimiento, tanto mejor y más valioso, cuanto mayor número de figuritas y bíblicas escenas en su pequeño cuadro contenía. Mirábanse en él, ante todo, al Niño Jesús recostado en el pesebre o en el regazo de la Virgen Santísima, y a San José en pie con la florecida vara en la mano e invariablemente vestido con túnica verde y manto amarillo. Un buey y un asno, echados junto al pesebre, parecían calentar al Recién Nacido con su aliento humilde y cariñoso; los Reyes Magos, Melchor, Gaspar y Baltasar (un español, un indio y un negro, según la tradición colonial), llevaban en las manos ofrendas de oro, incienso y mirra, y los pastorcitos de Belén, anacrónicamente vestidos a la usanza de la Edad Media, acudían asimismo con sus dádivas de tiernos corderillos, que sobre los hombros conducían.

No obstante esa escena culminante y central, no había inconveniente para que aquellos mismos personajes apareciesen en otros varios grupos dispuestos y combinados de diferentes maneras en toda la extensión del curioso cuadro.

La Sagrada Familia iba huyendo hacia Egipto: la Virgen en un asno, llevando en brazos al Divino Infante, y el Santísimo Patriarca a pie y en actitud de ir arreando la bestia. Había palmeras por el camino, y un ángel presidía la marcha.

De ángeles suspendidos del techo por medio de delgados y casi invisibles hilos, estaba llena la parte superior del curioso retablo, y algunos de ellos llevaban en las manos, anchas bandas desplegadas, en las cuales se leían estas inscripciones: *Gloria a Dios en las alturas, Paz a los hombres de buena voluntad*. Otros mensajeros celestes pulsaban cítaras, arpas y violines; pero ninguno de ellos flautas o cornetas, por no haberse conocido por entonces, o por no haber alcanzado gran éxito en los tiempos evangélicos, los cobres y las maderas que forman ahora parte tan principal de nuestras buenas orquestas wagnerianas.

Los Reyes Magos, blanco el uno, trigueño el otro y negro el tercero, como correspondía a las diversas razas que representaban y climas de donde venían, caminaban por otro lado, caballeros sobre altos dromedarios o elefantes elegantemente caparazonados, sin soltar de la diestra el áureo cetro, y llevando coronas resplandecientes en la cabeza. Numerosos esclavos de tez semejante a la de cada uno de aquellos señores, seguían tras ellos a pie, llevando a cuestras los ricos presentes que serían ofrecidos al Divino Infante. Iluminando el camino de los Reyes, mirábase hacia arriba brillantísima estrella, hecha de pedacitos de cristal e

hilos de plata, la cual iba guiando lógicamente a los tres personajes, por ser todos sabios astrónomos, que pasaban la vida estudiando los cielos.

Yacían más allá los pastorcillos, blandamente recostados en el mullido césped, mientras sus blancos rebaños pacían la tierna hierba, y el agua, figurada también con hilos de plata, a corta distancia de ellos corría, y formaba lagos y remansos de trecho en trecho, los cuales eran representados por otros tantos fragmentos de espejos rotos. En medio de los pastores, un ángel calzado con elegante coturno, vestido de blanco y con las doradas alas replegadas en lo alto de la espalda, anunciábales el nacimiento del Salvador, y los invitaba a ir a Belén.

La degollación de Herodes ocupaba sitio prominente y horriblemente dramático en el conjunto. Mirábase ahí al monstruo coronado, presenciando con ojos glaciales la siega de tantas blondas y rizadas cabecitas, en tanto que los fieros verdugos, armados de anchos y plateados chafarotes, descargaban tremendas cuchilladas sobre el cuerpo de los desnudos niños, a los cuales mantenían cogidos por un pie con la siniestra mano, en tanto que las inocentes criaturas tendían los sonrosados bracitos hacia sus desoladas madres, que de rodillas y vertiendo copioso llanto, presenciaban la bárbara ejecución.

No faltaban ahí, por de contado, nuestros primeros padres, en pie, y haciendo centinela a un lado y otro del árbol del bien y del mal, en paños menos que menores. En torno del tronco y de las ramas de éste, enredábase serpiente gruesa y negra, semejante a boa constrictor, de ojos color de fuego, la cual llevaba en la pérfida y venenosa boca, la redonda manzana con que tentó el apetito de Eva para trocirla en instru-

mento de seducción, cerca del enamoradoísimo, incauto y remotísimo abuelo nuestro. Más adelante figuraban éste y la engañada mujer, saliendo del Paraíso, arrojados de él por un ángel implacable, que esgrimía espada flamígera.

Ahora no se estilan ya esas inocentadas que causaron antaño el gozo y admiración de cuantos las vieron, y, sobre todo, de los cándidos niños, que permanecían extáticos y embobados ante aquellos museos en miniatura, de enseñanza objetiva, aunque desordenada y a la buena de Dios. Poquísimas son las casas donde se conserva la tradición, y esas pocas suelen no ser, por cierto, las más ricas y encoquetadas de la metrópoli, sino las que habita la clase media o pobre, porque los burgueses y pecheros han sido siempre difíciles de ser seducidos por las innovaciones, sea por su poca cultura o por su gran sentimentalismo. Las clases altas y refinadas, por el contrario, son tan movibles y tornadizas como las hojas de los árboles o las veletas de las torres, que giran al soplo de los vientos y se pliegan a la presión de todas las ráfagas. La *high life* se transforma al impulso de la moda, como cambian de color los camaleones con el alza y la baja de la temperatura.

Doña Carlota Bolaños, viuda de Téllez, aunque retoño de árbol genealógico elevado, noble y frondoso, según lo atestiguaba un cuadro hecho a plumá, que junto a la cabecera de su cama pendía, era del número de las personas que no habían dado de mano a las antiguas costumbres. Azares de los tiempos y golpes de la fortuna, habíanla privado de una parte de la cuantiosa hacienda que por derecho de sucesión le correspondía; mas no por eso había quedado en el arroyo o en las cuatro esquinas, como suele decirse, pues realizándose en ella aquel adagio que afirma, que más

tiene el rico cuando empobrece, que el pobre cuando enriquece, conservaba bienes bastantes para llevar la vida sin sobresalto ni congoja, y hasta con cierto lustre anticuado. Así es que mirábanse en su casa viejos muebles de caoba, con delicadas incrustaciones de cobre, y asientos bien acolchados de tela de damasco; grandes tibores chinos o japoneses; lunas venecianas de dorado y complicado marco; grandes lámparas de cristal con candeleros para velas, pendientes de los techos, y ornadas con gruesos prismas y almendras de la misma materia, donde se descomponían los colores del iris y hallaban resonancia y repique, las rachas que solían invadir las habitaciones.

Las vitrinas del comedor conservaban preciosidades: soperas, platones, tazas y platos de la China, de tamaños diferentes y primorosamente esmaltados; y poncheras, vasos, copas y alcuzas, de grueso y fino cristal, resplandeciendo detrás de los vidrios, con claros y vivos reflejos.

Aun guardaba la señora bastante del servicio de plata, que fué en otro tiempo orgullo de la familia; grande y pesada sopera, fuentes para pescados y asados, cucharones de corvo mango y gran capacidad, servicios de té y de café, ornados de pesadas labores, cucharas y cucharillas, y cuchillos de diferentes usos y tamaños, con cacha del mismo metal.

Los grandes roperos de luna, de una sola puerta, de madera de cedro, guardaban primores de telas en sus hondos anaqueles: nipis, sargas, terciopelos, blondas y encajes de subido precio, y algunas cajas grandes y cuadradas de luciente laca, cuya tapa superior mostraba dorados dibujos de dragones y figuras chinescas. Conservábanse en ellas, esmeradamente doblados y sin deterioro alguno, antiguos mantones, opulentamente

bordados con grandes flores de colores vivísimos y de muy alto relieve. En ferrados y vetustos arcones, escondíanse estuches con joyas de montadura pasada de moda, pero de riquísima pedrería, y sartas de gruesas perlas, de límpido oriente, que la propietaria tenía buen cuidado de exponer con frecuencia al sol y al viento, para evitar su picadura y descomposición. Diademas, collares, brazaletes, pendientes y anillos formaban aquella colección arrumbada y querida, que no salía a la luz de las reuniones y espectáculos públicos, sino en ocasiones solemnes, que era cuando doña Carlota la llevaba y lucía con doble orgullo, proveniente del valor intrínseco de las alhajas y de su forma arcaica y desusada ya.

No tenía la señora más que una sola hija, la cual llevaba el nombre de Ana, y era todo su encanto y querer. Anita, como todo el mundo la decía, andaba entre los veintidós y los veinticuatro años, y era un verdadero primor de criatura: blanca, muy blanca, y siempre pálida, como si estuviese enferma, por más que no adoleciese de mal alguno, y gozase de una salud floreciente. Era un poco delgada, pero no mucho, pues no carecía de morbidez y desarrollo su esbelto cuerpo; mas presentaba el aspecto de doncella anémica y frágil, salvo que no pocas veces sorprendiese los ojos de los circunstantes, cuando solía descubrir los redondos y alabastrinos brazos porque alguna manga indiscreta fuese arrollada hacia arriba, o tirada de algún modo al contacto de cualquier objeto, o cuando se vislumbraba la fortaleza de su bien proporcionado busto.

A maravilla sentábale aquella extremada blancura, que parecía diafanidad más bien que albura del cutis, a cuyo través se miraban las venas azules, semejantes a redecilla sutil de color de cielo, dibujada al trasluz

de ligera y nevada nube. Ojeras color de violeta rodeaban sus dulces y apacibles ojos, resguardados por luegas pestañas; todo lo cual daba a sus pupilas un calor y un brillo misteriosos, semejantes a fuego medroso y escondido en la profundidad de inviolable santuario. Suelen las orientales apelar a finos pinceles para obtener tan bellos efectos, orlando sus ojos con negro cerco, y prolongándolos hacia ambos extremos exteriores por medio de líneas oscuras. Y como no dejan ver más que esa parte del rostro, porque llevan oculto todo lo demás, o bien le recatan bajo tupidísimo velo (tras el cual quedan esfumadas sus facciones), producen en el espectador la ilusión de ser muy hermosas, todas odaliscas, todas favoritas de sultanes, todas huríes del Profeta. Anita alcanzaba ese mágico resultado sin apelar a afeite ni artificio, porque la naturaleza había formado con amor, poniendo en su semblante tonos y pinceladas de incomparable atractivo.

¡Cuán bien caía el pelo negro como el azabache sobre aquella frente recta, pura y más tersa que pulido mármol! Con el instinto de toda mujer celosa de su hermosura, comprendía que su opulenta cabellera, ondulada y finísima, era uno de sus principales encantos, y hacía con ella diarios y extraordinarios prodigios, peinándola de cien maneras diferentes, ya en nudo alto o bajo sobre la cabeza o detrás de la nuca, ora apretada y lustrosa hacia los lados de las sienes, o suelta casi y en flojas y graciosas ondas sobre las pequeñas y sonrosadas orejas. Solía adornarla con cintas y listones a la costumbre griega y romana, o prender en ella peinetas de carey hacia los lados o un gran peinetón de complicadas labores y perillitas de oro, en lo más alto de la cabeza; o bien por capricho, y cuando no salía de casa, entrelazar jazmines o botones de rosa en el

complicado laberinto de sus finas guedejas. Y como quiera que arreglase aquel suave, perfumado y abundoso tesoro, parecía ninfa, musa, reina, todo lo más ideal y arrobador que puede imaginar la mente humana.

¿Será preciso continuar describiendo detalladamente las perfecciones de Anita? Rimeros de papel se necesitarían para hacer de ella siquiera un levísimo bosquejo, pues así como su blancura y palidez hacíanla gloriosamente hechicera, soberana el pelo, y adorable los ojos; así también el resto de sus facciones y las partes todas de su elegante cuerpo, andaban en concierto y armonía con aquella cumbre de belleza, y servían para darle mayor realce, gracia y hechizo.

La suavidad de su acento a nadie sorprendía: era la que se esperaba oír en aquella boca pura y fina, nunca excesiva en el reír, y siempre abierta a palabras cariñosas y buenas, eco de un pensamiento santo. Su gallarda estatura andaba siempre velada y encubierta por suaves y vaporosas telas, como si la joven sintiese rubor de dejar expuestos sus encantos a la vista de todos; y era su paso tan leve y discreto, que no parecía que pisaba, sino que acariciaba el suelo con las plantas.

En torno de aquella frente de diosa, había como un velo de castidad que santificaba su hermosura: tenía en los ojos la expresión de las orantes pintadas en los muros de las catacumbas. Cuando los alzaba en escorzo, parecía que miraba la gloria; cuando los bajaba y caían sus sedosas pestañas sobre sus pálidas mejillas, parecía que hacía preces; y como quiera que fuese, de una u otra manera, dejaba ver en las límpidas pupilas cierta pincelada de luz que los iluminaba por la parte de adentro, como se mira la llama de una lámpara al través del puro fanal que la guarda y aprisiona.

¿Por qué no se había casado? ¿Cómo explicar que

poseyendo prendas tan admirables, hubiese alcanzado aquella edad sin que nadie hubiese pedido su mano? No es difícil encontrar la clave del enigma. Seguía en el hogar materno, porque así lo había querido y determinado, pues desde que había llegado a la edad núbil, jamás le habían faltado numerosos y rendidos adoradores. Ahora mismo teníalos; pero ella no alentaba las inclinaciones de nadie, porque no quería casarse sólo por casarse, como suelen hacerlo muchas o casi todas las jóvenes, sino casarse bien, esto es, con persona que correspondiese a sus íntimos y secretos anhelos. No era, por cierto, que aguardase ridícula y cursivamente la llegada de algún rubio Lohengrin, que atravesando un lago de cristal, viniese de pie en rápida barquilla, remolcada por blanco cisne; pues no era tan falta de sentido práctico que se dejase guiar por fábulas de poetas o ensueños de almas extáticas; sino que esperaba la aparición de un caballero cumplido, que la amase de veras, y que la entregase el corazón, como los paladines de la Edad Media depositaban la espada sobre el mármol de los altares.

No es cosa tan singular y peregrina como pudiera suponerse, el desacierto y la falta de orientación de las voluntades que, aunque ávidas de dicha, no saben a las veces ni aun siquiera lo que desean, y pasan junto a ella sin haberla reconocido. ¡Lamentable extravío de los espíritus! ¡Cuántas almas hubieran podido ser dichosas a haberse comprendido, a haber podido comunicarse y hablar entre sí, diciéndose: "Mira, lo que buscas soy yo, soy tu predestinada desde el cielo, el alma hermana de la tuya, la encarnación de la dicha que la bondad de Dios te concede sobre la tierra. Y tú eres también la mía, el bien que ansío, el ser por quien he vivido suspirando, el hilo de oro por donde puedo es-

calar la refulgencia de los cielos!" Esas almas gemelas, esos espíritus criados el uno para el otro, suelen no distinguirse entre la multitud, y no juntarse nunca, como las asíntotas de que nos hablaba el viejo Dumas; semejantes a líneas paralelas que, aun prolongadas hasta lo infinito, nunca llegan a tocarse. Pero sucede también a las veces, que una sola de ellas tiene la noción clara del ser amado, y la otra no, y que aquella que ha penetrado su destino, vive triste y atormentada, a la vista de la felicidad, pero sin lograrla, y ahogando en llanto su incurable desventura.

Esa pena suele ser más grave y amarga en la mujer que en el hombre, porque esta, formada de modestia y recato, está como aprisionada dentro de su decoro, y no puede mover los labios para comunicar a nadie su secreto, ni mucho menos al objeto adorado, a aquél para quien hay levantado en el santuario de su pecho un altar, ante el cual vive en éxtasis y de rodillas. El hombre, criado por la naturaleza para ser iniciador y demandante, dispone de mayor facilidad para buscar y hallar su camino en esta selva poblada de vírgenes hechiceras, que llamamos vida. Hacen incontables tentativas, inquietan aquí y allá, revuelven por todas partes los ojos avizores, y suelen dar al fin con lo que buscan, al azar y por acaso, aun sin saber ellos mismos que era eso lo que anhelaban. Es verdad que las mujeres tienen a su disposición medios indirectos de exploración y conquista, como son las miradas lánguidas, las dulces sonrisas y los exquisitos favores que suelen soltar a su paso, como Buckingham dejaba caer sus perlas en los bailes de la corte de Luis XIII; pero sea como sea, no se hallan tan bien armadas para ese género de combates como los hombres, quienes a fuerza de iniciativa y osadía, se apoderan de los más bien

cerrados e inexpugnables castillos, donde yace dormida la princesita de sus sueños.

Parecía mentira que doña Carlota fuese madre de Anita, pues en todo le era disímil y contraria, tanto en la parte física como en la moral. Porque era ella una mujeraza de más que aventajada estatura, recta, firme, robusta, como si sus carnes fuesen de granito. Mas no por eso vaya a pensarse que fuese fea; pues era de tan buen ver, que hasta había quien la juzgase superior a su hija en belleza. Ya se sabe que el mundo ha sido entregado a la disputa de los hombres, y que hay formas e ideas para todos los gustos; lo que es una gran fortuna para el género humano. Así vemos que a las gentes del Norte les encantan los tipos morenos, porque están hartas de ver piel blanca, que suele ser pecosa, cabellos rubios, que suelen ser rojizos, y ojos azules, que suelen ser desteñidos; en tanto que a las gentes del Sur les seducen esos mismos tipos blancos, rubios y de pupilas color de cielo, donde se les figura hallar mayor suavidad, distinción e idealismo. Y así van las cosas. A cada cual le agrada lo que no tiene a la mano, lo más distante, difícil e imposible. Lúculo servía a sus invitados pechugas de faisán y lenguas de canario, melocotones de las Galias, uvas de Iberia y ciruelas de Bretaña; todo lo más complicado y exótico que a la mente le venía. Y por eso ha pasado a la historia como el anfitrión más perfecto y magnífico de que se tenga noticia, hasta el punto de haber sido olvidadas sus grandes hazañas militares, para sólo recordar sus refinamientos gastronómicos.

Decíamos, pues, que la hermosa matrona era como el reverso de la medalla de la figura de la joven. Su estatura majestuosa, su tez morena, su cabellera oscura, sus ojos grandes, valientes y atrevidos, su nariz recta,

su boca no muy pequeña, su andar firme y gallardo y sus ademanes fuertes y resueltos, dábanla carácter de amazona, cierto empaque de Semíramis. Vestida con traje antiguo y con un casco de metal o un gorro frigio en la cabeza, hubiera sido la viva imagen de Palas o de la diosa de la Libertad, y podido servir de modelo para una estatua helénica o para un grabado del tiempo de la Revolución Francesa.

En el fondo, y a pesar de aquel imponente frontispicio, la señora no era mala, sino buena; sólo que todo lo hacía con ruido, brusquedad y a su manera. Hacía caridades sin decir palabras de consuelo, estropeaba la piel al enfermo a quien curaba, rompía la vajilla si arreglaba la mesa, se arrancaba los pelos con el peine en vez de desenredarlos, y cuando por acaso cocinaba, dejaba los manjares unas veces a medio cocer por impaciencia, o bien los quemaba por arrimarles demasiada lumbre.

Entre las genialidades de la hermosa matrona, había hallado cabida la celebración de las Posadas, pero no al uso moderno, sino a lo antiguo, esto es, con rezo, peregrinación y Nacimiento; porque para ella no pasaban los años, y aquello que había hecho o visto hacer en sus mocedades, eso mismo seguía poniendo por obra hasta los tiempos de su madurez, en los cuales se inicia esta verídica historia. Lo que equivale a decir, que nuestro punto de partida data del año de 1912.

Había destinado doña Carlota de una manera permanente, uno de los salones de su casa para asiento definitivo de la colección de figurillas que formaban su Nacimiento, la cual era tan extensa, rica y cumulosa, que no había modo de andarla quitando y poniendo a cada paso, como si fuese cosa de nada; ni la buena señora la hubiese arreglado y desarreglado con frecuen-

cia, aun cuando el trabajo de moverla hubiese sido liviano y sencillo, porque le hubiera fastidiado el hacerlo, y también, porque cifraba su orgullo en poseerla y ostentarla. De modo que en su gran casa de la quinta calle del Pino, frente a la hermosa Alameda de Santa María, había exhibición perpetua de todos aquellos primores y curiosidades.

Vivía cerca una vieja solterona, que poseía en sumo grado el arte de hacer figuras de cera; y era ella quien había abastecido a la hermosísima viuda de cuanto había habido menester para llevar a cabo sus propósitos de arte minúsculo. Acaso no esté bien emplear la palabra minúsculo, aplicada a este arte especial y *sui generis*, porque en realidad no lo era tanto; pero la hemos usado por comparación con el grande, que produce estatuas e imágenes de tamaño natural, o de dimensiones mayores. Las figurillas que poseía doña Carlota, alcanzaban algo más de un gema de estatura, y aparecían vestidas con trajes lujosos, a la moda de los tiempos bíblicos, cuyas escenas reproducían. Y no podía negarse que la improvisada artífice poseyese talento, porque sus estatuillas eran bien proporcionadas, y no se mostraban teñidas con tintas inverosímiles, ni demasiado blancas, ni demasiado rojas, como suele pasar con sus congéneres, sino al natural y como si estuviesen revestidas de piel humana. La ordenada colocación de ellas sobre un mostrador cubierto de rica tela, que contorneaba la estancia, había sido proyectada y dirigida, en animado y prolongado cónclave, por la vieja artista, doña Carlota y Anita, quienes se habían consagrado a hojear el Pentateuco y los Evangelios, para buscar y elegir en los Sagrados Libros, asuntos pintorescos que animasen sus grupos; y habían escogido varios, a más de los usuales, que jamás se habían ocurrido a otras

almas devotas. Porque, aparte de las escenas a que hemos hecho referencia, mirábanse en la exposición de que se trata, otras muchas por el estilo de éstas: las Siete Plagas de Egipto, con el concurso de Faraón y de sus Magos; el paso del Mar Rojo por los Israelitas, con camellos y borregos; la Peña de Oreb, manando agua al contacto de la vara de Moisés; el carro de fuego en que Elías fué arrebatado a los cielos; los niños devorados por los osos, por haberse burlado de la calvicie de Eliseo; el juicio de Salomón; la entrada de Jesús en Jerusalén; la última Cena; el Prendimiento; la Crucifixión y otras más de aspecto bello y novedoso.

Para dar mayor realce a la composición, había mandado la propietaria colocar gran número de focos eléctricos, grandes y pequeños, distribuidos y entremezclados con intención premeditada y bien elegida en todos los grupos. Así, la estrella que guiaba a los Magos, era de luz blanca; azulada la que llevaba en la frente el ángel que habló a los pastores; amarilla la que iluminaba la degollación de los Inocentes; y roja la del Calvario, que caía sobre las Tres Cruces. Y a ese mismo tenor, cambiaban de color e intensidad todas las luces, según iban colocadas sobre estos o aquellos grupos o personajes.

Pero tanto arte, tanto trabajo y tanto esmero no habían sido invertidos y gastados para ser vistos y admirados sólo una vez al año durante las Posadas, sino estaban en exhibición perpetua, y dispuestos a recrear la mirada de un sinnúmero de invitados, o de personas que solicitaban como favor especial el ser introducidas en aquel mágico santuario.

Durante el año, siempre que había alguna exposición extraordinaria, inmediatamente después de la entrada de las familias o personas que recibían el favor,

cerrábase cuidadosamente la puerta de la sala, para producir la mayor obscuridad posible, aun cuando fuese la mitad del día, y a fin de que el cuadro tuviese todo el encanto y hechizo de que era susceptible. En seguida, dábase vuelta a la llave de la luz eléctrica y encendíanse a la vez todos los focos, grandes y pequeños, blancos, azules, amarillos y rojos; y esto era chispear estrellas, diademas, corazas, cascos, espadas y escudos, y esto era brillar sedas, brocados, cordones y pasamanerías, y refulgir hilos de plata, y resplandecer espejos y cristales, como si fuese aquel un mundo encantado, pero en miniatura y como de sueño.

Y así pasaban muchos días del año en aquellas entretenidas visitas, gratas para la familia Téllez y para la gente de fuera. Con todo, el apogeo del Nacimiento, sólo tenía lugar al finalizar el año, y cuando se aproximaba la fiesta de la Natividad del Señor.

CAPITULO II.

JUAN NEPOMUCENO BOLAÑOS.

QUALLÁBASE en toda su plenitud el regocijo de las Posadas en la casa de doña Carlota, cuando una mañana, sorprendió a la madre y a la hija, que andaban afanadas en hacer los diarios preparativos de la sencilla fiesta, la destemplada voz de un automóvil, que con ridículos acentos de bestia azotada, llegó y se detuvo a la puerta de la casa. Anita que, por ser la más joven, era también la más curiosa de aquel par de reales mozas, soltó de la mano el fino plumero de colores que en esos momentos esgrimía, y con el cual limpiaba el polvo a las figurillas, y corrió a la ventana para ver lo que pasaba, porque era novedad de gran tamaño la aparición de un aristocrático vehículo por la calle del Pino, ordinariamente silenciosa y solitaria. Apartó los visillos con la diestra, en tanto que acercaba el rostro cuanto le era posible a los cristales para darse cuenta de lo que sucedía; y vió junto a la acera un auto de gran tamaño y con llantas de refacción suspendidas en los costados. El vehículo, largo, pesado y cubierto por la parte de arriba con forro de lona, que se prolongaba hacia el pescante para resguardar al chauffeur de la intemperie, estaba inmóvil ahí, co-

mo monstruo privado de fuerzas. En aquellos precisos momentos, abría la portezuela un joven de barba corrida, que llevaba fresco cubrepolvo y fieltro aplomado de alas vueltas hacia abajo en forma de pantalla, y calzaba las manos con aplomados guantes de piel de Suecia.

Las pálidas mejillas de la joven cubriéronse de leve carmín, y saliendo Anita de la sala, se dirigió apresuradamente por el corredor hacia la puerta, gritando:

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Aquí está Cheno!

Doña Carlota apareció luego en el patio preguntando con incredulidad:

—¿Cheno has dicho?

—Sí, mamá, ven corriendo.

Entretanto había sonado el timbre de la puerta con prolongado retintín, y Anita en persona había acudido al llamado. Al abrirla, encontróse frente a frente con el caballero que había acabado de bajar del vehículó.

—¡Cheno!, dijo ella. ¡Qué sorpresa!

—Supongo no será desagradable, replicó el joven estrechando la mano de Anita, ¿no es verdad?

—No, hijo, repuso doña Carlota, que en esos momentos llegaba. Mucho gusto para nosotras.

—Ya ves lo que dice mamá, añadió Anita con modestia.

—¿Pero tú no dices nada?

—Lo mismo que ella.

Penetró el recién venido, tras él fué cerrada la puerta, y se dirigieron todos a la sala, donde tomaron asiento. La primera que prosiguió el diálogo fué doña Carlota.

—¿Pero qué pasa, hijo, por qué has venido tan de repente y sin darnos aviso por carta o telegrama?

—Las Posadas tienen la culpa, repuso Cheno. Después de pasar largos meses en el campo trabajando y cuidando mis intereses, díjeme a mí mismo, que bien merecida me tenía alguna temporadita de esparcimiento y descanso, porque no es posible que en este mundo todo se vuelva puro negocio.

—Convenido, repuso la tía; pero eso nada pudo impedir que nos avisaras con tiempo tu venida para que hiciésemos los preparativos debidos.

—Precisamente por eso me abstuve de escribir o telegrafiar a ustedes, pues quise llegar como llovido del cielo y no causarles molestia.

—Tú nunca molestas, dijo Anita con timidez.

—Son ustedes muy amables, prosiguió el joven, y tan reconocido les vivo que, antes de pensar en otra cosa, he querido venir a saludarlas y a pasar un rato en su compañía.

—¡Cómo!, exclamó la señora. ¿Así es que no piensas quedarte aquí?

—Por ahora no, repuso Cheno; pero, repito, mi primera visita es para ustedes, y continuaré viéndolas con frecuencia.

—¿Y por qué no ahora?, interrogó Anita.

—Para no ser pesado. Iré a algún hotel, tomaré un cuarto, y las visitaré todos los días, lo que dará el mismo resultado.

—De ninguna manera, repuso Anita: al hotel no harás de ir.

—¡Qué hotel ni qué ocho cuartos!, exclamó doña Carlota con imperio. Esta es tu casa, bien sabes se te acoge aquí con gusto, y no hay motivo para hacer innovaciones. Tu cuarto está siempre listo para recibirte, y no causas molestia, sino agrado.

—Pero tía ¡cómo ha de ser!

—Sí, señor, respondió la señora. Así ha de ser, y no de otra manera.

—Pero mire usted, tía.....

—Yo no miro nada; lo único que sé, es que de aquí no sales.

Y así continuó el diálogo con insistencia de un lado y débiles negativas del otro, hasta que Cheno tuvo que darse a partido, y convenir en quedarse como huésped.

—En tal caso, concluyó el joven, voy a bajar mis baúles.

—No, tú no, repuso doña Carlota; para eso hay criados.

Y aplicando el dedo al botón de la campanilla eléctrica, llamó a la servidumbre. A poco se presentó la camarera preguntando lo que mandaba la señora.

—Haga usted, ordenó doña Carlota, que bajen el equipaje de Cheno y le pongan en su cuarto.

Salió luego la criada para cumplir la orden, y el joven tras ella.

—¿Qué vas a hacer?, preguntó la señora. ¿A dónde vas?

—A dar instrucciones al chauffeur, repuso el joven, porque aquí no hay local para el automóvil.

—Efectivamente, repuso doña Carlota: eso sí no podemos proporcionarte. Es angosta la puerta y no disponemos de cochera.

—Pero no hay cuidado, repuso Cheno; tengo un garage conocido.

Y saliendo de nuevo a la puerta, dió instrucciones al conductor, quien, moviendo pedales y palancas metálicas, hizo sonar la desafinada trompa, y puso en marcha el vehículo para dar vuelta a la alameda y tomar por las calles de Santa María.

Vueltos a la sala Cheno y sus parientas, dió principio el cuestionario que es de uso en tales casos. ¿A qué hora había salido Cheno de la hacienda? ¿Había encontrado obstáculo en el camino? ¿Cuántas horas de viaje había hecho?

—Pues vean ustedes, repuso el joven descalzándose los guantes, y poniéndolos en el bolsillo: salí de San Víctor a las cuatro de la mañana; llegué a Toluca después de las cinco, me desayuné en el café, hablé con algunas personas con quienes tenía negocio, y me puse en marcha a eso de las siete. El camino está bueno en lo general; eso sí, un poco peligroso por tantas subidas y bajadas como tiene, y por razón de algunas curvas demasiado estrechas. Por fortuna mi chauffeur es sumamente diestro y precavido; de manera que vino evitando todos los riesgos y tropiezos que hallamos al paso, e hicimos el viaje con toda felicidad en poco más de cuatro horas, porque, supongo, aun no dan las doce del día.

Al decir esto, echó mano al reloj, a la vez que Anita miraba el suyo de pulsera.

—Las once y media, prosiguió Cheno después de consultada la muestra.

—Tenemos una diferencia de tres minutos, dijo Anita riendo, pues en el mío son las once y veintisiete.

—Eso no vale nada, objetó alegremente doña Carlota; sabido es que no hay dos relojes que caminen con perfecto acuerdo.

—Así lo comprobó el emperador Carlos V, dijo Cheno riendo, mientras volvía a poner la muestra en el bolsillo del chaleco.

—La diferencia es tan corta, objetó Anita, que no debe tomarse en cuenta, pues tanto da decir que son las once y veintisiete minutos, como las once y media.

—En efecto, repuso el joven sonriendo; es una bagatela.

—A buen tiempo has llegado, articuló doña Carlota; parece que adivinaste. Te vas a divertir de lo lindo.

—¿Por qué lo dice usted, tía?

—Porque estamos en tiempo de Posadas, y noche a noche tenemos en casa una reunioncita muy simpática: ya verás la de ahora.

—O la de otro día, objetó el joven, porque ahora tengo otro compromiso.

—¿Cómo!, replicó Anita. ¿Pretendes dejarnos el primer día que llegas? Eso de ninguna manera.

—¿Qué quieres, Anita! Lo que se promete se cumple.

—¿Qué es lo que tienes prometido?

—Asistir a la Posada de la casa del señor Montalvo.

—Irás desde mañana, repuso doña Carlota; de esa manera nos acompañarás hoy, y podrás hacer comparaciones.

—¿El señor Montalvo!, exclamó Anita..... Quiere decir, Clara Montalvo.

—No, negó Cheno; Clara nó; la madre de ella, mi señora doña Mónica.

—Lo mismo es decir doña Mónica que Clara, insistió Anita sonriendo.

—No, Anita. ¿No ves que median veinte años de diferencia entre la madre y la hija?

—No lo digo por eso, repuso la joven, sino porque perfectamente se entienden la una y la otra, y obran de común acuerdo.

—No lo creas; son muy diferentes.

—Como quiera que sea, intervino doña Carlota con cierta impaciencia; lo que importa es que no te no sva-

yas ahora, y no te nos irás, porque no lo permitiremos.

—Pero ¿cómo ha de ser eso?, insistió el joven. Estoy formalmente comprometido.

—Pues discúlpate como puedas, ordenó la señora; porque lo que es hoy, no te mueves de aquí sin mi consentimiento, y te lo niego en toda forma.

—¿Pero tía!.....

—¿No hay tu tía!. Y para cortar la discusión, voy a hablar en este momento con doña Mónica por teléfono, diciéndole que no te aguarde, porque te tengo preso.

El joven sonrió cariñosamente al sentirse tan disputado y solicitado por un lado y otro, y replicó con acento conciliador:

—No, tía, en ese caso, seré yo mismo quien hable, si usted me lo permite.

—¿Cómo no! Tienes a tu disposición el aparato... Ya sabes donde está.

—¿Donde siempre?, interrogó Cheno.

—Donde siempre, repuso doña Carlota. No ignoras que en mi casa no hay variación ni en las personas, ni en las cosas, ni siquiera en los lugares que ellas ocupan.

—Es verdad, repuso Cheno sonriendo de nuevo. Es usted muy conservadora.

—De tal me precio, y quiero que así lo sean también Anita y toda mi descendencia, si Dios me la concede.

—Siendo así, repuso el joven, voy con permiso de usted, a telefonar a mi señora doña Mónica.

—Haz lo que gustes, contestó la señora; y con toda libertad.

Levantóse Cheno con esto, y se dirigió al recibimiento, que era una pieza contigua, pequeñita, pero graciosa y bien amueblada. Ahí estaba un teléfono,

clavado a la pared, resplandeciente en sus partes metálicas y negro u oscuro en las de madera que le completaban. Tomó la bocina el joven, y habló a la oficina central. La madre y la hija, aunque habían permanecido discretamente en el aposento contiguo, pudieron enterarse de la siguiente conversación, o sea de la mitad de ella, por hablar Cheno con voz bastante fuerte.

—¡Señorita! (A la telefonista)..... ¿Me hace usted el favor de comunicarme con el número 14528?....

—Sabe de memoria el número, murmuró Anita por lo bajo a doña Carlota.

—Razón ha de haber para ello, contestó la madre con expresión maliciosa, aunque benévola, en el fresco y atractivo rostro.

—¿Hablo a la casa del señor Montalvo?....

—¿Personalmente con quién?....

—Deseo hablar con la señorita Clara....

—De parte de Juan Nepomuceno Bolaños....

—Listo. ¿Hablo con Clara?...

—Buenos días, Clara. ¿Cómo está usted? ¿Cómo está mi señora doña Mónica?.....Mucho lo celebro..... ¿Cómo ha seguido del reuma?..... ¡Vaya, vaya!, me alegro de que tan extraña medicina haya dado buenos resultados.....Póngame usted a sus pies.....Acabo de llegar, hace unos momentos bajé del automóvil. Estoy en la casa de mi tía Carlota, en la quinta calle del Pino.....Sí, ya lo sabía; tienen ustedes Posadas. Por eso he venido. ¿No recuerda usted haberme invitado para que concurriese a ellas?.....Mil gracias; no creo que mi presencia sirva para alegrar la reunión.....Es usted muy amable.....No, esta noche no; será desde mañana en adelante..... Porque mi tía y mi prima se han empeñado bondadosamente en retenerme el día de hoy.... Imposible; sería preciso desagradarlas.... No

se enfade usted, Clara; lo que hago no significa predilección, sino necesidad, gratitud.... Ya hablaremos de eso mañana.... No sea usted rencorosa.... Me comprometo a dejarla satisfecha.... No, no; no crea usted eso. Es cosa muy diferente.... Con que ¿quedamos amigos?.... Imagínese que he venido desde más allá de Toluca sólo por complacerla.... Ya hablaremos, Clara, no sea usted injusta ni mala.... Bueno, en ese caso, quedamos aplazados para seguir tratando el mismo asunto.... Muchas gracias, muchas gracias.... A los pies de usted, y hasta pronto.

Entretanto que pasaba este semidiálogo, tenía lugar otro entre doña Carlota y su hija en la sala contigua.

—¿Ya oyes, mamá?, decía la joven.

—Sí, ya oigo, repuso doña Carlota.

—No quiso hablar con doña Mónica, sino con Clara.

—Bien hecho; las viejas no servimos para nada.

—Insiste la joven en llevárselo hoy mismo.

—Pero eso sí que no ha de ser, porque yo me opongo, y porque él tiene palabra.

—Quién sabe, mamá. Las Posadas de la familia Montalvo están llamando mucho la atención de la sociedad, mientras las nuestras no valen la pena.

—Como quiera que sea, debe cumplir lo ofrecido.

—Dice que por gratitud.

—Sea por lo que fuere.

—Parece que doña Mónica está enferma.

—Nunca le faltan alifafes; es un hospital ambulante.

—Según parece, quedó resuelto permanezca con nosotros este día.

—No faltaba más, sino que así no fuera.

—Pero desde mañana no contaremos con él.

—Mañana será otro día. El caso es que por ahora hemos triunfado.

En aquellos momentos cesó de hablar Cheno, y presentóse de nuevo en la sala.

—Me quedo, dijo; es cosa convenida con la familia Montalvo.

—Esto es, con Clara, insinuó la joven.

—¿Cómo lo sabes?, preguntó Bolaños.

—Porque hasta acá llegaban tus voces.

—Sí, en efecto, he querido hablar con ella, porque Clara fué quien me escribió invitándome para sus Posadas. Por nada quería consentir en que no concurriese a ellas esta misma noche; pero me las he tenido firmes, aunque agradeciéndole la fineza, y tratándola con todo el esmero y la consideración que se merece. Un hombre no debe ser nunca descortés con las damas.

—Es verdad, y hay que agregar a eso, que la regla es más imperiosa cuando esas damas son jóvenes y elegantes.

Bolaños se encogió de hombros.

—Esa circunstancia es de poca monta, repuso.

—El resultado de todo, dijo doña Carlota, es que ahora no te nos vas, como lo querías, y que continuaremos reunidos aunque sea unas cuantas horas. Te impongo la penitencia, dispongo de autoridad sobre ti, y quieras que no, habrás de obedecerme.

—De mil amores, repuso el joven inclinándose y dando a su fisonomía la expresión más cariñosa que le fué posible.

Es tiempo ya de dar a conocer al recién venido.

Don Juan Nepomuceno Bolaños era un joven maduro, que andaba frisando con los treinta y seis años, corpulento, robusto, de color atezado, cejijunto, de nariz aguileña y pelinegro. Dejaba la barba por ente-

ro, acabada en punta. Era por extremo velludo; tenía manos como de oso, y por entre la piel y los puños de la camisa, mirábanse los brazos tan peludos como las manos. Sus ojos negros, de mirada penetrante y dura, estaban como velados por espesísimas cejas que se juntaban y unían en sus extremos sobre el arranque de la nariz. Tenía una gran voz, y cuando por acaso la elevaba, parecía trueno. Era su sonrisa difícil y como forzada, pues la expresión natural de sus facciones, era de una severidad excepcional. No obstante, la educación que había recibido, y el trato constante que cultivaba con gente de la mejor sociedad, habían comunicado a sus maneras, un tacto y una distinción que solamente poseen las personas bien criadas y nacidas.

Cheno era sobrino carnal de doña Carlota, y tenía con esta mayor parecido que la misma Anita. No sólo asemejábase a su tía en los rasgos del rostro, sino también en el carácter y hasta en los recios ademanes de que se servía cuando conversaba, discutía o trataba de negocios. Era propietario de una hacienda riquísima, ubicada en el Estado de Méjico, a no larga distancia de Toluca, la cual giraba casi por sí mismo pues el aperador que le ayudaba en su administración, no hacía más que secundar sus órdenes. Bolaños pasaba en el campo la mayor parte del año; solamente venía a la metrópoli cuando tenía que arreglar asuntos de importancia, o con motivo de fiestas y pasatiempos propios de su edad y posición. Llegado a la ciudad, era uno de los petimetres más atildados y distinguidos de la alta crema social. Llevaba trajes hechos por los sastres más en boga, y a la última moda de Londres o de París. Tenía automóvil, coches, caballos, palco en el teatro, y todo cuanto es de uso

y costumbre entre gente elegante, rica y rumbosa. Por de contado que pertenecía al Jockey Club, donde comía con frecuencia, y se reunía con los amigos a charlar de chismes y frivolidades; jugaba baccarat, paco monstruo y poker, y andaba a quites y mates con sus amigos, perdiendo unas veces y ganando otras, gruesas sumas de dinero. Parecía como que se retiraba al campo con el objeto de reponer el bolsillo y ganar buena cantidad de fondos, para volver a la ciudad y derrocharlos en un santiamén en jaranas y bureos en compañía de los jóvenes aristócratas de mayor viso, renombre y esplendor.

Visitaba muchas casas, "comm'il faut", y las familias distinguidas le recibían con beneplácito y favor, porque tenía fama de rico, y de ser por ende, excelente partido para cualquier doncella lujosa, encopetada y henchida de pretensiones.

Queríale doña Carlota con predilección, por ser el único varón de la familia, pues todos sus hermanos, excepto el padre de Cheno, no habían tenido más que hijas; y como la señora, según lo llevamos dicho, se jactaba de pertenecer a estirpe vieja y linajuda, no quería admitir ni por mal pensamiento que el nombre de su padre y abuelos se extinguiese y perdiera, ahogado en el vulgar y plebeyo de los maridos de sus numerosas sobrinas. Pero Bolaños no se resolvía a casarse, y había ido dejando pasar indolentemente los años como si no fuese irreparable su curso. No le habían faltado amores, y flirteos, por supuesto, y hasta hubiera podido llamarse joven de buena suerte con el sexo femenino; pero nadie, hasta entonces, había logrado fijar su atención ni su cariño de un modo permanente, por tener la cabeza a pájaros; de suerte que para él, no había sido el amor más que uno de tantos pasatiem-

pos como la sociedad ofrece, lleno de interés, emboscadas y sorpresas. Por el momento corrían persistentes rumores de que andaba cortejando a la señorita Montalvo, y hasta se hablaba de la posibilidad de que con ella se enlazase; pero no había datos seguros para presumir fuese su intento formalizar con ella sus amorosas pretensiones, pues casi todas las doncellas más renombradas de la ciudad, habían sido objeto de sus rendidos, aunque inconstantes homenajes.

Nada diremos de su parte moral e interna, porque los hechos que vamos a narrar, podrán delinearla mejor que lo harían nuestras anticipadas revelaciones. Bueno o malo su carácter, dábale la fortuna de que era dueño, pasaporte y carta en blanco para andar por dondequiera, intentarlo todo, y hallar abiertas de par en par todas las puertas; pues sabido es que la gente adinerada, y más cuando descende de familia conocida, es tratada a cuerpo de rey y recibida como en palmas por la mayoría de cuantos se preocupan por la limpieza de la sangre y por el boato de la vida.

Las relaciones de Bolaños con doña Carlota y Anita eran cordialísimas, pues aparte del afecto de familia que los unos a los otros se profesaban, había particulares motivos de simpatía que los estrechaban y unían entre sí. Los únicos de discordia que solían aparecer en el grupo, reconocían dos orígenes: el uno relativo a las costumbres un tanto fáciles y licenciosas del joven, que a fuer de soltero, rico y afortunado, disponía de todos los medios necesarios para navegar a velas tendidas por el inmenso piélago de los placeres; y era el segundo, la debilitación de las creencias y tradiciones de familia en el espíritu del joven, porque, hombre de su tiempo, veía con indiferencia glacial, cuando

no con sorna y sarcasmo, las viejas prácticas del culto de sus mayores.

Doña Carlota, siempre que barruntaba algún desliz de su sobrino, enderezábale duras reprimendas, como si se hubiese tratado de su propio hijo, y aunque él era violento, apasionado y amante de su libertad, todo lo toleraba de ella, como por magnanimidad de espíritu y grandeza de alma, "cayéndole en gracia", según decía, la entereza y el valor de que daba muestras su parienta al encararse con él. Por otra parte, como ésta vivía un tanto apartada del contacto de la población más alegre y jacarandosa de la ciudad, ignoraba las más gordas fechorías de su sobrino, y sólo traslucía algunas de ellas, ora por las notas sociales que los diarios publicaban (en los cuales se hablaba de rumbosos festejos dados y recibidos por Bolaños en el Jockey, en Chapultepec o en casa de Sylvain), ya por las horas desusadas en que solía recogerse, o bien por el tu-fillo aguardentoso y alcohólico, que solía despedir el alegre Cheno a la mañana siguiente de alguna de aquellas vislumbradas tempestades.

—No, decíale doña Carlota levantando en alto el dedo índice y sacudiéndolo con vigor; no puedo tolerar que lleves vida libertina ni que derroches tu dinero de tan necia manera. Si viviera tu padre, tendríate bien sujeto por la brida, como se hace con los más briosos corceles, y tú le obedecerías quisieras o no, porque Francisco era todo un hombre, y no se dejaba jugar las barbas. Pues bien, ya que él ha desaparecido, aquí estoy yo para reemplazarle, y para representar cerca de tí, el mismo papel que mi hermano hubiera desempeñado. Porque, aquí donde me ves y a pesar de las faldas que llevo, no me considero inferior a ningún jefe de familia, por dominante que sea, para ha-

cerme respetar, e imponer mi autoridad a la gente menuda. Por consiguiente, te advierto, que si insistes en tus perversos hábitos, no sólomente habré de reñirte con dureza, sino que soy capaz de mantenerte encerrado en estrecha clausura, y de sujetarte a un régimen penitenciario de pan y agua... Y si tanto haces que me agotes la paciencia, sentirás mi mano, que no es nada suave, en forma de papirotazos y coscorriones... No te rías, muchacho, porque mis castigos no son cosa de broma, sino bastante serios y pesados. No te llevo mucha edad, porque no llega a los diez años la diferencia que nos separa, pero soy mucho más juiciosa que tú, he sido casada, he tenido hijos, y sé cómo se debe dirigir a la chiquillería.

Sentía Cheno cierta satisfacción al verse tratado como un rapazuelo por su hermosa tía, pues por más descarriado que uno ande y por más frío que uno tenga el corazón, agrada el calor del hogar, y se siente la nostalgia de la autoridad paterna y de los parientes viejos fallecidos, hasta en la edad propecta. Por otra parte, como Cheno había doblado ya el cabo de la treintena, y volaba a velas desplegadas hacia el de los cuarenta, poníase gozoso al verse considerado y reñido como en su menor edad, pues en aquellas advertencias, amonestaciones y amenazas de la matrona, miraba como una vislumbre de su infancia y adolescencia, y sentíase como rejuvenecido cuando se hallaba en presencia de su imperiosa tía.

El otro motivo de discordia que en aquel pequeño grupo a las veces asomaba, era el religioso. Tenía Cheno talento mediano, pero lleno de pretensiones. Imaginábase que pocos podían alcanzar las ideas que almacenaba en su cerebro, y que más pocos aún lograban comprender las profundas y sibilinas palabras que

brotaban de sus labios. Alumno de la Preparatoria, donde se había iniciado en las enseñanzas de don Gabino Barrera, Augusto Comte, Heriberto Spencer, Stuart Mill y otros autores positivistas al uso, reputábase gran filósofo y sociólogo; y era del número de aquellos que se imaginan haber dejado muy atrás a la humanidad entera en su marcha hacia la luz. Su formación intelectual y científica había quedado incompleta, pues no había terminado ni aun siquiera los estudios del plantel donde hizo sus cursos superiores; pero se había llevado consigo a San Víctor una fatuidad y una petulancia, que parecían ridículas a los doctos, y dejaban estupefactos a los menos instruidos. Pertenecía al número de esos hombres que tienen un ligero barniz de cultura, y que se juzgan unos sabios hechos y derechos. Así es que hablaba con garbo y suficiencia acerca de los problemas más áridos de la vida física e intelectual de la humanidad viviente, tanto como de los misterios de este mundo y del otro; y burlábase sardónicamente de las opiniones y creencias generales, como si todos los que le rodeaban, hubiesen sido unos cretinos, como si su intelecto hubiese sido superior al de todos, y como si su flaca noción de las cosas, hubiese sido una abundante y profunda enciclopedia. La semiciencia es más petulante que la sabiduría; es una pedantería sin substancia. En ella no se hallan ni alteza de pensamientos, ni profundidad de principios, ni aun siquiera tolerancia para las opiniones ajenas; sino ciego engreimiento, horizontes estrechos, superficialidad orgullosa y charlatanería insoponible. La semiciencia no es cosa seria, sino alarde grotesco y ridícula fanfarria de penetración y conocimientos ausentes.

Sobre estos y parecidos motivos, armábase tam-

bién grandes disputas entre doña Carlota y su sobrino. El primer acto de energía ejercido por la buena señora sobre su vanidoso deudo, había sido el de prohibirle severamente hablar de filosofía, religión y moral en presencia de Anita; cosa dura para el implacable joven, que, no contento con profesar las incompletas ideas a que hemos aludido, era una especie de apóstol de sus propias deficiencias, y predicaba sus oscuras doctrinas dondequiera que podía, sin respeto a las convicciones de nadie, ni a las tradiciones de su misma familia. Y como las mujeres y los niños suelen ser los seres más débiles que se encuentran al paso, era en presencia de ellos donde se erguía e inspiraba, profiriendo las frases más atrevidas y condenables de su pobre vocabulario y gozándose con la vista del escándalo y la sorpresa que sus palabras producían en aquél sencillo auditorio. Puede titularse de general tal costumbre entre los librepensadores, quienes abrigan la creencia de formar la crema intelectual y científica de nuestros tiempos; de tal suerte que para ellos, todos aquellos que creen y son fieles a las prácticas seculares de sus familias, son unos benditos, pobretes y gente-cilla vulgar de ninguna significación. El monopolio de las ideas y de los conocimientos está en su poder; han formado un "trust" con las cosas del entendimiento; y todos aquellos que no pertenecen a su comunidad, son unos mentecatos e infelices, indignos de comer pan a manteles. Bolaños seguía en su conducta la misma línea que sus maestros le habían trazado. El bodrio de sus conocimientos, figurábasele hartura, cuando no era más que enfermedad mental, invisible hemiplegia, y peligro palpable de quedar a oscuras en cualquier momento, en el instante fatal en que apare-

ciese la congestión de los no asimilados elementos en su estrecho cerebro.

Pero doña Carlota no entendía de atenuaciones ni cortesías en tratándose de aquellos asuntos, y siempre que saltaba Cheno con alguna bobada de las que le eran peculiares, salíale al encuentro la matrona con tan fiero ademán y tan contundentes palabras, que le callaba la boca, impidiéndole proseguir el desarrollo de sus medianejas lucubraciones.

—¿Ya oyó usted misa, tía?, solía preguntar Bolaños las mañanas de los días festivos.

—Sí, contestábale ella, por ser obligación de todo cristiano el santificar las fiestas.

—¿Estaba usted muy cerca del sacerdote?

—¿Por qué me lo preguntas, tonto?

—Porque solo así pudo oirla.

—No me gusta tu chiste; careces de ingenio para dártelas de volteriano. Desde que nací estoy oyendo ese chascarrillo. El oír la misa no significa el hecho material de que la voz del sacerdote llegue a los oídos de los fieles, sino la de la Iglesia a los espíritus, y el estar presente al Santo Sacrificio con alma bien dispuesta.

—¿Y entiende usted latín?

—Ni pizca. Ni aun siquiera el que hablan los borrachos y algunos caballeros que visten levita, se embriagan y toman las costumbres de la plebe.

—En tal caso, como la misa se dice en latín, no puede usted entender palabra de ella.

—Te equivocas, hijo; todo lo entiendo, porque tengo un buen devocionario, que me sirve de guía en todos los pasajes de la ceremonia.

—Pero dígame tía, y no se enfade. ¿Para qué hablan los padres en latín, siendo así que nadie puede

comprenderlos? ¿No sería mejor que hablasen en castellano?

—Esa novedad es tan vieja como la otra, respondía doña Carlota sin desconcertarse. Es el latín la lengua de la Iglesia, y siendo ésta universal, no debe tener más que una sola. De no ser así, se rompería su unidad. Por este medio, además, se conserva la tradición apostólica, y la Iglesia habla hoy como habló antes y como hablará siempre y en todas partes, un solo idioma. Esto la fortalece y la hace siempre igual a sí misma.

—Sabe usted mucho de teología, objetaba Cheno con risa maliciosa.

—Y tú de gramática parda, bribón. Sacas el pie del plato en demasía y todos los días te vuelves más hereje. Parece que no sabes que tus padres fueron católicos a carta cabal, y que jamás se dejaron seducir por las novedades de los escritores de última hora.

—Yo ereía que habían sido espíritus fuertes.

—¿Fuertes dices?

—Sí, fuertes.

—¿A cuáles llamas fuertes? Es necesario que nos entendamos.

—Llamo fuertes a los que han sacudido las preocupaciones del oscurantismo, piensan con su propia cabeza, y se lanzan a volar con propias alas por los espacios ilimitados del pensamiento.

—Ve tú a ver, respondía la matrona con agresiva intención; yo llamo débiles a los espíritus que tú llamas fuertes. ¿Sabes por qué? Porque ahora está de moda el no creer, y porque parece vergonzoso y retrógrado el hacer profesión de fe religiosa. Así como en otro tiempo eran todos creyentes, y el que dejaba de creer se apartaba de la corriente general, así ahora es

casi total el desapego religioso, y contados son los que resisten la corriente de las nuevas doctrinas. Los papeles, por consiguiente, se han trocado. Antaño, pudieron llamarse fuertes los espíritus que resistían al torrente arrollador de las creencias; pero hoy que estas andan de capa caída, no pueden aspirar ya los incrédulos a tal título, supuesto que no hacen más que entregarse al empuje dominante de una sociedad apóstata e impía. Ahora somos nosotros los espíritus fuertes, nosotros, los que creemos; porque no nos dejamos arrastrar por la corriente del vulgo, y estamos firmes, como rocas incommovibles, en medio del oleaje y las tempestades de mudanzas doctrinarias, incoherentes y dominadoras... Tus padres no fueron espíritus fuertes en el sentido que lo dices, sino en el sentido que lo digo. Tú eres espíritu débil, porque haces y dices lo que todos o la casi generalidad de los que se llaman instruidos. ¿A dónde vas, Vicente? A donde va la gente. Marchas con la turba en pos de los saca-muelas y merolicos, que predicán en aburridos libros, o en cátedras estipendiadas por el gobierno. Eres un espíritu débil, un pobre muchacho sin convicciones ni voluntad propia.

—Tía, no diga usted eso; es demasiado duro.

—Es lo que mereces, y lo que se cae de su peso.

—Yo no puedo ponerme a discutir con usted de igual a igual, porque le tengo respeto.

—No me perdones la vida, hijo; desenvaina la espada, y pega con fuerza. Verás como hallas coraza dura y brazo fuerte, que resistan el golpe, acudan a la parada, y no te dejen esperar la respuesta.

—No; sería ridículo ponerme a argumentar con usted.

—¿Porque no he estudiado? ¿Porque no he sido

discípula de Barreda? Eso es verdad, no he estudiado los libros que tú; pero he leído otros de más provecho, que me han inspirado convicciones arraigadas y me han servido de norte y sostén durante la vida...

...Si me sales con matemáticas y argumentos alambicados y oscuros, nada te podré decir; pero sí podré contender contigo en lo que se refiere a cosas más sustanciales y de peso, como la existencia de Dios, la eternidad del alma, la vida futura, y, sobre todo, el castigo de los malos y el premio de los buenos.

—Eso que le parece a usted cosa tan fácil, es difícilísima, y dudo mucho que usted pudiese demostrar ninguna de esas proposiciones; pero insisto en lo dicho, no quiero discutir con usted, y prefiero callar para no herir sus creencias.

—En ese caso, hijo, lo que debes hacer, es observar la misma conducta con todo el mundo, y ser más prudente y reservado en lo que toca a las convicciones ajenas. ¿Para qué hablas de religión delante de las mujeres? ¿Para qué escandalizas a los niños? ¿Para qué haces gala de incredulidad delante de la gente pobre e ignorante? Deja que cada cual piense lo que quiera y se consagre a las prácticas que mejor le parezcan, sin burlarte de nada ni de nadie. He notado que siempre que se habla delante de tí de creencias y prácticas piadosas, sonrías con burla y sarcasmo, y te gozas en lanzar preguntillas e indirectas, que asombran y desconciertan a tus incautos oyentes. Ahí sí que triunfas, porque es fácil la victoria.

—Yo digo con franqueza cuanto me parece, sin preocuparme por el efecto que mis palabras producen.

—Mal hecho, Chenó, muy mal hecho, pues un hombre fino y de buena sociedad, jamás debe desatender esas cosas, que son muy importantes. El lengua-

je usado en sociedad, es el mejor indicio que puede darse para calificar de bien o mal educadas a las personas. Cuéntanme que en los buques y trenes de compañías extranjeras, suelen fijarse papeles impresos en que se hace la siguiente advertencia: "Se prohíbe hablar de política y de religión." Y con buen acuerdo se hace, pues si hay algunas causas que puedan lastimar la susceptibilidad de las personas, agriar los ánimos y ocasionar serios disgustos, son, evidentemente, las que proceden de esos dos tópicos. . . . Nosotros los que creemos, no nos burlamos de los que no creen, sino los dejamos en paz con su escepticismo, y nos concretamos a pedir a Dios los ilumine y ayude para que vuelvan al buen camino; pero eso mismo a solas y en el santuario de nuestras conciencias. Y ni somos los primeros en mover conversación sobre tan espinosos asuntos, ni nos permitimos mofarnos de los que no creen como nosotros. La agresión, la burla, el desdén y el menosprecio, vienen siempre de los incrédulos, quiere decir, de tus congéneres, de los tuyos.

Cheno, naturalmente iracundo, solía exaltarse en estas ocasiones, dar algún bufido e iniciar alguna réplica dura y punzante; pero luego se reprimía, y cerraba los labios para poner punto a la plática. Entonces la señora viuda de Téllez cantaba victoria, y decía a su sobrino:

—Mira, Cheno, sabes que te quiero de veras, y que mucho me intereso por tí. Si entro contigo en este género de conversaciones, es porque tú las provocas; pero lo mejor que podemos y debemos hacer tú y yo, es no tocarlas nunca, respetarnos mutuamente nuestras ideas, y dejar que cada uno de nosotros siga el camino de su elección. Así evitaremos fricciones y choques que podrían resfriar nuestro afecto. Por otra

parte, y para concluir, tengo que decirte una cosa muy importante, a saber, que no creo ni por un momento en la seriedad de tus convicciones.

—Por Dios, tía; no lleve las cosas hasta ese extremo.

—Lo callaré, porque no quiero herirte; pero debo hacerte una explicación para que no juzgues torcidamente mis intenciones. Al afirmar que no creo en tu sinceridad, hágolo porque presumo que la enseñanza que tus padres dejaron depositada en tu corazón, es una buena y fuerte semilla, que está oculta debajo de mucho polvo y escombros, pero que no ha muerto.

—Aseguro a usted que no es así; voy siguiendo nuevos derroteros, por convicción y de un modo definitivo.

—Dios me libre de creer lo que aseguras, porque me daría mucho pesar. Si fueses persona indiferente para mí, si no pertenecieses a mi familia, y si no te profesase afecto casi maternal, poco se me daría que creyeses o no creyeses esto o aquello, y que mantuvieses latente o hubieras perdido del todo la buena dirección que tus padres te imprimieron cuando eras pequeño; pero como pasa todo lo contrario, pues eres mi deudo, uno de los míos, y te tengo profundo cariño, me duele admitir la verdad de lo que afirmas. . . . Déjame alentar alguna esperanza.

—No me opongo a ello, respondía Cheno con benevolencia; puede usted alentar todas las que guste, pues para ello es muy dueña.

—Gracias por la condescendencia. . . . Y más te diré, creo que vas a morir en el seno de la Iglesia.

—¡Oh, tía! Dejemos de hablar de eso, insistía Cheno un tanto malhumorado.

—Pido por tí constantemente. Pero no creas que lo que deseo para tí sea una buena vida, en el sentido

de la riqueza, el lujo y los placeres, sino una buena muerte, que es el mayor bien que Dios puede dispensar a sus criaturas. . . . Todas las noches, antes de meterme en la cama, te encomiendo a Dios, te persigno, y pido a la Virgen Santísima obtenga para tí en tu última hora, la gracia del arrepentimiento y el perdón.

—Como quiera que sea, concluía Cheno; de todo corazón agradezco a usted el empeño que se toma por mi felicidad, porque eso demuestra que me quiere.

—¡Cómo no, barbonazo, testarudo y herejón! Sabe que se te quiere mucho en esta casa, y que siempre hallarás en nosotras todo el apoyo y el contingente que necesites para tu bien. . . . Anita y yo hablamos de tí con frecuencia, y estamos conformes en nuestras ideas.

Con esto se ablandaba el corazón de Cheno, desaparecía el ceño que comenzaba a aparecer en su rostro, y se ponía de humor excelente.

—Vamos, vamos, decía, que no soy digno de tanta fineza. Ustedes me confunden con sus bondades.

Así, aunque las ideas de Bolaños no cambiasen, ocultábanse todo lo posible a los ojos de doña Carlota y de Anita, y en las prolongadas conversaciones de los tres, tocábanse todos los asuntos imaginables, con excepción del religioso, y cuando el joven, por hábito o distracción, dejaba escapar alguna frase burlona o irónica, que hubiese podido dar margen a empeñada contienda, bastaba una ligera indicación verbal de la hermosa señora, o una mirada severa de sus negros ojos, para que Cheno comprendiese la falta que había cometido y tornase a la prudente reserva de que se había apartado durante algunos momentos.

Por lo que respecta a Anita, jamás había entrado con él en diálogos por el estilo del que acabamos de

bosquejar, por no sentirse investida de autoridad suficiente para contradecirle, y además, por cierta timidez y modestia que le eran peculiares, y la inducían a no hacer ni decir palabra que pudiese desagradar a nadie, ni mucho menos a su primo. Pero cuando se encontraba a solas con la madre, daba rienda suelta a sus cariñosas inquietudes.

—Mamá, decía, ¿será posible que Cheno tenga malas ideas?

—Mucho me lo temo, hija mía; la educación que se da hoy a los jóvenes, lleva por objeto matar en ellos la fe, y convertirlos en escépticos o sabios desdéniosos.

—Pero mamá, ¿isi no puede ser, si es tan bueno!

—Culpa es de sus maestros, y acaso de su padre, que le permitió concurrir a colegios tan malos. Si mi hermano viviera, se horrorizaría al ver los estragos que una enseñanza torcida ha hecho en el espíritu de su hijo.

—Ya lo creo, mamá, y con mucha razón, porque esas cosas son muy serias.

—Ni tanto, hija mía, como que se relacionan con la vida futura, y con la suerte eterna de las almas.

—¿Qué haremos, mamá, para conseguir que Cheno vuelva al buen camino?

—No veo otro recurso, sino que le encomendemos mucho a Dios.

—Tienes razón, es el único.

—Por fortuna es muy grande, porque Dios es todopoderoso. . . . ¿Qué es lo que pides a Dios, Anita?

—Le pido que dé a Cheno todos los bienes posibles; salud, riqueza, buena fortuna y la salvación eterna.

—Bien me parece todo eso, replicaba doña Carlota; pero no te preocupes tanto por las cosas de este mundo. Los bienes de aquí abajo son frágiles y precede-

ros. Píde; antes que todo, que tenga una buena muerte, y todo lo demás lo daremos de barato.

—Pero yo no quiero que se muera.

—No; si no te digo que pidas eso, sino que, cuando le llegue la hora última, de la que nadie escapa (porque Cheno, a pesar de sus grandes barbas es tan mortal como nosotras), sienta en su corazón el movimiento de la gracia y alcance el perdón de sus pecados... Recuerda, hija, lo que dijo el Salvador: "Píde el reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura",

—Esa añadidura es la que deseo que sea muy grande y muy buena para él, mamá, replicaba la joven, porque no quiero que sufra, ni en este mundo ni en el otro.

—En hora buena, muchacha, concluía doña Carlota; no me opongo a que sea dichoso en los dos mundos. Que tenga mucho dinero, buenas cosechas, muchos caballos, coches y automóviles, y cuanto ambicione, pero a condición de que llegue con felicidad al puerto a donde todos nos dirigimos. A tí te gusta la añadidura. Esta bien, Anita: que sea muy larga y muy brillante, pero que no pase de ser añadidura.

—Tienes razón, mamá, murmuraba Anita pensativa; lo principal es morir bien para encontrar gracia a los ojos de Dios. Pero yo todo lo he de pedir para él.

Estas o parecidas eran las conversaciones que madre e hija frecuentemente sostenían sobre Cheno Bolaños. No sabía él, ni se imaginaba cuánto preocupaba a aquellas buenas y cariñosas almas su persona, y sobre todo, el porvenir que pudiera tener, después de salido de éste valle de lágrimas.

Cheno toleraba con paciencia aquella especie de piadosa compasión que en sus parientas observaba; pe-

ro sin darle gran importancia, y hasta sintiéndose en el fondo ligeramente herido en su soberbia al verse compadecido por seres de naturaleza tan débil e inferior, siendo así que la suya se picaba de ser una de las más grandes, fuertes y gloriosas de las que existían sobre la tierra, o al menos en el círculo donde se agitaba y vivía.

Es tiempo ya de volver a la narración, largo tiempo interrumpida, para dar a conocer por entero al hacendado Bolaños.

Decíamos, pues, que, merced a las instancias de doña Carlota y de Anita, convino el joven en permanecer todo aquel día en la casa del Pino. E hizolo como lo ofreció. Habiéndose pasado en sabrosa charla obra de una hora, y aproximándose la de sentarse a la mesa, pidió permiso a su tía y a su prima para entrar unos momentos en su cuarto para arreglarse un poco. Mucha agua, mucho jabón, mucho peine y mucho cepillo empleó Bolaños para dejar bien lavadas la barba y la cabeza y para peinar convenientemente su aparato capilar. Dejó el traje con que se presentó al bajar del automóvil, y vistió ropa interior enteramente limpia, camisa albeante y un terno a la americana, de color café oscuro y a la última moda. Reemplazó los tubos y el calzado basto de que se había servido por la mañana, por unos finos zapatos de charol, de estilo francés y aguzada y larga punta. Enlazó al albo cuello, dejando caer las largas puntas por debajo del chaleco, elegante corbata de seda, en cuyo nudo fijó un hermoso prendedor formado por un sólo brillante clarísimo, de hermoso corte y de más que regular tamaño. Adornó el chaleco con áurea leontina, de cuyos extremos pendían un reloj extra-plano por una parte, y un hermoso lapicero de oro por la otra. Y poniendo en el blanco pañuelo una gota de discretísima y aristocrática

esencia, salió a reunirse con la familia, que ya le esperaba en el comedor.

Habíase esmerado Anita por presentar a su primo todo lo más blanco y vistoso que en porcelana y cristal guardaba doña Carlota en aparadores y vitrinas; no descuidando colocar en el centro de la mesa un lujoso florero, henchido de lucientes y perfumadas flores. Pero no fué eso lo principal, sino que ella misma en persona echó un vistazo a la cocina, dió el punto a los manjares, agregó algunos que sabía eran del agrado de Cheno, y suprimió otros, que estimó demasiado corrientes y vulgares para el paladar de tan refinado huésped. Sacó de la despensa mantequilla de Toluca, queso de la Barca y dulces de Puebla; surtió algunos canastillos de cristal con asa metálica, de pastelillos y frutas secas; y en los grandes frutereros en forma de amplia copa, que se elevaban a un lado y otro del florero central, colocó fruta de la estación: plátanos, manzanas, uvas, peras y naranjas.

De la cocina llegaba hasta el comedor el tufillo del café acabado de tostar y moler, y que anunciaba una sabrosísima sobremesa. En el immaculado mantel, chispeaban botellones henchidos de Chateau-Yquem y Burdeos, y en una licorera artísticamente colocada al extremo de la mesa, mirábanse alineados frascos que contenían coñac, Angélica, pousse-café y algunas otras cremas deliciosas.

Fué el primer cuidado de Anita al presentarse Bolaños, el ofrecerle un excelente Gin-Cocktail en elegante vasito de cristal, cuyos bordes venían cubiertos de fino polvo de azúcar, y en cuyo fondo mirábase, como ahogada en el líquido, una roja cereza prendida con un delgado palillo para poder sacarla a la hora que se quisiese, sin necesidad de mojarse los dedos. Doña

Carlota y Anita tomaron, a su vez, otras copitas por el estilo, para hacer los honores debidos al huésped y pariente.

Era Cheno gastrónomo de raza, pues no sólo tenía buen paladar, sino conocía las excelencias de toda clase de viandas y confecciones. Halló deliciosa la sopa, el pescado, el asado, el guisado de pollo, la ensalada de lechuga, los chicharillos, y hasta los frijoles con queso que, por tradición y apego a la costumbre, nunca dejaban de servirse en aquella mesa. Tanto los buenos manjares como los exquisitos vinos que se escanciaron durante aquella comida íntima, pusieron a Cheno de humor excelente. Al fin llegó el café, que fué servido en frágiles, transparentes y floreadas tacitas de la China, y entraron en acción las licoreras con sus ténues vasitos, como de condensada y transparente atmósfera. No cabía en sí de gozo Bolaños, chispeábanle los ojos, habíasele enrojecido un tanto el semblante y parecía habersele desatado la aterida y un tanto torpe lengua.

—Delicioso café, murmuró al dar el primer sorbo.

—Es de Uruapan, repuso doña Carlota; de por allá me lo manda de tiempo en tiempo un antiguo amigo de mi marido.

—Regalo regio, continuó Cheno.

—Pero no creas que el buen gusto y el perfume que tiene, dependen tan sólo de la buena calidad del grano, objetó la señora con legítimo orgullo, porque esto de hacer café como Dios manda, no es cosa tan sencilla como pudieras figurarte. De grano bueno, puede resultar una bebida detestable; en tanto que de grano mediano, puede salir una bebida bastante aceptable.

—¡Ah! ¿sí?, interrogó Cheno.

—Como lo oyes, repuso doña Carlota. Voy a darte

una ligera idea de todo lo que se necesita para hacerlo subir a la categoría del que estás bebiendo.

Aquí doña Carlota expuso pormenorizadamente a su deudo, toda una minuciosa y larga teoría sobre la manera de hacer bien el café; la cual escuchó Bolaños sin pestañear y con interés sincero o fingido.

—Supongo que en esta casa se llevará a cabo con toda puntualidad ese complicado programa, repuso Cheno cuando la exposición hubo concluído, pues este café que estoy saboreando es acaso el mejor que he tomado en toda mi vida.

—No puede ser el mejor, objetó doña Carlota, porque otras veces lo has tomado ya en casa, y siempre se hace de la misma manera.

—Tiene usted razón, repuso Bolaños. Debe ser éste igual a todos los otros con que usted se ha servido obsequiarme; pero no sé por qué le encuentro hoy más regalado que nunca.

—El camino y la madrugada habrán despertado tu apetito.

—Así debe de ser. Pero dígame usted, tía, ¿quién se encarga de hacer tantas maniobras? Deben ustedes tener criadas excelentes.

—Nada de criadas, saltó Anita riendo; nosotras mismas lo hacemos. Unas veces mamá, y otras yo.

—Y el de ahora ¿quién le ha preparado?

—Hoy me tocó la vez de ser yo quien lo dispusiera, repuso Anita. ¿No observaste que me levanté y salí del comedor durante unos momentos al comenzar los postres?

—Sí, efectivamente, repuso Cheno.

—Pues fué precisamente para eso, prosiguió la joven, para poner el agua hirviendo en la cafetera, según el sistema que mamá acaba de explicar.

—¡Ah! Entonces por eso....

Cheno iba a decir que por eso había salido tan bueno y mejor que nunca, esto es, por haberlo hecho su prima; pero a tiempo se contuvo, y no soltó la frase. A pesar de eso, comprendió su intención doña Carlota y sonrió ligeramente.

—Sí, dijo, por eso precisamente ha resultado este café mejor que nunca, porque fué Anita quien le hizo. Aunque las dos somos igualmente escrupulosas, y observamos para hacerlo las mismas reglas, resulta que, como yo soy vieja y ella joven, ciertas virtudes o deficiencias propias de nuestras edades respectivas, pasan a nuestras confecciones; así resultan superiores las de ella, e inferiores las mías.

—¡Oh, no, tía, no diga usted eso! Por mi cabeza no ha pasado semejante idea.

—No, mamá, eso no es posible. Lo que tú haces, es mucho mejor que lo mío, porque tienes mayor habilidad y más bonitas manos.

Anita se puso roja, y Cheno, sin poderlo remediar, clavó los ojos en las de su prima. ¡Qué primor, Dios mío! Jamás se había fijado en ellas; era la primera vez que las observaba y estudiaba. Pero, positivamente, eran como las de las sílfides, como las de las hadas, como las de las estatuas griegas. Blancas como el mármol, de tez sedosa y tersa, de aguzados y finos dedos, de uñas tenues y sonrosadas, y de un corte y un carácter tales, que valían por sí solas un madrigal, un soneto, todo un poema.

Anita se puso más y más roja al notar la atención con que miraba su primo aquella parte de su cuerpo, y bajó prontamente las manos, para ocultarlas bajo el borde de la mesa. Bolaños sonrió galantemente al observar aquella maniobra.

—Al fin y al cabo, que ya las ví, y es absolutamente inútil trates de esconderlas, dijo en tono de broma. Son las más bien acabadas y blancas que he visto en mi vida.

—¡No lo vuelvas a decir!, exclamó la joven confusa.

—No obedeceré el mandato, prosiguió Bolaños con buen humor; sino que cada vez que las mire, habré de elogiarlas.

—¿Te gozas en mortificarme?, preguntó la joven.

—Eso no; pero sí en alabar las cosas bellas.

—Yo no tengo ninguna, protestó Anita.

—Tu modestia las realza.

—Me favoreces demasiado.

—Déjala en paz, Cheno, repuso doña Carlota visiblemente complacida. Anita no es como yo. Es una alma de Dios, y no sabe defenderse. Y tú, como eres tan fortachón, tienes tan grandes barbas, y estás acostumbrado a los galanteos, la confundes, la aturrullas, y la haces padecer. Averíguatelas conmigo.

—¡Oh, tía! Demasiado respeto la tengo. A no ser por eso.....

—Serías capaz también de emprenderla con esta vieja, bribonazo, bien te conozco; y no sólo conmigo, sino con la camarera, la lavandera y con cualquier otro ser perteneciente al sexo femenino, aun cuando no fuese precisamente hermoso. Así sois los hombres.

—¡Tía, tía! ¿Qué es eso? Ya sabe usted que no es buena la calumnia.

—No es buena la calumnia; pero la verdad es como la plata; mejor que la plata, es como el oro.

—Pero lo que está usted diciendo no es ni plata ni oro.

—¿Entonces qué es, hombre perverso?

—Falso testimonio averiguado, repuso Cheno bajando los ojos con regocijada hipocresía.

—Falso testimonio averiguado, repuso la señora, soltando alegre carcajada. ¿Quieres que refiera delante de Anita algunas de tus fechorías?

—No, tía, por Dios.

—No me deslizaré por el campo de las más graves, seré prudente; pero quiero darme el gusto de relatar una u otra, ¡oh lord Byron!, ¡oh don Juan! ¡oh calaverón incorregible!

—No, no, tía; se lo pido por favor.

Entretanto que este diálogo se desarrollaba, Anita no perdía de vista a su primo al través de las espesas pestañas. Sentía curiosidad por conocer alguna de sus aventuras; pero al mismo tiempo, había un secreto resorte en el corazón, que vibraba dolorosamente al pensar en ellas.

—Son cosas de mamá, intervino con voz trémula; es muy bromista.

—Nada de bromista, objetó doña Carlota, sino muy franca y verdadera. Y lo que soy yo, no quiero privarme del placer de referir algún cuentecillo de aquellos cuyo protagonista es mi bien barbado sobrino.

—En tal caso me marchó, con perdón de ustedes, repuso Cheno haciendo ademán de levantarse de la mesa.

—De ninguna manera, repuso doña Carlota; no habrás de hacer la descortesía de dejarnos a Anita y a mí solas y con la luna en prendas.

—Pero por lo que usted más quiera en el mundo, no insista en eso.

—Hagamos, pues, las paces, dijo la señora entre sería y burlona; pero ha de ser bajo una condición.

—La que usted guste, contestó Bolaños un poco más tranquilo; de antemano la acepto.

—Que dejes en paz a tu prima.

—No tengo la pretensión de haberle quitado el sosiego en lo que llevo de vida, repuso Cheno con aparente modestia.

—Tienes razón, saltó Anita, dirigiendo a su primo una tímida mirada y enrojeciéndose sin aparente causa.

—¿Ya lo ve usted, tía?, preguntó Cheno.

—Ya lo creo, contestó la señora con tono de cierta formalidad. Anita habla de la tranquilidad de su espíritu, que tú, a pesar de valiente, no has llegado a perturbar ni un solo instante; pero no te salgas por la tangente, porque no se trata de eso, que es punto claro y obvio.

—Pues entonces, ¿de qué?, volvió a preguntar Bolaños.

—Trátase de que no la des broma con eso de las manos, obligándola a ocultarlas, como si fuese descoco y falta de recato el dejarlas a descubierto, siendo así que no ha de haber nada más libre que ellas en nuestro organismo, porque para todo las necesitamos, para trabajar, para coger los objetos, para pegar, y hasta para hablar, porque no se concibe conversación animada, sin un poco de ademán, y hasta otro poco de manoteo.

No pudo menos de sonreír el joven al oír aquellas razones, tomando en cuenta que su buena tía era una de las personas que hacían mayor uso de las manos para todos los menesteres enumerados por ella.

—Prometo a usted, repuso Cheno inclinándose en señal de cómica ceremonia, que no volveré a decir a Anita una sola palabra sobre tópico tan espinoso.

—En siendo así, no hay que hablar más de ello,

repuso doña Carlota, sin hacer aprecio del tono bromista empleado por su sobrino. ¿No te parece, Anita?

—Tienes razón, mamá.

—Ahora, prosiguió Cheno, punto concluído, y firmemos las paces.

Diciendo así, tendió la mano, primeramente a su tía, que ocupaba la cabecera de la mesa, y levantándose en seguida, fué a estrechar después la de Anita, entre grave y risueño.

Así concluyó la fiestecita íntima.

Pocos momentos después levantáronse las señoras y Bolaños, y dirigiéronse a la sala, donde Anita tocó algunas piezas en el piano con sumo gusto y sentimiento verdaderamente artístico; mas a poco tuvo que suspender la ejecución, porque debía atender a los arreglos de la Posada. Y Cheno, que se sentía fatigado a causa del camino, el desvelo y el trabajo de la digestión, aprovechó la coyuntura para levantarse también y entrar en su cuarto, a fin de tenderse a la bartola, reposar un poco y restaurar las perdidas fuerzas. Así pudo doña Carlota acudir en auxilio de su hija, que andaba afanosa preparando los obsequios; y ambas, ayudadas por la servidumbre, consagráronse activamente a aperebir jaletinas, panecillos, bombones y juguetes para regalo y placer de los invitados.

CAPÍTULO III

UNA POSADA.

ANTES de pasar adelante, no podemos resistir el deseo de dar a conocer a nuestros lectores, aunque sea en breve bosquejo, los sitios donde habrán de desarrollarse algunos de los acontecimientos de nuestra narración.

Hemos dicho que doña Carlota Bolaños viuda de Téllez, vivía en la quinta calle del Pino; vamos ahora a dar alguna idea de la parte de la ciudad donde está ubicada esa vía pública.

Es enteramente nueva; no hace treinta años todavía, que el sitio ocupado ahora por el extenso y bien poblado barrio, era un campo a extramuros de la población, desierto e inculto. Acá y acullá mirábase algunos establos, miserablemente contruidos, donde había buen número de vacas. Casucas improvisadas de madera, dispersas por la vasta extensión, eran habitadas por mujeres desgrefñadas y descalzas y por niños harapientos o desnudos. Pero la metrópoli, siguiendo la tendencia general de las grandes ciudades, que invariablemente se ensanchan hacia el Oeste, comenzó a dar síntomas y señales de querer extenderse por aquellos rumbos. Negociantes dotados de doble vista y hon-

da perspicacia, percibieron desde luego el buen negocio que podrían hacer atrayendo a la población en ciernes hacia aquellos escuetos y desolados lugares, porque así podrían hacer valer a buen precio, potreros cenagosos, inundados la mayor parte del año, y cubiertos de inútil hierba. En consecuencia, proyectaron urbanizar el terreno, esto es, disponerlo y aparejarlo a la fundación de un nuevo caserío; a efecto de lo cual, lo dividieron en lotes o manzanas, que a las veces limitaban por medio de paredes de adobe, o bien con fosos llenos de agua verdosa donde nadaban los ajolotes y flotaban las flores de loto, o bien por medio de alambres horizontales, cubiertos de púas, que mantenían tensos y a la ofensiva, por medio de postes clavados en el suelo de trecho en trecho. Fué al principio muy difícil la venta del suelo, porque los compradores no adquirirían sino extensiones cubiertas en parte por aguas estancadas, que se veían precisados a desecar primeramente, y en seguida a rellenar y nivelar por medio de grandes carretadas de cascajo y tierra seca, que hacían venir de lugares distantes. Los precios de cada metro cuadrado de terreno, fueron muy bajos en los comienzos de la empresa. Muy lentamente progresó el trabajo de construcción; mas la constancia triunfó al fin, y llegaron buenos tiempos para la colonia.

Fué subiendo el valor del terreno día por día, y el metro cuadrado, que costó unos cuantos centavos en el inicio de la fundación, llegó a valer veinticinco pesos más tarde, y en algunos parajes hasta cuarenta y cincuenta. Fué una operación fabulosa para los propietarios de aquel pedazo de tierra infecunda, el haberla urbanizado. ¡Llamábase Flores esos caballeros; y por más que ellos no hayan hecho nada digno de

memoria, háse juzgado caso de justicia el dar su nombre a una de las principales arterias del barrio actual, aunque cambiando el género del artículo que le precede, pues hay una calle que, en honor de los mencionados dueños, es hoy titulada de las Flores, por más que en rigor, debiera ser de los Flores, como en un tiempo se dijo; pero como pareció gallega la concordancia de artículo plural masculino, con la palabra Flores, que es sustantivo plural femenino, estimóse conveniente cambiar el sexo de los antiguos propietarios, antes que inferir a la gramática agravio tan tremendo.

Siguió creciendo el poblado, y los terratenientes inmediatos fraccionaron también sus tierras, que no valían nada, para venderlas con ventaja. Así ha llegado a formarse la colonia actual de Santa María, que es una de las barriadas principales de la metrópoli.

Tiene de particular esta parte de la ciudad, que casi todas las calles que la forman llevan nombres tomados del reino vegetal. Así, las hay del Pino, del Ciprés, del Fresno, del Chopo, del Sabino, del Naranja y de otros muchos árboles, cuya larga lista no es preciso dejar aquí consignada; de tal suerte que el conjunto del nuevo poblado, en atención al bautismo de las calles, parece formar un extenso bosque, más bien que parte integrante de una población. ¿Por qué fué adoptado tal sistema? ¿Acaso por pobreza de inventiva de los fundadores, o por capricho y buen humor de ellos y de sus consejeros? Nadie lo sabe ni puede explicarlo ahora, pues no se rastrea en los archivos suburbanos razón alguna de peso que justifique tal determinación. Lo que sí es verdad es que en ninguna de las vías públicas conocidas ahora con las denominaciones expresadas, hubo en tiempo alguno, ni hay

ahora mismo, árboles del nombre que éstas llevan; de suerte que la nomenclatura bucólica o botánica a que aludimos, debe ser fruto de alguna causa misteriosa e impenetrable, que no podrá pasar a la historia.

Siguiendo el ejemplo dado por los fundadores de la colonia de Santa María, el nuevo barrio de Guerrero ha dado a sus calles, exquisitos nombres de flores, como la Violeta, la Magnolia, la Camelia, la Mosqueta, el Clavel y otros a ese pintoresco y perfumado tenor.

En cambio las aristocráticas colonias de Juárez y Roma, de recientísima formación, han ido a buscar a la geografía o a la historia, los altisonantes e imponentes nombres de sus vías públicas. Londres, Berlín, Roma, París, Liverpool, Madrid, Génova, Turín, o bien Limantour y Juárez, tienen su consagración en ellas. En último resultado y para no dejar anónimas algunas otras, se ha echado mano de los nombres de los Estados de nuestra República, como Guanajuato, Jalisco, Chihuahua, Tabasco, Yucatán, y los demás que forman nuestra dichosa y progresista federación.

Por cierto que resulta chistoso no pocas veces, el dar las señas, o, como hoy se estila decir, la "dirección" de la casa que se habita. Supongamos este diálogo, por vía de ejemplo:

—¿En dónde vives?

—En el Pino.

—¿Y tú?

—En el Fresno.

—¿Y tú?

—En el Naranja.

Las señas o direcciones de los interrogados, podrían sugerir la idea de que tales vecinos pertenecie-

sen a la familia de los gorilas o de los macacos, supuesto que viven en los árboles.

Diferente indicación daría este otro diálogo:

—¿Donde vives?

—En la Rosa.

—¿Y tú?

—En la Violeta.

—¿Y tú?

—En la Acacia.

Tales respuestas darían idea de que los interrogados fuesen chuparrosas o ligeras mariposillas de vibrantes alas y peso mínimo, que viviesen pegadas a matizadas y brillantes corolas.

El tercer diálogo podría dejar boquiabierto a cualquier extranjero o forastero no iniciado todavía en los misterios de la nomenclatura capitalina:

—¿En dónde vives?

—En Londres.

—¿Y tú?

—En París.

—¿Y tú?

—En Madrid.

¡Cáspita! ¡Y todo esto dicho en serio, por personas a quienes se ve con frecuencia y con quienes se tiene tal vez una cita para el día siguiente! Ni con ayuda de un aeroplano o de un zeppelin, pudiera nadie estar aquí y allá de una a otra hora. ¿Son ubícuos por ventura? ¿Son almas gloriosas? Sólo así lograría explicarse la velocísima translación de uno a otro de esos distintos lugares. Porque no cabe duda que, con el auxilio de las alas de Miguel, Gabriel, Ariel o de cualquier otro arcángel, sería hacedero desayunarse café con "páne e burro", en una *tratoría* de Roma por la mañana; almorzar al medio día "truites sauce verte"

en el Pasaje Poissonière de París; tomar un tente en pie de caviar en Petrogrado, y cenar pollo, enchiladas y pulque curado en la calle de las Ratas de la ciudad de México. Y aun es poco para tan sublime aviación suponer esa jira, porque en realidad, disponiendo de alguno de esos celestiales biplanos, sería cosa sencilla y de poca monta, desayunarse en la Osa Mayor, almorzar en la Menor, y cenar en Sirio, Orión o en algún otro de esos magníficos soles que vemos cintilar allá arriba, y que sabemos tardan cinco mil o más años en hacer llegar su luz a nuestras pupilas.

La señora viuda de Téllez fué una de las fundadoras de la colonia de Santa María, donde adquirió grandes lotes de terreno, que ha vendido después a buenos precios. Así sacó de aquellas operaciones un bonito rendimiento, que supo invertir en compras de fincas de "productos", o en hipotecas bien aseguradas y de rédito libre al seis por ciento anual. Reservóse, con todo, un lote extenso frente a la misma Alameda, para construir en él su domicilio, según sus ideas propias. Y edificó, en efecto, una casa amplia, sana y sabiamente distribuída, con gran patio cubierto de arriates y de flores, y un jardín interior tan prolongado y extenso, que tocaba hasta el último fin de la manzana. No quiso la señora poner varios pisos a la construcción, porque reputó incómodo subir y bajar escaleras, o tener vecindario forzoso que atisbara sus acciones y se diera cuenta de su vida; así, que la hizo entresolada nada más, pero bastante arriba del suelo, de manera de dejar entre los sótanos y el piso de las habitaciones, un buen espacio por donde circulase el viento libremente, impidiendo así el ascenso de la humedad del subsuelo de la casa, y la invasión de bichos y sabandijas provenientes de las tenebrosidades subterrá-

neas. Y en la parte honda, cuyo pavimento y paredes mandó cubrir de impermeable cemento, estableció las viviendas del portero y el mozo, y las bodegas donde se guardaban los cachivaches y trebejos que estorbaban y afeaban las habitaciones.

Merced a tal amplitud y desahogo en la construcción, fué posible a la varonil matrona, disponer de aposentos sobrados, no solamente para los ordinarios usos, sino hasta para los extraordinarios. Así señaló un salón para el Nacimiento y otro para el Oratorio. En este último, se permitía el lujo de hacer decir misa todos los domingos y fiestas de guardar. No era muy extensa la capilla; pero sí lo suficiente para que pudiesen caber en ella holgadamente sesenta u ochenta personas, dejando buen espacio para el altar, el púlpito y los confesonarios. Detrás de la capilla, estaba la sacristía, bien provista de todas las cosas necesarias para el culto. Allí se guardaban en amplias cómodas de vastos cajones, casullas, sobrepellices, manípulos, estolas, roquetes, cíngulos, bonetes y hasta los trajes de los monaguillos. Muy escrupulosa era doña Carlota en este género de detalles; así que cuidó desde un principio, no faltase nada de lo interesante para el servicio religioso. Corporales, purificadores, toallas, manteles y todo género de piezas de lino consagradas al culto, eran de tela finísima, y estaban perfectamente pespuntadas y bordadas por manos de renombradas costureras. Ni había omitido gasto para proveerse de los más suntuosos brocados y de la galonería más rica, para gala y ornamento del altar, púlpito y casullas. Los vasos sagrados, los copones y la custodia, habíanla costado buena suma de dinero, porque había hecho punto de orgullo el que fuesen del mejor oro, esto es, del de veinticuatro quilates, y de hechura verdadera-

mente artística, con arabescos y bajorrelieves del mejor gusto, hechos por los joyeros más renombrados. Tanto en derredor del círculo destinado a contener la Sagrada Forma, como entre los dorados rayos que rodeaban el relicario, había hecho montar diversas piedras preciosas: brillantes, rubíes, amatistas y esmeraldas. Los conocedores calculaban que aquella rica y sagrada pieza, no podía valer menos de cuarenta mil pesos, y aun había quien supusiese que tal cálculo fuese demasiado bajo.

Era el altar de madera de cedro, hecho en Francia, de donde había sido traído a Méjico desarmado y en partes, que fueron vueltas a colocar en el lugar que les correspondía por excelentes carpinteros. Sencilla era la construcción, pues dejaba al descubierto la riqueza de la madera perfectamente limpia y tersa, y sobriamente ornamentada en sus bordes, nervaduras y pequeñas ojivas por un dorado finísimo y brillante, que nunca sufrió deterioro por las injurias del tiempo o de la temperatura. Era el sagrario de metal reluciente, y figuraba pequeñísima capilla ojival, con puerta bien ajustada, que se cerraba y habría por medio de un primoso llavín hecho y cincelado a la manera de los más artísticos de la Edad Media. Había en la parte alta del altar tres sitios permanentes en forma de anchas peanas, sobre los cuales erguíanse otras tantas hermosas imágenes, obra de artistas catalanes. Era la central, el Sagrado Corazón de Jesús, figurada por un Divino Salvador de hermoso rostro, suavísima expresión, barba y pelo castaños y ojos tiernos y dulces, que parecían mirar amorosamente hacia adelante. El descubierto corazón colocado en la mitad del pecho, mostrábase, aunque herido y sangriento, coronado por amorosas llamas, producidas por fuego interior, inex-

tinguible e intenso. A los lados derecho e izquierdo de aquella imagen, parecían velar a toda hora, la Purísima Concepción de María y el Castísimo Patriarca San José; aquella con túnica blanca y manto azul, puesta la desnuda y breve planta sobre la cabeza de la vencida serpiente, levantada la faz en alto y apoyadas ambas manos, de divina belleza, sobre el pecho immaculado, en actitud humilde y beatífica. En derredor de la cabeza de la Virgen, trazaba amplio círculo una aureola de oro, exornada con estrellas del mismo metal, colocadas de trecho en trecho. La imagen del Santísimo Patriarca, presentaba el aspecto venerable consagrado por la tradición: pelo y barba entrecanos, ojos bajos y humildes, y en la diestra mano una verde rama rematada hacia el extremo superior por un manojo de blancas azucenas.

El ligero y elegante templete, de oro puro, hallábase colocado entre el sagrario y las plantas del Sagrado Corazón; y en los días solemnes, cuando la Exposición era permitida, por gracia muy particular del Sumo Pontífice, colocábase ahí la rica custodia, que brillaba y chispeaba por todas partes, como dotada de luz interior y propia.

Una barandilla de madera fina y cantos dorados, separaba el altar del resto del oratorio, y detrás de ella, formando hilera, mirábanse entre uno y otro cirial, grandes ramilletes sobredorados que tenían ahí sitio propio y permanente.

El resto del local estaba tapizado con roja y costosa alfombra, cruzada a lo largo por un ancho camino de henequén, siempre nuevo, y de vivos y brillantes colores. A un lado y otro de la calle central, alineábanse cómodos sillones de madera lisa primorosamente maqueados, y delante de ellos, elegantes reclinatorios,

de base y bordes blandamente acolchados y tapizados de rica seda.

El Sumo Pontífice León XIII había expedido las licencias necesarias para la consagración de aquella capilla, concediéndole todas las prerrogativas que se otorgan a las más privilegiadas: misa, confesión y comunión valederas según los preceptos eclesiásticos, Exposición del Santísimo Sacramento, Viacrucis, Visita de los siete templos, y hasta Oficio de difuntos y misas de Requiem. Como se ve, nada faltaba para la piadosa comodidad de la familia, ni aun para la de los vecinos y amigos, que acudían ahí en gran copia, a misas, sermones y rezos.

El día en que Cheno llegó a la casa de doña Carlota, era el penúltimo antes del de la Natividad del Señor; y como la señora de Téllez había emprendido, lo mismo ese año que los anteriores, el dar Posadas en su casa, celebróse la fiesta familiar e íntima, preparada por la madre y la hija, a la cual estuvo presente el afortunado Bolaños.

A las ocho de la noche, hora designada para comenzar el rezo, había ya reunidas en la sala como treinta o cuarenta personas, entre las que figuraban algunas familias de rancia y hurañá nobleza, como la Cervantes, la Cortina, la Echaus, y, a más de esas, otras de excelente cepa, aunque no precisamente aristocráticas, compuestas de calvos y graves caballeros, damas altivas y elegantes, y alegres y hermosos retoños de muchachos y muchachas, ávidos de fiesta, amores y regocijo.

Una vez que la reunión quedó completa, pasaron los concurrentes a la capilla, cuyas velas y focos resplandecían en el corto recinto, colocados estos en arborescentes salidos de los muros, y en elegantes candelabros

de cristal pendientes del techo, y aquellas en grandes y pesados candeleros, puestos sobre la mesa del altar.

Criaditas simpáticas y bien calzadas, vestidas de negro y con blanco delantal adornado con finos encajes, encargáronse de repartir velas de cera a los presentes; después de lo cual, el ama de la casa, con rostro grave y fuerte voz, dió principio al rezo, que se inició con la letanía de María Santísima, coreada por el grupo. Una vez concluída esa oración, rezó otras varias, que son de rúbrica en tales casos, y en seguida fué abandonada la capilla y se dividió la concurrencia en dos grupos. Uno de ellos ocupó las piezas cuyas puertas deberían permanecer cerradas, mientras el otro se dispuso a caminar en torno del patio por los corredores, para representar a la Santa Familia peregrinando por diferentes lugares, en busca de albergue y refugio. La ceremonia se desarrolló con solos y orfeones, sin acompañamiento de música, pero con gran concurso de niños y niñas que, graves al principio, correteaban y reían a lo mejor, descomponiendo las filas y poniendo una nota de alegría en el grave y severo rito.

Escogieron tanto de una parte como de otra las mejores voces de hombres y mujeres para que guiasen el canto.

Púsose doña Carlota, vela encendida en mano, a la cabeza de los peregrinos, y una joven muy simpática, llamada Amparo, que a su lado caminaba, conocía la *nota* y tenía fresca voz, fué destinada a dirigir el ambulante coro.

Concluída la peregrinación, entró el grupo en la sala del Nacimiento para continuar y concluir la parte ritual que aun faltaba. La señora doña Carlota, con actitud inexorable, continuó encabezando los rezos, y guió primero un acto de contrición, después una jacu-

latoria, la correspondiente al día de la posada, y a continuación nueve avemarías, al fin de las cuales, hubo más canto.

Finalmente, se rezó el bendito con gran fervor por todo el concurso, que se sintió aliviado de la fatiga de prácticas tan prolongadas.

El inquieto grupo de los niños, al ver apagar las velas, prorrumpió en altos y agudos gritos de contento, y a su vez, entonaron coros aquellos rapaces, mientras saltaban con el mayor alborozo, deseando llegasen pronto las golosinas; y como había sido Anita la persona que nominalmente se había hecho cargo de entenderse con aquél día de Posadas, acomodáronle prontamente el perverso, que no verso, con que la chiquillería suele pedir las menudas cosas que las personas mayores obsequian en tan preciosa coyuntura.

Anita, por toda respuesta, dictó en voz baja algunas órdenes a las sirvientas que la seguían, las cuales salieron incontinenti de la sala, para volver a poco llevando bandejas cargadas de «huevos de faltriquera» envueltos en papel de china de variados y vivos colores, almendrones, nueces y cacahuates cubiertos y buena cantidad de bombones y confites. Cerraba la marcha Amparo en persona, llevando en palmas otra bandeja más grande, donde iban acomodados y formando hileras, primorosos juguetes de porcelana: patos, garzas, elefantes, dromedarios, leones, tigres, lobos, cocodrilos, Reyes Magos y algunas Vírgenes, Divinos Infantes y Santísimos Patriarcas en miniatura. Todo aquello se distribuyó liberalmente entre la concurrencia, cuidando que los muchachos tuviesen una porción más considerable en el obsequio. Tan sabrosos y vistosos presentes, llevaron al colmo del regocijo los ánimos, y dieron lugar a diálogos alegres y entretenidos entre los

rapaces, quienes se manifestaban encantados con los juguetes henchidos de dulces que en las manos tenían, y disputaban entre sí, sosteniendo cada cual que los suyos eran los mejores y más hermosos de todos los distribuidos.

Pasado aquel acto, trasladóse el concurso al jardín del fondo, para poner término al último número del programa infantil, que consistía en quebrar la piñata.

Doña Carlota había hecho disponer abundantes focos eléctricos entre las ramas de los arbustos; y en el ancho camino central, pavimentado de cemento, había mandado colocar hileras de asientos para las personas mayores. De una rama a otra de los crecidos árboles, habíase tendido la cuerda de donde pendía la piñata, que tenía la forma de una vieja de corto talle, gran cabeza y desarrollado vientre. El revestimiento de la figura era todo de papel de colores vivos, y daba a la olla, así transformada, el aspecto más grotesco y abigarrado que puede imaginarse.

Diose luego traza a vendar los ojos de niños y niñas, unos tras otros, y a ponerles en la diestra mano, una gruesa y fuerte rama de árbol, que anticipadamente para ello se tenía aperecida. Encargáronse Anita y Amparo de disponer a los mocosos que aspiraban a la gloria de romper el receptáculo de barro, tapándoles para ello cuidadosamente los órganos visuales, haciéndolos girar sobre sí mismos dos o tres veces, después de vendados, y poniéndolos luego en dirección de la piñata, con aviso de poder comenzar a repartir palos. Hubo numerosas tentativas frustradas de parte de los héroes de la fiesta, y niños astutos sorprendidos en flagrante delito de engaño y malicia, que miraban por encima o por debajo de mal ajustado pañuelo que sobre los ojos tenían, para orientarse bien y asestar golpes

decisivos a la olla. Afortunadamente, denunciábanse por envidia o emulación los unos a los otros, y, siempre que ocurría cualquier caso de doblez e impostura, gritaba el coro infantil, brincando y lanzando fuertes chillidos:

—¡Está viendo! ¡Está viendo!

Protestaba el culpable que nada miraba, y que aun estaba padeciendo de la nariz con motivo de la comprensión que en ella sentía por el riguroso vendaje que le habían puesto; pero Anita y Amparo deteníanle en medio de sus animosas tentativas, a peligro de recibir ellas mismas algún golpe descerrajado por la briosa e impaciente manecita; y después de un minucioso examen de las condiciones en que se hallaba el pañuelo, permitían o nó la continuación de los ensayos de apaleamiento y destrucción de la vieja de barro. Así fué prolongándose el torneo, por un tiempo que pareció demasiado largo a la concurrencia de jóvenes y adultos, hasta que se determinó, para poner punto final a la escena, armar la diestra de la más pequeña de las niñas y poner a la criatura en condiciones de desempeñar bien su papel. Mas, a pesar de las indicaciones que recibió el angelito para que no errase los palos, fuéle difícil romper el vientre de la ridícula vieja, que bailoteaba en el aire sin quebranto alguno, porque la enorme rama que blandía la manecita, era demasiado pesada para sus escasas fuerzas; y como la vasija resistió numerosos golpes, fué preciso que Amparo misma acudiese al auxilio de la criatura, y le comunicase la energía de sus poderosos músculos, para que lograrse hacer pedazos la dura e invencible piñata.

Prodújose un ruido sordo al ser asestado el golpe fatal; cayeron al suelo fragmentos de cacharro, y juntamente con ellos, llovieron limas, naranjas, trozos de

caña de azúcar, tejocotes, cacahuates y buena copia de confites y bombones, que se derramaron vistosa y apetitosamente por el pavimento. Precipitáronse las criaturas sobre el rico botín, amontonándose las unas sobre las otras, y arrebatándose las golosinas con gran codicia e inhumana violencia; por lo cual hubo gritos de protesta, chillidos y no pocos lloriqueos. Mediaron Anita y Amparo en el conflicto a fin de poner orden en la contienda y hacer una distribución más justa y equitativa de tan ricos y variados despojos; y pudo así conjurarse la tempestad.

Con esto levantóse la sesión al aire libre, y el grupo de las personas mayores tomó el camino de la sala, donde fueron servidos té, pastelillos y copitas de coñac y vino generoso.

Cheno tenía ojo perspicaz y experimentado, y, en medio de la multitud, sabía mirar y distinguir unos ojos hermosos, una tez blanca, una boca graciosa, un talle esbelto o cualquiera otra de las perfecciones que constituyen la recomendación del sexo femenino. Y hacia dondequiera que persiguiese o hallase alguna de aquellas excelencias, íbansele, como suele decirse, los ojos, y en pos de ellos, los pasos y las palabras, como vuelan las mariposas en derredor de las más brillantes flores, porque saben cuáles de ellas son las más perfumadas y ricas en mieles.

El preámbulo significa que Bolaños dióse cuenta bien pronto de que Amparo era una real moza, y de que valía la pena de obtener de ella siquiera algún pequeño favor, o todos los favores imaginables; así que durante la peregrinación religiosa, acercósele cuanto pudo, y no cesó de mirarla con insistencia, y de dirigirla palabrillas lisonjeras encañinadas a prevenir y ablandar su ánimo para futuros esfuerzos y más serios

y decisivos ataques. Al romper la piñata, anduvo solícito cerca de ella para ayudarla en todos los trabajos que tan delicadas dirección y maniobra requerían, pres-tándole su concurso para vendar a los chicos y poner en sus manos el palo inexorable destinado a la ejecución y quiebra de la olla.

Bien se dió cuenta Anita de la naciente inclinación y del *firteo* de su primo con su amiga; pero como era tan discreta y prudente, continuó ocupada en los graves asuntos que entre manos traía.

Cuando la concurrencia volvió a la sala, buscó y halló manera Cheno, de colocarse cerca de Amparo, para continuar con ella las sabrosas conversaciones iniciadas por los corredores y al aire libre.

—Es usted encantadora, decíale atusándose los negros mostachos.

—Y usted muy galante, caballero, respondía ella.

—Bien hubiera querido ser uno de los chicuelos, proseguía él.

—¡Vaya una ocurrencia!, contestaba ella soltando una sonora carcajada. ¿Me quiere usted decir para qué?

—Para que usted me hubiese vendado los ojos.

—No sabe lo que son mis manos, respondía ella; son demasiado toscas.

—Usted las calumnia; parecen un manojo de azucenas.

—Vaya, señor, que al ver a usted y su severo aspecto, me había formado la idea de ser persona seria.

—¿Tengo cara de ogro?

—De ogro no; pero sí muy imponente. Al ser presentada a usted, ¿sabe lo que me dije?

—No acierto.

—Pues dije para mis adentros ¡qué mal genio debe tener este señor!

—Acaso no haya error en eso. Mi carácter es endemoniado; pero no quita que sea buen conocedor y perito en tratándose de muchachas bonitas, y para ellas soy tan manso como un cordero.

Hallábase en aquellos momentos muy embarazada la concurrencia con motivo de los regalos que se le ofrecían. Anita había repartido a cada uno de los presentes, una taza de té sobre un platito, debajo del cual había doblada una servilleta de papel de China. Tomaba las vasijillas de las enormes bandejas que las criadas llevaban tras ella, y servía cubitos de azúcar con las tenacillas de plata. Después vinieron las copitas de coñac. Y como es cosa bien difícil mantener con seguridad en la mano izquierda el platito donde están la taza y la cucharilla, menear el líquido con ésta para que se desbaraten los dulces terrones, colocar la cucharilla sobre dicho platito y tomar en seguida la taza por la oreja para sorber el té poco a poco; damas y caballeros siéntense estorbados y en grandísimo apuro, temiendo que se vuelque la taza, que rueda por tierra la cucharilla, que se escapan el plato o la copa, y que por un motivo o por otro se hagan pedazos aquellas finísimas piezas de porcelana confiadas a su cuidado. Hase menester algo de malabarismo en el manejo de todos esos objetos para salvarlos del naufragio; así que los hábiles mortales que salen con bien de tan grave aprieto, pueden darse por dichosos y respirar satisfechos después de prueba tan dura. Sube de punto el impedimento cuando, para mayor fineza, son servidas copitas de licores, para ser gustadas, según las pragmáticas de la moda, a pequeñas dosis, alternadas con traguitos de té. Nadie sabe qué hacer con tantas cosas a la vez: la servilleta, el platito, la taza, la cucharilla, y la copita de transparente cristal. ¿Dónde colocar ésta última? Hace

falta una tercera mano para salir del mal paso. Aprovechase cualquier repisa, cualquier mesita, un banco desocupado, la tapa del piano, cualquier lugarcillo firme y seguro donde acomodar la vasijilla y ponerla en cobro contra cualquier emergencia. No pocos son los casos en que alguna dama o caballero resultan mal parados de la prueba.

—¡Jesús! ¡Jesús!, murmura algún invitado.

—¿Qué pasa?, preguntan alarmados el dueño o la dueña de la casa.

—Que se me ha derramado el té y va a manchar la alfombra.

—Eso no vale nada; no tenga usted cuidado.

—Soy un bárbaro, exclama otro; acabo de romper la taza.

—Muchas hay de repuesto, responde el obsequiante para tranquilizar al afligido.

—¿Dónde he puesto mi copita de coñac?, se me ha perdido, dice una voz.

—¡Allí!, responde una.

—No, aquí no, replica otra; esta es la mía.

—Creo que es la que está detrás del florero.

—Tal vez así sea.

Entretanto la señora de la casa, su hija o alguna amiga de confianza, siguen paseando y echando ojo avizor por todas partes, como en el presente caso lo hicieron Anita y Amparo, seguidas por un cortejo de criados que llevaban bandejas cargadas de azucareros, teteras, frascos de coñac y mil golosinas, para reponer las tazas y copas vacías y repartir dulces, pastelillos o jaletinas. En éste último caso, ¡aquí de Briareo, voto a sanes! ¡Quién pudiera tener cien manos por lo menos para asir todas aquellas amables cosas a un mismo tiempo!

Al fin, cuando pueden volverse sanos y salvos todos los utensilios a la bandeja, quedando libres las manos y desocupadas las rodillas, escápanse suspiros de alivio y desahogo de todos los pechos, como después de haber salido de grande y terrible conflicto.

¿De dónde puede haberse originado tan incómoda y peligrosa costumbre? ¡Sépallo el sietemesino más desmirriado y escuchimizado que calza guantes, adorna el ojal de la solapa con flor de crisantemo, y anda haciendo un gesto perpetuo para retener en su sitio el rebelde y extravagante monóculo! El resto de la humanidad no está iniciada en tan profundos misterios. Es cierto que esa pérvida obsequiosidad evita la molestia de servir mesas, y el gasto de dar cosas más substanciosas a la concurrencia; pero esto solo atañe a la comodidad de los anfitriones, y de ninguna manera al reposo y tranquilidad del ánimo de los invitados. ¡Caprichos de la moda! La de que se trata es semejante a la que introdujo el uso de la falda trabada entre las elegantes, para que no pudiesen subir a los vehículos, ni escapar de la persecución de los toros y de los perros bravos.

Mientras Anita y Amparo andaban en el ajetreo de atender a los invitados, halló modo ésta última de acercarse a su amiga y decirle al oído:

—¡Cuán galante es tu primo!

—¿Por qué lo dices?, preguntó Anita sin volver el rostro.

—Porque no ha cesado de echarme flores durante toda la noche.

—¿Qué te ha dicho?

Hubo cierto temblor imperceptible en la voz de Anita al formular la pregunta.

—Lo que todos, repuso la amiga; ya lo sabes: que tengo estas perfecciones y las otras, y estas y aquellas

gracias. . . . Pero yo ¡qué voy a creer esos elogios! Bien me conozco, y sé que no los merezco.

—Si alguna vez mi primo ha sido justo y razonable en sus galanteos, repuso Anita con seriedad, fué sin duda esta noche, porque eres acreedora a mucho más que eso.

—¡Oh Anita!

—Te lo digo con sinceridad; eres de las pocas amigas a quienes concedo infinidad de cualidades.

—Porque me quieres. Yo digo lo mismo de tí. Para mi gusto y mi opinión, no hay otra joven como tú en toda la capital.

—No quieres quedarte con nada, Amparo. Me estás devolviendo la alabanza.

—No lo hago por eso; sino porque así lo siento de veras.

Hubo un momento de silencio, durante el cual pareció que Anita reflexionaba.

—Pero mira, prosiguió, es preciso que no te dejes sorprender por Cheno.

—No ¡qué va! No soy tan crédula. Por otra parte, bien sabes que tengo mi novio, y le quiero mucho. ¡No faltaba más!

—Te lo decía, continuó Anita, porque Cheno es muy general, quiero decir, de gustos muy generales; pero de poco corazón. Eso sí, en mirando unas faldas, luego se entusiasma y pierde la cabeza.

—De eso mismo le veo trazas. ¡Como es joven, buen mozo y rico, debe creer que tiene el mundo a sus pies!

—No es fatuo, sino sinceramente enamorado. Pero de ello se le ha formado un vicio tal, que no puede reprimirse, y se hace la cuenta de ser obligación de to-

do hombre de sociedad, el requebrar a la mujer a quien tiene cerca.

—Pues está en un error, porque no a todas les agrada esa cantinela.

—A todas nó; pero sí a la mayor parte. ¡Si vieras a cuántas pobres jóvenes ha dejado con la luna en prendas! Si no fueras amiga mía tan querida, no te haría la confidencia; pero contigo debo ser sincera, aun cuando se trate de un pariente tan próximo.

—Mil gracias; no tengas cuidado. No soy tan fácil como tu primo se lo figura.

—Mucho me alegro; pero no es fuerza que le desaires.

—No, nada de eso; no quita lo cortés a lo valiente. Pero a los hechos me remito. . . Ya verás como le marco el alto sin que pueda quejarse.

En esto concluyó el servicio del té.

—Ahora, continuó Anita diciendo a Amparo, tenemos que desempeñar la primera parte del programa musical que hemos preparado. ¿No tienes inconveniente en cantar luego? Mucho te agradecería fueras tú quien diese principio a la audición.

—Bueno, puesto que así lo quieres; pero luego tú.

—Sí, te lo ofrezco.

Dicho esto, separáronse las dos amigas, y Anita, sentándose al piano, ejecutó algunas escalas seguidas de unos cuantos acordes para llamar la atención de la concurrencia. Después, y cuando se hubo hecho el silencio, tocó con sumo gusto una mazurca de Chopin, y en seguida un impromptu de Schubert. Sus blancos y afilados dedos corrían por el marfil del teclado con ligereza y precisión, subrayando las frases musicales con expresión y sentimiento propios. Era más que una aficionada, era una verdadera "virtuosa", como dicen

los italianos. Así lo comprendió el auditorio, quien la escuchó con atención religiosa y la aplaudió con entusiasmo verdadero cuando hubo terminado la ejecución. Acto continuo, la graciosa y simpática Amparo ocupó el trípode artístico. Acompañábase sola, siguiendo el consejo de la famosa compositora francesa Chaminade, que es, a la vez, maestra de canto. Colocó el papel en el atril y se dispuso a entonar el Ave María de Gounod.

Bolaños, que no la perdía de vista, levantóse prontamente para dar vuelta a las hojas del cuaderno, a medida que ella fuese cantando; pero como no conocía nada de música, inclinóse solícito y díjola por lo bajo:

—Ya me indicará usted cuando deba dar vuelta a las hojas.

—¡Ah!, exclamó la joven alarmada, ¿no conoce usted la nota?

—Desgraciadamente no, repuso Cheno.

—En tal caso, continuó la joven, mucho agradezco a usted la atención; mas prefiero que Rodolfo sea quien se tome la molestia.

Y volviendo la cabeza hacia atrás, buscó entre los presentes al joven aludido, quien, por su parte, no le quitaba los ojos de encima.

—Rodolfo, rogó cortesmente Amparo desde su asiento, ¿me haces el favor de venir a ayudarme?

—Con el mayor gusto, repuso éste con regocijo.

Y separándose del grupo de amigos con quienes charlaba, se acercó al piano. Así que no hubo remedio: fué preciso a Cheno prescindir de su galante propósito.

—En tal caso, dijo a Amparo, dejo el puesto a mi sustituto.

Y se inclinó con mucha cortesía.

—Mil perdones, señor, repuso la joven; pero sucede que me pongo nerviosa cuando no tengo confianza

en que se dé vuelta a la hoja con toda precisión, y me turbo, y toco una tecla por otra.

Por el camino se encontraron los dos jóvenes y se cruzaron una mirada fría y poco simpática.

Era Rodolfo joven que no llegaba a los treinta años, alto, blanco de tez, sonrosado de mejillas, de ojos claros y pelo y bigote rubios. Tenía el grado de capitán en el ejército, y no hacía mucho tiempo había salido del Colegio Militar, donde había hecho una brillante carrera. Sentábase a maravilla el elegante uniforme de gala que había vestido aquella noche; pendía del cinto su fina espada de plateada empuñadura, a la cual había anudado los blancos guantes. Bolaños dióse cuenta del continente marcial y simpático del joven, y sintió profundo disgusto al verse frente a frente de rival tan temible, hasta en aquella aventurilla sin importancia.

Acercóse Rodolfo a Amparo, y ésta levantó hacia él la amable faz, envolviéndole en una mirada cariñosa. Algo se dijeron por lo bajo, que no pudo oírse; pero que debió ser en extremo grato para ambos, porque la expresión de las dos fisonomías, pareció como iluminarse al influjo de aquellas palabras.

No tardó Amparo en preludiar el acompañamiento y en alzar la fresca y bien timbrada voz, para ejecutar la celebre partitura. Su pronunciación de los versos franceses, era impecable, y sonaba en sus finos labios con una delicadeza y una armonía infinitas. El concurso estuvo como suspenso durante su canto, y Rodolfo, fijos los ojos en la pauta, daba vueltas a las hojas con la debida exactitud, porque él sí sabía de música, y hasta tocaba un poco el piano. En prueba de ello, una vez concluída el Ave María, levantóse la joven, y Rodolfo ocupó su asiento para acompañarle una aria de Puccini.

—Qué bien se entienden esos jóvenes!, murmuró don Melchor Covarrubias con cierta sonrisilla maliciosa al oído de Cheno, que ocupaba el asiento contiguo.

—Perfectamente, repuso Bolaños con displicencia.

—Es porque se conocen, y probablemente se profesan gran simpatía y hasta un afecto que puede pasar los límites de lo simplemente amistoso.

—¡Bien puede ser! No estoy en antecedentes.

La atención de Bolaños fué atraída en aquellos momentos por otro inesperado suceso. El joven doctor en medicina don Ignacio Quintanar, llamado Nacho Quintanar familiarmente, habíase acercado a Anita, y empeñado con ella, nutrida conversación.

—¿Quién es ese caballero?, preguntó Cheno a don Melchor, designando con la mirada al joven galeno.

—Es el doctor don Ignacio Quintanar.

—Sí, ya lo sé, repuso Bolaños con alguna impaciencia. Fuimos presentados al comenzar la Posada. Lo que deseo saber es qué especie de persona sea.

—Excelente, contestó don Melchor. Por su familia pertenece a la más alta clase social de México, y por sus conocimientos, está llamado a ser uno de nuestros primeros médicos. una verdadera lumbrera. Tiene ya clientela numerosa. Es especialista; se consagra de preferencia a curar el tifo y las enfermedades de los ojos.

—¡Ah, sí, ya caigo!, repuso Bolaños. Recuerdo haber visto en los periódicos los pomposos anuncios que publica, llenos de recomendaciones y fundados en cartas y testimonios, falsos o verdaderos, que tiene la poca modestia de dar a la estampa.

—Puede usted asegurar que todos son auténticos, repuso don Melchor, porque ha hecho curas verdaderamente maravillosas. Los viejos especialistas no des-

conocen su mérito, aunque, según parece, le tienen alguna envidia.

Torció Bolaños el gesto al oír tanta alabanza en boca de su vecino, y continuó en observación de Quintanar con expresión sarcástica, mientras se alisaba la punta de la negra barba con la mano derecha.

Entretanto, oigamos lo que decían Anita y su interlocutor.

—No había encontrado medio de aproximarme a usted, protestaba este.

—¿Por qué nó, Nacho?, preguntó la joven.

—Porque andaba usted ocupadísima.....

—En efecto, como este día fué el que me correspondió para arreglar la Posada, he tenido que entenderme con todo.

—Sólo de lejos he podido mirar a usted.

Anita nada repuso, y aparentó haberse distraído con el examen de la concurrencia.

—¿Y ese señor moreno que veo por primera vez en casa de usted?

—¿Cuál?, preguntó Anita, fingiendo no haber comprendido a quién se refería la interrogación.

—El que está ahí sentado, junto a don Melchor Covarrubias, repuso Quintanar volviendo el rostro hacia Bolaños y señalándole con la mirada.

Cheno observó el movimiento, y se dijo para sí.

—Se ocupan en mí. ¿Qué estarán diciendo?

—Esa persona, repuso Anita, es un primo hermano mío, que llegó de Toluca esta mañana.

—¡Ah! ¡Ah!, exclamó el doctor. ¿Con que es de la familia de usted?

—Sí, es hijo de un hermano de mamá.

—¡Vaya, vaya! Conóciala de nombre, porque fui-

mos presentados, pero no sabía fuese pariente de usted.

—Sí, y muy próximo.

—Si viera usted, Anita....

—¿Qué?, interrogó ésta.

—¿Me promete usted no disgustarse por lo que voy a decirle?

—¿Sobre qué?

—Acerca de su primo.

—Lo prometo, pero con una condición.

—¿Cuál?

—La de que no ha de ser nada ofensivo.

—No, de ninguna manera. ¿Cómo puede usted figurarse de mí que fuese capaz de eso?

—Pues entonces ¿qué?

—Lo que iba a decir respecto de él, era únicamente que, aunque me parece buen mozo y elegante, hallo muy severa su fisonomía, como la de un hombre de mal carácter.

—¡Quién sabe! Puede ser que tenga usted razón, repuso Anita. Pero en el fondo es muy bueno. Puede usted creer que hay pocas personas tan buenas como él.

—¿De veras? Pues me alegro de saberlo, porque a primera vista, me daba la impresión de adolecer de cierta ferocidad oculta bajo sus buenas maneras sociales.

—Tal vez será por el ceño. Tiene muy negras y pobladas las cejas, y se le unen sobre la nariz; pero esa expresión en nada corresponde a la realidad de sus sentimientos.

Guardaron silencio los interlocutores por unos instantes.

—Voy a pedir a usted un favor, suplicó Anita al fin.

—El que usted guste, repuso Quintanar inclinándose con amabilidad.

—Que se sirva recitar una poesía después del canto de Amparo.

—¡Pero Anita, si no lo hago nada bien!

—Lo hace usted perfectamente; si no fuera así, no le pediría ese favor.

—Bien sabe usted que no puedo negarle nada; de suerte que me tiene a sus órdenes.

—Mil gracias, Nacho.

Volvió la joven a aparentar distracción, en tanto que Quintanar la envolvía en una mirada amorosa e intensa. Era este, de estatura mediana, esbelto, de fisonomía un tanto melancólica, de ojos hundidos y rodeados de ojeras, de pelo castaño ondulado ligeramente, y de delgado bigotillo elevado por las puntas, a la moda del Kaiser. Vestía con refinada elegancia, y tenía maneras muy distinguidas. La inteligencia y la bondad que resplandecían en su rostro, vibraban en sus palabras y en el tono de su voz. Era generalmente simpático, y tenía gran partido en la sociedad.

—¡Jé, jé!, murmuró don Melchor, siguiendo la mirada de Cheno, y fijando la suya en el grupo que formaban Anita y Quintanar. . . . Esos son otros que se entienden.

—¿Cómo así?, preguntó Cheno con notable mal humor. ¿También ellos?

—Por supuesto, repuso el interpelado, también ellos, y casi todos los jóvenes y las jóvenes que ve usted aquí presentes. Puede usted asegurar que todos y todas forman parejas amorosas.

—¡Muy bien! ¡Muy bien!, objetó Bolaños con desagrado. ¿Y mi tía se presta a ello?

—Tal vez no lo sepa, contestó don Melchor; pero

en todo caso, ¿qué tiene eso de particular? Es natural que la proximidad haga nacer el amor.

—Sí; pero que se aproximen solos. No hay que empujar a los unos hacia los otros.

—Eso no hace mi señora doña Carlota; ni lo ha pensado ni lo piensa. Es el desarrollo natural de la vida. Solamente los viejos como yo, nos quedamos en acecho y observación. . . . Usted todavía nó, aun es joven. . . . Supongo no llegará a los cuarenta años.

—No, señor, bien lejos ando de ellos todavía, contestó Bolaños.

La sola sospecha de que se le considerase "fuera de cuadro", causábale indecible fastidio.

—¿Cuántos años me ha calculado usted, señor?

—La verdad, la verdad, alrededor de cuarenta; mejor dicho, peinando los cuarenta.

—Y usted, repuso Bolaños por vía de represalias, ¿cuántos suma?

—Cincuenta y tantos, fué la respuesta.

—Tantos. . . tantos. . . ., repitió Cheno con ironía. Eso no quiere decir nada. En esos tantos pueden caer otros cincuenta.

—¿Tengo aspecto de centenario?, interrogó don Melchor sin inmutarse.

Bolaños volvió hacia él los ojos repentinamente, y examinóle con atención. Y halló que la edad de su interlocutor era positivamente indefinible. Bajo de estatura, rechoncho, mofletudo, de piel rojiza, un tanto calvo de la mollera, pero de pelo y bigotes fuertemente teñidos de negro, no podía saberse, debajo de la máscara artificial que le cubría, si era un hombre maduro avejentado, o si era un viejo rejuvenecido.

—A la verdad, prosiguió Bolaños, no llega mi perspicacia hasta el punto de profundizar asunto tan esca-

broso. Usted confiesa haber pasado de los cincuenta; pero bien pudiera haber pasado de los setenta. . . . sólo viendo su fe de bautismo.

—¡Já já!, repuso don Melchor con una flema desconcertante. La confesión es preciosa. De ella deduzco que, cuando menos, no tengo aspecto de haber llegado a los cien.

—En efecto, repuso Cheno; encuentro a usted joven para contar un siglo de vida.

—Con eso me conformo. Por lo demás, y para tranquilidad de usted, debo decirle que le envidio sus cuarenta.

—¡Ya dije a usted que aún no los cumplo!

—Pues los que tenga. A la edad de usted aun pueden hacerse muchas conquistas.

En esto, había terminado el canto de Amparo, aplaudía la concurrencia, y la joven y Rodolfo buscaban y encontraban asientos contiguos para seguir conversando.

Restablecido el silencio, acercóse Anita a su mamá y hablóle por lo bajo para comunicarle que Nacho Quintanar iba a recitar una poesía.

—Señores, anunció a poco doña Carlota dirigiéndose en voz alta a la concurrencia, el doctor don Ignacio Quintanar va a decir unos versos.

El joven que estaba en pie, se inclinó con modestia, y repuso:

—Sólo por complacer a ustedes voy a tener ese atrevimiento. Lo hago bastante mal, como ustedes van a verlo; pero ya se servirán excusarme, porque no soy más que un simple amante de las letras, y jamás he recibido lecciones de declamación.

—Van ustedes a oírlo, van ustedes a oírlo, repitió

doña Carlota. . . . Ya verán como su incapacidad no es tan grande como la pondera.

Y agregó sonriendo:

—Recuerdo todavía que, cuando estuve en la escuela, copié repetidas veces una muestra caligráfica, que contenía la siguiente sentencia: "La modestia es compañera inseparable del verdadero mérito."

—¡Oh, señora!, articuló el doctor poniéndose ligeramente encendido; es usted demasiado amable.

—De un modo u otro, repuso la dueña de la casa, es preciso poner manos a la obra: está usted obligado.

—Y cumpliré el compromiso; si bien contando con la benevolencia del auditorio,

—Cuenta usted con todo lo contable, repuso doña Carlota sonriente. Por mi parte, ya estoy aplaudiendo la ejecución.

Sonrió el joven con amabilidad, y, dirigiéndose sin afectación al extremo de la sala donde se hallaba el piano, colocóse de espaldas a éste, y se dispuso a dar principio a la declamación. Echó una suave mirada en derredor, arregló maquinalmente las solapas del jaquet, tomó ambos guantes con la mano izquierda para dejar libre la otra, y adelantando la diestra para acompañar rítmicamente con ella los versos que brotaban ya de sus labios, recitó la siguiente poesía del inspirado vate yucateco Luis Rosado Vega:

EN EL CAMPO TRISTE.

El campo está enfermo, amada,
Mudas las brisas están;
Dormidas en la enramada,
Y nunca despertarán.

Las frágiles mariposas,
Amada, se van, se van,
Porque se han muerto las rosas
Y nunca renacerán.

¡Ay! qué tristes son las cosas,
Son las cosas que se van!

Labrador madrugador
Que más sabio que los sabios
Con una canción de amor
Dulcificando tus labios
Vas rumbo a tu praderío,
No cantes más, labrador,
Que nieva, y hay mucho frío!

Ve, y con el hacha que luces
Corta ramajes añejos,
Y hazme cruces, muchas cruces
Para los recuerdos viejos.

Y con hojas amarillas
Para ensueños e ilusiones,
Hazme coronas sencillas
En forma de corazones;
Pero haz muchas, un montón,
Porque son muchos los muertos,
Y quiero que estén cubiertos
Como con mi corazón!

Dicen que cuando murió
¡Ay! era tan inocente
Que hasta el bosque se inclinó
Cuando el entierro pasó
Para besarla en la frente

Dicen que cuando murió
Tan bella y tan joven era,
Que hasta la misma madera
De su caja floreció.
¡Dicen que cuando murió!

Bajo un pinar soñoliento
Canta un viejo de la selva:
—Hoja que arrebató el viento
Ya nunca esperes que vuelva.—

Canta, viejo, tus congojas
A la sombra de los pinos.
¡Qué mustias están las hojas
Y qué sólo los caminos!

Te cantaré una canción,
Una canción sin fortuna,
Que le hice a mi corazón
Junto a la orilla del río,
En una noche de luna
Que era una noche de estío.

Te la cantaré, bien mío,
Cuando aparezca la luna
Y baje a bañarse al río.

Lirio azul de la montaña,
Lirio lánguido y gentil
Que llenaste mi cabaña
De una fragancia de abril;
Lirio azul, lirio sedoso,
Lirio que murió de amor,
Lirio que fuiste un ensueño
Materializado en flor;

Te formaré tu mortaja
 Con mi más blanca ilusión,
 Lirio azul, y haré tu caja
 Con mi mismo corazón!

La vendimiadora viene
 La vendimiadora va,
 Y en la cabellera tiene
 Una rosa muerta ya.

Para apaciguar su angustia
 Va en busca de otra no mustia,
 Mas ¡ay! es fuerza que pene
 Porque no la encontrará.
 La vendimiadora viene,
 La vendimiadora va.

¿Qué pensará el bosque, qué,
 Que está tan triste callando?
 ¡Parece que está pensando
 En algo que ya se fué!

No sé que tiene; no sé,
 Que me está el alma punzando;
 ¿Será que también yo esté
 Como este bosque, pensando
 En algo que ya se fué?

Pastora del delantal
 Y del gayo zagalejo,
 Que pareces un rosal,
 Adiós, me marchó y te dejo:
 Cierta que en una pradera
 Que es una pradera triste,
 Mas como una primavera
 Con el traje que te viste.

Así, pastora, es la vida:
 ¡Qué importan los desengaños
 Si se la tienen vestida
 De primavera los años!

Piedra blanca en la que un día,
 Le dí la mano al bajar,
 Su recuerdo todavía
 ¡Ay! me está haciendo llorar.
 Y más amargos que el mar
 Son los llantos que me arranca.
 No la llegues a olvidar,
 Piedra blanca, piedra blanca
 Que tienes forma de altar!

Campanero de la ermita
 Toca con triste tocar,
 Que ya es hora de la cita
 Y el entierro va a pasar.
 Me dijo al morir que aquí
 La esperase, y yo la espero;
 Vine a mi boda ¡ay de mí!...
 Toca, toca, campanero.

Madre, cuando llegue el día
 Feliz en que yo me muera,
 Entiérrame, madre mía,
 En ésta misma pradera.
 Y cava mi tumba aprieta
 Pero muy hondo, muy hondo:
 ¡Yo necesito una huesa
 Sin márgenes y sin fondo!
 ¡Cuándo llegará ese día,
 Madre mía, madre mía!

Poseía Quintanar una voz de gran suavidad y grácilísimo timbre, y modulada por él con delicado arte, adquiría inflexiones de grande e inesperado efecto. Sabía hacer pausas donde era conveniente, y esforzar ó dulcificar el acento según el sentido del pasaje que interpretaba lo requería. No eran exageradas sus exclamaciones, pero sí bien calculadas y medidas para que fuesen apreciadas y sentidas por el auditorio en toda su intensidad. No había exceso alguno en su método; conoció desde luego no había sido enseñado por ningún cómico de profesión, sino que su manera dimanaba de él mismo, y era su propia creación. Comprendía a maravilla la poesía, sentíala con sinceridad, y la interpretaba con tanta delicia, como los «virtuosos» interpretan las partituras de los grandes maestros. Y todo porque él mismo era poeta de raza, por más que hubiese compuesto pocas estrofas y publicado apenas una u otra en algunos magazines; pero vivía soñando, admiraba la belleza y abismábase en la contemplación del paisaje, de las montañas, del horizonte, del cielo estrellado, de las noches de luna, de todo cuanto por su forma o su color representa belleza ante la mirada del hombre. Y tenía a la vez tímpano delicado y afinadísimo, que le permitía escuchar todas las voces que andan por el espacio, desde los soplos de la brisa hasta el rugido de la tormenta, desde el piar de los implumes polluelos, el gorjeo de la calandria y el reclamo del zenzontle, hasta el graznido del buho y el crascitar de los cuervos. Así se formaba en su interior una mezcla matizada y resonante, formada por las constantes y múltiples sensaciones que se producían en su alma, y que llegaban hasta ella por las puertas misteriosas de los sentidos; y así también iba navegando por un océano infinito de luz y de colores, de arpegios y de cantos,

cuyas ondas eran a la vez armónicas e irisadas, como si cantase la luz y resplandeciese la música.

A pesar de su profesión de galeno, que le obligaba a estudiar y descomponer las realidades de la vida y los ocultos gérmenes y cimientos de la hermosura, había flotado en su mente, como leve barquilla inaccesible a los huracanes, un idealismo sentimental y sublime, que le inducía a rodear todas las cosas con una especie de aureola de claridad y con otra especie de coro armonioso que las elevaban y engrandecían. No pintaba, cantaba ni tocaba instrumento alguno; no hacía obras para el teatro, ni figuraba en el grupo de los poetas líricos; pero su exquisito y privilegiado sensorio entraba en vibración al más ligero contacto con cualquiera de las manifestaciones del arte, el cual no es, a su turno, más que un eco suavísimo y acordado, de los ensueños que duermen en el fondo de la mente. Por eso se penetraba de las bellezas de la poesía, y sabía declamarla con tanta propiedad, como si él mismo hubiese concebido y concertado los versos que casi pudiera decirse que cantaba. Por eso también era admirable su memoria para retener las composiciones que le cautivaban. De suerte que, cuando las decía, hacía lo por cuenta propia, adoptando el lenguaje del bardo para interpretar ideas y sentimientos que andaban vagando por los limbos de su espíritu; y por eso finalmente, siempre que declamaba, ponía de su parte tanto sentimiento, tanta música de acento, y tanta expresión de rostro y ademanes, que bien hubiera podido afirmarse que los versos que él interpretaba, valían más oídos que leídos. Era tan fina su comprensión poética, que sabía subrayar con pasión o ternura no fingidas, sino realmente sentidas, todas las frases, todas las exclamaciones, todas las ansiedades y todos los gemidos de los

versos que interpretaba. Y eran tales el encanto y la armonía que sabía comunicar a su recitación, que pasaba a las veces, que poesías medianejas, de esas que componen los «poetas menores,» parecían concepciones sublimes al través de la melodía que brotaba de sus labios. Y era porque la emoción de su ser íntimo, se traducía y revelaba en la interpretación de cualquier estrofa, y hasta punto tal, que su declamación misma era una obra poética independiente; de suerte que podía considerarse toda composición que él recitaba, como una doble poesía: métrica y declamatoria.

Oyóle, pues, el concurso con suma atención y no debilitado interés, mientras vibró su acento, y se difundió por la sala, a merced de aquella misteriosa armonía, una como atmósfera de suave tristeza, que se apoderó de todos los pechos, haciéndolos respirar un ambiente arrobador, cual si ráfagas de un mundo desconocido, mezcladas de luces, perfumes y gorjeos, hubiesen penetrado por la estancia.

La poesía de Rosado Vega es profundamente melancólica y brota de un espíritu verdaderamente sentimental, y no de un diletanti artífice de versos. Hay entre ese inspirado vate y los otros copleros, la diferencia que se nota entre un forjador de metales y un joyero, entre un vulgar fabricante de alhajas y un Benvenuto Cellini. Los suspiros y las añoranzas de su numen sollozan en sus fáciles y extraños octosílabos; su melancólico lenguaje extiende como un velo de niebla sutil sobre el paisaje; su canto es un lamento doloroso, modulado por un alma encadenada por el ensueño y coronada por el ideal.

El doctor Quintanar obtuvo un doble triunfo al concluir la recitación de aquella tierna poesía: debida la una al lejano autor de ella (que no supo que su musa había hecho palpitar tantos corazones en aquel pun-

to y hora), y a su intérprete la otra, quien, absorto en la emoción que las palabras que pronunciaba le producían, todo lo olvidó por un momento, para perderse y sumergirse en el mar oculto y profundo de su exquisita vida interior.

Fuertes y sonoros aplausos coronaron el esfuerzo artístico de Quintanar; aplausos que dieron salida al desbordado entusiasmo de damas y caballeros, y que dolieron únicamente a Bolaños, quien miraba con secreto despecho, el éxito obtenido por el joven.

—¡Bravo, bravísimo!, gritaba don Melchor en el colmo del delirio, batiendo palmas con redoblada insistencia.

Quintanar, entretanto, inclinábase dando las gracias con sencillez, y dirigíase nuevamente al sitio donde había dejado a Anita, para continuar con ella la interrumpida conversación.

—Lo ha hecho usted admirablemente, díjole la joven tendiéndole la mano; merece mis felicitaciones más calurosas.

—¿De veras? ¿No lo hice tan mal?, preguntó el joven galeno, en cuyos ojos brillaba un rayo de alegría.

—No, muy al revés de eso; ha estado usted felicísimo en la declamación de esa dolorosa poesía.

—Todos los días lo hace usted mejor, Quintanar, saltó doña Carlota desde el extremo de la sala. A mi modo de ver, no hay quien declame como usted en toda la metrópoli.

—¡Oh, señora!, repuso el joven; usted me confunde.

—Debe decirse la verdad como se siente. Ni aun siquiera en los más famosos teatros de aquí, he oído declamar de esa manera.

—Eso no puede ser; los artistas escénicos son verdaderos maestros, mientras que yo no paso de ser un simple aficionado.

—Otro maestro, dijeron varias voces.

—Un dilettanti nada más, insistió el joven. Me encanta la poesía, y como no la escribo, me contento con interpretarla.

—Mejorándola siempre, observó don Melchor terciando en el diálogo desde su asiento.

—Son ustedes muy benévolos; me contentaré con no echarla a perder, prosiguió el doctor.

Bolaños callaba entretanto, y no había movido las manos para aplaudir.

—¿No le agradan a usted los versos?, preguntó don Melchor volviendo el rostro hacia él con cierta extrañeza.

—A decir verdad, repuso el interrogado, no gusto gran cosa de ellos; prefiero la prosa.

—¿De manera que usted no los lee nunca?

—Jamás; me parecería perder el tiempo, consagrándolo a cosa tan fútil.

—Pues entonces ¿en qué suele usted emplearlo?

—Mis ocupaciones son serias; soy hombre de trabajo.

—Pero no por eso dejará usted de leer algo.

—Sí, señor, filosofía, historia, periódicos y tratados de agricultura.

—En hora buena, repuso don Melchor, bajando del séptimo cielo a donde había subido de improviso, para tomar pie de nuevo en la superficie terrestre. Pero, diré a usted: lo uno no quita el gusto por lo otro. Yo también soy agricultor y paso gran parte del año en mis propiedades; pero no por eso he perdido el gusto por las bellas artes.

Cheno estaba visiblemente contrariado, y se fastidiaba en medio del regocijo de los demás. Así que, como medio de distracción y para apartar la vista del cuadro que le rodeaba, entabló nutrida conversación con su vecino, sobre asuntos de cultivo y labranza, desentendiéndose de todos los otros puntos que don Melchor había tocado en sus últimas frases.

—¿Cuál es el producto principal de las tierras de usted?, preguntó a don Melchor.

—El maíz, el frijol y el garbanzo. . . . Algo produzco también en la línea de pastos y crianza de ganados.

—Los míos son de la misma naturaleza, repuso Bolaños. ¿Ha introducido usted el arado moderno?

—¡Largo tiempo há de ello!, repuso el vejete. Todos los que utilizo en mis haciendas, son de hierro. ¿Y usted?

—Por supuesto, repuso Cheno con suficiencia. Procuro ir siempre al día en la explotación de mis propiedades. A ese propósito, estoy suscrito a las mejores publicaciones que sobre agricultura se imprimen en francés y en inglés.

—Mucho provecho debe usted sacar de ellas, porque es cosa sabida que los franceses y los norteamericanos son los mejores cultivadores de la tierra.

—Excelentes son; pero quizá no los mejores.

—¿Quiénes pueden superarlos?

—Los italianos y los belgas son, por lo menos, tan hábiles como ellos; pero he oído decir que a todos sobrepaja la habilidad de los japoneses y los chinos.

—¿Y recibe usted revistas agrícolas de China y Japón?

—No; sería inútil, porque no conozco ninguno de esos idiomas. Es lástima, porque viajeros amigos míos que han visitado el Extremo Oriente, me cuentan ma-

ravillas de lo que hace la raza amarilla no sólo con su suelo, sino también con muchos de los animales domésticos.

—Por mi parte, ignoro cualquier idioma extranjero, y tengo que atenerme para dirigir mis negocios de campo, únicamente a la práctica establecida y a la tradición nacional.

—Eso no es suficiente, declaró Cheno con petulancia. En nuestro país sólo se conocen viejas rutinas, que hacen perder al propietario una parte considerable de los rendimientos. Hay que echar por nuevos derroteros y que introducir innovaciones en nuestros métodos acostumbrados.

—¿Lo cree usted así?, interrogó don Melchor con aire cándido.

—Tal es mi convicción, continuó Bolaños.

Ambos agricultores continuaron hablando de sus negocios y sistemas de beneficiar sus tierras, defendiendo cada cual los métodos que seguía; y se enfrascaron de tal modo en la conversación, que parecieron olvidar donde se hallaban. Al fin aparentaron entenderse, quedaron buenos amigos y prometieron escribirse.

—¿A dónde puedo dirigir a usted mis letras?, preguntó Bolaños.

—A esta ciudad, calle de Marsella número veinticuatro, o bien a mi hacienda de Topilejo, en el distrito de Zumpango, del Estado de México, repuso don Melchor.

—¡Ajá! ¿Con que tiene usted sus propiedades en el mismo Estado que yo?

—Sí, señor, si es que las de usted se encuentran dentro del que acabo de mencionar.

—Exactamente.

—¿Y yo, cómo debo dirigirme a usted?

—O bien a esta misma casa, que es de mi tía y donde se recibe una gran parte de mi correspondencia, o bien a la hacienda de San Víctor, contigua al pueblo de Izota, no lejos de Toluca.

—Conozco, conozco el rumbo, y hasta puede ser que haya ido alguna vez por la finca de usted. . . . ¿Es usted hijo de don Francisco Bolaños?

—Sí, señor, del mismo. ¿Le conoció usted?

—Le ví una vez únicamente, pero recuerdo muy bien su fisonomía. . . . Celebro mucho hallarme en presencia de un descendiente de caballero tan estimable.

—Y yo también estar en contacto con quien lo estuvo con mi padre.

—Es inesperada fortuna que uno y otro quedemos tan satisfechos. Supongo que no será esta la última vez que nos tratemos.

—Y yo no solamente lo presumo, sino que lo deseo.

Aunque parecía haber terminado la conversación técnica de aquellos propietarios, no fué así sin embargo, pues, ya para despedirse, siguieron hablando de presas, aprovechamiento de lechos desalojados por el agua para sembrar garbanzo, y cría de todo género de ganados: bovino, caballar, lanar y de cerda. Casi en todos estos puntos, con raras y leves excepciones, estuvieron conformes y encontraron gran placer en la comunicación de sus ideas, asegurándose mutuamente haber sido de gran provecho para uno y otro esta o aquella observación y el conocimiento de una u otra práctica.

CAPITULO IV

DOS INSOMNIOS

ENTRETANTO, habían volado las horas, pasaba de la media noche, y estaba al sonar la una de la mañana. Ninguna otra Posada de doña Carlota había alcanzado tan larga duración como aquella, y era ya tiempo de desbandarse. Los jefes de familia dieron la señal de la retirada. Fueron traídos de la antesala los abrigos y los sombreros de las damas, y éstas procedieron a echarse a cuestras los primeros y a asegurar en el peinado los segundos, mirándose al espejo y sujetándolos con largos alfileres de redonda o aplastada cabeza. Y sucediéronse los adioses, unos tras otros, besándose las damas en las mejillas y abrazándose flojamente y como de compromiso. Los caballeros estrecharon las manos de todo el mundo, pusieron los amplios y largos sobretodos para resguardarse del frío, levantaron los cuellos hasta la nuca, y salieron en compañía de las damas. Pronto se oyó el rodar de los carruajes y la destemplada voz de los automóviles que entraban en movimiento.

La familia quedó sola, volvió a la casa el silencio, y procedióse a apagar las luces que ardían con profusión.

—Francamente, dijo doña Carlota a Cheno tendiéndole la mano para despedirse de él, ¿te has divertido? ¿te agradó la Posada?

—He estado muy contento, repuso el interrogado con cierta frialdad.

—No debe haberse divertido mucho, mamá, articuló Anita.

—Te equivocas, repuso el joven. ¿Por qué lo dices?

—Te he visto pasar largo rato conversando con don Melchor, y supongo debes haberte sentido muy aburrido para acogerte a recurso tan extremo.

—No, Anita, si es persona muy entendida.

—¿De qué estuvisteis hablando?, preguntó doña Carlota con tono de broma.

—De agricultura.

—¡Jesús, Jesús!, prosiguió la señora. ¡Hablar de agricultura en medio de una Posada y teniendo a la vista tantas muchachas bonitas!

—No, mamá, si es que debe haber estado pensando en otra cosa,

—No, ¿en cuál? Su conversación me interesaba.

—Es seguro que estaba pensando en Clara y echaba de menos la elegancia de su salón.

—No, por vida mía; ni por un momento me he acordado de eso.

—Como quiera que sea, repuso doña Carlota, puedes creer que hemos hecho cuanto hemos podido para tenerte contento. Si te has fastidiado, tuya ha sido la culpa.

—Pero si no me he fastidiado, si he estado contentísimo.

—Ojalá así sea, continuó doña Carlota. Ahora sólo nos queda descansar un poco, porque es demasiado tarde.

—Tiene usted razón, tía, repuso Cheno echando mano a la muestra. Faltan unos minutos para la una... Mil gracias por todo; son ustedes muy buenas, y me dejan muy obligado,

—No hay por qué, contestó Anita, tomando la voz por ella y por su madre. ¿Y mañana? ¿Qué piensas hacer?

—Es punto convenido, repuso Cheno. Mañana iré a la Posada de Montalvo.

—Bueno, pues quedas en libertad, concluyó doña Carlota. Ya sabes que tenemos gusto en verte entre nosotras; pero si por cualquier motivo prefieres ir a otra parte, eres muy dueño.

—A no ser por el compromiso que tengo con esa familia, no me movería de aquí.

—¡Quién sabe!, intervino Anita con ligero tono de ironía. ¡Yo no lo aseguro!

—Haces mal, Anita, porque soy sincero.

—Estamos perdiendo el tiempo en averiguaciones inútiles, dijo doña Carlota con cierta impaciencia, porque el sueño comenzaba a dominarla. Mañana será otro día. Buenas noches, Cheno.

—Buenas noches, tía.

—Buenas noches, primo.

—Buenas noches, Anita.

Y se separaron los interlocutores.

Bolaños se dirigió al cuarto que sus hospitalarias parientas le tenían destinado, y éstas entraron en sus respectivas alcobas, que estaban juntas, y se comunicaban por medio de una puerta que nunca se cerraba.

Ninguno de los dos jóvenes quedó satisfecho después de la Posada.

Anita veía con desconsuelo que su primo no había hallado en aquella sencilla fiesta, todo el placer que ella hubiera deseado. Recordaba con mal humor las atenciones de Cheno hacia Amparo, y le preocupaba no poco la expresión que las facciones de su primo habían tenido la mayor parte del tiempo que había durado la reunión. Decididamente, muy raro era el carácter de Bolaños; medio frívolo, medio misántropo, galanteador de oficio y fácilmente impresionable por el capricho o el mal humor. Es verdad que Amparo era bonita, bastante graciosa, y cantaba con sumo gusto; pero no llegaba a hermosura, porque adolecían sus facciones de varios defectos fácilmente perceptibles. Con todo, había habido momentos en que Cheno se había puesto alegre como unas pascuas, cerca de ella, al dirigirle la palabra. Amparo, por su parte, no era loca, no podía tachársele de tal; pero tampoco podía negarse que hubiese dispensado favorable y risueña acogida a los requiebros del primo. Y a no ser por la advertencia, que ella, Anita, había hecho a su amiga, sólo Dios sabe a dónde hubieran podido llegar las cosas, porque Amparo parecía no haberse acordado en toda la noche de que Rodolfo se hallaba presente; pero de ese momento en adelante, ¡qué cambio tan grande había habido en ella!

La escena ocurrida junto al piano, cuando Cheno acudió solícito a dar vuelta a las hojas del cuaderno musical, presentóse al vivo a la memoria de la joven. Vió el descontento pintado en el rostro de Bolaños, al ser repelido por Amparo; oyó el llamado de ésta a su novio; miró al capitán acercarse al grupo filarmónico; y se reprodujo a sus ojos la escena muda de la antipa-

tía recíproca que había observado en los rostros de su pariente y del militar.

Pero esto no fué todo. Antes de dormirse, fué atraída su atención hacia otro lugar y otra persona. Todo cuanto había pasado aquella noche, carecía de importancia comparado con los nuevos recuerdos que evocó. Vió una casa de moderna y elegante arquitectura, en cuyos ángulos había ligeras torrecillas con estrechas y elegantes ventanas; perspectiva de castillo italiano en miniatura, con sus altos techos en forma de tejados, rodeada de jardines y limitada por férrea verja. Gradería de blanco mármol conducía a la entrada principal, formada por amplia ojiva, cuyas puertas de cristal emplomado resplandecían con vivos reflejos a la luz del sol o de los focos de arco. Plantas trepadoras, que subían desde el pie de los muros, cubrían casi por completo y ornaban con artística elegancia las partes planas del frontispicio, dejando al descubierto nada más las pilastras, los cornisamentos y los huecos de las ventanas, que parecían hechas expreso para aventuras románticas de personajes de novelas o leyendas. Por cualquiera de ellas hubiera podido trepar Romeo con la ayuda de una escala de seda, para mirar de cerca a Julieta, o despedirse ésta de su amante al amanecer y cuando los pajarillos comenzasen a piar entre las frondas. Dentro de aquella casa vivía una joven seductora, que parecía llenarla por entero con el brillo y esplendor de su vida, pues andaba siempre a la última moda, vestida con lujo extremado, concurriendo a bailes y saraos, ocupando palco en la ópera, y paseando por calles y avenidas, ya en carretela flameante tirada por hermosos troncos ricamente enjaezados, o bien en amplios y rápidos automóviles, que devoraban la distancia y, a la noche, deslumbraban la

vista con el vivo resplandor de sus brillantes linternas, parecidas a los faros que muestran al navegante perdido en la obscuridad, el rumbo que ha de seguir para llegar al puerto.

La sección consagrada por los diarios a los acontecimientos sociales, contenía siempre el nombre de aquella joven, cuyas toilettes eran descritas con minuciosidad, ya fuera que asistiese a los templos a presenciar ceremonias nupciales, o que concurriese a elegantísimas reuniones, o que resplandeciese y triunfase en las que en su propio domicilio se daban con asistencia de la «haute crême» metropolitana.

Esa mujer era Clara Montalvo; la rica, la hermosa, la cortejada, la victoriosa.

Por un extraño e inconsciente trabajo mental, reunía Anita en un mismo pensamiento, la figura de su primo con la de Clara, como si supiese que algún vínculo oculto las ligase, y que aquellos dos seres estuviesen destinados a caminar siempre juntos. No era envidiosa Anita, y nunca la desvelaron la opulencia ni los triunfos de la señorita Montalvo; pero en aquella coyuntura, cuando se reunían y sobreponían en su interior las imágenes y los nombres de esa joven a la moda, y los de su primo, experimentaba un malestar íntimo, que ella misma no podía explicar. ¿Qué le importaba que entre el grupo de los cortejantes o esclavos de Clara, figurase Chenó? ¿Qué le importaba que ella le amase, ni tampoco que aquellos amores, si existían en efecto, llegasen a su desenlace lógico, legal y religioso? ¿Por qué se preocupaba pensando que Clara pudiese casarse con Bolaños? Ignorábalo ella misma y, con profundo desagrado, dábale cuenta de que aquellas figuras y aquellos acontecimientos presentes o futuros, verdaderos o fantaseados, tendían a mantenerla

en vigilia y a apartar el sueño de sus ojos. Comenzaba a clarear el alba y entraba ya la luz blanquecina de la madrugada por las rendijas de ventanas y puertas, cuando logró Anita quedarse dormida; pero aun en sueños, continuó discurriendo y mirando mil cuadros análogos a los descritos, que se desarrollaron a los ojos de su imaginación como una cinta cinematográfica.

No fué mejor la noche que pasó Chenó. No había quedado satisfecho con los resultados de aquel día. El regocijo que sintió a la hora de la comida, enturbióse y desapareció por completo durante la noche. Hombre orgulloso y sumamente engreído, tanto por su figura cuanto por su fortuna y origen, juzgábase irresistible, y no podía concebir que cualquier otro mortal se interpusiese entre sus inclinaciones o caprichos y la dama de su elección, por más caprichosa y efímera que ésta fuese.

Habíale agradado Amparo por su belleza, gracia y talento artístico, y bien hubiera querido flirtear con ella durante toda la Posada, sin comprometerse a cosa alguna, y sobreponiéndose a todos los admiradores de la joven. Desgraciadamente había surgido el incidente del piano, que había venido a desconcertar y a echar por tierra todos sus proyectos y ambiciones. Si Amparo hubiera sido un poco más amable para él, habría admitido su auxilio, por torpe que fuese, pues nada le hubiese costado hacer cualquier leve indicación para que él hubiese dado vuelta con oportunidad a las hojas del cuaderno. Era claro que, si le había rechazado, no había sido simplemente porque él no conocía la nota, sino porque ella deseaba llamar a su lado a aquel joven militar, que era su novio.

El capitán Rodolfo Souza no pasaba de ser, en su concepto, un militarillo de tantos como pululaban por

la ciudad, y, aunque no debiera decirse de él que fuese un mónstruo de fealdad, no podía afirmarse tampoco tuviese la figura de Apolo o de Atinoo. La única circunstancia que favorecía a Rodolfo, era la de llevar el vistoso traje de oficial del ejército. Los trajes de los militares contribuyen mucho a dar brillo y seducción a su persona; pero los mismos individuos que, adornados y realzados por él, parecen príncipes o héroes de leyenda, pierden toda su gracia y prestigio cuando de él se despojan, y se ponen la vestimenta de los paisanos, no llamativa y chillona, sino grave y seria. Recordaba él mismo haber hecho esa observación en jóvenes de su amistad. Ataviados con el uniforme militar, habíanle parecido marciales, buenos mozos, conquistadores, y esos mismos sujetos, vistos en alguna otra ocasión con americana o jaquet, con sombrero blando o de bola, sin acicates en los tacones ni espada al cinto, habíansele figurado, no sólo inferiores a sí mismos, sino en alto grado comunes y corrientes, ordinarios, feos y sumamente cursis. Hasta los jóvenes morenos, color de chocolate y de pura raza indígena, a quienes había encontrado engalanados con el traje de oficiales, habíanle parecido embellecidos y sublimados; siendo así que, cuando había tornado a verlos con la vestimenta de la clase civil, habíansele figurado dependientes de abacería, conductores de trenes, o mozos de café fuera de oficio.

Los colorines y entorchados, se decía, contribuyen mucho a disfrazar a quien los lleva, y le convierten en un ser falso; pero las mujeres, que no discurren nada, ni piensan sino en cosas frívolas, toman por lo serio los tintes chillones y el reflejo de presillas, charreteras y demás insignias de galonería. El fenómeno se observa por dondequiera. Recordaba Chenó que, duran-

te sus viajes por Europa, había visto a las mujeres inglesas, francesas, italianas y alemanas, aledadas y boquiabiertas ante el desfile de las guardias reales o republicanas, de los dragones y coraceros y de los jefes empenachados con *chorros* de blancas plumas que caían sobre sus cascos metálicos. El sonido de la corneta y el redoblar de los tambores hacen por todas partes sensación en las clases populares, y los habitantes de pueblos, ciudades y metrópolis, detienen la marcha cuando caminan por la calle, o se agolpan a las puertas y ventanas de sus casas, cuando se escucha el paso de batallones y regimientos cruzando por la vía pública. Las damas elegantes no ven al soldado raso, para fijar la atención en los oficiales y jefes; en tanto que las mujeres del pueblo, se aficionan a la soldadesca, cuyos kepís, mochilas, polainas y fusiles las deslumbran, como si fuesen cosas nunca vistas y de prodigio. ¡Debilidad general e irremediable del sexo hermoso!

Pero ¡qué poco discurso se necesita para dejarse dominar por esa predilección! Porque, bien visto, el militar no es más que un pobre servidor de la comunidad, que sigue una bien triste carrera, criminal por una parte, y degradante por otra. Criminal, porque tiene por oficio matar o herir a los semejantes; y degradante, porque tiene por consagración el exponerse a riesgos de muerte o perlesía por vil soldada. Hay en ellos algo de lo que existía en los gladiadores antiguos. *¡Ave, César, los que van a morir te saludan!* Eso es lo que dicen todos los que siguen el ejercicio de las armas. *¡Ave, imperio, reino, república, sociedad, los que van a morir te saludan!* Tú me das un sueldo, y yo estaré siempre dispuesto a matar o a morir. El papel no es nada airoso. Son los militares víctimas destinadas al sacrificio, y, como su sangre va a ser derramada

y va a serles cortado el aliento, son vestidos con trajes bárbaros, de colores exagerados y llenos de relumbros; de la misma manera que en la antigüedad gentílica se cubría de rosas y flores el testuz del buey que en aras de la deidad iba a ser abatido con el hacha por el sacerdote. Pero ellos no lo comprenden así, y se muestran altivos y soberbios, envueltos en sus atavíos, creyéndose héroes, cuando no son más que esclavos, y juzgándose amos y señores, cuando no son más que un rebaño destinado a la inmoliación.

Rodolfo Souza no parecía mal con su traje ornamentado de ribetes rojos sobre el azul oscuro del paño de que estaba hecho, con el brillo de los botones metálicos que en el pecho lucía, y con las paralelas de cintas deslumbradoras que ostentaba en las mangas de la guerrera. La espada que llevaba al lado, dábale inmerecido prestigio, como de paladín hecho a realizar hazañas mayores que las de Rolando, siendo así que tal vez no era capaz ni aun siquiera de resistir la embestida de un gato enfurruñado. Su prestancia no era cuestión más que de óptica y convencionalismo, como podría verse cualquier día en que el joven Souza tuviese la humorada de vestir traje de paisano. Entonces sería un burgués común y corriente, destituido de gracia, e igual o inferior a todos los otros habitantes de la ciudad. Vivos deseos sentía Bolaños de encontrarse algún día por alguna de las principales avenidas de la ciudad con aquella figurilla de relumbrón, despojada de sus ropas teatrales, y reducida a la condición de cualquier mortal trabajador y ocupado en cosas procaicas y útiles para la comunidad. Estaba cierto de que la aureola que le rodeaba se desvanecería en ocasión semejante, y de que el arrogante joven, que tenía humos de Fierabrás, tendría el humilde aspecto de un

empleadillo de tres al cuarto, endeble, trasijado y afligido por la gazuza. Sonrió Cheno al pensar todo esto, pareciéndole que aquel cuadro que en su interior se forjaba, debía corresponder y correspondería alguna vez a realidad efectiva. Con esto, dejó al capitán Souza, mentalmente herido por él de insignificancia y hasta de miseria, para pensar en seguida en otro joven, cuya presencia le había sido también muy desagradable aquella noche.

¿Quién era el doctor don Ignacio Quintanar? Probablemente algún matasanos de tantos como vomita anualmente la Escuela de Medicina, y que son un verdadero azote social. Los médicos, si bien se mira, pensaba Cheno, son peores que el tifo, la escarlatina y el cólera morbo, porque no saben nada de cosa alguna, ni menos aún, de lo que pretenden saber. Es un misterio para ellos el organismo; ignoran lo que es la vida; desconocen el germen de casi todas las enfermedades; las peores dolencias que atacan a la humanidad, carecen entre sus manos de remedio. La terapéutica está todavía en pañales. La primera dificultad que al médico se presenta, es la de conocer la naturaleza de la enfermedad que va a combatir. ¿No ha sucedido muchas veces que al enfermo del estómago le juzgue malo de los riñones, y declare neurasténico al loco rematado, que no tiene idea sana en el cerebro? ¿No pasa a menudo que la equivocación sea tan garrafal, que diagnostique un tumor en el vientre de la señora que va a salir de su cuidado? ¿No se ha visto con frecuencia que los doctores declaren desahuciado o muerto al enfermo que a los pocos días se levanta sano y lleno de vida, y pasea por las calles con paso firme y erguida cabeza?

Y todavía, aun suponiendo que penetre el hondo misterio de la enfermedad, y sepa el mal de que ado-

lece el paciente ¡cuántos errores no comete en el tratamiento de la misma dolencia conocida! Da calomel al que necesita Saiz de Carlos, sedantes y debilitantes al que ha menester Elíxir de Beaumé o inyecciones de estricnina; prescribe pediluvios al que padece de anemia cerebral; y toda clase de drogas al que tiene cansados los intestinos por la ingestión de polvos, píldoras y cucharadas. Después de todo, bien hace la secta de los automédicos cristianos recientemente aparecida en los Estados Unidos, al jurar ante la Biblia, no llamar jamás al médico ni tomar medicina de ningún género, por más grandes que sean sus padecimientos; sino aguardar que la naturaleza todo lo cure por medio de evoluciones espontáneas, o que el Omnipotente sea el doctor que remedie los padecimientos del enfermo. Platón arrojó a los poetas de su república; Cheno hubiera arrojado a los médicos de la sociedad humana.

Pero ¿de dónde venía la inquina que experimentaba contra Quintanar? Este joven, si bien lo consideraba, jamás le había hecho el menor daño. Nació aquella ojeriza, sin duda alguna, de su aspecto melancólico y romántico, de su amor a la poesía, y de su afición a declamar versos. Todo aquello era altamente despreciable para Bolaños. El doctor debía adolecer de un espíritu timorato y medio femenino, supuesto que, en vez de consagrarse a cosas ásperas y serias, como a su sexo correspondía, andaba deleitándose en leer renglones cortos, perdía el tiempo en aprenderlos de memoria y se prestaba a servir de comediante, como quien dice de histrión, en las reuniones sociales. ¿Qué persona grave y que se estime un poco, puede resignarse a desempeñar papel tan poco airoso? Aquellos indicios artísticos no le acreditaban de varonil ni de resuelto. ¡Qué había de saber el buen Quintanar de asistir en-

fermos, ver espasmos y dolores y levantarse a media noche para asistir al llamado de los moribundos! Y en cuanto a manejar el bisturí, abriendo abscesos, cajas torácicas, o amputar miembros podridos, ¡ni aun siquiera pensarlo! Aquel triste muchacho, ojerudo y de mirada lánguida, tenía por fuerza que desmayarse a la vista de la sangre, y que taparse la nariz al desvendar un miembro llagado. No se podía concebir cómo podrían aliarse su ternura dulzona con el valor y la energía que se necesitan para manejar los instrumentos cortantes, las sierras que tronchan los huesos y las mascarillas impregnadas de cloroformo con que se priva de conocimiento al desgraciado a quien se va a descuartizar científicamente. En concepto de Bolaños, solamente un hombre de duro aspecto, pocas palabras e innata ferocidad, era capaz de practicar todos aquellos oficios; y, para él, los mozos de las matanzas, que degüellan corderos, atraviesan el corazón de los cerdos y descabellan o matan bueyes gordos de un golpe de maza, eran los personajes más a propósito para ejercer la cirugía en todas sus ramificaciones, así la de abrir vientres para extirpar tumores, como la de hender costados y aserrar costillas para curar hígados, o hundir el bisturí en el hipocondrio para arrancar riñones enfermos o asegurar los flotantes.

El disgusto que Cheno sentía al representarse las figuras del capitán Souza y del doctor Quintanar, tenía por causa y fundamento el que uno y otro de aquellos jóvenes habían hallado favorable acogida cerca de Amparo y de Anita. Por más que él mismo quisiese explicar su antipatía por otros motivos, la verdad era que venía únicamente de la competencia amorosa o galante que con tan buen éxito le habían hecho aquella noche. No estaba prendado de ninguna de las dos

jóvenes; pero ambas le agradaban, y hubiera querido reservarlas para sí solo, estableciendo a su alrededor fosos y trincheras para que nadie se las disputase. Habíase prometido pasar un rato muy agradable cerca de Amparo, que era traviesa, decidora y capaz de entablar discreteos almibarados y torneos interesantes de indirectas, palabras de arcano sentido y disimulada coquetería. Así hubiera podido soportar el fastidio de la Posada archirreligiosa de doña Carlota, porque si se hubiese desentendido por completo de la parte mística, tan ampliamente desarrollada, habría convertido la fiesta en ocasión de sabrosísima charla y galanteo. Pero aquel condenado capitán Souza había ido a interponerse entre él y la graciosa joven, y todo se había echado a perder. De suerte que, tomando en consideración y en conjunto los sucesos de la noche, sacaba en limpio únicamente, un gran aburrimiento y un tedio insoportable.

Asombrábase de Anita, que hubiera sido capaz de manifestar algún favor a Quintanar, porque, para él, según las observaciones de muchos años, era su prima joven insípida, de índole demasiado pasiva y sin alma casi en el cuerpo. Acostumbrado a hallarla siempre sumisa a las órdenes de doña Carlota, y ocupada en las labores de la casa o en las prácticas religiosas, mirábala como ser secundario y de último término, incapaz de llamar la atención de un hombre de experiencia y de mundo. Aquella noche habíala visto a una luz diferente, porque le constaba el agrado con que había recibido las atenciones de Quintanar y los calurosos aplausos que le había prodigado después de la declamación. ¿Tendría corazón su anémica prima? ¿Sería susceptible de sentir emociones? ¿Sería, en fin, algo más que un espíritu ambulante y envuelto en las nebu-

losidades de la indolencia y de los tules y chálina que la cubrían? ¡Bah! Aquello no podía ser. Nada oculto había en el ser y en la existencia de Anita; todo era patente y claro; todo insustancial e incoloro. Y así era también como él quería verla siempre: diáfana, esfumada, dando apenas razón de sí misma, como si fuese una sombra. Pero eso de que se le transformase en ser apasionado y real de un momento a otro, no podía sufrirlo ni permitirlo, y le inspiraba una especie de ira figurarse a su prima diferente de como hasta ahí la había visto y creído. No quería a Anita, era verdad; pero no podía admitir ni que otro la quisiese, ni mucho menos que ella se prendase de algún otro hombre. ¿Qué razón había para ello? Simplemente la del egoísmo, pues todo lo quería para sí solo, y hubiera deseado que todas las jóvenes guapas que había conocido o siguiera conociendo, viviesen locamente enamoradas de él, aunque sin esperanza; pues, por su parte, no tenía el propósito de perder su amadísima y preciosa libertad.

Así pensaba, a lo menos, al llegar a este punto de sus devaneos; pero en el acto le asaltó una nueva idea, y fué la de Clara Montalvo. ¡Clara, Clara!... ¿Sería posible que aquella hermosísima joven llegase a dominar su albedrío y lo condujese mansamente al altar, como se lleva un cordero al sacrificio? Aquí comenzaron a vacilar sus ideas, y entró en un dédalo de dudas e incertidumbres.


Así pasó Bolaños la noche casi en vela, preocupado por aquellas cosas que, aunque fútiles; no se podía arrancar del cerebro, como si un gigante irónico y burlón se las hubiese clavado con un martillo. Así fué, que por una coincidencia singular, permanecieron insomnes Anita y él durante la madrugada, y concilia-

ron ambos el sueño con trabajo, y casi al mismo tiempo, cuando la gente laboriosa salía del lecho y entraba en el ordinario ajeteo de la vida.

¡Extrañas coincidencias de ciertas almas paralelas y disímiles!

CAPITULO V

LA NOCHE BUENA

A casa de la familia Montalvo, ubicada en la calle de Londres, de la Colonia Juárez, presentaba aquella noche aspecto alegre y encantador. El jardín que se extendía detrás de la verja y contorneaba la casa, mostrábase esmaltado de pequeños focos de luz eléctrica e incandescente, que brotaban en medio del follaje de árboles y plantas, como flores de luz, que hubiesen aguardado la puesta del sol para romper la envoltura de sus oscuros capullos. Más allá, y a corta distancia de la entrada, elevábase la rica mansión iluminada «a giorno» y derramando al exterior al través de los gruesos, transparentes y enormes cristales de opacos dibujos, torrentes de claridad, que manchaban de luz el pavimento, y se reflejaban en el asfalto de la calle. Dos porteros vestidos con trajes de terciopelo color guinda, calzón corto, medias de seda, charoladas chinelas con grandes hebillas metálicas, y anchos, redondos y dorados botones, recibían ceremoniosamente a los invitados, mostrándoles el camino para llegar a la gradería de la casa, arriba de la cual, lacayos vestidos de la misma manera, recogían abrigos y sombreros de damas y señores con

profundas reverencias, depositábanlos en el guardarropa, donde eran almacenados en los casilleros, y entregaban los números correspondientes a los propietarios.

Desde bien temprano habían comenzado a llegar numerosos carruajes y automóviles, y habíanse colocado en dos hileras frente a la casa, en espera de sus dueños y señores y de la terminación del regocijo.

Y todo era sonar de trompas de aire comprimido, rodar de vehículos, bajar de damas elegantemente ataviadas, envueltas en abrigos claros y lujosos, y de caballeros vestidos de frac, chaleco bajo y dura pechera nítida y reluciente, y envueltos también en amplios sobretodos de subido cuello. A ese ir y venir y a ese constante movimiento que en la calle se observaba, seguía el estrépito de las portezuelas cerradas de golpe.

Una vez libre cada vehículo, alejábase de la entrada de la casa, para alinearse en el lugar que le correspondía, a lo largo de una y otra acera del frente de la opulenta mansión; y adelantábase en seguida algún otro carruaje o automóvil, que ocupaba su sitio.

Una vez en el vestíbulo, abríase la amplia puerta de emplomados cristales de colores, que daba acceso al «hall,» y los recién llegados eran ceremoniosamente atendidos por caballeros a quienes se había comisionado para recibir a la concurrencia. Deslumbraba la luz que por todas partes resplandecía. Dos focos de arco encerrados en globos de cristal apagado, derramaban en el extenso «hall,» pendientes de la rica techumbre, una claridad como de luna. Más adentro brillaban grandes lámparas de cristal con abundancia de focos incandescentes e innumerables candelabros fijos en las paredes, con blancas y figuradas velas de porcelana, sobre las cuales se alzaban vívidas e inquietas llamas que es-

plendían con energía jubilosa. Un bosque de palmas y plantas de invernadero elevaban y extendían su verde y variado follaje, desde el vestíbulo hasta el «hall», dando la impresión de ser aquel un paraje campestre y fresco, y no artificioso y efervescente centro de reunión social como lo era.

Los salones que de ordinario servían para recibir visitas de diferentes categorías, pobres, medianas y ricas, de confianza o de cumplimiento, hallábanse engalanados para la fiesta, y lucían ricos muebles de diferentes estilos, Luis XV, Luis XVI e Imperio, lanzando vivos reflejos de sus muros tapizados de seda o cubiertos de lunas venecianas, y mostrando en todo su esplendor, sus elegantes plafones, imitación de los más célebres de los palacios europeos, obras de artistas italianos o franceses, traídas a todo costo de allende el Atlántico. Artesanos de las mismas nacionalidades habían pasado el Océano para colocar en sus lugares respectivos tapices, telas y cielos rasos. No había mueble fabricado en el país o de hechura norteamericana; todos eran de más allá de los mares, y habían costado sumas fabulosas de dinero. Cada salón ostentaba la debida armonía en todos sus componentes y detalles; de suerte que a tal color de alfombra, correspondía el de la seda de los muros, el carácter del plafón y el estilo del mobiliario. Abundaban las partes doradas en sillas y confidentes, así como en los complicados marcos de los espejos, que parecían salidos de antiguos conventos. No hacían el menor ruido los pasos en aquellas ricas alfombras; estaba el aire como saturado de esencias, y todo era fiesta, elegancia y alegría. Las señoras casadas, haciendo uso del derecho que les daban las leyes de la elegancia, estaban escotadísimas y cargadas de alhajas. Las jóvenes se

mostraban más modestas en el descubrir gargantas y espaldas; llevaban trajes claros y largos guantes de cabritilla, y habíanse sentado alineadas en asientos arrimados a los muros; en tanto que los caballeros discurrían de un lado a otro, lanzándoles ávidas y tier-nas miradas, a pesar de sentirse medio ahorcados por duros y derechos cuellos a la inglesa, en torno de los cuales habían anudado, a guisa de dogal, la blanca y diminuta corbata. Llevaban calzados los guantes, y lucían al andar las chinelas de charol, que dejaban ver un poco de la obscura media al caer sobre los enormes moños de seda, anudados sobre la parte alta del calzado.

Era el tiempo de la falda trabada y del talle alto, que tan bien sentaban a las mujeres de hermoso cuerpo, y ponían tanto en ridículo a las flacas o ventrudas y de desarrolladas caderas. Los rostros y las gargantas de un blanco mate, ya por la albura de la piel, o bien por la profusión de polvos de arroz o demás comprometedores afeites empleados para aclararlos, hacían aparecer a aquellas hermosas como figuras de yeso o blanco mármol; si bien el fresco color de las mejillas de algunas verdaderamente lozanas, o el colorete de las que habían pedido al pincel la rozagancia de que carecían, el chispear de los ojos, la movable grana de los labios y la blancura de los dientes descubiertos por intencionadas sonrisas, desvanecían aquella impresión, para sustituirla con la de ser aquél un paraje encantador, poblado de muchedumbre de ninfas, de huríes y de diosas.

Era don Pablo Montalvo, hombre más que maduro y tirando a viejo; tenía el tipo del Sur en todo su desarrollo: grande y redonda cabeza, salientes pómulos, ojos un tanto oblícuos y barba rala y lacia. Su cabe-

llera, en la cual comenzaban a aparecer algunos hilos blancos, parecía de artista, pues llevábala larga y la peinaba y echaba hacia atrás de las orejas. No era alto, sino más bien de baja estatura; pero robusto y cuadrado de espaldas. Vestía con suma elegancia, y mostraba en la pechera de la camisa, un solitario por único botón, el cual parecía estrella reluciente.

Su esposa doña Mónica pasaba poco de los cuarenta años, y conservaba rastros de una hermosura verdadera, aunque fatigada y marchita. Era por extremo blanca, un poco gruesa, de ojos zarcos llenos de movimiento y de vida, de frente tersa, y de boca un tanto grande, aunque de labios delgados. Había padecido mucho de la dentadura, y tenía en ella numerosas orificaciones, que se le miraban y distinguían, cuando abría la boca para hablar o sonreír. Vestía traje negro de seda, bastante escotado por delante, y terriblemente por la espalda, pues el ángulo de la desnudez, llegábale casi a la cintura, y permitía ver el libre y activo juego de los anchos huesos que dan término a los brazos junto a la espina dorsal. Ceñido al talle, llevaba un cinturón asegurado con hebilla de diamantes. Sobre la cabellera entrecana erguíase un airón de finísimas plumas, recogido en su base por un cintillo de piedras preciosas. Eran de gruesas perlas los pendientes que ornaban los lóbulos de sus orejas, y en torno del robusto cuello y del seno exuberante, enredábase un collar también de perlas, con tal arte distribuidas, que eran pequeñas en derredor de la garganta, e iban aumentando en grosor a medida que bajaban sobre el pecho, hasta llegar a ser del tamaño de una avellana en el punto céntrico de la última onda que sobre el pecho caía. Oprimían sus muñecas, pulseras de oro adornadas de brillantes, y el abanico que en la diestra

llevaba, era un primor de delicadeza y finura, tanto en la parte marfilina que formaba el conjunto de sus delgadas varillas, como en la superior, hecha de viejo y primoroso encaje de Bruselas, de subidísimo precio. Podía valuarse en más de cien mil pesos el costo de los ricos atavíos que la señora mostraba. Habíase situado, como reina o emperatriz, en un confidente que ocupaba la cabecera del salón principal, y, sin moverse de allí, recibía las saluciones de las damas y los homenajes de los caballeros que iban llegando a la fiesta.

Don Pablo y la señora sabían recibir con aire señorial y con maneras cordiales y grandiosas. Habían viajado mucho por los Estados Unidos y Europa, conocían el mundo y habían adquirido en la sociedad internacional que habían frecuentado, esa serenidad de maneras que sólo se adquiere con la frecuencia del trato de la gente encopetada y «comm'il faut».

Digna hija de ellos era la hermosa Clara, pues por su elegancia y aristocrática sencillez de modales, hasta aventajaba a sus padres; la única diferencia que se observaba entre éstos y aquélla, era la de la mayor frivolidad de la joven, y cierta como osadía en su conducta, que pasaba por ser de buen tono, pero que no faltaba quien tachase de ligera y comprometedora. Cifrábase su delirio en ser una parisiense acabada, de esas que figuran en las novelas de Pablo Bourget y de Marcelo Prevost: despreocupada, lujosa, un tanto desencantada y capaz de los mayores atrevimientos. Al asimilarse la vida europea, habíala absorbido toda entera con sus buenos y malos elementos; de suerte que, si era gala y admiración de la ciudad y tenía imitadoras numerosas entre amigas, conocidas y hasta desconocidas, flaqueaba en su interior por varios capítulos,

y no tomaba la vida por el lado grave y serio, sino por el superficial y divertido.

Gallarda era de estatura y admirablemente proporcionada de cuerpo. En cuanto a su rostro, no era muy hermoso, pues tenía algunos defectos visibles, como el desarrollo un tanto exagerado de los pómulos, y el color ligeramente amarillo de la piel, cosa propia de su raza y del clima donde vió la primera luz; pero aquellas deficiencias parciales, borrábanse y desaparecían ante el esplendor de las otras gracias y perfecciones que en ella resaltaban, tales como ojos hermosos, de mirar rápido y vivo, negra aunque lacia cabellera de brillo de azabache, dentadura albeante, que se insinuaba y resplandecía por la abertura de los rojos y carnosos labios, y, sobre todo, formas esculturales, que no pecaban ni de escuálida esbeltez, ni de robustez excesiva, sino tenían la armonía y las proporciones de una estatua hecha a golpe de cincel por un artista enamorado de la forma. Podía decirse con toda verdad, que Clara valía mucho más de los hombros para abajo, que del cuello para arriba, pues si algunas líneas de su rostro eran objetables, no había ninguna que lo fuese en lo restante de su ser físico, pasmo de los hombres y envidia de las mujeres.

Conocedora de sus gracias y defectos, procuraba con igual empeño realzar las unas y disimular los otros. Así, por ejemplo, para ocultar la anchura de la parte superior de su faz, dejaba caer anchas bandas de pelo por un lado y otro de las sienas, de manera de sustraer al ojo del espectador algunos centímetros de ambas superficies laterales; y para corregir el dudoso color de su cutis, no tenía escrúpulo en apelar a todo género de jabones, toallas de Venus, pomadas y pastas, que le formaban una especie de ligero barniz sobre

la piel que le había dado la naturaleza. Y no podía negarse que lograra su objeto, pues el efecto que su rostro causaba a primera y hasta segunda vista, era verdaderamente seductor, y solamente aquellos que la analizaban despacio o la sorprendían a la "negligée", podían darse cuenta de que las bandas de pelo que ocultaban parte de sus mejillas, eran más bien que obediencia y sujeción a la moda, recursos artificiosos bien escogidos para subsanar irregularidades óseas, y que la profusión de polvos de arroz que cubría su rostro, no tenía por objeto matar el brillo de la piel o impedir la salida de la ligera transpiración que suele colarse por los sutiles poros de la nariz y de la frente hasta en las epidermis más finas, sino echar un espeso velo sobre la piel para no dejar al descubierto su tinte de ligera gualda.

Por lo demás, y en lo restante de su persona, no necesitaba Clara apelar a ningún artificio para ser admirable; sino que, antes bien, bastábale mostrarse tal cual era, para recibir y merecer el aplauso de cuantos la conocían,

Habíase introducido en el tiempo a que aludimos, la moda de los trajes ceñidos y de las telas vaporosas, con gran descontento de algunos padres, esposos y hermanos; pero con gran satisfacción de las muchachas bien hechas y formadas a torno. Del número de estas últimas era Clara, quien, sabiendo que su cuerpo era semejante a una bella estatua, procuraba no sólo mostrarlo cuanto podía, sino hacer de él ostentación y gala. No había en toda la ciudad quien llevase menos ropa que ella. Aseguraban sus amigas que, aparte de la camisa, que era de finísima batista, no usaba sino corsé, medias, tirantes y el vaporosísimo y transparente traje. Mirada al trasluz durante el día, o por la noche

en sitios bien iluminados, dibujábase toda su musculatura, como envuelta en mansa neblina; y hubo vez que se dijese que aun los mismos tirantes que unían las ligas al corsé, se distinguían, aunque con alguna vaguedad, al través de la malla finísima de las telas. Acaso haya habido exageración al afirmar esto; pero no la hubo, sin duda, al murmurarse que andaba como metida en telas de vidrio, que permitían a la mirada del público, apreciar en todo lo que valían la ponderación, simetría y belleza de su soberbio cuerpo.

Calzaba el pequeño pie con ricas zapatillas, levemente sujetas al talón y a las puntas de los delicados dedos, para dejar vislumbrar por entre los hilos de las medias, tan ligeras y destituidas de cuerpo como las mismas telas de las arañas, la piel tersa y brillante de su empeine y tobillo. Saciaba el sexo masculino sus miradas indiscretas y exploradoras en aquel figurín medio velado y perfectamente a la moda, y seguía con ojos escrutadores por dondequiera que anduviese, dándose al codo unos caballeros a los otros, murmurando palabras atrevidas por lo bajo y comunicándose sus impresiones con mayor libertad y holgura de lo que hubiera sido de desear. El bello sexo, por su parte, miraba también con empeñosa curiosidad a Clara; y muchas de sus amigas, tomándola por modelo de buen gusto, «chic» y distinción, poníanse también en paños menores, y apelaban para vestirse, a telas de delgados hilos y tejido espaciado, que más bien parecían delicados sedazuelos, destinados no a detener, sino a cerner las miradas de los circunstantes. Pero como no todas tenían la esbeltez y gallardía de cuerpo que la naturaleza había concedido a la señorita Montalvo, no lograban llamar la atención al triunfante gra-

do que su amiga, por más desabrigadas que anduviesen y más resfriados que pescasen y padecieran.

Maravillábase la gente seria y timorata de que los jefes de familia permitiesen a las jóvenes de su casa andar por las calles y presentarse dondequiera con tan poca ropa. Y solían decir:

—¿No tendrá marido esa señora tan descocada?

—¿No tendrá padre esa joven semidesnuda?

—¿No tendrá hermanos esa pollita tan desenvuelta?

Y todos se volvían conjeturas acerca de la manga ancha de los deudos de aquellas beldades, que tales atrevimientos en ellas permitían.

Ya se sabe que la disculpa de esos graves errores y caídas, es siempre la misma:

—¡Qué quiere usted! Esa es la moda. ¿No ha visto usted los últimos figurines de París?

De suerte que, si las parisienses diesen en la flor de adoptar la moda de las mujeres salvajes o la de nuestra madre Eva, sobraría quien las siguiese por ese camino, ya para desvestirse, bajo pretexto de vestirse bien, y no faltaría también jefe de familia que lo tolerase para no parecer beato y ridículo.

Pero vamos divagando en demasía, y nos apartamos del simple y sencillo relato de los acontecimientos ocurridos en la mansión de los señores Montalvos aquella noche dos veces buena: una por la conmemoración religiosa, y otra por la abundancia de regocijos y placeres disfrutados por los invitantes y sus entusiastas cuanto agradecidos huéspedes.

Desde que apareció Clara por los salones, se vió solicitada tanto por sus buenas y embelesadas amigas, cuanto por la turba de los admiradores que tenía, los cuales eran innumerables y de todas figuras, condiciones y aspectos. Profesores, literatos, poetas, adoles-

centes cuyo bozo comenzaba apenas a esfumarse sobre el labio superior, jóvenes ya formados y de gallarda presencia, y hasta viejos de reluciente calvicie y blanco pelo, o de ancianidad hipócrita, ridículamente encubierta por tintes de negrísimo color, que nada se parecían al que da la naturaleza a la cabellera y a la barba; y, digámoslo de una vez, solteros y casados, llenos de derecho los primeros para entrar en la liza, y pasando sobre todo género de barreras los segundos para engañar a sus consortes y hacer excursiones por campo vedado. Regocijábese Clara al ver sus triunfos, y echaba sobre el conjunto de sus adoradores miradas de emperatriz o de reina encumbrada sobre sumisos súbditos. Ni aun siquiera le pareció mal el homenaje que le rendían los galanes sujetos al yugo matrimonial, porque sentía orgullo en descomponer o entibiar matrimonios; y ni aun los mismos viejos, por caducos y achacosos que fuesen, que iban a tumbos detrás de ella, le causaban asco ni repugnancia, porque, en su concepto, el cortejo de los decrepitos, lo mismo que el de los adolescentes y el de los maridos ponía de resalto la generalidad, mejor dicho, la universalidad de su victoria.

Pasaba de las diez de la noche cuando se presentó Cheno Bolaños en la casa del festejo. Llegó en automóvil y lujosamente vestido. Llevaba frac de corte irreprochable, chaleco blanco de abertura cuadrada, y de tal manera bajo, que no permitía abrocharlo sino con un par de botones. Dos pequeños brillantes, de diafanidad atmosférica y de brillantez astral, lucían sobre la dura y nítida pechera. Era alto y cerrado el cuello de la camisa, y en torno de él iba anudada corbata de finísimo lino, formando debajo de la barba flor o moño, de confección manual y de sobrio buen gus-

to. Cuidadosamente había ocultado la leontina del reloj, que era tan extraplano como una hoja de papel, sin duda por ser de rigor entre elegantes, no mostrar cadena ni relumbrón alguno sobre el traje de ceremonia. Caía el pantalón de dobleces bien marcados hacia el frente, con gracia inimitable sobre la negra media de seda; y más abajo extendíase en voluminoso moño, ancha cinta del mismo tejido, que adornaba la parte alta de la chinela de charol, brillante, delgada y de agudos y largos extremos, según la moda francesa.

Había entregado su cabeza al mejor peluquero de la ciudad, para que le cortase el pelo y se lo peinase de una manera artística; y la barba cerrada, acabada en punta, había sido esmeradamente perfeccionada en su corte por las hábiles tijeras del ignoto Fígaro, en tanto que los pómulos habían sido despejados por la filosa navaja, de inútiles y oscuras ramificaciones de la patilla, que tendían a invadir hasta la parte inferior de los párpados.

Sobre los guantes blancos de cabritilla, que aprisionaban las fuertes manos de Cheno, caía la albura más pronunciada aún de los puños de la camisa, cuyas hojas iban aseguradas al través de los ojales, por redondas y blancas perlas, unidas entre sí por medio de delgada cadenilla de oro,

Podía decirse con toda propiedad, que Bolaños, con aquel cortesano traje y con aquel esmeradísimo cuidado de su persona, presentaba el aspecto de la belleza varonil en todo su desarrollo: moreno, robusto, fino de extremos, severo de rostro, pero no destituido de regularidad en las líneas fisonómicas, ni de gracia en los movimientos y maneras.

Fué el primer cuidado de Cheno, tan pronto como sentó la planta en los salones de baile, buscar con la

mirada a la señorita Montalvo, a quien pronto descubrió en uno de los ángulos del salón principal, en medio de un corro de amigas casi tan elegantes como ella, y rodeada por un círculo de admiradores, que llegaban a saludarla, a ofrecerle sus respetos y a pedirle piezas de baile. Bien hubiera querido Bolaños acercarse a ella en el acto, abriéndose paso por cualquier medio, al través del grupo que la asediaba; pero, hombre de sociedad, y bien educado sobre todo, fué primero a saludar a doña Mónica, ante quien se inclinó ceremoniosamente juntando ambos talones, enderezando bien las piernas, doblando la cintura, y tendiendo luego la mano con sumo acatamiento.

—Tarde llega usted, Bolaños, articuló doña Mónica dándole la diestra. ¿Se había usted olvidado de nosotros?

—Primero me hubiera olvidado de mí mismo, repuso el joven. Culpa fué del «chauffeur», que no tuvo la máquina lista a la hora debida.

—Pues lo siento, porque la animación de la concurrencia ha comenzado desde el principio.

—Nadie más contristado que yo por haber perdido algunos instantes.

—Ahora es preciso recobrar el tiempo perdido.

En aquellos momentos comenzó la música a preludear un «two step» bien acompasado y a la moda.

—Vaya usted, continuó diciendo doña Mónica. Es tiempo de buscar pareja.

—Iré primero a saludar al señor Montalvo. ¿Dónde se halla?

—A la verdad no podría decirlo, pues va y viene a cada momento con sus amigos por todas partes. Es posible que se encuentre jugando «bridge». Es tan tonto, que prefiere enfrascarse en el azar de las cartas

con otros viejos como él, a pasear por los salones, y a disfrutar los placeres de la fiesta. Bien pudiera entregarse a Birján cualquier otro día y a cualquiera otra hora; pero la inclinación le domina, y se escapa de estos lugares para irse a sumir al saloncito de juego. Para él no hay música, ni alegría, ni hermosura femenina, sino solamente cartas, cartas y más cartas.

Sonrió Cheno cortesmente al oír aquellas observaciones dichas con visible ligereza por la elegante dama, e inclinándose de nuevo, se despidió de ella diciendo:

—Voy a buscar a mi señor don Pablo.

Y, sorteando hábilmente a cada paso el obstáculo que le ponían las parejas danzantes, que rápidas se agitaban por el vasto local, se internó por los salones, explorándolo todo para descubrir al señor Montalvo. No tardó en encontrarle, en medio de sus viejos amigos, al abrigo del marco de una puerta. Ahí fué a estrecharle la mano y a cambiar con él algunas frases de buena sociedad. Recibióle don Pablo con visible complacencia, no sólo por urbanidad, sino también porque le miraba con positiva simpatía, en parte por la estimación de sus cualidades, y en parte por el conocimiento que tenía de su caudal, pues sabía que Bolaños era opulento hacendado. Los ricos se aprecian mucho entre sí, y, cuando no entran en choque con motivo de sus negocios, hacen el oficio de cortesanos los unos respecto de los otros.

Cumplidos aquellos deberes de buena crianza, volvió Cheno al salón donde Clara se encontraba, con el propósito de saludarla; pero la joven no se hallaba ya en el sitio donde la había dejado. ¡Qué había de encontrarse en él! Era bailadora incansable, poseía a fondo el arte de Terpsícore, y no acostumbraba perder

pieza en las fiestas a donde concurría. Y como tenía cortesanos de sobra, que la solicitaban para que los acompañase, y se disputaban su carnet para inscribir en él sus nombres, no paraba un momento de girar y deslizarse por la alfombra al compás de la alegre música. Y lo hacía con tal gracia y maestría, que los circunstantes gozaban con solo mirarla. Eran tan rítmicos los movimientos de su cuerpo, y tenía ondulaciones tan embelesadoras en el flexible talle cuando se balanceaba en brazos de los caballeros, que era una verdadera delicia el contemplar su hermosa, elegante y ligera figura en aquellos instantes. Demasiado real para semejar una visión, tenía, sin embargo, el encanto de la heroína de un cuento oriental: parecía una almea, una bayadera, y a veces una sultana. Pronto encontró Bolaños amigos con quienes charlar; y ocupando con ellos el hueco de una puerta, a fin de no estorbar la actividad de las parejas, púsose en acecho para mirar el vertiginoso revolver de éstas por el vasto recinto, como alegre torbellino de blancos y vaporosos fantasmas.

A cada paso desfilaban ante él rostros conocidos. Las señoritas y los jóvenes saludábanle cariñosamente; algunas de aquellas llevaban su amabilidad hasta darle, al pasar, la mano ocupada con el abanico, haciendo rápido esfuerzo de agilidad y prontitud; otras inclinaban la cabeza ceremoniosamente, y las más le sonreían con risa fugaz en medio de rápidos giros. Lo mismo hacían sus amigos y compañeros, quienes le dirigían frases cariñosas.

—¿Cómo te va, Cheno?, decía Jack.

—Buenas noches, amigo, saludábale Dick.

—¿Por qué no bailas?, preguntábale Ellick.

—Has llegado muy tarde, observaba Hal.

Contestaba amablemente a esas manifestaciones de amistad y comentaba con las personas que a su lado tenía, la brillantez de la fiesta y la belleza, gracia y elegancia de algunas de las doncellas que se entregaban a las delicias coreográficas.

Perico Valverde, joven petimetre de poco más de treinta años, y Patricio Escorza, banquero de edad parecida, que le acompañaban, sostenían con él animada conversación.

—Mira, decía Perico; ahí viene Netty Quintero. ¡Vaya que está guapa esta noche!

—Como siempre, respondía Escorza; es una muchacha deliciosa.

—En efecto, continuaba Cheno, es una de las más lindas criaturas de la ciudad.

—¡Fíjate en Lilly Rubio! No podía haberse vestido de manera más cursi.

—Tienes razón, proseguía Bolaños distraído; creo que se ha echado encima todos los guiñapos del sota-banco.

—Dicen que tiene mal gusto, observaba Escorza; pero la verdad es que yo no entiendo de eso, ni soy autoridad para fallar en la materia. Me gusta mucho, lo mismo que Patty Miranda, que por allí viene.

—¿Y qué dices que esa vieja gorda, que baila con Donato de la Paz?

—Que me parece archirridícula, contestaba Cheno contrayendo el labio superior con expresión desdenosa.

—Sabido es, intervenía Escorza, que no todas las modas convienen a todo el mundo.

—Es lo mismo que digo, replicaba Perico.

n aquellos momentos pasó la dama gruesa. Los

interlocutores callaron unos momentos para no ser oídos por ella; pero luego continuaron la charla.

—Una duda me cabe, dijo Valverde riendo con disimulo.

—¿Cuál?, preguntó Cheno.

—Qué habrá hecho esa buena señora con todas sus carnes para darse la apariencia de fatigosa esbeltez con que se presenta?

—Mantenerlas pegadas al cuerpo y en derredor de los huesos, repuso con buen humor el banquero Patricio.

—Sí, ya se sabe, prosiguió Valverde; no es posible suponer que se las haya tajado antes de vestirse para ponerse a la moda y hacerse admirar por su tenuidad. Estriba mi duda en lo siguiente: ¿Qué habrá hecho del vientre? ¿Qué de las caderas? ¿Y qué de otras partes grasas y salientes de su opulento organismo?

—Torturarlas, es claro, contestó Cheno. ¿No sabes que los corsés que están hoy a la moda, son tan largos que llegan desde el pecho hasta los muslos, y que abarcan y comprimen los músculos como si fuesen instrumentos inquisitoriales?

—Sí que lo sé, articuló el joven.

—Pues ahí detrás de ese entablillado o de ese aparato constrictor, formado de tela resistente y de duras varillas, ocúltanse todas las desigualdades y exageraciones de su cuerpo, reducidas a su menor expresión. Si pudiéramos ver el aplastamiento y maltrato de todas esas voluminosas protuberancias, quedaríamos aterrados a la vez que suspensos, ante el conocimiento de los martirios innarrables a que las mujeres se sujetan para ser hermosas o parecerlo a nuestros ojos.

—Eres un filósofo redomado, repuso Cheno.

—«Glissez, monsieur, n'appuyez pas», objetó Escorza sentenciosamente.

—¡All right!, repuso Perico inclinando cómicamente la cabeza.

—Me voy, dijo Cheno.

—¿Por qué?, preguntaron a la vez Escorza y Valverde.

—Porque esto se ha vuelto una torre de Babel. Uno habla francés y otro inglés; dentro de poco no nos entenderemos, y vendrá la confusión de las lenguas. Es una segunda llanura de Senaar.

—Pretexto, articuló Valverde, puro pretexto; lo que quieres es acercarte a Clara, porque acaba de concluir el «two step».

—No puede negarse que te pasas de listo, repuso Bolaños con displicencia. Y alejándose del grupo, se acercó al asiento que había acabado de ser ocupado por la hermosa joven.

Inclinóse ante ella con suma gentileza, tendióle la mano y ambos sonrieron al saludarse.

—¿Qué piezas puede usted concederme?, interrogó el joven echando mano al elegante carnet, que sacó del bolsillo del frac, y empuñando el pequeño lápiz con cabeza de metal, que pendiente de blanco cordoncillo de seda colgaba del diminuto cuaderno.

—No merece usted ninguna, repuso Clara con buen humor.

—De nada me remuerde la conciencia.

—Debiera remorderle de haber llegado tarde.

—No creí comenzase la fiesta antes de las once.

—Pues creyó usted mal, porque estamos bailando desde las diez.

—Sea como fuere, un error merece disculpa.

—Pero ya sabe usted que al pez que se duerme, se lo lleva la corriente.

—No entiendo.

—¡Qué cabeza tan dura! ¿Se imagina usted por acaso, que había de estarle esperando sentada y con el carnet en blanco para que eligiese las piezas que mejor le conviniesen?

—No soy tan presuntuoso, pero creo que algo debe quedar para mí.

—Desengáñese usted por su vista, replicó la joven poniendo su propio carnet en manos de Bolaños.

Pasó este rápidamente los ojos por las diversas secciones de piezas anunciadas, que el cuaderno contenía, y se persuadió con íntima contrariedad, de que todos sus amigos y los jóvenes de la alta sociedad, se le habían anticipado, despachándose, como suele decirse, con la cuchara grande. Clara tenía comprometidas todas las piezas, y no había una sola disponible.

—Pero esto no puede ser, protestó Cheno con la vehemencia que le era peculiar, golpeando nerviosamente el carnet con la enguantada mano.

—No puede ser; pero es, insistió la joven con tono burlón.

—¿Quiere decir que está usted decidida a no bailar conmigo en toda la noche?

—No tengo tal decisión; pero el carnet es ley que debo seguir, y está ya escrito.

—Si he sabido tal cosa.....

Detúvose Cheno en el momento de terminar la frase.

—¿Qué hubiera sucedido?, preguntó Clara con sorna.

—Me habría abstenido de venir a la casa de usted.

—¡Pero si hay tantas hermosas jóvenes con quien puede usted acompañarse!, observó Clara tendiendo la vista por el salón. Siguiendo maquinalmente la misma dirección de sus ojos, vió Cheno, en efecto, que el vasto local estaba ocupado por encantadoras doncellas, que lucían costosas toilettes, y agitaban ante sus rostros ricos abanicos rematados por finas plumas, como llamando con aquel movimiento la atención, la admiración y el homenaje de los caballeros.

—Bien sabe usted, repuso Bolaños volviendo el rostro hacia Clara, que nada me interesa ese ejército de beldades.

—¡No vuelva usted a decirlo! No sea que le oigan.

Y moviendo los ojos a derecha e izquierda, designó a las jóvenes que a sus lados tenía.

Era Cheno hombre bien educado; así que comprendió la inconveniencia de hacer tales declaraciones en sitio tan peligroso y lo atinado de la observación de la señorita Montalvo.

—Nos estamos apartando de la cuestión, repuso bajando la voz. Es preciso me conceda usted algunas piezas, las que quiera.

Quedó Clara pensativa unos momentos, y luego repuso:

—Se me ocurre una idea.

—Dígamela, exclamó el joven con ansiedad.

—Que la música toque algunas piezas extraordinarias, de las que no constan en el carnet.

—Será muy difícil.

—Lo más fácil del mundo.

—¿Pero cómo?

—Vea usted a papá; él lo arreglará todo.

—¿Y si lo logro?

—Serán para usted las supernumerarias.

—En ese caso, voy corriendo, dijo Bolaños lleno de alegría.

Y dejando a la joven, se perdió entre los grupos de caballeros que se paseaban o formaban corro en el centro del salón.

Bien pronto volvió, y, aunque halló a Clara rodeada, como de costumbre, por numerosos cortejantes, halló medio de deslizarse hasta su lado.

—Todo está arreglado, díjola.

—Me alegro..... por usted, contestó la joven, puesto que manifiesta tantos deseos de bailar conmigo. ¿Y cómo ha sido eso?

—Don Pablo ha tenido una idea feliz; le estoy por ello muy obligado..... Acaba de dar orden a la orquesta de que, al fin de cada una de las partes enumeradas en el carnet, toque piezas viejas, de las que ya no se usan, como danzas, polkas, contradanzas y otras por el estilo.

Clara rió de buena gana al oír aquel informe, mostrando la blancura y pequeñez de sus bien cuidados y apretados dientes.

—Pero ¿qué vamos a hacer con esos vejestorios? No sé bailar ninguna de tales piezas.

—En ese caso.....

—Tendrá usted que bailarlas con mamá, replicó maliciosamente la joven, cubriéndose con el abanico la parte baja del rostro para ocultar una franca y larga carcajada que de la garganta le salía.

—Vamos, vamos, repuso Cheno un tanto malhumorado. No puede usted decirlo con seriedad.

—Lo digo con toda la seriedad del mundo, repuso la joven.

Y siguió luego murmurando como con mofa:

—¡Danzas, contradanzas, polkas!..... No hay ya quien fume delante de esas antiguallas.

—Alcancé algunas de esas piezas, y conozco su paso. Yo la guiaré a usted; no tenga cuidado.

—Buen trabajo va a costarle.....; tendrá que llevarme en peso.

—¡Dulcísima carga!

—En fin, resolvió Clara, después de cómico y malduro examen; se hará como usted lo desea, y cuando no podamos más, nos limitaremos a charlar y a dar vueltas por los salones.

—Aun cuando así fuere.

—Una duda se me ocurre.

—¿Cuál, Clara?, preguntó Cheno.

—¿Qué hará el resto de la concurrencia cuando oiga tocar esas piezas del tiempo del Rey que Rabió?

—No se preocupe usted por ello; ya se ingeniarán por salir del paso. Será tomada la medida como una verdadera originalidad y dará mucho «cachet» a la fiesta.

—Ojalá así sea, bueno, bueno.

El programa se realizó según lo convenido, y Cheno, que bailó poco con las demás jóvenes, se acompañó siempre con Clara cuando la orquesta preludió las piezas otorgadas por don Pablo.

Naturalmente, fué atraída la atención pública por aquellas adiciones, y por la constancia con que Bolaños y Clara se acompañaron para danzarlas. La opinión general, que pasó de boca en boca, fué la de que Bolaños y Clara estaban comprometidos, y de que éste era bien visto y aceptado por los señores Montalvos. Sólo así se concebía una variación tan notable en el programa. Pero había una contraindicación para interpretar así las cosas: la joven mostrábase igualmente

risueña, amable y complaciente con todos los caballeros que la sacaban a bailar, sin hacer distinción ostensible en favor de Bolaños. Dos o tres piezas había bailado éste con la seductora suriana, cuando sonaron las doce de la noche, y llegó la hora de la cena. No tocó a Bolaños la buena fortuna de dar el brazo a Clara para llevarla al «buffet»; Valverde se le interpuso, y disfrutó el honor de ser su caballero. Contrariado Bolaños, halló su desquite en la señora doña Mónica, quien aceptó su brazo de buena voluntad.

Nadie tomó asiento a la hora de la colación, pues las mesas dispuestas en el amplísimo comedor, eran todas altas y preparadas para que la concurrencia se mantuviese en pie y no prolongase demasiado su estancia en el local. Necesitáronse, con todo, varios turnos de servicio para que fuesen atendidos los convidados, pues la concurrencia era numerosísima. Los jóvenes, por fortuna, estaban más deseosos de bailar que de comer y beber, y no se detenían demasiado en el ambigú.

Una hora después, habíase restablecido la animación en los salones, y de ese momento en adelante, fué creciendo el entusiasmo general, pues los goces del paladar y los humillos del champaña, que habían montado al cerebro, aligeraban los corazones y hacían más risueña la vida.

No estaba satisfecho Bolaños de la conducta de Clara, ni de la de Perico Valverde, pues parecíale ver algún indicio de caquetería de parte de la primera y de inconsecuencia de parte del segundo. Tales sospechas dieron origen a una formal explicación entre Clara y Cheno, en la próxima pieza extraordinaria que se bailó después del ambigú.

—Es absolutamente necesario, dijo el joven a Clara, que nuestra situación se defina.

—¿A cuál situación alude usted, Cheno?, preguntó la joven con fingida ingenuidad.

—A la que ambos guardamos, el uno respecto del otro, contestó Bolaños.

—Definida está, declaró ella maliciosamente. Somos un par de buenos amigos.

—No, no es eso.

—Pues, ¿qué otra cosa?

—Bien sabe usted que la admiro, la quiero, y la idolatro, y que no puedo soportar la incertidumbre en que vivo.

—Cierto; usted me ha dicho eso mismo diversas ocasiones. Pero yo no lo creo. Es usted un buen loco, que se prenda de todas las mujeres. ¿Se imagina que no conozco sus aventuras? Ignoraré muchas de ellas; pero han llegado a mis oídos las suficientes para formarme idea de su carácter. Las hay de todos matices y colores.

—Deben haberme calumniado; pero, aun cuando fuese cierto cuanto se me atribuye, cambiaría mi conducta desde el momento en que usted me dijese que me amaba.

—No tan pronto, no tan pronto, Cheno; es usted como la pólvora Luego se enciende y levanta llama.

—Tiempo es para mí de formar familia.

—Mas para mí no lo es todavía. No tengo ni el menor deseo de contraer obligaciones y de perder mi libertad.

—No sea usted egoísta. ¿Cuál es su anhelo?

—Viajar de nuevo por Europa; conocer otros paí-

ses, ir de Norte a Sur, desde Suecia hasta Italia, y tal vez pasar de ahí a Egipto y Palestina.

Guardó silencio Cheno unos momentos, y luego articuló:

—Podríamos hacer juntos el viaje

—No, así no tendría gracia. Quiero ir y ser libre por todas partes.

—Pero ¿por qué y para qué?

—Porque sólo así podré gozar de cuanto vea y hacer lo que mejor me cuadre. Una vez enlazada, estaré sujeta a mi marido, y no será lo mismo.

—Naturalmente.

—Eso es lo que trato de evitar.

—De suerte que, ¿en qué quedamos, Clara?

—Quedamos en lo de siempre; en que por hoy no resuelvo nada, sino que dejo a usted en libertad y conservo la mía. Próximamente saldremos para el Viejo Mundo mis padres y yo. Tardaremos por allá no sé cuánto; y cuando vuelva.

—¿Y cuando usted vuelva?

—Veremos lo que se hace. Quién sabe si usted me querrá todavía, y, por mi parte, no puedo asegurar que le quiera.

—¿De suerte que la resolución de usted?

—Es la de dársela cuando volvamos a vernos.

—¿Es decir?

—Término indefinido: más largo o más corto, no puedo preverlo.

Sintióse Bolaños hondamente despechado al escuchar tan displicentes y frías respuestas, frunció el adusto ceño, y reveló en el semblante el mal humor que le embargaba. Notólo Clara, y gozó interiormente al ver el influjo que ejercía sobre el ánimo del terrible Bolaños; pero no queriendo descorazonarle por

completo, se esmeró en ser amable con él y en colmarle de pequeños favores y finezas que a nada la comprometían, y que ejercían en cambio efecto calmante sobre el temperamento exaltado de su adusto adorador.

Así se lanzaron a bailar la última polka, sin que mediaran nuevas palabras acerca del espinoso asunto de sus relaciones sentimentales. Nada satisfecho Bolaños, sintió crecer su secreta inquina contra Perico Valverde, a quien atribuyó su reciente semiderrota; y para calmar un tanto el despecho y ahogar la molesta impresión que el suceso le producía, hizo repetidas excursiones al «buffet», donde libó indistintamente de cuantos licores tenía a su disposición el «cantinero»: Casi todos los jóvenes hacían lo mismo que él, y frecuentemente tropezaba en aquel local con muchos de sus amigos, y, entre ellos, con Escorza y Valverde. Y sucedió que una ocasión chocase a la pasada con este último, y que, como ya le tenía ojeriza, encontrase impertinente el suceso.

—¿Estás borracho?, le dijo cogiéndole por las solapas del frac.

—No, repuso el interrogado. ¿Lo estás tú?

—Yo nunca me embriago; eso se queda para los sietemesinos.

—Yo tampoco. ¿Habla conmigo lo de los sietemesinos?

—Que el que sea cofrade tome su vela.

—Pues si por mí lo dices, te equivocas, porque ni soy sietemesino ni me embriago. Hay algunos hombrachones que parecen robles por el exterior, pero que están huecos por dentro.

—¿Lo dices por mí?

—El que sea cofrade, que tome su vela.

—Eres un mequetrefe.

—Y tú un fantoche.

—Y tú un títere ridículo.

—Y tú un gigantón de papel mascado.

Brillaron los ojos de ambos, subieron las voces, cerráronse los puños, y todo el mundo se dió cuenta de lo que pasaba. Escorza intervino.

—¿Qué es eso?, preguntó con tono inquisitivo.

—Que este zascandil, repuso Bolaños, se me quiere subir a las barbas.

—Y que este esparafúchile trata de intimidarme.

—Voy a darle una lección.

—No me gusta el maestro. De nadie las recibo.

—Calma, calma, repuso Escorza. ¿Han reflexionado ustedes dónde se encuentran? ¿Han olvidado el respeto que deben a la sociedad en que se hallan? Sería extravagante y odioso que viniesen a turbar la fiesta con sus querellas y discordias. Aquí no viene más que gente bien educada.

—¿Me reprendes tú también?, interrogó Perico con insolencia.

—Nadie te autoriza para enderezarme si me tuerzo, bufó Bolaños.

—Líbreme Dios del intento de ofender o molestar a ustedes en manera alguna. Si algo dije que pudiera desagradarles, les presento mis excusas. Lo único que deseo es hacerles recordar que están faltando a las reglas de la cortesía, y que no es en este lugar donde deben ventilar sus diferencias.

—Tienes razón, repuso Bolaños reportándose. Por fortuna es ya de madrugada y podremos este personaje chusco (aludiendo a Perico) y yo, habérnoslas en algún otro sitio.

—Este moro fanfarrón es de los que hablan por el ombligo, repuso Valverde.

—Silencio, silencio, repitió Escorza. Nada de palabrotas ni de injurias. Ustedes me van a permitir que intervenga en la disputa para ver si puedo arreglarlos.

—Imposible, declaró Cheno; yo no me arreglo con este Perico sino con los puños.

—Ni yo por la buena. Los hombres cuando se injurian, deben llegar a las vías de hecho.

A pesar de todo, insistió Escorza, se llevó a los pendencieros a un rincón de la estancia, y obtuvo, a fuerza de ruegos y persuasión, que le pusiesen al tanto de la causa de la desavenencia. Como los motivos alegados carecían de importancia, y Cheno se guardó para sí el verdadero origen de su mala voluntad para Perico, no fué imposible, aunque sí difícil para el banquero, restablecer la paz entre sus amigos; paz no muy alegre y satisfactoria, pero al fin admitida y firmada por ambas partes disidentes. Para sellar el tratado, ocurrióse una vez más al «buffet», donde se escanciaron nuevas copas de champaña, hasta que se pusieron turbios los cerebros y torpes las lenguas de aquellos tres elegantes caballeros.

Coincidió con la conclusión del armisticio, el que se desbandase la concurrencia, y comenzasen a filtrarse por los cristales de puertas y ventanas, las primeras claridades del día de Navidad. El alba, aunque pálida, puso en confusión el alumbrado eléctrico, que comenzó a parecer lánguido y moribundo, como si las poderosas corrientes de Necaxa padeciesen de súbito agotamiento. La luz artificial no puede competir ni aun siquiera con la de la luna, que es astro muerto y simple espejo donde se mira siempre el sol, que es

un eterno Narciso; así que los numerosos foquillos distribuidos por el jardín, por el «hall» y por los salones, y hasta los mismos arcos voltáicos que habían parecido tan brillantes y victoriosos durante el reinado de la sombra, comenzaron a mostrarse insuficientes y ridículos a aquella hora matinal, en que la aurora con sus rosados dedos, como hubiera dicho la Iliada, principiaba a abrir las puertas del Oriente.

«¡Le soleil a paru, cachez vous, étoiles!»

Pues si las estrellas se ven obligadas a ocultar la luz tan pronto como el sol asoma la suya, ¡qué será de las teas, linternas, velas de todo género, (sebo, esperma, estearina y parafina), mecheros de gas y hasta focos eléctricos de la invención más perfecta, cuando se anuncia la gloria del nuevo día! Todas las chispas o llamas inventadas por el hombre para combatir las tinieblas, son como vacilantes fluorescencias de las cosas combustibles, que pueden deslumbrar en ciertos momentos nuestros ojos, pero que no representan sino una cantidad mínima, despreciable, como dicen los franceses, de las inmensas y vívidas hogueras que dan fulgor al espacio; a manera de rayos X reales pero invisibles.

Y sucedió que, así como las lámparas de todos los amperios y voltios que en aquel palacio resplandecían, experimentaron humillación y bochorno ante las opacencias del amanecer, las numerosas beldades que ahí se habían dado cita y se habían exhibido envueltas en ricas blondas y ligerísimos tules, echaron de ver que estaban como desmayadas y exánimes; tristes sus fisonomías, soñolientas sus pupilas y exangüe su epidermis. Las que habían puesto a contribución pastas y coloretos, notaron con alarma que el afeite había desaparecido en partes importantes del rostro, cuello,

brazos y manos, y que, en lugar de parecer vírgenes pintadas por Rafael, iban semejando bocetos mal acabados o mamarrachos confusos y borrosos. Despeinadas las cabelleras, andaban las sueltas guedejas en inarmónico desorden flotando por hombros y espaldas, y las guirnaldas de flores artificiales con que habían sido embellecidos tocados costosos, hechos por manos de peluqueros y peinadoras, habían salido de su sitio, y amenazaban los ojos de sus dueñas con el extremo de sus flexibles y delicados tallos.

No pocas desgarraduras de las que suelen llamar «estribos» las damas, se observaban en las faldas de las elegantes trasnochadoras; y, desaparecidas toda simetría, compostura y orden en trajes, adornos y artificios, hízose penosa e insostenible aquella situación.

Así que comenzó luego la desbandada. Grupos numerosos acudían al guardarropa para presentar sus contraseñas y recobrar abrigo y sombreros; escucháronse adioses repetidos por todas partes, dulces y acariciadores los de las mujeres, y roncós y graves los de los hombres; inicióse en la calle el movimiento de los vehículos; el aire comprimido de los automóviles, gritó, gimió, pronunció alguna que otra palabra con tono llorón; resonó el casco de los caballos sobre el duro asfalto; y en un momento desfilaron con toda velocidad y desaparecieron en todas direcciones los trenes lujosos, que habían llevado a la casa de Montalvo concurrencia tan galana y escogida.

Tocó su vez a Cheno, Escorza y Valverde, que se habían quedado rezagados en el «buffet», discutiendo las últimas cláusulas del reciente tratado pacifista, y exagerando la pea desmandada que habían cogido.

—Todo el mundo se marcha; dijo el banquero a sus amigos. Debemos imitar el ejemplo.

—¿Qué hora es!, preguntó Valverde con voz balbuciente.

—Poco falta para las seis de la mañana, repuso Cheno consultando su muestra.

—¡Caramba!, murmuró Escorza, echando mano también a la suya.

—Vámonos, dijo Bolaños haciendo ademán de dirigirse a la puerta; es tiempo de dejar en paz a la familia.

—Sí, repuso Perico, ¿pero adónde?

—A nuestras casas, repuso Escorza; es claro. ¿A qué otra parte podría ser?

—No, ¡qué casas ni qué ocho cuartos!, objetó Perico.

—¿Pues entonces?, preguntó Cheno, ¿a qué lugar y a qué?

—A seguir la parranda, contestó el insaciable Valverde sonriendo con malicia.

—No es mala la idea, articuló el banquero.

—Ciertamente, afirmó Bolaños, no sería malo prolongar un poquito la fiesta.

—En ese caso, prosiguió Perico guiñando el ojo, venid conmigo, ya veréis como os llevo a buen sitio. Os garantizo quedaréis satisfechos y contentos; tengo una leonera muy confortable, adonde no admito sino a personas de mi afecto y confianza.

—Pues entonces, andando, dijo Escorza, vamos a la leonera.

—¿Tiene muchos leones?, preguntó Cheno con sorna.

—Tiene más cachorrillas que otra cosa, repuso Valverde.

—¡Con tal que no nos despedacen!, insistió Bolaños bromeando.

—No nos hagamos ilusiones, continuó Valverde, podremos sacar algunos rasguños.

—En tal caso, dijo Bolaños, no hay inconveniente, y pelillos a la mar.

Concluido el diálogo, salieron cogidos por el brazo los tres calaveras, y, después de haberse despedido de las señoras de la casa, y de recoger las prendas que habían dejado en el guardarropa, se encaminaron a la puerta, donde los esperaba el señor Montalvo, tan sereno como siempre, pues no había perdido el equilibrio mental ni el buen humor acostumbrado, durante aquellas largas horas de placer y de locura.

—Un momento, señores, díjoles tendiendo la mano en actitud de detenerlos.

—A las órdenes de usted, respondió el triunvirato.

—¿Tienen ustedes negocio urgente esta noche?

—Ninguno, repusieron los interrogados; ni urgente ni no urgente.

—Lo celebro, prosiguió el señor Montalvo, porque deseo me hagan el favor de volver a esta su casa a las ocho de la noche.

—Por mi parte no hay inconveniente, contestó Cheno.

—Ni por la mía, agregó Escorza.

—Tendré el mayor gusto, articuló Valverde.

—En tal caso, concluyó Montalvo sonriente, hasta dentro de pocas horas y mil gracias.

—¡Abur!

Y salieron de la elegante morada los tres jóvenes, metidos en sus gruesos y largos gabanes, levantadas las pieles de los cuellos para evitar en la nuca el friecillo madrugador y calándose los guantes.

Aguardábanlos afuera los automóviles formando fila.

—¿Cómo nos distribuimos?, preguntó Escorza; sería ridículo que cada uno de nosotros ocupase su coche.

—¡Ya lo creo!, repuso Valverde riendo; parecería que fuésemos en el desfile de un entierro.

—¡Nada!, todos nos acomodaremos en mi auto, que es bastante grande y está más a la mano, terció Cheno.

—Convenidos, repusieron los otros pisaverdes.

Y todos tres tomaron asiento en el primer vehículo, cerrando tras sí con estrépito la portezuela. Valverde ordenó al chauffeur:

—Por las calles de Mina; ya te diré dónde debes detenerte.

Y echando vapor de aliento congelado por boca y narices, como los bueyes al amanecer, emprendieron la marcha aquellos elegantes en el rápido vehículo que, por no malograr el ejemplo, iba dejando también espesa humareda en pos de sí. Era el tiempo en que la construcción de los automóviles no había llegado a la perfección; así que los dos que caminaban en pos del delantero, iban dejando a su vez una como estela de parda nube pestilente producida por la bencina inflamada de los motores. Pronto llegaron a una casucha de humilde apariencia en apartado barrio. Bajó Valverde el primero, sacó del bolsillo del pantalón un ligero llavín, e introduciéndole en la cerradura, abrió suavemente la puerta; pero no tan quedo, que la mujer del cancerbero, que tenía oídos de liebre, no oyese aquel ligerísimo rumor y saltase de su camastro, desgrefiada y a medio vestir. Saludóla Perico, invitándola a atarse bien la cinta de las enaguas, que aun an-

daban sueltas, y díjola palabras misteriosas en voz baja, acompañadas de ciertos guiños expresivos, a los cuales respondió la vieja con un gesto de inteligencia; y, sin aguardar más, se echó a la calle la celestina, llevando en las manos el rebozo para abrigarse con él a medida que caminaba,

Los jóvenes despidieron a los chauffeurs dándoles cita para una hora convenida, y entraron a la casa.

EN LA CALLE DEL PINO



CAPITULO VI

EN LA CALLE DEL PINO



A Noche Buena en la casa de doña Carlota revistió caracteres opuestos a la celebrada en la de Montalvo, como a la índole diferente de las dos familias correspondía, pues mientras la viuda de Téllez amaba la tradición y se aferraba a ella con la desesperación de una naufraga, jactábanse de ser novedosos en todo y reformadores de costumbres, los Montalvos; personajes a la moda, que marchaban con las corrientes del tiempo.

Apenas obscurecido, reunióse algo más de la usual concurrencia en la morada de la viuda, y se inició el ceremonial con el rezo de costumbre, a lo que siguieron la peregrinación por los corredores con velas encendidas, cantos coreados, y carreras, gritos y alegrías de la gente menuda. Llegó luego la hora del concierto, en la cual lucieron sus habilidades las niñas Teresa Montes, famosa pianista, y las hermanas Clotilde y Laura Echáus, soprano aquélla y contralto ésta, ambas de acento afinadísimo y bien timbradas voces. Nutridos aplausos premiaron el desempeño de las partituras, y, estimuladas por tan ruidosos triunfos, ocuparon unas después de otras el banco del piano, Anita,

Amparo y otras varias de las jóvenes «dilettanti». Ya para concluir la parte musical, pidió la concurrencia, por fuerte mayoría, que el doctor Quintanar recitase alguna poesía de su elección, y él, después de excusarse modestamente por algunos instantes, acabó por acceder a lo que se le pedía, y anunció al levantarse, que iba a declamar la «Serenata de Schubert» de Gutiérrez Nájera. Aplaudió la reunión, por la popularidad que esa poesía ha alcanzado en nuestros mejores círculos sociales; levantóse el doctor, y siguióle Anita para acompañarle al piano. Y así, nadando en las notas de un rítmico y sentimental acompañamiento, alzó la voz Quintanar, diciendo:

¡Oh, qué dulce canción! Límpida brota
Esparciendo sus blandas armonías,
Y parece que lleva en cada nota
Muchas tristezas y ternuras mías!

¡Así hablara mi alma si pudiera!
Así dentro del seno,
Se quejan, nunca oídos, mis dolores!
Así, en mis luchas, de congoja lleno,
Digo a la vida:—¡Déjame ser bueno!
—¡Así sollozan todos mis amores!

¿De quién es esa voz? Parece alzarse
Junto del lago azul, en noche quieta,
Subir por el espacio, y desgranarse
Al tocar el cristal de la ventana
Que entreabre la novia del poeta
¿No la oís como dice: «hasta mañana»?

¡Hasta mañana, amor! El bosque espeso
Cruza, cantando, el venturoso amante,

Y el eco vago de su voz distante
Decir parece: «¡hasta mañana, beso!»

¿Por qué es preciso que la dicha acabe?
¿Por qué la novia queda en la ventana,
Y a la nota que dice: «¡hasta mañana!»
El corazón responde: «¿quién lo sabe?»

¡Cuántos cisnes jugando en la laguna!
¡Qué azules brincan las traviesas olas!
En el sereno ambiente ¡cuánta luna!
Mas las almas ¡qué tristes y qué solas!

En las ondas de plata
De la atmósfera tibia y transparente,
Como una Ofelia náufraga y doliente,
¡Va flotando la tierna serenata!...
Hay ternura y dolor en ese canto,
Y tiene esa amorosa despedida,
La transparencia nítida del llanto,
Y la inmensa tristeza de la vida!

¿Qué tienen esas notas? ¿Por qué lloran?
Parecen ilusiones que se alejan.....
¡Sueños amantes que piedad imploran,
Y como niños huérfanos se quejan!

Bien sabe el trovador cuán inhumana
Para todos los buenos es la suerte.....
Que la dicha es de ayer..... y que «mañana»
Es el dolor, la obscuridad, la muerte!

El alma se compunge y estremece
Al oír esas notas sollozadas.....
¡Sentimos, recordamos y parece
Que surgen muchas cosas olvidadas!

No quiso pasar de esta estrofa el doctor, y dando por concluído su número, inclinóse ante el auditorio con gallardía, y enmudeció.

Salva de palmadas calurosas resonó por la sala, y todo parecía haber terminado; pero Anita, sin darse por entendida de lo que pasaba, siguió modulando el suave acompañamiento de la melopeya como si hubiera de continuar la recitación. Los que no conocían la inspirada poesía, creyeron que en aquel punto terminaba; pero los bien informados o que se la sabían de memoria, que eran no pocos, no se dieron por satisfechos, y protestaron contra la interrupción.

—Hasta el fin, hasta el fin!, murmuraron; no termina allí.

—Adelante, Nacho, suplicó Amparo.

—Sí, doctor, apoyó Souza. ¿Por qué se detiene?

—Porque no he podido retener más que esa parte en la memoria, repuso Quintanar.

—Haga usted un esfuerzo, insistió Amparo.

—Imposible, se excusó de nuevo el joven con firmeza, no recuerdo un verso más.

Y fué inútil que se le rogase, pues se encastilló en su negativa; pero Anita continuaba haciendo sonar las teclas, como si estuviese sorda, y él, por cortesía, no se apartaba del piano.

—¿Por qué no sigue usted, Nacho?, preguntóle ella con voz recatada y sin volver el rostro.

—Ya lo dije, porque hasta aquí llega mi ciencia.

—No es cierto.

—Que sí.

—Que no. ¿Es usted capaz de sostenerme eso a mí?

Y la joven miróle con disimulo de reojo, lo que le obligó a darse a partido.

- No, a usted no, repuso con acento tímido.
 —¿Entonces?
 —Callo lo demás, porque es muy triste; se refiere a una amada muerta, y ese no es mi caso.
 Ligerísimo roscicler tiñó las mejillas de la joven al escuchar esto; pero siguió arrancando notas al teclado con toda premeditación, aunque parecía hacerlo maquinalmente.
 —Pero si usted no ha hecho esos versos, replicó ella; corren por cuenta del poeta.
 —No puedo declamar sino lo que siento, Anita; a maravilla me viene la primera parte, por eso la digo.
 —¿De manera que?.....
 —Ha terminado la interpretación.
 —¿Y nada sigue?
 —¡Cómo no! Pero lo que continúa no es del público.
 —¿Por qué?
 —Porque es asunto solo mío.
 —No comprendo.
 —¿Quiere usted saberlo?
 —¿Se puede?
 —Ya se lo diré dentro de algunos momentos, cuando podamos hablar con más libertad.
 Anita, sin responder, hizo oír algunos acordes finales, y se levantó. Ofrecióla Quintanar el brazo, que ella aceptó, y enlazados de aquella suerte, dirigieron-se al sitio donde estaban Amparo, Teresa, Clotilde y Laura. Las cuatro jóvenes armaron estrepitosa algarabía en cuanto se acercó la pareja, y entre veras y risas, asediaron al doctor, diciéndole:
 —¡Qué malo es usted, Nacho!
 —Nos ha dejado a medio camino.
 —Se ha detenido a lo mejor.

- Ni quien le crea que no sepa lo que sigue!
 Disculpábase el galeno lo mejor que podía, y Anita no soltaba su brazo.
 —¿Te sientas, Ana?, dijo Amparo; aquí hay lugar para tí.
 Y designó con el ademán uno desocupado enmedio del grupo.
 —Déjala, no seas imprudente, articuló Teresa con malicia.
 —A eso venía precisamente, a reunirme con ustedes, repuso Anita fingiendo no haber oído.
 Y ocupó el sitio que se le ofrecía.
 Entretanto, no desamparaba su puesto el capitán Souza, y hacía cuarto de centinela delante de Amparo. Indicóle ésta que se inclinase, y el joven militar se dobló en dos para oír mejor. Algo murmuró la joven en secreto; sonrió Souza, y tornó a enderezarse sin articular palabra; pero lanzó una ojeada de benévola inteligencia, primero a Anita, y a Quintanar en seguida.
 Habíase entablado un diálogo animadísimo entre aquel coro de ángeles, y principalmente entre Amparo y Anita.
 —Amparo, dijo Anita, quedas encargada de acomodar a los invitados en la mesa.
 —En ese caso, no tengo tiempo que perder, y me marcho; el encargo que me das requiere suma atención, repuso Amparo.
 —Es verdad; anda pronto para que todo salga bien.
 Levantóse Amparo con presteza, y cogiendo a Rodolfo por la mano, llevóle como remolcado en pos de sí.

—Vamos a arreglar la mesa, díjole por el camino, radiante de alegría; Anita me dió la comisión.

—Parece que nada falta, repuso el capitán sin comprender.

—¡Tonto!, replicó ella con gracioso mohín, no se trata de la porcelana ni del cristal, sino de acomodar bien a los convidados.

—¡Ah, vaya!

—Ven, ya verás qué bien vamos a colocar a toda la gente; cada oveja con su pareja.

—Se entiende, y juntos tú y yo.

—Por supuesto, y juntos Anita y Quintanar, y otros varios parecidos por el estilo; los perfectamente avenidos e indicados. Sólo que vas a tener que trabajar mucho.

—¿Por qué, Amparo?

—Porque tendrás que escribir unas cincuenta cedulillas con los nombres de los comensales, para dejarlas sobre las servilletas.

—¡Si no fuera más que eso! Pero no tenemos papel vitela.

—Ya encontraremos alguno a propósito en el escritorio de Anita.

Charlando así, llegaron los jóvenes al comedor, donde hallaron a doña Carlota dando las últimas órdenes, porque se acercaba la hora de la cena. Importaba que el ágape estuviese terminado a las once y media cuando más tarde, a fin de pasar pronto al oratorio, donde se iba a decir la misa de gallo. Criados vestidos de negro y luciendo guantes de blanco lino, agitábase por dondequiera, llevando platos y cubiertos; y mezclados con ellos, algunas criaditas vivarachas, bien trajeadas y entalladas, ayudaban a la maniobra. Finamente calzadas, y haciendo sonar el

parquet con el repiqueteo de sus altos tacones, agitaban por todas partes las néveas cofias, como flotantes nenúfares sobre aquel campo de futuras operaciones gastronómicas.

Alineábanse cuatro mesas paralelas a los muros, dejando entre sí suficiente espacio para el servicio, y sobre la limpieza de los manteles, resplandecían la nieve de la porcelana y la diafanidad de la cristalería. Sobre los hondos platos destinados al consomé, habíanse colocado servilletas cuidadosamente dispuestas por la planchadora, con arrugas y dobleces, ya menudos y transversales, o bien perpendiculares y largos. Al frente de cada asiento, y colocadas por orden de tamaños, mirábase en formación las copas de transparente cristal de Bohemia, y hacia la derecha del plato, toda una herramienta de tenedores, cuchillos, cucharas y cucharillas, que lanzaba vivos reflejos, herida por la luz de los radiantes focos.

La mesa del centro ostentaba castillos y pirámides de multicolora repostería, compoteras henchidas de frutas en almíbar, platonos rebosantes de sabrosas cremas, fruteros colmados de melocotones, plátanos, manzanas y riquísimas uvas, y canastillos Christoffle con asa metálica, llenos de esas frutas secas llamadas «les quatre mendiants» por los franceses (¡no están malos los cuatro mendigos!): almendras, pasas, avellanas e higos de Esmirna.

Buen trabajo costó a Amparo y a su compañero abordar a doña Carlota, en medio de tantas mesas y sillas, y de aquel ajeteo incansable de gente ocupada en llevar y traer platos, vasos, copas, botellas, jarras y jarrones; pero al fin lograron su objeto sin chocar con muebles o personas, sin desequilibrar las torres de pasteles o de dulces, y sin meter manga, vuelo de

encaje, ni faldón de frac en fuente de crema o descubierta compotera. La atmósfera saturada del fuerte olor de las frutas maduras y de la pastelería recientemente sacada del horno, invitaba a la glotonería y excitaba las glándulas de la diastasa.

Los chicuelos, agrupados a las puertas, arrojaban codiciosas miradas a aquel conjunto de provisiones, y apenas era dable a ayas y vigilantes, cerrar el paso a sus rápidas y codiciosas incursiones.

—¿Qué se ofrece, Amparo?, preguntó la viuda de Téllez en cuanto vislumbró a la joven.

—Vengo, repuso ésta, comisionada por Anita para colocar a los invitados.

—Cuánto me alegro; había olvidado ese detalle.

—Con permiso de usted, pasamos el capitán y yo al escritorio para hacer las cedulillas.

—Pasen, pasen por donde quieran.

Sabía apenas doña Carlota lo que decía, en medio del barullo y del trajín en que andaba metida.

—Lo único que les recomiendo, observó, es que todo se haga de prisa, porque dentro de unos momentos vamos a sentarnos a la mesa.

—Cuestión de diez minutos.

—Perfectamente.

Penetraron Amparo y Sousa en el coquetísimo cuarto de trabajo de Anita, todo alfombrado y tapizado de azul y blanco, bien surtido de elegante estantería seccional resguardada por cristales ingleses, al través de los cuales distinguíanse los elegantes lomos de numerosos y bien encuadernados libros. Por las paredes había finas acuarelas tomadas del Valle de México por la misma Anita; y encuadrados en severos marcos oscuros y en elegantes passepartouts, retratos oleográficos de poetas y artistas: Cervantes, Shakes-

peare, Byron, Lamartine, Pereda, Tolstoi. En lo más alto de los libreros, destacábanse los bustos de yeso de Beethoven, Mozart, Gounod, Bellini y otros grandes maestros del arte musical. Hallaron abierto el diminuto escritorio de oloroso cedro ricamente tallado y con incrustaciones de metal, sobre el cual solía inclinarse la joven propietaria para escribir preciosas esquelas, y, muy a la mano, la lista completa de los invitados, escrita de puño de Anita, con ese carácter anguloso de letra, especial de las alumnas de las Damas del Sagrado Corazón, a cuyo número había ella pertenecido. Amparo, nerviosa de suyo, y de prisa en esta ocasión, buscó rápidamente en los cajones sin pararse en escrúpulos, y halló pronto varias colecciones de papel de clases diversas, acomodadas todavía en sus respectivas cajas; escogió las hojas más blancas y gruesas, y ayudada por Souza, fué rompiendo de alto abajo y de derecha a izquierda los plieguitos, para formar pequeños cuadrilongos, a modo de tarjetas de visita. Una vez concluida la tarea, que fué un verdadero destrozo, hizo tomar asiento al militar ante el pupitre, y apoderándose de la lista, fuéle dictando uno por uno los nombres de todas las personas mayores que a la fiesta habían concurrido. Y como Souza escribía con soltura, elegancia y rapidez, quedó terminada la obra en menos de un periquete. Tornaron en seguida los jóvenes al comedor, y se dieron a colocar uno por uno aquellos papelillos sobre las blancas servilletas. Doña Carlota, que terminaba su trabajo en aquellos momentos, pudo darse cuenta de lo que hacían los recién llegados, y les dijo:

—Coloquen ustedes a la concurrencia según su placer; solamente les recomiendo no pongan a mi lado a ninguna niña melindrosa ni a ningún frívolo mozallete

—A quienes usted guste, señora, no faltaba más, contestó Amparo; usted dirá.

—Desearía tener a mi derecha a la señora Stephenson, que es la única extranjera de la reunión, y a mi izquierda a don Melchor, mi viejo amigo.

—Muy bien, así lo haremos.

—Otra cosa. ¿Quién será el compañero de mi hija?

—Quien usted disponga.

—Nosotros, intervino Souza, pensábamos poner a su lado a Nacho Quintanar.

—No me opongo, contestó distraída doña Carlota; el doctorcito es todo un caballero.

Así fué como quedaron estratégicamente distribuidos los asientos por obra y gracia de aquellos dos espontáneos acomodadores: Teresa al lado de Pancho, Clotilde al de Mauricio, Laura al de Ramón, y así sucesivamente, novio con novia, o pretendiente con pretendida; amén de, por de contado, Anita junto a Quintanar, y la propia Amparo a la vera de Souza.

En cuanto a los jóvenes y las jóvenes que andaban aun sueltos y vagarosos sin haber fijado el corazón ni siquiera los ojos en individuo alguno del otro sexo, fueron barajados y entremezclados entre sí, a la ventura y a la buena de Dios; y los viejos y las viejas, los papás y las mamás, y los tíos y las tías de las niñas guapas, viéronse traidoramente relegados a lejanos sitios, donde no se les negasen el pan ni la sal, esto es, donde pudiesen comer y beber a sus anchas, pero donde vieses y oyesen lo menos y lo peor que fuese posible.

Entretanto, no perdían Amparo y Rodolfo la ocasión de divertirse, y se complacían en reunir malignamente a personas dispares, heteróclitas y disímiles.

—¿Dónde ponemos a Lucrecia, Rodolfo?, preguntaba Amparo con sabrosa risilla.

—¿Dónde será bueno?, interrogaba éste con la misma entonación y el mismo gesto.

—¿No te parece que junto a Crispín?

—¡Pero si ella es casi muda! No dice esta boca es mía.

—Por eso mismo; él es un perfecto guardacantón. No se le conoce el timbre de la voz.

—¿Y a Jesusa?

—Es una tarabilla.

—Que ni mandada hacer para Benito, que padece flujo de palabras.

—Los desposaremos.

—Excelente.

—Lucrecia y Crispín no moverán los labios; no harán más que comer, dijo Amparo riendo.

—Benito, en cambio, la arrebatará a Jesusa, y ésta olvidará los platos por despepitarse de lo lindo, agregó Souza en tono zumbón.

—Oye, Rodolfo, se me ocurre una idea.

—A ver.....

—Que en este sitio, que es el más iluminado de todos, pongamos a los comensales más feos.

—¿Para qué, Amparo?

—No seas bobo, Rodolfo. para que luzcan sus gracias y primores.

—¡Ja, ja! ¡Qué ideas tan buenas tienes! Pero, vamos a ver, ¿quiénes son los más feos? ¿quiénes merecen tan honorífica distinción?

—Yo voto por doña Melecia.

—¿Será peor que doña Petronila?

—Ya lo creo. Fíjate en su boca..... y no olvides sus colmillos, Tiene algo de elefante.

—Sí; pero la nariz de doña Petronila es del tamaño del Chimborazo. Al pie de ella florece una verruga tan grande como un hongo.

—Bueno; déjame triunfar con doña Melecia, y yo te dejo escoger a tu candidato para que le haga compañía.

—Convenido. Mis sufragios son en favor de don Tadeo, porque es pernicorto, ventrudo, coloradote y de mofletes colgantes y viscosos.

—Opinas así porque no te has fijado en don Rogaciano, que parece muerto salido de la sepultura, alto, flaco, amarillo..... alma, de parte de Dios te pido.....

—Sí, don Rogaciano es terrible, pero don Tadeo es cómico; aquél da miedo; éste, risa.

—Pues lo dicho, Rodolfo; hágase tu voluntad y no la mía.

Y así continuaron aquellos alegres jóvenes divirtiéndose a costa del prójimo sin el más leve escrúpulo. Ora seguían la ley de los contrastes, y colocaban a un viejo calvo y de arrugada faz al lado de una pollita fresca y pizpireta, o a una dama tan blanca como el mármol junto a un mestizo tan amarillo y lustroso como el mejor cuero cordobés. Ora seguían la ley de las similitudes, y ponían a un chato junto a una chata, a un narigón junto a una narigona, y a un bizco junto a una bizca. ¡Válgame Dios! Ni siquiera los tuertos ablandaron su corazón, pues juntaron tuerto con tuerta por amor a la simetría. ¡A cuántos contratiempos se ven expuestas las personas incautas y sencillas, cuando quedan a la merced de gente maleante y de buen humor!

Tan pronto como estuvo todo arreglado, o desarreglado, como se quiera, y distribuida la servidumbre en

orden de batalla desde la cocina al comedor, entró doña Carlota en la sala para anunciar a la concurrencia que la cena estaba servida. Amparo y Rodolfo fueron encargados, naturalmente, de mostrar su sitio a cada quien; y así, dando muestras y señales de tener memoria superior a la del cardenal Mezzofanti, fueron distribuyendo las parejas según sus maliciosas cábalas; y don Melchor se sentó junto a la señora de Téllez, Quintanar junto a Anita, Pancho junto a Teresa, Mauricio junto a Clotilde, Ramón junto a Laura, don Crispín junto a doña Lucrecia, don Benito junto a doña Jesusa, don Tadeo junto a doña Melecia, y así por este orden los demás concurrentes, inocentes víctimas de ocultas burlas y combinaciones. No faltó observador sagaz que fijase la atención en aquellos singulares arreglos, ora por el cruzamiento de ciertas narices próximas, semejantes a espadas de combate, ya por el estrabismo contiguo de cuatro ojos, que no lograban lanzar miradas a derechas, ya por la unión y apareamiento de dos fealdades notorias y de solemnidad. Por fortuna aquellos penetrantes razonadores guardaron prudente silencio, y a nadie comunicaron sus dudas y recelos.

En tanto, dió principio el servicio.

Rondaban los sirvientes en torno de las mesas, ya con las humeantes soperas, o bien con las colmadas y bien dispuestas fuentes en las manos, presentando las viandas y manjares por la derecha de los invitados, por entre hombros que se tocaban, con habilidad maravillosa; y, sobre las abiertas palmas mantenían enormes platonos en equilibrio sin derramar su contenido en el mantel, ni manchar con las salsas el lustroso paño o la finísima seda de los trajes de damas y caballeros. Y comenzó a escucharse el sonar de la porcelana,

el ruido metálico de los cubiertos y el sonoro retintín de vasos y de copas. Y el perfume de las viandas acabadas de salir de las hornillas, se mezcló en un momento al de la repostería y de las confituras, así como al bouquet de los añejos y exquisitos vinos que de los destapados frascos se exhalaba. Comenzaron siendo difíciles las conversaciones; una u otra palabra salía de labios atrevidos; parecían huírse las miradas; sentíase como frío y malestar en el recinto. Pero bien pronto comenzaron a ejercer alegre y vivificante influjo en los espíritus, los regalados potajes y manjares que fueron sirviéndose, y los preciados licores que chispeaban en las resplandecientes copas y humedecían labios y gargantas. Y la tarda y como congelada lengua que se negaba a soltar la atormentada palabra, fué perdiendo su rigidez y torpeza, y, recobrando su agilidad acostumbrada, hasta que acabó por moverse con inusitada soltura, produciendo centenares y miles de palabras por minuto, como telégrafo de bien cargadas pilas. Momentos después, parecía el amplio salón una Babel alegre y estrepitosa, según el guirigay de voces de diferentes timbres y entonaciones, de risas, de carcajadas y de exclamaciones que por todas partes surgían y borbotaban. Acabó la cortedad, murió la timidez, relajáronse los puntillos de la tirante cortesía, y en lugar de todo eso, asomó el rostro el regocijado y bonachón desenfado. Y criaron valor los medrosos, atrevimiento los prudentes y confianza los huraños. Y todo fué, desde aquel punto y hora, diálogo animadísimo, preguntas a distancia, risas, bromas y donaires en torno de las mesas; en tanto que las copas azules, amarillas, rojas, no descansaban un momento, porque apenas las gustaban los comensales, acudían los meseros a llenarlas de nuevo, ya trasegando frascos,...

bien vaciando botellas de lo añejo cubiertas de polvo y telarañas, y cogidas por el cuello con limpias servilletas. Así fué subiendo poco a poco la marea de las voces y el estallido de las risas, hasta que acabaron por oírse apenas entre sí los circunstantes, como si hablasen a la orilla del estruendoso Niágara.

A merced de aquel coro de acentos, timbres y carcajadas, pudieron formar mundo aparte, como suele decirse, diferentes grupos y parejas, sin que nadie lo echase de ver ni lo estorbase.

Así fué que el doctor Quintanar tuvo ánimos para hablar a Anita en estos términos:

—Anita, voy a decir a usted lo que en la sala le ofrecí.

—¿Me ofreció usted algo?, preguntó cruelmente la joven, fingiendo haber olvidado.

—¿No recuerda usted nuestro diálogo al fin de la melopeya?

—¿Creerá usted que no?

—Sólo porque usted me lo dice. Eso me entristece.

—¿Por qué?

—Porque prueba la poca atención que presta usted a todo lo mío.

—No diga usted eso.

—Pues bien, se lo voy a recordar. Cuando interrumpí la recitación y expliqué a usted la causa de mi silencio, me preguntó si todo había terminado, y yo repuse que nó, porque aun me quedaba algo muy personal e íntimo que comunicarla. Y agregué que lo haría tan pronto como pudiésemos hablar con alguna libertad.

—Eso es, ya recuerdo.

—Pues bien, voy a cumplir lo ofrecido.

No contestó la joven; limitóse a hacer un movimiento afirmativo con la cabeza, en señal de que estaba dispuesta a escuchar.

—Es curioso, continuó el galeno con voz alterada por la emoción, pero nada tengo que decir; usted lo sabe todo.

—¿A qué se refiere usted, Nacho?

—Usted bien lo sabe.

—No, soy muy tonta.

—Ni por asomos: pero gusta usted de atormentarme.

—¿Me cree usted tan mala?

—Conmigo sí, con quien menos debiera. Para todos los demás es un ángel. Pero sepa que no hay quien la quiera como yo. No sonría usted, porque Dios que me oye, sabe que digo la verdad. No he tenido más que dos amores en la vida: usted y mi santa madre, que de Dios goce.

—Mil gracias.

—¿Y nada más?

—¿Qué quiere usted que le diga?

—Lo que deseo. Claro, que me diga algo que me aliente.

—¿Quedaría usted contento si le engañase?

—Ya sabe que no; desearía que me dijese que compartía mis sentimientos.

—Aprecio a usted mucho.

—Sí, lo de siempre; pero eso no me satisface. Hace más de un año que pende mi suerte de los labios de usted; mis confesiones amorosas se suman por centenares, y siempre salva usted la dificultad de la misma manera. ¿Cree que eso pueda complacerme?

Anita guardó silencio.

—Pues bien, estoy violento; no puedo soportar esta situación.

—No se ocupe más en eso, así quedará tranquilo.

—Quedaré desesperado.

—Usted exagera.

—No digo más que la verdad. Estoy resuelto a tomar hoy mismo una decisión definitiva. Tengo buenas proposiciones para marcharme a la Argentina; si usted no me quiere, me voy a Buenos Aires. ¿Qué dice usted?

Calló la joven de nuevo; pero su cándido rostro expresó visible emoción. Entristecíala la ausencia de Quintanar; pero no quería contraer compromisos. En el fondo de su corazón palpitaba todavía una esperanza, pálida ya, y casi esfumada y desvanecida, pero aun no muerta.

Observaba el doctor aquella lucha en la expresión del rostro de Anita y en la mirada como absorta y vagarosa que irradiaba de sus pensativos ojos. ¿Qué significaba su mutismo? ¿Qué quería decir aquel ensimismamiento?

—Anita, insistió Quintanar. ¿En qué está usted pensando? Ni aun siquiera me escucha.

—Todo lo he oído, repuso la joven como volviendo de un sueño. Pensaba, pensaba.

—¿En qué?

—En eso mismo, en lo que iba usted diciendo.

—En tal caso, permítame ponerle este dilema: o me dice usted que me quiere y me quedo, o me dice que no le inspiro amor, y me voy para siempre. Tengo casi treinta y dos años, y debo pensar seriamente en el porvenir. Si no me caso con usted, no me casaré con nadie, y eso de no tener hogar, y de vivir condenado a la soledad del alma y del cora-

zón, es cosa muy dura. Así que muy rendidamente le suplico me saque de esta mortal incertidumbre. ¿Me quiere? ¿No me quiere? Tenga usted piedad de mí. Dígame de una vez por todas lo que decide.

—Un momento, murmuró la joven con acento tan débil como un soplo,

—Aguardo con el alma en suspenso.

Calló Anita, olvidada de todo; no escuchó ruidos, conversaciones ni risas, encerróse por completo en su santuario interior, y, hondamente conmovida por las palabras de Quintanar, y por el tranquilo interés que allá en el fondo le inspiraba el caballeroso doctor, comenzó a vacilar. No era fácil encontrar marido de tan excelentes prendas como las de su interlocutor en cualquier lugar y en todo momento; desahuciarle, perderle, era renunciar también ella, al porvenir, a la vida. Su pensamiento, su fuerte raciocinio de joven equilibrada, diéronse a reñir tremenda batalla en los campos de la conciencia, con sus pálidas ilusiones, con sus esperanzas inconfesas; y de aquella confusión de sentimientos y de ideas, no podía sacar nada en claro, por más que se esforzaba. Así duró buen espacio, hasta que el estímulo de la voz del joven, hízola nuevamente salir de su absorción.

—Por Dios, Anita, murmuraba Quintanar, no me tenga en este suplicio.

Volvió entonces ella a la vida que la rodeaba, y en aquel mismo instante, por inspiración súbita, logró descubrir el camino por donde debía de internarse.

—Nacho, repuso con dulzura; estas cosas no se resuelven así como así: son para toda la vida,

—Para usted no son nuevas.

—Lo será mi decisión.

—¿En tal caso?

—Quedamos aplazados para dentro de otro año.

—¿Tanto tiempo, Anita?

—Lo necesitaré para orientarme en mis propios afectos. Si es usted servido de aguardar, contestaré definitivamente su pregunta. Entretanto, quedamos libres los dos, porque todavía a nada me comprometo.

Por pequeño que fuese el aliento que Anita concediese a Quintanar, era tan mortal la congoja que al joven atormentaba al pensar en el naufragio de su vida, que se llenó de alborozo al escuchar tan indecisa respuesta. Parecióle inmensa la concesión, vió abierta la puerta de la esperanza, y las ilusiones entonaron en su corazón un himno de victoria.

—Un año, dos, todos los que usted quiera, con tal que no me diga que no me ama. Porque ¿no es verdad que usted no me lo dice?

Vaciló un tanto la joven, y al fin dijo:

—Queda todo en suspenso, Nacho.

—Acepto, Anita. ¡Cómo no había de aceptar, cuando va de por medio mi dicha! Entretanto, ¿me permitirá usted escribirla?

—No hay inconveniente.

—¿Y enviarla flores?

—Si es usted tan amable.

Escuchemos ahora el diálogo que pasaba entre Amparo y el capitán Souza.

—Sí, Amparo, decía Rodolfo, no terminará el año próximo sin que nos casemos.

—¿De veras? ¿tienes ya dinero?

—Poco; pero el suficiente para que nos instalemos con modestia.

—¡Qué buena noticia! ¿Por qué no me la diste antes?

—Porque aun no tenía seguridad de nada. Te diré

lo que tengo: cuento con mi sueldo de capitán y con dos clases que doy en el Colegio Militar. Podré reunir cerca de cuatrocientos pesos mensuales.

—Más de lo necesario; a todo me avengo con tal de vivir contigo.

—Para los gastos del matrimonio echaré mano de otra entrada: una corta herencia que me legó un hermano de mi padre.

—No haremos la locura de gastar eso en flores, trapos y despliegues de vanidad. Todo será casarnos; una vez enlazados, no pasaremos trabajos si no queremos. Mamá te quiere y desea que vivamos con ella. Y, ya sabes, mi familia no tiene nada de pobre.

—Sí, y muy reconocido a la señora; pero quiero ser yo quien te dé posición, y no recibirla de tu familia.

—Bien dicho, Rodolfo; soy capaz de seguirte a la cumbre de un cerro o al fondo de una barranca.

—Dios te lo pague, Amparo. ¿Quieres que brindemos por nuestra próxima boda?

—¡Cómo no, Rodolfo!

En seguida alzaron ambos jóvenes las copas de chablis que delante tenían, y las fueron apurando dulcemente, fijos los ojos del uno en los del otro.

—A tu salud, Amparo.

—A la tuya, Rodolfo.

Y, vueltas a poner las copas sobre la mesa, buscaronse y entrelazáronse las manos de los jóvenes, discretamente, debajo de los manteles.

Benito y Jesusa hablaban como siete locos, comían de prisa y se arrebataban la palabra. Y como es difícil que quien suelta con tanta ligereza la lengua, deje de dar mandobles al prójimo, que es la cabeza de turco de casi todas las conversaciones, aquella locuacisi-

ma pareja se entretenía en poner a todo el mundo como chupa de dómine. Así que, después de pasar al filo de la espada a la mayor parte de los comensales, tocó su turno a los mismos anfitriones.

—No sé, decía Jesusa con gesto de extrañeza, lo que pasa esta noche a doña Carlota y a Anita, porque.

—En efecto, replicaba Benito sin permitir a su interlocutora terminar la frase, es muy raro. Negar que doña Carlota y su difunto esposo proceden de buenos orígenes, sería cosa absurda.

—Sin olvidar que son y han sido ricos de generación en generación. El señor Téllez fué dueño de la mina Esperanza, que dicen le produjo cinco millones de pesos.

—Dispense usted, Chucha, la mina se llamaba Buenaventura, y dió sólo dos o tres millones.

—Suponiendo. No es moco de pavo. Y, aparte de eso, también la familia Bolaños ha sido famosa.

—Por sus inmensos terrenos en Chihuahua.

—En Sonora, Benito, hágame usted el favor. . . .

—Es lo mismo. Y tanto los Téllez como los Bolaños son de abolengo.

—Más los primeros que los segundos.

—No; más los segundos que los primeros.

—Como quiera que sea, fuera de suponer que madre e hija tuviesen mejor gusto, dados tales antecedentes; pero, imagínese usted ¡haber hecho planchar las servilletas en esta forma, como colas de pavo!

Y Jesusa mostró con gesto despectivo, la que en el regazo tenía. Y luego continuó:

—¡Con tantos pliegues y repliegues!

—Lo mismo que en una fonda.

—Sí; lo mismo que en un figón.

—¿Y qué dice usted de los papelitos?

—Lo sumo de lo cursi; esto se hace con cartulina.

—O con papel vitela.

—Lo peor de todo es la mesa del centro. Es una exhibición de dulces, pasteles, frutas y botellas.

—¡Ja, ja! ¡Ah, qué Benito! Es usted terrible.

—Parece el escaparate de una tienda.

—Ni más ni menos.

Más allá del lugar que ocupaban aquellos crueles parlanchines, ostentaban don Tadeo y doña Melecia sus clásicas deformidades, bajo el deslumbrante esplendor de un racimo de focos eléctricos de apagado cristal, que iluminaba con luz lechosa sus diabólicas facciones. Parecían muy complacidos en su mutua compañía, y, todavía más, encontrarse muy de su agrado el uno al otro, porque aquella jamona de perfil elefantino, y aquel viejo de cara de marrano, coqueteaban a ojos vistas, y habíanse entregado a un desenfrenado flirteo. Es para dar gracias a Dios esto de que haya gustos para todas las formas, hasta las más desdichadas. Porque ¡oh! si sólo se amasen los seres hermosos, ¡cuán breve y compendiada sería la historia del amor! La verdad es, por más triste que parezca, que los feos y las feas se dan a porrillo, mientras que las Venus y los Antinoos nacen sólo cuando hay campanada de vacante. Pero eso ¡qué significa! Con tal que los enamorados se gusten entre sí, no importa que sean ellas unas harpías, y ellos más feos que Picio; sabido es que el espectáculo está dentro del espectador. ¿Qué animal puede haber más repugnante que el sapo? Y, sin embargo, el sapo se prenda de la sapa, ésta de aquél, los dos celebran idilio en los lechos fangosos de las

zanjas, y no se extingue, ni hay peligro de que se extinga la familia sapística o sapiense, que yo no sé cómo deba decirse. Así, pues, doña Melecia y don Tadeo se contemplaban con muy sincero deleite, a pesar de las protestas de la estética más elemental.

Y no sólo eso, sino que aquel par de feos titulados, era romántico, poético e idealista, y toda su conversación a la hora de la cena, fué de puros versos.

—A mí no me hable usted de Othón, decía doña Melecia. La naturaleza es muy hermosa; pero ¡no cantarle más que a ella!

—Tiene usted razón, Mele (gentil abreviatura de Melecia), suspiró Tadeo poniendo en blanco los ojos; yo prefiero la poesía erótica, la que habla al corazón, la que conmueve el alma.

—Eso es, Tad (síncopa dulce de Tadeo), repuso doña Melecia, ¿qué puede haber más poético que el amor?

Y elevó los ojos al cielo, como en éxtasis.

—Nada, Mele, el amor es la cosa más sublime de la tierra.

—Y hasta del cielo, Tad.

—Sí, hasta del cielo. Y dígame, Mele, ¿cuál de los poetas eróticos es el preferido por usted?

—¡Oh, Acuña mil veces!, murmuró la jamona con acento apasionado. ¡Qué lindo es su *Nocturno a Rosario*:

¡Por fin yo necesito
Decirte que te quiero,
Decirte que te adoro,
con todo el corazón!

Y, entretanto que declamaba, no apartaba sus ojos de los de don Tadeo; y las pupilas de éste bebían con

avidez aquellas miradas, como si hubiesen sido rayos divinos de un lucero distante.

—Muy apasionado, no cabe duda, dijo después de breve pausa don Tadeo; pero yo prefiero a Manuel Flores. ¡Qué cosa más bella que aquella cuarteta:

¡Bésame con el beso de tu boca,
Bésame, amada mía,
Un solo beso el corazón invoca,
Que la dicha de dos me mataría!

Y recitó con tal vehemencia la estrofa, que parecía que de veras, muy de veras, andaba solicitando un ósculo de doña Melecia.

Aquellas etéreas conversaciones no habían pasado inadvertidas para los vecinos de la pareja, y algunos de ellos, hasta habían cogido al vuelo estas o aquellas sublimes palabras o encandecidas estrofas, por lo que comenzaron a murmurar:

—¡Son románticos!

—¡Míralos, míralos!

—¡Qué poéticos!

—¡Qué gracioso!

Difundida la especie de que el divino estro soplabá sobre aquellas engañadoras cabezas, inspiró acá y allá a lo largo de la mesa, la idea de hacer brindar en verso a don Tadeo para que luciese las galas de su inspiración. Y de pronto dejáronse oír voces de:

—¡Tiene la palabra don Tadeo!

—¡Sí, sí, que brinde don Tadeo!

—¡Que brinde, que brinde!

—¡Pero en verso! ¡En verso! ¡En verso!

Y comenzó el repiqueteo de vasos y de copas, y

fué creciendo el coro, y a poco trocóse aquella mezcla de sonidos en una verdadera algarabía.

Resistía modestamente don Tadeo, diciendo lo de rúbrica: que no sabía brindar, que no era poeta y que no hacía versos. Pero el barullo continuaba, continuaba y crecía como un huracán de protestas. Hasta que al fin, habiendo murmurado doña Melecia muy bajito al oído del vate:

—Vamos, Tad, hágalo usted por mí, púsose en pie el deseado de los comensales. Levantó en alto la copa, miró primero de frente, luego a la derecha, en seguida a la izquierda, y prorrumpió después con voz de Estentor:

IMPROVISACION

Aunque soy de genio corto,
Brindo con gran complacencia,
Con este vaso de Oporto
Por toda la concurrencia.

—¡Bien, muy bien!

—¡Bravo! ¡bravísimo!

—¡Hurra por don Tadeo!

Sonaron estrepitosas palmadas y risas indiscretas; pero hubo personas de buena fe que se quedaron boquiabiertas y maravilladas ante el talento poético y repentista del bueno de don Tadeo. ¡Tan cierto es así aquello que dicen los franceses: «un sôt trouve toujours un plus sôt qui l'admire».

—¡Muy jérmoso «toast, indeed»!, exclamó la señora Stephenson profundamente emocionada y con los ojos inundados de lágrimas.

Tenía marcado acento yanqui, que no había podido

perder a pesar de haber vivido más de veinte años en la República.

—¿Le parece a usted?, interrogó doña Carlota irónicamente.

—¡Oh, sí, muy jérmoso! Yo soy muy sentimental, y los poetas me hacen llorar, de veras. Y dígame, doña Carloto, ¿cómo se llama ese señor poeta?

—Don Tadeo Villagrán.

—¡De veras! ¡Don Tadio! ¿Es tal vez un judío?

—No, señora, es muy buen cristiano.

—Y dígame, doña Carloto, ¿bebió de veras vino de Port don Tadio?

—No, señora, lo que ha bebido es borgoña.

—¡Ah, sí, entiendo, vino de Burgundy!... Bien, bien; pero ¿por qué ha llamado vino de Port al Burgundy?

—Porque sólo así podía salirle el verso. Su genio corto necesitó Oporto y no Borgoña.

—¿Ah, sí, doña Carloto! Pero esa cosa no está bueno. Verdaderamente el vino de Port es muy diferente del Burgundy.

—Se parecen tanto esos vinos entre sí, como los huevos y las castañas.

—¡Ah, sí, los huevos y los castaños! «Eggs and chesnuts». ¡Oh, oh, sí, doña Carloto! ¡Es chístosismo!

En medio de aquellas conversaciones, y de otras más sostenidas por Teresa, Clotilde y Laura con sus galanes respectivos (las que no se transcriben aquí por no haber sido más que variaciones sobre el mismo tema amoroso que ya conocen nuestros lectores), llegó la hora de servir los postres y de descorchar las botellas de champaña. Dispuso doña Carlota que fuesen destapadas con ruido, a la antigua usanza, y no a la sordina como ahora se estila; lo que hizo murmurar

por lo bajo a los inexorables Jesusa y Benito, que aquello era «muy cursi». Y el tronar de los taponés, el borbotar y el espumar de las botellas, y el caer del líquido y hervoroso topacio en las anchas copas de diáfano cristal, acrecentaron la alegría a tal punto, que parecía haberse convertido la sala del festín en un alegre y ruidoso manicomio. Tanto fué así, que hasta el grave y respetable don Melchor salió de sus sillitas, y se convirtió en una sonaja, aunque un poco ronca, y tal vez hasta cascada. Resultado fué aquella metamorfosis, de los impensados desmanes que había cometido durante el ágape enloquecedor, pues había libado de todos los vinos, jerez seco, chablis, burdeos y borgoña, aunque sin excederse y dejando a medias las copas. Lo que pasaba era que estaba poco acostumbrado a toda clase de licores y tenía débil el cerebro. Como quiera que sea, el hecho fué que no pudo refrenar el entusiasmo que por sus venas corría, y que, sin pedir licencia a doña Carlota, se levantó de pronto con la copa en la mano, y clamó con voz decidida:

—¡Un momento! ¡Pido la palabra!

—¡Silencio!, ¡silencio!, contestaron varias voces. Va a hablar don Melchor.

Y así como se apaga una brasa echada en el agua, después de dar algunos destemplados chillidos, cedió repentinamente la algazara, se hizo el silencio y volviéronse todos los rostros hacia don Melchor. Después de eso, y tras breves instantes de ensimismamiento y reflexión, habló así Covarrubias:

—Señores, estamos al levantarnos de la mesa, y aun no hemos dicho nada a las dueñas de la casa. Y deber nuestro es, no sólo de cariño, sino hasta de cortesía, brindar a la salud de mi señora doña Carlota,

que es la viuda más guapa de la ciudad, y a la de su preciosísima hija Anita, que sólo pudiera ser comparada con los ángeles. ¡Qué Posadas han dado madre e hija a estos pobres peregrinos! ¡Ya las hubiera querido así la Sagrada Familia! Brindo, señores, en primer lugar, por nuestras bellísimas obsequiantes; brindo en segundo lugar por todos los presentes; y en tercero y último, por esta Noche Buena, que ha pasado de buena y es magnífica. ¡Señores, que esta noche sea buena para todo el mundo, que no haya quien sufra ni llore, ni quien padezca hambre ni frío en toda la redondez del mundo! ¡Que no haya más que felicidad por todas partes! ¡Vivan doña Carlota, Anita y la Noche Buena!

Parecía que iba a caerse la casa, según el estrépito plausivo que por todas partes resonó a la conclusión de aquella inspirada pieza oratoria. Sí, tenía justicia don Melchor, era el credo cuanto había dicho; que vivieran doña Carlota, Anita y la Noche Buena, y todo el mundo, y que aquella alegría alcanzase lo mismo a los pobres que a los ricos, lo mismo al navegante que al peregrino, a todos los hombres y aun a todas las criaturas. Las señoras de la casa tuvieron que hacer frente a los mil elogios y galanterías que les dirigieron los comensales, lo que hicieron con la mayor gracia y compostura, teniendo una sonrisa y una mirada amable para cada persona.

Pasada aquella explosión de entusiasmo, observó en alta voz doña Carlota:

—Señores, están al sonar las doce de la noche. Al oratorio, al oratorio, que va a comenzar la misa.

Hízose el silencio en un santiamén, pusieron en pie los comensales, y oyóse después el ruido de las sillas al ser removidas. Señoras y señoritas entraron en

las habitaciones a proveerse de chales y chalinas con que cubrir la cabeza, y los caballeros salieron al patio formando grupos.

Muy a poco quedó todo listo para los divinos oficios, y la reunión por entero penetró en la reducida y elegante capilla. Así, aquella fiesta memorable, que fué alegre en demasía, tuvo principio y fin de piedad y de rezo.

Hubo canto, música de orquesta, coro de pastores y jubiloso resonar de flautas de hoja de lata (en forma de pequeñas cafeteras llenas de agua, llamadas *hufjolas* en el país), y hasta devoción en algunas personas; sin que faltasen otras que, irrespetuosas en demasía al sagrado lugar, siguiesen riendo y charlando por lo bajo, o cediesen al estímulo del sueño sin poderlo remediar, y se entregasen al cabeceo muy a la capa y sin hacer el más leve ruido.

Terminado el santo sacrificio, todo el mundo se dió por satisfecho y se manifestó inclinado a entregarse al reposo; por lo que en un momento se desbandó la concurrencia, y quedó en silencio la casa. Y amas y criados se ocuparon en cerrar puertas, apagar luces, y poner en cobro algunas cosas frágiles y de valor.

—¿Y Cheno?, preguntó doña Carlota al entrar en su alcoba.

—Todavía no vuelve, madre. Ni sería posible; es bastante temprano para la importancia del baile.

—En efecto; apenas irá comenzando la fiesta de los Montalvos.

—Llegará a la madrugada; ya avisé al portero que le espere.

Asintió doña Carlota, besó a su hija en la frente, y madre e hija entraron en sus respectivas alcobas.

Muy a poco se metió Anita en la cama, pero no se

durmió luego; siguió pensando, pensando. ¿Qué fué lo que pensó? Muchas cosas: Bolaños, Clara, Quintanar, pasaban por su imaginación como fantasmas. Y se preocupó también por sí misma, queriendo resolver varios complicados problemas que a su vida se referían. Y por más fatigada que estaba, y quebrantada que se sentía por el anterior desvelo, pasó otra noche de agitación y febril insomnio.

CAPITULO VII

LA JUNTA



El 25 de aquel diciembre tan lleno de sucesos, tornó Bolaños a la casa de doña Carlota, no a la madrugada como Anita lo había previsto, sino a las cinco de la tarde; y tan pálido, ojeroso y decaído, que no se atrevió a presentarse desde luego a sus parientas. Venía ridículamente ataviado todavía con las prendas de baile de la noche anterior; y bueno hubiera sido que se hubiesen hallado tales como él se las había puesto; pero ¡qué había de ser así! De a legua se miraba que habían sufrido considerable deterioro y menoscabo en las diversas y oscuras batallas que Cheno, sin duda, acababa de librar. Cuello, pechera y puños de la antes blanca y almidonada camisa, aparecían sucios y estrujados, y deshecho el lazo de la nivea corbata; faltaban uno u otro botón al frac y al chaleco; manchados de polvo y barro mirábanse pantalones y chinelas; y hasta el flamante sombrero de copa, roto à trechos y lleno de pliegues, erizaba el pelo como gato enfurruñado.

Sin duda por motivo de aquellos visibles y acusadores desperfectos, no tuvo ánimos el joven para salu-

dar desde luego a la familia, y prefirió entrar furtivamente y muy de prisa en sus habitaciones, para borrar en cuanto fuese posible, los rastros que la reciente juerga había dejado en su persona. Rápidamente se despojó de aquel traje acusador, tomó un baño, vistió ropa nueva, peinó pelo y barba y quedó vuelto casi a su ser y estado naturales; por lo que, terminadas tan complicadas labores de aseo y restauración, salió del cuarto y fué a presentar sus respetos a doña Carlota.

—Eres un pillito, Cheno, díjole ésta clavando en él con insistencia los indagadores ojos.

—¿Por qué lo dice usted, tía?, repuso Bolaños.

—Anda, no seas descarado. ¿Qué tiempo es este de volver a casa? ¿A que no me sostienes que acabas de salir del baile de Montalvo?

—Ni por pienso; concluyó a la madrugada, pero me dió pena molestar a ustedes, sabiendo se habían recogido tarde. Por eso me fuí al hotel; de allá vengo.

—Dios sabe de dónde vendrás, hijo; tienes una cara tan mala, que parece te ha dado el cólera morbo.

—Exageraciones, preocupaciones.

—No, nada de eso; tu palidez es de cera, y traes tan hundidos los ojos, que apenas se te ven. ¡A mí no me la haces buena!

—Usted dirá lo que guste, tía, pero vengo del hotel.

Al ruido de las voces, presentóse Anita, hermosa y gallarda, pero con los ojos tristes y rodeados de círculos violáceos.

—Encantadora prima, díjole Bolaños saludándola con afecto, a tiempo llegas para defenderme.

—¿Por qué, Cheno?

—Porque tu mamá me está riñendo.

—Por algo debe de ser, primo; nadie da palos de balde.

—Esta vez falla la regla.

—A ver, Anita, terció doña Carlota, sé juez en la diferencia. ¿No es cierto que Cheno tiene cara de difunto?

—Sí, mamá; parece que acaba de salir de la sepultura, repuso la joven mirando a Cheno de pies a cabeza.

—Mi tía te sugestioná y por sus ojos me miras. Debo tener el mismo aspecto de siempre.

—Por los míos y no por los suyos te estoy mirando. Y ¿quiéres que te lo diga? Desde que llegaste, te ví. Pasaba casualmente por aquella ventana, cuando te deslizaste cautelosamente por los corredores. Me oculté para que no me distinguieses, y creíste que nadie había reparado en el extraño desorden de tu traje; pero, ya te digo, bien me dí cuenta del caso. ¿Quiéres que te pinte el estado en que venías? Te hablaré del sombrero, de la camisa, del pelo, de la barba, y hasta del calzado. ¿Lo quiéres?

—No hay para qué, repuso Bolaños mohino. Es natural que, después de bailar toda la noche, no haya presentado la mejor estampa.

—Debes haber dormido en el suelo, tal vez en el arroyo, murmuró doña Carlota con visible disgusto.

—Suposiciones, tía. Usted abusa, repuso Cheno de mal talante.

—¿De qué, hijo?, replicó la viuda sulfurada. A mí no me vengas con medias palabras. Háblame clarito. ¿Quiéres darme a entender que me meto en lo que no me importa?

—No, mamá, no lo creas; Cheno no es capaz de eso, intervino Anita. De seguro que lo que quiso de-

cir fué que usted abusa de su imaginación, que se figura cosas que ni por asomos.....

—Eso, eso es, afirmó Bolaños ya calmado. ¿Cómo cree usted, tía, que pudiera ser otra cosa?

—¡Jum! ¡jum! gruñó doña Carlota no muy convencida; pues será como lo dices.

—Hagamos las paces. A ver esa mano, mi buena tía.

—Vamos, aquí está..... Ahora lo que importa es que descanses y te repongas. ¿Quiéres tomar algún alimento? Que te lo preparen y te metes en la cama tempranito, a las oraciones de la noche.

—Mil gracias; no me siento fatigado, ni he menester refrigerio..... Y además, tengo que salir luego.

—¡Cómo! ¡Otra vez!, exclamó asombrada doña Carlota.

—¡Pero si acabas de llegar!, murmuró Anita tímidamente.

—Es indispensable, debo asistir a una junta.

Abstúvose Bolaños de decir con quién iba a juntarse, por temor al mal efecto que pudiera causar el nombre de Montalvo. ¡Una junta! La palabra era majestuosa. Por otra parte, como Bolaños era hombre de negocios, no tenía nada de extraño que se le presentasen esas atenciones.

—Mira, Cheno, de veras lo siento, porque parece que estás muy agotado, dijo doña Carlota.

—¿No irá a hacerte daño?, preguntó Anita.

—No hay cuidado, repuso Cheno; tengo naturaleza de hierro..... Ofrezco a ustedes volver tan pronto como termine la reunión, y recojerme inmediatamente.

Tranquilas con estas razones, madre e hija despidieron afablemente a su deudo, y éste tomó luego el

auto y se dirigió a la casa de Montalvo a toda velocidad, pues temía presentarse demasiado tarde.

Sorprendióle no poco, a su llegada, el ver alineados frente a la fastuosa residencia, numerosos vehículos de todas clases y formas, desde lujosos limousines, hasta pobres simones, pasando por los troisquarts, rockaways y victorias, o bien por las máquinas Fiat, Protos, y Cadillac.

Halló a la servidumbre tan atareada y solícita, como si fuese día de gran recepción. Un lacayo le despojó del gabán y recibió de sus manos bastón y sombrero, y otro le condujo al despacho del señor. Era éste un salón muy extenso y bien decorado, abundantemente provisto de mesas, libreros, máquinas de escribir y diversos estrados. En la ocasión presente, había sufrido algunas transformaciones para dar lugar a asientos supernumerarios, que ocupaban la parte principal de la estancia, formando apretadas hileras.

Al abrir la puerta de gruesos cristales que daba acceso al aposento, oyó Bolaños alto rumor de voces que de adentro venía, y vió encendidas todas las luces del techo y de la gran araña central. La reunión era bastante numerosa y muy imponente. Varios millones de pesos se hallaban representados en ella. Bolaños, perplejo, preguntábase qué era lo que aquello podía significar. En el momento en que traspuso el umbral, charlaba todo el mundo, y Montalvo, que actuaba como presidente, ocupaba asiento detrás de una mesa enorme en el testero de la sala, teniendo a su lado a dos caballeros que le servían de secretarios. Ambos eran ancianos, pero muy representativos. Llevaban rasurado el rostro, altos cuellos de camisa cerrados hasta la nuez, según la moda inglesa, y elegantes vestidos negros. Uno de ellos lucía lentes de oro, asegurados

con sutil cadenilla del mismo metal, que se enganchara a la oreja derecha; era sumamente afable y conversador, y se llamaba don Serafín Revuelta. El otro, algo moreno, cejijunto y un tanto obeso, gastaba rico cintillo de oro con grueso y límpido brillante en el cuarto dedo de la mano derecha y tenía por nombre Primitivo Moreno. Don Primitivo y don Serafín pertenecían al mundo de los negocios y gozaban gran renombre por sus riquezas; sin duda por eso habíales elegido para compañeros el señor Montalvo.

Cheno fué a saludar directamente al dueño de la casa, e hizo graves reverencias a los secretarios; buscó asiento en seguida, y le halló casualmente al lado de don Melchor, a corta distancia de sus camaradas Escorza y Valverde.

—Aquí, don Cheno, díjole Covarrubias con afabilidad, mostrándole con la diestra el asiento vacío.

—De mil amores, repuso Bolaños; ¡y en tan buena compañía!

—¿Qué hay, chico?, gritóle Perico a distancia.

—¡Hola, Bolaños!, exclamó Escorza.

—Buenas las tengáis, amigos, contestó Cheno. ¿No os habéis enfermado?

—Un poco de jaqueca, repuso Valverde con gesto desdeñoso.

—No anda bien la digestión, explicó Escorza con tono descontento.

—Tampoco me siento bien, por mi parte, confesó Bolaños; pero ya pasará, ya pasará.

—¿Acabó tarde el baile?, interrogó don Melchor, creyendo que el diálogo de los jóvenes aludía a la fiesta de Montalvo.

—No, señor, contestó Cheno; acabó temprano, al amanecer de esta mañana.

—¡Jesús, qué barbaridad! No fué así en la casa de doña Carlota, por fortuna. A la una todo había concluído, de suerte que pudimos divertirnos y dormir bien. Así son buenas las cosas, moderadas; vale más paso que dure y no trote que canse.

Dejóse oír en esto, el sonido del timbre, y luego se hizo el silencio. Y don Pablo, que era quien le había tocado, se puso en pie:

—Caballeros, dijo, antes que todo; os pido mil perdones por haberme tomado la licencia de haceros venir a mi casa, distrayéndoos de vuestras atenciones, y os doy las más cumplidas gracias por haber acudido a mi llamado.

—Mucho gusto para nosotros, murmuraron varias voces.

Inclinóse gallardamente Montalvo, dejó transcurrir unos instantes, y continuó luego:

—No faltan más que dos o tres personas de las citadas; se han disculpado de asistir a la reunión por motivos de peso. Tengo en la mano las esquelas que me han dirigido Estando, pues, completo el número de mis favorecedores, es tiempo ya de explicar el motivo de la cita; pero antes de eso, deseo hablaros con franqueza. Lo que va a ser tratado en esta junta, es algo que pudiera llamarse grave, y sobre ello debe guardarse silencio. En tal virtud, me permito preguntaros si estáis dispuestos, bajo palabra de honor, a observar absoluta reserva sobre cuanto aquí se trate o diga Os suplico obréis con entera libertad, tanto en esto como en todo. Con que, vamos ¿dáis vuestra palabra de caballeros de guardar el secreto?

Hubo movimiento en el concurso. La mayoría de las personas que le formaban, no tenían la menor idea de lo que se proyectaba. Un señor ingeniero que

tomó la palabra a nombre de un grupo de timoratos, así lo expuso con toda claridad. Ciertos estaban él y sus compañeros de que todo sería bueno y conforme a la regla, pero no querían caminar a obscuras ni comprometerse a ojo cerrado. Era muy grave eso de empeñar la palabra de honor, y más en aquellas condiciones; y como, por otra parte, no les era lícito imponerse previamente de asuntos delicados, tenían la pena de manifestar que, con licencia del señor Montalvo, se marchaban a continuación.

Antes que terminase el ingeniero, púsose en pie un conocido mercader para contradecirle, alegando que el nombre y la caballerosidad del dueño de la casa, debían ser suficiente garantía para todos; que la distinción de haber sido convocados, obligaba la gratitud de los presentes, y que dejar el salón antes de haber escuchado la exposición del asunto, podría ser interpretado como un desaire inferido a quien con tanta fineza había hecho el llamamiento. Quiso contestar el ingeniero, mas se le anticipó Montalvo para negar que la convocatoria tuviese nada de honorífica, y para aclarar que muy en su derecho estarían todos cuantos determinasen alejarse, y que él, por su parte, no llevaría a mal que así lo hiciesen, por ser su lema fundamental el respeto a los derechos de todos. Pero insistió tanto el comerciante en aquello del honor y en lo otro del desaire, que al fin de todo, sólo unos cuantos individuos resolvieron marcharse.

Satisfecho del resultado, dió las gracias el dueño de la casa a la mayoría que había quedado en el local. Y una vez hecho esto, se levantó con notoria gravedad, y muy sigilosamente, fué cerrando por sí mismo todas las puertas para evitar que cualquier intruso pudiese interrumpir la sesión. Repuesto pocos instan-

tes después en su asiento detrás de la mesa, pronunció las siguientes palabras:

—Os he llamado para excitar vuestro patriotismo y para que unamos nuestros esfuerzos a fin de derrocar al gobierno. Hay descontento general en el país; todas las clases sociales abominan el actual régimen; vamos caminando de mal en peor y de caída en caída, y no podemos ni debemos sufrir ser llevados a la ruina y al desprestigio. Nuestra labor será sencilla y rápida: apenas brote en esta capital la salvadora chispa de la insurrección, correrá el fuego por toda la República como sobre un reguero de pólvora, y la pesada máquina administrativa vendrá abajo en un momento como débil castillo de naipes. Contamos con excelentes elementos para salir bien librados de la empresa. Varios jefes y oficiales de la guarnición están comprometidos y nos prestarán ayuda con las fuerzas de su mando; otros vacilan aún, pero los convenceremos. ¿Qué opináis sobre lo que acabo de decir? Vamos, señores, con franqueza.

—Pido la palabra, dijo don Serafín.

—La tiene el señor Revuelta, declaró Montalvo antes de tomar asiento,

—Creiendo interpretar el sentimiento, murmuró don Serafín, si no de la totalidad, el de la mayoría, al menos, de los presentes, declaro que estoy conforme con lo que con tanta claridad acaba de exponer nuestro honorable presidente. Es ignominioso seguir soportando el yugo del gobierno loco y desatentado que nos oprime, y debemos hacer un esfuerzo para salvar la situación, si no queremos que la patria perezca, y con ella nuestras familias y nuestros intereses.

—Pido la palabra, señor presidente, clamó a su vez don Primitivo.

—La tiene el señor Moreno, declaró don Pablo.

—Hay cosas, señores, continuó don Primitivo con voz estentórea, que no necesitan demostración, por ser tan claras como la luz meridiana; tal es el pésimo estado que guarda nuestro país. ¿Qué es lo que vemos por todas partes? El desorden más lamentable, el desbarajuste más completo. Méjico se está cayendo a pedazos como un enfermo de lepra. Que cada uno meta la mano en su pecho y responda con ingenuidad. ¿Estamos sobre un lecho de rosas? ¿Quién se atrevería a sostenerlo? Nos encontramos en la peor de las situaciones, y tenemos no sólo el derecho, sino también el deber de salvarnos.

—Sí, sí, gritaron varias voces.

Aún no terminaba el confuso clamoreo, cuando pidió la palabra don Melchor Covarrubias.

—Señores, dijo, aquí se da por sentado que la situación de la República es pésima. Por más extraño que os parezca, yo no la veo así.

Sordo rumor de reprobación acogió estas palabras; mas no por eso desconcertóse don Melchor, sino antes bien, pareció cobrar mayor energía con la contradicción, y prosiguió imperturbable, aunque teniendo que esforzar la voz para ser oído:

—Si me he atrevido a expresar mi opinión con franqueza, no ha sido para herir ni molestar a nadie, sino sólo para ser franco y sincero, como el señor Montalvo desea que todos lo seamos. Si mis palabras no son recibidas con tolerancia, guardaré mi parecer para mí solo.

—De ninguna manera, repuso Montalvo, está usted en su perfecto derecho, señor Covarrubias, y le ruego continúe.

—¡Sí!, ¡Sí!, ¡que hable!, insinuaron varias voces.

—En tal caso, prosiguió don Melchor, sigo con el uso de la palabra. Decía, pues, que no veo la situación de la patria tan perdida como aquí se ha pintado.

—¿No ha encontrado usted alguna vez por la calle grupos de desalmados que insultan, apedrean y amenazan de muerte a todo el mundo?, interrumpió Perico Valverde con tono agrio, encarándose con don Melchor.

—He visto algunos, pero ese asunto es de policía.

—¿No sabe usted, continuó Perico, que los periodistas son agredidos en plena vía pública?

—Sé de un solo caso y nada más.

—¡Orden! ¡Orden! ¡Señores!, reclamó una voz.

—Señor Valverde, expuso don Pablo desde su asiento, suplico a usted no interrumpa al orador. Usted hablará cuando él termine, si así le place.

—Era lo único que tenía que decir, repuso Perico enfurruñado.

Y efectivamente, no había quedado en el magín de aquel joven a la moda, ningún otro argumento, reflexión o *chispa*, que pudiesen ser explayados en una pieza oratoria.

Restablecido el silencio, reasumió don Melchor con calma sin igual, el hilo de su interrumpido discurso.

—Insisto, dijo, en que la situación no es tan siniestra como acaba de ser pintada, y aun me atrevo a afirmar que no se siente malestar en los Estados. Dígolo, porque en gran parte me consta el hecho. No vivo en la metrópoli sino en un Estado vecino, donde tengo algunos intereses; y me hallo, por lo mismo, en aptitud de aseverar que reina el sosiego en los campos, y que nadie piensa en revoluciones, sino sólo en la conservación de la paz. Únicamente aquí, en la capital de la República, agítanse las pasiones, téjense las in-

trigas y soplan vientos de fronda. Por costumbre inveterada y orgullo capitalino, se cree y afirma que lo que aquí acontece, pasa también en el resto del país, y que los ardores de esta atmósfera marcan la temperatura de todo nuestro territorio. Es un error grave. El país, todo el país, se encuentra fuera de las goteras de Méjico, y esta población, aunque muy importante por su belleza, intelectualidad y poderío, sólo representa una parte pequeñísima de la nación. Resumiendo: concedo que hay malestar en esta ciudad voluble e inflamable, pero niego que existan esas mismas condiciones más allá de sus aledaños. Y como no trato de ser creído bajo mi sola palabra, suplico a los empresarios de negocios agrícolas, a los hacendados que están aquí presentes, digan honradamente, si es verdad o no que la crisis política existe solo en este lugar y no abarca toda la extensión de la patria.

Apenas hubo terminado su peroración Covarrubias, fueron pidiendo sucesivamente la palabra varios agricultores de diferentes regiones del país, que confirmaron lo aseverado por el preopinante. Había orden y tranquilidad, según ellos, en los Estados del Sur; los del Centro se mantenían quietos; y aun en el Norte, que era lo más alterado, no había sino pequeñas partidas de rebeldes.

Declaraciones tan precisas, no fueron del agrado de varios políticos y hombres de negocios, radicalmente descontentos con la situación imperante. A todo trance querían la eliminación del Presidente intruso, a quien tachaban su obscuro origen, para ser reemplazado por persona de mayor representación y categoría. No faltó quien, objetando las pretensiones de esos señores, sacase a relucir los humildes antecedentes del antiguo Dictador, cuya sombra había sido varias veces

evocada. Al llegar a este punto, armose una regular batahola, pues más de alguno puso el grito en el cielo al escuchar tamañas blasfemias. Este grupo de escandalizados, afirmó rotundamente, por vía de represalias, que el Presidente actual era espiritista, había estado en un manicomio en Europa, interrumpía las conversaciones más graves para saltar sobre un pie o sentarse en cuclillas en presencia de estupefactos Ministros, Encargados de Negocios y Enviados Extraordinarios; o bien se daba a crascitar como los cuervos o a cantar como los gallos; todo lo cual significaba que no las tenía todas consigo, carecía de varios tornillos en el cerebro, y merecía con toda justicia el nombre de «crank», que es la palabra gráfica con que designan los yanquis a todo mentecato, maniático y chiflado.

Bolaños se removía en el asiento lleno de disgusto al escuchar tantas sinrazones; no era ni había sido nunca político, pero le sonaba a cosa hueca toda aquella palabrería. Así que, a la hora menos pensada, se lanzó ardorosamente en el debate. Negó con énfasis fuesen ciertos todos aquellos hechos. No conocía él personalmente al jefe del Estado; pero tenía buenas relaciones con parientes y amigos suyos, y sabía por ellos que todas esas especiotas puestas en circulación por gente maleante y sin escrúpulo, no eran más que fábulas inventadas con el perverso fin de desprestigiar al primer Mandatario. Pero, aun suponiendo sin conceder, que el Presidente adoleciese, en efecto, de cualquier género de demencia, no por eso debía conmoverse al país con una nueva revolución. Había un medio legal de resolver el problema: llevar el asunto a las Cámaras Federales, para que ellas declarasen la incapacidad del Jefe del Estado, en el caso de ser cier-

ta. Pero no lo era, no se cansaría de repetirlo. La calumnia se había cebado en aquel hombre bueno, con el deliberado propósito de arrojarle de la escena política. La elección nacional en favor del Primer Mandatario, había sido netamente popular. Cualesquiera que fuesen los defectos de aquel buen servidor de la patria, debía ser mantenido en su puesto, en obediencia a los principios mismos de la Carta Magna. ¿Por qué no esperar los seis años que, conforme a ella, tiene de duración el período presidencial? Una vez cumplidos, desaparecería por virtud de la ley el calumniado prócer, sin necesidad de cruenta tragedia, y vendría a sustituirle en el puesto, algún otro ciudadano grato a la mayoría de los votantes. Debíamos tomar lección de los Estados Unidos, donde no ha habido una sola revolución basada en la impaciencia de los enemigos políticos de un presidente electo. En virtud de lo dicho, concluyó Bolaños, él, con todo el respeto debido a Montalvo, se apartaba de su criterio, y optaba porque la situación pública se mantuviese incólume, con total sujeción a las leyes.

Don Pablo y sus aláteres sostuvieron la tesis opuesta, sin rendirse a las razones de Bolaños, y en pos de ellos tomaron uno después de otro la palabra numerosos jóvenes a la moda, verbosos los unos y premiosos los otros, los cuales se limitaron a desembuchar su inmenso odio contra el gobernante, tachándole de ridículo, incompetente y bueno para nada. Distinguiéronse en aquella carga cerrada de diatribas, dos mozalbetes muy bien peinados, empomados y relamidos. Uno de ellos, educado en Francia, llamábase Raúl Duval, y acostumbraba firmarse «Raoul du Val», para dar a su nombre carácter francamente noble y galicano; y el otro, que tenía por nombre Tomás

Robert, acostumbraba firmarse «Thómas Robert», para que se le creyese anglosajón. Llevaba el primero barbilla a la Boulanger; el segundo usaba monóculo. Ninguno de ellos quería a Méjico. Raoul decía de su patria que era «un pays tout a fait sauvâge», y Thómas calificaba a todo el mundo de «very common people». Siempre que se sentaba, tenía Raoul especial cuidado de recoger hacia arriba los pantalones para lucir hasta la mitad de las flacas pantorrillas, las negras medias de seda, parecidas a las de una mujer; y Thómas dejaba caer a cada paso el monóculo, para darse el placer de colocarlo de nuevo entre la nariz, la ceja y el pómulo derecho de la cara, haciendo horribles gestos de atormentada máscara. Don Melchor, Bolaños y varios otros oradores, se las tuvieron tiasas con aquellos superficiales combatientes, y fueron apagando poco a poco el fuego de su rabiosa artillería; pero Montalvo, Revuelta y Moreno acudieron en su auxilio, y como eran personajes adinerados y de influjo, lleváronse tras sí a numerosa clientela. No contaban, sin embargo, estos señores, con la terquedad de Cheno y de don Melchor, quienes fueron enardeciéndose más y más en la discusión a medida que arreciaba la réplica. Sus palabras hicieron efecto en el auditorio, y Montalvo y los suyos comenzaron a sentirse débiles.

Viéndose en tal aprieto, los señores de la mesa diéronse a deliberar en voz baja. No pareció, con todo, que su recatado coloquio los hubiese tranquilizado, porque enmudecían, hablaban de nuevo, y se manifestaban perplejos. Don Pablo, al fin, cortó por lo sano, algo dijo al oído de don Serafín, y éste, poniéndose en pie, manifestó que por disposición del señor Montalvo se suspendía unos momentos el debate para

que los señores del pro y del contra pudiesen cambiar impresiones.

Luego se levantaron los circunstantes, y formando grupos, continuaron discutiendo acaloradamente. Montalvo aprovechó aquella coyuntura, y, por la puerta lateral, salió del despacho y se dirigió al interior de la casa.

Uno de los vastos salones de aquella magnífica residencia, hallábase a aquella hora bien poblado de damas y doncellas de la mejor sociedad. Eran las madres, esposas, hijas y hermanas de los caballeros convocados por don Pablo. Doña Mónica había aprovechado la ocasión para invitarlas a tomar el té en su compañía.

En medio de aquella brillante muchedumbre femenina, andaban la señora y la señorita Montalvo haciendo los honores de la casa. Criaditas elegantemente vestidas habían traído bandejas con humeantes teteras, tostadas, pastelillos, bombones, y primorosas licoreras rodeadas de limpias y finísimas copas. Iban madre e hija de una parte a la otra seguidas por las sirvientas, y daban platitos, tazas, cucharillas y servilletas, y escanciaban la opalina y perfumada bebida o los azucarados licores, y repartían las golosinas a las visitas con la mayor amabilidad y con la sonrisa en los labios. Charlábase y se reía alegremente en los diversos estrados del salón, y poco aprecio hacían unos de otros aquellos grupos multicolores, emplumados e impregnados de esencias. Hubo un momento, no obstante, en que, debilitadas las voces y en medio de un relativo silencio, pudo escucharse el acento aflautado de la señora Condesa del Pedregal, anciana soberbia, de cabellera blanca y tez sonrosada, que parecía una figura del tiempo de Luis XV.

—¿Sabes, Mónica, decía, lo que me recuerda tu «five o'clock tea»?

—No acierto, Elsa, repuso la señora Montalvo sonriendo, mientras tenía en la diestra las tenacillas de plata que oprimían un blanquísimo cubito de azúcar.

—Pues me recuerdan las reuniones de Chapultepec; pero no las de ahora, añadió torciendo el gesto, sino las otras, las de los tiempos buenos.

—Eres muy amable; pero la verdad es que no guarda comparación mi modesta reunioncita con aquéllas, que eran verdaderamente regias.

—Aparte de las magnificencias del Castillo y del delicioso panorama que desde sus altos corredores se disfruta, todo aquí me hace pensar en aquellas fiestas sociales tan exquisitas. Fuera de tu casa, piafan braceadores caballos enjaezados con pavoneados arneses y enganchados a ligeras carretelas, amplios landeaux, lustrosos troisquarts y flamantes coupés, y se ven cocheros y lacayos de librea, enguantados, con escarpelas en los lustrosos sombreros, y gabanes de color claro y grandes y redondos botones de metal; todo como en aquella época.

—Lo del exterior podrá ser; pero ¿por la parte de adentro?

—En tu salón hay las mismas nobles fisonomías, el mismo porte refinado, la misma elegancia de aquellas reuniones. Y si no, mira, desde aquí distingo a la señora condesa de Latuna, tan fresca y rozagante como siempre. ¡Vaya qué brazos los suyos! Entre los extremos de las mangas y de los guantes, se le ven como dos rollos de mantequilla. Por aquí deben andar también el conde y el condesito.

—Sí, en el despacho de Pablo.

—¿Y qué medices de la baronesa de Lecal? Riquísimo airón de brillantes lleva en el tocado.

—Dispénsame, Elsa, interrumpió la señora Montalvo; tu conversación es gratisima, pero tengo que continuar atendiendo a mis amigas.

—Anda, Mónica, dispensa te haya detenido unos momentos.

Tomó, al quedarse sola la vieja marquesa, los impertinentes que, pendiendo de cadenilla de oro rodeada al cuello, llevaba siempre consigo; púsolos ante los ojos, y se dió a examinar con visible deleite aquella escogida concurrencia; y saludaba a distancia con cariñosas sonrisas y graciosos movimientos de cabeza, a sus elegantes y empingorotadas conocidas, como diciendo, «este es mi mundo, reconozco mi elemento natural.»

El breve diálogo sostenido por la marquesa y doña Mónica, había sido escuchado por algunas de las concurrentes más inmediatas, y provocado entre ellas una estruendosa explosión de lamentaciones y añoranzas, o bien de chascarrillos y risillas: las primeras dirigidas al pasado, y los segundos al presente del escenario político-social de la metrópoli.

—¿Te acuerdas Netty, de la recepción dada a Root en el Castillo?

—¡Cómo no, Lilly, si me dejó encantada!

—¡Cuánto lujo, qué riqueza!

—Si hasta parecía aquello una corte europea.

—¿Y la señora del Castillo?

—Lo mismo que una reina. ¿Sabes a quién se me figura que se parece?

—¿A quién, Netty?

—A la ex-reina de Portugal, doña Amalia de Orleans.

—De veras, muchísimo. Primorosamente peinada, con la rica diadema de brillantes que le coronaba la frente y llevando al cuello aquel valiosísimo collar de gruesas perlas que tanto admirábamos, no parecía una de nosotras, sino dama superior y de sangre dinástica.

—Tienes razón, ya lo había pensado. Así fué como se retrató. Nosotras tenemos su fotografía; se la regaló a mamá.

—Nosotras también la tenemos: por más señas que la dedicatoria está en inglés.

—La nuestra en francés.

—¿Y qué dices de la castellana de ahora, Lilly?, interrogó Clara que llegaba en aquellos momentos con el cestillo de los bombones.

—No me hables de eso, repuso la interpelada tomando un almendrado y llevándole a la preciosa boca. Yo no la conozco; dicen que es muy cursi.

—Cursísima, terció Mary: delgaducha, pálida, sin gracia.

—Aseguran que es excelente persona, observó Netty: muy dulce, muy sensible y muy caritativa.

—Eso nada tiene que ver con el puesto, replicó Clara.

—Y viste *rete* mal, dijo Netty desdeñosa. ¡Si vieras qué faldas y qué blusas se pone!

—¡Y qué combinación de colores inventa!, indicó Lilly.

—¡Es un horror!, exclamó Clara.

—Dicen que las recepciones de Chapultepec son para morir de risa, opinó Mary. ¡Qué colección de rancheras y de payas! No hay una sola que sepa ponerse el sombrero.

—Es natural, observó Lilly; es gente de ayer acá.

—Sólo en su casa las conocen, murmuró Clara alzando los hombros.

En esto iban de la plática aquellas alegres muchachas, cuando se presentó Montalvo en el salón, sonriente y haciendo reverencias a derecha e izquierda. Buscó atentamente con la mirada, y a poco descubrió a su hija. Luego se le acercó, y tocándole suavemente la espalda, llamóla aparte. Corto fué el diálogo entre el padre y la hija, y nadie supo lo que se dijeron; pero no tardó en observarse que don Pablo se volvía por donde había venido y que Clara abandonaba a doña Mónica y a la servidumbre el cuidado de las visitas, y salía del salón.

No perdió el tiempo Montalvo, pues muy de carrera tornó a su despacho, donde los conjurados le aguardaban; pero no tomó luego posesión de la mesa, ni reanudó la deliberación interrumpida. Lo que hizo fué dirigirse a donde estaba Bolaños con otros caballeros, y llamarle aparte.

—Dispense usted, Cheno, díjole.

—Usted mande, repuso el interpelado.

—Mi hija Clara desea hablarle.

Púsose rojo Bolaños hasta la punta de las orejas al oír aquellas palabras, y repuso lleno de emoción:

—Estoy a las órdenes de usted y de ella.

—Venga usted conmigo.

Salieron ambos del despacho, uno en pos de otro; y don Pablo condujo a Cheno a cierto reservado saloncito donde solía Clara recibir a sus amigas íntimas. Allí le dejó solo por algunos instantes. Muy a poco escuchóse el fru fru de una falda de seda, y se presentó Clara.

—Acabo de saber por papá, dijo la joven después

de estrechar la mano de su admirador, que está usted conduciéndose muy mal esta noche.

—¿Dónde y en qué, Clara? No acierto.

—En la junta, Cheno, en la que se ha reunido en casa.

—No sé en qué haya podido errar.

—Papá dice que usted hace oposición sistemática a cuanto él propone.

—Sistemática no; he expresado libremente mis opiniones, porque así lo ha querido don Pablo.

—Pero usted debió haber comprendido.....

—Es cosa grave, muy grave.

—Aun cuando así sea.

—¿Sabe usted de lo que se trata, Clara?

—¡Cómo no! De mandar noramala al presidente chiquitín y bueno para nada que tenemos.

—A costa de una revolución.....

—A costa de lo que sea.

—Las razones que han sido expuestas para ello son tan fútiles, que no han logrado convencerme, y en conciencia no creo deba cooperar a que se lleve a cabo ese crimen.

—Cuidado con las palabras, Cheno. No hay que olvidar que papá es uno de los principales promotores.....

Al decir esto Clara, levantó el índice de la mano derecha, y clavó la mirada de sus grandes ojos negros en los ávidos y contemplativos de Bolaños; éste se intimidó ante aquella amenaza, y repuso con la corteza de un colegial:

—Tiene usted razón, no debo olvidarlo.

Pronto se dió cuenta la joven de la debilidad de su interlocutor, por lo que, sacando a relucir todas sus gracias y medios de seducción, le prodigó esas aten-

ciones y sonrisas que solamente las mujeres de mundo conocen, hasta que acabó por tomar asiento al lado de Cheno en el estrecho confidente que éste ocupaba.

Pasaron unos instantes de escena muda, durante los cuales desplegó ella todas sus artes, ya mirando a Cheno de frente, ya bajando los ojos con fingido pudor, ya ocultando el rostro entre las manos, o bien sacando rubores a las mejillas por no se sabe qué medios ocultos. Era la primera vez que Bolaños se veía a solas y tan cerca de su amada; de suerte que se llenó de indecible sobresalto en aquella proximidad. Latióle el corazón con locura, corrió desbocada la sangre por sus arterias y se hizo trabajosa su respiración. No pasaron inadvertidos para Clara aquellos síntomas de turbación, y continuó midiendo sus embestidas y menudeando sus ataques. Por otra parte, no era insensible su naturaleza, muy lejos de eso; pero el constante ejercicio del «flirt» a que se había consagrado desde su entrada en el mundo, habíala tornado fuerte y aguerrida en las lides amorosas; y sabía más de gramática parda de lo que hubiera sido de pensar en su fresca y lozana juventud. Pasados algunos instantes de aquellas escaramuzas, rompió Clara el silencio, y preguntó a Cheno de repente:

—¿No dice usted que me quiere?

—Con delirio, repuso Bolaños.

—Entonces ¿por qué no me lo demuestra? Obras son amores y no buenas razones.

—Dígame usted que me arroje de la torre más alta, y lo hago.

—Eso nada significa. Ni yo lo había de pedir, ni usted me lo había de conceder. Son frases de relumbrón, destituidas de valor efectivo.

—No admito que usted lo diga; me ofende con solo pensarlo.

Y Cheno tomó actitud tan hosca y decidida, que la imaginación de Clara vió la sombra del suicida detrás de la figura de su enamorado.

—Dejemos eso, murmuró con voz acariciadora, colocando una de sus manos junto a la de Cheno con aparente descuido, vamos a lo que nos interesa.

—Como usted lo disponga, repuso Bolaños apoderándose sin resistencia de la mano que se le ofrecía.

—Así me agrada. Quiero que hagamos un convenio.

—Hagámoslo.

—Usted segunda a papá en sus proyectos.

—En todos, menos en el de la revuelta.

—En ese caso no hay trato, repuso la joven apartándose bruscamente de Cheno.

Este se puso pálido, y reflexionó rápidamente que, si cedía, obraría contra sus convicciones; pero que, si se mantenía intratable, perdería a Clara. No vaciló mucho: siguió, como era de rúbrica, el camino que dejaron para siempre trazado, en circunstancias análogas, atletas y luchadores, y púsose humildemente a los pies de su amada.

—No se enfade usted; estoy dispuesto a hacer cuanto me ordene, dijo con acento suplicatorio.

—Lo que papá indique.

—Como perro fiel le seguiré por donde vaya; todo por el amor de usted.

—Siendo así, tan buenos amigos como siempre.

Y la joven buscó voluntariamente con la suya, la robusta y velluda mano de Cheno, que poco ha había abandonado.

—No, tan amigos no; algo más que eso. ¿Qué me ofrece usted a cambio de mi sumisión?

—Ser un poco más amable.

—No basta; yo también pongo mis condiciones.

—Veamos.

—Que me diga usted que me quiere.

—¿Tan pronto?

—Nada de pronto. Largo tiempo llevo de amarla y de decírselo. Hoy mismo decide usted de mi suerte.

Quedó Clara pensativa sin saber qué contestar; pero en aquellos momentos sonaron ligeros golpecillos en los apagados cristales del recibimiento; era Montalvo que estaba nervioso. Comprendiólo Clara, y levantando la voz dijo:

—Un momento, papá; está arreglado el negocio.

En seguida volvió los ojos a Cheno y agregó:

—Vamos, sea usted razonable. Nada puedo decirle en este momento, y además, no sé si cumplirá usted lo ofrecido.

—Usted me ofende.....

—No perdamos el tiempo; papá está impaciente. Vuelva usted al despacho, y si cumple lo ofrecido, le aseguro que no le pesará.

—¿Dónde veré a usted cuando haya concluido la junta?

—Aquí mismo; papá se encargará de traerle. El me dirá si ha sido usted formal.

—Por él sabrá usted que soy hombre de palabra.

—Entonces, hasta la vista.

—Hasta luego, Clara.

Al salir del recibimiento, halló Cheno a don Pablo aguardándole en la estancia inmediata. Nada se dijeron, pero se comprendieron mutuamente.

Cuando tornó Bolaños al salón donde la junta se celebraba, esquivó la proximidad de don Melchor y de los que como él pensaban, y se mezcló con los grupos de los más ardientes frondistas. Una vez allí, aparentó discutir acaloradamente con ellos, sentirse perplejo para refutar sus argumentos, y rendirse finalmente a sus razones. Así fué que, al reanudarse la sesión, tomó asiento al lado de Valverde y de Escorza, muy cerca de Raoul y de Thómas, y fué el primero en pedir la palabra después de aquél intervalo, que había resultado tan útil para el *cambio de impresiones*:

—He reflexionado, señores, dijo, que tienen razón los franceses cuando dicen: «*l'homme absurde est celui qui ne change pas*». Hace unos instantes he sostenido con calor la opinión de los pacifistas, y llevado del amor propio, no me dejé persuadir por ningún raciocinio. Ahora, después de una franca conversación con ilustradas y honorables personas, caigo en la cuenta de que he estado en un error. Por consiguiente, declaro que he cambiado de parecer, y que me adhiero a lo manifestado y expuesto por el señor Montalvo y demás personas que comparten sus ideas.

Sonaron algunos aplausos en la sala, y varios partidarios de los medios violentos fueron a estrechar la diestra de Bolaños en señal de reconciliación y amistad; en tanto que don Melchor Covarrubias y sus amigos no volvían en sí del asombro que aquella súbita mudanza les producía. No pasó por las mientes a don Melchor, que hubiesen andado de por medio femeniles urdimbres; pero se formó tristísimo concepto del carácter de Cheno, a quien juzgó, desde aquel punto y hora, hombre destituido de energía, voluble, y capaz de girar como las veletas, al impulso de todos los vientos. Pero él mismo, Covarrubias, no se dió a par-

tido; ¡qué se había de dar, si era hombre de pelo en pecho y de convicciones arraigadas! Así que continuó la brega con el mismo entusiasmo de siempre, echando a volar la preciosa palabra, y empleando las mejores figuras que su imaginación le sugería. Sus más contundentes argumentos, fueron enteramente personales. Dijo no comprendía el repentino cambio que se había operado en el criterio del señor Bolaños, tanto más cuanto que él mismo no había procurado explicarlo; porque decir cuatro palabras en francés, no era fundamento suficiente para pasarse al campo enemigo. Bien estaba que mudase de opinión el hombre cuerdo, en llegando a darse cuenta de sus errores; pero no que lo hiciese quien no tuviese motivos lógicos y honrados que a ello le indujesen.

Al oír Cheno aquello de *motivos honrados*, sulfuróse o aparentó sulfurarse grandemente, y, al contestar con voz tonante los cargos de don Melchor, declaró que el preopinante había traspasado los límites de la más elemental cortesía, cuando había puesto en tela de juicio su honorabilidad; que él no soportaba que nadie abrigase tales dudas, se negaba a discutir más, y se limitaba a pedir una amplia satisfacción. La sutilísima inteligencia de Bolaños había cogido la ocasión por los cabellos para armar, como suele decirse, de un piojo un caballero, cortar la discusión y evitarse el trabajo de sacar razones de donde no las había. Covarrubias por su parte, que era bueno y no había querido ofenderle, reconoció inmediatamente su falta, y se apresuró a presentar sus excusas.

Tan desagradable incidente puso fin al debate, y produjo el efecto de un triunfo oratorio para Bolaños. Así que se levantó la sesión, después de haberse aprobado por mayoría las proposiciones de Montalvo.

Incontinenti, abrió éste las puertas del salón, hizo sonar el timbre y dió órdenes a la servidumbre. A poco se precipitó en el despacho una nube de criados, portadores de bandejas colmadas de galletas y de cakes, de salvillas de plata con anchas copas champañeras o pequeñas para coñac, y de un mundo de botellas, tubulares las unas, ventrudas las otras, cerradas por cápsulas metálicas y ostentando en sus redondos flancos etiquetas de diversos colores, ornamentadas con águilas, coronas y letreros plateados o dorados, o bien con sellos y cordoncitos de seda, que demostraban la excelencia incomparable de aquellas bebidas provenientes de famosos viñedos, y preferidas a cualesquiera otras, por archiduques, reyes y emperadores. Y aquello fué sacar o hacer saltar tapones, y llenarse de alegre bullicio la estancia, y tronar acá y allá la artillería de la alegrísima viuda Cliquot Ponsardin, y colmarse, chocar y vaciarse las copas, y formularse brindis por el triunfo de la causa, y por la salud de los amigos, y por la del dueño de la casa, y por la de todos los presentes.

En medio de aquel barullo y de aquel júbilo báquico, circuló y anduvo de mano en mano, una lista de suscripción muy a tiempo llegada, con los nombres de los circunstantes. En ella fué apuntando cada uno, la cantidad con que se comprometía a contribuir para la obra de la «Salvación de la Clase Obrera», que tal fué el nombre hipócrita con que se disfrazó la idea subversiva.

Cheno, que había echado pelillos a la mar, empinó bastante el codo en compañía de sus camaradas Escorza, Valverde y algunos otros, y pronto llegó a ese estado de alegría y de entusiasmo que hace ver placentera la vida y brillantes y hermosos los objetos. En

aquella situación se encontraba, cuando Montalvo en persona le presentó la lista de suscripción; por lo que, obedeciendo a su propio entusiasmo y estimulado por el recuerdo de Clara, se comprometió, bajo su firma, a dar veinte mil duros. Don Pablo y su corte aplaudieron aquel acto magnífico, y pronto circuló por el salón la noticia de tanta y tan inesperada largueza, influyendo en el ánimo de varios capitalistas para apuntarse también con respetables sumas, pues no querían hacer mala figura junto a Bolaños. Otros, sin embargo, resistieron la tentación, y aflojaron apenas los cordones del bolsillo. Así fué como, antes de desbandarse la concurrencia, quedaron colectados *en el papel*, unos cuatrocientos mil pesos, cantidad que pareció suficiente para dar principio a los trabajos de «Salvación de la Clase Obrera».

No tardaron en quedar solos Cheno y Montalvo, y como ambos estaban excitadillos por el contento y las libaciones, no les faltó pretexto para echarse el uno en brazos del otro con muy honda emoción, y para derramar algunas lagrimillas de ternura, que bien hubieran podido levantar llama si se les hubiese aplicado una cerilla, por tener fuerte mezcla de alcohol en su salobre contenido. De allí salieron juntos y del brazo para las habitaciones, que se hallaban libres ya de la fastuosa concurrencia femenil que hasta hacía poco habíalas invadido, y fueron a buscar a las señoras, que departían en el saloncito reservado, donde habían celebrado coloquio Cheno y Clara, no mucho antes de entonces.

—Aquí os traigo, dijo don Pablo dirigiéndose a su esposa e hija, al señor Bolaños, que es el héroe de la fiesta. Por él iba a perderse la batalla; mas por él acaba de ganarse.

—Esa mano, Bolaños, exclamó doña Mónica henchida de alegría, venga esa mano; usted no podía hacer causa común con la gente de ayer acá, porque es persona decente.

Y estrechó con fuerza la diestra de Bolaños.

—Señora, repuso éste; lo que acabo de hacer es bien sencillo.

—Pero los sofismas de los pacifistas le habían trastornado el seso, observó don Pablo sonriendo.

—Ese don Melchor, repuso Bolaños, había logrado ofuscar mi razón con su vana palabrería.

—Por fortuna recobró usted a tiempo el buen sentido, terció Clara con intención.

—Bendita la hora en que volví sobre mis pasos, prosiguió Cheno en el mismo tono.

—¡Y buen revolcón dió usted a Covarrubias, su antiguo colega!, exclamó don Pablo con risilla maliciosa. Tan pronto como salió de sus labios la imprudente palabra que hirió a usted en su decoro, atajóle usted el paso y le obligó a batirse en retirada. Esa escaramuza nos dió la victoria.

Y relató Montalvo a las entusiasmadas señoras, todas las hazañas de Cheno, así las oratorias como las belicosas, con gran confusión del héroe, que protestaba no haber hecho nada que valiese la pena, y con aplauso y admiración de Clara y de la autora de sus días, que comenzaban a mirar a Bolaños como una encarnación combinada de Demóstenes y Bernardo del Carpio.

—Y no es eso todo, concluyó don Pablo, sino que, para poner broche de oro a su benemérita conducta, acaba de suscribir magníficamente la lista para los primeros gastos de la empresa.

—¿Con cuánto?, preguntaron a una voz madre e hija.

—¡Con veinte mil duros!

—Eso se llama ser hombre!, declaró doña Mónica en el colmo de la beatitud.

—¡Y desprendido, mamá!, agregó Clara, porque hay mucha gente acomodada que habla y se despepita de lo lindo; pero que, en llegando a la cuestión pecuniaria, no suelta la mosca.

—Ciertísimo, dijo Montalvo. Para corroborar la verdad de la observación: ¿Con cuánto pensáis que se hayan suscrito mis colegas y amigos don Primitivo y don Serafín?

—Ese par de viejos es muy rico, observó doña Mónica; lo menos, menos, con cien mil duros cada cual.

—Quítale los cien y habrás acertado.

—¿Sólo con mil?, preguntó indignada la misma señora.

—No puede ser, papá, objetó Clara.

—Tanto puede ser, que así es, repuso Montalvo. A las pruebas me remito.

Y sacando del bolsillo la lista, púsola delante de los ojos de su esposa e hija, las cuales pudieron mirar con tanto asombro como disgusto, que aquella ínfima cantidad había sido suscrita en verdad por ambos vejetes, como lo atestiguaban las temblorosas firmas que habían dejado al pie de esos guarismos. Por natural comparación, se agigantó la figura de Cheno al lado de la mísera y hasta ridícula de los roñosos ancianos.

—¡Sólo para visto!, murmuró doña Mónica con profundo menosprecio.

—¡Sólo para visto!, repitió Clara como un eco, moviendo la cabeza de derecha a izquierda con expresión de mal reprimido enojo.

—Ya veis, pues, continuó don Pablo, como lo hecho por Cheno resalta sobre las acciones de los millonarios.

—Así es la verdad, afirmó doña Mónica; de suerte que Bolaños ha demostrado ser un gran patriota y nuestro verdadero amigo.

—Ya lo creo que lo es, y como tal debemos tratarle, afirmó Montalvo.

—Es uno de los nuestros, añadió Clara, y de veras, no falso como los otros.

Y la joven lanzó una mirada tiernísima a Bolaños, que se deshacía en reverencias y expresiones de modestia, que más y más prevenían los ánimos a su favor. A poco salieron del saloncito los amantes padres, uno después de otro, dejando solos a Clara y Cheno. El diálogo de éstos, más desahogado por ser sin testigos, se prolongó hasta pasadas las diez de la noche, sin que nadie lo interrumpiese, y Bolaños salió de la casa radiante de alegría, atusándose la barba en señal de triunfo y satisfacción.

CAPÍTULO VIII

LA LUGAREÑA

ESTAMOS en la hacienda de San Víctor, y es el caer de la tarde de un hermoso día de julio. La escasez de las lluvias había secado los caminos y veredas; pero los campos conservaban suficiente humedad para mantener su alegre verdor, ese suave y tierno verdor propio de la vegetación del feraz Estado de Méjico. La frondosa arboleda que se apiñaba a espaldas de la casa del propietario, mostraba limpias y lustrosas las hojas, como si alguna hada hacendosa las hubiese lavado una por una con sus vaporosos cendales, y al cabecear gravemente obligada por ráfagas juguetonas, levantaba sordo y bucólico rumor de bosque virgen. En sus ramazones y follaje habían prendido sus leves casas los pájaros, y resonaba el acento de incontables alados cantores que, olvidando por ahora sus arias y cavatinas, se contentaban con píar agudamente para llamarse entre sí, congregarse y elegir sitio apropiado para el descanso, o reunirse con la implume pollada que asomaba los redondos ojuelos por encima del borde de los nidos.

De la parte del Sur, donde se extiende el lago Ler-

ma, fuente y origen del caudaloso río que lleva su nombre, surgían de tiempo en tiempo tupidas bandadas de patos, que pasaban a poca altura lanzando pausados y roncós gritos, y hasta solía suceder que alguna descarriada garza, blanca o morena, hendiese el espacio con fuerte ruido de alas, semejante al de estriidente y rápido biplano.

La occidua luz del sol, prendida en la inaccesible cima del volcán, se estrellaba y descomponía al chocar con los peñascos de la cumbre, y en todas direcciones se difundía con irisaciones doradas, rojas y violáceas, como enorme gema engarzada en gigante montadura. Ráfagas carmesíes de aquella gloriosa aureola bajaban a la llanura y pasaban al través de la complicada estructura de árboles y arbustos, como por roseatas y vitrales de capillas góticas, y se adherían a las aristas de los tejados de las chozas, que parecían flamear con propias fluorescencias, y jugueteaban con la corriente de los arroyuelos, dibujando las cristalinas ondulaciones de su caudal con chispas luminosas.

De los huertos cultivados, de los sotos agrestes y de los vallados cubiertos de trepadoras florecidas, exhalábanse suaves perfumes; y de los corrales cercanos o de los potreros esparcidos por la llanada, salían voces discordantes de toros en celo, vacas amorosas y tiernos becerrillos que llamaban a las madres. También los recentales balaban dolorosamente en su desamparo, y los perros, fieles guardianes de las chozas, ladraban a la vista de las zorras que corrían entre la hierba y de las esponjadas colas de las ardillas, que se erguían finas y pardas sobre los cantos rodados de las cercas.

Desfilaban por el camino hacia el portón de la ranchería, los trabajadores que volvían a la cuadrilla, lle-

vando al hombro los instrumentos de labranza, que brillaban a la luz crepuscular como espadas y bayonetas de combate; las recuas de mulas, precedidas por la caponera, que llevaba al cuello el cencerro, volvían gozosas a los establos, donde las aguardaban el grano en los pesebres y el agua fresca y limpia en las pilas; y las vacas de ordeña, después de haber pastado grama, tomillo y romero en las dehesas, tornaban al encierro a reunirse con las crías impacientes y quejumbrosas.

Nuestro amigo don Juan Nepomuceno Bolaños, dueño y señor de la tierra, salía en aquellos momentos de su casa, y cruzaba a caballo por la calle principal de la ranchería. Era presidente municipal del cercano pueblo de Isota, cuya jurisdicción se extendía algunas leguas a la redonda y comprendía numerosas fincas de campo de variada capacidad, y como una docena de villorrios. En atención a las grandes labores de Cheno, que giraba su propiedad por sí mismo y era muy activo en la vigilancia de sus intereses, el cuerpo edilicio del citado pueblo había acordado celebrar sus sesiones al oscurecer de los días de reglamento; y en ocasiones como esas, procuraba Cheno ponerse en camino a buen tiempo para no faltar a la reunión ni hacerse esperar por sus compañeros. Eran sus colegas, mestizos en su mayor parte, de condición muy humilde. Habían sido consagrados con tal investidura por un sufragio de mentirijillas, dirigido por Bolaños y llevado a puro y debido efecto con arreglo a sus gustos, pues, siendo San Víctor la hacienda más grande y rica de la comarca, era la que poseía mayores recursos electorales, ya en lo que a ciudadanos *conscientes de su derechos* se refería, ya en lo que miraba al valor catastral y a pecuniarios elementos. De donde lógicamente

resultaba que fuesen dicha hacienda y su propietario quienes llevasen la batuta en todos los arreglos y desarreglos políticos proyectados, desarrollados y realizados dentro de aquel pequeño e indefenso mundo de Isota. Cheno, que en esto no tenía un pelo de tonto, ni toleraba ser el segundo en aquel su teatro de operaciones, había adoptado una táctica sumamente eficaz y de elemental sencillez para llevar siempre la voz cantante en los negocios públicos, y era hacer elegir ediles a sus dependientes, peones, medieros o deudores, para que no pensasen con su cabeza, sino con la de él, y para ponerse al frente del grupo como su presidente, todas las veces que la ley lo consintiese. Cuando esto no era posible, sentaba en el imponente sillón presidencial a un testaferro de su confianza, a quien él manejaba a su guisa desde su casa, ya por medio de cartas y reçados, o bien, cuando la gravedad del negocio lo requería, por medio de conferencias celebradas en la misma finca. Porque es de saber que el dócil y bondadoso representante, no solo no se desdeñaba de ir a San Víctor a recibir órdenes, a pesar de la campanuda autoridad que le enaltecía, sino que, por el contrario, a honra tenía el entrar y ser recibido en las coloniales habitaciones de la hacienda en cualquier tiempo, pues ahí comía bien, tomaba copas de buen vino, y se rozaba con otros propietarios de gran viso, que la compañía y el trato de Cheno frecuentaban.

Así no soltaba el cetro el astuto Bolaños, y todo cuanto pasaba dentro de los límites del municipio, era lo por él mandado o tolerado, y nada más. La instrucción primaria, la introducción del agua potable, la construcción de bancos y kiosco en la plaza del pueblo, y en general, todas las mejoras materiales, dependían exclusivamente de su dirección personal; y

las multas, los encarcelamientos, la consignación al servicio de las armas y cuantas vejaciones sufrían las personas o las cosas, solían ser inspiradas por él mismo, cuando le convenía meter la mano en aquellos asuntos, aunque era lo más común anduviesen gobernados por las pasioncillas de los munícipes, y, muy especialmente, por las del secretario.

Montaba Bolaños la tarde en que volvemos a verle, un garañón prieto de gran alzada, inquieto, desconfiado y ágil de movimientos; delgado de corvejones, redondo de ancas, arqueado de cuello, y con crin tan abundosa que, por mejor peinada que la dejase el caballero, andaba siempre suelta y a los cuatro vientos, como cabellera de dama a medio secar, después del baño y antes de la *toilette*. Aquel potro, que era de lo más fino, llevaba el nombre de Alí, y estimábase su dueño, jinete renombrado, en varios miles de duros; mas no lo hubiera vendido por ningún precio, porque era todo su querer y orgullo, y juzgábase, cuando a horcajadas sobre él se veía, más seguro que el emperador de Abisinia detrás de sus abruptas montañas. Bien pudiera decirse que había dos naturalezas en Bolaños: refinada y citadina la una, tal como la conocemos ya, y áspera y campesina la otra, que es la que ahora vamos a descubrir. Vestía en Méjico a la última moda de París o Londres, y poco se descalzaba los guantes; pero en la finca rústica, andaba siempre de ranchero, y era famoso por lo charro, vistoso y recargado de sus trajes.

Llevaba chaqueta blanca en tiempo de calores y negra en el de fríos, o en casos de visita o ceremonia; calzoneras siempre de color oscuro, abrochadas con brillante botonadura; zapatos de cuero amarillo adicionados con grandes espuelas; chaleco blanco de pi-

qué, sobre cuyo fondo se dibujaba y sacudía la gruesa cadena del reloj, de oro macizo; y corbata de variados colores, siempre de tira larga y acomodada al cuello artificiosamente con la ayuda de un anillo, al través del cual ambas puntas pasaban, dejando ver al frente un grueso y blanco diamante encerrado en pesada, antigua y rica montadura.

Tal era la estampa de Cheno, cuando en el campo se hallaba, y en tal modo y forma iba cuando desfiló, seguido de Eufemio, su mozo, llamado peón de estribo, por la única calle que formaba la cuadrilla de San Víctor. Iba orondo y satisfecho como de costumbre, sujetando la brida con la mano izquierda y acariciando con la diestra el anarcado cuello del bucéfalo, que batía, cual si fuese un tambor, con las pezuñas el suelo y marchaba como bailando a compás de alguna música alegre y bien rimada. Miraba Cheno a un lado y otro con ojo de amo y señor, para ver cómo andaban las cosas y si faltaba algo de lo que debía haber, o sobraba algo de lo que importase apartar, y con frecuencia se detenía para hablar con algún transeunte y pedir informes sobre los muebles y semovientes de la hacienda, o acerca del nombre, procedencia y origen de cualquier desconocido que por aquel sitio se presentase.

Y sucedió que, de repente y en el curso de aquella caminata, se detuviesen sus ojos en la minúscula ventana de una de las casucas de la cuadrilla; por la cual ventana asomaba y aparecía en aquellos momentos el graciosísimo rostro de una joven morena, nunca antes por aquellos sitios columbrada. Quedó Cheno alelado y sorprendido ante aquella aparición, y, refrenando los ímpetus del Alí con mano firme, fué pasando muy despacio por delante de la casucha; la cual era de desnudo adobe y estaba coronada por rojo tejado de barro

cocido, sin más adorno de fachada, que el alero formado por delgados troncos colocados en suave pendiente sobre el caballete central. Para dar aire y acceso a aquel cochitril, no había más que una angostísima puerta, que parecía rajadura de alcancía, y la ventanilla por donde dejaba ver el rostro la moza labriega. Era guapísima la joven, de ojos negros y picarones, de bien pobladas cejas, de abundante cabellera, (que en aquellos momentos peinaba con escobeta primitiva), de redondos y lozanos carrillos y de carnosos y frescos labios; y de torrentes de armonía, sandunga y magnetismo distribuidos en toda su persona por obra y gracia de la naturaleza. Tendría unos diez y seis años a todo tirar, y, aunque vestía pobremente, andaba limpia de cara, manos y prendas de vestir.

Echóle al pasar Bolaños, una mirada inquisitiva e intensa, y ella, aunque sorprendida por tan incendiarios relámpagos, no se mostró demasíadamente tímida ni zahareña, pues conservó la actitud que tenía, semejante a valeroso centinela que guarda su puesto a pesar de los mortíferos disparos del enemigo; pero como Bolaños no se contentó con verla de pasada, sino que iba volviendo la cabeza y los ojos hacia ella a medida que se alejaba, y aun tornó hacia atrás resueltamente cuando llegaba ya al portón que daba al campo, acabó por espantarla y obligarla a meterse en el oscuro antro que le servía de abrigo y morada; aunque es de presumir que, desde algún rincón de su tenebrosa guarida, haya continuado en observación del osado y temido adversario. Como quiera que sea, el caso fué que, al llegar Cheno de nuevo frente a la casucha, halló desierta la ventanilla, y por más que estiró el cuello y exploró entre los misterios de aquella mazmorra, no pudo distinguir cosa alguna por la parte de adentro, y

hubo de contentarse con dar una buena *calada* a su cuaco en señal de dominio y soberanía sobre aquel sitio, levantando en alto el polvo de la carretera, que le envolvió en densa y misteriosa nube, al través de la cual se le veía *arrancar, sentar y quebrar* el brioso potro, como si fuese un enardecido centauro. La oleada polvorienta penetró por la angosta ventanilla como bocanada de humo lanzada por un cañonazo; mas no por eso salió de su escondite la lugareña; de suerte que Bolaños se vió precisado a continuar, aunque mal de su grado, la interrumpida derrota. Mas a poco andar, volviendo atrás el rostro, llamó al mozo que le seguía, e interrogóle de esta manera:

—Dime, Ufemio, ¿conoces a la bonita muchacha que ví asomada a aquella ventana? y señaló con el índice la que tan intrincado le traía.

—No, señor amo, no la conozco, repuso el sirviente quitándose el ancho sombrero en señal de respeto. Quije al pronto conocerla, pero no pude. ¡Qué se me hace que es frastera!

—Debe de serlo; pero me llama la atención no haber recibido noticia de su llegada.

—¡Quién quita y pueda reclamarlo el almenistrador!

—El debe saberlo, en efecto, porque es su obligación. Cien veces lo he dicho: «no quiero haya en la hacienda gente desconocida».

—En eso tiene razón que le sobra el amo, repuso Ufemio (que así era como en el caserío llamaban a Eufemio) pos no está en lo rigular que caiga aquí gente como llovida del cielo.

Terminado el corto diálogo, adelantó Cheno el paso para poner decente y debida distancia entre él y su criado, y, siguiendo adelante por el camino, cavilaba,

no tanto sobre quién podría ser aquella criatura, como sobre la manera de llegar hasta ella.

Pues conviene saber que Bolaños era el hombre más enamorado de la comarca, tanto, que solían murmurar de él las viejas, al observar de lejos sus hazañas (por no hallarse ya en condiciones de provocarlas de cerca) que, en viendo unas enaguas, aun cuando colgasen de un palo o de un cordel, se le incendiaba al punto la sangre y se le cortaba el resuello. La verdad es que era el hacendado en ese sentido, el azote de San Víctor; que no había mujer bonita, graciosa o al menos pasadera, como suele decirse, que en sus posesiones habitase, a quien no cortejase y sedujese; y que los padres temblaban por sus hijas, los hermanos por las hermanas y los esposos por las esposas, cuando obligados se veían a pedir trabajo a Bolaños; y que aquellos que no carecían de vergüenza, procuraban ocultar sus hembras a los ojos del amo, para que éste de ellas no se prendase ni cometiese con ellas las demasías y desafueros que de costumbre tenía. Pues por sabido se callaba, que, en cuanto concebía el designio de apoderarse de cualquiera mujer que su codicia despertase, no había poder humano ni temor divino que dentro de los límites del deber le contuviesen, y que unas veces valiéndose del poderoso influjo que sobre su servidumbre ejercía, otras de la corrupción y algunas hasta de la violencia, no paraba ni retrocedía en sus propósitos hasta mirar en su poder la prenda que anhelaba. Así había hecho la conquistista de varias aldeanas a quienes por algún tiempo había otorgado su señorial protección, pasado el cual, o bien las abandonaba, previa indemnización, o bien las casaba, si eran solteras, con dependientes poco escrupulosos, que ceñaban los ojos sobre la ofensa pasada y continuaban

tolerando las subsecuentes, como amables representantes de una sociedad cooperativa.

Por aquel medio habíase aumentado la población de San Víctor, pues, según en público se decía, no pocos chicuelos y mocitas que en piernas y descalzos por el campo andaban, o desempeñaban las labores más suaves y ligeras de la hacienda, hijos eran del amo, aun cuando no llevasen su apellido; lo que podía fácilmente conocerse, no sólo por la fama pública y la deposición de testigos irrecusables y sin tacha, sino también por el raro parecido que solían tener con el poderoso señor de aquellos vastos dominios.

Una vez en el pueblo, dirigióse Bolaños a las *casas consistoriales*, donde los munícipes le aguardaban. Hicieronle éstos un recibimiento muy respetuoso, tanto por ser el presidente del cuerpo edilicio, como el protector de toda aquella máquina de desarrapados que nunca le contradecían, y que hasta procuraban respirar a la sordina para no molestar con el fuerte resoplido de sus pulmones, los delicados tímpanos del amo. Saludóles éste con aire benévolo, y pasando luego al salón de sesiones, que era una pieza enorme, de muros enjalbegados de blanco, de vigas descubiertas y sin pintar y amueblada con una docena de sillas de asiento de paja y dos mesas de madera blanca (larga una de ellas para que en su torno se acomodasen los señores representantes del municipio) arrellanóse en el sillón presidencial, sobre cuyo respaldo se elevaba una águila de madera tallada y barnizada de negro, que más parecía gallina de corral espantada y con una lombriz en el pico, que el escudo de la nación mejicana.

—¿Qué tenemos de nuevo? preguntó con displicencia?

—Lo más notable de todo, repuso el secretario don Severiano Alcocer, es el escándalo producido anoche por Tadeo Miranda.

Don Severiano Alcocer era de profesión maestro de escuela, y hacía varios años regentaba la municipal de aquel pueblo. Tenía la cabeza llena de humo, y se juzgaba hombre de mérito extraordinario; pertenecía al soberbio grupo de los *espíritus superiores, no comprendidos y víctimas de las injusticias sociales*. A fuerza de leer ampulosos tratados de pedagogía, algunos manuales de gramática, geografía y raíces griegas y latinas y breves compendios de historia universal y de Méjico, había acabado por creerse un sabio hecho y derecho, superior a la turbamulta que de cerca le rodeaba o que confusamente se agitaba allá lejos, en toda la extensión de la República; y tomando por lo serio la ditirámica fraseología de los escritores y poetas que hablan de la piramidal importancia del magisterio, creíase de buena fe solemne mistagogo, que iniciaba a la humanidad en profundos arcanos, apóstol inmortal, que predicaba la buena nueva del saber a espíritus aletargados y oscuros, y columna de fuego, que dirigía la marcha del pueblo hacia una tierra prometida, al través de los desiertos de la ignorancia. Así que, en lugar de vivir agradecido a la sociedad por haberle colmado de favores, y al poder público, por haberle impartido enseñanza gratuita en las escuelas oficiales, alentaba en las profundidades de su conciencia, ciego despecho por ocupar sitio modesto en el mundo, rabia sorda contra todos los felices de la tierra, sólo por serlo, y odio desenfrenado contra la autoridad que no le encumbraba a las eminentes alturas donde debían resplandecer y cernerse sus claros merecimientos. Tenía, como muchos individuos de su

profesión, el alma rencorosa de un rebelde; era un desequilibrado y silente energúmeno; un desenfrenado megalómano. Hubiera sido capaz, como Eróstrato, de prender fuego al templo de Diana, por dar que decir de sí y pasar a la historia maldecido. Pero, oculto por necesidad en aquella aldehueta, no había tenido ocasión de mostrarse ante sus contemporáneos de cuerpo entero, y vivía pobremente de sus dos sueldos, maestro de escuela y secretario del ayuntamiento, mal avenido con ellos, maldiciendo de su suerte y atisbando cualquiera favorable coyuntura que le permitiese escalar poder o fortuna, o las dos cosas reunidas.

Entretanto vivía gruñendo por dentro, como fiera en espelunca, y arrojaba a derecha e izquierda tan sañudas miradas, que solían poner carne de gallina a los que sorprendían el fulgor de sus siniestros relámpagos.

Ya tenemos en Méjico experiencia de lo que son a las veces éstos guías de la infancia, pues uno de ellos, Ron, loco de ambición y de despecho por verse desconocido y postergado, mató a puñaladas al ínclito General don Ramón Corona, honra de patriotas y estadistas, de quien nunca recibió agravio; si bien aquel desdichado se castigó solo, suicidándose con el mismo puñal con que había cometido el homicidio. Así cumplió el voto que había formulado de morir a la vez que un hombre célebre, quienquiera que fuese, a fin de que nunca pudiese ser olvidado su nombre.

También España tiene en su historia la prueba de la nocividad de ciertos pedagogos, pues el magister catalán, José Ferrer, de negra memoria, fanatizó a sus compatriotas de tal modo con sus prédicas anarquistas, que dió causa a sangrientas catástrofes en Barcelona, y movió desde el sepulcro la mano del asesino que agredió al gran repúblico don Antonio Maura,

quien pagó al precio de su sangre, después de haber estado a punto de hacerlo con su vida, el crimen de haber purgado a su noble patria de la presencia de aquel monstruo.

De esa casta y linaje era Alcocer, hombre raquíco, de corta estatura, barbilampiño, cobrizo, cicatrizado de viruelas, de algo más de treinta años, poco limpio, mal trajeado y en sumo grado pedante y parlanchín.

Decíamos, pues (volviendo a nuestro interrumpido relato) que, cuando Bolaños preguntó a los munícipes qué había de nuevo, repuso Alcocer:

—Lo más notable de todo, es el escándalo producido anoche por Tadeo Miranda.

—¿Qué hizo ese muchacho? preguntó el presidente sonriendo y con visible interés.

—Cogió una borrachera de primer orden, o, si Vd. quiere, de primer desorden, prosiguió el pedagogo satisfecho del retruécano; montó a caballo y se paseó por las calles del pueblo gritando, disparando pistoletazos y cintareando a la gente pobre.

—¡Cómo así! exclamó Bolaños riendo. Creía que se había corregido el mancebo.

—Nada de eso, señor, terció uno de los munícipes; su vicio de beber no tiene remedio, y cada vez que se embriaga hace cosas peores.

—¡Travesuras de la juventud! objetó Cheno con blanda filosofía; todos hicimos lo mismo en nuestras mocedades.

—De mí nunca se ha dicho cosa semejante, protestó el Néstor de los ediles, don Ireneo de la Paz, que era un viejo de más de setenta años.

—Eso no podemos saberlo nosotros, objetó el se-

cretario; pues cuando Vd. floreció, la mayoría de los presentes no había nacido todavía.

—Pues en ese caso, que se lo pregunten a mi compadre Sinfo, que es mayor que yo y todavía dirige su tienda del portal, contestó el aludido.

—No hay para qué meternos en esos laberintos, interrumpió Cheno; creemos a Ud. bajo palabra. Pero estos señores y yo no hemos sido tan santos.

Los señores ediles rieron por toda respuesta en señal de asentimiento.

—¿Y en qué paró el caso? preguntó Bolaños al secretario.

—En la aprehensión del culpable, repuso el interpelado. Para eso se necesitó el auxilio de toda la policía, porque Tadeo no quería obedecer, y opuso una resistencia muy seria. Hasta estuvo a punto de matar a un guarda: preparó la pistola, apuntó e iba a hacer fuego, cuando yo, que estaba presente, me interpuse a tiempo y logré poner el pellejo de esta mano (mostrando el músculo que se extiende entre el pulgar y el índice) entre el gatillo y el cilindro del arma. Por cierto que bien magullada me ha quedado la parte ofendida. Ve a Ud.

—Historia vieja es esa, repuso Cheno con desdén. Deben pasar de mil las personas que me han referido haber realizado la misma hazaña.

—De veras, señor don Cheno, así pasó el suceso, repuso el secretario intensamente rojo y visiblemente alterado. Aquí tiene Ud. la prueba.

Y ponía a los ojos de Bolaños la mano desplegada como para medir un jeme, a fin de que el superior la examinase.

—Parece más bien mordisquillo de gato, que golpe de hierro lo que Ud. me muestra, prosiguió Cheno con

sonrisa burlona. El golpe de un gatillo moderno es tan fuerte que, si no perfora las carnes, déjalas llagadas al menos.

Hubo un rato de penoso silencio, durante el cual quedaron amostazados los munícipes y apenas pudo contener su enojo el secretario. Al fin habló el más viejo de aquellos.

—¿Qué pena se impone a Tadeo? preguntó con timidez.

—Ninguna, repuso Bolaños; basta y sobra con haberle tenido encerrado toda la noche; hay que ponerle en libertad inmediata, pues lo que hizo no es delito, sino locura de joven. Ya hablaré con Ruperto, su padre, que es mi amigo, para que el caso no se repita.

—¿Sin multa? interrogó el secretario con mal contenida indignación.

—Sin ella, ordenó secamente el presidente.

Dióse cuenta en seguida de que un panadero llamado Ufrasio (Eufrasio) había sido reducido a prisión por haber golpeado a su mujer en la calle, hallándose en estado de embriaguez.

—Ocho días de cárcel u ocho pesos de multa, resolvió Cheno brevemente.

—Es buen hombre, observó un edil: honrado, trabajador y quieto. Es la primera vez que da quehacer a la policía.

—Lo dicho, contestó Cheno.

—¡Dios sabe qué hará para vivir la pobre familia de Ufrasio durante los ocho días de cárcel, pues no podrá pagar la multa y tendrá que sufrir el encierro! observó don Ireneo.

—¡Sépalo Dios! glosó Cheno friamente y encogiéndose de hombros.

—¿Subsiste el acuerdo? preguntó el secretario de mal talante.

—¿Quién ha dicho a Ud. que pudiera ser revocado? articuló Bolaños con fiereza.

Escarabajó el rábula las órdenes respectivas en dos hojas de papel, de libertad para Tadeo la una, y de prisión o multa para Ufrasio la otra, haciendo rechinar con tal furia la pluma, que parecía querer romperla en aquellas blancas e inocentes superficies. Dióse Cheno cuenta de ello, y sonrió desdeñoso, mientras seguía con la vista los movimientos del secretario, y se acariciaba la punta de la barba con la mano izquierda.

Firmadas las órdenes, fueron enviadas al alcaide de la cárcel para su debido cumplimiento.

Los demás asuntos que en seguida se trataron por la muy ilustre corporación, fueron de importancia minúscula, y no merecen la pena de ser aquí relatados. Terminada la sesión, invitó Bolaños a los presentes, incluso el secretario, a tomar una copa en la tienda de don Sinfo, que era la más rica y bien surtida que abría sus amplias puertas hacia la plaza principal. Una vez ahí los ediles, fueron servidas las copas, aunque en mayor número de lo que se había proyectado, y éstas iluminaron los espíritus, ablandaron los corazones y desataron las lenguas hasta punto tal, que, cuando se despidió Cheno para tornarse a San Víctor, bien pasadas las ocho de la noche, toda mala inteligencia, inquina o resquemor, habían desaparecido de los ánimos, y la copa del estribo fué apurada en medio de la mayor cordialidad. Solamente el secretario quedó rumiando allá para sus adentros, su despecho por los desaires y las injusticias de Cheno, y aun se atrevió a externar a dos o tres de los ediles, el desagrado que le habían pro-

ducido tres cosas: primero, que Bolaños no hubiese dado asenso a su aseveración de haber impedido el disparo de la pistola de Tadeo con los mártires pellejos de su mano; segundo, que a Tadeo, *por ser rico*, se le hubiese dejado sin castigo, a pesar de los enormes desaforos y abominaciones que había cometido; y tercero, que el buen Ufrasio, sólo *por ser pobre*, hubiese sido tratado con tanto rigor, no obstante ser modelo de artesanos y cabezas de familia. Pero el secretario no halló eco en sus oyentes.

—Tiene razón el señor don Cheno, dijo el edil septuagenario, al mostrarse incrédulo respecto de lo primero.

—Pero es cierto, afirmó el maestro de escuela con rostro avinagrado.

—Sí debe de serlo, y por lo que a mí respecta, lo creo a pie juntillas, repuso el anciano; pero no me negará Ud. que esa misma historia se cuenta todos los días, y que, a fuerza de ser vieja y repetida, ha acabado por hacerse sospechosa.

El secretario, exaltado por los humos del alcohol que había ingerido, se encabritó, y comenzó a ponerse *pesado* con el viejo; pero como todos los ediles se unieron para apoyar al venerable preopinante, no quedó más recurso al rebelde que el de guardar su mal humor para su coleteo, a fin de no verse expuesto a perder el empleo que tanto prestigio y tan buenas utilidades le proporcionaba.

La misma suerte corrió su razonamiento, cuando objetó las *calificaciones* hechas por Cheno, de las faltas de Tadeo y Ufrasio, pues los munícipes, a una voz, las aprobaron titulándolas de sabias. Los desórdenes del primero no habían sido más que *muchachadas* sin importancia, en tanto que la sevicia pública de Ufrasio, te-

nía carácter maligno y contagioso, pues, sobre no estar bien que un hombre levantase la mano para pegar a una mujer, y más siendo la propia, aquella conducta podía ser de fatales consecuencias para la buena sociedad de Isota, donde, si quedaba impune, podría encontrar imitadores.

El orador más elocuente y animoso no hubiera tenido valor para continuar pronunciando filípicas contra la autoridad, ante un auditorio tan mal dispuesto a entender de razones como el que al rábula rodeaba; por lo cual se vió éste obligado a interrumpir sus enardecidos discursos, y a trocarlos en brindis amistosos en favor de los señores ediles y del recto y sabio propietario de San Víctor. La rendición del secretario con armas y bagajes, provocó el desbordado contento de los munícipes, quienes fueron pidiendo por turno algunas series de copas supernumerarias, hasta que sonó el toque de queda en la torre de la parroquia, y llegó la hora de cerrar las puertas de la tienda en obediencia a las pragmáticas edilicias. Con ésto, salieron de aquel lugar dos ediles timoratos, mientras todos los otros permanecieron en misterioso cónclave, por privilegio exclusivo, a la vista y al olor de las mercancías, escanciando nuevas copas en compañía del más que septuagenario don Sinfo, quien prefería el tequila al coñac, y le saboreaba e ingurgitaba con tanto placer y desembarazo, como si hubiese sido agua clara, inofensiva y refrescante.

Duró la jaranita hasta cerca de las dos de la madrugada, hora en que salieron de la tienda alegrísimos, bamboleantes y cógidos del brazo para prestarse mutuo apoyo y fortaleza, los honorables y rezagados miembros de la muy ilustre corporación, en compañía de don Sinfo, el férreo y casi octogenario dueño y señor de

aquel bazar de alegrías, almacén de elíxires hilarantes y proveedor de dichas y buenos ratos a la humanidad doliente y efímera. Por las esquinas de la calle real dispersáronse gradualmente los trasnochadores, hasta que uno por uno, con trabajo y pateando el suelo con ritmo bárbaro y resonante, fueron llegando a sus respectivos domicilios, donde es de creer se hayan echado a roncar, tan pronto como pudieron dar con su cuerpo en los mullidos lechos o duros camastros que, según la fortuna de cada cual, hayan tenido apercebidos para entregarse en brazos de Morfeo.

CAPITULO IX.

EN EL CAMPO



EVANTÓSE Cheno con el alba al día siguiente, y montó luego a caballo para recorrer los potreros del contorno y ver cómo daban principio los trabajos matinales. Los maizales habían crecido que era un contento, y entre sus hojas verdes, angostas y largas, mirábanse colgar panojas enormes a razón de dos y hasta de tres por cada planta; en tanto que por la parte superior de los sembrados, columpiábanse las espigas en amarillas floraciones de largas y ásperas puntas, semejantes a haces de agudas lanzas. Entre los surcos habían crecido las calabaceras, cuyos rastreros tallos se extendían de una a otra hilera de la milpa, ornadas de grandes y verdes hojas de recortado contorno y flores enormes de pétalos amarillos, que abrían al sol sus recios botones ávidos de calor y de rocío. Las pardas alondras salían espantadas de su escondite en medio de la hojarasca, y alzaban el vuelo tan rectamente y con tan grande ímpetu por el espacio, que parecían redondos pedruzcos lanzados al viento por mano de robustos honderos. Las codornices de alas minúsculas e impo-

tentes para el vuelo, que andaban buscando granos e insectos entre las hojas y las plantas rastreras, corrían con ligereza, ayudadas por sus apéndices laterales, al escuchar el trote de las cabalgaduras, y desaparecían prontamente en lo más espeso de los sembrados.

Eligió Bolaños un redondo y verdinegro altozano, que se elevaba a un extremo de la llanura, para echar desde ahí una mirada de conjunto a los extensos maizales que el venticillo de la mañana dulcemente mecía, y que el sol desde el oriente teñía de brillantes y plácidos colores. Ahora, lo mismo que la tarde anterior, oíase a lo lejos el bramido de los becerros; la voz de las vacas era de timbre tierno y maternal al contestar al llamado de las crías, y de tiempo en tiempo rompía los aires el imponente mugido del toro que, elevando al cielo los gruesos y húmedos belfos, aspiraba con delicia el aire matinal impregnado de frescura. No distaban de ahí largo trecho los establos, de suerte que el vocerío del ganado, de variado timbre, llenaba el ambiente, a la vez que se miraba el ir y venir de los sirvientes al través de los caminos y veredas de que la llanura en todos sentidos estaba surcada. Así, al rayar el día, todo era esplendor, vida y trabajo por aquellas hermosas y fértiles campiñas.

Permaneció Bolaños buen espacio examinando el paisaje y siguiendo con ojo atento los movimientos de la servidumbre, y en su rostro atezado por el sol, dibujóse intensa expresión de contento. Después pensó, sin duda, en otro género de asuntos, porque, dirigiéndose al peón de estribo que a corta distancia se hallaba, hablóle de esta manera:

—Dime, Ufemio, ¿no distingues por todo eso al administrador?

—Se me figura que no hace nada que lo vide, re-

puso Ufemio; iba saliendo de aquel mogote y como que se deregía a aquel ranchito de onde está saliendo la jumadera.

Y al responder así, enderezaba las piernas sobre los estribos para levantarse en alto, y señalaba con el brazo extendido cierto punto del paisaje, no muy lejano de la loma.

—Entonces ha de estar en Lo de Casimiro, observó don Cheno.

—Por allí mismo, señor amo, que en esa misma dirección se jué yendo.

—Pon cuidado, y en cuanto le vuelvas a ver, llámale, porque le necesito.

—Pierda su mercé cuidado, que ansina mesmo lo haré; por fortuna truje conmigo el cuerno. Con una güena pitada que le dé, tiene lo suficiente; contímás que de aquí allá estamos de a tiro cercas.

Por precaución desató Ufemio el cuerno perforado que atado llevaba a las correas de la silla, y con él ya en la mano, aguardó buen rato sin perder de vista los jacales que con la diestra había designado. Al fin apareció el jinete atisbado por ese rumbo, empequeñecido por la distancia y seguido también por otro peón de estribo.

—Allí va el almenistrador, señor amo. ¿Lo mira su mercé? dijo.

—Sí, le veo, repuso Cheno, aunque no tengo tan buenos ojos como los tuyos.

Entretanto, aplicó Ufemio a los labios la punta perforada del cuerno, y sopló con fuerza inflando bien los carrillos y poniéndose tan rojo, que parecía atacado de apoplegía; y sacó de aquel clarín primitivo, un sonido largo, quejumbroso y penetrante, que se difun-

dió por la extensa llanura. Descansó un rato; pero no soltó el cuerno de la mano y siguió en observación.

—¡Pos crioque están sordos esos cristianos! exclamó al ver que los jinetes no se paraban ni daban señales de haber oído.

—¡Pítales de nuevo, y con más fuerza! ordenó Bolaños.

—Pos entonces, a ver si agora, antes que se metan en lo más jondo, contestó el mozo.

Y soplando de nuevo, arrancó al cuerno otro alarido más bronco y dilatado que el anterior.

—Agora sí que la acertamos, señor amo. ¿Destingue su mercé como ya arrendaron las bestias? exclamó Ufemio gozoso.

—No alcanzo a ver bien.

—Pero preste su mercé la oreja y verá que ya están contestando.

Y en efecto, la brisa que soplabá por aquella parte, trajo el sonido lamentable de otro cuerno tocado a distancia.

—Sí, sí, ya oigo, dijo Bolaños; ahora hazles señas para que vengan.

—Olvidé en mi casa la cobija por salirme de prisa; pero se me afegura que alcanzarán a ver mi sombrero, si los llamo con él.

Y quitándoselo de la cabeza, le agitó por el aire, de arriba abajo repetidas veces. El ancho sombrero de palma, bajo el cual hubiera podido guarecerse de la intemperie toda una familia, fué visto sin duda por los dos lejanos jinetes, porque de ahí a poco gritó Ufemio gozoso:

—Ya me devisaron, señor amo. Mírelos ¿no los destingue?

—Sí, repuso éste; ya comienzo a distinguirlos.

Amo y criado permanecieron buen espacio con la vista fija en la empequeñecida lejanía, sobre la cual iban gradualmente destacándose las figuras del administrador y su sirviente que, a buen andar de sus cabalgaduras, a la loma se acercaban.

—Ya cogieron la vereda del jagüey, decía Ufemio.

—Me parece que van pasando el Puente del Arroyo Seco, murmuraba Cheno.

—Quera Dios y no se atoren las pezuñas de las bestias entre las vigas, observó el mozo.

—Ese puente necesita compostura, observó Bolaños.

—Sí, señor amo, dende quiaque no se le pone mano. Los troncones de los árboles que lo forman se han desapartado, y ya no se arrejuntan como era en un principio. Se necesita volverlos a arrejuntar, y echarles ramazón y müncha tierra pa que presten siguridad.

—Ahora que venga Policarpo, recuérdame eso, porque si no, se me olvida; tengo muy mala memoria.

—Dispense su güena mercé, pero yo delante de don Poli, no digo ni esta boca es mía, porque después se enoja mucho conmigo, y yo soy quién la paga.

—Buen cuidado tendrá de meterse contigo si yo se lo prohibo, repuso Cheno.

—Pos en ese caso, será como usted lo dispone, señor amo; pero yo le alzo pelo a don Poli, porque es muy mal aviriguado, y por la nada se enciende y saca la espada y nos zumba la cuera.

—¡Y yo se la zumbo a él, no faltaba más! Aquí no hay más calzones que los míos.

Y siguió la charla por ese tenor, hasta la llegada del administrador don Policarpo Samartín y su mozo, la cual no tardó demasiado, pues tan pronto como se dió cuenta el primero de ser Cheno quien le llamaba,

metió espuelas a su cuaco, y a trote largo y al galope, cruzó la distancia que le separaba del altozano.

—¡A la güena de Dios, señor amo! dijo Poli al llegar, quitándose el sombrero de alas gigantescas y bajándole hacia un costado de la caballería con todo el vuelo del brazo.

—Buenos días, Policarpo, repuso Cheno reposadamente, sin invitar a su interlocutor a cubrirse la cabeza.

Poli permaneció descubierto buen rato, hasta que se atrevió a decir:

—Con la venia de su mercé, voy a ponerme el sombrero, porque ya comienza a calentar el solecito y vengo trasudando.

—Puedes ponértelo, asintió el patrón con sequedad. Y luego añadió:

—Vienen muy calientes los caballos.

—Ansina jué la carrera que trujimos. En cuanto conocí que era su mercé quen me precuraba, dije a mi mozo: "Hora sí, Higinio, métele espuelas al penco, porque el amo nos ha menester." Y dende la ordeña, que dende aquí apenas se devisa, hasta onde nos jallamos, nos hemos venido como un vivo relámpago.

—Apeate, Poli, y que Higinio pasee un poco los caballos para que no se asoleen, prosiguió el amo. Tenemos que hablar.

—Como lo mande su mercé, contestó Poli echando pie a tierra y dando a Higinio las bridas de su caballo. Hasta parece que están echando jumo los pencos de tan calientes como han llegado.

Higinio cogió el extremo de las riendas que se le ofrecían, tiró de ellas, y llevando tras sí el caballo de Poli, se puso a pasear despacito de un lugar para otro, sin desmontar ni alejarse de aquel sitio.

—¡Pa qué soy güeno, señor amo? preguntó el administrador acercándose al patrón. Aquí estoy pa servir a su mercé.

—Señor amo, saltó Ufemio aproximándose al grupo y echando mano al sombrero, no olvide lo del puente del Arroyo Seco.

—¿Quién te da vela en este entierro, Ufemio? Preguntó Poli al mozo lanzándole una mirada colérica.

—Pos el amo mesmo me la ha dado, contestó Ufemio. Apregúnteselo si quere: el que es mandado no es culpado.

—Yo soy el responsable, proclamó Cheno; como todo se me olvida, recomendé a Ufemio me advirtiese eso en cuanto llegaras.

—Esa es cosa distinta, señor amo, repuso Poli mansamente. ¿Y qué dispone su mercé que se pratique con ese puente?

—Quiero que se le repare, prosiguió Bolaños, porque comienza a destruirse, y como por ahí pasa a todas horas el ganado, podemos tener patas rotas a mañana y tarde, y después los perjuicios no han de ser para nadie sino para mí.

—Muy bien y requete bien dicho está eso, contestó Poli. En un decir Jesús va a hacerse la compostura, hasta que dejemos el puente tan parejo como la palma de la mano.

—Ahora mismo ha de quedar eso en regla, ordenó el amo.

—Hora mesmo será, señor amo, repuso Poli con sumisión.

—Oye, Poli, ¿qué familia nueva hay en la cuadrilla? prosiguió Bolaños.

—Pos quién sabe cuál será, contestó el administrador.

—¡Cómo quién sabe! Si tú debes estar al tanto de quién entra en la hacienda y quién sale de ella. Estás para vigilar y darme cuenta de todo, objetó Cheno.

—Ansina es la verdá. Pos ¿por qué lo preguntaba su mercé?

—Porque ayer tarde, al salir para Isota, ví en la ventana de una casa del camino real una cara desconocida.

—¿De hombre o de mujer?

—De mujer.

—¡Ah! Entonces ha de haber sido Tacha.

—¿Y quién es Tacha?

—¿Como quién, señor amo? Pos es la mujer de mi sobrino Chema Samartín.

—Me estás hablando en griego, porque tampoco sé quién es Chema Samartín.

—Pos el güeyero, señor amo.

—El boyero. . . . No lo recuerdo.

—¡Cómo nó! Si hasta ha hablado con su mercé algunas ocasiones, y ha recibido su raya los domingos.

—Puede ser; pero la memoria no me ayuda.

—Pos entonces güeno será refrescársela un poquito. ¿No jace recuerdo su mercé de que una vez le dije que tenía un sobrino que trabajaba en el rancho de la Sandijuela, y de que si me permitía su mercé me lo trujera pa cá con algún corto destino, porque don Alfonso, el dueño del rancho, lo andaba persiguiendo?

—Sí, ahora caigo en la cuenta.

—¿Y que su mercé me dió la venia de traérmelo pa San Vítor con un corto sueldo?

—Hombre, sí, tienes razón.

—Pos me lo truje, señor amo, y aluego lo puse al cuidado de los güeyes, y por eso es el güeyero.

—¿Y la mujer de la ventana?

—¿Pos quién ha de ser, señor amo? Es su esposa, su ligítima esposa.

—¡Vaya, vaya! Pero ¿cómo es eso que nunca la hubiera visto antes de ahora?

—Por lo consiguiente, señor amo, repuso Poli con gravedad: como que el muchacho es requete celoso, y le tiene vedado a Tacha que se dé a ver de naiden. La asomada que se dió a la ventana cuando su mercé la vido, jué de contrabando.

—Ahora explícame, dijo Bolaños más y más interesado en la conversación, la razón por la cual perseguía a tu sobrino el dueño de la Sanguijuela.

—No tengo pa que andar con misterios con su mercé: jué porque don Alifonso andaba enamorando a Tacha, y como Chema lo sorprendió haciéndole ojos de borrego degollado, ya no quijo que su mujer volviera a pisar la casa de don Alifonso, y entonces éste se enojó mucho y comenzó a perjudicar a mi sobrino en cuanto le jué posible, pa obligarlo a que consintiera, y como mi sobrino quere mucho a su mujer y es muy delicado, perfirió cambiar de amo y se vino pa cá a refugiarse conmigo.

—Hizo bien, continuó Cheno fingiendo distracción e indiferencia; pero lo mejor será que ella sola se cuide, sin necesidad de que él la tenga prisionera.

—En eso mero está el intríngulis, señor amo, porque asigún parece, la criatura le ha salido un poco rebotada.

—¿De modo que no le obedece?

—No, señor amo, no siempre le obedece; ansina es que mi sobrino está muy acuitado y por eso es tan recio con ella. Pero como dice el dicho, más sabe el loco en su casa, que el cuerdo en la ajena.

—Mucha verdad es esa, exclamó Bolaños; pero la muchacha es buena ¿no es cierto?

—De eso no le sabré decir nada a su mercé. ¡Pa qué es más que la verdá! Apenas la conozco dende que se casaron, de lo cual hará como un año, poco más poco menos. Yo juí padrino del matrimonio. La niña es endígena y nació en la Sandijuela, de allí mesmo. Allí tiene su padre, su madre y toda su parentela; pero yo a ella en jamás la había mirado hasta el día de la boda. Entonces jué cuando supe que había nacido; y ¡pa qué he de decir otra cosa!, la jallé muy chula y muy preciosa, porque la mera verdá, parece un dulce y no hay otra cara como la de Tacha por todo ésto; pero no sé por qué no me cuadró pa mujer de mi sobrino. Chema es muy güeno muchacho, muy trabajador y muy honrado; pero muy poquita cosa, muy tímido; de la nada se asusta y paga por no andar en cuistiones.

—Eso nada tiene que ver, objetó Bolaños, con que tenga una esposa agraciada.

—Sí, señor amo, mucho tiene que ver asigún mis probes entendederas, repuso Policarpo.

—Pero ¿por qué, hombre? interrogó Cheno. ¿De suerte que, según tu juicio, solamente los valientes pueden tener mujeres bonitas?

—Ansina mesmo, señor amo. Porque a la mujer bonita todos la miran y la provocan, y no la dejan quieta en jamás; y son muy pocas las que resisten la tentación, y tarde que temprano, dan al fin la campanada.

—En tal caso, de nada sirve que el marido sea un valentazo de primer orden.

—Sí sirve, señor amo; porque, como dice el dicho: "el relós y la mujer muncha cuerda han menester". Unos güenos cuerazos dados a tiempo, contienen a la muchacha más ojialegre del mundo; y del mesmo modo, un grito juerte, y una güena cintareada o una ma-

cheteada de Dios y ley, cierran los ojos de los mirones y la boca de los habladores. . . . Nomás que pa todo eso se necesita tener el alma atravesada, no ser timorato, ni güeno en demasía, y mi sobrino no es capaz de decir una palabra mal dicha, ni an siquiera de matar una mosca.

—¿Es así de pacífico? interrogó Cheno fingiendo ver el campo en derredor y hacer poco aprecio de lo que se hablaba.

—Haga su mercé de cuenta una niña de siete años, o más mejor una monjita muy inocente. Yo no sé de dónde salió tan apocado mi sobrino, porque su padre Cerilo, que Dios haiga en su seno y jué mi hermano carnal, era hombre de su brazo y se hacía respetar por dondequiera; y mi cuñada Refujia, su madre, era ansinamesmo de muy pocas pulgas. Es güeno ser güeno, pero no tan güeno como Chema, señor amo.

—Tienes razón, Policarpo. . . . Está bien, puedes ya seguir en tus negocios. Ya te dije cuanto había menester.

—¿Queda conforme su mercé?

—Sí; pero no olvides dejar listo el puente ahora mismo.

—No tenga cuidado por eso su mercé, pos de hoy no pasa que el puente quede peor que nuevo. . . . En ese caso, con la venia de su mercé me retiro.

—La tienes, Policarpo, ya nos veremos más tarde.

—Al medio día estaré en el casco de la hacienda pa dar cuenta a su mercé de todos los trabajos que haiga hecho.

Diciendo esto, volvió el administrador a montar el penco, cuyas riendas tomó de manos de Higinio, y quitándose de nuevo el ancho sombrero; dióle vuelo con la mano derecha en señal de despedida, y se alejó al trote de la descansada caballería.

Siguióle buen trecho Bolaños con la vista, y a poco se dispuso a bajar de la loma, como quien ha dado punto y remate a las labores más importantes de la mañana, y, en cuanto hubo llegado a la parte baja, llamó al peón de estribo.

—Ufemio, le dijo, ¿oíste la conversación que tuve con Poli?

—¿Lo creará que nó, señor amo? A mí poco me cuadra uir lo que no me importa.

—Te lo voy a decir en ese caso. En primer lugar, quedó arreglado lo del Puente del Arroyo Seco.

—¿Vido su mercé qué ojos me peló el almenistrador? ¡Tamaños de grandès! Hasta parecía que me quería comer.

—Sí, pero yo le bajé luego los humos; debes haberlo notado. No dirás que no.

—En efeuto, señor amo, con estas orejas lo oyí; pero crea que don Poli no me la perdona. Va a ver que daño me sigue.

—No tengas cuidado por eso, que yo te sostengo. A la primera desconocida que te dé, me lo avisas y verás como le pongo en orden.

—En siendo ansina, señor amo ¡quén dijo miedo! Con usté no puede naiden.

—No le conviene a Poli tenerme descontento.

—¡Ya lo creo que no! ¿Onde había de ganar los veinte pesos regalados que su mercé le da cada mes por su mal trabajo?

—A más de la laborcita de maíz que siembra cada año, y del pasto que le doy para sus dos yuntas.

—La mera, mera verdá, que en nenguna otra parte había de ponerse tanto las botas como al lado de su güena persona.

—De suerte es que debes estar tranquilo.

—Sí lo estoy, señor amo.

—Bueno, Eufemio. Ahora voy a hablarte de otro negocio.

—Estoy pa servir a su mercé.

—¿Viste ayer, cuando pasamos por la calle real de la cuadrilla, una muchacha muy bonita asomada a la ventana de una casa?

—¿Que sí la vide? ¡Cómo no la había de mirar! ¡Ha de ser alguna frastera!

—Ya sé quien es: me lo acaba de decir Policarpo: es la mujer de Chema el boyero.

—¡Oiga! ¡No me lo diga su mercé! ¿Cómo ansina, ansina?

—Sí, Ufemio, es la mujer de Chema.

—¿De ese Juan de Buen Alma?

—De ese mismo.

—¡Quén lo hubiera dicho! Pos ya hace más de semana que Chema tomó el cuido de los güeyes y hasta agora naiden sabía que juera hombre casado.

—Dicen que es muy celoso.

—Sus razones ha de tener. La muchacha es reque-techula y a la mejor puede ser algo alegre.

—¿Por qué lo dices?

—Lo digo, porque se dan casos en que los hombres son celosos porque conocen bien a sus hembras.

—Eres muy ligero de pensamiento.

—No lo digo por eso; es cosa de esperencia. Por mis ojos han pasado un puño de casos. Cuando el río suena, es que agua lleva, y naiden da palos de balde.

—Ya veremos cómo andan esas cosas. Ahora lo que importa es que, en cuanto lleguemos a la casa, me llames a Chema.

—Como lo mande su mercé; aluego que lleguemos, luego luego le precuro.

CAPITULO X

PROTECCION MAGNIFICA



EN efecto, no bien hubieron regresado amo y criado al casco de la hacienda, Ufemio, después de haber ayudado a su amo a desmontar el Alí, teniéndole el estribo, y de haberle quitado las espuelas, dió a otro criado las riendas del caballo prieto para que lo pasease, porque venía muy caliente; y montando el suyo de nuevo, salió del portal a toda carrera para cumplir el encargo que acababa de recibir.

Bolaños entró en el escritorio y se puso a trabajar.

Obra de una hora más tarde, llegó Ufemio en compañía de Chema a la presencia del amo; y aunque éste oyó claramente sus pasos, fingió no haberlos escuchado y prosiguió sus labores; como si tal cosa no pasase. Entretanto, permanecían silenciosos y en pie los dos hombres, a respetuosa distancia de Bolaños, sin osar dirigirle la palabra, temerosos de causarle disgusto. Al fin, buscando medio de salir del paso sin cometer el atentado de hablar, carraspeó Ufemio discretamente dos veces, y, por su buena fortuna, tuvo Cheno por

conveniente darse por entendido de su presencia, por lo que, volviendo la cabeza, díjole:

—¡Hola, Ufemio! ¡Con que ya viniste! ¿Por qué has tardado tanto!

—¡Dende quiáque estoy aquí, señor amo! repuso el interpelado; pero como vide a su mercé tan ocupado, no quije interrumpirle en sus quihaceres.

—¿Cumpliste mi encargo? preguntó el hacendado.

—En el auto mesmo. Dende que salí de aquí, me juí de jilo hasta el potrero de los Guajes, ques onde están los güeyes, y en devisando a Chema, le dije de luego aluego: “ándale, Chema, no te atorcantes, vente conmigo, que el amo te ha menester”. El dilate estuvo en que no jallábamos con quen dejar los animalitos, porque el otro güeyero no parecía por todo aquello; pero lo mesmo jué que llegara, que dejarlo encargado de la güeyada y venirnos pa cá a la juerza de la carrera.

Movió Cheno la cabeza en señal de asentimiento, y clavando los ojos en Chema, díjole:

—¿Con que tú eres Chema el boyero?

—Sí, señor amo, José Samartín, el güeyero de su güena mercé, repuso éste.

Mientras tal decía, mantenía bajos los ojos lo mismo que la cabeza, y no sabiendo qué hacer en medio de su turbación, daba vueltas entre las manos al ancho sombrero de palma, que por los bordes asido tenía. Bolaños miróle con curiosidad buen espacio. Era Samartín mancebo que no llegaba a los veinte años, de naciente bozo, de alborotado y negro pelo, de ojos medrosos y pequeños y de cuerpo ruín y desmedrado. Habíase casado en la adolescencia, al estilo del campo y cuando apenas comenzaba a entrar en la vida. Su organismo, débil de suyo, no había acabado de desa-

rollarse después, no obstante que ya pesaban sobre él obligaciones y cuidados, y que las pasiones de la virilidad habían hecho presa en su pobre corazón. Sonrió Cheno desdeñosamente a la vista de tan insignificante sujeto, y dijo:

—¿Cuánto tiempo hace que estás en San Víctor?

—Estoy recién llegado, señor amo; apenas dos veces he oído misa en la capilla de la hacienda.

—¿Por qué no me habías dicho quién eras?

—La mera verdá, señor amo, porque le tengo mucha vergüenza a su mercé; pero ya mi tío Policarpio habrá puesto en su conciencia todo lo que me respeta.

—Sí, hoy en la mañana; no me lo dijo sino cuando se lo pregunté, replicó Bolaños.

—¡Pos quién sabe por qué sería ansina! repuso Chema encogiéndose de hombros.

—Me pidió permiso para traerte de la Sanguijuela; pero no me había hecho saber que era tu tío, prosiguió el amo.

—Su sobrino carnal, ligitimo; semos parientes, sí, señor, afirmó el boyero; él y mi padre Cerilo Samartín fueron hermanos de padre y madre.

—Así me lo dijo, continuó Bolaños. Ojalá lo hubiera sabido antes.

—¿Pa qué, señor amo?

—Para darte una colocación mejor que la que tienes. Siendo sobrino de Poli, no está bien que seas boyero.

—¿Creerá, señor amo, que a mí me cuadra mucho el oficio? Todo el día me lo paso arriando mis animalitos, sin que naiden se meta conmigo, ni yo con naiden, y ansina voy viviendo muy descansado.

—Aunque así sea, te necesito para otra cosa.

—¿Pa otra cosa más mejor?

—Sí, para otra mejor.

—Ya sabe el patrón que soy su criado, y que con mi mal servicio me opondré a cuanto quera y guste mandarme.

—Está bien, repuso Bolaños sonriendo. Quiero que te vengas a la hacienda a cuidar mis caballos de silla.

—¿Quere decir, que como caballerango de su mercé?

—Precisamente.

—No puedo decir que no, porque también a eso le entelijo un poco.

—Aquí ganarás cuatro reales diarios; el doble de lo que ganas en el cuidado de los bueyes.

—Ansina será, sigún eso; como su mercé lo disponga.

—Y tendrás también casa aquí mismo. En el corral está la del caballerango.

Chema alzó tímidamente los ojos y se encontró con los negros e imperiosos de Cheno, y los bajó luego. Pero después de unos minutos de vacilación, se atrevió a decir:

—¿Y no pudiera su mercé dejarme en la cuadrilla como agora me jallo? Allí estamos mucho, muy a gusto.

—Dices *estamos*, murmuró hipócritamente Cheno, pues, ¿quien te acompaña?

—Pos ¡quién ha de ser sino mi mujer!

—¡Ah! ¿eres casado?

—¡Dende quiáque, señor amo! Ya va pa año que estoy matrimoñado.

—¡Tan muchacho!

—Más nueva es todavía mi compañía; yo tengo ya diez y nueve años entrados a veinte, y ella diez y seis entrados a diez y siete.

—¿Y cómo se llama tu esposa?

—Pos Tacha, ipos cómo había de llamarse! Pero su apelativo es Prieta, ansina mesmo.

—Bien, bien, murmuró el patrón satisfecho del interrogatorio; ya sabes lo que debes hacer. Vas a tu casa en este momento y te traes todas tus cosas a las habitaciones del corral.

—¿Ya horita, horita? preguntó Chema con visible descontento.

—Sí, hombre, sin pérdida de tiempo, repuso Bolaños con autoridad. . . . Y cuando vengas con la familia, te me presentas para conocerla.

—No semos más que Tacha y yo, señor amo, en todavía no ha habido criaturitas.

—Pues con los que fueren harás lo que te digo.

—Está bien, señor amo, voy a ver como cargo con los pocos palos viejos y los hilachos que truje de la Sandijuela.

—Ufemio te ayudará.

Y luego, volviendo los ojos al peón de estribo, agregó Cheno:

—Haz que lleven a Chema el carro para que haga de prisa la mudanza, pues no tengo caballerango y necesito uno desde luego.

—Está bien, señor amo, repuso Ufemio, como su mercé lo disponga.

Con esto se despidieron ambos sirvientes para obedecer las órdenes recibidas, y Cheno, entretanto, llamó al caballerango (pues no era cierto que no lo tuviese) y le ordenó que al momento desocupase la casa que le había dado, y se trasladase a una de las estancias de la finca, a hacer los oficios de caporal. Como este sirviente no tenía más mobiliario que un

petate, una maleta de manta y la silla de montar, pudo hacer inmediatamente lo que se le ordenaba, y de buena voluntad lo llevó a cabo, porque ser caporal significaba para él un importantísimo ascenso. El hecho fué que todo quedó listo y arreglado en un santiamén, como Cheno lo deseaba.

Mientras esto sucedía, Ufemio, que acompañó a Chema hasta su casa y le llevó el carro para hacer la mudanza de *telebrejos* y *tambachis*, se decía para su colete:

El amo anda ya con un nuevo capricho en la cabeza. ¿Pa qué quedrá tantas coscolinas? Ya pasan de diez las mujeres que le conozco: todas muy chulas, la mera verdá, porque eso sí se ha de decir, don Cheno tiene muy güen gusto, y, además de eso, muchos pesos. ¡Ni tantita gracia que hace! Con ese pecho yo cantara. A mí también me cuadran de horror las muchachas bonitas: pero ¿qué me saco con eso? Nada, sino que se me caiga la baba cuando las miro, y que ellas ni an siquiera se den por entendidas. Cuando uno es probe, tiene una suerte perra. . . . Pero vamos a ver ¿cómo cuántos hijos tendrá el amo por todo ésto? Crioque pasan de docena. . . . Sí ¡y bien que pasan! . . . Uno de Crisanta, dos de Ciriaca, uno u dos de Mariana. . . . En fin, pa qué es seguir haciendo la cuenta: la familia es ya grande, y va creciendo en cada vez más. Unos niños son prietos, otros amarillitos, otros blancos y hasta uno qui otro güerito, asigún son las madres. . . . Agora veremos como resulta esta nueva familia. . . . La mera verdá que la muchacha está de chuparse uno los dedos. ¡Ah! ¡iqué güen ojo tiene el amo! Yo hasta hoy en día no le he conocido una sola señora fea. . . . Vamos a ver cómo contenta a Chema. De siguro lo mesmo que a los otros maridos o deudos, con

dinero y osequios... El caso es que todas las criaturas llevan apelativos ajenos; pero acá en San Vitor, sabemos destenguir de quen son, y cuando nos topamos con alguna niñita o con algún mancebito de los conocidos, nos decimos con toda conciencia: estas criaturas son de la cría de don Cheno.

Con estas y otras reflexiones del mismo linaje, entretuvo Ufemio el tiempo, hasta que entre él y Chema cargaron el carro con el pobre moblaje de la casita: una cama formada por dos bancos y dos tablas de madera blanca, una mesa blanca de pino, un canapé, media docena de sillas de paja, un baúl con pesado herraje y erizado de clavos de negra cabeza por vía de adorno, dos planchas de hierro para asentar la ropa blanca, un brasero y trastes de barro y algunos líos de ropa formados con frazadas y sarapes anudados por las puntas.

Tan pronto como el carro se puso en movimiento, salieron Chema y Tacha a la calle de la cuadrilla: él con su vestido ordinario de trabajo y ella con sus trapos domingueros: falda azul de lana, corpiño claro, roja mascada de seda cruzada sobre el pecho, aretes dublé de gran tamaño, listón azul en la mitad de la cabeza, trenzas sueltas sobre el rebozo y botas de cuero amarillo apenas estrenadas. Tanto por la belleza y gracia de la joven como por lo inusitado del caso (una mudanza en el carro de la hacienda), toda la gente de la cuadrilla salió a puertas y ventanas a presenciar el desfile. Los curiosos sonreían maliciosamente al darse cuenta de lo que pasaba, y las mujeres envidiosas o indignadas, según sus buenas o malas pasiones, lanzaban a Tacha miradas de través, fulminantes las unas, compasivas las otras. Pero la muchacha no se inmutaba: caminaba con paso ligero y seguro, como si acudiese al

un acto triunfal; y sonriendo y jubilosa, lanzaba a diestra y siniestra las rápidas miradas de sus ojos centelleantes.

Sólo Chema iba caminando triste, pausadamente y de mala gana, como si fuese llevado por la fuerza adonde no quería: al potro o a la horca.

—Ambos dos están de atiro tiernos, decían las comadres al verlos pasar; pero él parece una alma de Dios, mientras ella no cabe en su pellejo.

—Lo que es ella, va contenta, decían los hombres; pero lo que es a él, se le hace el caso muy cuesta arriba.

Llegaba ya el grupo a la casa de la hacienda, cuando se presentó Policarpo, quien, seguido de Higinio, desembocó por la parte opuesta al camino que Ufemio y sus compañeros habían traído. Tan pronto como el viejo administrador hubo descubierto a su sobrino, sofrenó la caballería, que iba ansiosa por llegar al pesebre, y dirigiéndose a él, preguntóle:

—Chema: ¿quí andas haciendo por aquí y qué quiere decir esta maniobra?

—Que vengo al casco de la hacienda como caballerango del amo, y que me mudo a la casa del corral, repuso el mozo.

Poli puso cara de vinagre al oír estas razones, y volvió a preguntar:

—¿Pero por mandado de quién, hombre?

—Pos por mandado del mesmo don Cheno, repuso el interpelado.

—¿Pos cuándo te vidó? Esta mañana temprano en todavía no te había echado el ojo.

—Pos ¡quén sabe como sería eso! El caso jué que me mandó llamar con Ufemio y me dijo que me necesitaba pal cuidado de sus caballos.

El administrador arrojó una mirada como de relámpago a Ufemio, quien la sintió en toda su intensidad, aunque fingió estar distraído.

—Pos entonces ¡qué le vamos a hacer! dijo. Cartucheras al cañón quepan o no quepan.

Y luego, haciendo una seña a su sobrino para que se acercase, díjole en voz baja:

—Nadita que me cuadra la ocurrencia, Chema. Cuida mucho, mucho a Tacha, porque el amo es muy mujerero, y de aquí allá le quita la hermana, la mujer o la hija a cualquier cristiano.

Chema se puso lívido al escuchar aquella amonestación, que le hería y lastimaba en lo más profundo del alma.

—Lo más mejor será irme de aquí, contestó, pero ¿pa ónde?

—Pa cualquier parte, Chema, al cabo Dios es muy grande y no desampara a ninguna de sus criaturas, Pero lo que es por hoy, el caso no tiene remedio: ya después arreglaremos lo demás. No se te olvide, Chema; hay que pelar mucho el *tomate* (el ojo).

—Dios nos saque con bien de esta maraña, murmuró el mancebo tristemente.

—Aluego nos veremos, concluyó Poli picando con las espuelas los ijares de la bestia.... ¡Adiós, Tacha!.... ¡Mira cuán guapa te has puesto!

—¡Hasta luego, don Poli, repuso la joven poniéndose roja.

De ahí a poco llegaron todos al portón que daba acceso a la casa. Ahí detuvo Ufemio la mula del carro, para dar instrucciones a Chema, y le dijo:

—Yo por aquí me cuelo derecho al corral, onde aguardo a ustedes en mientras hablan con el amo.

—¿Onde está el amo? preguntó Chema turbado

—Ya lo sabes, en el escritorio, onde mesmo lo vistes rato há; del otro lado del corredor.

—Sí, me acuerdo, repuso Chema; ya reflejo onde ha de ser eso.

Y en compañía de su esposa, se puso en marcha en dirección a aquel sitio, en tanto que Ufemio continuaba hacia el interior de la casa, llevando la mula por el cabestro.

Cuando Chema llegó al escritorio, hallábase absorto Cheno, como de costumbre, en la compulsión de algunas partidas de un libro de cuentas, y, aunque la pareja se introdujo en la pieza sin gastar cumplidos, por no conocerlos, hubo una larga pausa antes de que el amo saliese de su ensimismamiento. Al fin se levantó para colocar en el estante el pesado cuaderno y entonces se dignó verlos.

—¡Ah! exclamó. ¿Con que estás aquí ya de vuelta, Chema?

—Sí, señor amo, aquí nos tiene su mercé, a mí y a mi compañía, pa servirle.

Cheno fijó los ojos en la silenciosa joven, y en un instante, con mirada de perito, la analizó de pies a cabeza. ¡Caramba, qué bonita era la chica! De cerca, mucho mejor, cien mil veces mucho mejor que de lejos. India de raza pura, pero *labrada*, fina, con unos *chapetes* como unas amapolas y unos labios rojos y frescos, como los de niño tierno y sano. Frente estrecha, pero tersa y limpia, y sobre ella una cabellera tan negra como la noche, dividida en dos partes por la raya central, cuyo curso se veía interrumpido en mitad de su camino por un ancho listón azul, anudado en la nuca. Los ojos, que un momento se posaron en él con más curiosidad que timidez, tenían brillo extraordinario, como de lámpara escondida, y la nariz algo cor-

ta, pero delgada, daba a su rostro expresión entre infantil y picaresca. Manos y pies pequeños, como es propio de indígenas, y dentadura que casi deslumbraba por su brillo y limpieza. Por lo que al cuerpo se refiere, no había más que pedir: ni alta ni baja, ni flaca ni gruesa; todo bien proporcionado y modelado, flamante y macizo. Así debe haber sido la Malinche, aquella india tabasqueña que dejó embobado a Cortés cuando la conoció en Veracruz, y que unida a él por lazos amorosos, fué de tanta utilidad al conquistador, así en la paz como en la guerra.

Tacha, que sintió sobre sí el peso de aquella mirada escrutadora, se sonrojó intensamente, se puso nerviosa, sonrió sin saber por qué, y apelando al fleco del rebozo para no alzar los ojos, se dedicó a contemplarle, teniéndole con una mano y arreglándole los hilos con la otra.

¡Bocado de cardenal! dijo Bolaños para sus adentros, una vez terminado el examen.

Y luego añadió en voz alta, dirigiéndose al manco:

—¿Con que esta muchacha es tu mujer?

—Sí, señor amo, contestó Chema, ansina mesmo.

—¿Cómo te llamas, niña? interrogó Cheno dirigiéndose a la joven:

—Anastasia Prieta pa servir a su mercé, contestó la interpelada con voz un tanto aflautada por la emoción, pero de timbre profundo.

—¿Cómo Prieta? repuso Cheno sonriendo.

—Sí, señor amo, ese es mi mero apelativo, afirmó Tacha.

—Pues ¿cómo se llama tu padre? insistió Bolaños.

—Se llama Trenidá Prieto, repuso ella.

—Entonces tú te llamas Anastasia Prieto, lo mismo que él, observó Cheno.

—No, señor amo, objetó Tacha levantando los ojos pensativos, porque él es hombre y por eso es Prieto; pero como yo soy mujer, mi apelativo legítimo es Prieta.

—¡Excelente razón! exclamó Cheno soltando alegre carcajada: si él es Prieto, tú debes ser Prieta; sólo que no eres Prieta sino trigueña.

—Rete pasada de *tueste*, repuso Tacha con coquetaría, dejando ver su blanquísima dentadura al sonreír levemente.

—Ni tampoco eres Anastasia, volvió a decir Cheno.

—Ansina me puso el señor cura al echarme el agua del bautismo en la parroquia del pueblo, insistió la joven.

—Sí; pero he oído decir que te llamas Tacha, dijo el amo.

—En efeto, ansina me dicen; pero mi nombre efetivo es Anastasia, rectificó ella.

—Bueno; pues yo te llamaré Tacha, con tu permiso, manifestó Bolaños.

—Asigún el placer de su mercé, ansina saldrá bien, contestó dócilmente Anastasia.

Mientras hablaban los dos interlocutores, Chema, hondamente contrariado, no cesaba, según su costumbre, de dar vueltas al ancho sombrero de palma que con ambas manos sostenía, sintiendo, más que viendo, la escena de que era espectador, pues como era tan apocado, no se atrevía a levantar los ojos del suelo.

—Está bien, concluyó Bolaños tomando de nuevo la entonación grave propia del amo, pasen los dos a tomar posesión de su casa. . . . Sigán de frente: la puerta grande que vean adelante, es la del corral. Entran

por allí y luego hallarán la casa. Iré dentro de un rato para darte a conocer mis caballos, Chema.

—Está bien, señor amo, repuso el mozo.

—Con licencia de su mercé, ya nos vamos yendo, articuló Tacha un poco repuesta de la emoción.

—Vayan, vayan con Dios, repuso Cheno benévola-mente.

CAPITULO XI

LOS CABALLOS



A casa del corral destinada al matrimonio era bastante buena para gente de la clase de Chema y su consorte, pues se componía de dos cuartos bien enladrillados y blanqueados, una cocina y otro corral interior. Tacha quedó encantada en cuanto entró en ella, y, tan pronto como Chema y Ufemio hubieron descargado el carro, se consagró a poner todas las cosas en su lugar, porque era hacendosa y trabajadora de suyo; y con el placer de verse mejor instalada que nunca, aumentaron su ligereza y amor al orden. En la primera pieza puso los muebles de recibir, o sean el canapé y las sillas de paja, y en la segunda, la cama y la mesà, para hacer dormitorio y comedor de aquel sitio. Pasó luego a la cocina, donde distribuyó los trastes, colgando por las orejas los jarros, las cazuelas y el comal de barro; y así continuó hasta que dejó todo en su lugar y a su gusto, incluso un espejito de marco de estaño dorado, que quedó suspendido de un clavo, en la sala, en buena luz, donde pudiera verse bien el rostro, y la escobeta y el peine, que fueron depositados sobre una silla.

Entretanto, andaba Chema ocupado en tomar posesión de las caballerizas, así como del pajar y de todo cuanto se refería a su nuevo oficio. Para lo cual mucho le sirvió un ayudante que ahí había, que era un muchacho como de catorce años, llamado Melquiades, listísimo y avispado hasta donde más pudiera pedirse; el cual rapaz tenía por encargo, a más de barrer los suelos, hacer cuanto su inmediato superior le ordenase.

No tardó en presentarse Cheno por aquellos lugares, según lo ofrecido. Con naturalidad, como quien atiende en persona a todo cuanto le atañe, anduvo viéndolo todo esmeradamente.

—¿Te ha informado bien Melquiades? preguntó a Chema.

—Sí, amo, repuso el interpelado, ya tengo conciencia de cuanto hé menester.

—Ya dije aquí, a don Chema, intervino Melquiades, onde están todas las cosas, ansina la pastura como las escobetas, almohazas, tijeras, sillas, frenos, sudaderos, mantillas, espuelas y todo lo que es de uso.

—Muy cierto, prosiguió el caballerango; estoy al tanto de cuanto necesito.

—Bueno, repuso Bolaños; pero quiero darte a conocer yo mismo los caballos, para que sepas con quien tratas.

—Como guste su mercé, repuso Chema.

—Aquí tienes, agregó Cheno mostrando el caballo negro (que en aquellos momentos hacía tronar el maíz entre los dientes con gran apetito, ocultando el hocico en el pesebre), aquí tienes este caballo entero, que quiero más que a las niñas de mis ojos. Se llama Alí. Mira qué estampa tan gallarda la suya; dudo haya por todo ésto, otro que ni de lejos pueda serle com-

parado. Cabeza hermosa, ojos inteligentes, cuello elegante, ancas redondas, piernas finas, pezuñas pequeñas, pelo como de seda, brillante y sin una sola mancha blanca; y crines y cola para dar y prestar, tupidas, rizadas y largas. . . . Por lo que hace a sus cualidades, son maravillosas: brioso y no bronco; elegante de nación; más sentido que una liebre y más ligero que un venado. Y muy nuevo todavía. . . .

Al decir todo ésto, daba palmaditas el hacendado a la bestia, acariciándole el cuello, las crines y las ancas; y el Alí, que se estremecía nerviosamente al contacto de aquella mano, levantaba la cabeza y la volvía hacia atrás para indagar quién le tocaba.

—Mírale el colmillo, a ver si sabes calcular la edad de los caballos, ordenó el amo.

Chema se acercó al animal, y con visible destreza le levantó el belfo superior, en tanto que Cheno le tenía abrazado por el cuello.

—No pasa de tener cuatro años, declaró Chema con acento seguro, después de haber examinado uno y otro colmillo del Alí.

—Acertaste, repuso Bolaños satisfecho; esos son los que cuenta. Ahora mira cuán noble y manso es.

Y para poner de manifiesto sus raras condiciones, repitiendo las mismas palmaditas en las piernas, hízole levantar una después de otra las cuatro pezuñas, que él retuvo y acarició cuanto quiso entre sus manos.

—Es una preciosidá este cuaco, de de veras, declaró Chema complacido. ¡Qué bestia tan manífica! ¿Y cuánto le costó a su mercé?

—Ochocientos pesos dí por el Alí cuando era apenas potrillo. Aquí en la hacienda le hicimos a la rienda; la tiene muy buena. Se le puede manejar con el dedo chiquito de la mano. Es mi caballo de cariño; le quie-

ro lo mismo que si fuera una persona. Debes tener mucho cuidado con él: darle bien de comer, picarle cuidadosamente la alfalfa para que no se atorozone, bañarle, peinarle, almohazarle, engrasarle las pezuñas y tenerle colgado cuando no esté en el pesebre.

—Pierda cuidado, señor amo, repuso Chema, pero yo en ésto me he criado, y sé cómo se tratan las bestias finas.

—Así me tendrás contento y no te pesará, prosiguió Bolaños con tono serio y de verdadero interés. Te daré gratificaciones.

— No será menester, murmuró Chema: con mi sueldo es suficiente.

Al terminar la inspección, sacó Cheno de las bolsas de la chaqueta unos terrones de azúcar que prevenidos para el caso llevaba, y en las palmas de las manos los ofreció al goloso Alí, el cual con getas ávidas y alargadas, los fué recogiendo uno a uno con visible delicia y contento.

De ahí pasó Cheno a examinar y mostrar el segundo caballo de los favoritos que en la cuadra tenía, y era un alazán de gigantesca alzada, llamado Regente, cruzado de árabe, cuellilargo, soberbio y casi cerril; pero como el amo era jinete de primer orden, poco le importaban los corcobos y las salidas de la bestia, a cuyos costados se aferraba con las fuertes rodillas, cual si fuesen tenazas de acero.

Repitióse con el alazán la misma escena que con el prieto, terminando por el obsequio de otra ración de azúcar, que engulló bonitamente el cuadrúpedo, como si hubiese sido turrón en boca de chico por Navidad o Año Nuevo.

Y así siguió también la revista individual por otros dos caballos, consentidos también de don Cheno, res-

pecto de los cuales fué éste diciendo las particularidades que los caracterizaban y distinguían, tales como origen, edad, precio de compra y cualidades sobresalientes. Y aunque todavía se miraban en aquel sitio privilegiado como otras ocho bestias finas con la cabeza inclinada sobre el pesebre, no quiso ya Cheno continuar ocupándose en ellas con la misma minuciosidad con que lo había hecho respecto de las primeras cuatro, y sobre todo, con el Alí y el Regente; sino que se contentó con decir a Chema que todos aquellos animales eran, si no de igual, de muy semejante mérito al de los cuatro primeros, y que a su cuidado los confiaba, como confiaría los ojos a un oculista, pues en ellos se miraba y los tenía por sus más queridas prendas.

—Sobre todo, concluyó, fija la atención en el Alí y el Regente, que son mis consentidos principales. No les sirvas mucho grano; cuando les des salvado, procura quede bien disuelto en agua tibia; poca paja de trigo, porque es muy caliente, y cuando les des pastura verde, hoja o alfalfa, que esté bien picada, repito, para que no vayan a atorozonarse. Ve bien la hoja antes de ponerla en el pesebre, pues suele tener campamochas, y esos animales dañan los intestinos de las bestias. Mucho aseo, Chema. Aquí tienes a Melquiades para que te ayude a barrer las caballerizas y los pesebres, a renovar todos los días los colchones de paja y a bañar, almohazar y peinar bien las bestias. Cuídales los cascos para que no se les resequen, porque podrían agrietarse, y de tiempo en tiempo dales salitre para que se purguen y tengan la piel más brillante que la seda.

—Déjese estar su mercé, repuso Chema con un poco de presunción; conozco bien el oficio, como se lo podrá decir mi otro patrón, el dueño de la Sandijuela.

Eso no significa que él tenga tan buenos cuacos como su mercé, pos la mera verdá que el más mejor de los suyos, no vale lo que el más pior de los de usté. Y an con todo, se los cuidé tan rete bien, que se pusieron tan relumbrosos, que hasta espejeaban del cuero, y tan gordos y redondos que se les hubiera podido rajar con la uña del dedo gordo.

Satisfecho el amo de la habilidad del caballerango, dió por terminada la visita a aquel departamento, y por instalado en las cuadras al nuevo jefe de ellas.

—Ahora, dijo, vamos a ver cómo está tu habitación.

—Como lo disponga su mercé, repuso Chema.

Amo y criado se dirigieron en seguida a la casa del caballerango, que abría sus puertas frente a las caballerizas. De ellas la separaba dilatado espacio de terreno, en medio del cual estaban las pilas donde bebían las caballerías, las cuales pilas se veían siempre llenas de agua limpia y clara, renovada de continuo por medio de una cañería de conducción y de un sumidero colocado a conveniente nivel de descenso. Ahí se detuvo un poco Bolaños, para explicar al caballerango, cómo se daba vuelta a las llaves para dejar salir o suspender el curso del líquido, y cómo podrían ser vaciadas las pilas para proceder a su periódico y necesario aseo. Chema quedó altamente complacido a la vista de todas aquellas cosas que su amo le mostraba, y concibió la respetuosa idea de hallarse sirviendo en casa grande y rica, donde todo era excelente y estaba arreglado como un reloj; lo cual le produjo un sentimiento como de veneración y apocamiento, de que él mismo no se daba cuenta. Todo estaba bien, menos los peligros que instintivamente veía cernerse sobre Tacha. Si no fuera casado ¡cuán contento y sa-

tisfecho viviría en aquella rica y espléndida finca! O al menos, ¡si Tacha no fuese tan bonita y graciosa como lo era!

Con estas consideraciones y congojas en el alma, llegó el mancebo a su nueva casa, seguido por Cheno, quien, afectando el porte más natural del mundo, iba como distraído, analizando a derecha e izquierda cuanto miraba. Entornada estaba la puerta de la casucha, y Chema la abrió para dar paso a su señor; pero Tacha dió un chillido desde la puerta inmediata, al notar que no venía solo su esposo.

—¡No se puede, no se puede! gritó con insistencia.

—Asiguro que se está vistiendo Tacha, murmuró el esposo; ha de estarse quitando los trapos güenos que traiba pa ponerse los del quihacer.

Bolaños no dijo nada; sonrió, echó una mirada en derredor de la sala, se paró delante del espejo, cuya luna era corrientísima y parecía hacer olas, como superficie de agua arrugada por el viento, consideró un instante la pobre escobeta y el miserable peine que yacían sobre la silla, y se dirigió luego a la puerta que comunicaba con la segunda pieza, de donde salían perceptibles rumores de ropa agitada y sacudida.

—¡No se puede, no se puede! volvió a clamar Tacha del otro lado de la puerta.

—Vamos a ver si se puede, dijo Cheno como en broma, poniendo la diestra mano en una de las hojas y empujándola para abrirla.

Chema se puso lívido. No atreviéndose a marcar el alto al amo, porque carecía de resolución para ello, se contentó con ponerse entre Bolaños y la entrada, diciendo con voz suplicante:

—Amo, tenga una poquita de pácencia; luego lue-

go va a acabar Tacha de vestirse, y ya no habrá inconveniente pa que entre su mercé por ondequera.

—Niñerías, repuso Cheno con mofa; tu mujer no ha de estar en cueros vivos.

—Pero se está mudando los trapos, señor amo, insistió el pobre mozo con las fauces secas.

—Puede hacer lo que quiera con toda libertad, repuso Bolaños, porque no voy a verla a ella, sino la casa. Quiero saber cómo la dejó el otro caballero.

E insistió en entrar, y como Chema permanecía en su sitio como un estorbo, cogióle Bolaños por uno de los brazos y con fuerza irresistible, y sin dejar de sonreír, apartóle de ahí, y penetró en el cuarto de dormir, donde se oyó rápido taconear de zapatos de mujer, y una voz que decía:

—¡Válgame la Virgen Santísima!

Al entrar Cheno, halló desierta la pieza, lo que mucho le sorprendió; mas luego escuchó un leve ruido cerca de la entrada, y se dió cuenta de que la joven se había refugiado detrás de una de las hojas de la puerta, que estaba a medio cerrar. Bolaños dió la vuelta a la estancia, inspeccionando cuidadosamente la cama, la mesa, el baúl, y las prendas de ropa recién colgadas de clavos fijos en las paredes, como si todo aquello le importase mucho; y al concluir la visita, tornó a encontrarse delante de la puerta que con la sala comunicaba. Por de contado que aquel punto de observación era el que le interesaba de veras, por más que fuesen otras las apariencias.

Chema, entretanto, con el semblante trastornado y lleno de susto, se había colocado delante del ángulo ocupado por su mujer entre la puerta y el muro, para servir a Tacha de defensa, en tanto que ésta guardaba silencio y se ocultaba en lo más hondo de aquel escon-

drijo. Cheno se detuvo unos momentos, y clavó los ojos escrutadores en cuanto podía descubrirse del otro lado de Chema. Como era éste pequeño y raquítico, no alcanzaba a llenar con el delgado cuerpecillo todo el espacio que deseaba esconder a la vista del amo; de suerte que Bolaños alcanzó a percibir por encima de él y a un lado y otro de sus costados, todo cuanto su mal intento le aconsejaba.

Tacha se había despojado del corpiño y de la falda de lana para no manchar aquellas prendas al hacer la comida, y estaba en momentos de cambiar el vestido de lujo por el usado y corriente de todos los días. Por instinto, habíase acurrucado en aquel ángulo, a fin de no descubrir la parte inferior de su cuerpo, y había extendido las enaguas hacia adelante y hacia arriba con ambas manos para que le sirviesen de protección.

—No, señor, murmuraba confusa; no me mire ansina su mercé.

Cheno seguía sonriendo como si se tratase de la travesurilla más inocente del mundo, y, a pesar de todos los esfuerzos y precauciones que tomaron Chema y su consorte, pudo distinguir de modo patente por los huecos e intersticios que abiertos a sus miradas quedaban, los redondos y morenos brazos y la robusta y mórbida garganta de la joven, con lo cual se dió por satisfecho; pues, aparte del color de la piel que tiraba a cobrizo, todas aquellas partes eran tan proporcionadas y correctas como las de una bien modelada estatua.

—No tengas cuidado, Tacha, murmuró chancera-mente al salir de la sala: ni te he visto, ni he procurado verte. ¿Para qué había de ser eso? Y luego, que te has puesto detrás de un fortín tan tremendo, que sólo a cañonazos pudiera ser destruido: primero Chema, y

luego la pared, y la puerta, y tus enaguas. Es mucho melindre.

—No, señor amo, repuso la joven; nosotros los probes, aunque semos probes, también tenemos vergüenza.

—Eso no quiere decir nada, repuso Bolaños sentenciosamente. Hay ricos que no la conocen.

—Muncha verdá es esa, murmuró Chema un tanto repuesto de la emoción. Hay ricos que no la conocen.

Fué su intento al hablar así, lanzar una invectiva a Bolaños, dándole a entender que era él del número de los ricos que carecían de vergüenza; pero la alusión fué tan vaga, que no la comprendió Cheno, o aparentó no comprenderla. El hecho fué que el amo volvió a la sala, donde permaneció unos momentos más, echando nueva ojeada a todas las cosas que allí había.

—Este espejo, dijo con tono protector, no sirve para nada; cuando se mira uno en él, parece que se anda ahogando entre las olas de un charco. Lo mismo esta escobeta y este peine. . . . Voy a mandar a Tacha otro espejo mejor, y un peine y un cepillo nuevos. . . . También haré que le traigan un canapé que está en el corredor de mi casa.

Chema no contestó por dignidad, pero nada le agradaban aquellos obsequios, y se limitó a acompañar a Bolaños hasta la puerta de salida, donde le dijo adiós de la manera mejor que se lo permitieron su timidez y su disgusto.

En cuanto a Bolaños, iba diciendo para sí, por el camino del corral a sus habitaciones:

—Vaya que esa muchacha me va llenando de veras el ojo! Tierna, nueva, casi una chiquilla; pero con todas las gracias de una mujer ya formada. La expresión de su fisonomía es muy seductora, entre sencilla

y provocativa, entre buena y mala. ¿Cómo será en efecto? No sé por qué va interesándome más que todas las otras. En fin, veremos y diremos. . . . Por lo que hace al marido. . . . ¡oh! es un pobre diablo en toda la extensión de la palabra. Quiere mucho a su mujer y pretende celarla, pero no se atreve a hacerlo bien, porque es muy miedoso. Hasta da lástima ese pobre muchacho. . . . Ya le abriré partido en la hacienda, y si no se mete a escandaloso ni mitotero, podrá tenerle cuenta.

Y, en llegando a la casa, mandó llamar a Ufemio, que era el depositario de todas sus confianzas, y su correveidile en cuantas ocasiones como ésta se le presentaban.

—Te he mandado llamar, le dijo, porque te necesito mucho.

—Dígame su mercé pa que soy güeno, señor amo, repuso el mozo.

—Como eres mi mano derecha en mis asuntos personales, te voy a confiar un secreto. . . . Tacha, la mujer de Chema, me va interesando mucho.

—Ansina lo venía yo rigulando, contestó Ufemio. Dende que su mercé la vido asomada a la ventana el día de ayer, conocí que la muchacha había hecho mucho efeuto en su mercé, y aluego, como quitó al caballero pa poner a Chema en su lugar al cuido de los caballos, y hasta mandó el carro pa que en el auto se hiciera la mudada del güeyero y su esposa, ya ni duda me cupo.

—Eres muy listo, Ufemio, continuó diciendo el amo sonriente.

—¡Ni por más penco que uno juera! En quince años que tengo de servir a su mercé, lo conozco más mejor que si lo hubiera parido.

—Bueno, repuso Bolaños; tu contestación me ahorra mucho trabajo. Quiero que me ayudes hoy, como las otras veces, a hacer esa conquista; pero óyeme bien, no ha de ser por medio de la violencia, sino del convencimiento y de la buena voluntad. Para eso debes ocuparte de Chema antes de todo. Dile con mucha cautela y como cosa que sale de tí, que has echado de ver he puesto los ojos en su esposa; pero que nada tiene que temer, porque no soy hombre malo, y que todo ha de hacerse por la buena. Le dirás que es para él gran fortuna que me haya prendado de su mujer, porque así podrá hacer buen negocio en San Víctor, como lo han hecho otros muchos de mis sirvientes a quienes tú conoces, y que, sólo por haber sido consecuentes conmigo, han tenido labores, bueyes, semillas y dinero que les he dado, con lo cual han hecho su fortuna. Podrás citarle casos, si quieres, para que vea sé cumplir lo que ofrezco y no me tenga desconfianza.

—¡Y ansina ha sido en efeuto, señor amo! observó el mozo con convicción. Y si no, que lo diga mi compadre Pánfilo, que agora hasta ha comprado un ranchito propio con sus ligítimos horros.... Y que lo diga don Estanislado, que hasta se jué de la hacienda, y agora está en el pueblo con un comercio abastecido de todo.... Y que lo diga el cojo Leandro, a quen envió su mercé a la suidá pa que se curara y hasta le regaló las muletas y todo cuanto gastó en médicos y medecinas.... Y que lo diga....

—Bien, bien, ya referirás todo eso a Chema, interrumpió Bolaños, que a mí no hay para que repetírmelo, pues bien que me lo sé de memoria.

—Tiene su mercé razón que le sobra; nomás que estaba ensayándome pa dicírselo a Chema.... Dígame,

señor amo, ¿como cuántos casos de esos habrán sucedido dende que estoy a su servicio?

—No seas animal, Ufemio, ¿a qué salirme ahora con esa bobada? exclamó Cheno con arrebato.

—No se esalte, amo, contestó el mozo sin alterarse; lo jice por mera curiosidá y porque me pareció que venía como anillo al dedo.

—Pero que sea ésta la última vez que me lo preguntas.

—A ley de hombre que no volveré a decir ni esta boca es mía.

—No olvides mi encargo, y que sea pronto.

—Corriendo, señor amo, corriendo voy a hacerlo.

CAPITULO XII

LA OFENSA

EN la casita de Chema había habido entretanto una tempestad en un vaso de agua. El pobre muchacho, incapaz de habérselas con Bolaños, mostrábase iracundo con la esposa, que no le inspiraba miedo.

—¿Ya lo ves? ¿ya lo ves? preguntaba a Tacha con cólera.

—¿Qué lo que he de mirar, Chema? interrogaba ella a su turno.

—¡Quihá de ser! Pos las groserías del amo ipos qué otra cosa! repuso el caballerango.

—La mera verdá que es rete desconsiderado el señor; pero de eso yo no soy culpante.

—¡Quién sabe si lo serás! Algo habrá mirado en tí, que le da tanto valor pa meterse contigo.

—Nada puede haber mirado, porque apenas nos hemos conocido.

—Pero le habrás hecho ojitos alegres como al amo de la Sandijuela. En primero, ni an siquiera reparaba en tí; pero después, como tú eras tan fisgona con él, y aluego de la nada te entraba la risa cuando estabas en su presienca, como si te hubieran hecho cosquillas,

Y yo bien que te decía "¡estate quieta, Tacha! ¡estate quieta!" Pero nada, dale que dale, a seguir con la mesma porfía, hasta que te salisté con la tuya, y comenzó aquel viejo con su necedá, y me obligó a salir de su casa. Y toda por culpa tuya.

—Como Dios está en el cielo, que me estás levantando falsos testimonios. ¡Pa qué había yo de querer a aquel viejo barbas de chivo! Lo que viene sucediendo es que tú jallas malo todo cuanto yo hago, y te enojas porque me río, como si fuera cosa de mi voluntad el rirme o no rirme. Yo me ría de mirarlo tan fiero.

—Pero él creyó que te rías con él, y después ya nos andaba con sus malos modos.... Lo mesmo debe suceder en esta finca; me afiguro que algo ha mirado en tí el amo, al ser tan atrevido y tan liviano de luego a luego.

—Por estas cruces, repuso Tacha con toda formalidad, que no he dado motivo al amo pa que nos tenga tan poca consideración.

Y al decir ésto, juntaba las dos manos, cruzando los levantados dedos de ambas, incluso los dos pulgares, como para multiplicar el número de las cruces con que se santigua el cristiano. Hecho ésto, se besó los pulgares con estrépito.

Aquella especie de juramento pareció hacer fuerte impresión en el ánimo del mancebo; porque calló de pronto, y a poco siguió diciendo con acento más reposado:

—¡Pos allá te lo jaya, Tacha! Ya sabes que por tí me desvivo, y que me puedes matar cuando quieras, sin necesidá de cuchillo ni de yerbas. Si no me quieres, perfiero que me lleven al joyo.

—¡Cómo no te había de querer, Chema! no seas tonto! Pos entnces ¿pa qué me casé contigo? Naiden

me puso cuchillos en el pescuezo pa obligarme a hacer lo que no era de mi gusto.

Y al decir ésto, la guapísima trigueña abrazó a su marido con grande arrebató, y le propinó en los flacos brazos una tempestad de achuchones con sus robustas y febriles manecitas. Con esto quedó completamente desarmado el caballerango que, dispuesto a responder generosamente a aquellas demostraciones amorosas, dió a la joven un centenar de apasionados besos en las rotundas, frescas y sonrojadas mejillas. Mas no por eso se olvidaba de sus recelos, pues por cada caricia dada o recibida, murmuraba:

—Está bueno, Tacha, mucho que te lo agradezco; pero ¿me prometes ser muy seria y recogida con el amo?

—Te lo prometo, Chema.

—¿Y no darte nunca jilo con él?

—Eso sí que nó; ni en un jamás me daré jilo.

—Ansina estaremos contentos los dos, y yo sin tener el Jesús en la boca.

Un ruido que se oyó a la puerta, interrumpió el amoroso coloquio de los dos jóvenes. Era Policarpo que llegaba a saludarlos.

—Ave María purísima, dijo al entrar.

—Sin pecado original concebida, respondieron él y ella con tono compungido.

—Vengo a saludarlos en su casa nueva, y a ver si quieren darme un taco, porque an no apruebo ningún alimento.

—Si se anima a pasar un mal día, dijo Tacha, pa nosotros será mucho gusto.

—¿Pos no miras que me estoy convidando solo? repuso Poli.

—Pos entonces con su licencia, don Poli, voy a

darle guerra a la comida. Dejé en la lumbre el jarro de los frijoles; no sea que se vayan a quemar y entonces sí que nos lucimos.

—Sí, anda a tus quihaceres, Tacha, volvió a decir el administrador. En mientras vas y vienes, departiremos Chema y yo.

Con ésto pasó Tacha al interior de la casa. A poco se oyó chillar la cazuela de la manteca donde freía los frijoles, y se percibió ruido de trastes removidos y el ir y venir de la muchacha de una a otra parte de la cocina.

Entretanto quedaron Poli y Chema hablando en la intimidad, y el sobrino contó al tío todo lo ocurrido con el amo, sin omitir ningún detalle. Poli, que aunque pasaba de los cincuenta años, conservaba todos los bríos de la juventud, se puso como veneno al oír el relato, y juró y perjuró que en aquella ocasión no habría de hacer don Cheno de las suyas, y que habría de saber con quién trataba, distinguiendo a los hombres de bien de los sinvergüenzas a quienes había comprado. Y que, en último análisis, ahí estaban los dos, Chema y él, para defender la buena fama de la familia, no con palabras al aire, sino a lo hombre y con acciones en toda regla.

Aun no terminaba la conversación, cuando se oyó en el corral ruido de ruedas, el cual cesó frente a la casa. A poco llamaron a la puerta. Chema salió a abrirla y vió que era el carro que había servido para la mudanza, que venía cargado con media docena de sillas austriacas, un canapé, un tocador con luna fina, un ropero y algunas otras cosas de menor importancia.

—¿Qué es eso? preguntó Chema.

—El amo don Cheno, respondió el conductor, envía todito ésto, dizque pa doña Tacha.

En cuanto oyó Poli aquellas razones, salió disparado al zaguán, y, con el rostro desfigurado por la cólera, dijo al recién llegado:

—Tacha no recibe osequios ni empréstates de naiden, amigo.

—Oígame, don Poli, todo eso será muy güeno, pero yo tengo que obedecer al amo.

—Pero no aquí, canastos; anda métete en otra casa.

—No, don Poli, tiene que ser aquí mesmo.

—Pos aquí no entriegas nada, cabezón.

—¿Por qué no, don Poli?

—Porque yo no lo premito.

—En tal caso, doy la güelta, porque voy a ver lo que el amo dispone, resolvió el desconcertado carretero después de pensarlo un rato. Ay se queda el carro con todo lo que traiba.

—Pos haz lo que mejor te cuadre. Lo que es eso no entra en esta casa, mas que se junte el cielo con la tierra, repitió don Poli con tono agrio y colérico.

Con esto se marchó el sirviente rumbo a la casa del amo. Estuvo lista a poco la comida y toda la familia sentóse en torno de la mesa. Tacha estaba apurada por haber guisado mal; Poli se mostraba pensativo y de mal humor; Chema, descolorido y azorado, no hablaba casi, pensando en las consecuencias del grave hecho que acababa de pasar.

En un momento concluyó la colación: un plato hondo de caldo, que los comensales aderezaron con chile, limón y tajaditas de plátano; carne cocida con salsa de chile, arroz y garbanzos; frijoles refritos en abundante manteca, con más salsa de chile y tortillas calientes; multiplicados jarros de agua para templar el escozor causado por el picante ají.... Y eso fué todo.

Tardó en volver el carretero; pero al fin tornó a presentarse en escena, y llamó de nuevo a la puerta. Y como la vez anterior, salieron a recibirle tfo y so-brino.

—¿Quihubo, pues? preguntóle Poli al mostrarse. ¿Qué jué lo que te dijo el amo?

—Don Poli, el que es mandado, no es culpado, repuso el conductor. ¿Quere que le diga la mera verdá?

—Dime la mera pelada, ya sabes que yo pa nada me arrugo, repuso el administrador con rostro cejijunto.

—Pos me dijo que le dijiera a su mercé, que usté pa nada tenía que ver en todito esto, y que no se anduviera metiendo en lo que no le importaba; ansina me lo dijo, y que la única que tenía que decir era doña Tacha. Y que si ella me decía que dejara aquí esos palos, los descargara aunque juera en el corral; y que si ella me decía que nó, que entonces me los llevara pa allá de nueva cuenta.

Tacha, que estaba pendiente del diálogo y oyó la respuesta del carretero, salió también, y un tanto emocionada por lo inusitado del caso, dijo al sirviente:

—Hágame la gracia de decir al amo, que mucho que le estimo el osequio; pero que de nada de eso hé menester, porque, a lo probe, todo lo tengo en mi casa.

—¿Ansina es que güelvo a cargar con todo el menaje? preguntó el criado aturdido.

—Ansina mesmo, repuso la joven con energía. Pa nada necesito esos palos viejos; lléveselos luego, luego.

Chema y Poli callaban, complacidos al oír la resolución de Tacha; el carretero dudó todavía, se quitó el ancho sombrero, se rascó la alborotada pelambreira, primero con una mano y luego con la otra; hasta que

al fin, viendo que el caso no tenía remedio, tomó la resolución única que le quedaba.

—Pos en siendo ansina, dijo, no tengo otra cosa que hacer, más que desandar el camino andado, y con la venia de ustedes, me degüelvo por onde mesmo vine.

—Eso será lo más mejor, dijo Poli; ansina mesmo debes hacerlo.

Y volviendo atrás él y sus sobrinos, cerraron la puerta con estrépito, y tomaron asiento de nuevo para comentar los acontecimientos; mientras, el carro se alejaba, y llegaban a la sala los rumores de las ruedas y del trote de la mula.

Y en tanto que el conductor gritaba a la bestia ¡jarre! ¡jarre!, Chema temblaba de temor y decía:

—¿Y agora qué hacemos, tío! Tacha ¿qué hacemos? ¿qué nos irá a suceder?

—Que se haga la voluntá de Dios, repuso la joven; no nos queda más agarradera que esa.

—No tengas miedo, Chema, no seas collón, añadió Poli.

—Pero isi es tan recio el amo, que hasta es capaz que nos ajusile!

—Pos si nos ajusila, que nos ajusile; semos dos hombres pa responder el cargo, yo y tú. ¿No es ansina? prosiguió el tío.

Chema no objetó nada, porque también temía a Poli; pero Tacha se dijo para sus adentros, mirando a su marido con ojos desconsolados:

—No son dos hombres, sino uno solo.

CAPITULO XIII.

EL PARARRAYOS.



GRANDISIMO enojo y profundo despecho cobró Cheno con el desaire inferido a sus dádivas por Tacha, Poli y Chema; si bien hizole comprender su astucia, que era Poli únicamente quien le había asestado el doloroso golpe. Sabía que Chema era un infeliz incapaz de tomar resolución alguna (ni mucho menos de atrevido carácter), y que Tacha no aparentaba poseer las virtudes ni la fortaleza de Penélope. Y Dios sabe cuál hubiese sido el furioso desquite que en el acto hubiese tomado contra aquella trinidad de rebeldes, a no haber sobrevenido un suceso que le obligó a aplazar para más tarde la ejecución de lo que él llamaba su recta justicia.

El suceso a que nos referimos fué la llegada de una carta de Méjico, que le trastornó el cerebro y le hizo latir el corazón con violencia; la cual carta venía escrita en finísimo papel de lino, dentro de un sobre pequeño, perfumado y muy elegante, que ostentaba hacia uno de sus extremos una coqueta coronita dorada, y debajo de ella un artístico monograma formado por

las letras C y M, con este lema *Virtus et honor*. Ya se comprenderá por estas señas, que la misiva era de Clara Montalvo.

¿Qué quería decir aquella coronita del sobre, repetida en lo alto de la primera cara del pliego? ¿Era de princesa, condesa o marquesa? ¿Por qué la usaba Clara? En el caso de haber de verdad en la familia algún título nobiliario, era inconcuso que únicamente don Pablo Montalvo, jefe de la casa, tenía el derecho de ostentarla; sólo después de su muerte, hubiese podido pasar a su sucesión. Pero así andan en Méjico las cosas: cada cual arregla su ascendencia como le place, y la gente que se paga de títulos y oropeles, se adjudica liberalmente los dictados que mejor le placen. Tenemos abundancia de condes y marqueses; sólo nos faltan duques, archiduques y príncipes para completar una brillante corte. Decirse noble en nuestro país, es cosa que a nada compromete y sumamente sencilla. ¿Quién se toma la pena de contradecir al linajudo? ¿Quién le pide cuenta de su pretensión? ¿Ante qué autoridad se verá obligado a comprobar la exactitud de su aserto?

Hay en los reinos, imperios y países de régimen aristocrático, archivos donde se lleva minuciosa cuenta de los antecedentes de las familias próceres: historia, origen, entroncamientos y enlaces y de todo cuanto mira y atañe a la trasmisión de los títulos, y suelen encargarse de formar esas historias de abolengo, altos y campanudos funcionarios llamados Reyes de Armas, que actúan revestidos de autoridad y fe públicas, de manera que, después de huronear en los papelotes de archivos y bibliotecas y en los legajos de las casas principales, expiden credenciales de nobleza y alcurnia, precedidas de narraciones más o menos

fantásticas, sobre remotas y seculares procedencias de las estirpes; y esos indigestos papasales preñados de frases huecas y de altisonantes fórmulas, son las ejecutorias que entregan a los incautos y guardan orgullosas las familias en gruesos librotos empastados en cuero cordobés o rico terciopelo, resguardados por conteras y broches de bien labrado oro, donde suelen brillar engastadas piedras preciosas.

En medio del desorden y la arbitrariedad que en estas materias reina en lo que fué la Nueva España, nada se sabe de cierto; de suerte que bien puede ostentar título nobiliario todo aquel que lo quiera, obsequiándose a sí mismo con la categoría que mejor le plazca. Tenemos hasta hoy condes, mayorazgos y marqueses en cantidad no despreciable, y los títulos tienden a multiplicarse, porque al dividirse y subdividirse las generaciones y las familias, todas ellas se los llevan para sí y se los atribuyen por entero, tratando de emular el milagro de los panes y los peces. Ese alarde de vanidad a nadie causa daño, y no hay inconveniente en tolerarle; mas acaso pudiera sacarse algún partido de tan inofensiva pasioncilla. Imagínese que, previas las reformas necesarias de nuestra legislación, se estableciese el sistema de que cualquiera fuese libre para darse el título que mejor le pluguiese: barón, marqués, vizconde, conde, duque, archiduque, rey y hasta emperador, con tal de hacerlo registrar en los archivos públicos y pagar al fisco una buena contribución anual, bajo la pena de perder la concesión en el caso de no cubrir el impuesto. Es tan inconmensurable la vanidad humana, que abundarían quizá los pretendientes a tales dictados, y que de este sencillo expediente, podría sacar muy buenos rendimientos la hacienda pública. Para que no se crea chabacano el

proyecto, debe recordarse que Felipe el Hermoso de Francia echó mano de tal expediente para remediar las necesidades del tesoro, y que no puede saberse cuántas de las nobles casas francesas que hoy nos deslumbran con su brillo, adquirieron su título en ese fácil mercado. La idea tiene, por lo tanto, la pátina de la historia.

Tiempo es ya de volver a nuestro relato, después de tan larga digresión.

Decíamos, pues, que la carta de Clara había impedido la explosión del hacendado, y así fué en efecto. La joven suriana habíale escrito lo siguiente:

«Querido Cheno:

«Tengo cosas importantísimas que decirte y que no puedo ni debo confiar al papel. Si me quieres, ven a Méjico sin dilación, después de haber recibido esta carta. Con impaciencia te aguardo, y entretanto que nos vemos por acá, recibe muchos **** de tu

CLARA.»

No bien hubo leído Bolaños aquella brevísima pero encantadora misiva, dió traza de salir de San Víctor y de ponerse en camino para la capital. Traíale muy intrincado el desconocido asunto que deseaba tratar con él su prometida, y, sobre todo, el arcano y galante sentido de las cuatro estrellitas finales del último párrafo. Ante el ardiente afán que experimentaba, todo desapareció a sus ojos: el cuidado de la labranza, el cumplimiento, la renovación o la iniciación de multitud de contratos, Tacha, Poli, Chema. Cuanto de ordinario o últimamente habíale preocupado, esfumóse en su enardecida fantasía, como las estrellas a

la salida del sol. ¿Qué valían los cereales, las transacciones, las utilidades mismas, comparadas con los divinos encantos de la incomparable Clara? Todo cuanto tenía, hubiéralo dado a trueque de la conquista efectiva de aquella soberana criatura. ¿Y Tacha? Sonrió Cheno al pensar en ella. Aquella joven indígena, aunque dotada de mucha sal y pimienta, como suele decirse, no constituía un programa de importancia; era un juguete vistoso, un incidente del camino, un objeto exótico, bueno para dar gusto al capricho, para servir de pasatiempo fugaz. Bien podía prescindir de aquel fútil empeño por el momento, y aplazar la campaña conquistadora para más tarde y más favorable ocasión.

El agravio recibido de Poli causábale grande escorzo. ¡Irse sin tomar desquite! ¡Irse dejando impune y triunfante tamaña insolencia! Por de contado que la muchedumbre de los sirvientes estaría bien informada ya de aquel acto de fanfarria del administrador, y vería a éste como paladín esforzado y héroe de leyenda. Con ésto disminuirían la autoridad y el prestigio del amo, y crecería ridículamente la fantaseada importancia del desmandado rancharo; y nó, aquello sí que no podía ni debía dejarlo sin punición. Tenía que castigarlo severamente, él mismo, en persona, para hacer ver a medieros y peones, que quien los mandaba era hombre de valor y de su brazo, y no toleraba que nadie se le subiese a las barbas. Entretanto, necesitaba disimular para que nada se sospechase ni trastornase en la finca, y fingir magnanimidad, indiferencia u olvido a los ojos de la servidumbre; que, al fin y al cabo, tiempo había de sobrarle para todo.

Por lo que a Chema respecta, apenas se detuvo un instante a pensar en él; ¡tan pobre y mezquina idea te-

nía del ruin personaje! Era una oruga, un gusanillo vil, una brizna de cualquier cosa entregada al azar de los vientos. Ya soplaría sobre él para hacerle subir y bajar, y dar vueltas y hacer cabriolas en el aire, como a Cheno le pluguiese. Jamás había conocido criatura tan insignificante y digna de desprecio como aquella.

Así que, después de entrar en estas consideraciones, hallólas Cheno tan fútiles que alzó despreciativo los hombros como diciendo: "¡qué vale todo eso!" y, sin aguardar más, ordenó al *chauffeur* alistase el automóvil, mientras hacía él mismo sus preparativos, acomodando la ropa en las maletas, dando las necesarias disposiciones para que todo caminase con regularidad durante su ausencia, e inspeccionando de carrera algunos de los servicios que estaban más a la mano. Tomó un corto refrigerio, y obra de las tres de la tarde, cuando el sol flameaba en la mitad del cielo, emprendió el viaje hacia la capital, con inaudita precipitación y violencia. Por fortuna para él, era su *chauffeur* habilísimo, y conocía tan bien el camino como su oficio. Así que, subiendo una cuesta, bajando otra, caminando despacio y con cautela en los sitios escabrosos, en los recodos y en las encrucijadas, y soltando todos los puntos de velocidad de la máquina en las llanuras y amplias carreteras, fué devorando vertiginosamente la distancia. Y logró llegar a Méjico antes del oscurecer de aquel mismo día, habiendo hecho el viaje en menos de cuatro horas, lo que establecía a su favor un verdadero *record* de rapidez.

Bolaños había madurado bien sus planes por el camino: no llegaría desde luego a la casa de doña Carlota. pues por experiencia sabía que, en cayendo en manos de la buena señora, no había más recurso que hacer su santa voluntad, y a él no le convenía eso, porque

su tía se arrogaba facultades de inaceptable tutela. Aquello de "¿a dónde vas, Cheno?" o "¿de dónde vienes?" le parecía intolerable, y más insufrible todavía lo otro de "anoche te recogiste muy tarde" "no trasnoches, que vas a acabar con tu salud" y "te estás poniendo flaco y descolorido a fuerza de desórdenes". Con sumo trabajo había logrado reprimirse hasta entonces, y disimular el mal efecto que aquella actitud y aquellas frases le producían, pero temía no poder contenerse alguna ocasión y hacer cualquier disparate. A los labios se le venían a cada momento estas categóricas respuestas: "hombre maduro soy y dueño de mis acciones; ni Ud. ni nadie tienen derecho para reprenderme, y le prohibo terminantemente mezclarse en mis personales asuntos". Y si esto llegaba a suceder, equivaldría, no sólo al resfrío de las relaciones de familia, sino a una quiebra en toda forma: extremo penosísimo al cual no quería ni debía orillar los acontecimientos.

Mezclábanse, es verdad, con aquellas consideraciones de afecto familiar, algunas otras de linaje diferente. No quería que se cerrasen para él las puertas de la casa de Anita. ¿Por qué? ¿Amábala por ventura? Creía que no. Pero la dulcísima belleza y la pureza angelical de su prima le deslumbraban, y hubiera recibido un golpe doloroso, si toda comunicación hubiese llegado a cortarse con aquella divina criatura. Llevado de ese mismo instinto, había logrado mantener ocultas y absolutamente desconocidas para sus dos parientas las amorosas relaciones que desde hacía meses mantenía con Clara Montalvo; lo que había sido fácil de hacer, por vivir él constantemente en el campo y pasar sólo una vez u otra, bastante espaciados entre sí, algunos días, o, cuando más, alguna semana en la

ciudad. La familia de Téllez no llevaba relaciones con los Montalvos ni con ninguno de sus aláteres, mitad por orgullo de linaje, porque aquella se consideraba de mejor calidad que éstos, y mitad por cierto incon-feso y oculto sentimiento de rivalidad y recelo proveniente del afecto profesado a Bolaños. Todo, pues, se compuso y armonizó para ayudar al hacendado a mantener oculta su amorosa liga con la joven suriana; de suerte que sus parientas habían continuado alimentando quién sabe qué secretos planes a su respecto, en tanto que él seguía dominando aquellas dos situaciones, con billetes de buenos números para un par de loterías.

Si fuésemos adivinos o estuviésemos dotados de doble vista, diríamos que el corazón de Cheno vacilaba entre dos poderosos afectos: el uno, bajo, el de los sentidos (origen de todas sus caídas), que hacia Clara le llevaba, por ser ésta de contextura sensual y provocativa; y elevado y suspirador el otro, el del espíritu, que confusa y calladamente arrastrábale hacia Anita, como para purificarle y llevarle a la salvación. Si hubo o nó lucha de ese género en el alma de Cheno, nadie puede saberlo; mas fué tan visible el arte de emboscadas a que se entregó con respecto a aquellas dos hermosas jóvenes, que nada perdemos con aventurar tal suposición. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que, al llegar Bolaños a Méjico, fué a alojarse al elegante hotel *Astoria*, de la Calzada de la Reforma.

Apenas instalado, acercóse al teléfono, pidió el número del señor Montalvo, y anunció triunfalmente su llegada a Clara, quien lanzó del otro lado del alambre, expresivas exclamaciones de asombro y alegría:

—¡Cómo! ¿Tan pronto? ¡Pero si hoy mismo debes

haber recibido mi carta!... ¡Dios mío, qué carrera!... Es preciso que seas más prudente!... ¡Hacer en unas cuantas horas un viaje que requiere todo un día!... ¡A lo que te has expuesto!... ¡Prométeme no volver a hacerlo!... ¿Que si estoy contenta?... ¡Cómo nó!... Contenta y orgullosa... ¿Por qué orgullosa?... Porque eres muy hombre... A mí me gustan los hombres muy hombres... como tú... ¿Tu premio?... Ya se ve que te lo he de dar... Te esperamos a cenar con nosotros... En cuanto sacudas el polvo, te vienes para acá... Bueno... No tardes... Te espero en el saloncito... Hasta luego, Cheno.

¿Quién hubiera podido resistir semejante espoleada sin emprender la carrera? Nadie sin duda, ni mucho menos Cheno, que era de temperamento fogoso y explosivo. Su *fuerte* era la mujer, esto es, todas las mujeres, y muy especialmente aquella que, a la hora presente, estábale haciendo oír su reclamo; de suerte que bien podía decirse que su *fuerte* era al propio tiempo su *débil*. Sí, tenía patente debilidad por el sexo débil; en habiendo una *ella* de por medio, perdía los estribos, trastornábasele el juicio, y esto era trastabillar y desbarrar de lo lindo. Así fué que, al oír el canto telefónico de aquella sirena, comenzó a desvariar despierto, y a pensar en una porción de quimeras. Tomó un baño tibio en un santiamén, cambió ropas en un periquete y vistió traje elegante en un abrir y cerrar de ojos; y, sin pérdida de tiempo, haciendo uso del primer autotaxímetro que a la mano tuvo, (ya que no podía disponer de su vehículo por haber llegado con la máquina descompuesta), se trasladó como en volandas a la elegante mansión de los Montalvos. El portero, de quien era ya harto conocido por las ricas

propinas que le daba, se inclinó ante él con suma reverencia, y no sólo le franqueó la entrada, sino que le puso en manos de la camarera, quien, sin duda advertida, condújole en derechura al precioso saloncito que ya conocemos y que había sido testigo de tantos amorosos coloquios entre él y Clara. No sonaron timbres ni se dió voz de alarma, de suerte que la familia no pudo enterarse de la aparición de Cheno en escena; pero la joven, avisada por heraldo misterioso, no tardó en acudir a aquel mismo sitio. Lucía elegantísimo kimono de roja seda, amplia y profusamente ornamentado de grandes bordados multicolores, que figuraban enormes rosas abiertas y recamadas, exuberantes botones y amplias hojas de subido color verde, artísticamente distribuidas en torno de los motivos principales. En la espalda y hacia la parte céntrica de la anchura, ostentábase un dragón de retorcido cuerpo, rostro amarillo y ojos de esmalte, con extraña corona en la cabeza y toques de oro y plata en la parte saliente de las volutas y en el extremo de la partida y barbada cola. Rodeaba la elegante aunque robusta cintura de Clara, un ancho cinturón de la misma tela, el cual remataba por la parte de atrás en un enorme moño en forma de mariposa. La mórbida garganta, descubierta por la complaciente bata arreglada en ángulo hasta la mitad del pecho, erguía gallardamente cual columna de rico capitel; y las mangas amplísimas, casi monacales, daban libertad a los torneados brazos para mostrar y lucir sus admirables contornos. La complicada y altísima disposición de la endrina cabellera guardaba armonía con el indumento japonés, lo mismo que el calzado, que siendo de *zocolies* casi auténticos, tendía a dejar el breve pie apenas aprisionado por architrasparentes medias de tela de

araña y un sencillo correaje que aparentaba pasar entre el dedo grueso y el inmediato. Algo de bermellón había puesto Clara en sus labios, que parecían los sangrientos de una herida, y lucían y resaltaban sobre la límpida y pálida tez del rostro, un tanto amarillo y levemente pomuloso. Así ataviada la doncella, producía el efecto de una verdadera *musmé*. Sabido es que la raza suriana tiene patente parecido con la que puebla el imperio del Sol Levante; parecido cuyas causas no han podido desentrañar todavía los historiadores más bien informados, ni los más asiduos y estudiosos etnólogos. ¡Quizá llegue a saberse algún día, que, comunicados por medio de la Atlántida o de algún otro desaparecido continente, formaron en época remota una sola familia los habitantes de la Península del Sur, y los malayos conquistadores de las incontables islas que forman el Imperio Nipón, con menoscabo del derecho de primeros ocupantes que tenían a su favor los velludos y barbilargos ainos!

Deslumbrado quedó Cheno, que no necesitaba mucho para ser encandilado, al ver esa figura encantadora, que le sonreía con los ojos y con la boca, dejando ver aquellos el fuego de la pasión, y ésta los esplendores de una dentadura blanquísima, apretada y menuda. Con el corazón palpitante, secas las fauces y entrecortado el aliento, levantóse de un salto y fué a encontrar a su prometida, que ambas manos le tendía para saludarle. Estrechólas Bolaños ansiosamente entre las musculosas y amplias suyas, como si hubiesen sido un precioso y frágil juguete. Luego tomaron asiento en el confidente el uno al lado del otro, y dió principio el diálogo.

—¿Ya lo ves, Clara? murmuró Cheno con voz sofo-

cada. Me llamaste y aquí me tienes. ¿Qué dispones de mí?

—Que me quieras, eso es lo que dispongo.

—Te quiero mucho.

—Más todavía.

—Te adoro, te idolatro.

—Eso está ya mejor.

—¿Y tú, vida mía?

—Con pasión desbordada y todos los días mayor.

—¿De veras, Clara?

—¿No se echa de ver desde a la legua? Mírame los ojos.

Claváronse los de Cheno en los negrísimos de la suriana, y éstos anhelosos, entrecerrados y sonrientes, se lo dijeron todo, llevando al más alto grado la vehemente emoción que trastornaba los sentidos de Bolaños. Así transcurrieron unos momentos, callados y ardorosos, en que dos juventudes sanas y enérgicas y dos organismos imperiosos y exaltados, se contemplaron cara a cara y de hito en hito, como dos gladiadores dispuestos al combate. El alma de ambos andaba ausente entretanto.

—¿Qué te dicen mis ojos? insistió ella con arrullo de paloma en la voz musical.

—Que me quieres un poquito.

—Que te quiero mucho.

—No, eso no me lo dicen.

—Pues voy a sacármelos por embusteros.

—No harás tal.

—Ya verás como lo hago.

—¿No ves que yo lo impido y los defiendo?, murmuró Cheno con suavidad.

Y dando muestras de una osadía sin límites, cubrió con las dos manos los ojos de Clara, sin que ésta

protestase ni hiciese el menor esfuerzo por libertarse de aquella tibia venda que la privaba de mirar.

—Está bien, dijo, quedan perdonados por su falsía; pero déjame verte.

—Ni a mí ni a nadie, sino con una condición.

—Aceptada: la que gustes.

—Que cumplas lo de las estremitas de tu carta.

—Pero ¿cómo? preguntó ella con melindre.

—Así, repuso Cheno; de esta manera.

Y sin miramiento, inclinóse y le dió repetidos besos.

—Cuatro nomás, protestaba ella sin convicción, nada más cuatro.

Pero Cheno se negaba a darse por entendido.

—Las estrellas de la carta eran cuatro, decía ella.

—Pero yo quiero todas las del cielo, replicaba él.

Y el aguacero de ósculos continuaba sin resistencia por parte de Clara. En aquellos momentos abrióse sin ruido la puerta de cristales, y entre sus entreabiertas hojas apareció la cabeza gris de don Pablo Montalvo, quien, al darse cuenta de la escena, desapareció como por ensalmo. El buen señor, obrando con la prudencia y la cautela de un verdadero hombre de mundo, volvió hacia atrás de puntillas por el alfombrado pasillo, y, una vez a distancia, estornudó, carraspeó e hizo el mayor ruido que le fué posible para dar razón de su presencia. Una vez hecho ésto, tornó a caminar, aunque despacio, hacia el saloncito y abrió la puerta con mano de amo, firme y resuelta. Y halló que Cheno y Clara ocupaban ya asientos distantes; ella en el confidente, y él en un sillón de movimiento. No echó de ver o no quiso tomar en cuenta la visible agitación de Bolaños ni el subido color de las meji-

llas de Clara, y, con la mayor calma y compostura, exclamó:

—¡Cómo! ¡Tanto bueno por acá, señor Bolaños!

—A las órdenes de Ud. mi señor don Pablo, repuso éste levantándose y tendiendo la mano al recién venido.

—Tome Ud. asiento, no se moleste.

Y Montalvo se acomodó en otro sillón de movimiento frente a Bolaños. Luego dijo:

—Hija ¿sabe tu mamá que Cheno está en casa?

—Todavía no, papá, repuso la joven. En el momento mismo en que entraba Cheno en el *hall*, pasé por ahí, le recibí y le conduje a este sitio. Me pareció feo dejarle solo.

—Tienes razón; pero, ya que puedo hacerle compañía, anda a prevenir a tu madre para que venga a reunirse con nosotros.

Entre tanto que iba Clara a cumplir la comisión, quedaron don Pablo y Bolaños hablando de política.

Por fin había estallado en febrero el movimiento revolucionario, que ellos y sus compañeros habían proyectado; había caído el presidente de corta estatura; se le había obligado a renunciar el cargo, y después de eso, había sido muerto a balazos, de misteriosa manera, en compañía del exvicepresidente. Pero los acontecimientos subsecuentes no se habían desarrollado a la medida del deseo de quienes los habían preparado, porque, al desaparecer aquel primer Mandatario, habíase alzado con el santo y la limosna, otro militar astuto y marrullero, que a todos había engañado y se había burlado de todos. ¡Lástima de tanta sangre derramada y de tanto dinero malgastado! ¡Quién lo hubiera sabido! La verdad era que nada se había aventajado con el cambio. La sociedad continuaba privada,

como antes, de una representación decorosa en el gobierno, y el país se había infestado de partidas revolucionarias y gavillas de malhechores, con gran perjuicio de la industria, el comercio y la agricultura. Cheno suspiró hondamente pensando en sus veinte mil duros entregados para una empresa infecunda e inútil; y sólo se consoló recordando que, merced a tal erogación, había logrado obtener el amor de Clara.

En esto se presentó doña Mónica seguida de su hija. La bien conservada y frescachona señora venía vestida de blanco, como una palomita, desde los zapatos hasta el lazo de listón que adornaba su cabellera, llena toda de randas y encajes en falda y corpiño, y armada, además, de buen número de opulentas alhajas. Gargantilla y zarcillos de ricas perlas, profusión de sortijas en los dedos, y sobre todo, una gruesa tumbaga en el del corazón de la mano derecha. Al verla, pensó Cheno que tal vez no fuesen tan elevados y de buena ley los orígenes de la matrona, pues su desmedida afición a las joyas y el pésimo gusto que tenía para colocárselas, hacíanlos sospechosos y oscuros; y principalmente por ostentar aquel anillo monstruoso en ese dedo, en el del corazón, que es precisamente, el que, conforme a los cánones del buen gusto y de la elegancia, no debe ser usado nunca para tal objeto! La opulenta señora habría sido capaz de adornar con cintillos los dedos de sus pies, y hasta quizá, de ponerse un aro de oro en el perforado tabique de la nariz. Mas Bolaños aparentando no haber notado aquellas palpables disonancias, levantóse cortesmente, juntó los talones, puso tiasas las piernas, inclinó el cuerpo y besó la mano de su presunta suegra con toda reverencia y acatamiento.

—Nosotros, Bolaños, de viaje, como Clara se lo habrá comunicado, dijo doña Mónica al tomar asiento.

—Nada me ha dicho todavía, repuso Cheno estupefacto.

—No tuve tiempo, mamá, intervino la joven; acababa de llegar Cheno cuando vino papá y me mandó que te llamara.

—Así es, repuso Montalvo, estamos de marcha.

—¿Y para dónde? interrogó Cheno con visible mal humor.

—Primero para Nueva York y luego para Europa.

—¡Vaya, volvió a decir Cheno, pues me sorprende la noticia! Y ¿cuándo piensan Uds. marcharse?

—De un momento a otro, contestó doña Mónica; esta misma semana, o la entrante a más tardar.

Bolaños arrojó a Clara una mirada mitad de pregunta y mitad de reconvencción.

—Precisamente para dar a Ud. la noticia, le supliqué viniese a vernos, explicó la joven dirigiéndose a su prometido.

—Lo que menos esperaba, objetó éste. Imposible que me lo hubiera figurado; pero ¿por qué tal determinación? ¿Por qué tanta prisa?

Don Pablo dió la explicación.

—Las cosas, dijo, van tomando un cariz muy malo; diariamente aparecen nuevas partidas de insurrectos en los campos; reina por dondequiera grande y creciente inseguridad; no hay la menor esperanza de que tengamos paz: va a enmarañarse más y más todos los días la situación.

—¿Lo cree Ud. así? articuló Cheno pensativo.

—No lo creo, lo afirmo de la manera más rotunda. En fin, que el desplome no es acontecimiento de futuro, sino de estricto presente. Y, vea Ud., para que tenga más fe en mis palabras, debo decirle que no soy

agorero de malas nuevas, ni quiero dármelas de zahorí; sino que me refiero a hechos reales, efectivos y consumados. Ayer nada menos, recibí carta del aperador de una de mis haciendas, en la que me dá cuenta de haber caído una gavilla de malhechores en la finca, que robó cuanto en ella había, prendió fuego a las trojes, soltó la caballada a pastar en las sementeras, e hizo saltar con dinamita la caja de fierro, donde había como doce mil pesos en plata. No contenta con aquellos abusos y violencias, exigió un préstamo de treinta mil pesos, que mi dependiente no pudo entregar, por lo cual fué apaleado y amenazado con ser colgado de un árbol. Y de hecho, le suspendieron tres veces de una cuerda, cuidando de no privarle de la vida y poniéndole en tierra cada vez que parecía expirante, para hacerle de nuevo la misma demanda y amenazarle con el mismo martirio. Por fin, dejáronle colgado definitivamente y se marcharon dando la muerte por hecha; por fortuna era la cuerda demasiado delgada y se rompió, por lo que, después de largo rato de inconsciencia y desmayo, pudo volver en sí y arrastrarse hasta el jacal de uno de los gañanes, donde fué ocultado y atendido hasta que no hubo peligro. . . . Creame Ud., Bolaños, el país se revuelve de una manera espantosa, y sólo comienza el desórden.

—Pero, repuso Cheno, ¿por qué no opuso resistencia y no se defendió ese sujeto? ¿No tenía hombres ni armas disponibles? Un número muy reducido de valientes armados y posesionados de las azoteas, basta para habérselas con una multitud de bandidos.

—Hombres y armas había en la finca, y el aperador es un rancharo valiente.

—Pues entonces ¿cómo se explica, Sr. Montalvo?

—Muy sencillamente, amigo don Cheno: porque

aquellos preparativos tenían por único objeto y fin repeler a los ladrones, y no a los pronunciados, pues no quiero meterme a redentor, ni a algebrista del mundo. Allá que se las compongan los políticos con sus *ideales* y sus *reivindicaciones* como mejor puedan, que no he de mover el dedo meñique de la mano izquierda para atajarles el paso. Así que terminantemente había prevenido a mis sirvientes no hiciesen resistencia a los alzados, sino antes bien los acogiesen con cortesía y les prestasen los servicios que pudiesen. Una finca podrá ser fuerte contra una gavilla de malhechores; pero nunca contra los defensores y sostenedores de una causa política. Aparte de que no quiero mezclarme en la discusión armada, sería necedad combatir a esas bandas, que suelen convertirse en ejércitos más tarde, ganar las cimas del poder y realizar terribles venganzas.

—Bien, comprendo, repuso Cheno. Lo que no sé todavía es si aquella partida fué de alzados o de bandidos.

—Desgraciadamente lo último, Sr. Bolaños; pero como era tan numerosa y venía bien montada, armada y disciplinada, creyóse la de revolucionarios, y se les abrieron de par en par los portones de la finca. El aperador salió a parlamentar con el jefe, como si hubiese sido persona razonable.

—Allí tiene Ud. la cuestión, objetó Bolaños. Yo creo, señor don Pablo, y perdone Ud. la confianza con que se lo digo, que deben ser recibidos a balazos todas las partidas que se presenten ante las fincas de campo, por sí o por nó; porque en tiempos tan revueltos como los actuales, suelen disfrazarse los perversos con la careta de redentores del pueblo, y no hay medio alguno de arrancarles el disfraz. Así des-

acreditan y afrentan al mismo partido de quien se dicen paladines, porque los pueblos, haciendas y ranchos carecen de medios para distinguir a los unos de los otros. . . . Por lo que soy yo, prosiguió con cierta arrogante actitud en el tono y en el gesto, tengo sesenta peones bien disciplinados, fieles y valerosos, armados todos con excelentes rifles Maüsser, que he mandado traer de Alemania, y cuento con varios cientos de miles de cartuchos. Aparte de eso, poseo dos ametralladoras que hice colocar en el techo de la capilla, y desde allí vigilo y domino una respetable circunferencia. Mis sirvientes y yo tenemos por entendido que podremos resistir una acometida hasta de tres o cuatrocientos hombres mal armados y sin disciplina, de esos que forman chusma, señor don Pablo. Así que, al revés de Ud., he ordenado a mi gente que, apenas tenga conocimiento del avance de una partida, cierre los portones de la ranchería, requiera las armas, gane los sitios altos y abra el fuego sobre los asaltantes.

—Así me gusta, saltó doña Mónica, que era un poco hombruna, con grande y positivo entusiasmo. Esto es lo que se necesita en nuestro país: que cada cual defienda lo suyo valientemente y con las armas en la mano.

Pero Clara, más femenina que la autora de sus días exclamó:

—No, Cheno, esas son imprudencias. Es preciso que tenga Ud. más cuidado; no arriesgue la vida con tanta facilidad.

—Mi hija tiene razón, terció don Pablo; una equivocación, una sola, y estará Ud. perdido. O bien, si San Víctor no se rinde y es tomado a sangre y fuego, no habrá piedad para Ud., ni para sus sirvientes, ni para sus propiedades.

—Bien podrá ser, repuso Bolaños con sangre fría; pero entre si son galgos o podencos, dispararán los rifles y las ametralladoras.

—¿Y si le matan? articuló la joven con visible alarma.

—Si me matan, bien muerto y se acabó, contestó Bolaños con acento determinado. Prefiero morir en la refriega a ser humillado y escarnecido por los bribones.

Iba a seguir la discusión, cuando se presentó el mesero diciendo que los señores estaban servidos, y todo el grupo se trasladó al comedor. Allí continuó tratándose del mismo asunto, aunque desde otro punto de vista.

—Oigame Ud., señor Bolaños, dijo Montalvo ¿por qué no se viene con nosotros? Un viajecito por Europa le sentaría muy bien.

—De veras, agregó doña Mónica; sea Ud. nuestro compañero.

—Ande Ud., rogó Clara, aproveche la ocasión y júntese con nosotros.

—Imposible, repuso Bolaños, eso no es hacedero.

—Pero ¿por qué nó, amigo Cheno? preguntó don Pablo. Vamos a ver, explique Ud. las causas.

—Porque mis negocios no lo consienten, necesito vigilarlos personalmente, o dejarlos bien acondicionados durante mi ausencia.

—Prepárelos, Bolaños, déjelos en regla antes de la marcha. Así debe ser; pero eso se hace en unos cuantos días, insistió Montalvo. Va Ud. a San Víctor, dicta las disposiciones que mejor le acomoden, y luego regresa a Méjico para reunirse con nosotros.

—Sí, Bolaños, apoyó doña Mónica. Ud. no tiene familia ni compromisos que le retengan en la Repúbli-

ca. Está como la pluma en el aire, libre y ligero; de suerte que a la hora que le plazca, puede acomodar las maletas y echarse por esos caminos.

—Tiene razón mamá, agregó Clara, pocas personas disponen de tantas facilidades como Ud. para emprender un viaje en cualquier momento.

—No tanto, Clara, no tanto, repuso Bolaños pensativo; menos de lo que Uds. se imaginan.

—Sí, insistió la joven con mimo, véngase con nosotros. ¿No le agradaría viajar en familia? Ande Ud., Cheno, no sea malo.

—Como quiera que fuese, contestó Bolaños semi-vencido, necesitaría algún tiempo para dejar bien arreglados mis asuntos, y no sería justo hacer a Ud. mala obra, estorbando sus movimientos.

—Tendríamos el mayor placer en aguardarle cuanto fuese necesario. ¡No faltaba más!

—Sí, terció la joven, esperaremos a Ud. cuanto sea preciso.

—¿Cuánto tiempo tardará Ud. para estar listo? interrogó don Pablo.

—Unos quince días cuando menos, contestó Cheno. Pero eso no puede ser; sería un abuso imperdonable.

—¡Acabara Ud! repuso Montalvo gozoso. ¡Quince días! ¡Vaya Ud. a ver! ¡Qué son quince días! Vamos, podríamos conceder a Ud. hasta tres semanas para que no se afanase demasiado; porque, vea Ud., en puridad no estamos obligados a partir en fecha fija, y lo mismo nos da una que otra.

—Son Uds. muy bondadosos.

—¿Con que sí? interrogó Clara con voz insinuante.

—De mil amores desearía contestar afirmativamente desde luego; pero no me es posible, Clara. ¡Si vie-

ra Ud. cuán complicados están mis negocios! Se me confunden las ideas cuando pienso cómo habré de disponerlos para que no haga falta mi presencia.

—¡Ea! amigo Cheno, Ud. es hombre de recursos y de inteligencia; no le faltará medio, si lo quiere, de resolver bien el problema.

—Así es, terció doña Mónica; la dificultad es fácilmente vencible.

—Veremos, veremos; ojalá así sea, repuso Cheno caviloso.

—Por mi parte, agregó don Pablo, doy por terminado el asunto, y cuento con la compañía de Ud.

—Sí, sí, Cheno, exclamó Clara.

—No hay que hablar más de ello, dijo don Pablo. Esperamos tres semanas y partimos juntos.

—No me agrada comprometerme a nada, antes de haberlo pensado bien. ¿Me conceden Uds. plazo para resolver? parlamentó Bolaños.

—Sí, con tal que no sea tan largo, repuso doña Mónica.

—No, no; veinticuatro horas nada más, resolvió Clara.

—Sean, pues, las veinticuatro, asintió Cheno. Mañana mismo resuelvo si puedo o no hacer el viaje.

La cena había concluido entretanto, y comenzaba a servirse el café; pero don Pablo, alegre y rebotando expansión, mandó traer champaña e hizo descorchar una después de otra, un par de botellas.

—A la salud de Ud., señor Bolaños, dijo Montalvo haciendo chocar su ancha copa con la de Cheno.

—¡A la de Uds! repuso éste haciendo un ademán circular con la suya antes de vaciarla.

—¡Por nuestro viaje! exclamó Clara, triunfante.

—¡Por nuestro viaje! repuso Cheno entusiasmado.

—Otra cosa, dijo Clara: ¿Tiene Ud. algún quehacer preciso mañana temprano?

—No, repuso Cheno; puedo disponer de mi tiempo hasta las diez.

—Bien, en tal caso, continuó la joven, invito a Ud. a una partida de *tennis* a las siete.

—Tiempo ha no me ejercito en ese *sport*, repuso Bolaños; debo estar muy torpe y retrasado.

—No importa; es un pretexto para reunirnos. Ya verá Ud. qué buen número de amigos y amigas va a encontrar en nuestro *corte*.

—Bien, si Uds. dispensan mis deficiencias, acudiré a la cita. ¿Dónde está el *corte*?

—Es el mismo que Ud. ha frecuentado: el *Good Hope*.

—¡Ah, sí, cómo nó! A un lado del Paseo de la Reforma. ¡Imagínese Ud. si le conoceré! Fuí uno de los fundadores . . . hace como cinco años. Por cierto, conservo la llave de mi *locker*. Sólo Dios sabe en qué estado se hallarán todas mis cosas.

—Son muy cuidadosos los guardianes, Cheno, deben estar flamantes.

CAPITULO XIV

EN EL TENNIS

DE madrugada se levantó Bolaños el día siguiente, aguijoneado por la idea de que tenía que ir al campo de *tennis*, llamado *corte* (sonsonete de *court*, lugar donde se juega a la pelota) por los anglómanos, que son muchos entre nosotros; y como el aristocrático *Good Hope* se hallaba a corta distancia del hotel Astoria, no tuvo que andar largo camino para llegar a donde iba. A las seis de la mañana abrió el *locker* donde tenía guardados sus útiles de jugador, y halló que, durante su dilatada ausencia, los asiduos *sportsmen* que a aquel sitio concurrían, habían hecho uso liberal de todas sus pertenencias, contando sin duda, con la complacencia del empleado que tenía a su cargo la vigilancia de aquellas preciosas alacenas. Camisa, pantalones, sombrero, cinturón (todo de género blanco) habían envejecido mucho, y estaban ludidos y percutidos por el maltrato. Los zapatos de lona y suela de goma, sobre todo, en tal estado se hallaban, que no era posible calzarlos.

Grandísimo enojo cobró Cheno con todo ello, y

hasta quiso avistarse con el guardián para decirle cuántas eran cinco; pero halló que éste era enteramente nuevo en el empleo y nada sabía de lo hecho o no hecho por su predecesor. Por lo cual, después de soltar en alta voz algunas palabrotas para que se las apropiase aquel a quien le conviniesen, no tuvo más recurso que resignarse, aunque refunfuñando, a vestir aquel estropeado y deslucido vestuario. Las tiendas a esa hora estaban cerradas todavía, y no podía comprar prendas nuevas. ¡Voto a sanes! ¡Qué suerte más negra! Lo único que logró en tan apretado caso, fué proveerse de calzado y raqueta flamantes, porque había ambas cosas en las oficinas del *Good Hope*.

Así pasó el tiempo, en medio de desagradables investigaciones, hasta que sonaron las siete, que era la hora de la cita con Clara. La turbamulta de *sportsmen* y *sportswomen* que de improviso llenó el campo de *tennis*, halló a Cheno listo para todo; pero ¡en qué forma! Más parecía un pobretón con pujos ridículos de elegancia, que un aristócrata, rey de la moda y espejo y desesperación de la nueva juventud, aspirante a los esplendores del *chic* y de las cosas *comm'il faut*. Bolaños había engruesado con el tiempo, y cabía apenas en sus pantalones, y, sobre todo, no armonizaba bien su negra, rizada y tupida barba, con aquellas prendas de vestir, medio infantiles y medio marineras. El mismo comprendía que no se hallaba en su papel, y andaba y se movía con torpeza; estaba como acortado dentro de su vieja vestimenta y tenía movimientos torpes y sin gracia, muy ajenos a su naturaleza, hábitos y educación. El efecto que su estampa produjo en el espíritu frívolo y burlón de aquel grupo de mozos y doncellas de la más alta *crema* social, con el cual estaba ya como desligado por razón de su edad

madura, fué muy amargo para él y muy regocijado para ellos. Mirábanle con impertinencia, analizándole de pies a cabeza y fijando la vista en los peores detalles de su pobre exterior; y Cheno, que se daba allá en sus adentros a todos los demonios en aquel trance, tenía que aparentar serenidad y buen humor para desarmar a críticos y fisgones. Clara se sintió conternada ante la triste facha de su novio. Venían con ella *Netty, Lilly, Raoul y Thomas*, nuestros antiguos conocidos, otras varias jovencitas y media docena de barbilindos de lo más delicado, sutil y pasado por alambique de la nueva aristocracia citadina, tales como Jack (que debiera ser Jacobito por venir de Jacques, que en francés significa Jacobo, pero que absurdamente quiere decir Juanito en inglés) y Dick (Ricardito) y Ellick (Alejandrito) y Hal (Enriquito), y Peg (Margarita) y Lulú (Luisita) y Patty (Martita), todos mejicanos y algunos hasta medio indígenas; pero que, habiendo cruzado por los Estados Unidos o por Inglaterra como aves de paso, habían adoptado aquellos extravagantes y absurdos diminutivos para dárselas de extranjeros, o al menos de pasados por agua, como los huevos, a fin de tener más consideración y prestigio a los ojos de la gente de arriba, frívola, sin seso e idólatra de lo forastero y exótico.

Thomas llevaba en el ojo derecho el eterno monóculo.

—¡Cuán puntual, Cheno! dijo Clara a Bolaños dominando cuanto le fué posible el mal humor.

—Desde las seis estoy aquí, Clara, repuso el joven; por cierto que he hecho una cólera atroz.

—¿Por qué? interrogó ella con interés. ¿Qué ha sucedido?

—Que no sé quién o quiénes han abierto mi *locker*,

y tenido el atrevimiento de hacer uso de todas mis cosas. ¿No ve Ud. qué viejo y sucio está esto?

Y Cheno señaló con la diestra la ropa que llevaba. Indiscretas risillas de mujeres sonaron aquí y allá; los pisaverdes reprimieron apenas su buen humor, y *Thommy*, desarrugando el ceño, dejó caer el redondo cristal que aprisionaba entre una ceja y un pómulo, y que pendiente de ancha cinta de negra seda asegurada a la solapa de la americana llevaba, para distraerse volviendo a colocar la lente en su lugar y no soltar una carcajada. Bolaños se dió cuenta de todo, y en un tris estuvo que no estallase su cólera prorrumpiendo en no muy pulcras interjecciones; pero se dominó, aunque no hasta el punto de no arrojar en torno una furibunda mirada. Los circunstantes comprendieron que estaban frente a frente de un hombrachón irritado, y callaron prudentemente, salvo haber seguido riendo y haciendo alegres comentarios al verse lejos o a cubierto de aquellos ojos coléricos.

—En efecto, repuso Clara con seriedad, están muy usadas esas prendas. ¡Qué abuso, por Dios!

—Ha sido un verdadero sacrificio para mí el echármelas a cuestras, continuó Bolaños; pero como a estas horas está cerrado el comercio, no me quedó más recurso que ponérmelas. Sólo pude comprarme calzado y raqueta aquí mismo.

Al decir esto, mostraba los zapatos albeantes y la amarilla raqueta de limpias, tirantes y cruzadas cuerdas, que asida por el mango en la diestra mano llevaba.

—Por fortuna ha adquirido Ud. lo principal, repuso la joven, pues sin buenos zapatos y buena raqueta, no es posible jugar pasaderamente; mientras que

todo lo demás es de importancia secundaria. No se preocupe Ud., Cheno, no vale la pena.

Algo tranquilizaron a Bolaños aquellas palabras, y así lo manifestó en el barbudo rostro, menos contraído y avinagrado ya que al comenzar el diálogo. Luego corrieron los jugadores en dirección del salón donde se hallaban sus respectivos *lockers*, riendo y armando algarabía. Siguiólos Bolaños con la vista, y, sin duda por hallarse mal prevenido contra aquella legión de locos, le pareció que iban cuchicheando y haciendo comentarios a costa suya.

—No me gusta la mañana, murmuró para su coletto, mientras daba lentos pasos por el campo de *tennis*; mal comienza. ¿Cómo irá a terminar?

Y se absorbió en quién sabe qué increíble número de penosas e irritantes consideraciones, que le hicieron resollar gordo y sacudir por el aire con tremenda furia la raqueta. Por fortuna no tardaron en volver los jugadores, vestidos ya en traje de carácter. Habían dejado sobretodos y pelerinas en los *lockers* y calzado los amplios zapatos sin tacones que el caso requería. Cortas eran las faldas de las jóvenes, de suerte que dejaban al descubierto las piernas hasta más arriba de los tobillos, y en plena exhibición los aplanados pies, que parecían grandes, anchos y sin pizca de gracia dentro del holgadísimo calzado. Los recios cinturones, las flotantes corbatas, las blusas de alto cuello masculino vuelto hacia abajo y las amplias mangas abotonadas en torno de las muñecas, que llevaban, dábanles aspecto semihombruno. Cubrían la cabeza algunas de ellas con ligeros sombrerillos de gasa y tul de anchas alas, arreglados sobre armazones de fino e invisible alambre; en tanto que los de otras eran de suave lona y leve

falda doblada hacia la copa y desdoblada sólo en la parte delantera, por gracia y gentileza.

Parecía que los caballeros se habían puesto simplemente en paños menores. Su camisa blanda de volteado cuello y sus amplios pantalones recordaban la camisa y los calzones de la plebe; y contribuían a producir aquel efecto óptico, las vastas alpargatas o babuchas de blanca lona enlucida con polvo de tiza, en que traían metidos los nada pequeños ni graciosos pies.

No puede ni debe negarse que, a pesar de aquel extravagante *deshabillé*, había algunas figuras femeninas que parecían graciosas; pero también ha de decirse que tal resultado debíase, no al uniforme deportivo que habían adoptado, sino a la virtud irresistible de las bien trazadas y armoniosas líneas de sus cuerpos y rostros. Era Clara del número de las jóvenes a quienes tan descuidado traje no perjudicaba, pues, aun cuando tenía la piel un tanto amarilla, no llegaba hasta el punto de contrastar con la albura del sombrero, la falda y la blusa, y hacía juego con el cinturón de cuero de Rusia, de ligero tinte ambarino. Alta, gallarda y fuerte, iba difundiendo garbo y donaire por donde pasaba; tanto, que por tácito consentimiento del grupo, era tenida por la reina o capitana de todos, hombres y mujeres.

Thommy, por su parte, lucía bien la esbeltez de su talle, la fina y vigorosa musculatura del cuerpo y la ligereza de los movimientos en aquella elemental vestimenta de salto de cama a media noche, como payama índica. Desembarazado del enorme y redondo cristal que innecesariamente y sólo por presunción de continuo sobre el ojo derecho portaba, parecía de rostro simétrico y atractivo, en plena floración de juven-

tud; blanco y sonrosado, como el de un efebo ateniense. Era visiblemente el preferido y favorito de la mayor parte de las jóvenes, que a cada paso le llamaban y pedían consejo con diferentes pretextos o motivos.

—*¡Thommy, arrégleme la raqueta!*

—*¡Las pelotas, Thommy!*

Y *Thommy* por aquí y *Thommy* por allá, que no parecía sino que era el único joven que había en la reunión. Otros mozalbetes parlanchines y bullangueros armaban gresca y estrépito procurando ser graciosos y atraer la atención de las muchachas; pero ninguno tan plenamente lo lograba como aquel inglés fingido, que, despojado de sus trivialidades e insulseces, hubiera triunfado no solo allí, sino también en cualquier otro círculo. Pero ¡qué remedio! La corriente de la vanidad y de la moda había llevado por aquel camino, y había engolfado en él de tal suerte, que ni siquiera se le ocurría la idea de retroceder o de tomar cualquier otro sendero.

Cheno lo observaba todo con ojos enemigos y desconfiados, y por instinto, cobró desde luego inquina y mala voluntad al buen mozo y relamido *Thommy*. ¿Era envidia lo que sentía? ¿Era despecho? ¿Eran celos? Un poco debe haber habido de todos aquellos corrosivos elementos en el atroz compuesto de repulsión que contra él sentía, pues le había amargado la boca, como pócima repugnante. ¡Tener él treinta y seis años y el otro poco más de veinte! ¡Ser tan grueso y tosco, y el otro tan delicado y esbelto! ¡Estar él tan mal trajeado, y el otro tan elegante! ¡Sentirse él tan infeliz a los ojos de Clara, y ver al otro tan solicitado y admirado por ella! ¿No eran aquellos contrastes, causa suficiente para despertar su despecho? A cualquiera otro hubiérale pasado lo mismo en igual caso; pero

más, mucho más, pasábale a él, que era tan imperioso y soberbio. Abstúvose, no obstante, de dar a conocer sus sentimientos hostiles a *Thommy*, que no se curaba de él en lo más mínimo, y aparentó no paramientos en la gloriosa grandeza de aquel extranjerizado personaje; pero la rivalidad quedó bien determinada en su volcánico pecho desde aquel punto y hora.

En el primer juego de la primera serie, Clara escogió a Bolaños por compañero, y *Netty* a *Thommy*.

—Juego ganado por tí, dijo *Netty* a ésta última.

—¡Quién sabe! repuso Clara con modestia.

—No hay aficionado al *tennis* que lo haga mejor que tú; eres famosa.

—No tanto, y hasta creo que lo dices por broma. Además, llevas un compañero de primera fuerza. *Thommy* es el más listo de nuestros amigos.

—El tuyo debe serlo también, repuso *Netty* clavando en Cheno una mirada indefinible.

—Lo fué en efecto, cuando se estrenó este corte; pero hace tiempo que no juega.

—Ahora lo soy pésimo, afirmó Bolaños, que escuchaba el diálogo.

—Pero ¿por qué, señor? interrogó *Netty* con seriedad.

—Por eso mismo, porque hace cuatro años no tomo la raqueta.

—Pero lo que bien se aprende, mal se olvida, objetó Clara con benevolencia.

—Ojalá así sea, repuso Bolaños suspirando.

—En fin imanos a la obra! exclamó Clara, ya veremos lo que sucede.

Ocuparon su sitio las parejas a un lado y otro de la red.

—*¿Ready?* preguntó Clara blandiendo la raqueta.

—*¡Ready!* repuso *Netty* más allá, con su clara voz argentina.

Y comenzó el juego. Por desgracia había sido designado Cheno como sacador, pues vióse desde luego que había perdido su antigua maestría, y que a tal punto le había pasado eso, que habiendo hecho botar con fuerza la pelota, no pudo lanzarla al lado opuesto, por más que dió dos o tres golpes en el aire con la raqueta. Aquel contratiempo le puso nervioso, y de ahí en adelante, no hizo más que puros desatinos. Unas veces ponía los pies más acá de la línea de las bases, otras daba en la red con la pelota, o bien la enviaba lejos, muy lejos: y hasta llegó a suceder que, iracundo y fastidiado al hacerse cargo de su torpeza, imprimiese impulso tan desmedido a la redonda bola, que fuese ésta a dar, no sólo fuera de aquel campo de juego, sino hasta más allá del contiguo. En vano la ligerísima y experta Clara se empeñaba en remediar su torpeza haciendo prodigios de destreza; la terrible *Netty* y el tremendo *Thommy* llevaban siempre la delantera y contendían con tal desembarazo con ellos, que en un abrir y cerrar de ojos ganaron la partida.

El segundo juego de la serie fué peor que el primero, porque Cheno estaba ya amostazado y mohino y Clara se había tornado seria, callada y displaciente; en tanto que en la fila contraria se había despertado tan alegre buen humor, que a Bolaños más que júbilo y retozo, burla y mofa le parecía. Y todo fué errar, cometer torpezas y desbarrar pasmosamente para el pobre hombre, que no sabía ya de sí, y daba pesados saltos, como de elefante, y patadas como de mula, y manotadas al espacio como de loco, sin orden, concierto ni regla; que no parecía sino que un soplo ma-

ligno le había envuelto, le empujaba por extraviada senda e iba a arrojarle en el despeñadero de la ridiculez. Y la pelota, entretanto, iba y venía por el aire, rápida y silbante como un proyectil, inaccesible a su raqueta, volando a las veces tan alto, que no le era posible alcanzarla por más que brincase, o tan baja y arrastrada, que antes rascaba el pavimento con la raqueta que tocarla siquiera, o tan veloz en su trayectoria, que le dejaba inmóvil y boquiabierto al pasar junto a él, o con tan raros, estudiados y magistrales efectos disparada, que, cuando la buscaba por la derecha, giraba malignamente por la izquierda, y cuando hacia la izquierda, por la derecha. Delirante, frenético, desesperado, llegó Cheno a imaginarse que aquella perversa bola tenía alma, y diabólica y burlesca; y que sus botes, rebotes y efectos, eran pura mofa, y sus silbidos, risillas de escarnio, y sus giros y revueltas, artimañas de que se valía para ponerle en berlina y hacer rebosar y desbordarse la colmada copa de su paciencia.

Aquella prueba era tremenda, y superior al nunca refrenado e irascible carácter de Clara; de suerte que, a medida que la incapacidad y la ceguera de Bolaños crecían, iba oscureciéndose más y más el humor de la joven, iba agotándose rápidamente su tolerancia e iba surgiendo potente, arrollador en su pecho, no el desdén, no la lástima, sino el desprecio, un hondo desprecio hacia el tonto, deslucido e insoportable Cheno. Como juegos y frivolidades, juntamente con recepciones, teatro y saraos, formaban toda la vida de la rica heredera, daba importancia capital a aquellas nimiedades. Sentíase humillada de tener por compañero a aquel individuo tan gordo, incapaz y mal vestido, y no podía menos de establecer comparaciones entre él

y Thommy, que representaba lo más exquisito del buen porte y de la distinción; todas ellas, se entiende, en alto grado ofensivas para su necio e insufrible novio. ¡Oh! si en vez de tomar a Bolaños por compañero, hubiese elegido a Thommy! ¡Cuán distinto hubiese sido el éxito de las partidas! Pero ya no había remedio; formaba parte de una pareja triste y menguada, que daba mucho que reír a los espectadores. Cosechar risas y zumbas, cuando ella, Clara, no había recogido más que aplausos y admiración durante toda su vida!... Era cosa muy fuerte. ¡Y de ello tenía la culpa aquel ser extravagante, aquel personaje ventruado, cubierto de vello y de incómoda barba, que, vestido de prendas viejas y sucias, a su vera tenía! Rápidamente, sin reflexión, y con esa especie de vértigo que se apodera de la gente frívola en ocasiones semejantes, sintió que se desvanecía toda su inclinación hacia Cheno, que no le amaba ya, y que no podía unir su suerte a la de sujeto tan destituido de gracias cortesanas! Así, por motivos insignificantes y microscópicos, suelen mudarse los sentimientos de las almas y cambiar de rumbo los humanos destinos.

Todo lo adivinaba Cheno por instinto, y la rabia le tornaba más lento, pesado y tardo; así que, no había tontería que no cometiese. Ora pescaba la bola con la mano a la pasada, en vez de chazarla con la raqueta, o soltaba ésta y la enviaba dando vueltas por los aires, o, para colmo de escándalo, dirigía la pelota con tan mal tino, que iba a dar a las narices mismas del Juez del campo. Y así, por el estilo, no había regla que no desconociese, alterase o infringiese, y su ejecución no era juego, sino desbarajuste, disparate, barbaridad.

En tal conflicto, crisis y aprieto, perdió Clara los

estribos y ella misma cometía torpeza tras torpeza, absurdo tras absurdo; y aquello la tenía fuera de sí, incapaz ya de dominarse ni de medir sus palabras. Así que brotaban éstas, aceradas, ofensivas, de su contraída y preciosa boca. Varias veces se le oyó exclamar:

—¡Cheno, por Dios!

—¡Qué es eso, Bolaños!

—¡Hombre de Dios! ¡Está Ud. loco?

A lo cual respondía él con un gruñido y con un feroz golpe de raqueta, que más parecía coz y zarpazo de bestia, que movimiento pacífico y deportivo.

Y no fué eso lo peor, sino que Clara, sin recordar que Cheno la comprendía bien, entendíase en inglés con la pareja contraria para lanzar invectivas contra Bolaños; y que, en diálogo con Netty y Thómas, llamó a su novio *slow* y *heavy*, y fué subiendo en el diapasón de sus calificativos hasta acabar por llamarle *rude* y *stupid*; todo lo cual significaba, lento, pesado, rudo y estúpido. No era Cheno para soportar aquella situación ni para hacer oídos de mercader a tales epítetos; ni mucho menos cuando Netty los repetía una y otra ocasión, y Thommy, aun cuando guardaba silencio, los celebraba disimuladamente con guiños y sonrisas. Aquello se había vuelto una gresca, una frasca, una fiesta de toros: era demasiado para una naturaleza fulminante como la de Cheno. Y no pudo continuar. Cortóse, pues, a la hora menos pensada, como restalla y se rompe una cuerda demasiado tensa. Llegó, pues, un momento en que, al oírse llamar *stupid!* por su amada, alzó Cheno la voz, frunció el ceño, arrojó fuego por los ojos, vió a Thommy con pupilas flamígeras, con ira a Netty, con profundo rencor a Clara, y soltando dos o tres ternos que no eran

propios de aquel sitio ni de aquella sociedad, cogió la raqueta, estrellóla contra el suelo, huyó del campo del *tennis* antes que la partida terminase, y se dirigió con paso colérico a su casillero para mudar de traje y largarse de aquel lugar mil veces maldito.

Entretanto, después de la natural sorpresa que sus palabras y brusca deserción habían producido en el ánimo de Clara, Netty y Thómas, saludaron éstos con un coro de carcajadas aquel grotesco final de la más chusca partida de *tennis* que en el *Good Hope* se hubiese nunca jugado. Luego se habló del asunto unos minutos, se criticó al ausente con crueldad inaudita, y Clara concluyó por levantar los hombros con infinito desdén.

—¡Oh, *shocking!* exclamó con el bárbaro propósito de aplastar a su antiguo amigo.

En seguida se organizó una nueva partida, con ánimo sereno y desahogado, la cual fué mejorada con el ingreso de nuestro conocido *Raoul*, que andaba suspirando por Netty en las tinieblas exteriores. Ella le acogió con benevolencia y Thommy se pasó al partido contrario, esto es, al lado de Clara. Las cosas se caían de su peso. Aquello era lo natural y puesto en el orden, en tanto que la situación anterior, había sido violenta y contra natura. Y poco después, olvidados aquellos cuatro espíritus chocarreros del disgusto acabado de pasar, reinó armonía tan perfecta de un lado y otro de la red, que no parecía sino que las dos parejas hubiesen caído en la que Cupido les tendiera.

Y mientras todo era correr, disparar y rechazar la bola, reír y regocijarse en aquel campo o *corte*, pasaba Bolaños la pena negra en el aposento de las alacenas, pensando en la humillación que acababa de sufrir y meditando lo que debía de hacer para desenlazar dig-

namente tan ridícula situación. Despojóse por lo pronto de la gastada y sucia vestimenta que ceñida al cuerpo había llevado, como el centauro Neso su candente túnica; pateóla furioso, sin saber lo que hacía y, llamando después al empleado que cuidaba los casilleros, le regaló no sólo aquellas sucias y viejas prendas, sino también los blancos zapatos acabados de estrenar, y el sombrero por añadidura. Y se caló el de fieltro que en la calle usaba, y se dirigió a la salida del *Good Hope* con ánimo de alejarse de aquel infierno; pero volvió atrás muy a poco, y tornó a dirigirse hacia afuera, y vaciló, y anduvo y desanduvo varias veces el camino, y no se marchó al fin, sino se quedó adentro, atisbando desde lejos a los alegres jugadores, y despechado al ver tanta juventud y tanta alegría allá a lo lejos, mientras él se sentía tan humillado. Y así anduvo vagaroso entre los árboles y las casetas de madera de los guardianes, procurando no ser visto por los amigos de Clara. La espera fué muy larga, porque las partidas se sucedieron a las partidas, y trascurrieron las horas, y el juego de allá y el martirio de acá parecían no tener fin, ser odiosamente interminables. A cada rato consultaba la muestra, y parecía que no caminaban las manecillas, por lo que se veía tentado de hacer lo que aquel bobo del cuento que, cuando tenía una cita y hallaba el tiempo demasiado largo, echaba mano al reloj, y le adelantaba para que marcase el momento deseado. Al fin sonaron las diez, esto es, la hora que él había fijado en la casa de Clara para el arreglo de sus negocios antes de salir para Europa; pero ¡cómo había cambiado la disposición de su ánimo de la noche a la mañana! ¡Ir a Europa! ¡Quién lo pensaba! Ni ¡quién tampoco, en acompañarse con la familia Montalvo! Aquello había

sido un sueño, que se había trocado en pesadilla. Ahora estaba despierto; pero ¡qué despertar tan deplorable! ¡Qué realidad tan maldita!

En esto concluyó la lejana algazara y comenzó la retirada general. Acercábanse las voces y las risas, y se veía corretear por el césped a las alegres parejas. ¡Al fin, al fin! Bolaños se sintió aligerado del peso de tan prolongada expectación y lanzó un suspiro de contento. Buscó en derredor alguna caseta donde refugiarse, y halló una en reparación, que estaba casualmente abierta. En ella se guareció, cerrando tras sí las desvencijadas hojas de madera. Hallábase colocada precisamente junto al departamento de baños, un punto excelente para acechar; así que pudo presenciar el desfile de la alborotada juventud, al través de las hendeduras y agujeros de las mal ajustadas tablas, y hasta escuchar lo que entre sí decían *ellas* y *ellos*. Pero no prestó oído a palabras algunas, que no fuesen las cambiadas entre Clara y Thómas; las otras le parecieron voces extranjeras y sin sentido. Y el corto diálogo que percibió al pasar junto a él su ex-prometida y el joven del monóculo, parecióle sustancioso, amargamente sustancioso.

—¿Y Róbinson? preguntó burlonamente el joven. ¿Se habrá ido, o andará todavía por aquí?

—Debe haberse marchado; estaba hecho una furia. Anoche me dijo tenía quehacer a las diez.

—Es un verdadero troglodita.

—Es más bien un ogro, como aquel del *Gato con Botas*.

Ambos se echaron a reír como si alguien les hiciera cosquillas. En seguida se despidieron, diciéndose en voz baja algo que Bolaños no pudo escuchar, y entraron en los baños de regadera, ella en el departa-

mento de damas, y él en el de caballeros. Lógicamente hablando, debió haber concluído en aquel momento el espionaje de Cheno, pues parecía haber terminado todo lo que le concernía; pero no fué así, porque algo que no pudo explicarse, le dijo que aun había cosas importantes que observar: así que continuó atisbando por las resquebrajaduras de la madera. Pasó algún tiempo sin novedad, y ya se disponía a dejar su escondite, cuando le pareció percibir recatado cuchicheo no lejos de la caseta, en próximo recodo que resguardaba y encubría un tabique de ladrillo a medio construir. El instinto y los celos, que suelen ser habilísimos guías de los corazones despéchados, le hizo salir de la caseta, acercarse de puntillas al lugar de donde venían los murmullos, y aplicar el oído con redoblada atención. Pocas fueron las frases que pudo recoger; pero las suficientes para orientarse.

—¡Clara!

—Thómas!

—¡Encantadora!

—¡Simpático!

—¿Y el otro?

—No sé.

—Es una fiera.

—Es un ridículo.

No oyó ni quiso oír más el enfurecido Bolaños: de un salto se introdujo en el recodo, y cayó en el oculto rincón, en los momentos precisos en que Clara se echaba en brazos de Thómas, y éste le imprimía en la boca un beso tan prolongado como el dantesco de Paolo y Francesca. Los jóvenes sorprendidos, desuniéronse rápidamente y lanzaron a Cheno miradas de sorpresa, que pronto se convirtieron en relámpagos de ira.

—¡Oh, esto es odioso! exclamó Clara roja como un pimiento. ¿Hasta eso ha llegado Ud., señor?

—Hasta ésto, señorita; y Ud. ¿hasta dónde?

—Caballero, terció Thómas, no permito a Ud. hablar así a esta dama en mi presencia.

—No pido permiso, repuso Cheno con mofa; me lo tomo.

—Después, después se hablará de lo que Uds. gusten, interrumpió Clara, que un tanto repuesta del susto, comenzó a temer el escándalo. Vámonos, *Thommy*.

Y diciendo así, tiraba del joven por una manga del jaquet.

—Por la mano debe Ud. llevarse al chicuelo, observó Bolaños; o tal vez mejor en los brazos.

—¿Qué está Ud. diciendo ahí? interrogó Thómas con acento provocativo y ojos de centella. Y se acercó a Cheno.

Llevaba ya el vestido de calle, y se había puesto el monóculo. Bolaños le contempló un instante con infinito desdén, y luego, rápido como el pensamiento, le arrancó el cristal del ojo y la cinta de la solapa, y dió con uno y otro en un montón de ladrillos donde se estrelló el vidrio. Thómas quiso defender sus elegantes pertenencias; pero no pudo lograrlo por la violencia de la agresión. Palideció hasta ponerse plomizo, lanzó una maldición, cerró los puños y embistió furiosamente contra Bolaños; pero éste, que tenía larga práctica en ese género de lances, le recibió tan bravamente, como el caso lo demandaba. Ambos contendientes habían hecho parte de sus estudios en universidades norteamericanas, y conocían bien el pugilato; pero se desentendieron de que el *match* no se ajustaba a las reglas del *box*. En efecto, uno de ellos, Bolaños, era de peso *máximo*, mientras el otro,

Thómas, era de peso ligero. Mas distaban mucho los ánimos de prestarse a tales análisis y disquisiciones, y el combate comenzó sin pérdida de momento, entretanto que Clara, asustada por las consecuencias que aquel encuentro pudiera tener, suplicaba con acento consternado:

—Por Dios, señores, por la Virgen Santísima.... Después, en otro lugar.... *Thommy*, por lo que más quiera Ud....

Pero nada, que aquellos rivales coléricos nada veían, oían ni entendían, y se irguieron el uno frente al otro como dos gallos de pelea. Thómas llevaba la ventaja de la agilidad; Cheno la de la fuerza. Estaban equilibrados los campeones en cierto modo; por eso pudo prolongarse la pugna. Si Cheno hubiese logrado dar un sólo bofetón a Thómas, habríale dejado maltrecho e impotente para continuar la brega; pero no lo lograba, porque el esbelto pisaverde sabía esquivarlos todos, bien acudiendo prestamente con los brazos a las paradas, bien apartando el cuerpo a uno y otro lado, o bien inclinando hacia adelante la cabeza para que sobre ella pasasen los golpes; de suerte que los férreos puños de Bolaños andaban inútiles por dondequiera, como aspas de molino agitadas por el viento. Thómas, en cambio, no se limitaba a defenderse, sino que de tiempo en tiempo, asestaba en rápida respuesta algún irritante *swing* o algún doloroso *hook* a Bolaños, quien daba al recibirlos fuertes resoplidos y profería amenazas espantosas. No obstante, como había logrado endurecer por medio del ejercicio, las paredes de su caja torácica, podía resistirlos sin caer, como si la tuviese resguardada por una coraza de acero. El tiempo no pasaba en vano, con todo, y Cheno, que era demasiado robusto y un tanto pesado,

comenzó a fatigarse, a respirar con dificultad y a sudar con abundancia: en tanto que Thómas no sólo no daba muestras de cansancio, sino hasta parecía cobrar nuevos bríos a cada momento. Por lo que, comprendiendo Bolaños que, de continuar así las cosas, estaría perdido y quedaría vencido por aquel muñeco, tomó de pronto una resolución desesperada; la cual consistió en lanzarse sobre su adversario con la cabeza baja, recibiendo y resistiendo un aguacero de dolorosas puñadas, hasta lograr juntarse con él, cuerpo a cuerpo. Si aquel *match* hubiese tenido lugar en un tablado, frente al respetable público y con todos los requisitos que exige la etiqueta deportiva, no hubiera faltado sin duda, un amaestrado *referee* o autorizado *umpire*, que hubiesen apartado a los combatientes, evitando el *clinch* o abrazo atlético, que hace que el nobilísimo *box* degenera en plebeya lucha; pero como no había por todo aquello, árbitro, juez o cosa por el estilo, que impidiesen tal conjunción, resultó el incidente inevitable, por más apartado de la regla que anduviese. Así que, Cheno, aunque dolorido y magullado en varias partes del busto y de la cabeza, logró hacer retroceder a su adversario hasta ponerle de espaldas contra el tabique, y, una vez allí, cogerle primero por los puños, y enlazarle por la cintura después con sus robustos brazos. Desde aquel momento estuvo Thómas perdido, pues su fuerza no era ni con mucho comparable con la de su rival. Así que, por más resistencia que opuso, contorsiones que hizo y puñetazos que aplicó a Cheno, por dondequiera que pudo, acabó éste por oprimirle de tal suerte, que casi le cortó la respiración, y por derribarle al cabo, desplomándose sobre él con todo el peso de su maciza estructura. Una vez en tierra Thómas, cogióle Cheno las manos con

la izquierda de las suyas, y se las mantuvo aseguradas y presas sobre el jadeante pecho, en tanto que con la diestra aplicábale tan repetidos y recios mojicones en el rostro, que pronto le dejó desfigurado; de suerte que *black eyes, bleeding mouth and nose* y todos cuantos dolorosos accidentes suelen sufrir los boxeadores, sacó de aquella pendencia el desventurado Thómas, a quien no valieron sus artes para evitar las hinchazones, equimosis y hemorragias. Y fué tan cruel y despiadado el castigo, que acabó el brillante jugador de *tennis* por quedar como desmayado y fuera de sí e incapaz de mover pie ni mano.

En cuanto Cheno se dió cuenta del estado de imbele postración en que había caído Thómas, cesó ya de pegarle, y se levantó acezando, sudoroso y con el semblante inflamado. Clara, entretanto, se había abstenido de gritar y de hacer alboroto, obligada y contenida por la difícil situación en que se hallaba; pero había llorado, suplicado y prometido mil cosas, sin lograr meter paz entre sus adoradores, ni aun siquiera hacerse oír por ellos.

No supo Bolaños lo que haría la joven con Thómas, después de terminada la refriega, porque también a él le urgía alejarse de aquel sitio para evitar hablillas y comentarios; de suerte que, apenas hubo recobrado el fieltro que por tierra yacía, sacudido las empolvadas ropas, y puesto orden elemental en el estropeado cuello de la camisa y en la corbata, que se había desanudado, emprendió la retirada; mas tuvo tiempo, antes de marcharse, de decir a Clara con sarcasmo, designando el cuerpo inmóvil de Thómas:

—¡Allí queda eso!

—¡Canalla! repuso Clara por toda respuesta, enjugándose las lágrimas.

Bolaños contrajo los labios para soltar un espantoso calificativo a su antigua prometida; pero a tiempo se contuvo. Ella, no obstante, se dió cuenta perfecta del vocablo, tanto por la disposición de la boca, como por la expresión del rostro de Cheno, y acaso también porque aquella palabra brotaba del fondo de su misma conciencia. Y desde aquel momento concibió un odio profundo, infinito, contra aquel hombre a quien parecía haber amado, y a quien no volvió a ver jamás.

CAPITULO XV

EN BUSCA DE SALVACION

DOÑA Carlota y Anita habían visto pocas veces a Cheno desde los últimos días de diciembre de 1912, ya porque Bolaños hubiese permanecido en su finca de campo, o bien porque, aun hallándose en Méjico, se hubiese abstenido con toda deliberación de darlo a conocer a sus parientas. No por eso, con todo, había dejado de visitarlas, aun cuando hubiese sido de tarde en tarde, pues, como lo hemos dicho ya, a ambas profesaba muy honda simpatía, principalmente a su encantadora prima, se entiende. Por lo que a su tía respectaba, no las tenía todas consigo, por la energía del carácter de doña Carlota, y por la facilidad con que soltaba a todo el mundo las mayores lindezas, duras e insoportables a las veces.

Madre e hija hablaban de él con demasiada frecuencia, mucho más a menudo de lo que él mismo hubiese podido presumirlo; pues pocas eran las noches en que, antes de meterse en el lecho, no se hiciesen preguntas acerca de Cheno. Oigamos, si nó, el siguiente diálogo:

—¿Qué has sabido de Cheno, madre?

—Nada hija, desde el día en que nos mandó aquel espléndido regalo de quesos y mantequilla de su hacienda, y me puso unas cuantas letras. ¿No te ha escrito a tí?

—A mí no me escribe sino muy rara vez; tengo como doce cartas tuyas; a no ser que alguna se haya extraviado. Pero no, estoy segura de no haber perdido ninguna.

—¡Mira con qué cuidado conservas su correspondencia! ¿Haces lo mismo con la de todos los que te escriben?

—No, mamá, sería imposible, contestó la joven ruborizándose.

—Entonces, ¿por qué tal excepción en favor de él?

—Naturalmente, porque es mi primo.

—Pero no el único que tienes.

—El único por la línea tuya; los otros son mis parientes por la línea paterna, y no es lo mismo: los he tratado menos que a Cheno.

—¿De suerte que sólo por eso lo haces?

—Nomás por eso, madre.... de veras.... Si fuese por otro motivo, te lo diría.

—¿Y no será que te equivoques tú misma?

Vaciló la joven antes de abrir la boca, y repuso balbuciente y con torpeza:

—Creo que no me equivoco.

—Pero aun suponiendo que así fuese ¿qué tendría eso de particular, ni mucho menos de malo?

—Ya se ve que nada, porque mi primo posee cualidades que mucho le recomiendan; pero ¿no ves, que no piensa en mí? ¡Cómo había yo de pensar en él! ¡Ni tan tonta que fuera!

—Suelen darse casos, en que pasa eso mismo, que

hallas tan imposible, porque el corazón no razona, sino se va por donde la inclinación le llama. A la hora menos pensada ¡cataplún! se presenta el conflicto, y mientras la cabeza dice que *no*, la pasión dice que *sí*. ¿Qué camino tomar entonces? ¿El del raciocinio o el del amor?

—Debe ser muy duro ese trance.

—¿Cómo saldrías de ese apuro, si en él llegases a encontrarte? Es muy duro en efecto.

—A mí me parece natural que, en tratándose de sentimientos, se obedezca al corazón.

—Sí, hija, eres un poco romántica; de suerte que no me sorprende tu respuesta. Pero es preciso reflexiones que es muy peligrosa tu teoría. ¿Obedecer siempre los mandatos de ese tirano que llevamos por dentro? ¡Si vieras qué consejos tan malos suele dar y a qué precipicios suele conducirnos! Como es ciego, no puede ser siempre buen guía; hay que desconfiarle.

—Tienes razón, pero ¿cómo se hace para resistirle?

—Revistiéndose una de firmeza.

—Pero ya me conoces; soy de naturaleza apocada, no fuerte como la tuya.

—Pues qué ¿crees que siempre fui como me ves ahora? No, hija mía, muy mucho te equivocas. En mi juventud, y hasta después de pasados los veinte años, cuando poco más o menos contaba tu edad, era lo mismo que eres, o al menos, muy parecida a tí; pero la reflexión y los golpes de la suerte han mudado mucho mi carácter, no sin haberme hecho padecer, por de contado.

—¿Con que eras parecida a mí en tus mocedades?

—Sí, Anita, por más extraño que te parezca; era muy poquita cosa.

—¿Y pudiste dominarte!

—Ya lo ves.

—¿Y cambiar de índole?

—De índole nó; pero de voluntad sí. Antes casi no la tenía.

—Procuraré seguir tu ejemplo.

—Y Dios mediante, llegarás a ser tan varonil como dicen lo soy yo.

—Con que me parezca un poco a tí, me bastará para quedar contenta.

Conversaciones a este tenor eran, lo repetimos, muy frecuentes entre la madre y la hija; y nunca dejaba de ser Cheno el punto de partida, céntrico o final de aquellos diálogos.

Mientras, iba viviendo el doctor don Ignacio Quintanar una vida mezclada de esperanzas y sobresaltos. Estaba próximo a cumplirse el plazo que Anita le había puesto, y, en los nueve meses transcurridos, no había observado cambio en la actitud de la joven. Anita guardaba respecto a él la misma enigmática conducta de los tiempos pasados: cortés, afable y hasta a las veces solícita; pero sin traspasar la línea divisoria que separa el amor de la simple y franca amistad. Recibía las flores, los billetes y los versos que Nacho le enviaba; pero ni guardaba aquellas, ni daba respuesta a las esquelas, ni conservaba los ramos con aquel esmero propio y natural de las mujeres amantes. Después de ostentarse los perfumados obsequios durante algunos días en los búcaros y floreros de la sala, desaparecían de aquel sitio, desalojados por la mano de la camarera, que los hallaba demasiado viejos y marchitos. Y por lo que hace a las poesías, aunque Anita era afectísima a ellas, y hasta solía elogiarlas cuando eran de su agrado, jamás llegó a aprenderlas de memoria, como suelen hacerlo las enamoradas con los versos que

sus galanes les consagran. Aquella cordial urbanidad, aquella amistad generosa que la joven le otorgaba, descorazonaba más bien que alentaba a Quintanar, porque no miraba en esa serie no interrumpida de atenciones, nada que indicase un sentimiento vivo, una inclinación resuelta en favor suyo; sino sólo fórmulas sociales, demostraciones de estimación y hasta de cariño, pero tibias y sin entusiasmo.

En vano había rogado a Anita acortase el larguísimo plazo que le había dado, en vano habíala suplicado tuviese piedad de su pobre existencia.

—Dentro de un año, contestaba ella, diré a Ud. con sinceridad, si le amo o nó; entretanto no podré resolver cosa alguna. Si encuentra Ud. el plazo inaceptable, conténtese con que seamos amigos nada más.

¡Amigos! ¡amigos! ¿Quién podría ser nada más que amigo de joven tan encantadora? ¿Quién mirarla sin sentirse deslumbrado por el brillo de sus ojos? ¿Quién escuchar el arpegio de su risa, la música de su voz, el cadencioso ritmo de sus pasos, sin caer de rodillas ante ella? No, Nacho no había nacido para eso, no podría ser nunca amigo de Anita: o su novio, su prometido y su esposo, o nada, absolutamente nada; el sér lejano y vagaroso que no ha de volver a encontrar nunca a aquel de quien se ha apartado; la criatura errante y gemebunda que huye del desengaño y del dolor; el desterrado que ha dicho adiós para siempre a la amada e ingrata patria. Es la promesa de la amistad para el corazón que adora, como triste revelación de un mundo donde hay palacios y catedrales de hielo, y reina la oscuridad y sopla el frío, y todo está cubierto por velo incoloro, semejante a sudario de muerte. ¡Y haber soñado con torrentes de luz, y campos tapizados de flores, y cielo azul, y delicados perfumes,

y músicas acordadas! ¿Qué alma soñadora y amante podrá admitir tan monstruosa sustitución? Antes que ir al polo de la amistad, es preferible lanzarse a las áridas estepas del ostracismo, y vivir como ermitaño en la Tebaida de lejanas metrópolis, donde reina la soledad de las multitudes; y ver trascurrir los días con la cabeza inclinada sobre el pecho, como los sauces que dejan caer las desalentadas melenas de sus frondas sobre la perenne corriente de los ríos, a cuya verä nacen, crecen, se desmayan y mueren.

Nacho, que había rechazado con horror la copa de amistad que la hermosa mano de Anita le tendiera, prefería continuar aguardando hasta que el término señalado se venciese, porque no quería romper con torpe mano el delicado prisma de la esperanza. No iban las cosas a la medida de su deseo, pero ¡quién sabía lo que podría suceder! La existencia está llena de sorpresas, y lo peregrino e inesperado suele formar la normalidad de los sucesos. Entre tanto, y para hacerse digno de aquel suave porvenir tan fantaseado cuanto querido, esforzábale por conquistar el rebelde corazón de la joven a fuerza de atenciones y finezas, y, sobre todo, trabajando día y noche para valer más, para elevarse sobre el nivel común y enaltecerse a los ojos de Anita. Redoblaba sus atenciones y finezas hacia su amada, y era todos los días más atento y cumplido con doña Carlota; pero a la vez, no dejaba de la mano los libros, hacía experiencias, entraba en concursos y publicaba folletos sobre asuntos científicos. Así fué ganando fama de estudioso y hasta de sabio. Pronto llegó a ser individuo de número de la Academia de Medicina, en cuyo seno se distinguió por sus sesudos y fecundos trabajos. Inventó un suero para combatir el tabardillo pintado, que es la enfermedad

endémica de Méjico y que hace numerosas víctimas durante el invierno; perfeccionó el trocar para asegurar el éxito de ciertas operaciones quirúrgicas; y llevó tal contingente de estudio, observación y perspicacia al seno de la sabia Sociedad, que pronto llegó a ser uno de sus miembros más caracterizados. Y no había cuadernillo que diese a la estampa, diploma que recibiese o publicación que de él hablase con encomio, que él mismo no llevase a la joven, impulsado por el anhelo de despertar en ella sentimientos de estima y admiración. Y, aunque Anita carecía del criterio especial que se necesitaba para apreciar en su verdadero valor aquellos desvelos, triunfos e invenciones; no por eso dejaba de sentirse impresionada con la vaga noticia que adquiría de los méritos de su rendido adorador.

Entretanto, se decía Quintanar a sí mismo:

—Para que un hombre llegue a ser amado por una mujer de calidad, ha de presentarse a sus ojos ataviado con los ornamentos de algún valer efectivo y, en cierto modo, deslumbrarla con el brillo de una reputación bien fundada. Necesitan las mujeres hallar en los hombres algo que las atraiga y subyugue, ya sea en el orden de las cualidades físicas, o en el de las intelectuales y morales, como gallarda estampa, talento, sabiduría, fuerza, bondad, valor, o alguna otra por el estilo. De la admiración pueden nacer las ilusiones. Así yo, que no poseo la belleza de Antinoo, ni la fuerza de Hércules, ni los donaires de don Juan, ni la contrastable osadía de Suero de Quiñones, ni las virtudes de un santo, no tengo más recurso que apelar a los libros, buscar en ellos alimento para mi espíritu, y adquirir ciencia, mucha ciencia, tanta, que haga célebre mi nombre. Por este camino podré, quizá, lograr

la conquista del rebelde corazón de mi amada; pero si ni aun así lo consigo, todo será en vano, y tendré que resignarme a no alcanzar nunca la dicha.

Animado de estas ideas y propósitos, trabajaba sin descanso, robando horas al sueño. Por fortuna no erraba en sus raciocinios. El rumor de su creciente mérito llegaba a los oídos de Anita, y el alma de esta hermosa joven vibraba de contento al recogerlos. Aunque era verdad que su corazón vivía apegado a un viejo anhelo, ya por entonces, al través de los hierros de su antigua cárcel, comenzaban a filtrarse los rayos vivificantes de un sol más benigno.

* * *

Tarde memorable fué aquella en que furiosa tormenta se desencadenó sobre la barriada de Santa María. Nublado y triste había amanecido el día: la atmósfera gris había puesto cabizbajos a los nerviosos, y un sutil y helado vientecillo que por las calles soplaba, calaba hasta los huesos de los transeuntes. Había Norte en Veracruz, y de allá habían subido densos y plomizos nubarrones, y de allá también habían llegado los cierzos helados que entumecían los músculos de los buenos habitantes de la metrópoli. Había caído a ratos sutil llovizna, como de agua tamizada y pasada por apretado filtro; però había cesado de tiempo en tiempo, sin que un punto disminuyese la plomiza cerrazón de todos los horizontes, como si hubiese caído sobre la ciudad una pesada tapa de metal opaco. Más tarde fueron espesándose cirros y cúmulos, brotaron unas tras otras de las lejanías negras humaredas como vomitadas por inmensas fogatas; desencadenáronse furiosos ventarrones; fueron sacudidos con furia los árboles de la alameda, y cayeron desgajadas de los troncos las ramas que no pudieron resistir el vendaval. A

poco dejóse oír el estampido de incontables rayos, precedido por la fugitiva y amarilla luz de los relámpagos, que partían de todos los puntos cardinales; y a renglón seguido, desencadenóse el turbión, como inmensa cascada desprendida de lo alto y salida de algún lago caudaloso suspendido en la atmósfera.

Doña Carlota y Anita no se habían apartado durante todo el día de su casa, y, como eran ambas muy friolentas, habíanse abrigado cuidadosamente para no atrapar un constipado con el húmedo vientecillo que por las hendeduras de las puertas se colaba. El estrépito de la tormenta produjo en ellas ese sentimiento combinado de temor y de alborozo, que es común a todos los vivientes en tales ocasiones; pues tanto como causan miedo los retumbos y las intensas y fugaces luces de las centellas, halagan y recrean los corazones, la manifestación y la vista de las fuerzas vivas de la naturaleza, tan olvidadas de ordinario por las poblaciones citadinas; las cuales fuerzas, aunque parecen dormidas o dominadas por la civilización, se revelan de tiempo en tiempo con toda su genésica energía, y convierten a la orgullosa criatura de los modernos tiempos, en juguete de su poder y en átomo perdido en su grandeza. Pusieron susto y pavor en el corazón de madre e hija aquel tumulto y fragor de los cielos y la tierra, y acudieron a cerrar puertas y ventanas para evitar las corrientes de aire, que suelen atraer las descargas eléctricas, y fueron a acurrucarse en el recibimiento, que era la pieza más confortable de la casa; mas en ésto, hízolas saltar despavoridas y perder los colores del rostro, un rayo tremebundo que, a juzgar por la intensidad de su ronco trueno y por la sonoridad del prolongado eco que dejó y fué propagándose de lugar en lugar hasta la más remota distancia, de-

bió caer muy cerca de la casa. La servidumbre femenina fué desalada y temerosa a reunirse con las amas; todos habían quedado sordos a consecuencia del terrible estrépito, y no faltó quien opinase que en aquel mismo sitio había caído la centella. Mas, examinados techos y paredes, se vió que así no había sido, y a poco se supo, por informes de criados que de la calle venían, que el rayo había herido un corpulento árbol de la alameda, cuyo tronco dividió en dos partes, de las cuales una sola quedaba, y parecía próxima a caer. Algó calmó la alarma de la familia con la noticia; pero como los truenos continuaban y los relámpagos se sucedían unos a otros sin interrupción, se sintió la necesidad de implorar el auxilio divino contra los furors de la tempestad; y por orden de doña Carlota se abrió el oratorio. Encendidas las velas, y puestos todos, amas y criados, de rodillas, se procedió a rezar el Magnificat, las Letanías de los Santos, y todas las oraciones recomendadas por los devocionarios para casos de pánico y peligro. Y se hallaba el grupo entregado en cuerpo y alma a tan piadoso ejercicio, cuando sonaron recios aldabonazos en la puerta de la calle. Levantóse el portero para franquear la entrada al visitante, y volvió a poco diciendo que don Cheno acababa de llegar. Con la noticia se acortó el rezo, apagáronse las luces del altar, dispersóse la gente y madre e hija volviéron al recibimiento, donde hallaron a Cheno. Después de despojarse del amplio y largo impermeable de capuchón con que se había resguardado de la lluvia, de colgarle de la percha, y de limpiar cuidadosamente las suelas del calzado en la estera de esparto, permanecía Bolaños en el umbral mirando al interior de la pieza.

Doña Carlota y Anita sintiéronse aliviadas del sus-

to, al ver ante ellas a su valiente deudo, como si Bolaños tuviese misterioso poder para dominar hasta las tempestades del cielo; extraño, pero innegable influjo de las naturalezas enérgicas sobre las femeninas y débiles. Porque doña Carlota, a pesar de sus arrestos combativos, era, en el fondo, un ser frágil y exquisito, como todos los primorosos de su sexo. Las dos señoras recibieron, pues, al recién venido con inusitado alborozo.

—¡Cómo, Cheno, exclamó al verle doña Carlota, eres tú!

—Yo en persona, tía.

—No oí la sirena de tu automóvil, intervino Anita.

—No he venido en auto, repuso Bolaños, sino como he podido; un rato a pie y otro andando.

—¡Jesús, qué barbaridad! Y con este tiempo, dijo doña Carlota.

Cheno se encogió de hombros por toda respuesta. Tomaron asiento los tres interlocutores y continuó el diálogo.

—¿Desde cuándo estás en Méjico, Cheno? preguntó solícita la prima.

—Hace como una hora que llegué, contestó Bolaños; pero se descompuso la máquina de mi auto, y le dejé a componer en el garage. ¿Creerán Uds. que no pude conseguir ni un mal simón?

—Así pasa siempre en tiempo de lluvia, dijo la tía; en cuanto comienza a chispear, no hay vehículo que no esté tomado. ¿Y qué vientos te han empujado hacia acá, buena pieza?

—Ahora no traigo negocio; he venido con el único propósito de hablar con Uds., repuso el interpelado.

Madre e hija quedaron sorprendidas y se lanzaron miradas de interrogación. Aprovechemos estos instan-

tes de silencio para explicar lo que había acontecido después de los sucesos del *tennis*. No era verdad que Cheno acabase de venir de San Víctor, como lo decía; no había llegado a salir de la capital. El punto de amor propio, la negra honrilla, como se decía hace tres o cuatro siglos, no le habían dejado marcharse. No quería dar motivo a que se dijese que huía del peligro; esperaba que *Thómas* después de la felpa recibida, adoptase alguna resolución varonil, como en efecto sucedió. Pasados tres o cuatro días después del combate del *Good Hope* (sin duda los necesarios para reponerse de los golpes y contusiones), envió sus padrinos a Cheno, retándole a singular combate. Pero éste no tuvo a bien aceptar el duelo que se le proponía. "Soy enemigo de farsas y comedias, y hombre formal y de honor, dijo. La manera de reñir que me propone el señor del monóculo, es la que adoptan los que quieren meter ruido, dar que decir a la prensa y terminar las cuestiones personales con apretones de manos y comidas en los restaurantes. No tengo voluntad de prestarme a tan ridículo sainete. Cada cual tiene su modo propio de pelear: el representado de Uds., el duelo; yo, la simple riña. ¿Por qué he de sujetarme yo al método que él prefiere, y no él al mío? No hallo razón para eso. Tiro bien la pistola, manejo el sable, no soy de naturaleza apocada, y sin esfuerzo podría presentarme en lo que Uds. llaman el "campo del honor"; pero ni me parece serio este paso, ni tengo el humor de dar gusto a mi contrincante. De suerte que, sírvanse ustedes decirle que no acepto su reto tal como me lo propone; pero sí tal como yo lo entiendo, y que le invito a que tengamos un nuevo encuentro dondequiera que tropecemos, el uno con el otro; bien advertido de que ando siempre armado, y de que, en cuan-

to le vea hacer el menor ademán de agresión, le desce-rrajo un tiro, y santas pascuas. El pleito es cosa brutal, y los hombres, cuando peleamos, no somos más que bestias. Ahora bien, los brutos no entienden de aplazar su cólera para después de recibida la provocación, ni de llamar otros animales para que los vean destrozarse; sino que ahí donde son provocados, ahí mismo pelean y resuelven el conflicto. Así lo haremos ese caballero y yo, si él fuere servido." Los padrinos tomaron a broma las palabras de Cheno, y le objetaron que una riña callejera no era digna de personas de la calidad de *Thómas* y Cheno. A lo que este último contestó que, "en llegando a las vías de hecho, no había posiciones sociales que valiesen, y que todos los hombres eran iguales ante la brutalidad." "Finalmente, dijo, por mi parte, arreglé ya mis cuentas con ese sujeto; si él tiene algunas que ajustar conmigo, que me busque, y las zanjaremos de modo satisfactorio." Con esto retiráronse de mal talante los padrinos, anunciando iban a levantar una acta con la narración de lo acaecido, y *Thómas* la publicó, en efecto, de ahí a poco, para su perfecta justificación ante la sociedad, ya que los padrinos le declaraban lavado de toda mancha en razón de la renuencia de *Bolaños* para ir al campo del honor. A eso contestó Cheno con un remitido en que repitió su tesis de la riña, y terminó con estos conceptos: "Los *honorables* padrinos de mi *honorable* contrincante podrán declarar a éste libre de toda mancha por la mágica virtud de su intervención y del acta medieval que han suscrito; pero no de la lección que con la mano le dí en los campos del "*Good Hope*."

Inaudito escándalo produjo aquel debate periodístico, y como quedó planteada ante el público la tesis del

duelo o de la riña, dividiéronse los pareceres acerca de aquellos dos gravísimos puntos; y así como no faltó quien sostuviese la excelencia de los desafíos, proclamaron otros la incontestable de la pendencia no reglamentada. Los elegantes y lechuguinos, herederos de las tradiciones de las cortes, abrazaron la primera doctrina, llamando a los disidentes gente baja, raez e indigna de comer pan a manteles; en tanto que los simples y modestos burgueses se adhirieron a la segunda, por hallarla menos aristocrática, y más lógica, real y primitiva. ¡Ah, qué cosas tienen los plebeyos!

Doña Carlota y su hija, a pesar de la polvareda que aquel suceso levantó, no llegaron a saber de él cosa alguna, porque a su casa no entraban periódicos (por sistema inveterado) y porque las personas que las visitaban y leían la prensa, prefirieron guardar silencio a dar un mal rato a la familia.

Después del combate periodístico, había buscado Cheno todas las ocasiones imaginables para encontrarse con Thommy: había asistido al Jockey Club y a los teatros, paseado por las calles de Plateros, Cinco de Mayo y otras de las más concurridas de la metrópoli, frecuentado las casas que el joven del monóculo visitaba, y agotado en fin, los medios de hacerse presente a los ojos de su enemigo; pero éste, aunque había tropezado con él varias veces, había fingido no verle, ya porque se estimase satisfecho con el acta del desafío, ya porque tuviese a Cheno por caballero *descalificado*, o bien por mera y embozada prudencia. La última palabra de la filosofía, es ésta: todo es posible, todo el mundo tiene razón.

Durante aquellos días de desocupación y vagancia, había pensado mucho Bolaños en su situación presente y por venir. Sentía vacío el corazón, y no sabía co-

mo llenarle. Andaba aproximándose a los cuarenta años, que son, según dijo Víctor Hugo, la vejez de la juventud y la juventud de la vejez, y el natural instinto en todo hombre maduro de formar un hogar, elevaba ya con imperio la voz en su alma soberbia y descarriada. Los amores campesinos con que había regalado el apetito hasta aquella época, no podían satisfacer sus anhelos; antes le causaba tedio y malestar pensar en esas bajas y tristes aventuras. ¿En qué valiosa joven poner los ojos para meterse a buen vivir y formar una familia? No necesitó cavilar mucho para encontrar la imagen de su prima Anita grabada con buriladas de luz en el fondo de su acongojado pecho: era ella la mujer que le convenía, la superior, la única. Virtuosa como una santa, mansa como una paloma y hermosa como una visión de los cielos, habíase mantenido célibe hasta entonces, a pesar de haber sido cortejada y aplaudida por todo Méjico, como si el destino la hubiese reservado para él, como si ella misma hubiese alimentado alguna secreta esperanza de ser su compañera; pero se alarmaba al recordar las asiduidades del joven doctor Quintanar cerca de ella, y la visible deferencia con que Anita recibía sus homenajes. ¿Y Clara? Encendíasele la sangre cuando pensaba en ella, y al pronunciar su nombre, veníansele a los labios aquellos versos del poeta:

¡Montón de carne lasciva
Sobre un espíritu muerto!

Muy serias dudas le cabían sobre haberla amado alguna vez, a pesar de haber pensado constante y febrilmente en ella durante más de un año; y al cabo comprendía que lo que Clara le había inspirado, había sido no amor puro, sino apetito insano, no ilusión sino deseo. ¡Ni qué otros sentimientos pudiera desper-

tar en el corazón de un hombre aquella muchacha llena de fuego y lozanía, pero frívola, superficial y libre de escrúpulos! ¡Cuán a tiempo había venido el desengaño a impedirle realizar unas bodas insensatas! ¿Qué hubiera sido de él, si hubiese dado su nombre a joven de tan poco seso y de tantos impulsos amorios? Veía negro Cheno cuando pensaba que hubiera podido ser su esposa, y en su imaginación exaltada, saltaban y rebullían formas tremendas: dagas, pistolas, lagos de sangre; y se le crispaban los puños, y despedía chispas por los ojos y le rechinaban los dientes al figurarse las situaciones a que se hubiese visto arrastrado.

No, Anita, su prima, sólo ella le convenía. ¡Así se lo gritaba el instinto, lo clamaba el corazón, y se lo iba cantando el alma! Ella sería su luz, su ángel bueno; sin ella se hundiría en las tinieblas del abandono y de la desesperación. Y entonces ¿para qué vivir? ¿De qué le servirían sus propiedades, su posición social y sus centenares de miles de pesos?

Fuéle preciso tomar una resolución definitiva para calmar los nervios sobreexcitados. Y aquel nublado y lluvioso día de fines de septiembre en que se sintió sobrecogido por un malestar más grande que de ordinario, decidió poner término a su incertidumbre. Y como era de suyo impetuoso, y ponía por obra sin dilación cuanto llegaba a resolver, salió del hotel en medio del chubasco, sin pedir ni aguardar coche u otra especie de vehículo, y chapoteando en las corrientes y charcos de la vía pública, azotado por el viento y ciego por la constante fulguración de los relámpagos, emprendió la marcha a la calle del Pino, adonde llegó en medio de la tempestad que arriba hemos tratado de describir.

Dejámosle hace poco en coloquio con doña Carlo-

ta y Anita, en los momentos en que les decía, con gran sorpresa de la una y de la otra:

—Ahora no traigo negocio; he venido con el único propósito de hablar con ustedes.

—¡Cosa más singular! repuso doña Carlota. ¡Hablar con nosotras! ¡Y venir de tan lejos y por este tiempo sólo para eso! Pues ¿no nos has tenido siempre al alcance de la mano, hombre de Dios?

—Es verdad, tía; pero ahora vengo con otro carácter.

—¡Ah, vamos! ¿se te ha quitado el mal genio?

—No me refiero a eso, sino al papel que voy a desempeñar.

—¿Eres apoderado de algún hombre de negocios? ¿Saliste electo diputado?

—Ni una ni otra cosa; lo que quiero decir es, que no deben mirarme usted y Anita como a su deudo. . . .

—¡Vaya una ocurrencia! exclamó la buena señora soltando alegre carcajada; pues ¿cómo quieres que te consideremos?

Vaciló Cheno un instante, púsose rojo primero, pálido en seguida; dirigió a su prima una extraña mirada llena de timidez, que mucho sorprendió a la joven; vió después a doña Carlota con marcada corteidad; carraspeó para ensanchar la comprimida laringe; sacó el pañuelo y lo paseó por el bigote sin darse cuenta de lo que hacía; y dijo al fin con acento sofocado:

—Como pretendiente a la mano de Anita.

Tocó entonces el turno a la madre y a la hija de cambiar de color, y de removerse en el asiento, abrir los ojos y no saber qué hacer, ni qué decir. Anita sintió un golpe en el pecho, latióle furiosamente el corazón y se puso roja hasta la raíz del pelo. Doña Carlota pensó tantas cosas a la vez, que no logró desmenuzar

ninguna, y permaneció con la boca entreabierta, como quien apenas comprende. Aquel acontecimiento tan largo tiempo esperado y que tan imposible parecía, presentábase de improviso, como llovido del cielo. Pronto se sobrepuso la señora a la primera impresión, y recobrando el aplomo, dijo riendo:

—¡Cuán bromista, Cheno! Chancero amaneciste hoy día.

—No, señora, hablo formalmente, con toda la formalidad de que soy capaz, objetó Bolaños.

—Pero, insistió la matrona, jamás se te había ocurrido tal idea; y ahora, como de golpe y porrazo, cádate aquí que vienes a salirnos con esa rareza.

—Se equivoca usted, tía, continuó Cheno; mucho, muchísimo lo he pensado. . . . Más bien dicho, lo he pensado siempre.

—Eso no es cierto, hijo mío; es una ocurrencia nueva, una idea súbita, una humorada. . . . Hablemos de otra cosa.

—No, señora, tenemos que seguir hablando de esto mismo, porque es el único asunto que he traído, y porque es para mí de interés tan grande, que no hay otro que pueda comparársele. . . .

Doña Carlota rió con risa forzada para seguir aparentando incredulidad. Anita continuó guardando silencio y no levantaba los ojos del suelo.

—Anda, no seas temoso, articuló al fin doña Carlota; si nunca habías fijado la atención en ella, si es una mera improvisación, un *impromptu*. . . .

—Tía, contestó Cheno con acento grave, por las sagradas cenizas de mi padre se lo juro; data de muchos años mi devoción por Anita: de tantos, que no los puedo contar.

—¿Y Clara Montalvo? preguntó la joven de pron-

to con acento rencoroso, sin darse cuenta de lo que decía.

—Eso es, insistió doña Carlota, ¿y Clara Montalvo?

—Fué un capricho, una locura, repuso Bolaños dirigiéndose a su prima; cosas de simple aparato y de perspectiva. Jamás la amé de verdad.

—Pero tuviste amores con ella, no lo niegues, insistió Anita.

—Túvelos, más sólo por pasatiempo. Todo acabó ya entre los dos, y, según he sabido al llegar a Méjico, la familia de Clara toda entera se ha marchado para Europa. . . . Rompí con el jefe de ella hace tiempo.

—¿Por qué, sobrino? ¿se puede saber? interrogó doña Clara con curiosidad.

—Cuestión de intereses, tía. Imagínese Ud., que, valiéndose de ardides y artimañas, me sacó veinte mil duros para una empresa descabellada. ¡Veinte mil, nada menos que eso! Y cuando le pedí cuentas de la inversión, no pudo justificarla. De tal incidente surgió una discusión en la cual nos dijimos bastantes pesadeces. . . . Mayores fueron las mías que las suyas, porque, ya sabe Ud., no tengo pepitas en la lengua para decir cuantas son cinco.

Aunque no era cierto lo que Cheno afirmaba, díjolo con tal aplomo, que lo creyó doña Carlota. Aquella confidencia contribuyó mucho a modificar la disposición del espíritu de la señora, quien, por uno u otro motivo, abrigaba secreta inquina contra la rica familia suriana.

—¿Con que no son ya santos de tu devoción esos señores, sobrino?

—Muy al contrario de eso; son mi mala sombra, mis cuervos negros.

—No te puedes figurar cuánto me alegro de ese rompimiento. No te convenía esa amistad, Cheno. No me sorprende que el astuto don Pablo te haya birlado veinte mil duros. La sangría no fué mala; pero no debe entristecerte esa pérdida, en primer lugar, porque tienes caudal sobrado para soportarla, y en segundo lugar, porque te ha dado ocasión para conocer a esa gente, mejor dicho, a esa gentualla. . . . Te diré, aparte de tus amores con Clara (que no me importaban poco ni mucho), yo, como tu parienta, y, en cierto modo, jefe de la familia Bolaños, no miraba con buenos ojos la estrechez que con los Montalvos tenías. . . . A mí no me hables de gente improvisada, Cheno, porque tiene muchos resabios, y, al fin y al cabo, un día u otro, da a conocer de dónde viene, y da la coz, el mordizco o, cuando menos, el arañazo. Claro, como que la cabra tira al monte. No me mientes a pulqueros, tequileros o henequeneros, a esos ricotes de ayer acá, que vienen de no se sabe dónde, y gastan unos humos que ya, ya. . . . Pero a mí no me la hacen buena. Como no me la hacen buena tampoco los políticos enriquecidos en los tiempos del dictador, que, según se dice, tenían talento, sabían mucho y hablaban bien en las Cámaras. Todo eso sería cierto, y a quien Dios se la dá, San Pedro se la bendiga; pero ¡qué ideas las tuyas, hijo! ¡qué principios los que profesaban! ¡Y qué educación la que tenían! Defectuosa, defectuosísima, porque la educación no se aprende en los libros; se mama con la leche. ¿Y sus maneras sociales? Pésimas, no podían ser peores. En los banquetes, sorbían el consomé de la cuchara a una pulgada de distancia, ponían los codos en el mantel, hacían uso del palillo

de dientes a la hora de los postres y sacaban el pañuelo y se sonaban a la hora que querían. Por eso nosotros, los que pertenecemos a las familias más antiguas, hemos preferido vivir apartados y estarnos quietos en nuestras casas, lamentando que algunos de los nuestros se hayan codeado con los ricos de ayer acá, y hayan consentido en formar corte al dictador.

Habíase excitado mucho doña Carlota al pronunciar la anterior catilinaria, y aunque la tirada fué mayúscula, no la dejó satisfecha, pues el puntillo de la ascendencia y de los buenos pañales, como ella decía, era el que más la preocupaba, después de la religión y la moral; tanto que, apenas alguien le tocaba, vibraba todo ella, entraba en desmedida agitación y salía fuera de sí; y era el cuento de nunca acabar su perpetua crítica de todo lo moderno, y su decidido amor a todo lo antiguo: nobleza, honradez, cortesanía, y, sobre todo, fe robusta y acendrada. Y hubiera continuado ahora, lo mismo que siempre, soltando censuras, condenaciones y menosprecios a diestra y siniestra para el actual orden o desorden de cosas y para el que se anuncia y está por venir, a no haber recordado que el asunto principal de la conversación debía ser otro; así que, reportándose un tanto, y viendo que su hija y Cheno permanecían mudos y como abstraídos mientras ella hablaba, continuó de esta manera:

—Pero, dejemos a un lado por ahora esas generalidades, y volvamos a los Montalvos. ¿Qué opinión te merece esa grandiosa y alhajadísima señora llamada doña Mónica?

—Que es una *parvenue* en toda la extensión de la palabra, tía.

—Me alegro de que al fin lo conozcas. Se cuenta que no se quita las alhajas ni para entrar en el baño,

que suele colocarse las sortijas en los dedos enguantados, y que parece un escaparate de anillos, collares y brazaletes.

—Mucha verdad, repuso Cheno. Yo la he visto con un solitario ien el dedo del corazón de la mano derecha, imagínese Ud!

—¿En el dedo del corazón? ¿es posible? saltó doña Carlota escandalizada.

—No exageres, terció Anita sonriendo.

—No, Anita, no exagero; es la verdad. Tan grande es el afán de doña Mónica por las joyas, que estoy seguro de que sería capaz de restablecer el uso del bezote y la nariguera, si posible fuese.

—¿Qué es eso, Cheno, por Dios? Explícate, preguntó riendo la tía; nunca he oído hablar de tales adornos.

—Con razón, repuso Bolaños, como que solamente los usan los salvajes. El bezote es una arracada que ornamenta el perforado labio inferior y la nariguera otra que adorna el perforado tabique de la nariz.

—No seas maldiciente, sobrino, no ha de ser para tanto.

—Ud. no la conoce, tía; yo sí, porque la he visto en la intimidad. Es capaz de eso y de mucho más. Cursi, cursi hasta la médula de los huesos.

—Pero fíjate, madre, objetó Anita; de Clara nada nos dice Cheno.

—Clara, repuso Bolaños, es un poco más refinada que su madre, porque se educó en un colegio europeo. Sus defectos son otros... a lo que se dice.

—A mi oído ha llegado un rumor poco favorable para esa joven, prosiguió la implacable señora, asiendo la ocasión por los cabellos.

—¿Cuál, tía?

—El de que se deja besucar por todos sus adoradores, y que a eso le llama ella *flirt*, nada más que *flirt*.

Bolaños se enfureció al recordar la escena del *tennis*, y sin miramiento para su antigua prometida, exclamó:

—¿Con que eso se dice?... Pues debe de ser cierto. ¡Cuántos habrá recibido y cuántos habrá dado para que se haya difundido por la ciudad el ruido de sus besos! ¡Qué *flirt*, ni qué niño muerto!

—Ya se ve que nó; eso se llama locura, descoco...

—Dígalo, tía, dígalo de una vez, eso se llama desvergüenza.

—¡Buenas costumbres nos trae del otro lado del charco esta aristocracia improvisada! terminó con énfasis doña Carlota.

—Parece increíble, murmuró Anita por lo bajo, moviendo la cabeza de derecha a izquierda en señal de reprobación.

—Con que vamos al grano, interrumpió Cheno; insisto en lo dicho. Te quiero, prima, como nunca he querido, como a tí sola se te debe querer. Te hablo delante de mí tía sin ambages para dar testimonio de la sinceridad de mis sentimientos y de la seriedad de mis propósitos. ¿Admites mi amor? ¿quieres ser mi esposa?

Turbada Anita, iba a contestar no se sabe qué, cuando intervino doña Carlota:

—No tan aprisa, Cheno, no tan aprisa. Vamos por partes y poco a poco.

—Tía, ya conoce Ud. mi carácter; no soy hombre que sepa esperar.

—Pues ahora tendrás que aprender eso, o te desesperarás, como mejor te cuadre.

—¿Esperar qué, por Dios? ¿No nos conocemos bien

Anita y yo? ¿No somos primos? ¿Para qué esas dilaciones?

—Tú la conoces bien a ella; pero mi hija ignora tu vida y milagros. Y antes de decidirse, necesita saber con quién trata.

—Estoy seguro de que no es esa la opinión de mi prima, objetó Cheno confiado en el ascendiente que pretendía tener sobre la joven.

—Te equivocas, Cheno, repuso ésta, con acento reposado y mirar firme y tranquilo; opino lo mismo que mamá.

—Ya lo ves, dijo doña Carlota; Anita profesa mis mismas ideas.

—¿De suerte que?... interrogó Cheno.

—Queda presentada tu instancia y pendiente de resolución, contestó la tía.

—¿Hasta cuándo? volvió a interrogar Bolaños con desconsuelo.

—Hasta que sepamos quién eres.

—Ya lo sabeis, tía.

—No; te repito que lo ignoramos. De tus malos principios religiosos tengo conocimiento, pero no me preocupan, porque los atribuyo a vanidad y ligereza. Quieres hacer el papel de hombre despreocupado y a la moderna; pero grabaron tus padres tan hondamente los buenos en tu corazón, que por más esfuerzos que hagas y locuras que cometas, no lograrás borrarlos del todo; y cierta estoy de que a la hora de tu agonía, en la de la liquidación suprema de tus cuentas mejor dicho, habrás de cantar *la santa palinodia* como llamaba un famoso predicador que conocí, al sincero *mea culpa* del pecador arrepentido.

Abstúvose Cheno de protestar ahora, como siempre lo había hecho, contra las aventuradas afirmacio-

nes de su tía, por temor de desagradar a sus parientas, y soportó sin pestañear aquella despresiva anticipación a la historia de su libre pensamiento. Por lo que continuó doña Carlota:

—Tu jactanciosa incredulidad no me preocupa, repito; pero no digo lo mismo de tus costumbres. Has vivido mucho tiempo en San Víctor, y los jóvenes se corrompen en el campo. Y aquí, en la ciudad, eres asiduo asistente al Jockey Club, donde se juega desenfrenadamente, y tienes por compañeros y amigos a los más conocidos calaveras de Méjico. ¡Sabe Dios si estarás comido de vicios!

—Pero, madrequita, objetó Anita mortificada, no es capaz Cheno...

—¿Quién te dá vela en este entierro, hija? Déjame tratar directamente con tu primo; no puedes tú competir con él, porque eres una alma cándida, interrumpió doña Carlota.

—Sin embargo, tía, Anita es quien tiene que resolver.

—Te equivocas, hijo; seré yo quien resuelva. Primeramente nos orientaremos, y cuando veamos claro, nos decidiremos.

—Es imposible que mi prima admita esa sujeción...

—¿La admities, Anita? interrogó doña Carlota.

La joven contestó que sí con la cabeza, sin mover los labios, ni mirar a su primo. Comprendía que obraba cuerdamente su madre, y, sumisa, dejaba su destino en manos de ella.

—De suerte, dijo éste despechado, ¿que me quedarás, si mi tía te lo ordena?

Anita volvió a hacer una señal afirmativa.

—¿Y no me querrás, si ella lo manda?

La joven repitió el mismo movimiento de cabeza.

—¡Bonito cariño el tuyo! exclamó con amargura Bolaños.

Pero no hubo remedio: por más esfuerzos que hizo, razones que adujo y súplicas que presentó, no salió de sus trece doña Carlota, apoyada mímicamente por su hija, y fué preciso admitir el aplazamiento. Desconsolado Cheno, dió casi por perdida la batalla, pues no tenía la conciencia tranquila respecto de sus costumbres, y preveía ya cuál habría de ser el resultado de la investigación que iba a iniciarse. Lo único que en parte le consolaba, era el ver la actitud de su prima, que aunque respetuosa y obediente para doña Carlota, no dejaba de ser embozadamente favorable para él: porque aquel ir y venir de colores al rostro de Anita, la agitación de su pecho, el temblor de su voz, y las tímidas y cariñosas miradas que, a hurto de la madre, de tiempo en tiempo al través de sus luengas pestañas le dirigía, significaban interés a no dudarlo, y tal vez un sentimiento más hondo e irrefrenable. Contaba Cheno, en último caso, con alguna posible rebeldía de su prima contra las órdenes maternas, aun después de puestos en claro sus pecados más gordos; porque es cosa común y corriente en la vida, que las niñas más tímidas y recatadas se subleven contra los mandatos de los autores de sus días, cuando de asuntos amorosos se trata, y tengan la mayor lenidad para las faltas de los *burladores* de profesión que les aseguran quererlas.

¿Y el doctor Quintanar? ¿Cómo podía la joven admitir una nueva solicitud, cuando aun no había despachado la primera? Por extraño que parezca, no preocupaba esta consideración a Anita gran cosa, por varias causas que le parecían concluyentes. Desde

luego, no había llegado a corresponder el afecto de Nacho, no había celebrado compromiso formal con él, y había conservado plena libertad para aceptarle o despedirle. Por otra parte, y esto era lo principal, siempre había esperado el amor de su primo, y aun cuando ella misma no se lo hubiese confesado, el plazo que había concedido al doctor, había tenido por objeto aguardar la declaración de Bolaños, más bien que examinar sus propios sentimientos e inclinaciones. Con esa crueldad propia de los tiernos corazones femeninos, contaba con salir del paso declarando pura y sencillamente a Quintanar, que, después de haberlo pensado bien, estaba segura de no quererle con amor.

Una vez definida (con la palabra o el pensamiento) la situación entre los presentes y el ausente doctor, hablaron ya de otra cosa doña Carlota, su hija y Bolaños. Pasaron al comedor a la hora de la cena, y obra de las diez de la noche, dispúsose Cheno a marcharse, sin que sus parientas le ofreciesen la acostumbrada hospitalidad, por haber cambiado las cosas entre ellos, y por no ser decoroso tener metido en la propia casa, al pretendiente de la niña. Ya en pie Bolaños, y en los momentos de ponerse el impermeable, dijo:

—Y ahora, hasta dentro de quince días, queridísimas tía y prima.

—¿Cómo así? preguntó la señora. ¿Por qué hasta entonces?

Anita se contentó con dirigir a su primo una furtiva mirada de sorpresa.

—Porque mañana vuelvo a San Víctor. Dejé por allá muchas ocupaciones pendientes, y necesito vigilar las cosechas. Cumplí ya el objeto de mi viaje y me voy mientras se forma mi expediente. Volveré dentro de medio mes, para conocer el fallo del tribunal.

--Está bien, repuso doña Carlota, está bien que te alejes.... Tiempo habrá para todo.

Anita guardó silencio; pero con los ojos pareció decir a Cheno: que mucho sentía que se fuese.

Bolaños comprendió sin duda aquel lenguaje mudo, y repuso:

--De buena gana me quedaría; pero no lo permiten mis asuntos. Allá me lleva la necesidad, pero acá se queda mi alma.

Vinieron después los afectuosos abrazos, y Cheno se echó a la calle, que estaba negra como boca de lobo, pues, sin duda con motivo de las descargas eléctricas de la tarde, habían sido derribados algunos postes del sistema del alumbrado público que viene de la lejana maquinaria de Necaxa y se habían apagado todos los focos de arco de la ciudad. Por la misma razón no corrían los tranvías, y la colonia estaba tan silenciosa como oscura. Por fortuna llovía ya poco y se habían oreado los grandes charcos de la vía pública; de suerte que la marcha desde la Alameda de Santa María al hotel Astoria, no fué ya tan penosa como lo había sido antes para el errante Bolaños. Iba éste por el camino, pensando en los acontecimientos de la tarde, y no sin profundo despecho encontraba que, a pesar de su caudal, nombre y posición, no había podido, en la casa de Anita, decir como César: *llegué, vi y vencí*. Con ésto sufrió mucho en su amor, que comenzaba a ser verdadero, a pesar de los errores y equivocaciones que habían entorpecido su curso, y no menos en su soberbia, que era inconmensurable. Pasó mala noche, se levantó de madrugada, y estando reparado ya el auto y a la puerta del hotel, emprendió el rápido viaje de regreso a San Víctor, el cual no fué tan alegre como el que hizo días antes, cuando acudió al apremiante llamado de la livianísima Clara.

CAPITULO XVI.

POLITICA DE CAMPANARIO



OMENZÓ a difundirse y derramarse por aquel tiempo en el Sur de la República, en cuya comprensión estaba incluida la hacienda de San Víctor, la revolución llamada agraria, que poco tiempo después llegó a adquirir impulso formidable. Los oscuros e ignorantes agricultores que empuñaron las armas, movidos por las prédicas de algunos improvisados tribunos, sostenían que los pueblos habían sido despojados de sus aguas y egidos, y los propietarios en pequeño, de sus particillas de tierra, ora por gobiernos injustos, ora por influyentes personajes de la política, o bien por grandes terratenientes que, usurpando las parcelas por medio de la violencia y la chicana, o comprándolas a vil precio, engañando a los pobres, habían logrado acaparar todo el territorio mejicano. Pedía la insurrección, por lo mismo, que todo lo mal habido se restituyese a pueblos y particulares, y que, en adelante, no volviese a permitirse la repetición de aquella triste historia.

De lugar en lugar fué propagándose el movimiento por la región, como crecen las ondas circulares de

los líquidos conmovidos por una piedra que cae, hasta que al fin no quedaron ciudad, pueblo, aldea ni cortijo que no participasen de la conmoción, ni dejasen de dar pábulo al descontento. Así fué como el pacífico villorrio llamado Isota, donde poder tan omnímodo ejercía nuestro conocido Juan Nepomuceno Bolaños, comenzó bien pronto a entrar en efervescencia. Allí, como en todas partes, había descontentos, y allí también, como en todas partes, fuego debajo de las cenizas. Aquel sordo malestar, aquella predisposición a la protesta y a la rebeldía, no necesitaban más que un jefe, un corifeo, un guía para salir hacia afuera; y ese elemento director apareció de súbito en el mismo cuerpo edilicio, movido y galvanizado por su inquieto secretario, el eternamente descontento don Severiano Alcocer. Indigestas lecturas de periódicos y novelas, conocimiento superficial de leyes y códigos y el constante ejercicio de ciertas funciones comunales, habían exaltado locamente su fatuidad y soberbia, como ya lo hemos dicho en otro lugar.

Era el hombre que la causa había menester; la envidia y la ambición fueron los acicates que hicieron encabritar su espíritu.

Tuvieron por teatro sus arengas el salón de sesiones del ayuntamiento, adonde acudían a diario los munícipes con motivo de las diferentes comisiones que desempeñaban. Allí era donde vociferaba el energúmeno dando explicación y desarrollo a sus ideas, que no eran tanto suyas como de los periódicos que en sus manos caían, y que él escudriñaba y aprendía casi de memoria.

Con su retórica vulgar y coja, dejaba embobados a los buenos de los ediles, quienes jamás se habían preocupado por analizar aquellos *problemas*; y como el

orador era osado y malgenioso, en tanto que los graves munícipes eran, por el contrario, pacíficos y de no muy levantado ánimo, fué creciendo insensiblemente el influjo del tribuno sobre aquel honorable cuerpo, hasta llegar a dominarle y llevarle a remolque en pos de sí. En menos tiempo del que fuera dable imaginar, trocóse la sala edilicia, de tranquilo y reposado lugar que había sido, en ruidoso caldero de activa y formidable ebullición, cuyos estremecimientos estrepitosos eran oídos por todo el pueblo. Solamente el Néstor de los ediles, el anciano don Ireneo de la Paz, no pudo ser arrebatado por aquella racha de desbordado entusiasmo, pues la frialdad de su sangre, el amor al sosiego y el profundo temor a lo desconocido que sentía, inducíanle a rechazar con terquedad todas esas novedades, preñadas, en su concepto, de tempestades y amenazas para la República.

Alegaba don Ireneo no ser generales, sino excepcionales y raros los casos de abusos medievales en las fincas, de esos a que don Severiano se refería, pues, aunque no podía negarse que algunos terratenientes pagasen miserables jornales a sus peones, los esquilmasen en las tiendas de raya y usurpasen inicuaamente sus parcelas; era cierto asimismo, que la gran mayoría de los amós no observaba esa mala conducta, sino otra que no era censurable, y que aun había algunos, entre los cuales figuraba don Melchor Covarrubias, tan justos y piadosos con sus trabajadores, que, más que otra cosa, padres solícitos de sus sirvientes parecían.

Tenía razón de sobra el Sr. de la Paz; distaba mucho de ser general y constante el mal que el tribuno aparentaba combatir. La esclavitud de los peones, tan traída y llevada por el diabólico tribuno, no pasaba

de ser una fábula, y la usurpación de las parcelas no era tan común que hubiese llegado a ser sistema general. Las demasías cometidas por algunos hacendados, ya en las personas, ya en las cosas, podían tener remedio en la ley, que las condenaba y perseguía, y para eso no se necesitaba una revolución. Alcocer lo sabía mejor que nadie; pero como lo que buscaba no era el bienestar de los desheredados ni el triunfo de la justicia, sino su encumbramiento y auge personales, convertía en cosa absoluta la que era relativa, abultaba los hechos, inventaba historias espeluznantes, y no cesaba de excitar las pasiones de la infeliz e ignorante clase trabajadora, para convertirla en muchedumbre ciega y rabiosa, que todo lo hollase y destruyese, capital, edificios y sementeras, hasta trocar el territorio en campo cubierto de escombros y desolación. Sobre un montón de ruinas meditaba sentar su dominio. No todo perecería; él sabría encontrar los tesoros ocultos entre las cenizas.

Pero un loco hace ciento. No eran perversos los ediles, pero sí analfabetos y vulgares; no podían analizar las ideas ni aquilatar los hechos; dejábanse deslumbrar por el brillo de las palabras, y en medio de la hojarasca de los discursos que pronunciaba el maestro de escuela, no sabían separar el grano de la paja. Así que, aturdidos y encandilados por tantos relámpagos y truenos, tornáronse en manada de borregos; y seguían humildes, pero rabiosos, a su enardecido y pérfido pastor.

Tornóse así, bajo aquella influencia nefasta, el pacífico ayuntamiento de Isota, en foco de activa conspiración y belicosa asonada; y como no hay cosa más trasmisible que las llamas, el fuego que inflamaba a aquella inconsciente agrupación, fué extendiéndose

por los alrededores, hasta llegar lejos, muy lejos, tanto, que los mismos autores de la conflagración no podían ni siquiera sospechar hasta dónde se había extendido su desastroso imperio.

Pronto hubo clubes, reuniones públicas y activa propaganda en el pueblo; y era don Severiano quien de continuo figuraba a la cabeza de esas manifestaciones, unas veces como presidente de los mítines, otras como secretario de las sesiones y casi siempre como orador indispensable de aquellas algaradas semicomunistas.

El efecto inmediato de esa racha de rebeldía, fué el de amenguar de considerable manera el influjo de Bolaños sobre el ayuntamiento, y de crear serias dificultades al hacendado para el desarrollo de sus acostumbrados planes. Mas, aunque la metamorfosis causó molestia a Cheno, no le alarmó por entonces, o, al menos, no tanto como hubiera sido de suponer, porque, engolfado en el manejo de sus intereses e infatuado por los halagos de sus aduladores, que aun en aquellas circunstancias no le faltaban, dióse a pensar que el escándalo y el alboroto que por la aldea iban cundiendo, carecían de raíz y consistencia, y no habrían de pasar de lo que entonces eran, novedades al uso, buenas para embobar a los tontos y para divertir a los holgazanes.

Con todo, como a compás de aquel movimiento de ideas, más o menos bien comprendidas, y de aquellos alardes callejeros de democracia, habían comenzado a aparecer algunas partidas de gente armada en los términos del municipio, estimó prudente Bolaños prepararse de algún modo para hacer frente a cualquiera sorpresa de malquerientes; por lo que escribió extensa carta al Gobernador del Estado pidiéndole protección

para su finca, la cual protección debía consistir principalmente, en el envío de una pequeña escolta, que sirviese de núcleo a la considerable fuerza que con sus mozos comenzó luego a levantar, y que armó y municionó por su propia cuenta. El Gobernador, que era su amigo, fué deferente a su indicación, y puso a sus órdenes un corto número de guardias rurales, con un sargento a la cabeza; y llevó su deferencia hasta el punto de remitirle, además de ese contingente, un nombramiento de jefe de la seguridad pública en todo lo que abarcaba la comprensión política de Isota. Por este medio vino a ser Cheno un verdadero dictador en aquel pequeño territorio, pues no había asunto de importancia en que no metiese la mano, ya fuese del orden civil, o del militar, o de la delincuencia. Porque es de advertir que, si su predominio en el ayuntamiento iba de capa caída, sucedía ello sólo por insensible gradación; y muy lejos estaban sus antiguos subordinados de plantársele en frente, y a cara descubierta, en son de amenaza o desafío, pues todo lo hacían a sus espaldas, tímidamente, y con bastante hipocresía y disimulo. Los jueces del pueblo, que eran alcaldes de elección pseudopopular, manteníanse mansos y obedientes hasta entonces, pues el contagio de la insubordinación no había llegado todavía hasta su encumbrada esfera.

CAPITULO XVII

EL PUENTE DEL ARROYO SECO

EN tal estado se hallaban las cosas, cuando, pocos días después de los acontecimientos que dejamos relatados en los anteriores capítulos de esta verídica historia, sobrevino en San Víctor un grave incidente.

Andaban Bolaños y el administrador cierta mañana recorriendo y examinando algunos potreros de la finca, cuando el amo, que era quien dirigía la marcha, la encaminó deliberadamente hacia el puente del Arroyo Seco. Sobre él detuvo el caballo, y se dió a analizar minuciosamente el estado que guardaba la obra de reparación por él ordenada. Todo estaba bien, conforme a la vista parecía: troncos y ramaje habían sido colocados con tal orden y con tan buena disposición, que el conjunto por ellos formado no flexionaba ni se estremecía con el peso y el andar de las cabalgaduras. Espesa capa de tierra bien pisoneada había sido arrojada sobre el oculto maderamen, en tal forma y manera, que su lisa y artificial superficie estaba más pareja y fuerte que la vereda a que servía de paso y comunicación por uno y otro lado del arroyo. En vano fué

en pos el hacendado, de algún defecto de la obra, pues en realidad no lo tenía; pero como el que mucho busca, puede hallar lunares hasta en el mismo disco del sol, salióse al fin con la suya, pues casi al extremo del puente, logró descubrir un corto intersticio deslavado y abierto entre la ramazón del fondo, hacia una de las orillas del paso. Y gran cólera cobró al notar aquel insignificante desperfecto, como si la cosa hubiese merecido la pena. Por lo que, volviendo a Poli el airado rostro, díjole con voz áspera y descompasada:

—¡Buen administrador tengo yo, vaya, vaya!

—¿Por qué lo dice su mercé? preguntó Poli con sorpresa.

—Porque no sabes cumplir mis órdenes ni en lo más común y corriente, repuso Cheno sin desarrugar el entrecejo.

—Yo siempre las ijicuto al pie de la letra, señor amo, objetó el administrador con acento respetuoso.

—Faltas a la verdad, Policarpo, exclamó el hacendado deteniendo de nuevo la cabalgadura.

—No me humille su mercé, señor amo, repuso Poli con voz alterada; yo no le doy motivo pa que me trate ansina.

—¡Cómo nó! ¡Aquí tienes la prueba!

—Como su mercé lo oye, señor amo. Pero en fin, hablando se entiende la gente. Dígame su mercé qué es lo que le parece mal de todo lo hecho pa remediarlo.

—Puesto que quieres que te lo diga, voy a darte con eso en la cara.

—No, en la cara no, señor don Cheno.

Poli se había puesto verde de sorpresa e indignación, porque nunca se había oído tratar de aquella manera ni por Bolaños, ni por nadie; y como era hom-

bre de su brazo, y sabía darse a respetar, y de ello tenía fama, le pareció intolerable y atroz la ofensa recibida. Dominado, no obstante, por su condición de sirviente, y llevado del hábito que tenía de respetar a su señor, puso freno al enojo, y, después de unos instantes de interna lucha, murmuró sordamente:

—En güen lugar nos jallamos pa que su mercé me haga ver que el puente no está compuesto como se debe.

—En buen lugar nos hallamos, ya lo sé, repuso Bolaños; por eso mismo me he detenido aquí, para probarte cuán mal mandado eres y cuán poco sabes cumplir tus obligaciones.

—¡Malajo (mal haya) pa mí, si lo que dice su mercé es la verdá! exclamó Poli más y más alterado a cada momento.

—Pues malajo para tí, ya que eres tan testarudo, repitió Cheno frenético. Mira, pon la vista de este lado del puente, y dime si no hay aquí una hendedura descubierta entre los palos.

Y diciendo así, señalaba con el rebenque que en la diestra llevaba, el intersticio que con tanto trabajo había acabado de descubrir. Poli se dió cuenta de lo que era, y contestó:

—En efeuto, señor amo, aquí hay una abertura.

—Y por esa abertura, replicó Cheno con violencia, cabe la pata de una res.

—No puedo decir lo contrario, asintió el administrador.

—Y por donde cabe la pata de una, caben las de todas; y como por aquí pasa el ganado cuando vuelve del aguaje, resulta que al cruzar por este sitio, pueden romperse las patas todas las reses.

—Sólo por la mala suerte pudiera suceder eso, ob-

jetó Poli, porque el joyo se encuentra muy ladiado, y el ganado camina siempre por la parte de en medio, que está güena.

—Pero yo no admito eso de la mala suerte, continuó el amo; aquí no ha de haber sino cosas bien hechas y como las mando.

—En sus terrenos está su mercé, y en ellos es el rey, contestó el administrador; pero por la gloria de mi señora madre, que en paz descansa, le asiguro a su mercé que todo el puente quedó como la palma de la mano de parejo, el día que su mercé lo dispuso. En seguro que la llovida de anoche, que jué tan juerte, deslavó el terraplén de encima, y que por eso se ha descubrido ese joyo.

—No debe haber hoyos nunca; a mí no me importa que llueva o que no llueva, vociferó Cheno.

—En eso lleva muncha razón su mercé, continuó diciendo Policarpo, pero es el caso que ayer no había joyo ninguno, como podrán atestiguarlo todos estos señores que están aquí presentes.

Hablando así el administrador, se dirigía a Ufemio y a varios caporales que habían acudido al lugar a recibir órdenes del amo, en cuanto le habían divisado y reconocido.

—¡Bonita disculpa la tuya! clamó Cheno con agresiva ironía. Ayer no había hoyo y ahora lo hay; de suerte que ese hoyo es como si no lo hubiera.

—¡Ni tan tonto que uno juera pa decir esas cosas! repuso Poli. Lo que quero dar a entender a su mercé, es que estoy al cuido de todo lo suyo, que ayer pasé por aquí, que oservé el puente largo rato, y que no tenía ni an siquiera una rajadura del canto de un caballo; y que agora que se abrió ésta, mandaré luego a los pioneros pa que la tapen.

—Pero darás las órdenes después que yo he visto la rajadura, replicó Cheno soltando una insultante carcajada. Si no la hubiera visto yo, no la hubieras visto tú nunca, y quién sabe cuántos animales habrían resultado lastimados por tu culpa. ¡Como a tí no te cuestan nada, nada te importan!

—Señor amo, no me diga su mercé esas cosas, observó Poli pálido de ira y con los labios áridos. Miro lo suyo como si juera mío; a todo el mundo le costa.

—¿Por qué no te las he de decir? Te he de decir todo lo que merezcas y me dé la gana, insistió Cheno más y más excitado.

—A naiden le cuadra que le afrenten, señor amo, ni menos en la cara de tantos testigos, observó Poli.

—Ni a nadie le gusta tampoco, ser mal servido en sus intereses, y tener un administrador tan holgazán como tú, contestó Bolaños.

—Pos en tal caso, dijo Policarpo sin poder ya contenerse, si su mercé no está a gusto con mi mal servicio, la cosa tiene remedio. Arrégleme su mercé mis cuentas, y en el auto mesmo me retiro de San Víctor.

—Sí te irás, gritó Cheno en el colmo de la ira; pero no después, sino en este mismo momento. Para nada te quiero ni necesito. ¡Lárgate!

—¡Válgame la Virgen Santísima! repuso Poli ciego ya de indignación, ya me está *cusileando* (echando) su mercé como si juera un perro. Está güeno, me voy de aquí, pero aguardo a su mercé en la casa pa que me arregle mis cuentas.

—¡Qué cuentas, ni qué ojo de hacha! vociferó Cheno; en el acto mismo has de salir de San Víctor, si no quieres que te mande a la cárcel por *cordillera* (pasando de escolta a escolta).

—Ansina van sólo los amantes de lo ajeno y yo

soy hombre de bien, contestó el viejo en el mismo tono. No salgo de San Vitor hasta que su mercé me arregle mis cuentas, y an todavía se quedan aquí mis animalitos y mi siembrita que ya después arrecogeré.

—No se ha de hacer lo que quieras tú, sino lo que disponga yo, declaró Bolaños en altas voces. ¡Vamos, cuela (sal) por allí!

Y con el azote señaló a Poli el camino del pueblo. Policarpo, perdida ya toda compostura, murmuró por lo bajo entre dientes:

—¡Malajo pal cristiano tan jijo....!

Oyóle el amo, que estaba pendiente de sus labios, y sin poder contener ya la ira, exclamó:

—Eso lo serán tú y tu madre, y toda tu parentela, bellaco.

Y enarbolando el rebenque, se lanzó sobre el administrador para pegarle; pero éste, que a tiempo se había puesto en guardia, y tenía mucha experiencia en achaques de altercados y riñas, picó con las espuelas los ijares del caballo, y éste, que era muy sentido, dió tan briosa y repentina salida, que ni aun siquiera con el extremo del látigo fué alcanzado el jinete. Pero la ofensa había sido hecha, y eso de azotar no reza con los hombres.

—¡Ah! ¡jijo de la desgracia! exclamó Poli vuelto un energúmeno. ¡Quere decir que vamos a entendernos de hombre a hombre!

Y echando mano a la espada que, colgada de la cabeza de la silla, debajo de la pierna izquierda llevaba, quebró (hizo girar) rápidamente su caballo, y arremetió contra Cheno, antes que éste hubiese podido desenvainar la suya. Y ahí mismo, y en un solo instante hubiera dado buena cuenta de su amo, a no haber intervenido con ligereza Ufemio y los caporales, que se

hallaban en derredor. Estos movieron tan a tiempo y con ímpetu tal sus cabalgaduras, que con el pecho de ellas chocaron por uno y otro lado con los costados de la bestia de Poli, y la empujaron en contrarios sentidos impidiéndole avanzar como el airado jinete lo anhelaba.

—¡No se metan! ¡no se metan! gritaba el colérico administrador.

Entretanto había logrado Bolaños sacar también la espada, y más airado y furioso que nunca, procuraba acometer a Poli por encima de las cabezas de los rancheros.

—¡Déjenmelo sólo, decía, háganse a un lado! Voy a probar a ese pobre viejo que soy más hombre que él. Pero continuó el desorden, y los dos adversarios no podían llegarse el uno al otro, porque el remolino de las bestias que la gente de paz montaba y gobernaba, se lo impedía; hasta que al fin, en vista de la inutilidad de sus esfuerzos, determinó Poli alejarse del sitio, aconsejado por uno de los caporales, que por lo bajo y a la pasada le dijo:

—¡Juiga, don Poli, juiga! ¿No ve que don Cheno está en sus terrenos y lo puede perjudicar?

Atendiendo a tales y tan potentes razones, hizo Policarpo retroceder su caballo hacia abajo del puente, y, tan pronto como se sintió en tierra firme, soltó la rienda a la bestia, le hincó las espuelas con furor y fuese a campo traviesa y a carrera tendida en pos del camino real para salir de la maldita finca.

—¡Collón! ¡Desgraciado! clamaba Bolaños procurando seguirle. ¡Pobre de tí si caes en mis manos!

Pero ¡qué había de caer! Volaba como una saeta y cortaba camino como un venado, como que conocía al palmo todo aquel terreno, y cruzando profundos cár-

cavos, charcos, arroyos y atascaderos, levantaba a su paso grandes cortinas de transparente agua, que se desplegaban por la atmósfera como láminas de cristal. Y a cada momento se ponía a más considerable distancia del grupo, astutamente ayudado por la estudiada impotencia de los caporales, de quienes era querido; los cuales, so pretexto de torpeza y aturdimiento, dirigían de tal suerte y con tanta confusión sus caballos, que fué imposible a Bolaños perseguir por sí mismo a Poli. Cuando logró al fin desembarazarse de tan molestos obstáculos y echar a correr por la atascosa llanura, era ya demasiado tarde, pues Poli había ganado sobre él muy notable ventaja, y se había internado por un bosquecillo de huizaches, que a no muy corta distancia del puente estaba. Visto lo cual, lleno de despecho se limitó a gritar con acento de fiera:

—¡Detengan al juilón! ¡Agárrenle! ¡agárrenle! mientras él, por temor de estropear su caballo fino, iba buscando los pasos más seguros y fáciles.

Fingieron los caporales gran devoción a su amo, y se pusieron en aparente y febril actividad; pero desempeñaban su papel de mala gana. Deteníanse a cada paso, se dispersaban y dejaban el camino so pretexto de cortar la retirada al fugitivo, y no hacían nada de provecho. Sólo Ufemio tomó la tarea por lo serio, y emprendió el alcance con determinación: y como era nativo de la finca y se sabía de memoria todas sus entradas y salidas, echó a andar por cierta vereda poco transitada, que le era familiar, y llegó pronto al huizachal, donde también se perdió, como se había perdido Policarpo.

Lo que pasó en el seno del bosquecillo, nadie lo supo nunca; lo único que pudo verse, fué tornar de aquel rumbo a Ufemio, no mucho rato después, rota

una ala del sombrero, como si se la hubiesen tajado con navaja de barbero, y chorreando sangre de un hombro, donde había recibido un puntazo.

Los caporales fueron a su vez volviendo riendas atrás, uno tras otro, asegurando haberles sido imposible detener a Policarpo, que iba disparado *como una centella o como alma que se lleva el diablo*. Así que no hubo más remedio, que ver cómo se obtenía la detención de Samartín de alguna otra manera, ya que aquella era infructuosa.

—¡Álgame el Niño Dios! decía uno de los caporales a sus compañeros por lo bajo. ¡Cuán endemoniado está el amo! ¡Parece que ha comido yerba!

—Onde coja a don Poli, decía otro, no le deja ni los güesos.

—Pero ¡qué lo ha de agarrar! decía otro. Si conoce estos audurriales más mejor que el mismo don Cheno.

Hecho un basilisco, como era de rúbrica, volvió a su casa el hacendado. La primera medida que tomó luego de llegado, fué la de hablar por teléfono a Isota y comunicar instrucciones severísimas para la inmediata captura del sirviente, "por ser sujeto peligrosísimo, que acababa, horas antes, de amenazar de palabra y a mano armada al que daba la orden, y de acometer y herir a uno de los mozos de San Víctor." Recibida la requisitoria por el secretario Alcocer, en lugar de ejecutarla, se valió de su tenor y espíritu para pronunciar feroces invectivas contra Bolaños, de quien dijo ser uno de los peores caciques del Estado, y del número de aquellos a quienes la revolución debía meter en orden, imponiéndoles severos castigos y apoderándose de sus terrenos para fraccionarlos y dividirlos entre sus víctimas o las familias de ellas.

Cheno, por su parte, no se dormía sobre las pajas, y ponía en movimiento y actividad no sólo a toda su gente, sino también a los guardas rurales que el Gobernador le había enviado, para que siguiesen la pista y aprehendiesen al insolente y desmandado viejo, que le había ultrajado y amagado delante de los mozos, sembrando con su aviesa actitud, la semilla de la insubordinación en aquella dócil y resignada grey de su finca. Pero ahora, como la vez anterior, se vió burlado en sus ventagativos designios por sus propios mozos, que no hicieron más que cubrir las apariencias, fingiendo seguir las huellas del fugitivo, cuando en realidad no se ocuparon en eso. Y por lo que ve a los guardas rurales, creyendo, y con razón, que aquel oficio no les era obligatorio, por ser destinado al servicio de un particular, y no del público, se limitaron a hacer un paseo largo, tardo y flemático por las estancias de la finca, sin hallar lo que se les pedía, porque en realidad no lo iban buscando. Así fué, que, después de dos o tres días de inusitada agitación en la finca, y de mucho ir y venir de correos y de gente, paró todo en que se comprobase que, tanto la autoridad de Isota, como la guarnición y los sirvientes de San Víctor, eran absolutamente impotentes para aquel ojeo y aquella cacería humana, porque el perseguido centauro no pudo ser oído ni visto por ninguna parte de la finca ni del municipio. Por lo cual hubo de reducirse Bolaños, mal de su grado, a dar estrictas y severas órdenes para que nadie en sus dominios ocultase a Samartín, ni aún siquiera hablase con él, si por acaso osaba presentarse, bajo penas de destitución y lanzamiento de San Víctor; y para que, en habiéndole a las manos, le capturasen los rancheros, seguros de ser bien remunerados por el servicio, si en las del amo le ponían.

CAPITULO XVIII

LA HUIDA.



A violenta conducta de Cheno, por reproachable que fuese, tenía su lógica indudable. ¿No había tomado Policarpo la voz en lugar de Chema, para rehusar el préstamo de los muebles? ¿No había dado ánimos a Tacha para que desairase al patrón? Siendo así todo, desprendíase de un modo natural, que la presencia de tamaño díscolo, no fuese compatible con la paz y el buen orden de la finca, ni, sobre todo, con la recia y muy especial disciplina que Bolaños quería y estaba resuelto a mantener en sus propiedades. La destitución de Samartín quedó resuelta desde el mismo punto y hora en que a oídos del amo llegó el injurioso relato de los acontecimientos ocurridos en la casa de Chema; y, si Bolaños no estalló entonces, ni lanzó desde luego de San Víctor a tan intolerable sirviente, fué sólo por haberse ausentado de la hacienda para acudir al llamado de Clara. Así que el altercado del puente del Arroyo Seco, no fué accidental ni impensado, sino como mandado hacer y buscado muy despacio. La dignidad herida

y la impetuosidad de Samartín, habían ayudado a maravilla al desarrollo de los planes de Bolaños.

Sea lo que fuere de todo esto, cierto fué que el incidente causó una sensación difícil de describir en la hacienda, porque Samartín era en ella la segunda persona, después de Cheno, y porque había ganado popularidad entre la servidumbre a causa de su reconocido valor, que sabía mezclarse a una buena dosis de cortesía campestre y de justicia seca; de suerte que nadie se imaginaba que aquel anciano bueno, trabajador y honrado, pudiese ser despedido de San Víctor con golpes y malas palabras, lo mismo que cualquier peón oscuro, insignificante y dejado de la mano de Dios. La dureza del amo había puesto temor en el corazón de no pocos, porque era cosa reconocida que Cheno *tenía los calzones en su lugar* y que se podía "rifar" con el más hombre; por lo cual no faltaba quien lamentase que los caporales se hubiesen *metido* en la trifulca para evitar la pendencia, pues hubiera sido cosa de gusto, el ver pelear de hombre a hombre y sin que nadie lo hubiese estorbado, a aquellos dos *gallos de estaca*.

La mayoría reprobaba la conducta de Bolaños, a quien llamaba desagradecido y sin corazón, porque a nadie consideraba, ni tenía en nada a nadie, como lo demostraba el presente caso; pues Policarpo, durante largos años, con fidelidad y notable acierto le había servido, y no había logrado sacar en premio de su labor incesante, más que insultos, desaires y persecuciones.

No tardaron aquellos rumores en llegar a oídos de Chema, causando en el ánimo del pobre mozo un efecto muy difícil de describir, pues el tío Policarpo significaba para él, no sólo un gran apoyo y un infinito consuelo, sino el único apoyo que tenía sobre la tierra;

de suerte que, desde que llegó a persuadirse de ser cierta la noticia, no tuvo ya descanso su espíritu y lo único en que pensó fué en huir de aquella finca. Así fué que dijo a su esposa:

—¿Ya sabes, Tacha, lo que ha sucedido?

—¡Cómo quieres que lo sepa, si pa nada salgo de mi casa y no hablo con alma viviente!

—Pos es una cosa grandota, muy grandota.

—¿Como a modo de qué, Chema?

—Como a modo de que mi tío Policarpo no está ya en la hacienda.

—¡Cómo ansina!

—Como lo oyes, Tacha.

—¿Y se jué sin dicirnos siquiera onde dejaba las llaves?

—¡Si no le dieron tiempo pa nada! No se jué; lo echaron.

—¡Jesucristo! Pero ¿qué ha sido eso?

—Pos nada: que con motivo de la compostura de un puente de ramas, se hicieron de palabras el amo y mi tío, y como mi deudo no consiente que se le pare encima ni an siquiera una mosca, y don Cheno es de genio muy recio, se dijieron y se tornaron, que porque sí, que porque nó, y, como el amo quiso darle de azotes a mi tío, el viejo, que es muy hombre, sacó la espada y en nada estuvo que hubiera macheteado a don Cheno. ¡En tantito ansina nada más! Pero los caporales estuvieron prontos al quite, y no le dejaron libres los movimientos. Después, el amo sacó también el sable y ya se quería comer vivo a mi tío; pero los caporales sirvieron también de estorbo; y mi tío, viéndose perdido, porque él solo no podía contra todos juntos, se jué juyendo en juerza de la carrera, y en solamente Ufemio pudo alcanzarlo. Pero ansina le jué,

porque mi tío por poco lo mata; que si no corre tan de recio, no le deja ni el canto de una uña. Dicen que cuando golvió al paraje onde estaban los demás, traiba la cara desencajada y más descolorida que la de un caláver, con la metá del sombrero tajado de un machetazo, y un llegón en un hombro que, anque no muy jondo, le jizo salir la colorada a borbotones.

—¡No me lo digas, Chema! exclamó Tacha visiblemente alarmada.

—Como te lo estoy diciendo, Tacha; ansina pasó meramente. De suerte que mi tío anda agora juyendo y como desterrado de la tierra. Dicen que el amo, que es autoridá municipal, lo ha mandado eshortar por todo eso pa que lo traigan trincado codo con codo; y si llegan a dar con él, probecito de mi tío. ¡Es capaz hasta que lo ajusilen!

—Y nosotros itan inocentes de todo! ¿Te acuerdas, que no una, sino munchas veces pensamos que qué le habría pasado a don Poli, que no había güelto a parecer por todito ésto?

—Eso mesmo estába yo reflejando esta mañana; que con razón no había venido otra vez a tomar los frijolitos con nosotros.

—¡Quera Dios y no lo vayan a agarrar, Chema!

—¡Dios lo quera, Tacha! A mí se me alfigura que no lo agarran, porque la mera verdá que mi tío es muy prespicaz, tan vivo como un zanate y más sentido y más ligero que un venado.

—Eso sí que es muncha verdá.

Guardó silencio el mozo por unos momentos y prosiguió luego:

—Oyes, Tacha ¿sabes lo que estoy pensando?

—¡Cómo lo he de saber si no me lo dices!

—Pos que ya no sale bien que estemos en San Vítor.

—¿Por qué, Chema?

—Porque la mera causa de nuestra venida a esta finca jué mi tío; él jué quen nos trujo; por él estábamós aquí, y su sombra nos amparaba. Pero agora que anda de juida, ya no tenemos su sombra, y como el amo es tan desoluto (absoluto), ha de querer encarsarse con nosotros al vernos solos y sin proteición, mayormente cuando va a tenerme reconcomia por la pura razón de ser sobrino de mi tío.

—Puede que tengas razón, Chema.

—Dime francamente si te parece güena la alvertencia.

—Me parece requete güena.

—En tal caso, no hay más remedio que irnos también nosotros de juida.

—Pero ¿por qué de juida? ¿No juera más mejor decírselo claramente al amo? Al cabo tú eres muy libre pa ir de aquí pa allá a trabajar onde más mejor te cuadre.

—¡Cómo crees que le alzo pelo a don Cheno! Me dice el corazón que si voy a despedirme de él, se pone como una pólvora, y, en vez de dejarme salir, me manda a un troje preso.

—¡Juera capaz el ingrato! exclamó Tacha pensativa.

—Yo lo rigulo ansina. De suerte que, como dice el dicho: "*mientras más seguro, más marrado*". Es más mejor que nos váyamos de aquí sin decírselo a naiden y sin que naiden nos sienta.

—Pos ya verás.

—Eso es lo que incuentro mejor. De suerte que te

arreglas lo más mejor que puedas, y esta misma noche nos vamos.

—Y ¿qué hacemos con nuestros tiliches (ropa de uso)?

—Haces unos tambachis (líos) con nuestros trapos, y nos los llevamos cargando.

—¿Y nuestro homenaje (menaje), y el bálul y los trastes? ¿Qué hacemos con todo eso?

—Todito eso lo dejamos aquí como cosa perdida; vale más ansina, que quedarnos por causa de los palos viejos y de los tepalcates (cacharros).

—Güeno; pero tantito después me mercas otros nuevos.

—Te merco otros muncho más mejores; por eso no tengas cuidado, Tacha.

—Pos entonces, voy a comenzar desde luego a acomodar nuestras cosas.

—Ansina será güeno. En el entretanto, voy a dar pienso y agua a los caballos, pa que no sufran los animalitos. ¡Qué culpa tienen ellos de estos mitotes! Por ay ando en las caballerizas. Me hablas si pa algo me has menester.

—Güeno, Chema, dende aquí te ando mirando.

Y en efecto, pasado el diálogo anterior, Tacha se consagró a acomodar sus prendas de ropa y las de su marido en dos no muy grandes líos, formados con las frazadas de sus camas, mientras Chema cumplía con particular esmero los deberes de su oficio, a fin de no dejar mala memoria de él, y de que nadie fuera a decir que se había ido porque no sabía trabajar. Al oscurecer, todo estaba ya dispuesto para la marcha; mas, para mayor seguridad, convinieron los esposos en no emprenderla sino después del toque de queda, que en la hacienda se daba a las nueve de la noche. Así se

obtendría la ventaja de que los caballos quedarían *cenados* y con las camas hechas, y que la cuadrilla estaría entregada al sueño.

Sonaron al fin las campanadas, y pocos momentos después, salieron de su casa Tacha y Chema, vestidos con sus trajes de viaje, que eran los más viejos que tenían, y llevando cada uno de ellos, una maleta a la espalda. Abrieron sigilosamente la puerta, cerráronla después con suavidad, y en seguida tomaron la dirección del campo, para no pasar por la cuadrilla, ni alarmar a los perros, que podrían denunciarlos. Por aquel camino, saldrían desde luego a un potrero, y de allí, saltando o derrumbando cercas, podrían llegar al camino de Isota.

Todos dormían. En la finca no se oía ningún ruido, y sólo de tiempo en tiempo, resonaba el ladrido lejano de algún can; así que la pareja pudo deslizarse sin ser sentida. Como la puerta de campo se cerraba por dentro, fácilmente pudo abrirla Chema, recorriendo con precaución los pasadores de fierro que le daban seguridad; y, una vez en el potrero, cerró tras sí el mozo honradamente la puerta lo mejor que pudo, para evitar que fuesen a escaparse los caballos.

Todo fué bien hasta llegar a la salida exterior del Potrero, la cual estaba asegurada por una barrera de gruesas trancas, que de uno a otro lado se tendían, apoyando las cabezas en redondos agujeros abiertos en un par de sólidos postes clavados junto al vallado de piedra. Tacha encontró difícil subir por aquellos troncos horizontales, y fué preciso que Chema la ayudase; todo lo cual hizo perder algún tiempo a los prófugos, y, sobre todo, produjo algún ruido, aunque leve, por el crujir del maderamen. Esto dió ocasión a que se despertase el perro de un jacal próximo, y a que se

pusiese alerta el portero. Era éste un viejo cancerbero de pelo en pecho, que había sido apostado ahí, en compañía de su rifle y de algunos hombres armados, para evitar toda sorpresa de políticos o bandidos a la ranchería. A medio vestir salió del jacal, con el arma al brazo, y, en viendo aquellos dos bultos en actitud de saltar las trancas, gritó:

—¿Quién anda por ay? ¿Qué gente?

—¡No tire, don Bartolo! contestó el mancebo. Semos nosotros, gente güena.

—¿Eres tú, Chema, el caballerango? preguntó el portero.

—El mismo, don Bartolo, y también Tacha mi mujer, que me viene acompañando.

—¿Pos qué andas haciendo por acá, brincando las trancas? volvió a preguntar el guardián. ¿Y an más todavía, después de sonada la queda? Yo creiba que eran los amantes de lo ajeno.

—Pos nada de eso, ya nos mira, don Bartolo, insistió el caballerango; arrímese bien pa que nos desanime las caras.

Acercóse el portero, y reconoció luego a la pareja, a la escasa luz de las estrellas.

—Pos eso es lo que me almira, objetó, que siendo ustedes, que no tienen pa qué hacerse los misteriosos, queran salir de la hacienda de esta manera.

—Las cercustancias nos obligan a hacerlo ansina, don Bartolo. ¿No vido cómo le jué a mi tío Policarpio con el amo? explicó Chema. ¿A qué me quedo yo aquí? ¿A que me pase lo mesmo?

—Tú no eres malcriado como don Poli, y no te pasará nada de eso, afirmó el viejo.

—Como quera que sea, ya no es mi voluntá el seguir en la finca, y por eso mesmo nos vamos Tacha y

yo. Ansina es que, con la venia de usté... continuó el mozo.

Y tanto él como Tacha, se disponían a seguir la marcha.

—Yo no te lo puedo premitir, repuso Bartolo. Pos entonces ¡pa qué sirvo? El amo me dijo: "Mira, Bartolo, tú te quedas encargado del cuidado de esta puerta, y no me dejas pasar por aquí ni an siquiera una mosca"; y como soy su criado, tengo que cumplir las órdenes que me ha dado... Lo único que puedo hacer por tí, es poner el caso en conocencia del amo, y si él me dice que está bien, entonces, ni quen chiste; yo mesmo te ayudaré pa que puedas salir del potrero.

Antes de que Chema pudiese replicar, Bartolo hizo salir del jacal a uno de sus compañeros, y le mandó a la hacienda a decir a Bolaños lo que pasaba, y a recibir órdenes sobre lo que tenía que hacer con aquellos muchachos. Cheno estaba despierto todavía, según se podía ver por la luz que salía de las abiertas ventanas de su casa; así que, no tardó en volver el enviado.

—¡Media güelta pa atrás! gritó al aproximarse al grupo. De orden del patrón, que la familia se degüelva a su casa, y que vaya Chema a hablar con él.

Preciso fué obedecer, pues a no haberlo hecho de grado, hubiérase encargado la fuerza de llevar a ejecución lo dispuesto; así que Chema y su esposa desanduvieron el camino que con tanto misterio acababan de recorrer, y, habiendo entrado la joven en su casa, continuó el mancebo, en compañía de uno de los guardas, hacia la del amo. Iba Chema cabizbajo y cariacontecido, y con más miedo del que era necesario, porque se le figuraba que Bolaños le maltrataría de palabra y obra: pero ¡qué hacer! Como sirviente, y

mientras no se separara de San Víctor, tenía que ser sumiso y obediente.

Quedó Tacha muy inquieta asimismo, por lo que a su esposo pudiese acontecer, y no cesaba de asomarse a la puerta para ver si volvía, y así estuvo largo rato, hasta que, pasadas las diez de la noche, que ella contó al sonar la campana del reloj de la hacienda, vió a Chema tornar de la entrevista, ni demasiado mohino, ni maltrecho, sino mostrando alguna serenidad en el semblante.

—¿Qui hubo, pues? preguntóle Tacha, en cuanto llegó. ¿Cómo te jué con el amo?

—No tan mal como lo creiba, Tacha, repuso Chema, ¿lo creerás? Como don Cheno tiene el genio tan recio, iba aprevenido a que me pusiera por los suelos y hasta a que me diera de guantadas (bofetones) ipero no jué ansina por mi güena suerte!

—Pos ¿qué jué lo que pasó? Anda, cuéntamelo.

—Pos nada. En cuanto que llegué, lo jallé dando güeltas en el corredor de adentro, con las manos cogidas por detrás, y me dijo al momento de mirarme: “Hombre, Chema, ¿con que te querías juir de San Víctor”? Yo ni modo de negarlo, porque él tenía la conciencia de lo sucedido, y más mejor tomé el partido de callarme. Entonces él golvió a dicirme: “Pero, hombre, ¿por qué te querías ir tan presto? ¿Qué te he jecho yo pa que me dejes ansina?” Yo no jallaba qué dicirle, porque no podía reclamarle la mera *pelada* (la verdad) y no tuve más remedio que soltarle una mentira. “Pos amo, le respondí, la mera verdá, no estoy a gusto en la hacienda, porque el trabajo es mucho y el salario muy corto.” Entonces me respondió: “Pos en siendo ansina ¿por qué no me lo habías dicho? Pa algo ha de servir la lengua.” Y yo le respondí: “Pos, se-

ñor amo, porque me daba vergüenza con su mércese girle más juerte salario.” Y aluego él me replicó: “Pos en ese presupuesto, no es menester que te vayas, ni menos saltando las trancas como los amantes de lo ajeno; quédate y te daré un sueldo más mejor. Ya veremos cómo arreglamos eso.” Y se quedó reflejando y dando güeltas, en mientras yo esperaba su resolución. Al fin de un largo rato de espera, me echó una güena jalada (un buen regaño), pa qué he de dicir otra cosa; pero no tan juerte como yo creiba que me la iba a dar, y se soltó dándome consejos, pa que no golviera a dejarme llevar por la ventolera de mi locura, y me ofreció munchas cosas güenas, que ya veremos si sabe cumplir como los hombres, o si no las cumple. Y en cuanto oyó que daban las diez me dijo: “Ora sí, Chema, ya es hora de que te güelvas a tu casa, porque Tacha ha de tener mucho cuidado por tí.” Y ansina jué como me despedí y me vine pa cá.

—¿Y nadita que te dijo de don Poli? interrogó la esposa.

—Nadita, ni an siquiera llegó a dicir su nombre en todo el tiempo que estuvimos juntos, repuso Chema.

—Ansina es de que no te hace responsable de nada de lo que hizo tu tío.

—Ansina parece, repuso Chema.

—Pos entonces no tenemos de qué quejarnos; lo único malo es la priesa que nos dimos pa salir de aquí, agregó Tacha. Y todo ¿pa qué? Pa quedarnos lo mesmo que enantes.

—¡Y el susto que nos dió don Bartolo cuando nos atajó en el potrero, apuntándonos con el rifle! murmuró el mozo.

Tacha sonrió pensando en la timidez de su marido y repuso:

—Pos el miedo tú lo tendrías; lo que soy yo, nada que llegué a sentirlo.

—Es porque eres mujer, observó el marido, y bien sabías que a tí no te habían de dar un plumazo. Pero como soy hombre, a mí sí me hubieran podido desce-rrajar uno en la chapa del alma o darme una güena macheteada.

Calló la joven, para no humillar a Chema, pero allá para su interior, pensó que qué lástima que le hubiese tocado *un marido tan metido en la concha y tan güeno pa nada.*

CAPITULO XIX

NATURAL Y FIGURA.



RAJO Cheno de la capital los mejores propósitos del mundo, porque cuando escuchaba la voz de la razón, comprendía que necesitaba arreglar y normalizar su vida, y que no le era posible continuar la batahola de sus relajadas costumbres por término indefinido. Amaba de veras a su prima, y creía firmemente que Anita llevaría a su lado el bienestar de la virtud, la alegría del vivir y la paz inefable del hogar; así que su empeño por lograr su mano, no sólo era sincero, sino hasta egoísta, porque se confundía con el deseo de su propia dicha. No obstante, la desconfianza aparente o real que doña Carlota había manifestado, le llenaba de sobresalto, porque comprendía que, por poco que se las buscase, pronto serían encontradas sus numerosas y grandes faltas; y bien sabía también que su parienta no era del número de las mujeres que se dejan engarbullar y ceden a la menor instancia, sino, por el contrario, de aquellas que se obstinan en seguir su propio dictamen, y no cambian nunca de opinión.

Parecíale que Anita le amaba, y, que, a estar libre de la influencia materna, todo se lo perdonaría y lo olvidaría, como si nunca hubiese pasado; pero el caso era que no la podía emancipar de aquel influjo, y que, por su misma timidez, bondad y dulzura, no sería capaz de contrariar con sus obras los mandatos de la autora de sus días. Razonando así, presentía Cheno su próxima derrota, y sentía gran desaliento al pensar que resultarían vanos a la postre todos sus anhelos de regeneración y de bien.

Su engreimiento, con todo, servíale de fuerza, y comunicábale vigor y esperanza, pues tan favorable idea tenía de sí mismo, que reputaba extraordinario y casi casi absurdo, que pudiesen fracasar sus empresas. Y a tal punto llegó a dominarle esta orgullosa consideración, que fué la que al fin y al cabo prevaleció en su ánimo, y le indujo a adoptar una línea de conducta, que hubiera parecido cuerda, a no tener causa y origen en aquella pasión desmandada. Así fué, que resolvió ser morigerado en sus hábitos y maneras de allí en más, suprimir sus aventuras campesinas, e ir enmendando de tal modo sus pasados errores, que no dejasen, si posible fuera, rastro alguno en San Víctor, a fin de que, cuando tomase Anita el gobierno de la casa, no conociese sus locas demasías, o, al menos, no llegase a tener la evidencia de ellas.

A este propósito, echó mano desde luego de mil ingeniosas transacciones para dejar contentas a las familias donde había cometido abusos; y dando dinero aquí, o empleos allá, y estableciendo pequeños giros mercantiles para los quejosos y quejosas, fué haciendo salir de la finca a los más temibles, uno en pos de otro, hasta no ver en su torno sino pocos maridos agraviados, mujeres demandantes y chicuelos que, con

o sin justicia, apelasen a su nombre, a título de filiación. Así, en pocos días adelantaba su obra de moralización y salvamento, y despejábbase su negro y nublado horizonte. Y comenzaba Bolaños a criar confianza y a respirar satisfecho, cuando, por su mala estrella, recibió la siguiente carta de doña Carlota:

“Estimado sobrino:

“Como está próximo a espirar el plazo de quince días que Anita y yo te señalamos para resolver si era aceptada o nó tu proposición matrimonial, me apresuro a dirigirte estos renglones para decirte que, de común acuerdo ella y yo, hemos resuelto prolongarlo por dos meses más, a partir de esta fecha, porque nuestra labor de investigación va siendo larga. Para que no creas que procedemos con ligereza, te noticio que los datos que hasta hoy hemos adquirido son tan malos para tí, que bastarían por sí solos para perder tu causa; pero como las dos te queremos, y estamos resueltas a formar un tribunal benigno, no fallamos desde luego, y estamos dispuestas a hacer mayor número de pesquisas, con la esperanza de hallar hechos que te sean favorables y borren del todo, o al menos atenúen tus lamentables aberraciones. Por supuesto que no te condenaremos sin oírte, y que te llamaremos cuando llegue el momento oportuno. Así, pues, sobrino, ve previniendo tus descargos, y está listo para acudir a nuestro llamado.

“Tuya afectísima tía,

CARLOTA.”

Con rabia estrujó Bolaños el papel entre las manos, cuando acabó de leer la misiva, y se hizo cargo desde luego de que nada tenía que esperar ya de Anita, pues cuanto más fuese estudiada su vida, tanto más irregu-

lar debería ser encontrada. Así, que no se tomó el trabajo de contestar luego a su tía, sino que lo hizo días después, brevemente y de mala manera, limitándose a darse por enterado de aquella decisión, y asegurando estar listo para ir a Méjico tan pronto como para ello fuese requerido.

Después de eso, entró en un marasmo fácilmente explicable, porque no abrigaba proyecto alguno para el porvenir, ni veía un rayo de luz en su triste y encapotado horizonte. Así permaneció algunos días, torvo y caviloso, hasta que su bronca y bravía naturaleza recobró su antiguo imperio, y reapareció el hombre viejo, rompiendo las recientes y débiles ligaduras que las vislumbres de un amor santo habían comenzado a echar a su conciencia.

Aquella crisis pasó, poco más o menos, en la fecha en que había tomado venganza de Policarpo, su honrado, pero irascible aperador; de suerte que el despecho producido por la carta de doña Carlota, la sed de venganza que le consumía y el recuerdo de la preciosísima lugareña, mezcláronse en su espíritu de tan diabólico modo, que produjeron una sola, una única determinación: volver la espalda a las ilusiones castas, a la familia, a los anhelos de rehabilitación, y arrojarse de nuevo, con los ojos cerrados, en la vida de siempre, para aturdirse y olvidar. Supuesto que no era posible volver al camino recto, había que enfrascarse de nuevo en los vericuetos y zarzales por donde había andado desde su adolescencia. ¿Y después? ¡Bah! ¡Quién se ocupa de mañana! Sería lo que Dios o el diablo quisiesen. El hombre es juguete del destino. ¿Quién iba a esperar dos meses? Era una eternidad el nuevo plazo; y luego, estaba cierto de que, vencida la prórroga, se pedirían otras, y ¡quién sabe cuántas más vendrían!

Y él no sabía aguardar; no era hombre para embobarse con las mentidas promesas de una remota esperanza. Así, al siguiente día, después de la fracasada huida de Chema y Tacha, mandó Bolaños por la joven con uno de los sirvientes. En aquellos momentos ocupábase Tacha en los quehaceres domésticos y acomodaba las ollas en el fogón. Respondió, pues, que para allá iba, y que si tardaba un poco, era porque necesitaba quitarse lo *chamagosa* (lo sucia) y ponerse otros trapos *más* mejores.

Y así como hubo desaparecido el mensajero, salió al corral, y puso en conocimiento de Chema lo que pasaba. Andaba el caballerango almohazando y peinando las bestias. Pero fué tan profunda la impresión que aquella nueva le produjo, que suspendió en el acto toda labor, y fue en pos de su mujer para seguir hablando en casa, y arreglar de consuno lo que debían hacer en tan delicada situación como aquella. Entretanto que hablaban, iban los dos muchachos poniéndose sus trapitos de cristianar, después de haberse aseado la cara y las manos; y hecho todo eso, salieron juntos y tomaron el camino de la hacienda.

Tan pronto como el amo los vió entrar en el escritorio, dijo con acento contrariado, fijando en Chema los ojos.

—Y tú ¿qué andas haciendo por acá, hombre? ¿por qué has dejado tus quehaceres? ¿quién te ha mandado llamar?

—Pos como su mercé mandó llamar a Tacha, y ella no está *impuesta* (acostumbrada) a andar sola, me vine con ella, repuso Chema.

—Muy mal hecho, exclamó Bolaños con tono de reprimenda, no me gusta que se me presente un sir-

viente cuando no le llamo. Así es que, vuelve a tu trabajo y deja aquí a Tacha.

—En tal caso, será más mejor que vuélvamos Chema y yo más tardesito. En cuanto él acabe sus quiha-ceres, por acá nos tiene su mercé, dijo la joven.

—No, señor. Chema a la caballeriza, y tú te quedas aquí, porque tengo que hablarte de un negocio. De suerte que, Chema, anda, vuelve corriendo a tus caballos, no sea que algo les falte.

En vano trataron de hacer observaciones y de resistir los esposos, pues Bolaños no quiso atender a nada, y casi a empujones arrojó al caballerango de su escritorio. No hubo más remedio. Tomó, pues, Chema, el camino de su casa. y, en llegando a ella, cambió de traje para no ensuciar el dominguero; y mustio y pensativo, volvió a las cuadras, donde se dió a trabajar en el aseo de la caballada.

Hé aquí, entretanto, lo que pasó entre Cheno y Tacha:

—Parece que me tienes miedo, criatura, conforme huyes de mí y te haces acompañar de tu marido, díjole Bolaños.

—Miedo no, señor amo, repuso la muchacha; yo a naiden le tengo miedo, sino a los espantos.

—Se me figura, exclamó Cheno soltando una alegre carcajada, que eres más hombre que Chema.

A eso nada objetó la joven; pero pensó para sí que tenía razón el amo, y que a Chema le hubieran cuadrado mejor las enaguas, así como a ella le hubieran ido mejor los calzones. En vista de su silencio, que Bolaños interpretó como muestra de desagrado, dejó el amo aquel asunto y abordó desde luego el verdadero que quería tratar con la joven.

—¿Con que anoche quisieron huir de la hacienda tú y Chema? dijo.

—Pos sí, señor, contestó Tacha, ipa qué se lo he de negar si al cabo ya lo sabe!

—Pero ¿por qué razón? A ver, explícamelos, continuó Bolaños.

—Pos ipa qué ha de ser eso, si ya lo sabe también su mercé! ¿No se lo reclaró Chema anoche? siguió diciendo Tacha.

—Sí, me dijo que porque ganaba poco en San Víctor. ¿Es por eso?

—Sí, señor amo, por eso mismo.

—Pero ¡vaya una manera de arreglar las cosas! ¡Irse así, sin decirme palabra!

La joven calló sin disculparse, pero siguió con los ojos bajos y visiblemente turbada.

—Pues si esa es la causa, continuó Cheno, el remedio está en la mano. Por lo pronto, te voy a dar trabajo para que ganes sueldo, y ya veremos lo más que puedo hacer en favor de Chema, según se lo tengo ofrecido.

—Muncho se lo agradezco a su mercé, repuso Tacha; pero la mera verdá, que no sirvo pa nada, porque no sé hacer cosa nenguna.

—¿No haces los quehaceres de tu casa?

—Sí, como todas las mujeres, pero a lo probe.

—Cualquiera que sepas hacer será suficiente, porque no te quiero para nada difícil.

—Pos asigún sea, señor amo.

—Quiero que te vengas a mi casa a servir como ama de llaves.

—¡Juy, señor amo! Pa eso sí que no estoy güena, porque derejir una casota tan grandota como esta, es cosa pa mí del otro mundo.

—No lo creo, eres vivaracha y despierta, y en un momento vas a ponerte al tanto de todo.

—Yo nada puedo ofrecer a su mercé, porque me conozco que no sirvo pa eso. No sé más que frir frijoles, cocer carnita del cocido, moler maicito y tortiar, (hacer tortillas de maíz.)

—Aquí no tendrás que hacer nada de todo eso, sino recibir y guardar los artículos de la despensa, vigilar a los criados y cuidar que ande bien el servicio de la casa.

—No, señor amo, de eso no entiendo yo; dígame de cualquier otra cosa, y an esa podrá suceder que la inore.

—No, Tacha, así ha de ser precisamente, porque para eso te he menester, y porque es preciso que lo hagas.

Y como ella continuaba meneando la cabeza en señal de negativa, acabó Cheno por definir la situación en los siguientes términos:

—En fin, no tenemos para qué seguir discutiendo. Ya sabes que aquí en San Víctor, a mí no se me contradice.

Ante actitud tan resuelta, enmudeció la joven y cesó de decir que no con la cabeza, pues, como perteneciente a la clase sèrvil que era, en cuanto oyó hablar al amo como amo, sintióse obligada a callar y a obedecer. Una vez fijada bien la posición de Tacha, siguió diciendo Bolaños que el único impulso que le movía a obrar de aquella manera, era el deseo de ayudar pecuniariamente al matrimonio, que a ingratitud tomaba el que se hiciese alguna objeción a sus proyectos, y que quisieran o nó ambos jóvenes, habría de prevalecer la voluntad de él sobre la de ellos. En seguida habló de los términos del arreglo. Tacha entraría ga-

nando veinte pesos mensuales, por ahora, a reserva de que se le convirtiesen en treinta y hasta en cuarenta más tarde, conforme fuera adiestrándose en el manejo y gobierno de cuanto se le iba a encomendar. A eso objetó Tacha que no podía abandonar a su marido, quien la necesitaba para el arreglo de la casa y la confección de los alimentos. A lo cual replicó Bolaños que no padeciese pena por ello, pues todo lo había ya previsto, y era de esta manera: que Tacha y Chema comerían en la casa de la hacienda para simplificar las atenciones de la joven, que ésta pasaría la noche con su marido, y que todas las mañanas, temprano, después de haber barrido, sacudido y arreglado sus cosas, volvería a la casa de la hacienda para desempeñar las funciones de su oficio. Y que por lo que hacía a las labores de aguja que Tacha tendría sin duda que hacer, podría ejecutarlas en la misma hacienda, durante el tiempo que la superintendencia de los otros negocios se lo permitiese. Con esto quedó terminado el coloquio, pues Cheno se negó a seguir hablando más, porque no había llamado a la joven para que le contradijese, sino para que le obedeciese.

—En siendo ansina, señor amo, replicó Tacha, ansina tendrá que ser. Voy aluego a comunicar a Chema lo que su mercé dispone, a ver que es lo que dice.

—No, eso no; no *a ver lo que dice*, sino para que se haga lo que mando, resolvió Bolaños con acento imperioso.

—Pos así será, pues, señor amo, contestó Tacha con sumisión. En ese caso, con licencia de su mercé, ya me voy yendo.

—Sí, Tacha, ya te puedes retirar; pero vas adver-

tida de que tu trabajo comienza mañana temprano, en la forma y términos que acabo de explicar.

—Está bien, señor amo. Pos, con la venia de su mercé. . . ., dijo ella.

Y se dispuso a salir del escritorio; pero Cheno la detuvo.

—Pero ¿por qué eres tan malcriada? le dijo. ¿Por qué te vas sin darme la mano?

—Por respeto a su mercé, señor amo, repuso Tacha, porque su mercé y yo no semos iguales. ¡Qué va de cabeza a pies! Su mercé es la cabeza, y nosotros sus criados, semos los pies.

—No, Tacha, no exageres; vamos, despídete bien a bien, con la mano.

—Pos en tal caso, como lo quiera su mercé.

Y envolviendo la diestra en el extremo del rebozo, la tendió inmóvil y rígida a Cheno, como es costumbre entre rancheros. Bolaños, que conocía al palmo el ceremonial campesino, y sabía que la envoltura de la mano significaba respeto y no otra cosa, hizo a un lado la tela tan pronto como la joven le hubo tendido la mano, y reteniendo ésta entre las suyas, la acarició sin ceremonia. Tacha no se atrevió a retirarla, y se limitaba a suspirar de tiempo en tiempo, y a hacer algún impulso tímido para quedar libre. Al fin, después que Bolaños dió varias palmaditas por el anverso y reverso de aquella mano fuerte y endurecida por el trabajo, la soltó poco a poco diciendo:

—Ahora sí, Tacha, puedes irte cuando gustes, pero no se te olvide que mañana temprano tenemos que vernos.

—Bueno, pos ansina será, señor amo, repuso la joven sonrojada y turbadísima.

Y en llegando al corral, fuese luego a hablar con

Chema, que continuaba consagrado a sus ocupaciones caballeriles, y contóle cuanto había acabado de pasar, menos la parte final, relativa a las caricias, con todo y ser lo más grave de lo que tenía que relatar. Tal vez no lo hubiera omitido si hubiese confiado en la energía de su esposo, y tal vez calló por no comprometer a Chema, o por no hacerle sufrir un disgusto inútil, ya que no era capaz de ninguna resolución varonil. O quizás haya guardado reserva por algún otro motivo oculto, de ella solo conocido. Como quiera que sea, bastó y aun sobró a Chema con lo que supo, para quedar confuso, triste y lleno de espanto.

—¿Y hora qué hacemos, Tacha? preguntó a su esposa con expresión de suprema angustia.

—Pos ya tú verás, contestó la joven; tú eres quen ha de resolver la cuistión. Ya sabes que a todo me tienes opuesta.

—Nadita que me cuadra que te vayas a servir al amo en su casa; pa eso tienes la tuya, y pa eso trabajo yo, observó el mozo.

—En parte eres tú el culpante de este apuro en que nos jallamos, Chema, replicó la muchacha.

—¡Ni lo güelvas a decir, mujer de Dios! exclamó el caballerango suspendiendo por unos momentos el arreglo de la crin del Alí, que en aquel instante peinaba.

—¡Cómo nó, si es muncha verdá! Pos ¿no le dijistes que nos íbanos a juir porque ganabas poco? preguntó Tacha.

—Eso ni quen lo niegue; pero yo se lo dije solo por desculparme, porque alguna cosa tenía que decirle; pero no de deveras, explicó Chema.

—Pero él ¡cómo había de conocer tus adentros! De siguro se alfiguró que hablabas con formalidá y quere cumplir lo ofrecido, porque aparte de darme a

mí este destino, quere darte a tí quién sabe qué otras cosas más, asigún dijo, prosiguió ella.

—A mí también me lo ofertó anoche, asintió el caballerango. ¡Pa qué dianchis le iría yo saliendo con esa pata! Y agora resulta que me ha cogido la palabra, y como quen dice, con el dedo detrás de la puerta.

—Ansina mesmo, y ya no puedes golverte pa atrás, porque entonces echa de ver que lo que le dijistes jué un puro pretexto, y quién sabe lo que te quedará hacer pa castigarte, advirtió la joven.

La observación dió en el blanco, tal como Tacha lo había calculado. Conociendo el poco espíritu de su marido, hábale hecho entrever ese peligro, seguramente con el propósito de amedrentarle.

—En eso sí que tienes muncha razón, Tacha, repuso el mozo con desaliento. Como el amo está descomulgado y no le tiene miedo ni a Dios ni al diablo, es capaz de hacer las mayores injusticias con los probes.

—Pa eso mesmo te lo digo, agregó su esposa, pa que alviertas lo que te puede suceder.

Chema se quedó un rato pensativo, y siguió peinando las crines del Alí sin hablar ni saber lo que hacía. Al fin articuló con acento inseguro:

—Pos sea como juere, a mí no me cuadra que te vayas a servir al amo, y no lo consiento.

—Pos entonces, ya verás como haces pa desatar este ñudo, dijo Tacha; lo que soy yo, ya me voy a la casa pa preparar la comida.

—Dios dirá, repuso el mozo con amargura, Dios habla por los que callan.

Con esto se fué Tacha, y continuó Chema limpiando las bestias, dándoles el pienso habitual, llevándo-

las a beber a la atarjea, poniéndoles las camisas de cotín blanco franjeadas de rojo, que llevaban las iniciales del dueño, y engancho las cadenas de los almartigones a sendas argollas, que aseguradas a los muros de las cuadras se veían. Todo lo hacía como autómeta, por la costumbre que había adquirido de practicarlo, pero con el pensamiento enajenado y ausente, pues no cesaba de proyectar planes diversos para salir del laberinto en que se hallaba metido. De aquellas cavilaciones, cuando aun no terminaba sus quehaceres, sacóle la presencia de Ufemio. Venía el antiguo peón de estribo de Bolaños con el brazo derecho en cabestrillo, envuelto en blanco y estrecho vendaje; pero aun así y todo, parecía contento y satisfecho.

—Buenos días te dé Dios, Chema, dijo al aproximarse a las cuadras.

—Mejores te los dé a tí, Ufemio, repuso el mozo sin dejar de trabajar. ¿Cómo sigues de males?

—En todavía no estoy güeno; pero dice el doctor que ya entre una semana habré sanado, replicó Ufemio.

—¡De modo que jué poca cosa! exclamó el caballerango distraído.

—Sí, poca pa los que no recibieron el puntazo, contestó Ufemio. ¡Que se haga la voluntad de Dios en la siembra de mi vecino! Pero a poco no la cuento. Don Poli me tiró a dar, y a la mala, porque cuando me descenrajó el machetazo, jué cuando vido que mi caballo se me dió la salida y que no pude arrendarlo. Entonces jué cuando se dió gusto y me jincó la cuchillada que en un ansina estuvo que no me hubiera mochado la cabeza. Mi fortuna jué que mi pencho se tiró pa un lado, y el golpe me llegó de rejilón. Pero ya nos veremos otra ocasión, ese viejo jijo de la tiznada

y yo, y sabremos quen es más mejor de los dos, de hombre a hombre, y no como me cogió, de altiro maniatado.

Chema sintió que la sangre se le encendía, y de buena gana hubiera contestado a Ufemio que su deudo era más hombre que él, y que si le había herido y ganado, no había sido a la mala, sino a la buena, supuesto que la pendencia había tenido lugar en el campo, estando solos los dos y sin que nadie los separase; pero como el interlocutor le imponía miedo, aun privado del uso de uno de sus brazos, no se atrevió a contradecirle y se limitó a seguir en su faena, como si no pensase más que en ello.

—Y agora, prosiguió Ufemio, más ojeriza me va a coger don Polí, cuando sepa que ocupo su destino, porque el amo me ha nombrado almenistrador de la hacienda en lugar de él.

—Pos en ese caso, que te vaya bien, murmuró Chema, más y más apocado ante la grandeza de su interlocutor.

—Muncho que te lo estimo, repuso éste satisfecho. Vamos a ver qué tal lo hago. ¡Ès capaz que ni an pa eso sirva!

Chema no dijo nada; siguió trabajando. Ufemio guardó silencio breves momentos, y luego reanudó la conversación.

—Oyes, Chema, dijo, no puedes alfigurarte cuánto me cuadra haberte jallado aquí. Ansina te quería coger, a lo solo.

—Pos aquí me tienes, Ufemio, pa cuanto se te ofrezca, repuso Chema.

—Te quería decir que es muncho lo que te quere el amo, siguió diciendo el administrador.

—¡Oiga! ¿Conque ansina, eh? exclamó el mozo, cu-

yas facciones se contrajeron a impulso de interno disgusto.

—Ansina mesmo, como lo oyes, prosiguió Ufemio. Dende ayer nochi, después que te vinites, me dijo: “Oyes, Ufemio, Chema se queja de que gana muy poco y por eso se quijo ir juido; pero ya le tengo ofertado ayudarle pa que salga de probe. De manera es, que mañana mesmo le hablas y arreglas con él el modo de que tenga otras buscas. Puedes darle un terrenito pa que lo labre por su cuenta, y pasto pa unos cuatro o cinco animalitos. Y a ver qué otra cosa te dice que quere que le demos. Todo se lo has de dar, con el conque de que no te vaya pidiendo toda la hacienda.”

—¡Y qué me gano yo con todo eso, si ya pasó el tiempo de la siembra! ¡Y qué animales tengo yo, pa echarlos al pasto! dijo el caballerango con disgusto, encogiéndose de hombros.

—Pos lo de sembrar, en todavía es ocasión de que siembres calabazas, chayotes y frijolitos. En fin, ya tú verás. El terrenito que te puedo dar, es muy güeno y está muy bien enlamado; cuando quieras, te llevo pa que lo mires. Por lo que respeta a los animales, me dijo el amo que te podía dar dos vacás paridas, con sus crías, pa que bebas leche y hagas queso, y también dos yuntas de güeyes, si los has menester.

—Los güeyes no me son de nenguna utilidá, porque no es tiempo de arar, sino de asigundar, y yo no tengo siembra, repuso Chema con acento alterado.

—¡Pos allá te lo jaya, pues! ¿De modo que no queres acetar nada de lo que te oferta el amo, con tan güena voluntá?

—No hay pa qué recibir favores, Ufemio; déjenme

con mis caballos, que ansina estoy más mejor, concluyó el mancebo.

--Pos entonces icómo se te entiende! Te querías ir de juido porque ganabas poco, y agora que el amo te abre la mano, no quieres recibir nada!

No contestó Chema; en aquellos momentos engrasaba los cascos del Alí. Visiblemente contrariado, Ufemio guardó silencio de nuevo, y después de haber preparado un segundo discurso lo mejor que pudo, continuó diciendo:

--La mera verdá que tienes muy güena suerte, y que has cáido de pies en San Vítor.

--¿Cómo ansina? murmuró Chema con incredulidad.

--Ansina mesmo, como lo oyes.

--Yo no oyo nada.

--Pos serás más sordo que una tapia. Pero el caso es que en mientras el amo te quere dar todo lo que gustes, a tu satisfacción, en ese mesmo entretanto va a ocupar a Tacha como ama de llaves.

--Ni an siquiera eso. ¿Quién te lo ha contado? interrogó el mozo.

--El mesmo me lo acaba de reclarar, contestó el administrador.

--¿Y si yo no le premito a mi mujer que entre al servicio del amo? preguntó Chema.

--Pos en ese caso, te jundites, Chema, contestó Ufemio; porque en siendo ansina, todo sucederá, que entre ella al servicio de la casa, y que tú te quedes como el que chifló en la loma.

Intimidóse Chema al oír aquella amenaza, y, aunque no dijo palabra, palideció y se puso más y más sombrío. Ufemio, que le observaba, comprendió que

era llegada la ocasión de dar el último golpe y tomó nuevamente la palabra.

--Aquí, dijo, no se hace más que la voluntá del amo. Anque quijieras irte juido, como anochi lo provertates, no podrías salir de la hacienda, porque don Cheno nos ha dado orden a todos sus dependientes, de que no premítamos que se vayan ni tú ni Tacha; de manera es que, si echas otra tantiada pa salirte, te agarramos preso y te echamos al troje, hasta que el amo nos mande que te póngamos en libertá.

La estratagema produjo todo su efecto, porque a Chema se le puso carne de gallina al escuchar aquellas palabras. Bien sabía lo que lo de la *echada al troje*, significaba, esto es, durísima prisión con poca comida y mucho maltrato. Así lo había podido observar, no una, sino muchas veces en la Sanguijuela; y, por otra parte, aterrábale pensar que podía ser separado de Tacha, a quien tenía que vigilar y cuidar, porque la quería mucho, y porque, a medida que veía que se la disputaban los patrones, mayor apego iba sintiendo hacia ella. Algo de todo esto debió traslucir en su fisonomía el astuto administrador; porque, aprovechando la oportunidad que aquel temor manifiesto le brindaba, entró resueltamente por otro camino de persuasión, y siguió diciendo:

--No es cosa del otro jueves que la mujer de un sirviente de la hacienda entre a desempeñar ese destino. Puedo citarte muchos otros casos, si quieres.

--No será menester, interrumpió Chema adivinando dolorosamente de lo que se trataba.

--Y en todas esas ocasiones, las familias de las amas de llaves han resultado beneficiadas.... Algunos de los esposos de esas señoras hasta son propetarios a la fecha, o tienen muy güenos comercios.

Chema comprendió que la misión de Ufemio era la de comprarle, y sintió una profunda indignación; pero no fué suficientemente osado para manifestarla, porque hoy, lo mismo que siempre, pudo en él más el miedo que cualquiera otro sentimiento. A no haber sido por eso, habría echado en cara a Ufemio su vileza, y dicho del amo que era un hombre sin entrañas, y más perverso que Satanás; pero todo aquello quedó sepultado en el fondo de su alma, por no haber podido hallar la salida de la boca, que tan sólo el valor hubiera franqueado. Así fué que, un tanto cuanto congestionado el rostro por la emoción, y respirando con fatiga, se limitó a contestar:

—Pos allá con su pan se lo coman; cada uno en su casa es rey.

—¿De modo que tampoco en eso eres consecuente con el amo? preguntó Ufemio.

—Pos en todavía no lo he pensado despacio, repuso el joven.

—Güeno, dijo Ufemio; pos ya verás lo que haces, que al fin y al cabo no eres una criatura, y sabés onde te aprieta el zapato. Yo ya cumplí con el encargo.

—¡Ni quen diga otra cosa! contestó Chema. ¡Ya cumplites con el encargo!

—Pos entonces voy a hablarte de otro asunto muy diferente. El amo va a salir mañana a ver las ordeñas, y quere que le laves el Alí ensillado y enfrenado a güena hora, agregó Ufemio.

—¿Como a qué hora será? preguntó Chema:

—La mera verdá que el amo es muy madrugador. Yo creo que entre tres y cuatro de la mañana será güeno, insinuó Ufemio.

—¡Pos como no tengo relós, no sé ni en las horas en que vivo! repuso Chema.

—Al poco más o menos, cuando salga el lucero de la mañana; ansina será güeno, aconsejó Ufemio.

—Entonces así será, contestó el caballero; estaré pendiente del lucero.

—En ese caso, ya nos vimos, Chema, concluyó el nuevo administrador; nada más tengo qué decirte.

—Anda con Dios, Ufemio, repuso Chema.

Con esto, se fué Ufemio, y Chema continuó agobiado por sus penosas cavilaciones, y tan pronto como hubo concluido sus quehaceres, fue a ver a Tacha y le comunicó lo que pasaba. La joven, por su parte, no se manifestaba alterada en lo más mínimo, sino contenta y de buen humor, circunstancia que echó de ver el esposo con desconsuelo. En aquellos momentos chillaba la manteca en la cazuela de los frijoles, y Tacha cantaba con voz de contralto bastante entonada, una valona muy al uso en los fandangos.

* * *

Desvelado trajeron a Chema toda la noche sus graves preocupaciones, y entre ellas, la de haber de levantarse antes del alba para tener listo el Alí, así que a cada momento saltaba del lecho y consultaba las estrellas, en busca del lucero que había de ser su cronómetro. Al fin, después de fatigosísimas horas de expectación y cavilaciones, logró mirar en el tachonado hemisferio, el astro que aguardaba. En medio de un océano de semiclaridad difusa, silenciosa y tranquila, con la calma de lo eterno, resaltando en el conjunto de los misteriosos luminaires que brillaban en lo alto, presentóse a sus ojos otra estrella enorme, poco menor que la luna y tan blanca y melancólica como ella. Varias veces había visto antes de ahora, porque la gente del campo contempla los cielos sin cesar,

tomándolos por calendario, reloj y guía perpetuos de todos los actos de su vida; pero nunca como ahora, habíale parecido tan pálida. Como rústico e ignorante que era, figuróse que aquel disco de plata era el rostro luminoso de algún ángel condenado por Dios a perpétua tristeza, y que penas había también por allá arriba, como las había por acá abajo, y que todo aquel ejército de cuerpos albos y rutilantes que rodeaban al lucero, formaban una fúnebre procesión, muda y callada, en el seno de la noche sin fin.

Tacha, que había dormido a puño cerrado, ni siquiera se dió cuenta del desasosiego de su esposo, ni de que se hubiera levantado tan a deshora; por lo cual sintió Chema el corazón más y más oprimido, considerándose abandonado por todos, y en especial por aquella que había elegido y tomado por compañera. Una misma es la humanidad de alto abajo y de derecha a izquierda; las divisiones de razas, clases y educación, esfúmanse y se borran en las profundidades del ser espiritual, que constituye la esencia de la especie, y todos sienten y piensan cosas análogas en determinadas circunstancias, con la sola diferencia de la mayor o menor elocuencia del interno soliloquio, murmurado con acento sin palabras por los afectos y pasiones. Así, que lo que pensó y sintió Chema aquella madrugada, fué tan hondo e intenso, que bien hubiera cabido en un drama de Shakespeare o de Alfieri, y que, si algún poeta hubiese logrado escuchar sus voces íntimas, habría podido escribir con ellas conmovedoras y patéticas estrofas. Mirábase prisionero en una trampa espantosa, sentíase cogido entre las ruedas del carro del destino, y algo le decía en su interior que su tranquilidad, su honra y su dicha, eran el objeto y fin último de aquellas tempestades bravías. Y lo más

doloroso del caso, era que no hallaba en parte alguna sostén ni apoyo para luchar contra la suerte, y que por instinto comprendía que su misma esposa, la prenda idolatrada de su alma, ni compartía con él sus congojas, ni estaba firmemente resuelta a secundarle en sus honradas resoluciones. ¡Oh! ¡Si hubiera contado con ella! ¡Si hubiera confiado en su fidelidad y cariño! Entonces sí se hubiera sentido fuerte. Mas no era así, por desgracia. Al echar mano de aquel apoyo, sentíale ceder y encorvarse bajo su peso, como los bordones de flexibles ramas que se doblan y crujen cuando el anciano o el fatigado caminante buscan en ellos sostén. ¿Qué hacer, pues? Sólo encomendarse a Dios, y pedir auxilio a la Santísima Virgen; únicamente de ahí podía venir el auxilio. Y así fué como lo hizo. Tan pronto como salió al extenso corral, desde donde se abarcaba la inmensidad del espacio, fijó los acongojados ojos en los luminares que resplandecían sobre su cabeza; pero su mirada no fué de exploración, ni de gozo, sino sólo de súplica, de ardiente ruego al Ser infinito, que tiene su morada más allá del firmamento, más allá de esas abejas de luz, que ornan su manto imperial, más allá de cuanto pueden alcanzar los ojos y el pensamiento, para pedir al Altísimo compasión para sus desdichas, alivio para sus dolores, esperanza para su corazón.

A la incierta luz de velas de cebo que colocó aquí y allá en el borde del pesebre, hizo el aseo cuidadoso del Alí, y una vez concluído, enjaezó al noble animal como para una fiesta, apretó la cincha, cuidó que la soguilla y la espada estuviesen en su debido lugar, a un lado y otro de la silla, extendió y dejó colgante por las redondas ancas el peludo y rico vaquerillo de piel de negra cabra y hechos todos estos arreglos, tomó el ca-

ballo por la brida, y caminando a pie, condújole humildemente a la casa de la hacienda. Cuando llegó, habíase ya levantado Cheno, y andaba inquiriendo si estaba listo el Alí; de suerte que tuvo la satisfacción de ser exactísimo a los ojos del amo.

Como aun no había amanecido, estaban encendidos los focos eléctricos. El airecillo de la madrugada, mezclado con la humedad atmosférica producida por las recientes lluvias, había obligado a los sirvientes a envolverse en sus vistosos sarapes. Bolaños lucía uno muy lujoso de colores vivos, alternados en artística combinación; parecía que se había arrebujaado en un fino tapiz de la Persia.

—¡Hola, Chema! exclamó al verle, comenzaba a temer que te hubieses dormido. ¡Como todavía es tan temprano!

Y echando mano al reloj, consultó la hora y siguió diciendo:

—Faltan veinte minutos para las cuatro. Te vuelvo el crédito, Chema; veo que eres cumplido y que sirves para un encargo.

—¡Dende quiaque estoy levantado, señor amo! An no serían las tres de la mañana cuando vide aparecer el lucero, y aluego luego me juí a la caballeriza a preparar el Alí, repuso el caballerango.

—¿Le almohazaste y peinaste? preguntó Cheno.

—Lo asié ya de todo a todo, como si juera su mercé a darse una pasiadita por el pueblo. Puede darle una desaminada si gusta, continuó el joven.

—No hay para qué, contestó Bolaños; basta que lo digas.

—Puede fiar en mi palabra su mercé, agregó el mozo.

—¡Con que vamos, señores, todos a caballo! gritó

el amo dirigiéndose a los sirvientes que le rodeaban. Quiero llegar a los potreros de la ordeña antes que salga el sol.

A la voz del hacendado, montaron en sus respectivas caballerías todos los mozos, y Ufemio fué a tener el estribo de Cheno, pero éste no quería admitir el servicio.

—No, no, Ufemio, le dijo. Estás malo del brazo, y apenas si puedes hacer lo que necesitas con la mano zurda. Además de que siendo administrador, no debes hacer más estos oficios.

Pero Ufemio se empeñó en ello, y dándose maña como pudo, ayudó a su señor en aquel acto, como lo tenía de costumbre.

—Bien, bien, lo acepto por esta vez, dijo Cheno; pero la próxima, ha de ser Ponciano, mi nuevo peón de estribo.

—Estoy pa servir a su mercé, dijo Ponciano en aquel momento, quitándose el ancho sombrero.

—Bien, repuso el amo; ya lo sabes para lo de adelante. ¡Con que, andando, señores!

Y poniéndose a la cabeza del grupo, que sería como de media docena de mozos, dirigió el caballo hacia la puerta de la cuadrilla.

Chema volvió al corral, y mientras Tacha se levantaba, siguió trabajando en el aseo de las bestias para aprovechar el tiempo; entretanto pensaba y cavilaba, y le parecían siglos los minutos mientras no miraba a su mujer. Al fin se levantó ésta, poco después de las seis, y comenzó a preparar el desayuno, y Chema entró en su casa tan pronto como vió abierta la ventana.

—Buenos días te dé Dios, Tacha, la dijo.

—Ansina también te los dé, Chema, respondió la joven.

—¿Ya podemos desayunarnos? Es algo tardecito.

—Cuando quieras; ya están listos los frijoles y el atole. Aluego voy a calentar las tortillas.

Cuando todo estuvo preparado, sentáronse a la mesa ambos esposos, y Chema dijo:

—¡Quién sabe dende cuándo estoy levantado! Estaba muy oscuro en todavía, cuando juí a la caballeriza, y las estrellas en su mera juerza. Tú ni an siquiera me sentistes cuando me puse la ropa.

—Ansina es en efeuto; me dormí con un sueño muy projundo.

—Oyes, Tacha ¿qué has pensado de la preposición del amo?

—Pos nada. ¡Yo qué tengo que decir! Allá él y tú arreglarán la diferiencia.

—Pos yo no almito que te vayas de tu casa; quero que la pasemos sempre juntos; pa eso nos casamos.

—Llevas la razón en todo, Chema; pero hay que reflejar que don Cheno es el amo de la hacienda y de toditos nosotros.

—En lo que le corresponde, Tacha; pero no en lo que no le va ni le viene, como es nuestro matrimonio.

En estas y otras pláticas pasó largo tiempo, hasta que la conversación fué cortada por ruidos que del corral venían, de tropel de caballos y de voces diversas que alternadas llegaban, por lo cual se vió precisado Chema a salir a la puerta para cerciorarse de lo que pasaba. Era que el patrón volvía de su excursión matutina, y que, sin desmontar siquiera, a aquel lugar se encaminaba.

Parecía tener el propósito de llegar derecho a la casa del caballerango, porque sin detenerse en ninguna parte, se dirigió a ella, y echando pie a tierra, entregó a Ponciano las riendas del Alí.

—Aquí me tienes de vuelta, Chema, dijo.

—Está bien, señor amo, repuso el muchacho.

—Al pasar por la casa de la hacienda, dijo Cheno, pregunté si había llegado Tacha, y me dijeron que no, y como eso no está en el orden, vengo por ella.

—No puede salir, señor amo, contestó Chema lívido.

—¿Por qué nó? preguntó Bolaños.

En lugar de responder Chema “porque no quiero que salga” como hubiera sido lógico, repuso con su timidez habitual:

—Porque anda rete chamagosa (sucia) y an no se peina, ni se viste como es debido.

—Anda dile que se arregle en un momento, y que aquí la aguardo. No entro para no hacerla chillar como el otro día, repuso Cheno.

—Está bien, señor amo, contestó el pobre joven humildemente. Conmovido y ofuscado por la emoción, entró luego en la casa, y, con gran asombro y disgusto suyo, encontró que ya su consorte, que había oído la voz del amo, comenzaba a cambiarse de ropa.

—¿Qué quere decir eso? preguntó el muchacho.

—Pos lo que no inoras, que me voy a la casa de don Cheno, repuso ella.

—¿Pero no te he dicho que no es mi voluntad? interrogó él.

—Sí, contestó Tacha; pero ¿no ves que el mismo patrón en presona ha venido por mí? Ni modo de desobedecerlo.

—Pos lo que es tú, no me sales de aquí, declaró Chema.

—Conmigo no compones nada, insistió la joven sin interrumpir sus preparativos. Anda y díceselo a él.

—Todo el toque está en que digas tú que no quieres ir; ni modo que te lleve a juerzas.

—¿Pos por qué no se lo dices tú mesmo? ansina será más mejor.

—Yo no jallo como hacer; es el amo muy recio, y se enoja.

—¡Eso es! ¡Tú no me desfiendes y quieres que yo sola me desfienda!

En un momento estuvo Tacha peinada, lavada de cara y manos, y vestida como si fuera a una fiesta. La satisfacción de verse solicitada por don Cheno *en persona*, le salía al rostro.

—A lo que estoy mirando, murmuró Chema, tú eres la primera en quererte ir.

—No, no es ansina, replicó Tacha distraída. Pero ¿qué quieres que haga, hombre?

En esto se oyó la voz de Cheno por la parte de afuera:

—Vamos, Tacha, acaba, ya hace mucho estoy aguardando.

—Horita mismo, señor amo, contestó ella, dando la última mano al peinado con la tosca escobeta. Allá voy.

Y no hubo remedio. De ahí a poco salió acompañada de Chema, el cual, en su mezquindad e impotencia, ni siquiera se atrevió a dar señales de mal humor delante de Bolaños.

—Andando, pues, dijo éste, es ya demasiado tarde, y todavía no me desayuno.

—Por eso, pues, señor amo, murmuró el caballero, con voz desmayada. Tacha se va... y ¿cómo queda mi casa? y ¿cómo me quedo yo?

—Es cosa arreglada con ella, repuso Cheno. ¿No te lo he dicho? No hay para qué poner lumbre aquí. Ella y tú toman en la mía los alimentos. Y para que no te quejes de estar solo, vendrá Tacha por la noche a acompañarte; se levantará de madrugada, arreglará tu casa, y luego se irá para la mía. Así sale bien.

—Güeno, señor amo, contestó el mozo en tono de resignación; será como su mercé lo dispone.

—Ahora, vente tú también con nosotros para que te desayunes, siguió diciendo Bolaños.

—Gracias, señor amo, repuso Chema; ya pasó la hora pa mí ya tomé los frijolitos.

—En tal caso, irás a comer. Hasta luego, concluyó Cheno.

—Conque nos vimos, Chema, dijo Tacha al despedirse.

Y el grupo formado por Cheno y la joven a pie, y Ufemio y dos mozos a caballo, se puso en marcha con dirección a la hacienda. Chema permaneció contemplándolo con ojos lánguidos desde el umbral de su puerta; los vió alejarse, trasponer la puerta del corral y perderse en el recodo que hacía el callejón por la parte de adentro... Lo que más grabado quedó en su retina en aquellos momentos, fueron la falda negra, el listón azul, el andar saleroso y un cierto movimiento de cabeza hacia un lado y otro de Tacha, que le eran peculiares. Permaneció largo espacio triste, pensativo y sintiendo en el alma tanta angustia, como si supiera que la ausencia de su esposa había de ser definitiva. Y cuando entró al fin en su pobre habitación, la encontró tan fría, desolada y desierta, que se le figuró un camposanto.

—Parece que acaban de sacar a un dijunto murmuró consternado.

Y sentándose en la cama aun deshecha, se quedó absorto de nuevo, sumido en dolorosas cavilaciones, hasta que vino Melquiades a sacarle de aquel ensimismamiento para recordarle los deberes de su oficio. Con esto se volvió a la cuadra para dar pienso y agua a las bestias.

CAPITULO XX

AMA DE LLAVES.

BIEN lo había presentado Chema. La salida de Tacha para la casa de la hacienda, fué el principio de una nueva vida para ellos, como el torcer de una senda que se aparta del camino real.

Los primeros días, aunque penosos, no lo fueron tanto, porque la joven, siguiendo el programa trazado por el amo, volvía a su casa después de la cena en compañía de su marido, y no tornaba a la de Cheno, sino hasta las seis o seis y media de la siguiente mañana, después de haber terminado sus particulares y pobres labores domésticas. Cuando había trabajo de costura, llevábale consigo y por allá le concluía; por donde se echaba de ver que no olvidaba sus humildes obligaciones de esposa, y que las otras no absorbían todo su tiempo. Agregábase a eso que ella y Chema se miraban en la cocina a las horas de comer, y conversaban largos ratos a todo su sabor. Si las cosas hubieran continuado así, es probable que Chema se hubiese conformado con la situación, por más que le fuese muy sensible no ver a Tacha en su hogar, ni

oírle cantar como solía, mientras él andaba trabajando en la caballeriza, ni escuchar el ajetreo que siempre traía con los muebles, como mujer hacendosa que era, ni el chillar de la manteca en la cazuela al freir los frijoles. Todas aquellas cosas, aunque pequeñitas y prosaicas, tenían para él un gran fondo de encanto, y las poetizaba a su modo, como poetizan los maridos enamorados, los detalles más sencillos del hogar.

Sucedió, empero, por desdicha, que aun aquel mismo sistema de vida alteróse pronto, con motivo de frecuentes llegadas de huéspedes, porque esto daba motivo a que tuviese Tacha ocupaciones excepcionales, como eran las de arreglar lechos, sacar ropa blanca de los armarios y cuidar que nada faltase en las habitaciones; o bien había cenas extraordinarias con gran concurso de familias de haciendas próximas, y necesarios desvelos, porque solían aquellos ágapes no terminar sino hasta la media noche, y algunas veces más tarde. Así que, por estos motivos y por otros que fuera largo enumerar, solía no ir Tacha a su casa algunas noches; y tanto se repitieron aquellos contratiempos, que acabaron por formar regla; de suerte que muy a poco, sucedió que la joven apareciese solo por excepción en su domicilio. Con esto pasaba Chema las noches solo, cuitado, y figurándose las cosas más horribles del mundo, por más que no tuviese razón para ello. El autor sabe que, por aquel tiempo, aparte de algunas provocaciones por parte de Cheno, y de algunas ligerezas por la de Tacha, no había pasado nada grave entre ellos. Pero ¡quién va a quitar de la imaginación calenturienta de un joven separado de su consorte, en condiciones como las del caballero, las fantasías más tétricas!

Agregábase a esto, que Chema sentía, con el ins-

tinto propio de los enamorados, que el apego de Tacha para él no era completo, que estaba ansiosa de tornarse a la casa del amo cuando a la suya venía, y que no era mucho lo que echaba de menos su hogar, por más que dijese y fingiese lo contrario. Tiene el corazón presentimientos que no engañan; y así, el desolado caballerango comprendía por datos precisos unas veces, y otras por síntomas indefinibles, que su esposa no tomaba la cosa por lo serio, ni participaba de sus preocupaciones y angustias; de suerte que las escenas que pasaban entre los dos eran muy dolorosas: Chema siempre quejoso, siempre apasionado, angustiado siempre; y Tacha frívola, risueña y contenta.

—¿De qué te quejas, Chema? le decía. No veo la razón, por más que la busco. Nos miramos tres veces al día, paso la noche contigo siempre que puedo, y tanto tú como yo, estamos ganando salarios muy regulares. Ya me prometió el amo subirme el sueldo a treinta pesos, y aluego a cuarenta, cuando sepa disponer bien la comida. En la escuela del rancho de la Sandijuela, aprendí a leer y escribir, y ya hasta lo andaba olvidando; pero agora lo estoy golviendo a aprender de nueva cuenta, y leo todos los días el libro de recetas de cocina, y llevo como puedo las cuentas del gasto, lo que me está sirviendo de mucho. El amo está muy contento de mi servicio.

—Todo estará muy güeno, Tacha, respondía el caballerango; pero a mí me haces mucha falta para todo. Me siento muy solo y no jallo qué hacer con esta tristeza que se me ha metido por dentro.

—Pos no seas tonto, replicaba ella. ¿Pa qué te haces la vida pesada? Anda a arrejuntarte conmigo siempre que puedas, pa que platiquemos, que al cabo a mí

me sobra tiempo, y mientras cueso, podemos estar platicando.

—La mera verdá, que a mí nadita que me cuadra ir a casa del amo. Voy solo por necesidá, afirmaba el mozo; pero más mejor, y con muncho más gusto iría a la cárcel.

—Pos entonces no te quejes de la soledá, ni de mí, ni de cosa nenguna, porque tú eres el culpante de todo, concluía Tacha.

Y como quien está de prisa, hacía lo que era su deber en su casa, y se tornaba a la del amo, todos los días más compuesta, alegre y salerosa; en tanto que su marido quedaba todos los días más abatido y sumido en la desesperación.

Con motivo de aquellos acontecimientos, circulaban por San Víctor rumores sumamente ofensivos para el recato de Tacha y la honra de su marido. Era cosa admitida y pública en la ranchería, que el amo había hecho una nueva conquista, y que Chema había venido a aumentar el número de los pobres hombres burlados por el patrón. Aquellas hablillas, que como mariposas negras, revoloteaban en torno del joven, llegaron por fin a azotarle el rostro con sus asquerosas alas, poniendo su sangre en efervescencia y levantando oleadas de indignación en su apocadísimo pecho. Aquello era lo que había temido, adivinado y presentido en sus horas de amargo sobresalto; la esencia de la murmuración no le tomaba de nuevo, pero aquella voz del exterior venía a robustecer la angustia de su alma colérica e impotente. Pero ¿qué hacer? ¿qué medida tomar? ¿cómo atajar aquella corriente de dolor y vergüenza en que se andaba ahogando?

Un día que, sombrío y taciturno, se hallaba sentado en cuclillas en el umbral de su puerta, envuelto

hasta la barba en el rojo sarape y con el ancho sombrero calado hasta los ojos, oyó ruido de pasos por el corral, y, a poco, una voz que de cerca y con recato le decía:

—¡Eh, Chema! ¡Eh, Chema!

Volvió el rostro con extrañeza, y vió que era un carbonero quien le dirigía la palabra.

—¿Quihubo, amigo? le preguntó, ¿qué se le ofrece?

—Cállate, muchacho, soy yo. ¿No me conoces? interrogó el carbonero. Mírame de cercas.

Y se puso junto a él. No tardó Chema en descubrir la fisonomía de su tío Policarpo al través de aquel bien escogido disfraz. Venía Poli vestido nada más con camisa y calzones de manta, guaraches viejos, cotona de cuero y ancho sombrero de palma; pero todo tan tiznado y ennegrecido por el carbón, de arriba abajo, cara, manos y ropa, que resultaba verdaderamente iniconocible.

—¡Tío Policarpo! exclamó Chema, asombrado y gustoso. ¡Es usted!

—El mismo que viste y calza, repuso el viejo; pero no hables tan juerte, no sea que vaya a óirnos Melquiades.

—Pero ¿qué anda haciendo por acá? repuso el mozo. ¡Probe de usted si llega a agarrarlo el amo!

—¡Qué me ha de agarrar, Chema! contestó Poli. ¡Ni que fuera tan lince! A lo primero, que ansina como estoy, no me reconocería ni mi señora madre, si resucitara; y a lo segundo, que muchos de los caporales son mis amigos y me guardan las espaldas.

—Dios lo quiera, tío; pero ya nos vimos, y váyase aluego; porque la mera verdá, que está corriendo mucho peligro.

—Sí, ya lo sé, pero antes quero decirte algunas

palabritas. Sólo por tí he venido tan adentro, porque lo que es de los alrededores no me desaparto.

—Por acá se dice que anda usted metido en la pre-nuncia, observó el mozo. ¡Ya verá cuán juera de orden están los díceres!

—No, Chema, es la pura pelada. Me pre-nuncié dende quiaque, y ya tengo mi partida, no vayas a creer. Contando con todos los muchachos que andan dispersos, son ya más de doscientos bien armados y con muchos cartuchos pa hacer juego. Todo a juerza de sorpresas a los destacamentos de algunas fincas de campo. Aquí onde me miras, ya tengo el grado de coronel.

—¿Tan presto ansina? ¿Pos quién le dió el grado, tío? preguntó Chema.

—¡Pos quién ha de ser! Pos mi general, don Lionisio Quiriarte, que es el jefe de toditas las juerzas. El está en la mera sierra; no muy lejos de aquí, en Cócola, repuso Poli.

—Oiga, tío, continuó Chema. Dios quiera y no le vaya a tocar un plomazo por mitotero.

—Arriba está quen reparte las balas, muchacho, afirmó el viejo. Pero, oyes, tengo muncha priesa; necesito me digas cómo te ha ido con don Cheno, y qué ha sido de Tacha.

El pobre mozo dió un prolongado suspiro, y con acento profundamente alterado, refirió a Poli punto por punto cuanto había acontecido después de la salida de éste de San Víctor.

—¡Ansina es, exclamó Poli, que ya no tienes mujer!

—Sí la tengo, repuso Chema, supuesto que no se ha muerto; sólo que no vive conmigo. La casa está

vacía, lo mismo que una jaula de onde ha volado el pajarito.

—¡Por todos los diablos del infierno! exclamó el fingido carbonero dando una patada en el suelo; pero ¿cómo dejates que te la jurtaran?

—Pos ¿con qué juerzas quería usted que resistiera? alegó el caballerango.

—Pos con las tuyas propias, ipos con qué! siguió diciendo Poli. A mí más primero me hubieran arrancado la asistencia.

Chema calló con humildad, y se quedó buen espacio mirando el suelo; Poli reflexionó unos instantes y luego dijo:

—¿Sabes cuál es mi pienso?

—¡Cómo he de conocerlo si usted no me lo reclarar! repuso Chema.

—Que te vengas conmigo a la revolución, pa que te vengues de don Cheno, prosiguió el viejo.

—No me dejan salir de aquí, estoy como preso, contestó el joven.

—De eso me encargo yo, afirmó el exadministrador. Te quedas en camisa, calzones y guarachis, te tiznas muy bien, como yo, y te vienes conmigo. Munchos de los sirvientes me conocen y estoy en tratos con ellos; de manera es que no nos chistaré alma viviente... Continúas que a tí ipa qué te quiere el amo!... Pa nada. Teniendo a tu mujer en su casa, hasta es capaz que se alegre de verte juido.

¡Tomar las armas Chema! ¡Se hubiera podido ver eso! No, su natural era de suyo pacífico y medroso; jamás se le había ocurrido andar a salto de mata por los campos, durmiendo al raso, comiendo o ayunando, corriendo sin cesar y con el alma siempre en un hilo. De ningún modo hubiese aceptado semejante propues-

ta el pobrete, ni menos después de hecha la dolorosa afirmación que Poli acababa de comunicarle. Supuesto que al amo le convenía que él se fuese, por eso mismo no se había de ir.

—No, repuso, icómo había de dejar a Tacha!

—Pero no seas calabaza, sobrino, ¿no ves que ya te la quitaron? insistió el tío con crueldad.

—Aunque ansina sea, contestó el mancebo, resollando gordo; pero siquera aquí estoy a la mira de ella y ¿quién quita y dé la güelta pa la casa un día con otro?

—En tal caso, observó el viejo con terrible ceño en el tiznado rostro, si esa es tu resolución, voy a darte un consejo: mata a don Cheno, o a Tacha, o a tí mismo pa salir del atolladero. ¿Tienes pistola?

—Nó, contestó el interpelado.

—Pos aquí te dejo una; al cabo traigo otra, que son dos. Mira, dende aquí, del corral, puedes meterle bien la puntería a tu amo, en la nohecita, por esa ventana, o cuando esté sentado a la mesa. Aquí está oscuro y allá hay muncha luz, de suerte que así sale bien; al fin y al cabo tienes güena puntería... A la pura cabeza, no le vayas a jerrar. Y aluego te metes en tu casa y echas la arma con juerza a la metá del potrero. Como nosotros, los revolucionarios, andamos por todito eso, y casi día con día hacemos juego sobre los guardas o sobre las reses, nos echarán la culpa a nosotros... o si lo perfieres mejor, como te lo digo, le das a Tacha en la chapa del alma... o te quitas tu mismo de padecer... Como te parezca más mejor.

—No tío, dijo Chema horrorizado, no haré nenguna de esas tres cosas. Ya me conoce; no juí nacido pa hacer daño a naiden, ni an siquera a una mosca.

—Sí, ya te conozco, repuso el tío con sarcasmo;

venites al mundo nomás pa aguantar testerazos. ¡Ojalá pudiera darte algo de mi sangre! . . . De todas maneras, te dejo la pistola, por si quisieras hacerte respetar y ser hombre siquiera una vez en tu vida.

Chema tomó el arma con desgano, y se la colocó en la rabadilla, entre los pliegues de la faja.

—En conclusión, siguió Poli, por lo que yo vengo mirando, no sirves pa nada tú, y tengo que tomar tus agravios por mi cuenta. . . . Los tomaré, no hay otro remedio. . . . Será uno más de los que arregle con don Cheno el día en que nos veamos las caras.

Diciendo ésto, comenzó a alejarse Poli; pero no bien había andado unos pasos, cuando volvió atrás y dijo a su sobrino:

—Serás muy desgraciado, si no le haces siquiera algún daño a don Cheno. ¡Cualquiera que sea! ¡Siquiera písale un callo! ¡O despelléjale una res, y má-tale un borrego!

Y en seguida se marchó, sin aguardar respuesta.

Consternado y más que nunca pensativo quedó Chema después de la ida de su tío, considerando tenía éste razón al incitarle a la venganza, como quiera que fuese, a la buena o a la mala. Pues qué éra liviano el ultraje que el amo le había hecho? ¿Era de escaso valer la prenda que le había arrebatado? ¿Era poco agudo el puñal que le había hundido en el pecho? No; la ofensa era la más sangrienta que había podido inferirle, el robo, el de mayor cuantía que había podido hacerle, y el dolor, el más acerbo con que había podido destrozarle el corazón. Así que, afrenta, despojo, martirio, todo a una voz iba clamando venganza. . . . Su espíritu infantil fijose al cabo en esta idea, que tenía que vengarse, y a ella se aferró con la tenacidad de un insensato. Así quedó resuelta la venganza; pero

¿cómo tomarla? Si el mancebo hubiera sido esforzado, habríase ido al campo, a esperar que Bolaños anduviese sólo, y le hubiese retado a singular combate, para matarle con honor; pero como carecía de todo linaje de fortaleza, no podía, ni aun remotamente, encomendar su satisfacción a una lucha tan osada como aquella.

Quedaban, pues, los tres caminos que Poli había acabado de indicarle: cazar de lejos a Cheno, como a una fiera, o acabar con la vida de la mujer sospechosa, o bien volarse él a sí mismo la tapa de los sesos.

Las ventanas del comedor de la hacienda, daban para el corral, y por la noche, cuando brillaba la luz eléctrica por la parte de adentro, y reinaba la oscuridad por la parte de afuera, destacábase con toda claridad la figura de Bolaños en uno de aquellos marcos luminosos, sentado a la cabecera de la mesa. Chema era buen tirador de toda clase de armas de fuego, como todos los rancheros de la Sanguijuela, pues era costumbre tradicional en aquella gente rústica, adiestrarse en el manejo de ellas, casi desde la infancia. Estaba, pues, seguro de poder acertar al amo un tiro en el cráneo, apuntándole bien desde la caballeriza. . . .

Esto le indujo a fijar la atención en la pistola que le dejó Poli. Era de primera calidad: belga, de las llamadas vulgarmente de escuadra; larga, pesada y de tanto alcance como un rifle. Se interesó por ver el cargador, que sacó de la culata; tenía ocho cartuchos. Con ellos había y sobraba para aquel propósito. Hubo un momento en que se dijo:

—Esta noche me embosco en la caballeriza, y recargando bien la pistola contra un pilar, pa que no me tiemble el pulso, disparo; y si al primer tiro no lo mato, será al segundo o al tercero. Después, echo la pis-

tola al barbecho, me meto en mi casa, y ni quen sospeche que juí yo el matador, porque la mesma fama de poquita cosa que tengo, me libraré de toda sospecha.

Pero cuando se sentía más resuelto a realizar aquel programa, una voz de protesta se levantaba en el fondo de su timorata conciencia. ¡Asesinar! ¡Qué cosa tan horrible! No volvería a tener sosiego en su vida si tal cosa llegaba a hacer; y aunque nadie lo supiera, él lo sabría, y con eso le bastaba para volverse loco.

¡Matar a Tacha! Pero icómo, si la adoraba! Sólo con figurársela herida, bañada en sangre, pálida e inanimada, un sudor frío le cubría la frente y se le llenaba el corazón de inmensa angustia. No; para ella, amor, para ella, caricias, para ella, lágrimas y súplicas, y arrodillamientos; pero no agresión, ni destrucción, ni exterminio. ¿Que le había ofendido mucho? ¿Que le había desgarrado el alma? ¿Que había trocado su vida en un infierno? Todo eso era cierto; pero era tan grande la adoración que la tenía, que se sentía capaz de perdonárselo todo, con tal que ella le quisiera, con sólo que ella volviese a él cualquier día, tendiéndole amorosamente los brazos. ¡Pobre Chema! Tan apocado era, que aun sintiéndose horriblemente escarnecido, no reaccionaban sus nervios contra el ultraje; experimentaba más pena que rencor, y mayores ímpetus le asaltaban de quejarse y de rogar, que de acometer y cobrar venganza. La honra significaba poco para él; lo único que quería, era rescatar la prenda perdida, y verla nuevamente en su poder, fuese como fuese.


Y por cuanto a suicidarse, ini por pienso! Él, que no podía resolverse a levantar la mano contra nadie,

ni contra su mayor enemigo, mal hubiera podido tener ánimos para arrebatarle la propia existencia. El tronar del disparo, la dureza del proyectil, la llamareda de la pólvora, el humo de la combustión, hasta el frío de la boca del arma le intimidaban... ¡No, aquello no podía ser, era imposible!

En resolución, ninguno de los tres caminos señalados por Poli acabó por encontrar bueno, y se decidió, después de largas cavilaciones, a no disparar la pistola ni contra él, ni contra Tacha, ni contra Cheno.

CAPITULO XXI

EL ALÍ

o obstante, algo tenía que hacer, eso sí, pensaba el caballero, aunque no fuese tan tremendo como derramar sangre, porque era justo castigar de algún modo a quien tan indecible mal le había hecho. Y pasó el día dominado por aquella idea, de que algo tenía que hacer, pero sin encontrar el medio de realizarlo.

Y siguió pensando, pensando... hasta que al fin, al oscurecer, se fijó en algo concreto, en un medio cierto y preciso de obtener su desquite. Este medio no se parecía a ninguno de los indicados por su tío, pero era *requete güeno*. Hé aquí su proyecto: don Cheno quería mucho el Alí, era su lujo, su orgullo, se miraba en él... Pues ahí había que asestar el golpe. Así no habría efusión de sangre, ni crimen, que era lo que le repugnaba, o al menos, si lo había, no llegaba a cosa mayor... Porque un animal es un animal, y va mucha diferencia de un animal a un cristiano.

Por otra parte, aquél potro soberbio, que un paladín hubiera envidiado para entrar caballero sobre sus

lomos, bajo los arcos de triunfo de una ciudad conquistada, estaba en sus manos, le tenía en su poder, y podía hacer de él lo que le pluguiese, sin que nadie lo sospechase. El toque estaba en valerse de un medio seguro y oculto, para que la verdad no apareciera, ni hubiera quien la sospechara... Pero eso ya sabía Chema perfectamente cómo había de hacerlo, porque era del oficio, y conocía lo que favorecía y lo que dañaba la salud de las bestias caballares.

Una vez adoptado aquél modo tímido e indirecto de agresión, se aprestó a ponerlo por obra con apresuramiento casi febril.

Y aquella misma noche, al extender por los pesebres la cena de los caballos, cuidó de dejar en el del Alí, una buena porción de alfalfa entera, en varas y sin picar, para que, comida en aquella forma, causase mortal efecto en el intestino de la bestia. Colocó, pues, las varas intactas en la superficie del pienso, y por debajo de ellas, a manera de cebo, alfalfa cuidadosamente hecha trocitos, y no se separó del lugar hasta que vió al noble bruto mascullar y tragar como pudo, aquél disimulado veneno. Después hizo desaparecer cuidadosamente los restos de los varejones enteros que habían quedado, para que el Alí siguiese comiendo la hierba bien picada, y fuesen las sobras de ella, las únicas que se viesen en el fondo del pesebre. Y todo lo ejecutó con tanta cautela y maestría, que Melquiades mismo, su ayudante, en vez de darse cuenta de la mala obra ejecutada, se la dió únicamente, de que Chema todo lo había hecho aquel día tan bien y tan concienzudamente como de costumbre.

Luego quedó Chema en espera de los sucesos, lleno de sobresalto; y no se acostó, llegada la noche, sino sólo se metió en su casa, y estuvo con el oído aten-

to a lo que pasase. No se hizo esperar largo rato el resultado de la traidora maniobra; porque es condición de los caballos finos, el ser por extremo delicados, y más cuando son tratados con el regalo con que el Alí hasta entonces lo había sido; de suerte que, aun no serían las diez, cuando comenzó a oír el caballerango los primeros síntomas de la enfermedad del caballo: grande intranquilidad, fuertes resoplidos y golpes de pezuña contra el tabique de madera que le separaba del Regente. Púsose luego en pie y acudió a la caballeriza, figurándose ya lo que pasaba; y halló al Alí echado en el colchón de paja, quejumbroso y removiéndose lleno de malestar. La traidora hierba estaba produciendo sus efectos destructores.

En vista de eso, Chema, sin esperar otra cosa, se dirigió a la casa de la hacienda, a dar parte de lo que pasaba. Aun no se acostaba Cheno; ocupábase en aquél momento en tomar y recibir cuentas de Tacha, la cual se hallaba en el comedor, sentada a la mesa con un cuadernillo en la mano. La vista de aquél cuadro dió ánimo al joven para desempeñar bien su papel, y la ira que aquella intimidad le produjo, comunicó a su fisonomía rasgos tales de emoción, que parecieron de alarma sincera por la triste novedad que anunciaba.

—Señor amo, dijo al presentarse, vengo a decir a su mercé que el Alí está muy malo.

—¡Cómo así!, exclamó Bolaños dando un salto en la silla. ¡Ni me lo vuelvas a decir!

—Sí, señor amo, creo de mi deber el comunicárselo a tiempo, pa ver si su mercé jalla algún remedio.

—Pues ¿qué es lo que tiene?, preguntó Bolaños.

—Pa mí que está atorzonado, repuso Chema.

—No lo habrás cuidado bien, objetó Chema iracundo.

Lo mismo que a una muchacha bonita, replicó el mozo.

—Entonces, ¿qué ha sucedido?, volvió a preguntar el amo.

—Pos sólo Dios lo sabrá, repuso el caballerango con acento de fingida inocencia.

—¡Vamos, vamos a ver lo que tiene!, gritó consternado Bolaños levantándose de la mesa con nerviosa prisa.

Y juntamente con Chema se dirigió al corral, encargando de paso al portero, despertase a Ufemio y a otros mozos entendidos en cosas de albeitería.

Continuaba el Alí siempre echado, intranquilo y dando resoplidos. A la incierta luz de las velas de sebo que Chema había encendido, contempló Bolaños aquél triste cuadro y meneó la cabeza con desconsuelo.

—Creo que has acertado, dijo a Chema; este caballo tiene torozón Pero, ¿por qué? ¿le diste entera la alfalfa?

Y lanzó a Chema una mirada fulminante.

—Pos venga su mercé a desengañarse por sus mismos ojos, dijo el mancebo trémulo de voz y manos.

Y condujo a Bolaños al pesebre, donde éste metió las ansiosas suyas para examinar escrupulosamente los restos del pienso.

—Es verdad, repuso desarmado; la hierba está bien picada. Pero entonces, ¿cómo se explica?

—De seguro que en lo verde se jué alguna campamocho, repuso Chema con aparente convicción.

—¡Quizás!, exclamó Bolaños fuera de sí. ¡Qué desgracia, hombre, qué desgracia!

Pronto llegó Ufemio al corral con algunos rústicos expertos en albeitería, y luego a una voz diagnosticaron todos, lo mismo que ya se había dicho, esto es,

que el Alí estaba *atorzonado*, y que el caso era de muerte.

En el acto dió principio el tratamiento largo y complicado que en tales casos se aplica. El infeliz cuadrúpedo tenía la panza muy inflada ya, y a cada instante le crecía, como si fuese un globo, por lo cual, lo primero que se intentó, fué hacerle arrojar los gases, azotándosela duramente con mojadadas sogas, y, como aquella crueldad no dió más resultado que aumentar los sufrimientos de la bestia, se le obligó a ponerse en pie, mal de su grado, y, una vez sobre las cuatro patas, uno de los rancheros le quebró huevos con la mano, en el interior de la panza, arrollando para ello la manga de la camisa hasta arriba del codo. Y visto que aquella medicina no fué eficaz tampoco, se apeló a grandes inyecciones de aceite de comer aplicadas por medio de un enorme aparato de hoja de lata.

No obstante, el estado del Alí empeoraba a cada momento, quería echarse de nuevo, llevaba el hocico bajo, como si no pudiese con la cabeza, y daba pujidos tan lastimeros, que parecían ayes humanos.

— ¡No hay que dejarlo echar!, gritaban los peritos. ¡A pasearlo! ¡A pasearlo sin descanso!

Y el moribundo Alí, con la panza enorme y untada de grasa, con el cuello caído, y sosteniéndose apenas sobre las piernas, andaba de un lado para otro, llevado del roncal por uno de los mozos. Así duró la fatiga largas, larguísimas horas, sin el menor favorable resultado, hasta que al fin, pasadas las tres de la mañana, dió la bestia un traspié, dobló las piernas, y cayó echada. Quisiéronla alzar los mozos, levantándola casi en peso; pero en lugar de ponerse en pie, acostóse de lado, alargó el cuello, abrió el hocico, ensanchó las narices, dió gemidos lastimeros, agitó las pezuñas

en el aire, parpadeó dos o tres veces, estiró las cuatro patas, y quedó inmóvil.

— ¡Ya se murió!, dijo Ufemio cogiendo por las orejas la cabeza del Alí y levantándola para examinarla; ya no resuella.

Los mozos consternados, contemplábanle puestos al rededor, y guardaban silencio. Chenó tenía el rostro demudado.

— He perdido, dijo con tono lastimero, la mejor joya que tenía en la hacienda; hubiera dado cinco mil pesos por salvarla.

Permaneció un rato suspenso y luego agregó:

— ¡La mala suerte!, ¡qué se ha de hacer! Por fortuna me queda el Regente.

Y volviéndose a Chema, continuó:

— ¡De aquí en adelante, no sólo has de tener cuidado en picar bien la alfalfa, sino también en no permitir la presencia de las campamochas; antes que coman las bestias, examina la pastura. Es preciso que cobres experiencia.

— Así lo haré, señor amo, pierda su mercé cuidado, repuso el caballerango.

— Estoy tan triste, declaró Bolaños, como si hubiera perdido una persona de mi familia.

— Mucho que considero a su mercé, repuso Ufemio; el animal era muy precioso.

— No hay otro como él en todo el mundo, afirmó Chenó.

Ufemio se acercó al oído del amo y díjole:

— ¿Su mercé no sospecha nada?

— ¿De qué?, preguntó maquinalmente Bolaños.

— De Chema, señor amo, que haiga matado la bestia al propósito.

Chenó quedó un rato pensativo y lanzó al caballe-

rango una mirada feroz; pero vió a Chema tan ruín, encogido y bueno para nada, que respondió con el mayor desprecio:

—No, Ufemio; si ese es un infeliz....

En aquellos momentos sonaron disparos por el campo, a no grande distancia de la finca. El suceso se había hecho bastante común en los últimos días, pues diferentes bandas de pronunciados solían aparecer por el lomerío próximo o entre las arboledas del llano.

—Son los peladores de reses, dijo Cheno. A ver, vamos a darles un buen escarmiento. Ufemio, prepárate a acompañarme con tus mozos. Lleven sus rifles y sus cartucheras.

Chema, por su orden, ensilló el Regente; montóle Bolaños y tan pronto como todos estuvieron listos, salió al campo lleno de rabia, a ver si podía desahogar su mal reprimida cólera en los insolentes abigeos.

Los pronunciados habían dado en la bárbara costumbre de matar a tiros las reses bovinas, simplemente por matarlas, o bien de quitarles el cuero, dejándolas agonizar en carnes vivas, lo que era una compasión para cuantos lo miraban. Se conocía que el jefe de la banda que merodeaba por aquellos contornos, tenía particular inquina contra la hacienda de San Víctor, pues en ella hacía más grandes y constantes destrozos que en otras fincas.

El grupo encabezado por Cheno salió al campo a todo galope, y, sin duda estaban muy cerca los malhechores, porque a poco se oyeron numerosos disparos; y al clarear la mañana, volvió el amo triunfante. Se había batido con los merodeadores, les había hecho un muerto y los había arrojado fuera del lindero de San Víctor. Como trofeo de guerra, traía dos caballos en-

sillados y enfrenados, dos carabinas, una pistola y una canana llena de cartuchos.

—Es la gente de don Poli, dijo Ufemio; no se quita de por todo ésto.

—Sí, es ella, contestó Bolaños con fiereza; pero no tardaremos en dar alcance al viejo, y ya le ajustaremos las cuentas muy bien ajustadas.

—Razón que le sobra a su mercé, repuso Ufemio, porque don Poli es muy mal aviriguado, y a su mercé le tiene mucha reconcomia (rencor).

—Como yo también a él, concluyó Cheno al apearse del caballo; estamos bien pagados los dos.

CAPITULO . XXII

EL REGENTE

LA muerte del Alí no tuvo consecuencia desagradable para Chema. Fué enterrado el caballo con gran pompa en uno de los potreros de la hacienda, adonde se le condujo en un carro adornado con ramas verdes, varas de carrizo y sartas de maravillas. El amo presenció el sepelio, y lloró casi al ver desaparecer el cuerpo del hermoso cuadrúpedo en el profundo hoyo cavado para recibirlo. Después, no habló con nadie, y volvió a su escritorio cejijunto y malhumorado. Así permaneció varios días. Pero como nadie molestó al caballero, continuó éste como de costumbre, encargado de cuidar las cuadras.

Aunque Chema ocultó su alegría, sintióse muy regocijado por dentro ante el dolor del amo, y no cesaba de aplaudir aquel golpe maestro que había sabido asestarle, sin que nadie lo echase de ver; y a medida que Bolaños se manifestaba más pesadoso, poníase él más ufano y satisfecho. Mas no por eso habíase debilitado su rencor. Incapaz de tomar desquite de nadie, sino en forma velada y a trasmano, la situación para

él continuaba inmutable. Tacha seguía con su destino, y él no la veía ya. Desde que dejó su mujer de pasar las noches en su casa, se abstuvo él de ir a la cocina del señor, y recibía asistencia de una mujer de la cuadrilla. Con esto comenzó a ser su vida más triste que de ordinario. Estribaba su única alegría en recordar la muerte del caballo y en ver la pesadumbre de su dueño.

Engreído por el éxito y alentado por la impunidad en que había quedado su primer hazaña, acarició la idea no sólo de repetirla, sino de acabar con todos los finos y preciados habitantes de las caballerizas, figurándose candorosamente que aquella hecatombe caballeril podría hacerse a mansalva y sin despertar la más insignificante sospecha de nadie. Y fué ya tan poco precavido en adelante, al seguir desarrollando su caballicida programa, que ni aun siquiera dejó transcurrir muchos días para volver a las andadas, y, muy a poco de haber enyerbado al Alí, procedió a hacer lo mismo con el Regente. No contaba con que nunca segundas partes fueron buenas; así que la nueva experiencia no le salió tan a pedir de boca como la primera. El muchacho Melquiades, que sin duda le espiaba por encargo de Ufemio, pudo darse cuenta de que la alfalfa no fué bien picada el día del segundo atentado. Además de eso, algunas varas enteras y largas, medio masticadas por el Regente, que Chema no vió y dejó donde habían caído, le delataron y perdieron.

Como lo hizo la vez anterior, acudió Chema a ver el segundo caballo, a tiempo que consideró comenzarían las manifestaciones del mal que le había buscado, y le halló en efecto, luchando ya con los primeros síntomas de la enfermedad. Fingió alarma, procuró tener semblante consternado, y corrió a dar cuenta al

amo de lo que pasaba. Mas Cheno le recibió ahora de pésima catadura. Llamados otra vez Ufemio y los albéitares, se pasó la noche en terrible lucha, y al fin, como a las seis de la mañana (porque la nueva víctima tuvo más resistencia que la primera), expiró el sin ventura Regente, con los mismos padecimientos y la misma dilatada agonía que el anterior caballo.

Pero esta vez, más que triste Bolaños, se mostró colérico, y más furioso que desalentado. Así lo dió a conocer por la contracción de sus facciones, por la verdosa palidez del semblante y por la fosforescencia de sus negros ojos. Una idea terrible bullía en su cerebro, como agua que en un caldero borbotaba; pero la explosión no fué repentina.

Hallábanse las cosas en ese estado, cuando Ufemio se acercó a él y le dijo:

—Señor amo, ¿cree su mercé que el Regente haiga muerto por casualidad?

—Estoy pensando que no, repuso Bolaños con voz sorda.

—Pos tiene su mercé muncha razón, repuso Ufemio, porque el Regente jué enyerbado al propósito por Chema.

Volvióse Cheno al administrador con semblante tan demudado por la cólera, que el mismo Ufemio se asustó.

—¿Tienes la prueba de lo que dices?, preguntóle con voz ronca.

—La tengo, repuso el criado, y voy a enseñársela a su mercé.

En un momento se hizo la investigación y se presentaron los comprobantes. Melquiades declaró lo que había visto; fué examinado el pesebre; procedióse a la inspección minuciosa del piso, y se aclaró, al cabo.

por el dicho del muchacho, y por el hallazgo de trozos de varas enteras masculladas, que el pasto había sido dado entero y sin preparación al noble bruto. Ver aquello y encenderse en terrible y vertiginosa ira Cheno, todo fué uno; así que, concluída la averiguación, salió de la caballeriza a buscar entre los circunstantes al culpable. Pronto le distinguió entre un grupo de rancheros, tan lívido y acongojado, que le habría traicionado su sólo aspecto.

—¡Ven acá!, díjole Cheno, cogiéndole por un brazo y sacudiéndole con fuerza. ¿Con que has enyerbado mis caballos?

Chema no halló que contestar, y se puso del color de la cera.

—Pues te voy a dar tu merecido, continuó el amo. Conmigo no juegas.

Y levantó el puño para pegarle en el rostro.

—¡Nó, señor amo; nó, señor amo!, clamó Chema con voz atiplada de muchacho. Detúvose Bolaños al oírle, y lanzándole una mirada de infinito desprecio exclamó:

—No, a este infeliz no se le pega como a los hombres. A ver un látigo.

Manos solícitas pusieron luego un azote en las del airado señor, que le blandió en alto haciéndole chasquear varias veces en el aire, y acto contínuo, sin más tardanza, dió principio la ejecución. Con la siniestra, semejante a férrea tenaza, sujetó Bolaños uno de los puños del mancebo, y con la diestra le vapuló sin misericordia, desde la cabeza hasta los pies, por un lado y por otro, por donde mejor podía. Chema se revolvió desesperadamente en torno de su verdugo, forcejeando por desasirse, y con el brazo libre, procuraba escudarse la cara contra los azotes, que sobre él iban llo-

viendo. Así logró que sólo dos o tres le alcanzaran en las mejillas, donde dejaron huellas largas, alteradas y de subido color rojo. Mas tuvo el infeliz siquiera el decoro de no gritar ni llorar en aquel acto humillante, cosa que sorprendió a todos; de suerte que la terrible azotaina pasó en medio del silencio y de la expectación de los circunstantes, y sin más interrupción que el restallar de la fusta y el tronar de los ternos y maldiciones que de la boca del azotador salían al descargar cada golpe.

Y sólo concluyó la repugnante escena, cuando se cansó el brazo de Bolaños y se hubo desahogado un tanto su rabia. Entonces soltó a Chema, arrojó el látigo, y con voz entrecortada por la fatiga, ordenó:

—Ahora, Ufemio, lleva a la troje a ese sujeto, y ahí le tienes encerrado a pan y agua, hasta que le entreguemos al oficial para que le ponga el chacó.

No todos los presentes aprobaron lo hecho por Bolaños, pues varios de aquellos caporales eran humanos y buenos, o amigos de Policarpo, y estaban ya inficionados de espíritu de rebeldía. El único, tal vez, que halló justificados tales procedimientos, fué Ufemio, porque él sí pertenecía a Cheno en cuerpo y alma. Por lo cual, obedeciendo la orden recibida, recogió del suelo, por donde andaba rodando, el sombrero de Chema, y empujando rudamente a éste por la espalda, le dijo con voz de mando:

—¡Vamos, cuela por ay (camina por ahí)!

El muchacho, maltrecho, magullado y aturdido, comenzó a andar despacio y sin darse cuenta de lo que hacía, enajenado por la violencia de la emoción y del bochorno; pero Ufemio, por vía de estímulo, y a imitación de lo que acababa de hacer el amo, le imprimía velocidad de vez en cuando, a coces y puñadas, con

ambos pies y manos, pues ya había sanado de la herida que en el brazo recibiera. Así pasaron Chema y él junto a los muros de la casa de la hacienda; por lo que Tacha, que estaba ya en pie a esa hora, y andaba vigilando los primeros trabajos del día, pudo darse cuenta del caso, mirando la escena al través de los cristales de la ventana. Indignada por el espectáculo, pues en el fondo no dejaba de querer a Chema, aunque a su modo, abrió las vidrieras con rapidez, y apostrofó así al mozo:

—¡No le pegues, Ufemio!, ¿De qué le pegas?, ¡No le pegues!, ¡No le pegues!, ¿Qué te ha jecho Chema?

—Pos a mí no me ha jecho nada, repuso el administrador desde abajo, pero al amo sí, y muncho.

—¿Pos qué ha sido eso?, preguntó la joven con incredulidad.

—Pos nada, contestó Ufemio, sino que le ha enyerbado los dos pencos más mejores que tenía: el Alí y el Regente.

—Esos son puritos argüendes, objetó Tacha con cólera: el probe no es capaz ni an siquiera de matar una pulga, cuantimás dos caballos. Es un falso que le han levantado.

—Pos allá lo arreglará usté con el amo, siguió diciendo el mozo, un tanto doblegado y sin atreverse ya a tutear a la joven; yo no soy más que mandado.

—¿Pos adónde está el amo?, preguntó Tacha.

—Por ay viene atrasito, repuso Ufemio; lo dejé en camino pa cá.

—En tal caso, no hay pa qué maltrates a Chema, objetó la joven. El irá por su pie, sin necesidá de que le pegues. ¿Pa ónde lo llevas?

—Pos a encerrarlo en el troje, contestó Ufemio, en mientras se va de soldado.

—¿De soldado dices? ¡Aluego veremos si se lo llevan o no se lo llevan!, continuó Tacha iracunda. ¡Qué se lo habían de llevar! ¡Dejaba de ser quen soy!

Y luego, dirigiéndose a su marido díjole:

—Anda, Chema, camina de güena voluntá, que yo lo arreglaré todo con el amo.

El pobre levantó el rostro para ver a Tacha, y sintió íntimo consuelo al recibir las compasivas y cariñosas miradas de sus ojos, y al escuchar sus palabras de interés y protección. Y el corazón le dió un vuelco, a pesar de su congoja, porque Tacha se interesaba por él. Ella no podía verle sufrir, luego le quería, aun cuando fuese un poquito. Aquella idea sola le confortó mucho, de suerte que, resignado y sin decir palabra, echó a andar por donde Ufemio le llevaba, y la troje, el cuartel, todo lo daba de barato, todo se desvanecía ante sus miradas, eclipsado por la encantadora visión de su adorada Tacha.

La joven estuvo pendiente de la llegada del amo para hablar con él inmediatamente; pero, en lugar de ir luego al comedor, como lo tenía de costumbre, entró Cheno en su cuarto, y cerró tras sí la puerta. Tacha pasó varias veces ante ella, haciendo todo el ruido posible, pero Bolaños no se daba por entendido. Por lo cual, después de dilatada espera, se atrevió la joven a acercarse, golpeando la madera con los nudillos. Tenía secos los labios y le palpitaba el pecho por la violencia de la emoción.

—¿Quién es?, preguntó Bolaños con voz de trueno.

—Soy yo, señor amo, repuso tímidamente la joven.

—¿Qué se te ofrece?, volvió a decir Cheno; no tengo hambre, no me desayuno.

—No, señor amo, repuso la sirvienta; no es pa eso. Quero que me dispense una palabrita su mercé.

Hubo un momento de silencio, que fué, sin duda, de vacilación para Bolaños; mas al fin respondió con voz seca:

—¡Adentro!

Penetró Tacha en el aposento, encogida y atemorizada, como can que ha sido regañado por su señor y teme el castigo.

—Señor amo, dijo aproximándose al furibundo Bolaños, vengo a interceder en favor del probe de Chema.

—¡No me lo mientes siquiera!, exclamó Cheno frenético; tienes un marido que ya, ya. Como hombre no vale nada; pero sabe vengarse a trasmano, al estilo de las mujeres. Me ha enyerbado de propósito mis mejores caballos, ¡pero se va a acordar de mí mientras viva!

—Es calunia, señor amo, Chema no es capaz ni an de eso siquiera, replicó la joven comenzando a llorar.

—Así lo creía yo al principio; pero tengo pruebas de lo contrario.... ¡Es un infeliz!, articuló Bolaños con indescriptible desdén.

—¿Y qué va a hacer con él su mercé?, preguntó ella.

—Voy a mandarle a un cuartel para que le metan a filas.

—No, señor amo, no haga usted semejante injusticia; ¡se lo pido por caridá!, rogó Tacha con tono lamentable.

—¡Sólo eso faltaba!, gritó el amo; que esa sabandija fuese a quedar sin castigo.

—Andele, señor amo, se lo ruego, dijo Tacha llorando a lágrima viva.

Y para dar más fuerza a la súplica, acercóse a Bolaños, que estaba sentado junto a una mesa, y cogiéndole la diestra, besóla humildemente varias veces.

Cheno se estremeció ante aquella instancia inesperada: vió a Tacha cerca, graciosa, llena de vida y rendida a sus plantas; y una idea diabólica cruzó por su cerebro: cobrar precio por la gracia y dar dos caballos por la conquista. La transacción no resultaba mala.

—Está bien, respondió reteniendo entre las suyas la mano de la joven; pero ha de ser con una condición.

—La que usted disponga, señor amo, contestó Tacha.

—Que ya no has de ser arisca conmigo, murmuró Bolaños por lo bajo.

Tacha no contestó nada; pero inclinó la cabeza en señal de obediencia.

.....
Pocas horas más tarde, mandó llamar Bolaños a Ufemio y le dió órdenes:

—Anda y saca a Chema de la troje, le dijo. Con la zurra que le dí, se me bajó ya el coraje.

Ufemio sonrió imperceptiblemente, y se dijo para sí, que por ahí andaba la mano del demonio.

—Está bien, señor amo, repuso; y ¿gielve de caballerango?

—¡Eso sí que nó!, repuso Bolaños con viveza; no me dejaría caballo ni para un remedio. Dile que, si quiere, puede irse de San Víctor; pero que si prefiere quedarse, será como boyero, que fué su antiguo oficio. Ofrécele de nuevo mi protección o dinero, lo que quiera.

—Pos entonces, con premiso de su mercé: voy a cumplir sus órdenes, repuso el administrador.

No tardó en volver Ufemio para dar cuenta de la comisión. Acababa de poner a Chema en libertad, y habiéndole preguntado si quería volver a cuidar los bueyes o salir de la hacienda, había contestado el

mancebo que aceptaba continuar de boyero. Al mismo tiempo, rehusaba toda oferta de dinero o protección de parte de Bolaños.

No quería alejarse de Tacha, y aunque destrozado y dolorido de alma y cuerpo, optaba por seguir en la hacienda, halagado por la esperanza de recobrar algún día, por remoto que fuese, la prenda idolatrada de su corazón.

Así fué como Chema, sin saberlo ni sospecharlo, contribuyó a consumir su desventura conyugal, y así fué también como escapó al forzado servicio de las armas, al cual iba a ser consignado.

CAPITULO XXIII

DESENGAÑO

DOÑA Carlota y Anita no se habían dormido sobre las pajas. Impulsada aquella por el interés maternal, y ésta por el inconfeso amor que a su primo profesaba, habían andado inquiriendo con sus amistades y conocimientos, unas veces con claridad, y embozadamente otras, cuál era y cuál había sido la conducta de Cheno en cuanto hombre de sociedad y de mundo; y no les fué difícil obtener numerosos informes, porque Bolaños era joven rumbo, rico y poco mirado en sus acciones. La natural propensión del género humano a husmear y hurgar a diestra y siniestra para saberlo todo, y muy particularmente lo que puede ceder en desdoro del prójimo, estaba bien preparada para hacer revelaciones; y la inquieta maledicencia, por tanto tiempo contenida en el umbral de la casa de la viuda de Téllez, reventó al fin, llena de locuacidad y entusiasmo, y murmuró, borbotó y alzó estrépito, como fuente inagotable, desazolado venero o rugiente catarata. Y la envidia de las amigas de Anita, a quienes mortificaban y herían las gracias y los triunfos de la joven, y los

rencores de las niñas a quienes había desdeñado Bolaños y de los mozos a quienes había derrotado en lides amorosas, irguiéronse coléricos y echaron mano de sus más crueles y envenenadas flechas para clavarlas en el nombre y en la reputación del pretendiente. Y aquello fué poner en los ojos de madre e hija, todo linaje de anécdotas e historias, de episodios y sucedidos, todos adversos, todos malos, todos detestables, que conspiraban y tendían a pintar a Bolaños como gran calavera, burlador y perverso, igual a don Juan de Manara antes de su conversión, a Bouthillier de Rancé antes de entrar en la Trapa y a Byron cuando se embriagaba bebiendo vino en cráneos humanos: rico endemoniado y perdido, que trabajaba en el campo una parte del año y aparecía otra en la capital cargado de dinero, para derrocharle de manera escandalosa, en jergas, cohechos, banquetes, conquistas, juegos de azar y todo género de aventuras alegres, galantes y pecaminosas. Por aquellas malas lenguas se supieron mil cosas ocultas, que fué como si se hubiesen abierto las puertas de un estercolero o levantado la tapa de un albañal. El pudridero moral de aquella vida, despedía fetidez de cementerio. Y lo que más espantaba del retrato, biografía o semblanza que hacían del sujeto tantos cronistas, historiadores y anotadores de efemérides, no eran precisamente los excesos aparatosos del beneficiado, sino la frialdad y la ejecución sistemática de sus prácticas; porque era bebedor, pero no borracho, jugador, pero no tahir, enamorado, pero no sacó de podredumbre. Sus costumbres *non sanctas* estaban bien reglamentadas, pesadas y medidas, de manera que no pasasen de cierto límite, a fin de paladear los placeres sin agotarlos, como se toma una copa de buen vino, poco a poco, untando apenas los labios, a

pequeños sorbos, discreta, suave y sibaríticamente. Porque aquel *bon viveur*, era a la vez hombre de negocios y de trabajo, que se pasaba una buena parte del año beneficiando sus tierras, vigilando a sus sirvientes, siempre a caballo, desafiando el sol, la lluvia, el frío, todas las inclemencias del tiempo, y que sabía de combinaciones y transacciones habilísimas, de las cuales sacaba ganancias locas, porque en todo le sonreía la fortuna y no había empresa que no lograra y que no llevase a feliz término. Y de aquél cúmulo de fatigas, vigilancia y prosperidad, que en sus dominios desplegabá o veía, tornaba en épocas bien determinadas a la metrópoli a entrar en el bullicio, zambra y locura de sus habituales y variados pasatiempos.

A doña Carlota no le cogían enteramente de nuevo aquellas informaciones, porque, poco más, poco menos, se había figurado ya lo que hacía su sobrino, y a qué bureos y distracciones se entregaba, si bien ahora, al ver confirmadas con creces sus sospechas, sentía crujir y desplomarse el laborioso edificio de sus planes e ilusiones. Porque a ella, que era tan apegada a su familia, recuerdos y tradiciones, y que llevaba su nombre con el mismo orgullo con que hubiese llevado los de Montmorency o Plantagenet, hábale sonreído la idea de enlazar a su hija con aquél único varón de su estirpe y progenie, para que la ilustre casa de los Bolaños creciese, continuase brillando y se perpetuase en la República; y aun, llevada de tal anhelo, había estado dispuesta a cerrar los ojos sobre numerosos defectos y pecadillos de su sobrino. Pero con asombro y desconsuelo veía que iban estos resultando tan enormes y tantos, que no era posible tolerarlos y darlos por insubsistentes. De suerte que, desde el punto en que adquirió la tristísima persuasión de que era Che-

no un miembro degenerado de su linaje, comenzó a mudar valerosamente la disposición de su ánimo, y a creer indispensable dar por cancelado para siempre su risueño proyecto. . . .

No obstante, había hallado obstáculo que no esperaba en la obstinada resistencia de Anita, que no quería volver las espaldas a Bolaños, por más que hubiese conocido sus turbias hazañas, figurándose que, por medio del cariño y la dulzura, podría convertirle en hombre nuevo, y redimirle de la corrupción y del pecado, como se figuran que lograrán alcanzarlo todas las jóvenes honestas que se enamoran de los tenorios; y, a pesar de todos los esfuerzos y amonestaciones de doña Carlota, hábase resistido el manso corderillo a seguir la senda que el prudente pastor le señalaba, y balando plañideramente, empeñábase en internarse por la oscura y torcida vereda donde era acechado por el lobo. En medio de tales vacilaciones y luchas, había escrito doña Carlota aquella carta que a Cheno tanto escoció; y continuaron después las pesquisas, con resultados peores todos los días para la causa de Bolaños. Pero la pasividad de Anita se había rebelado, y en terquedad se había convertido, porque no quería ver, oír, ni entender, y a todo daba respuesta, argumentando que eran exagerados los informes recibidos, que su primo podría ser alegre, derrochador y calavera, pero no tan malo como se aseguraba, y que, en último caso, ella le tornaría en bueno, porque Cheno tenía corazón de niño, y solamente le faltaba quien por él se interesase y blandamente por la senda del bien le condujese.

Con todo, cuando al fin llegó a oídos de la joven, que Bolaños había reñido con Clara por celos, y había sido desafiado por Tommy, que era el galán preferido

por la suriana, comenzó a perder ánimo y a pensar en la conveniencia de prescindir de aquél aparente capricho, que no era, en el fondo, sino una pasión inconfesa por ella largo tiempo alimentada en el fondo de su ser. ¿Por qué amaba a su primo con tanta vehemencia? Parecía no haber razón para ello. Ambos jóvenes representaban polos opuestos en lo que a prendas morales y físicas atañía; porque en tanto que él era moreno, era blanca ella; él atlético y ella de constitución exquisita; él impetuoso y dulcísima ella; él disoluto y ella tan pura como un blanco rayo de luz. Pero, ¿no son las electricidades contrarias las que se atraen? ¿no es constante que busquen las naturalezas, deficientes de suyo, por más ricas y generosas que sean, el complemento de cuanto les hace falta para ser perfectas? Así obran siempre por instinto, desde el ciego que ve por los ojos de su lazarillo, en tanto que éste vive de las limosnas que reúne su señor, hasta la hiedra que enlaza las espirales de sus tallos al tronco de la robusta encina, la cual se ostenta orgullosa vestida de flores por el tímido abrazo de la enredadera. La ley de los contrastes es tan imperiosa como la de las afinidades: aquélla acerca a los seres semejantes, y ésta funde y amalgama a los disímiles. Así Anita, que era doncella blanda y medrosa, sentíase atraída por Bolaños, que era varón rudo y esforzado.

Mas, como decíamos antes, sucedió que la joven enamorada comenzase a desmayar, no cuando supo que su primo llevaba mala vida, no cuando llegaron a su conocimiento los escándalos de todo género que aquél daba en el club, en los teatros y en los más conocidos centros de gente pecadora, porque para todos esos deslices y faltas, hallaba compasión y benevolencia en el fondo de su alma; sino cuando llegó a sospechar que

había sido solicitada sólo por despecho y desquite, y que podía quedar a la zaga de Clara como figura de segundo término. Exaltóse entonces el amor propio, protestó su dignidad ultrajada y comenzaron a flaquear sus propósitos.

Doña Carlota, que era perspicaz y se dió cabal cuenta del fenómeno, aprovechó la coyuntura para seguir asestando nuevos golpes en aquél mismo punto doloroso; y a fin de proceder con mayor tino y prontitud, mandó llamar en su auxilio al amigo de sus confianzas, don Melchor Covarrubias, quien acudió solícito a su llamado.

—A la orden de usted, dijo el buen viejo al presentarse delante de doña Carlota. ¿En qué puedo servirla, amiga y señora mía?

—En mucho, don Melchor, repuso la dama. Ha de saber usted, que mi sobrino Juan Nepomuceno Bolaños ha pedido la mano de Anita, que ésta le quiere, que sería un buen partido para mi hija, y que yo misma había deseado el matrimonio; pero que he venido sabiendo tanto y tanto malo de mi deudo, que voy cambiando poco a poco de opinión. Las noticias que se nos han dado de su conducta en la ciudad, no pueden ser peores; pero Anita aun no se convence de que no le conviene enlazarse con su primo, y se me va volviendo voluntariosa e ingobernable, como nunca lo fué desde que nació. Pues bien, para vencer su última resistencia y convencerme yo misma de que obro cuerda al rechazar la proposición de mi sobrino, deseo me haga usted el favor de tomar informes ciertos de la conducta que él observa en el campo, porque también sobre eso han llegado hasta mí alarmantes rumores. Demando, pues, el auxilio de mi buen amigo don Melchor, a fin de que me ayude a desentrañar la

verdad de la niebla que la envuelve, y para conocer a mi sobrino de cuerpo entero. Como usted es hacendado y tiene fincas próximas a San Víctor, no le será difícil poner en claro ese punto.

—No querría tomar ingerencia en tales asuntos, doña Carlota, porque el señor Bolaños y yo no nos vemos con buenos ojos, respondió don Melchor; pues, como usted tal vez lo sabrá, hasta hemos tenido disgustos bastante serios.... Nada menos a fines del año pasado, en una junta....

—Sí, sí, conozco el incidente por habérmelo referido el mismo Cheno. Por cierto que le reprendí por irrespetuoso y osado. ¡Reñir con usted, que es persona de tanto respeto, y luego, sin razón alguna!

—No, doña Carlota, eso sí que no; soy igual a cualquier otra persona y ningunas consideraciones merezco. Pero, sea como sea, el caso es que media mala inteligencia entre ese señor y yo, y no quiero ni que mis informes parezcan apasionados en su contra, ni que, si él llega a conocerlos, se irrite más contra mí y tengamos un nuevo conflicto. Porque usted me conoce, soy hombre de paz y no gusto de andar en rivalidades ni disgustos, y hasta suelo prescindir de mis derechos por tal de no perturbar mi reposo.

—No tenga usted cuidado por eso, don Melchor, que podrá prestarme el servicio sin esos embargos, porque, desde luego, cuenta usted con mi reserva absoluta; y aparte de eso, porque nada tendrá que hacer por sí mismo, sino sólo por interpósita persona. Y una vez recibidas las noticias, me las comunica verbalmente, y el asunto no dejará rastro.

—En siendo así, doña Carlota, contando con la discreción que usted me ofrece, todo lo haré como lo dis-

pone, pues ya sabe que soy su criado y estoy para servirlo.

—Mil gracias, amigo mío; no esperaba menos de su bondad. En tal caso, y dada la buena disposición que usted me manifiesta, le ruego que todo se haga cuanto antes, porque la situación se va poniendo intolerable por la increíble obcecación de mi pobre hija.

—Así será, mi señora; va usted a ver cuán presto vuelvo a dar cuenta del encargo.

Y, en efecto, despachó Covarrubias aquél mismo día a persona de su absoluta confianza con destino a San Víctor, suficientemente instruída de lo que tenía que hacer. El hábil comisionado, para disimular la verdad, se dió el carácter de comprador de cereales y ganado bovino, con lo cual logró hacerse alojar en la misma casa de la hacienda, como era costumbre hacerlo con los buenos *marchantes*. Y contrató una gran cantidad de reses y de sacos del maíz que ya comenzaba a cosecharse, ganando con ello la voluntad del propietario. Así fué que él y Cheno pasaban juntos los días y parte de las noches, visitando a caballo los barbechos, establos y potreros, mientras había luz de sol, y jugando en el comedor a la claridad de los focos eléctricos, cuando aquélla faltaba, malilla, tresillo y ajedrez, entre sorbo y sorbo de café y copa y copa de coñac o de whisky. Así llegaron a ser buenos camaradas, pues era mancebo de pocos años, alegre y decididor el amigo de Covarrubias. Ya en el terreno de las confidencias, se contaron sus aventuras, como si de muy antiguo se hubiesen tratado; y por este medio, metió el ojo el tratante en todos los secretos de San Víctor y de la vida de su dueño. Y después de varios días de juerga y pasatiempo, separáronse aquellos buenos cofrades, prometiéndose no perderse de vista en lo suce-

sivo, y dándose cita para la capital en día no muy lejano.

Así pudo, poco después, Covarrubias presentarse en la casa de la calle del Pino, bien provisto de datos y noticias. Acogióle con presuroso sigilo la señora de Téllez, y se encerró con él en la biblioteca, donde permanecieron más de una hora; y al fin de ese término, salió doña Carlota a llamar a su hija, sin decirle para qué la necesitaba, y llevola adonde las esperaba don Melchor.

—He querido, Anita, dijo al entrar, que nuestro viejo, querido y respetado amigo el señor Covarrubias, hable directamente contigo para que te refiera cosas del mayor interés.

—¿A mí?, repuso la joven sorprendida, ¿qué puede decirme don Melchor que haya de incumbirme?

—Ahora lo verás, hija, ya lo oirás de su boca. Yo, con permiso de ustedes, los dejo unos momentos, porque no me siento bien. Tengo un principio de jaqueca que me molesta mucho, y voy a tomar una oblea de Stearn, o de esa preparación nueva llamada aspirina, que dicen es de efecto maravilloso para curar este achaque.

—Bien está, doña Carlota, repuso don Melchor; mucho siento el contratiempo, y deseo pase luego el malecito.

—En cuanto se me quite la pesadez de la cabeza, estaré con ustedes.

Salió luego doña Carlota, cerrando tras sí la puerta; y nadie dudó de la veracidad de su dicho, porque se le notaba gran palidez en el rostro, siendo así que de ordinario tenía tan buenos colores.

Visible era el aturdimiento de don Melchor. Lo primero que hizo en cuanto se quedó solo con Anita,

fué sacar el pañuelo y enjugar el sudor de la frente; carraspeó después, cruzó y descruzó las piernas, miró al suelo, y acabó por elevar hasta Anita poco a poco la cobarde mirada.

—Niña, pronunció con voz insegura, comienzo por pedirte mil perdones....

—¿Por qué, don Melchor? interrogó la joven sonriendo.

—Por la ingerencia que tomo en tus asuntos. No quería hacerlo, resistí obstinadamente, pero mi señora doña Carlota, tu santa madre, insistió tanto, tanto, que me ví precisado a obedecer. Porque, ya sabes, la quiero y respeto con devoción infinita, y me domina, hace de mí lo que le place.... Y, por otra parte, como se trataba de tu bien, comprendí que era de mi deber, en cierto modo, desempeñar las diversas comisiones y oficios que ella me ha encomendado; porque a tí también te quiero al par de mi alma, criatura, como que desde chiquitina te conozco, y fuí amigo íntimo de tu padre.

—Muchas gracias, señor, contestó Anita poniéndose instantáneamente seria. ¿De qué se trata? Vamos, explíquemelo, si me hace la gracia.

—¿Cómo nó, Anita, si para eso y nada más para eso es este coloquio! Pero antes necesito tu perdón por todo lo que voy a comunicarte.

—No sería necesario, porque bien sabe usted cuánta consideración y cariño le profeso, pero ya que se empeña, puede contar con todo lo que haya menester para hablar libremente, como siempre me ha hablado.

—¿Con tu perdón también? Eso es lo que pido. Si no me lo das, en seguida me marchó.

—Llámele usted como quiera. Cuente con eso, don Melchor.

—Así, así me gusta; entro, pues, en materia.

Se acomodó en el asiento, miró la puerta por donde había salido doña Carlota, como para infundirse ánimo, luego el techo, después la alfombra, y no sabía cómo empezar; mas al fin, venciendo su natural timidez, continuó de esta manera:

—Has de saber, chiquilla, que mi señora doña Carlota me ha puesto al tanto de las pretensiones amorosas de tu primo el señor Bolaños, y de otras cosas a él atañederas que, por ser de esta ciudad, debes de conocer mejor que yo, y no hay para qué mencionar. . . . Estoy también al tanto de tu decidida afición a ese caballero, la cual tu madre antes compartía por razones de tradición, recuerdos de familia y amor al nombre que lleváis; pero que en ella se ha debilitado y perdido por fuerza de juicio y convicción.

Púsose Anita más y más formal al oír este prólogo, y hasta llegó a fruncir el gracioso y manso entrecejo; pero no articuló palabra. Don Melchor, que leía en aquella sencilla alma como en un libro abierto, siguió hablando después de breve pausa:

—No ignoro asimismo que, a pesar de haber sido despejadas ya varias incógnitas, no te has dado por vencida, y sigues firme en tus trece de casarte con el señor Bolaños. Hé aquí la causa de la justa alarma de tu madre, pues ella, que te quiere con adoración, sería capaz de hacer todos los imaginables y hasta no imaginables sacrificios por verte dichosa; y, como ha adquirido la profunda y amarguísima persuasión de que ese matrimonio te haría desgraciada, se ha empeñado en no dejarte caer en el despeñadero, y me ha llamado en su auxilio para que la ayude a quitarte la venda que tienes en los ojos. Y como algo le había sido insinuado de la perversión de las costumbres de tu pretendiente en las tierras que él posee, me confirió la

comisión de investigar lo que pudiera haber de cierto en tales rumores. Acepté el encargo por tratarse de ella y de tí, pues ¿qué puede haber de bueno o malo para vosotros que a mí no me toque, afecte o conmueva? Por fortuna, mi calidad de hacendado en la misma región donde se halla ubicado San Víctor, me ofreció facilidades para desempeñar la encomienda. He sabido aprovecharme de ellas, y acabo de decir a mi señora doña Carlota todo lo que sé y ha llegado a mi conocimiento acerca de don Juan Nepomuceno. Pero tu buena madre e imperiosa e irresistible amiga mía, no satisfecha con la información que ha recibido de mis labios, ha querido que te la trasmita a tí directamente, porque dice que así la creerás mejor, ya que no puedo ser sospechoso a tus ojos, como ella cree serlo, de obrar por predisposición, terquedad o capricho. . . .

—No sé por qué mi madrecita, que antes quería tanto a Cheno, interrumpió Anita con voz alterada, le ha tomado ahora tan grande ojeriza.

—Puedes creer que la causa de ello no estriba en la casualidad ni en la ligereza de su carácter, pues si algo bueno hay en tu madre, es el aplomo y la firme justicia con que en todo caso procede; la variación de su ánimo respecto a don Cheno, se justifica ampliamente, por desgracia; porque has de saber, Anita, que tu primo es un hombre profundamente corrompido.

Hizo Anita un movimiento brusco, como de cólera.

—Sí, ya sé, replicó, lo que dicen de él las malas lenguas. Si hay algo de cierto en todo eso, debe de ser muy exagerado. . . . Y sobre todo, cosas son pasadas ya, viejas puede decirse, y en todo caso, anteriores a su pretensión oficial. . . . Y, como dice el adagio, lo que no fué en tu año, no es en tu daño. . . .

—Ese es precisamente tu error, Anita, el de creer que sus faltas son caducas y de tiempos viejos; y de ese error voy a sacarte por más que me duela. Hoy llevarás a mal oír mi voz, tal vez te enfades conmigo; pero llegará día en que me agradezcas la buena obra, y será cuando tu ceguera sea curada y midas la profundidad del pozo donde estás a punto de caer.

—¡Por Dios, don Melchor, por Dios!, exclamó la joven exasperada y con ánimo de interrumpir a su interlocutor.

—Por Dios, Anita, por Dios. Resígnate, criatura, porque la cosa no tiene remedio.... Me has de oír aunque te escueza, porque ya estoy lanzado y es en tu beneficio.

Y quieras que no, en efecto, a riesgo de hacer patente desaire a Covarrubias (extremo al cual no tuvo ánimos de llegar la joven, porque no era en realidad más que una mansa y exquisita criatura), hubo de escuchar todo su relato, y así, con incredulidad y mohín de disgusto pintados en el rostro desde luego, con vivo y doloroso interés más tarde, y con agonía y congoja por último, quedó impuesta de todas las fechorías de su descarriado primo en la lejana heredad donde pasaba la mayor parte del año. Y supo a no dudarlo, que Bolaños era despótico y cruel, libidinoso y corruptor, allanador de los hogares pobres, conculcador de las oscuras conciencias, cohechador de los ofendidos, insaciable, voraz, incorregible en punto a desmanes, abusos y placeres. Y fué puntualmente informada de las lugareñas que había seducido, de los hijos bastardos que tenía, de la sistemática degradación de los padres, hermanos y esposos de sus víctimas que practicaba, y de todo cuanto le delineaba y exhibía como hombre duro, pecador y sin el más leve

escrúpulo en sus hábitos de pecado. Anita, que no conocía del mundo sino lo que su celosa madre le había dejado entrever (que era como si se hubiese asomado por el ojo de la cerradura a ver el mar), iba de asombro en asombro, de sorpresa en sorpresa y, por decirlo así, de dolor en dolor y de grito en grito, porque a cada paso interrumpía al viejo relator con estas o parecidas exclamaciones:

—¡Cómo!.... ¿Es posible?... ¡No puede ser!.... ¿Cheno lo hizo?... ¡No, Cheno no es capaz!.... ¡Oh, qué horror, qué cosa tan espantosa!.... ¡Quién lo hubiese pensado!.... ¡Pero si es un monstruo!

Don Melchor, inexorable, proseguía la narración, reanudando a cada paso el hilo que la joven interrumpía, y así fué llegando por pasos contados, hasta los sucesos de última hora; y tocó la vez de referir la seducción de Tacha, el suplicio de Chema, y la instalación de la joven lugareña en la misma casa del amo.... El mensajero de don Melchor lo había sabido todo por boca del mismo Cheno, que de ello se había jactado, y más todavía, lo había visto con sus propios ojos, porque Tacha había llegado hasta a sentarse a la mesa de Bolaños, entre éste y el informante, para hacerles compañía, servirles las copas y alegrarles las cenas....

—¿De manera, prorrumpió Anita con voz ahogada y ojos preñados de lágrimas, que ahora mismo está haciendo él todo eso?....

—Sí, Anita, en estos mismos momentos. La india seducida es la señora de su casa.

Y luego, sacando Covarrubias el reloj, y viendo que eran las seis de la tarde, continuó:

—Dentro de una hora u hora y media a más tardar, se sentarán a la mesa los dos juntos, y se harta-

rán de succulentos manjares, e irán a recogerse poco después de la queda. . . . Si no quieres creer lo que te digo, es muy sencillo que conozcas la verdad por tus propios ojos. Tu buena madre está dispuesta a tomar un automóvil de camino, a llevarte a San Víctor y a caer de sorpresa en la casa de la hacienda.

No pudo ni quiso oír más Anita. Las revelaciones que acababa de escuchar, trastornáronle la razón, no dudó ya de nada, vió claramente lo que era Bolaños, comprendió que su primo era un hombre malo a carta cabal, de conciencia pervertida y de alma negra, y cubriéndose el rostro con ambas manos, exclamó entre gemidos y sollozos:

—No, don Melchor, no necesito más. ¡Qué humillación y qué vergüenza! ¡Cómo habíamos de ir mamá y yo a ese lugar! Todo lo comprendo ahora: ¡Ay, Dios mío, Dios mío de mi alma!

Y se echó a llorar a mares, como no había llorado desde la infancia, como se llora cuando la espada del dolor parte de veras el corazón. ¡Haber acariciado una ilusión desde la adolescencia, haberla guardado oculta como si hubiese sido un tesoro, haber soñado tanto con ella y perderla de repente! ¿Y qué, después de eso? Solamente el vacío, por todas partes eso: vacío en el corazón, de donde huyó el regio huésped que le llenaba, vacío en el pensamiento, donde murió el ensueño que le sonreía, vacío en la vida, cuya prolongación carece ya de objeto, y vacío en la tierra, en el cielo y en el universo, porque ya no hay flores, ni perfumes, ni cánticos en el camino, ni explosiones de luz en el horizonte, ni serenas noches estrelladas allá arriba, confidentes del amor y de la ternura. La obra magnífica de Dios, que todo lo encantaba, conviértese de súbito en oquedad espantosa, donde nada brilla, ha-

bla ni suena, como si, destruídas todas las cosas, hubiesen tornado al caos de donde salieron. El alma de Anita se sintió rodando por un abismo de sombras, cuando comenzaban a dorar sus alas de paloma los esplendores del cielo, y, sumida en aquella oscuridad y en aquel silencio de las cosas, tuvo miedo de la vida.

El rumor de sus gemidos atrajo la presencia de doña Carlota, quien, olvidada de su jaqueca, acudió solícita a consolar a la pobre criatura.

—No llores, hija, la decía; mira, no seas tontuela.

—¡Cómo no, mamá, si todo acabó para mí!

—No, no ha acabado; ya verás como vienen días mejores.

—Es horrible este mundo; no sé para qué nació!

—Da mil gracias a Dios por haberte sacado a tiempo de un error funesto.

—Más hubiera valido no saber nada. ¿Para qué preguntamos tanto?

—Vamos, no te ofusques, niña. Considera que la misericordia de Dios ha bajado hasta nosotros, y que la Providencia ha venido a tenderte la mano. Hemos estado a la orilla del precipicio; un poco más, y tú y yo nos hubiéramos despeñado en él. Y, ¿qué hubiéramos hecho, mejor dicho, qué hubieras hecho tú si, casada ya, hubieras sabido al fin lo que hoy ya no ignoras? ¿Habrías podido sobrellevar situación tan amarga?

—¡No, eso no!

—Pues entonces, alégrate de lo que pasa. Tenía que venir el desengaño; era inevitable. Mejor antes que después.

—Sí, mejor ha sido así; pero ¡qué triste! ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Qué hago, madrecita?

—Dios dirá, hija mía, pónete en sus manos.

—¿Me perdonas lo que te he hecho sufrir con mis caprichos? Mucha razón tenías, mamá, perdóname.

—De todo corazón, hija mía; no llores tanto. Ahora vas a comenzar a ser fuerte.

—Yo creo que me voy a morir; más valdría que me muriera.

Anita continuaba inconsolable; lástima daba mirar su rostro exangüe, la dolorosa contracción de su pequeña boca, la rojez de sus ojos, en torno de los cuales habíanse oscurecido más y más las habituales ojeras, y la fatiga de su manso pecho, que se alzaba y deprimía a cada instante, movido por profundos sollozos. Doña Carlota le había tomado la rizada cabeza con ambas manos y la había reclinado sobre el seno, y acariciándola con vehemencia, le besaba la frente, a la vez que de ella apartaba el caído pelo de la melena.

Don Melchor, entretanto, no sabía qué hacer, pues al par que se creía culpable por haber descornado el velo de la verdad, comprendía que sobraba en medio de aquella escena; así que, después de unos instantes de vacilación, acercóse andando de puntillas a la madre y a la hija, hizo con la cabeza un movimiento de despedida a doña Carlota y murmuró al oído de Anita:

—Me duele el corazón de haberte causado tanto daño, perdóname, chiquilla.

Y con la misma precaución con que se había aproximado, se marchó, cerrando tras sí la puerta, como si hubiese salido de la alcoba de un enfermo.

Y siguió llorando mucho Anita, y continuó consolándola doña Carlota, y aquel patético coloquio se prolongó buen espacio, hasta que la joven, que era por extremo piadosa, se levantó para ir al oratorio, donde, luego de llegada, se postró de hinojos, rezó con fervor y continuó convertida en una Magdalena;

y después de haber desahogado su cuita con todo género de expansiones dolorosas, quejas y plegarias, fuese a encerrar a su alcoba, y allí permaneció solitaria, muda y sin hacer el menor ruido. Aquella misma tarde se dirigió a la parroquia del Espíritu Santo, y se confesó con el cura, manso y bienaventurado sacerdote de rostro ascético y amarillo, cabellera gris, humildes ojos y blando y persuasivo acento; y después de rezada la penitencia, tornó a su casa quejándose de frío y dolor de cabeza. Y se metió en la cama muy temprano, porque se sentía quebrantada.

—Efecto de la terrible impresión que ha sufrido, pensó doña Carlota; pero con la ayuda de Dios, ya pasará.

Y la arropó cuidadosamente, la hizo tomar una taza de tila, la acompañó gran parte de la noche, y no se separó de ella hasta dejarla profundamente dormida.

CAPITULO XXIV

EL TABARDILLO PINTADO.



EVANTÓSE Anita al día siguiente más blanca que una muerta, apagado el brillo de los ojos, muda, huraña y con expresión de profunda tristeza en el semblante. El malestar de la víspera continuaba: sacudimientos como de frío hacíanla temblar de pies a cabeza, creyó tener jaqueca, se arrebujó cuidadosamente en sus más gruesos abrigos y permaneció sentada en un sitial, con puertas y ventanas cerradas, porque no podía soportar la luz del sol. Y así continuó dos o tres días, creyendo ella y doña Carlota, que aquél trastorno provenía del choque nervioso causado por las revelaciones de don Melchor. Aguardaban ambas que el solo transcurso del tiempo traería consigo el alivio: mas no fué así, pues el malestar físico en vez de disminuir, fué aumentando de momento en momento, hasta que la hermosa paciente no pudo ya tenerse en pie, se metió en la cama, y fué preciso llamar al viejo doctor don Jerónimo Sagredo, que era el médico de la familia.

Sagredo sacó el reloj, tomó el pulso a la enferma, púsole el termómetro, examinó la lengua, e hizo nu-

merosas investigaciones. Y con alarma de doña Carlota, fué poniéndose más grave y serio a medida que examinaba y oía, como si hallase síntomas de cuidado.

—¿Ha observado usted, preguntó a doña Carlota, si la niña tiene manchas en la piel, como de picadura de insectos?

—Algunas le he visto, repuso la madre preocupada; pero me han parecido piquetes de esos mosquitos llamados zancudos, que por aquí abundan.

La buena señora buscaba medio de tranquilizarse, dando inocente explicación al fenómeno; sin embargo, fué preciso que don Jerónimo viese aquellos estigmas para formar juicio por sí mismo. Hízolo así, y halló sobre la blanquísima y sedosa piel del abdomen, una constelación de rubicundas manchitas, que habrían podido pasar inadvertidas para ojos menos expertos que los suyos. Sobre ellas aplicó la yema de los dedos y las oprimió suavemente, pero no desaparecieron; lo que le hizo mover la cabeza de un lado a otro en señal de desagrado. Una vez concluído el examen, subió las ropas de la joven hasta la barbilla, y callado y pensativo, salió de la estancia seguido de la ansiosa doña Carlota.

—¿Qué tiene mi hija, doctor?, preguntó ésta con inquietud.

—Mucho me temo, doña Carlota, que nos hallemos en presencia de un tabardillo pintado.

—¡Jesús, Jesús! exclamó doña Carlota cogiéndose la cabeza con ambas manos, ¡el tabardillo pintado!

—Seréne usted, señora mía, pues, aun suponiendo que así sea, dista mucho el caso de ser tan grave como lo supone. El tabardillo no es ya esencialmente mortal; la ciencia dispone de muchos recursos para combatirlo.

—¡Pobrecita hija mía! ¡pobrecita!

—Es cosa seria, sí, pero con la ayuda de Dios, saldremos triunfantes de la dificultad. La paciente es muy joven, de constitución robusta, aunque parece frágil, y no ha tenido nunca un padecimiento grave. Va usted a ver como todo pasa muy pronto.

—¿Me lo asegura usted, doctor?

—Cuenta usted con todo mi empeño. Entretanto hay que tomar precauciones. Hoy mismo avisaré al Consejo de Salubridad. Y mucho cuidado con todo... no necesito recomendarlo. Apartar las ropas de la enferma, no aproximarse a ella con el estómago vacío, oler alcanfor, tener todo muy limpio: la enfermedad es miasmática y contagiosa. Debe fumigarse el cuarto con cloruro.

El doctor Sagredo estaba chapado a la antigua, por ser anciano, y profesaba teorías retardadas; pero no era misonista ni enemigo de progresar. Practicaba la asepsia y la antisepsia escrupulosamente, y no hacía punto de amor propio el defender los sistemas viejos. En el presente caso, no obstante, obró conforme a lo que siempre había hecho, y siguió el tratamiento de rutina, pues tenía la persuasión de que el contagio de la enfermedad podía provenir del contacto directo con los enfermos, o con las prendas de su uso personal, o por respirar el mismo ambiente que ellos. Como quiera que fuese, el Consejo tuvo conocimiento del caso, y mandó fijar cédulas en la puerta de la casa, prohibiendo la entrada a personas que no fuesen de la familia, o médicos, enfermeros y sacerdotes. Y el aislamiento y el silencio, con su tristeza y alarma naturales, reinaron de allí a poco en aquella mansión antes tan visitada y alegre.

Pronto, al notar las precauciones que con ella se

tomaban, y la seriedad de los rostros, dióse cuenta Anita de la naturaleza de su dolencia, por lo que habló con doña Carlota de esta manera:

—Madre, ya sé lo que tengo.

—Calentura, hija, eso es lo que tienes.

—Tabardillo pintado.

—No lo creas, no es eso.

—No me cabe duda. El doctor me halló manchas rojas en el vientre; pero no tengas cuidado; ni me alarmo, ni me pesa. Si me muero, tanto mejor.

—¿Y me dejas, quieres dejarme, cuando eres lo único que tengo sobre la tierra?

Y doña Carlota se llevó el pañuelo a los ojos sin poder disimular la emoción.

—No, yo no lo deseo, será lo que Dios quiera; me conformo con su santa voluntad. Ojalá no nos separemos, dispénsame...

Siguió a este breve coloquio una calurosa efusión de caricias que madre e hija cambiaron entre sí, sin que a doña Carlota preocupase en lo más mínimo el temor del contagio, como madre cariñosa que era.

—Bueno, mamá, por sí o por nó, voy a hacerte mis encargos desde ahora; no por eso me he de morir, pues arriba está Quien todo lo dispone. Pero puedo perder el conocimiento y quiero dejar arregladas mis cosas.

Calló la madre en señal de resignación, y continuó hablando la paciente:

—No quiero que me corten el pelo. Aunque lo ordene el doctor, tú te opones. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo, Anita... si llega el caso, que no llegará.

—Sí, va a llegar, y pronto, porque me duele horriblemente la cabeza y va aumentando la fiebre...

Me siento como abrasada. Bueno, después de eso, te recomiendo que no dejes a Cheno entrar en mi pieza, si llega a venir de San Víctor.

—De eso sí puedes estar segura, no entrará para nada.

—¡Cuánto te lo agradezco! Ahora dame recado de escribir.

—¿Para qué, Anita?

—Ya lo verás, mamá; voy a entregarte la carta.

—Pero si no podrás... va a hacerte daño....

—Es cuestión de un momento.

Doña Carlota, complaciente, llevó papel, pluma y tinta a su hija, y, además, un libro de lisa pasta para que le sirviese de pupitre. Así pudo la joven, incorporándose penosamente, trazar los siguientes renglones:

“CHENO:

Rechazo tu proposición. Lo he pensado bien. Mi resolución es irrevocable.

Tu prima

ANA”.

Puso luego el papel en manos de la madre y se dejó caer sobre las almohadas, anonadada por el esfuerzo. Doña Carlota calló para no lastimar la herida recién abierta.

—¿Me prometes hacerla llegar a su destino, madrecita?, preguntó la joven con acento dolorido.

—Lo haré como lo desees.

—Ahora no hay ya para qué pensar en esas cosas..., sino en otras más graves. Manda llamar al señor cura, quiero reconciliarme... no sea que venga el delirio.

Poco después llegó el párroco, y Anita se confesó con gran detenimiento y fervor. En seguida, le fué

administrado el Viático por el mismo sacerdote, y, aunque el caso no lo requería, a ruego de la enferma, se le pusieron también los Santos Oleos. Así quedó preparada para la muerte. Actos solemnes y tristes fueron aquellos, que hicieron derramar llanto a cuantos los presenciaron, y enloquecer casi de dolor a doña Carlota, que daba ya por perdida a su amada y única hija. Muy luego se vió que a tiempo se habían tomado esas medidas, porque pocas horas después, comenzó Anita a perder el sentido y a delirar. Confundiéronse sus ideas, miraba rostros desconocidos, pedía objetos que no había menester y respondía a preguntas que nadie le dirigía.

—Mamá, mamá, decía, ¡que no entre, que no entre! Y nadie entraba en aquellos momentos.

—¿Quién, hija?, preguntaba consternada doña Carlota.

—El, mamá, es él, ¿no le conoces?

—Serénate, hija mía, que no está aquí.

—¿De veras?

—Sí, como lo oyes.

—Tienes razón; es que comienzo a perder la razón. Dispénsame.

Pasaban algunos momentos de calma y hablaba de nuevo:

—Quiero la falda azul, ésta no me agrada. Dénme la falda azul... ¿No ven que se la comen los ratones?

Nuevo silencio y nueva divagación:

—¡Cuántas mujeres! ¡Y qué feas! ¿Cómo pudieron gustarle?... ¿Y esos niños... Míralos, madre..., son muchos... ¿Como cuántos serán? Cuéntalos tú, yo no puedo; me duele mucho la cabeza. ¡Déjenme dormir; no puedo, no puedo!

Y se revolvía en el lecho llena de inquietud, con el rostro inflamado, brillante la mirada, áridos los labios y tan seca la lengua, que apenas podía moverla dentro de la boca.

Atribuladísima la madre, cargaba a la cuenta de las maldades de su sobrino aquella calamidad.

—Ese mal hombre, se decía, tiene la culpa de todo; si mi hija se muere, suya será la responsabilidad, porque él será quien la mate. Señor, Señor, ten piedad de mí, no te la lleves; mira que es lo único que tengo en el mundo, y que si me la quitas, no habrá ya quien me consuele. Descarga tu santa ira sobre el verdadero criminal: no sobre su infeliz víctima.

Y nadie le quitaba de la cabeza, que Cheno era quien mataba a Anita, y que por causa suya había caído en la cama. La fiebre había nacido del dolor; del corazón había pasado a la cabeza, y después a la sangre. En fin, ella profesaba sus teorías y todo se lo explicaba de una manera tan clara como la luz.

Mas también debe decirse, en obsequio de la verdad, que, por aquellos días, hubo inusitada aglomeración de soldados en la ciudad, con motivo de acontecimientos revolucionarios, y que la tropa venía tan sucia y harapienta, que todo Méjico olió mal después de su arribo. No siendo suficientes los cuarteles para alojarla, instalóse en calles, plazás y jardines, como en paraderos o *caravansérails* orientales, al aire libre, y allí reposaba, cocinaba y dormía con sus mujeres y prole, haciendo lecho del duro cemento o del húmedo césped. Y sucedió que, poco tiempo después de aquella irrupción emponzoñada, comenzó a desarrollarse en la metrópoli la fiebre llamada de los hospitales y de los cuarteles, y se infestaron todos los barrios de Méjico, desde los más céntricos hasta los más aparta-

dos, y cundió por todas partes el pánico, y morían las gentes a porrillo, pobres y ricos, viejos y jóvenes, especialmente pobres y viejos. El Consejo de Salubridad entró en acción; fueron visitadas las habitaciones, entregados al fuego petates, colchones y muebles viejos; regados con petróleo charcos y aguas estancadas; establecidos lazaretos; arrancados de sus casas los enfermos que por inopia no podían ser atendidos por galenos responsables; y ordenada la clausura de teatros, cinematógrafos y templos. En aquellos días de intensísima alarma, se discutió largamente acerca del vehículo del contagio, y después de mucho disertar en público y en lo privado, se llegó a la conclusión de que el tabardillo pintado se trasmitía por la picadura de ciertos parásitos; por lo cual fueron vistos con horror los pordioseros y toda suerte de gente sucia.

El doctor Sagredo emitió la opinión de que la joven había atrapado la fiebre en la iglesia del Espíritu Santo, adonde había concurrido la tarde misma en que comenzó a sentir alterada la salud, en razón de que la muchedumbre que a aquel templo asistía, no se recomendaba por su pulcritud, como formada en su mayor parte por gente de servicio o salida de los mercados, mugrienta y desgarrada, y por chicuelos descalzos, pringosos y cubiertos de andrajos. La explicación del facultativo tenía visos de acertada; pero jamás pudo entrar en la cabeza de doña Carlota que lo fuese, por lo que no se le quitaba de los labios el nombre de su sobrino para maldecirle.

Huyeron despavoridas casi todas las amistades de la familia Téllez, y muy contados fueron los amigos y amigas que continuaron visitando la casa. Entre los valientes y fieles figuraron don Melchor Covarrubias y la alegre Amparito, que no era tan frívola como lo

parecía. Covarrubias, que andaba frizando ya con los sesenta años, sabía bien a lo que se exponía con sus asiduidades, pues, según las tablas estadísticas publicadas por la prensa, habíase llegado a descubrir que todo viejo atacado por la epidemia, moría sin remedio; pero aquel buen señor profesaba una filosofía que algo tenía de fatalista, pues, según él, todos pasamos a nuestra hora a mejor vida, y solamente los pavos sucumben la víspera de las bodas. Así que entraba y salía por todas partes, sin el menor impedimento, y estaba siempre listo para prestar sus servicios, ya en el aposento de la enferma, o bien en el contiguo, donde quedaba de guardia para lo que pudiese ofrecerse: llamar al doctor, ir a la farmacia, o bien volar al centro de Méjico para comprar diferentes artículos y menesteres.

Amparo se había casado ya unos meses antes con su antiguo novio el capitán don Rodolfo Souza, y, como el sueldo que este apuesto joven disfrutaba no era suficiente para alquilar buena casa en la ciudad, y no había querido él ser gravoso a la familia de su mujer, que era acomodada, había ido a instalarse con su mujer en un pintoresco *chalet* ubicado a medio camino, entre Chapultepec y Tacubaya. El nido de amor de los recién casados, era sumamente limpio y alegre, y hasta un si es no es elegante, y sin más tacha o defecto que el de hallarse en despoblado y a peligro de ser visitado por malhechores. Pero como Souza era valiente y no muy tímida Amparo, no se preocupaban por aquel posible riesgo, y pasaban los días felices y tranquilos, sin abstenerse de hacer cuantas excursiones se les ofrecían, de día o de noche, ya a la capital, ya a los pueblos comarcanos. Muy frecuentemente se sentaban a la mesa de la familia Téllez, y la amistad que unía a

Anita y a Amparo, en vez de enfriarse se había tornado más cordial después del matrimonio. En la época a que nos referimos, habíase anunciado ya la venida de un niño al hogar de los jóvenes esposos, y era Amparo objeto de muy grandes cuidados y atenciones por parte del capitán; y la recién casada dejábase mimar y rodear de cariño, como si hubiese sido tierna criatura, incapaz de valerse por sí misma. Así que la luna de miel de aquella pareja, hízose más dulce y almibarada todavía con motivo del anhelado suceso, y Souza y su consorte apenas se separaban cuando los deberes llamaban al capitán a Méjico o al Colegio Militar, donde era profesor de Mecánica. Con todo, apenas supo Amparo que su querida amiga hallábase postrada en cama y atacada de un mal tan grave, trasladóse a la casa de Anita, y se convirtió en celosísima enfermera de la joven, sin reparar en los peligros a que se exponía. Y Souza mismo, a pesar de sus profundos y muy explicables celos, no sólo no puso obstáculo a la resolución de su compañera, sino que compartió con ella aquellos mismos cuidados.

No obstante, como la dolencia no daba momento de respiro y amenazaba prolongarse por algunos septenarios, fué preciso pedir el concurso de una Sierva de María, de una de esas santas mujeres que han venido a desempeñar en la República, el papel antes encomendado a las Hermanas de la Caridad, expulsadas del país por la pasión sectaria y demagógica. Son las Siervas, religiosas que no observan clausura, y prestan asistencia a los enfermos fuera del convento, lo mismo al pobre que al rico, radiantes de amor a Dios y de caridad para el prójimo. Españolas y campesinas las más de ellas, carecen de los refinamientos y las exigencias usuales en las religiosas de otras comuni-

dades, como la de las Damas del Sagrado Corazón, por ejemplo, que son instruídas, exquisitas y aristocráticas, e inspiran a la juventud femenina que educan, hábitos y gustos por extremo selectos y costosos. Mas las Siervas, a pesar de su simplicidad e ignorancia, hacen el oficio de ángeles consoladores en los hogares que sufren, y poseen esa ciencia sobrenatural, que tanto eleva a la humana criatura y se llama caridad o amor al prójimo.

Instalada Sor Sagrario, que así se llamaba la religiosa, en la casa de la señora Téllez, dividióse el cuidado de la enferma de manera que no recayese por completo en una sola persona; así que doña Carlota y Amparo se hacían cargo de Anita desde la aurora hasta el oscurecer de cada día, y entraba en funciones la Sierva desde el crepúsculo vespertino hasta el matutino. Aquella distribución de trabajos no era, con todo, tan rígida que no se diesen la mano entre sí las tres piadosas mujeres, pues doña Carlota apenas si dormía durante la noche: tenía el oído atento a todos los ruidos que del aposento de su hija salían, y a cada momento saltaba de la cama para acudir a la cabecera de la enferma. Amparo pasaba las noches en su casa; pero siempre que había crisis o se presentaba algún síntoma alarmante, prescindía de sus viajes a Chapultepec y de la compañía del capitán, para quedarse al lado de Anita y prestar ayuda a la Sierva y a doña Carlota.

El método curativo del doctor Sagredo consistió en el normal y acostumbrado por los mejores doctores; emético e ipecacuana, calomel, agua de tamarindos, quinina, vino generoso y sinapismos. Pero en vista de que la fiebre no cedía, y de que aumentaban la cefalalgia y el delirio, iba el facultativo a proceder a la

tonsura de la hermosa y rizada cabellera de Anita, cuando tropezó con la abierta e invencible oposición de doña Carlota, que era mujer de palabra y quería cumplir la que a su hija había empeñado.

—Usted sabe lo que hace, doña Carlota, observó don Jerónimo; pero le aseguro que me priva con su renuencia, de uno de los medios más eficaces que conozco para disminuir la intensidad de los alarmantes síntomas que han aparecido. Los fomentos de vinagre tibio en la frente y en la parte alta del cráneo, dan admirables resultados.

—Aplicúelos usted, doctor, nadie se opone a ello.

—Lo haré así, señora mía; pero desde ahora le anuncio que no van a producir todo el efecto que se desea, porque los lienzos empapados en el líquido fresco y reconfortante, no podrán obrar directamente sobre la piel sino al través de esa profusión de hermoso pelo que Dios ha concedido a la niña.

—Habrá que mojar bien la cabellera; a eso se reducirá todo.

—Y, por consecuencia, se mojarán almohadas, cojines y ropa; el lecho se convertirá en un verdadero lago.

—Ya remediaremos el inconveniente por medio de telas impermeables.

—Muy bien; la prescripción es ésta: ya sabrá usted cómo la aplica.

Mas fueron resultando inútiles esta y todas las prescripciones del doctor, y la enferma siguió peor todos los días, con gran desconsuelo del mismo don Jerónimo, terror de doña Carlota y consternación de cuantos rodeaban y querían a la interesante enferma. El día en que se cumplió el primer septenario, fué de terrible crisis: aumentó la fiebre a cuarenta y un gra-

dos, subió cruelmente la cefalalgia y el estado de intranquilidad y de fatiga tocó su punto máximo. Después de esas manifestaciones, vinieron otras terribles: convulsiones, gritos agudos, y, por fin, el estado comatoso, que parecía anuncio de la muerte. Hubo en la estancia carreras, sustos, prendimiento de velas benditas, llamamiento al confesor, absolución nueva, imposición de escapularios, concesión de indulgencias, y otras mil prácticas y novedades de la más triste e imponente naturaleza. Con todo, pasó el día séptimo, y la enferma ni sucumbió ni mejoró. El octavo, al comenzar el segundo septenario, amaneció Anita estupefacta, rígida, tendida boca arriba, con apariencia de difunta, y cuando solía abrir los congestionados ojos, clavábalos en los rostros de los circunstantes de una manera tan fija, que daba pavor. El doctor apeló en vano al cloral y a los bromuros, a la estriquina y a la cafeína; y, agotados sus recursos, comenzó a inquietarse y a perder confianza en sí mismo. Y como no era del número de los que prefieren cualquier desenlace a confesar su derrota, llamó aparte a la señora, y la habló de esta manera:

—Doña Carlota, debo confesar que la niña se nos ha puesto muy grave.

—Sí, doctor, así lo veo, repuso doña Carlota llorando a lágrima viva. ¿No hay esperanza?

—Puede haberla, pero no en mi pobre ciencia, porque ya eché mano de toda mi farmacopea. Y como soy hombre de corazón, y, además, sincero amigo de ustedes, no quiero cargar con la responsabilidad del caso.

—No comprendo lo que usted quiere decir, don Jerónimo.

—Mi propósito al solicitar esta entrevista, ha sido el de manifestar a usted que deseo ser asesorado en la

curación de la enferma por otro compañero. . . . el que usted guste. ¿Hay alguno que desee usted llamar de preferencia?

—A ninguno, doctor; sólo en usted tengo fe. . . . Llame usted a quien le parezca mejor; usted conoce bien a sus compañeros.

—¿De manera que me deja usted en libertad?

—Absoluta, doctor.

—En tal caso, voy a permitirme acudir al auxilio de un joven compañero mío de gran talento y dedicación, que está llamado a ser honra y prez de la Facultad Médica Mejicana. Me refiero al doctor don Ignacio Quintanar.

Doña Carlota hizo un movimiento de sorpresa. . . . Anita, como buena hija, habíala puesto al tanto de las pretensiones amorosas del joven, y sabía que Nacho, como en aquella casa se le llamaba, estaba resentido con la familia, por lo que no la visitaba ya. Don Jerónimo interpretó mal aquel movimiento, y creyéndole de reprobación, continuó hablando:

—No le haga usted ascos por su juventud, doña Carlota, pues aseguro a usted que, a pesar de andar frisando apenas con los treinta años, sabe más de medicina que yo y que otros más viejos que yo. No son los años los que dan talento, sino sólo Dios, y Quintanar lo tiene y muy sobrado.

—No me opongo, don Jerónimo, ¿por qué supone usted otra cosa?

—Me pareció ver en el rostro de usted cierta expresión de desagrado al escuchar su nombre.

—De ninguna manera. Lo que pasó fué que me sorprendió la elección de usted, porque me había acostumbrado a ver a Nacho sólo como joven de sociedad,

y nunca se me había ocurrido considerarle como médico, ni menos de ese fuste e importancia.

—Y muy alta que la tiene. Ahora, vea usted: a sus ordinarias facultades y conocimientos, aduna en el presente caso, la circunstancia de ser especialista para el tratamiento del tabardillo pintado. Hace poco presentó a nuestra Academia un estudio muy notable, en el cual nos habla de haber descubierto un suero antitifoideo de eficacia extrema, que le ha dado en la práctica maravillosos resultados. Es suero canil el que prepara y usa, y, a juzgar por las estadísticas que ha puesto a nuestra vista, constituye el antídoto por largos años buscado contra ese terrible azote de la humanidad. Oyó la Academia la lectura con interés y mandó pasar a comisión el informe para que fuese estudiado; pero surgieron luego las envidias que de rúbrica son en tales casos, y el dictamen que recayó a trabajo tan concienzudo, fué injusto y apasionado. Contestó él con razones muy buenas y acertadas las objeciones que se le hicieron; pero no por eso fué escuchado, y su descubrimiento no obtuvo el premio que merecía, y ha quedado sin el prestigio de la sanción que aquel Cuerpo hubiera debido otorgarle. Pero sé que Quintanar no ha perdido ánimos y sigue perfeccionando su invento y salvando a los enfermos que en sus manos se ponen, de una muerte segura y dolorosa.

—Me place escuchar lo que usted me dice, don Jerónimo, porque hace renacer en mi acongojado corazón la esperanza de que mi adorada hija no sucumba.

—¿De suerte que está usted conforme? ¿Admite la seroterapia como tratamiento del tabardillo?

—Ya contesté que sí. Ahora agregó únicamente la precisa condición de que continúe usted siendo el

médico de cabecera de Anita, aunque le ayude el doctor que ha elegido.

—Gracias; ofrezco seguir viendo a la niña como si tal cosa, y que todo se hará bajo mi responsabilidad de médico y de amigo.

—Pues entonces, que sea cuanto antes, si usted me hace el favor.

—Ahora mismo voy a ver al compañero.

Y en efecto, pasó luego don Jerónimo a la casa de Quintanar, a quien halló en el consultorio, lo que fué gran fortuna, pues consagraba la primera parte del día a sus visitas, y sólo por la tarde permanecía en su domicilio para atender a la clientela. En cuanto el joven se enteró de lo que se trataba, turbóse de manera visible, y nada respondió de pronto. Tiempo hacía no ponía el pie en la casa de doña Carlota, y había suspendido sus asiduidades cerca de Anita, porque a sus oídos habían llegado rumores de que Chenó la pretendía, y de que la joven no había rechazado de plano sus proposiciones. Como a él también (Quintanar) le tenía pendiente, habíase formado concepto poco favorable de la rectitud y lealtad de su amada, y se había creído víctima de las malas artes de una coqueta hipócrita que, bajo apariencias de moderación y dulzura, ocultaba falsedad despiadada; y era capaz de jugar con el destino y con el corazón de sus enamorados, como se juega con materia inerte y despreciable. Protestaba su alma rendida de pasión contra juicio tan adverso y desconsolador; pero su amor propio ofendido y su dignidad ultrajada elevaban la voz a su vez para condenar a Anita, y, por ese medio, afligido por interna y dolorosa lucha, habíase abstenido de continuar viendo y cortejando a la joven, y se mantenía en

observación y a la capa para ver qué sesgo tomaban las cosas.

Sorprendió en gran manera a don Jerónimo la turbación de su colega, y, estimando ser efecto de la contrariedad que la solicitud de auxilio le causaba, estimó conveniente decirle:

—Reflexione usted, compañero, que se trata de un caso grave, que he agotado toda mi terapéutica, que no tengo recurso ya de qué echar mano, y que, si usted no me da la suya, perecerá la enferma sin remedio. . . . Porque, haciendo a un lado falsas modestias, creo que no hay en Méjico un solo médico que pueda indicarme un tratamiento mejor que el mío, dentro de nuestros métodos admitidos y consagrados. . . . Solamente usted, que ha hecho ese descubrimiento magnífico de la seroterapia para combatir eficazmente el tabardillo pintado, podrá sacarme del apuro, salvar a esa preciosa criatura y evitar a una madre desolada el dolor de perder a su adorada hija.

—¡Líbreme Dios, repuso Nacho un tanto repuesto de la emoción, de la más leve idea de negar mi pobre concurso! Estoy enteramente a las órdenes de usted.

—No esperaba menos de su bondad. En tal caso, no tenemos tiempo que perder. Es urgente administrar luego la medicina. A la puerta nos espera mi auto.

—Pues andando, repuso Quintanar. Casualmente tengo suero preparado. . . . Aquí está la jeringuilla.

Mientras hablaba, abría cajones de su pupitre y sacaba pomos y cajitas; así que en un santiamén quedaron hechos los preparativos. Corriendo bajaron las escaleras los dos colegas, tomaron asiento en el Protos y partieron.

No pretendemos describir la punzante sorpresa que el joven doctor experimentó ante el doloroso cuadro que presentaban Anita inconsciente y como difunta,

vuelta un mar de lágrimas doña Carlota, y consternados, amigos, enfermeras y servidumbre; nos limitamos a decir que sintió como una puñalada en el pecho, y que, trémulo, exangüe e invocando el nombre de Dios para que le ayudase, se dió prisa a aplicar la primera inyección del suero canil.

—El cielo nos ayudará, señora, articuló con los labios secos, dirigiéndose a doña Carlota al enderezarse. Volveré mañana para aplicar la segunda curación. ¿Cuál es la temperatura de hoy?

—La misma de ayer, repuso don Jerónimo, cuarenta y un grados; no ha querido ceder la fiebre por más diligencias que he empleado,

—Veamos ahora el pulso, continuó Quintanar tomando el de la enferma y consultando su cronómetro.

Pasados unos instantes continuó:

—Muy débil y frecuente: ciento veinte pulsaciones por minuto.

—Sí, anda desconcertado el corazón; es un peligro muy serio, repuso por lo bajo don Jerónimo. Inútiles han sido mis esfuerzos; las inyecciones tónicas no han podido remediar nada.

—Veremos, veremos el efecto del suero; ojalá mi intervención no resulte infructuosa, suspiró Quintanar con rostro demudado.

Diciendo así, echó el joven doctor una mirada tan tierna y consternada a la inmóvil e insensible Anita, que conmovió a los circunstantes. A poco se despidieron los galenos, y la situación continuó inalterable durante la noche. Al presentarse don Jerónimo la mañana siguiente, halló el mismo cuadro de la víspera, y se sintió profundamente desconsolado; pero guardó silencio. Doña Carlota, con todo, adivinó el desaliento de Sagredo, y casi perdió el juicio de desesperación. Así pasaron veinticuatro horas.

No obstante, cuando Quintanar se presentó aquella tarde, según lo ofrecido, comenzaban a aparecer algunos síntomas favorables. Principiaba a removerse Anita en el lecho, y parecía irse dando cuenta de las personas y los objetos que la rodeaban. Radiante de alegría Quintanar, aplicó la segunda inyección, dió aliento a doña Carlota, charló un rato con don Jerónimo en la pieza contigua, y se marchó lleno de esperanzas. Las cuales no salieron defraudadas, por cierto, pues al siguiente día, halló a la enferma bastante mejorada: tranquila, sin dolor de cabeza, dando señales de mayor conciencia de sus actos, con vigor e isocronismo en el pulso, y con temperatura más baja que los días precedentes. El caso parecía estupendo, porque, habiéndose suspendido por completo el tratamiento de Sagredo, no había razón para atribuir la mejoría a otra causa que no fuese el suero inyectado.

Y todo fué caminando mejor y mejor, desde aquel día en adelante, hasta que el onceavo, a contar de aquel en que cayó en cama la enferma, desapareció todo peligro. Amaneció radiante la mañana, no había nubes en el horizonte, mostrábase diáfano y sereno el inmenso azul de los cielos, y al bienhechor influjo de los dorados rayos del sol, levantábase las abatidas frondas de los árboles, chispeaban las gotas de rocío en la esmeralda de las hojas, parecían más brillantes los matices de los botones y de las abiertas corolas, acendrábase el perfume de las flores y difundíanse júbilo y vida por dondequiera. Bandadas de pájaros piaban y saltaban soltando acordados arpegios desde los tupidos hoscajes de la alameda, y por la entreabierta ventana del cuarto de Anita, entraban, a la vez, la claridad radiosa del astro del día, trinos y gorgoros, frescas ráfagas y balsámicos olores. Casi al

mismo tiempo que la naturaleza despertó de la pesadilla de noblazonas, lluvia y tristeza que los días precedentes la habían embargado, tornó el espíritu de Anita a la lucidez y al embeleso de una crisis triunfal, y se dejó arrebatarse por el encanto de aquel risueño despertar a la vida, que parecía como anegada en la gloria de una magnífica apoteosis. Miraba los rayos del sol que doraban y calentaban las blancas ropas de su lecho, como un milagro de Dios, y se extasiaba contemplando las vueltas y giros que daban las briznas del ambiente polvillo atmosférico en aquellas ráfagas luminosas, a la vez que aspiraba con delicia los efluvios que del contiguo parque venían, impregnados de suavísimas y puras esencias. Y el coro de las aves que celebraba su retorno al existir, y que, envuelto en nuevas promesas para lo futuro a sus oídos llegaba, imprimía a su corazón un vigor nuevo para seguir latiendo y esperando.

Poco después de aquel plácido despertar, llegaron los doctores a hacer la visita matutina. Ambos sintieron alegría infinita: Sagredo por ver en salvo a aquella joven a quien tanto amaba, porque la había visto nacer y era vástago de una de sus familias predilectas, y Quintanar por el doble motivo de ver a su amada rediviva y triunfante su admirable invento, aquel específico destinado a salvar tantas existencias de las garras de la muerte. Doña Carlota, loca de alegría, recibió a los médicos con ambas manos tendidas hacia ellos, y Amparo, que era impetuosa en todas sus acciones, batiendo palmas y lanzando vivas de contento; y hasta intentó dar una buena zapateada en la alfombra, a pesar de su situación interesante, lo que no pudo poner por obra, porque doña Carlota la

contuvo, diciéndole que tuviese más juicio y no fuese tan aniñada.

Aunque Anita había comenzado a darse cuenta de la presencia de Nacho durante los días de su gravedad, había sido de manera tan confusa, que no le había causado impresión; pero aquella mañana, después de recobrada la claridad de su visión física y espiritual, entró en el pleno y rápido conocimiento de todo....

—¡Albricias!, exclamó don Jerónimo con acento aflautado; ahora sí podemos decir que está ganada la partida. Ha hecho crisis la enfermedad; ha desaparecido el peligro.

—Gracias sean dadas a Dios primeramente, repuso doña Carlota con profunda emoción, y después de El, a ustedes, señores doctores, que han salvado la vida de mi hija... y también la mía, porque yo no hubiera sobrevivido.

—Vamos, es preciso ser justos, objetó Sagredo. La verdad es que quien ha realizado el prodigio (porque maravillosa ha sido esta curación) ha sido el compañero Quintanar, que está aquí presente.

—No diga usted eso, observó el aludido con visible cortedad; tiene razón la señora.

—Sí la tiene, continuó don Jerónimo, en el caso de que la buena voluntad, el deseo vehemente, el cariño entrañable, puedan ser medios curativos; nó, si se atiende a mi pobre ciencia médica, que en esta ocasión resultó dolorosamente derrotada. La seroterapia, doña Carlota, la seroterapia, Anita, la seroterapia ha hecho este milagro; y ese específico y su habilísima aplicación pertenecen al compañero Quintanar. A él de derecho corresponden la alegría de esta resurrección y la gloria de este triunfo.

CAPITULO XXV

CONVALECER



UANDO cayó en cama Anita, parecieron tocar a rebato sus entrañas, ardió su sangre, oscurecióse el cerebro, y veía, oía y entendía confusamente, como si la envolviese una atmósfera caliginosa. Todavía conservaba un poco de conciencia, cuando había perdido ya la voluntad para gobernar sus pensamientos. Si la hubiesen dicho que se hundía la casa, que bamboleaba el mundo y que las estrellas caían como gotas de lluvia, no hubiera levantado la cabeza para contemplar el espectáculo, ni movido los pies para huir del peligro. La ruina, el desplome, la trompeta del juicio final, teníalos dentro de sí misma, y aquel estrépito interior, no la dejaba percibir el de ningún otro fracaso. Tenazas de hierro le oprimían el cráneo, lancinantes dolores le trituraban los huesos, plomo derretido circulaba por sus arterias, y el corazón, vuelto loco, le martillaba las sienas y casi la ensordecía. Iban y venían las horas en medio de aquella congoja, y nada cortaba la monotonía del sufrimiento. No caía siquiera una gota de frescura en su seca y ardorosa lengua. Habíale parecido que aquello no podía durar, que le

faltaría la resistencia y que de un momento a otro iba a romperse algo en su organismo: un resorte, un vaso, una cuerda, algo muy íntimo y esencial que precipitase el desenlace; y que iba a evaporarse su vida como ferviente licor que no cabe en su envoltura, y la rompe y destroza para difundirse por el espacio.

Luego, a la hora menos pensada, había cesado hasta la misma lucha. Ni siquiera había podido pensar que se hubiese muerto. No se daba cuenta ya de su estado, había perdido la conciencia de sus dolores. Mas, paralizada su vida exterior, seguía viviendo por la parte de adentro. Aquel ser exánime, rígido como un cadáver, tenía alucinaciones secretas. Por su cerebro oscurecido vagaban visiones infinitas. Nadie hubiera sospechado que bajo inercia tan absoluta, bullesse un torbellino de imágenes, volasen bandadas de impresiones, y fermentasen doloridos sentimientos. La dolencia que había podido encadenar los movimientos del cuerpo, no había logrado paralizar las actividades de su parte psíquica.

Herida por la fiebre en los momentos precisos del desengaño, continuaba bajo el peso del mismo dolor; su imaginación, como proyectil lanzado en el vacío, seguía la trayectoria inicial y hacía interminable la línea fulgurante.

Bolaños, por de contado, figuraba en todas sus visiones; pero ya no circuido por halo de ilusión, como en otros días, sino en medio de una atmósfera de espanto.

Su primo era un negrero de los antiguos tiempos. ¿Por qué tenía tan mal corazón? ¿Por qué no se apiadaba de los pobres? ¿No sabía que eran sus hermanos? ¿Ignoraba que todos somos hijos de Dios?

¡Y aquellos niños! *Todos eran de él.* ¡Pobrecillos!

Habían sido echados al mundo como inmundos cachorrillos, al haz de la tierra, clandestinamente, con vergüenza y menosprecio. Les tenía compasión, pero le lastimaban la vista; sentía que nunca podría acariciarlos.

¿Cómo eran esas mujeres? ¿Seductoras? ¿Irresistibles? No, sino feas y repulsivas. Su primo era hombre bien nacido y se había rozado siempre con personas distinguidas. ¿Cómo había podido entrar en sociedad con aquellas criaturas?

Su alma de virgen inocente no podía penetrar ese misterio; se encogía y acurrucaba en los repliegues de su blanca conciencia, cubriéndose el rostro con las alas para no seguir contemplando la escena.

En medio de aquel torbellino de punzantes emociones, sus ideas habían acabado por sufrir un cambio radical. Su primo Cheno, aquel héroe de leyenda a quien había levantado un altar en el santuario de su pecho, había caído del nicho como ídolo falso, y había quedado convertido en polvo. Anita no sentía dolor por haber perdido su cariño, no estaba celosa, no le tenía rencor; simplemente se asombraba de haberle querido alguna vez, de no haberle conocido a fondo. ¡Oh, si hubiese sabido quién era desde un principio! Ni siquiera hubiese admitido el contacto de su mano. Pero siempre le había visto a una luz falsa. Sabía que era galán y aventurero, mas no le juzgaba tan malo. Si hubiera tenido amores con mujeres de buena sociedad, tal vez se hubiese sentido celosa, y hubiera podido perdonar; pero iarrastrarse así, descender tanto, tanto! No, eso no merecía más que desdén. Y eso fué precisamente lo que sintió al fin Anita, después de tantos análisis desgarradores: desilusión, desencanto, desvío eterno e irremediable.

Así la crisis física de la joven, comprendió en su favorable desenlace, la de su parte espiritual, y, durante aquellos días de martirio en que había parecido difunta, había desenredado para siempre la enmarañada madeja de sus sentimientos, y por medio de aquel trabajo misterioso de que sólo Dios fué testigo, había logrado arrancar de su alma un sentimiento parasitario que, aunque había vivido con ella, carecía de raíces para sostenerse. Su curación, pues, su salvación, mejor dicho, fué radical y doble.

Al fin, una atmósfera de suavidad había soplado sobre su rostro y la había confortado. Un poder misterioso había quitado de su frente la corona de candente hierro que la ceñía, refrescado su sangre, desentumecido sus miembros y libertado su pecho del peso que le sofocaba. A la estertorosa fatiga había seguido el manso ritmo de la respiración, y al abrir los ojos, había comenzado a reconocer rostros y objetos y a recordar los hechos pasados.

¿No había muerto? ¿Era sueño o realidad lo que veía? ¿Cómo había podido salir de aquel antro de sufrimiento y de tinieblas donde había caído? ¿Quién la había sacado de él? ¿Qué elixir maravilloso o qué poder soberano había logrado arrancarla de las garras de la destrucción?

Y fué aquella hermosa mañana que dejamos descrita, cuando, después de haber vagado sus ideas y sus miradas por los limbos de la inconsciencia, había acabado por fijarse en el cariñoso grupo que la rodeaba, y por comprender que había vuelto a la vida.

Cuando tornó a la razón, se sintió como renovada; era otra, más joven, más ligera y alegre que antes de la enfermedad. Parecía que un peso enorme se le había quitado del corazón. Al constante sobresalto, a

la perenne preocupación de otros tiempos, había sucedido el descanso, el divino descanso del pensamiento. Había en su alma una serena quietud, semejante a la de los lagos tranquilos que retratan el cielo.

Parecía haber vuelto a la primera edad; dejábase cuidar y querer con inocente abandono, y todos la mimaban y consentían como si hubiese vuelto a la infancia.

Todo lo hallaba más hermoso y risueño que nunca, como si los ángeles hubiesen atizado la hoguera del sol con celestial combustible de ilusiones y de ensueños. Contemplado el mundo a ese dulce fulgor, era un sublime paraíso. El cielo azul turquí, como mar trasparente, esplendía allá arriba como un inmenso zafiro, y las blancas nubecillas y los ligeros vapores que vagaban por la atmósfera, eran velas encantadas que surcaban la inmensidad en viajes de misterio.

Las montañas cuyas crestas ondulaban en el horizonte, la Mujer Blanca, la Montaña Humeante, parecían moles hieráticas levantadas por titanes reverentes para rendir homenaje a la divinidad; y empenachadas de perpétua nieve, chispeaban como inmensos hacinaamientos de plata, ya fuese que la aurora las ciñese de rosas, o que les aplicase su tea de incendio el crepúsculo vespertino.

El verdor de los árboles era más tierno ahora; su follaje más espeso, más pintorescas y artísticas sus frondas. Al cabecear movidos por el viento, producían rumores bucólicos, y barrían y limpiaban el espacio con sus enormes plumeros de esmeralda.

Creía haber sido amante de las flores; y ahora descubría que no las había admirado bastante. ¡Cuán bellas eran! Las rosas, enormes, de suave color de aurora, se le antojaban el emblema de la juventud;

las azucenas blancas, alongadas y gráciles, eran vasos de pureza ofrecidos por la tierra al rocío de los cielos; los jazmines trepadores habían sido criados para servir de marco y cortina a románticas ventanas; los rojos claveles simulaban rosetas de honor destinadas a solapas de bravos caballeros; las menudas violetas color de mar sorrentino, le hablaban de mansas virtudes y de dulces y castos misterios.

Y así también, los perfumes que de aquellos vivientes pebeteros se escapaban, ofrecían a su olfato exquisitas sensaciones, que la hacían caer en la suave embriaguez de los pensiles.

En medio de esa fiesta de colores y perfumes, llegaban las voces de la naturaleza a hacer más completo y profundo el arrobó; porque el viento que entonaba himnos grandiosos entre los grandes árboles de la alameda, murmuraba suaves cavatinas en los cristales de su ventana; y los pajarillos que vivían en los palacios de las frondas, le llenaban el corazón de alegría con sus trinos y arpegios; y no había nada que más la encantase, que oír su algarabía musical a la madrugada, cuando aun no había dejado el lecho, porque se hacía la ilusión de que aquellos trovadores alados iban de intento a despertarla con su acordada garrulería.

Habían renacido en su alma los ensueños. Irisadas ilusiones llenaban de fulgor sus horizontes; la esperanza la llamaba desde lejos con voces misteriosas, y desconocidos anhelos dibujaban en el espacio nuevas *vias lácteas* por donde se paseaban los ángeles.

La segunda vida que Dios le había dado, era como una alba pura, anuncio de un radiante amanecer. Pasaba las horas absorta pensando no sabía qué, sumida en deliciosas embriagueces, y su madre que la contemplaba, solía preguntarle:

—¿Qué tienes, Anita?, ¿por qué no hablas?

A lo que ella respondía:

—Madre, no sé lo que me pasa; estoy pensando.

—¿En qué piensas?

—En mi vida.

—¿Qué piensas de tu vida?

—Que tengo muchas esperanzas.

—¿De qué?

—No lo puedo explicar.

Doña Carlota se llenaba de contento al oír tales razones y hasta procuraba no despertar a su hija de aquel suave somnambulismo. No había para ella nada más dulce que observar los progresos de tan serena convalecencia.

Con asombro había echado de ver, además, que Anita no esquivaba hablar de Cheno, y no se alteraba en lo más mínimo cuando por acaso sonaba su nombre en la conversación. La buena señora seguía creyendo que su terrible sobrino, que había estado a punto de matar a Anita, podría volver a dañarla mucho cualquier día con su candente recuerdo; y abrigaba serios temores de que aquella extraña serenidad fuese producto de bien calculado disimulo y el velo engañoso de un incurable despecho. Ignoraba que la enfermedad de Anita había sido mortal para aquella pasión sombría.

Los doctores que habían asistido a la enferma, seguían impartiendo sus cuidados, la visitaban dos veces al día, y, so pretexto de solicitud facultativa, formaban tertulia en su casa todas las noches. Quintanar, sin embargo, guardaba porfiada reserva respecto de sus asuntos particulares, y procuraba ceñirse escrupulosamente a su papel de simple galeno. No alcanzaba a explicarse todavía cómo la joven, siendo

tan leal y discreta, había podido seguir sin escrúpulo un doble juego. No sabía que las mujeres, por instinto, saben mucho de gramática parda, y que, en tratándose de asuntos del corazón, la más virtuosa de ellas sería capaz de dar lecciones de diplomacia, no sólo a Luis XI de Francia y a don Fernando el Católico, sino al mismo Príncipe de Maquiavelo.

Anita había sentido la voluntad realmente dividida entre Bolaños y Quintanar: había amado al primero y estimado al segundo. Por instinto se inclinaba a aquél, por lo que tenía de varonil y fuerte; pero el raciocinio la hacía reflexionar que Nacho la quería más y era más digno de ser querido. Su determinación era firme: estaba resuelta a casarse con alguno de los dos; pero guardaba la suprema elección para la última hora.

Quintanar no hubiera vuelto a poner los pies en la casa del Pino, a no haberse presentado el inesperado suceso de la fiebre. Propúsose entonces cumplir su deber profesional, y retirarse para siempre a la llegada de la salud. Pero había sido tan dulce para él tornar al trato de Anita, estar cerca de ella, contemplar su diáfana hermosura y escuchar su blando acento, que había ido aplazando de un día para otro el instante de su desaparición. Tenía pensado no aclarar nada, sino suprimir sus visitas el día menos pensado, y salir de la casa de la familia para no volver más a ella. Pero su espíritu cobarde posponía continuamente la fecha de la definitiva deserción, diciéndose a sí mismo, como los pecadores empedernidos: ¡ya será mañana! Y ese mañana que parecía tan próximo, iba quedando indefinidamente relegado a un tiempo vago, que se esfumaba y perdía en la inmensidad del horizonte. Sobrábanle pretextos para acu-

dir al lado de Anita, unas veces porque la veía muy pálida, otras porque le parecía bastante ojerosa, y había tomado la costumbre de acompañarla todas las mañanas en su paseo por la alameda, creyendo hacer obra de enfermero.

Un día, no obstante, después de haber pasado una noche de insomnio, tomó la resolución de poner fin a aquel violento estado de cosas, y sin reflexionarlo mucho para no flaquear, montó en su auto y se dirigió a la casa del Pino. Madre e hija se hallaban en la sala, sentadas junto a la ventana. Anita ocupaba un amplio sillal, rodeada de almohadones y cojines y arropada de las rodillas a los pies por una hermosa manta de colores vivos; doña Carlota un sillón próximo, y leía en voz alta, en tanto que la joven al través de los cristales, contemplaba los árboles del parque, miraba el cielo y se deleitaba siguiendo con los ojos el vuelo de las nubes.

—Así me gusta, doctor, díjole al verle doña Carlota tendiéndole la mano. Ahora viene usted más temprano.

Anita hizo un movimiento para levantarse.

—¿Es ya la hora de nuestro paseo?, preguntó.

—No, todavía no, repuso Quintanar un poco confuso. Tengo mucho que hacer este día; vengo a disculparme.

—¡Mire qué contrariedad!, exclamó la señora. ¡Y mi hija que había preguntado ya varias veces por usted!

El disgusto de la joven era evidente.

—En ese caso, dijo, prefiero no salir ahora; ya será mañana.

—Ni mañana tampoco, prosiguió Nacho con voz trémula.

—¡Cómo! ¿Ni mañana? Pero, ¿por qué?, interrogó Anita más y más sorprendida.

—Porque me marcho.

—Pero, ¿a dónde?, interrogó doña Carlota desconcertada.

—A Buenos Aires, contestó Quintanar sin atreverse a mirar a su amada.

Anita se removió en el asiento y apoyó las manos en los brazos del sitial como si pretendiese enderezarse; pero antes de terminar el movimiento, se dejó caer sobre los almohadones. ¡Buenos Aires! ¡La Argentina! Todo lo había comprendido.

—¿Qué tienes, hija? ¿Qué te pasa?, preguntó doña Carlota acudiendo a su lado.

Anita se había puesto muy pálida y tosía nerviosamente.

—Nada, nada, decía agitando la diestra. Un polvillo que se me ha entrado por la garganta.

Quintanar acudió también, tomola el pulso, y, no sabiendo qué hacer, pensó que era bueno auscultarla. El corazón de la joven latía frenético en su estrecha cárcel, y alarmado el doctor, continuaba el examen con suma atención, cuando oyó que Anita murmuraba muy quedo a su oído:

—No se vaya, Nacho, no se vaya.

La emoción de Quintanar fué indecible. Sintió que toda la sangre del corazón le montaba a la cabeza, y oyó un extraño zumbido interior. Nada dijo y continuó inclinado maquinalmente.

—Aire, aire, exclamó doña Carlota. ¿No le parece, doctor, que abramos los cristales?

—Mejor será, contestó Quintanar ya repuesto y enderezándose, que llevemos a Anita a la alameda. El sol y el oxígeno de los árboles la harán mucho bien.

—Pero, ¡si está usted de prisa!

—No, bien puedo disponer de algún tiempo. Acompañaré a ustedes.

Iba a decir por última vez, pero no se atrevió. Anita seguía tosiendo.

—Vamos, hija.

—Vamos, Anita.

La joven se levantó lentamente ayudada por la madre y el doctor, y todos tres salieron en grupo de la casa. Apenas habían cruzado la calle, percibieron a la señora Stephenson sentada a la sombra de un árbol en un banco del parque. Se levantó presurosa y salió al encuentro de los recién llegados.

—¡Oh, señora Télez!, exclamó con alegría. Me gusta mucho encontrarla.... La muchacha está muy recobrada.... Y usted, doctor ¡maraviloso!

Doña Carlota tenía, sin duda, motivos poderosos para dejar solos a los jóvenes, porque, aprovechando la ocasión, dijo:

—Hija, me siento un poco fatigada, de suerte que me quedo con mi amiga. El doctor y tú pueden continuar el paseo.

—Me gusta, me gusta mucho, articuló la dama extranjera; siéntese doña Carlota. ¡Jermoso ténpramento! *Very fine!*

Anita apoyó el brazo en el de Quintanar, y ambos jóvenes se alejaron paso a paso por uno de los viales más floridos. Fueron y vinieron varias veces, anduvieron por todas partes, recorrieron las calles interiores y las exteriores, cruzaron por las glorietas, contemplaron los surtidores de las fuentes, la estatua de Hidalgo, el pabellón morisco y los gruesos chorros de las mangueras con que los jardineros andaban regando

los prados. Hablaban sin cesar: él con alguna exaltación, ella con infinita dulzura. Doña Carlota los examinaba con disimulo cada vez que se acercaban, y los seguía con la vista en su curso vagoroso al través de árboles, plantas y setos; y, a pesar de ser mujer fuerte, no podía reprimir su ansiedad y apenas disimulaba su emoción.

En esto, el paso de Anita se había hecho más vivo, sus mejillas se habían teñido de ligero carmín y sus ojos habían adquirido un brillo inusitado. Medio día era por filo, y ni los jóvenes daban señales de cansancio ni doña Carlota, por su parte, se atrevía a interrumpir su coloquio. Pero la señora Stephenson, que no gastaba muchas ceremonias, se levantó de repente.

—Yo creo, dijo, que tenemos bastante de jaidrógen (hidrógeno). Debo irme a casa; dispéname. Despidome de su hija y del dóctor.

Y se marchó sin más preámbulo. Cuando Anita y Quintanar echaron de ver que doña Carlota se había quedado sola, suspendieron el paseo, y a poco se despidió Nacho prometiendo volver por la tarde.

—¿Cómo te sientes, hija mía?, preguntó la señora.

—Buena, mamá, como nunca; mejor que antes de la enfermedad.

—¿Tan pronto? ¿Cómo se explica?

—Porque ya llegó lo que esperaba.

—¿Y qué es ello?, preguntó doña Carlota fingiendo ignorarlo.

—Nacho, mamá, repuso Anita con rubor súbito.

—¿Luego le quieres?

—Sólo a él he querido.

—Está bien, dijo doña Carlota que era temosa, no me opongo; pero ha de ser con una condición.

—¿Cuál?

—Que mi primer nietecito lleve mi apellido; no quiero que se extinga mi nombre.

—Pero mamá, repuso Anita más y más turbada.

—Es frecuente en Inglaterra que los primogénitos lleven el apellido de las madres.

La joven no movió los labios.

—En fin, pensó para sí doña Carlota, eso se arreglará con mi yerno a su debido tiempo.

CAPITULO XXVI

EL ATAQUE.

TODO en San Víctor había ido de mal en peor. Perdía terreno la seguridad pública, pululaban las bandas de pronunciados, eran asaltados los ranchos y las estancias, y la atmósfera se saturaba de ayes doloridos y de humo de pólvora. Bolaños para defenderse, había convertido en fortaleza su finca, y la mantenía siempre custodiada, arpillada y lista para el combate. Sesenta hombres armados de máuseres rondaban por caminos y potreros; rancheros habilitados de soldados montaban la guardia en todas las entradas y salidas de la cuadrilla, y varias ametralladoras coronaban las alturas.

Cuando salía Cheno a inspeccionar los maizales, que comenzaban ya a ser cosechados, llevaba fuertes escoltas apercebidas para todo, y frecuentemente se veía obligado a sostener tiroteos con enemigos invisibles, que le hostilizaban desde las peñas, los breñales y los cauces de los arroyos.

Ysota había quedado envuelto en la conflagración, y levantaba llama a su vez, como una brizna de paja. Don Severiano Alcocer había tomado las riendas del

gobierno, que los amedrentados municipales habían abandonado en sus manos, y hacía en el pueblo el papel de Masaniello. Bolaños no sólo había perdido toda autoridad, sino era objeto del odio del populacho, que Alcocer había encendido y continuaba atizando.

Levantada la bandera de la rebelión, acordó el soberano a una voz, en el ágora de la aldea, seguir los ideales de la revolución, y poner su grano de arena en la grandiosa obra de la reconstrucción nacional. Para llevar a la práctica tan salvadora medida, fué resuelto enviar a don Severiano como mensajero cerca del valiente general insurrecto don Dionisio Quirarte, que operaba por la sierra de Morelos, para ofrecerle todos los elementos de boca y guerra de la plaza.

Alcocer desempeñó bien la comisión y trajo de allá, poco después, además de palabras de encomio y aliento del bravo paladín, dos nombramientos en el bolsillo, uno a su favor como autoridad política de Ysota, y otro a favor de Policarpo Samartín como jefe en agua y tierra de todas las fuerzas regeneradoras del municipio, con el grado de *coronel efectivo*.

San Víctor quedó desde entonces en condiciones harto difíciles, porque, no contando con el apoyo de Ysota, carecía de base sólida para defenderse, y, unidos los pronunciados con la gente del pueblo, tenían a la finca en jaque continuo. Cuando entraron en acción Alcocer y Samartín, en uso de las imponentes investiduras que habían conquistado, se tornó la situación más grave todavía, porque el cerco de guerra que rodeaba la finca se hizo más y más estrecho.

Chema, entretanto, vuelto al oficio de boyero, pasaba los días en potrero lejano, consagrado al cuidado de nobles, mansos y útiles animales, sin ver para nada a Bolaños ni a Tacha, sino solo a Ufemio, que era

quien le daba órdenes y le pagaba cada sábado los jornales de la semana. El mancebo había ido a vivir a la cuadrilla, lleno de amargura, pero mudo y reservado como una esfinge. Si alguien hubiese espiado sus movimientos, habríale visto todas las noches, a poco de haber vuelto del trabajo, salir de su casa, dirigirse al corral vecino, y permanecer ahí hasta la hora de la queda.

Lo que hacía Chema entonces, era colocarse en lugar a propósito para ver bien la finca a la vez aborrecida y amada de Bolaños, y no separar de ella los ojos. Sentado en cuclillas, al estilo rústico, envuelto en el sarape desde los pies hasta la barba y con el sombrero echado sobre los ojos, espiaba el paso fugitivo, al traves de los cristales, de la graciosa Tacha, que iba de un lado para otro. En cuanto lograba vislumbrar aquella sombra, latía el corazón, suspiraba sin cesar, y recuerdos, amores y penas acudían a su espíritu en tropel; y acababa siempre llorando, con la cabeza entre las manos, en silencio y largamente, como si sus ojos fuesen inagotables veneros. En el fondo, no era más que un niño grande y débil, anticipadamente cogido y arrebatado por las espirales dramáticas de la vida.

Durante el día, cuando andaba pastoreando los bueyes del patrón, no hacía otra cosa que pensar en su mujer, y formar planes descabellados para recobrarla, ansioso por rehacer la vida conyugal, de cualquier modo que fuese.

Poli, que merodeaba, como se ha dicho, por aquellos campos, con el acuerdo y complicidad de varios caporales, visitábale frecuentemente, y se deshacía, al verle, en amenazas contra Cheno. Sabrosa plática había sido para él la de los caballos enyerbados, pero

la historia de los azotes recibidos por Chema, poníale frenético, y no cesaba de exhortar a éste a que tomara las armas y se incorporase a su gente; pero como el apocado mancebo se negaba a aceptar la propuesta, acababa el flamante coronel por jurar que sería él, en tal caso, quien aplicase el requerido y ejemplar castigo que Bolaños merecía.

Entretanto, como los bueyes cuidados por Chema eran los únicos respetados por los revolucionarios, acabó Cheno por ver al boyero como sirviente precioso, y, en consecuencia, por procurar atraérselo de nuevo, haciéndole por medio de Ufemio, diferentes proposiciones para mejorar su condición. Pero Chema no quiso darse a partido, y rechazó obstinadamente todas aquellas ofertas. Tal conducta dió en qué pensar al administrador.

—Sindudamente, se dijo Ufemio para su sayo, que a Chema le ha pasado la misma desgracia que a otros muchos sirvientes de San Vítor, pero también es muncha verdá, que éste muchacho no es un sinvergüenza como los otros. Porque los demás que he conocido, han acetado cuanto el amo ha querido darles, y éste no ha recibido de manos de don Cheno, sino su sueldo legítimo, ganado con el sudor de su frente.... No se puede negar que es una criatura flaca y sin experiencia, y con un corazón más chiquitito que el de un pollo recién nacido, pero eso nada quiere decir, porque la mera verdá, se ha vengado como ha podido.... El golpe que le dió al amo matándole sus dos mejores caballos, estuvo rete somonque y tan cierto es esto, que los otros maridos, con todo y haber perdido a sus mujeres, y ser barbones y fornidotes, en jamás de la vida se han animado a hacerle nengún daño al amo, ni an siquiera a levantarle los ojos cuando lo miraban

de cercas. . . . Este probe muchacho no quiere retirarse de la hacienda, porque está rete enamorado de su mujer, y se contenta con verla dende lejos. . . . Es una alma de Dios: yo me arrepiento de las guantadas que le dí.

Al fin, llegó a manos de Cheno la carta de repulsa que Anita le escribió al comenzarle la fiebre, y le produjo tanta pesadumbre como ira; porque en aquella alma altiva y soberbia, toda impresión desagradable se mezclaba siempre con accesos de cólera. Quiso de pronto montar su auto y trasladarse a la capital, para abogar en su favor, y acusar, recriminar y aniquilar a los enemigos ocultos, que de seguro le hostilizaban; pero atenciones apremiantes se lo impidieron, y pensó entonces escribir larga, suplicatoria y urgente carta. Luego reflexionó que aquél medio de acción podía ser ineficaz, y que sería preferible ir a hacer su defensa en persona. Y así, entre uno y otro propósito, fué dejando pasar los días, indeciso y vacilante, siempre con la idea de emprender el viaje o de contestar por escrito, y sin hacer al cabo ninguna de las dos cosas, porque lo mejor suele ser enemigo de lo bueno. Comprendía por instinto, que Anita era la única esperanza de redención que le quedaba, y aferrábase a su empeño de no perderla, con la desesperación de un náufrago, porque era hondo y sincero su deseo de entrar en la vida ordenada de la familia. Pero al mismo tiempo, por una extraña contradicción de su naturaleza, no tenía fuerzas para desprenderse de sus añejas costumbres, y continuaba viviendo con la desarreglada vida de siempre. Imaginábase que sus hechos quedarían desconocidos, por ser lejanos y tener su teatro en San Víctor, y que, por lo mismo, no le crearían dificultades ni se convertirían en obstáculo para el desarrollo

de sus proyectos matrimoniales. De suerte que continuó fomentando en su corazón aquellas dos incompatibles tendencias: la de regenerarse por medio de su prima, y la contumacia por fuerza de los hábitos adquiridos. Amaba a Anita con lo más elevado e incorrupto de su ser; pero no podía prescindir de Tacha, porque se lo impedían las pasiones más ciegas y desordenadas.

—Todo vendrá a su hora, se decía a sí mismo: Tacha hoy, como simple pasatiempo, y Anita mañana, y para siempre.

Mientras, el círculo de las hostilidades en que había sido encerrado íbase estrechando. Era ya peligroso salir del caserío, porque las balas cruzaban por todas partes, sin saberse de dónde venían, y hasta había sucedido que algunos proyectiles hiciesen blanco en la misma fachada de la casa. Tal circunstancia, unida al estado general que guardaba el municipio, dió mucho que pensar a Bolaños. Y así, después de madura reflexión, llegó a persuadirse de que sería locura continuar habitando la hacienda, y muy cuerda-mente dispuso trasladarse a la capital de la República, adonde le llevaba también el deseo de hablar con Anita. Comenzaron luego los preparativos de marcha, y los habitantes de la finca pronto se dieron cuenta de ello; y llegó el rumor a conocimiento de Chema, con gran alarma suya, porque supuso que Tacha partiría a la capital con los dependientes y criados de categoría.

Esta muchacha que, aunque descarriada, no se olvidaba de Chema, hizo saber a su marido la fecha exacta del viaje, y éste, a su vez, comunicó la noticia a su tío el coronel, quien la recibió con interés desusado, y dijo que, supuesto que así andaban las cosas,

era absolutamente preciso dar prisa a los acontecimientos, y apresurar el golpe.

—Como quiera que sea, acabó diciendo a su sobrino, no te buigas del casco, dende horita hasta pasado mañana, para que puedas estar pendiente de Tacha; no sea que te haiga yo menester pa que me dés una manita.

Por el tono serio de que se valió Poli al decir lo anterior, comprendió Chema que se trataba de cosa grave y de cuidado; por lo cual se dispuso a obedecer a su tío, y a estar á la mira de lo que pasase.

Y la noche misma de aquel día, cuando se sentó a la mesa Cheno, encontró sobre la servilleta una carta, o comunicación, como se le quiera llamar, que abrió maquinalmente, y que le sobresaltó desde la primera línea. El documento decía así:

“Por desposición de mi general don Lionicio Quiarte, jefe superior de las juerzas que guerrear en esta Prefetura, se ordena a usted que entre las beinte y cuatro horas del resibo desta comunicación, entregue la plasa de San Vitor al coronel que firma la presente; apersebido de que si así no lo cumple, parará en su prejuicio.

Isota, noviembre 15 de 1913.

El Coronel del Ejército Redentorista.
POLICARPIO SAMARTIN.”

“Al señor don Cheno Bolaños.

Acienda de San Vitor.”

Bermejo de color se puso Bolaños al terminar la lectura y, dando fuerte puñada en la mesa, preguntó en altas voces:

—¿Quién ha traído este papel?

Tacha no halló qué contestar, porque no sabía nada; el mesero tampoco; las criadas mucho menos. Hecha una rápida investigación entre la servidumbre, nada pudo ponerse en claro. Parecía que una mano invisible había intervenido en el acontecimiento. Vista la inutilidad de sus esfuerzos, montó en mayor cólera Bolaños, y vociferó que estaba rodeado de miserables y de traidores, pero que él no tenía miedo a nadie y que, ¡pobre de aquel que resultase responsable de tan mala jugada! Y, después de haber dado suelta a su rabia por medio de aquellos desahogos, tomó un pedazo ordinario de papel, y trazó en él con mano convulsa los siguientes renglones:

“Sepa el bribón Policarpo Samartín, que el dueño de San Vitor, es todo un hombre, y no entregará su casa sino al que la tome por la fuerza. Renuncia al plazo, y aguarda el ataque a cualquier hora. Aquí hay mucha pólvora y muchas balas para recibir a los bandidos.

JUAN NEPOMUCENO BOLAÑOS.”

Hecho ésto, metió el papel dentro de un sobre, que ni siquiera se tomó el trabajo de cerrar, le dejó en el mismo sitio donde había hallado la comunicación de Poli, y dijo en voz alta:

—A lo que parece, éste es el buzón del correo. Está bien, aquí dejo la respuesta para que la misma traidora mano que me trajo la intimación, pueda llevar este documento.

Ordenó en seguida que fuese estrechamente vigilado el comedor, para ver si era posible descubrir al culpable, y se fué al despacho, en espera del resultado; pero cuando al poco rato volvió al mismo lugar, halló que su carta había desaparecido tan misteriosa-

mente como la comunicación había llegado, e imposible le fué aclarar, por más que hizo, quién la recogió del lugar donde la puso.

Alarmado por esta circunstancia, y comprendiendo que tenía enemigos en casa, procedió en el acto a poner el *casco* en estado de defensa. Reunió, pues, a todos sus hombres, los cuales, juntamente con los guardas, pasaban de sesenta, y, después de entregarles rifles y municiones, colocó a unos en las alturas, a otros en los sitios más peligrosos, y a los restantes, tanto de a pie como de a caballo, les dió la misión de patrullar el caserío. Mandó, además, cerrar todas las entradas de la cuadrilla por medio de palos y piedras; y, a caballo sobre uno de los mejores que la venganza de Chema le había dejado, anduvo recorriendo el recinto fortificado, alentando a sus hombres con acentos viriles, y con su continente firme, incontrastable y resuelto.

Pasó toda la mañana sin novedad, y sin que los exploradores destacados a distancia o colocados en sitios dominantes, diesen aviso de la presencia de grupos sospechosos. En tal virtud, llegado el medio día, creyéndose libre de toda sorpresa, sentóse a comer, satisfecho y tranquilo por las medidas y disposiciones que acababa de tomar, y llegaron a tanto su confianza y osadía, que determinó salir de San Víctor hasta después de transcurrido un plazo doble del señalado por Poli, esto es, dos días posteriores a la intimación.

Pero apenas había acabado de tomar el *consommé*, cuando oyó inusitado ruido en la plaza frontera a la finca, galopes de caballos y voces altas allá afuera..... Quedó atento, y a poco sonaron disparos en la misma dirección. Púsose en pie, llamó a los sirvientes, y sólo se presentaron cuatro armados y algunos otros sin

armas; pero al salir del comedor, vió a Ufemio, que venía en volandas, pálido, conmovido y con el rifle en la mano.

—¿Qué pasa, Ufemio?, preguntóle.

—Pos nada, señor amo, que ay está ya don Poli con los suyos, dijo el administrador.

—¿Pero dónde? Explicáte, preguntó Bolaños.

—Pos aquí adentro, repuso Ufemio; en la mera plaza. Me vienen pisando los talones. No parecen los gendarmes; ya no hay ametralladoras en la torre ni en las zoteas. ¡Crio que se las robaron!

—¿Y los mozos? ¿Cómo ha podido entrar ese capitán de bandidos?, siguió interrogando Cheno más cólerico que amedrentado.

—Pos yo no sé cómo habrá sido ésto, contestó el sirviente; crío que los caporales se habrán pasado a don Poli; todos han juído. No hay gente arriba pa la resistencia.

—¡Miserables! gritó Bolaños ciego de ira.

—Agora lo que interesa es que se salve su mercé, observó el fiel Ufemio. Váyase por la puerta de campo luego luego, en mientras nosotros les resestimos; y vea a ver como coge el camino rial pa la suidá.

—¡Sólo eso faltaba! contestó Cheno; que fuera a correr delante de esos bellacos! Aquí los espero. Cierre el portón, y desde el corredor los batiremos. Da rifles a los que no los tienen.

—¡Amo, por el amor de Dios! suplicó Ufemio; lo más primero es que no vayan a agarrar a su mercé. ¡Corra, amo, váyase de jilo!

—Haz lo que te digo y no insistas, contestó Cheno; si ha llegado mi raya, moriré como los hombres.

No hubo más remedio que obedecer a Bolaños. Así que Ufemio fué corriendo a cerrar el portón, que era

de maderas gruesas y sólidas, y a distribuir rifles a los desarmados; en tanto que el amo colocaba en lugares escogidos a los pocos servidores que se habían conservado fieles. En los momentos en que el administrador cerraba la puerta, presentóse Chema lívido, cadavérico y temblando como un azogado.

—¿Qué vienes a hacer aquí, gallina? le preguntó Ufemio con desprecio.

—Pos vengo a ver qué se le ofrece a Tacha, contestó el mozo; ábrame, don Ufemio.

El administrador le tuvo lástima, le dejó entrar y luego cerró y atrancó bien la puerta con gruesos morrillos que tras ella estaban y para eso servían.

Chema pasó por el patio como una saeta, y habiéndole visto Cheno le gritó:

—¡Ah, eres tú, Chema! Pues, ¡a la cocina, anda, vete con las mujeres!

Así lo hizo el mancebo; no paró hasta la cocina, donde halló congregadas y temblando de susto a las sirvientas y a Tacha, que le acogió con visible contento.

—¿Qué andas haciendo por acá, Chema? le preguntó.

—¡Pos qué he de andar haciendo! Vengo a ver en lo que puedo servirte. O te saco de aquí o nos morimos juntos.

La joven se conmovió con aquella prueba de resignado amor que de su pobre marido recibía, y no pudo menos de comparar la conducta de su esposo con la del amo, que ni siquiera se había acordado de ella en aquellos momentos críticos.

—Pos en ese caso, repuso con acento alterado, ven-te conmigo pal rincón, pa que nos desfiéndonos mejor de las balas.

Entretanto Poli con los suyos había llegado al

recio portón de la casa, y oíanse gritos y maldiciones por la parte de afuera. Sonaban fuertes golpes en la compacta madera, y voces imperiosas gritaban:

—¡Abran la puerta! ¡Abran la puerta!

No habiendo sido obedecido el mandato, como era natural, hiciéronse disparos a la cerradura para forzarla, lo que resultó inútil, porque las trancas siguieron desempeñando su oficio a maravilla. Así que, después de feroces embestidas con pies, manos, piedras y vigas usadas a guisa de catapultas, se oyó clara la voz de Poli que decía:

—¡Traigan paja y arrímenla a la puerta! ¡Agora unos cerillos! ¡Préndanle juego! ¡Ansina... ¡Ansina!...

Entretanto daba Cheno órdenes a sus hombres:

—¡Todos parapetados detrás de los pilares! Nadie hace fuego sino hasta que caiga la puerta. . . . Y cuando los bandidos comiencen a entrar, ¡fuego cerrado! Y en echando pie atrás; ¡sobre ellos hasta hacerlos salir de la hacienda!

Todo se hizo como ambos jefes lo dispusieron y mandaron. Comenzó a poco a arder y crepitar el seco maderamen de la puerta; levantáronse grandes llamaradas, envueltas en negro y espeso humo; y por fin, principió a desgajarse la armazón, y tablas y barrotos encendidos cayeron con sordo fracaso; así no tardó la entrada en quedar expedita, y oyóse un gran clamor de alegría que venía de la parte de afuera.

—¡Agora sí, muchachos, adentro! gritó Poli. ¡El que sea hombre que me siga!

Y penetró el primero en el patio, saltando sobre los humeantes escombros amontonados a su paso. Tras él siguieron otros muchos de sus hombres, imitando su ejemplo; mas apenas habían traspuesto los primeros obstáculos, dejóse oír una descarga cerrada

que del patio venía, y dos o tres de los asaltantes cayeron como heridos de rayo. El grupo entero fué contenido unos momentos en su avance, y vaciló, se detuvo, y echó pie atrás. Solo Poli, rifle en mano y sano y salvo como por obra de prodigio, continuó adelante a carrera tendida, hasta ponerse al abrigo de uno de los gruesos pilares de la construcción.

—¡Adentro, muchachos, adentro! repetía. ¡No sean juilones! ¡Adentro!

Estimulados por el ejemplo, volvieron a la carga y lograron a poco penetrar algunos de ellos en el patio, y lo fueron invadiendo, en tanto que otros, que habían ganado la altura de un modo misterioso, hacían fuego desde la azotea. Bolaños estaba vendido; por todas partes llovíanle balas, y el fiel Ufemio, que no estaba lejos, díjole en tono suplicatorio:

—Señor amo, estamos perdidos. Aun es tiempo de que juiga; sálgase por detrás de la casa, en mientras nosotros seguimos sosteniendo el juego.

—¡Un demonio! contestó Bolaños enardecido por la refriega; aquí vamos a morir todos juntos.

—Pos entonces, ¡que se haga la voluntad de Dios! ¡Allá se lo jaiga a su mercé! repuso el administrador consternado.

Y continuó la fusilería nutrida e incesante por varios minutos, con muertos y heridos de una y otra parte, aunque más por la de los asaltantes, por tener que atravesar un espacio descubierto. El bravo Ufemio que, aunque bajo y poco escrupuloso, era de veras adicto a Bolaños, sucumbió uno de los últimos, y fué a caer con el cráneo destrozado por una bala, a los pies de Cheno, como perro fiel que muere defendiendo a su señor. De los demás mozos que no fueron traidores, sólo dos quedaron con vida; uno herido, e ileso

el otro; y Cheno mismo, ligeramente lesionado por un rozón de bala en una mano, cercado y acorralado por veinte o treinta revolucionarios, se vió obligado a rendirse.

—¡A ver el rifle! gritó Poli apuntándole con el maüsser.

—¡Ahí está el rifle! contestó Cheno arrojando el arma con soberbia.

—¡Agora, ordenó Poli, trínquenmelo bien trincado pa que no se buiga!

Sus hombres, obedeciendo el mandato, ataron a Bolaños por los brazos, hasta juntárselos brutalmente por la espalda, entretanto que el feroz amo, torva la faz, lanzaba en derredor miradas rabiosas, sin dar una queja, ni pedir misericordia. Siguió luego la toma de posesión de la casa y el examen minucioso de todos sus rincones, muebles y escondrijos, en busca de armas, municiones, dinero y prendas de valor, hasta llegar a la cocina, donde Poli encontró a Tacha y a su sobrino igualmente pálidos y desmayados, hechos un ovillo en el ángulo más oscuro de la estancia.

—Güeno, Chema, dijo el coronel a su sobrino; bien jicites al venirme a amparar a tu mujer. Ya ese... de don Cheno, está dado y codo con codo. Agora vamos a llevarlo a Isota pa que se le juzgue y se le aplique la ley... Y tú, será güeno que te vayas yendo pal pueblo. Allá me esperas... No tardo en llegar yo mesmo.

En seguida ordenó a uno de sus subalternos proporcionase un buen caballo a Chema; y éste, aprovechando la ocasión, salió con su mujer de la casa, y montándola en la bestia que le fué ofrecida, se colocó a la grupa, y emprendió con toda velocidad el camino del pueblo.

CAPITULO XXVII

LA SENTENCIA

GRAN sensación produjo en Isota la noticia de la toma de San Víctor, pues se creía que la finca era inexpugnable, como defendida por un cuerpo numeroso de sirvientes bien dispuestos y armados, y sobre todo, por tener a su cabeza un jefe como Bolaños, incapaz de desfallecimientos ni de cobardía. Y razón sobrada tenía el vecindario para admirarse, si se toman en cuenta la indisciplina de los pronunciados y la firme preparación de los defensores. Pero, ¿qué contienda puede ganarse cuando se pone en juego la traición? Siempre que ésta asoma la cabeza, no hay muros, ni fusiles, ni heroísmos que valgan ni sirvan para nada; sino que todo se debilita, esfuma y desvanece como fantasma de leve y ligero humo. Los isotenses no llegaron a conocer sino más tarde, los pormenores de tan rápido asalto y vencimiento; por eso acogieron a las fuerzas de Poli, a su entrada en la plaza, con todos los honores debidos a un ejército de héroes.

Mayor que ninguna fué la sensación que cundió por dondequiera, cuando se vió a don Juan Nepomu-

ceno Bolaños, el hacendado riquísimo, el patrón temido, dueño y señor de los destinos del pueblo, penetrar por las calles, caballero sobre tarda mula que un soldado de a pie por el ronzal conducía, maniatado, sucio y con el traje roto y ensangrentado. Muchos hubo que se regocijasen con motivo de aquella humillación; pero más que alegría, fué estupor el efecto que produjo, pues no se rompen las ataduras de inveteradas costumbres en un solo instante, y todo cuanto ha inspirado miedo o admiración durante largo tiempo, sigue siendo motivo de respeto, aun después de su caída.

Objeto de curiosidad para unos, de mofa y escarnio para otros, y de asombro y lástima para los más, fué la presentación en escena del antiguo cacique en situación tan dolorosa; de suerte que el desfile por la calle principal, hízose en medio del silencio y la sorpresa de los espectadores, que se agolpaban a puertas, ventanas y azoteas, para presenciar la procesión. El coronel Samartín rodeado por su estado mayor de desarrapados, caminaba por delante, montado en el mejor de los caballos de Bolaños; marchaba la chusma a continuación, harapienta y descalza, a pie y a caballo, sin orden ni formación; y venía por último Cheno rodeado y custodiado por fuerte escolta. Así llegó la comitiva hasta la cárcel, frente a la plaza principal, donde se había aglomerado numeroso gentío, y ahí fué desmontado Cheno con poco miramiento, y empujado, que no conducido, al interior de la prisión.

Acto contínuo reunióse el consejo de guerra que había de resolver sobre la suerte del hacendado. El tribunal se compuso de Poli, su segundo y el leguleyo Alcocer. Todo fué breve, rapidísimo. Las dos autoridades supremas, la militar y la política, se entendieron a maravilla, en un santiamén. La deliberación se

redujo a firmar lo que ya tenían premeditado; así fué que, pocas horas más tarde, extendióse por Isota con estupefacción de los unos y alegría de los otros, la grave noticia de haber sido Bolaños condenado a ser pasado por las armas, por ser enemigo de los *probes* y de los *idiales* de la revolución, *propetario* y cacique. Nadie creía que Cheno mereciese tan grave castigo, pero no faltaba quien sostuviese, aunque sin convicción, la justicia del fallo, tomando en cuenta el despotismo, la tiranía y los abusos cometidos por el reo. Pero al lado de los inexorables, estaban los compasivos, que eran en gran número, y entre ellos, los caballeros y las damas principales del pueblo, blandos de corazón, dulces por temperamento e inclinados a la misericordia.

Sin pérdida de momento, organizóse una reunión en la cual se trató de dar pasos conducentes a salvar la vida del sentenciado. Los buenos viejos don Sinforoso, comerciante principal de la plaza, y el munícipe don Ireneo de la Paz, encabezaron el humanitario movimiento entre los hombres, entretanto que sus ancianas esposas, muy respetadas por todos, hicieron lo mismo en el grupo de las mujeres. En tal virtud, y estando todos de acuerdo, se redactó un escrito, dirigido al General Quirarte, en el cual se pedía gracia para el hacendado, aduciendo en favor suyo, todas las razones que parecieron a propósito. Díjose, pues, en ese memorial: que Bolaños pagaba buenos jornales a sus peones, que jamás les había defraudado su trabajo, que daba tierras a medias y concedía senaras a los agricultores, que les proporcionaba médico y medicinas cuando se enfermaban, que costeaba el entierro de los pobres, que había hecho grandes mejoras en el pueblo, muchas de ellas a su costa (como el empedra-

do de la calle real, la fuente principal y el kiosco y los bancos de la plaza), que sostenía dos escuelas, una en el pueblo y otra en San Víctor, y que había mandado a la ciudad a varios muchachos inteligentes de su finca o de Isota para que se educasen e instruyesen, y los había sostenido de su peculio hasta que se habían formado por completo; todo lo cual era verdad. Acompañaban al documento varias cartas escritas por personas a quienes había socorrido Cheno, tanto hombres como mujeres, ancianos los más, o bien niños huérfanos.

Recogidas numerosas firmas y bien preparada y fundamentada la petición, acercóse a Poli una comisión compuesta por lo más granado de la sociedad, para suplicarle suspendiese la ejecución de Bolaños, en tanto que llegaba el memorial a manos del General Quirarte, y se recibía la respuesta; pero el coronel opuso tan tenaz resistencia, que se necesitaron muchos ruegos y esfuerzos, para que al fin se diese a partido y concediese lo que se le pedía.

— Bien está, dijo al cabo; no será ajusilado ese creminal horita mesmo; pero no doy más que el tiempo endispensable pa que esos papeles lleguen a manos de mi general y los conteste.

Luego se entabló debate sobre los días de espera que serían otorgados.

— Dende aquí hasta Cócola, caminando muy espacio, se llega en doce horas, prosiguió el jefe militar. Spongamos que mi general tarde otras doce en reflejar y resolver lo que debe contestar; son otras doce... Y doce pa volver... Tienen ustedes treinta y seis horas disponibles pa hacer la lucha a ver si le salvan la vida a ese jijo de la patada.....

Alegaron los circunstantes, que aquel término les

parecía angustiadísimo, pues era el matemáticamente indispensable para hacer el viaje de ida y de retorno al corazón de la sierra; pero que debía tomarse en cuenta, por una parte, el descanso forzoso del mensajero, y por otra, los accidentes que pudiesen ocurrir en el camino. Poli no entendía de razones; sus cuentas no tenían vuelta de hoja; era más que suficiente aquella espera; y en fin, si los señores y señoras presentes no se conformaban con su dictamen, tendríase lo dicho por no dicho, y se procedería a llevar a efecto el terrible fallo. Fué menester que llorasen las señoras y que casi se arrodillase la mujer de don Ireneo, para que el corazón de roca del coronel se ablandase y concediese doce horas más: cuarenta y ocho por todas.

—Pero bien advertidos, concluyó Poli, que si al término de esos dos días, dende la hora de la salida del correo, no he recibido instrucciones de mi general pa no proceder a la ijicución, le mando tronar a don Cheno.

Aunque la pausa otorgada era demasiado corta y fuera peligroso aceptar la furibunda conclusión de Samartín, fué preciso plegarse a su voluntad, porque aquello era mucho más que nada, y, si Dios lo quería, podía ser suficiente para todo.

Obtenido el breve aplazamiento, tratóse luego de buscar persona que sirviese de emisario, esto es: activa, conocedora del terreno y digna de confianza. Fueron propuestos varios rancheros bien conocidos del pueblo, pero surgieron diferencias y no se aventajaba nada en la discusión. Poli la cortó, después de haber oído diferentes pareceres y dijo:

—¿Me tienen ustedes confianza?

—Completa, le contestaron los circunstantes.

—Pos en ese caso, déjenme a mí la aleición de la persona que ha de llevar esos papeles. Yo me encargo de buscarla a toda mi sastifaición; honrada, de estos rumbos y que se sepa mover.

Alguna vacilación hubo en el concurso, por lo cual observó el coronel:

—Si ustedes me tienen desconfianza, en ese caso, lo dicho por no dicho, hagan lo que quieran; pero con el *conque*, de que los días comienzan a contarse dende horita mesmo.

—De ninguna manera, señor coronel, repuso don Ireneo, amedrentado por la voz y los gestos de Samartín. ¡Quién había de desconfiar de usted!... Está muy bien así... Usted se encarga de remitir nuestra petición al General Quirarte por seguro y rápido conducto... Usted sabrá de quién se vale... es hombre de palabra.

—Pos si ansina es la voluntá de ustedes, que sea en hora güena; pero en no siendo ansina, ustedes mesmos se alzarán y barajarán como mejor les cuadre, insistió Poli.

—Es nuestra voluntad, señor coronel; tanto que en su poder dejamos los papeles, concluyó don Ireneo, venciendo su natural repugnancia.

—En tal caso, pierdan ustedes cuidado, afirmó el primero, porque en el auto mesmo voy a ocuparme de despachar el correo... Ya enviaré a decir a ustedes o, más mejor, aquí, a don Ireneo, cuando salga, pa que empiecen a contarse los dos días.

La comisión se retiró recelosa y poco satisfecha, aunque aparentando lo contrario.

Tan pronto como Poli se vió solo, mandó llamar a Chema, y le entregó los documentos, diciéndole lo que había pasado, y que él por su cuenta, ya que estaba

facultado para ello, le elegía para el desempeño de tan delicada comisión. ¿Qué intención le movió a escoger a su sobrino mismo, en vez de cualquier otra persona? No puede saberse, ni aun siquiera colegirse. Chema oyó con disgusto el relato de su tío, y se negó abiertamente a aceptar el encargo, argumentando no quería contribuir directa ni indirectamente a la muerte o a la salvación de Bolaños.

—¡Que sea de él lo que Dios quiera!, dijo; yo en eso no me meto.

Pero la voluntad de Poli pudo más que la suya, porque estaba destinado a ceder siempre y en todas ocasiones a las voluntades ajenas, y porque temió irritar al coronel, a quien tenía miedo tal, que rayaba en terror. Aceptó pues, y quedó convenido que saldría sin pérdida de momento para Cócola, que caminaría lo más de prisa que pudiese, que no se detendría para nada en el camino, y que volvería como en volandas con la respuesta del General Quirarte. Samartín no le hizo indicación alguna de otra cosa.

CAPITULO XXVIII

NO HAY ENEMIGO PEQUEÑO

ANTES de partir, vió Chema a su esposa, a quién refirió lo que había pasado, y dijo adonde iba y a lo que iba. Tacha se puso lívida al escuchar el relato, reflexionó un instante, y murmuró:

—Me dá mucho susto pensar que me dejas sola.

—Pero es por poco tiempo, repuso Chema; pasado mañana a estas horas, ya estoy aquí de güelta. En el ínter te quedas bajo la vrigilancia de mi tío.

—Pero no quero que te vayas sin que antes me haigas perdonado, Chema; en todavía no me echas la asolución.

—Muncho he sufrido por tu causa, Tacha, y muncho tenemos que hablar de eso tú y yo, contestó el mancebo pensativo y haciendo pucheros.

—Sí, no lo inoro, prosiguió la joven; pero no és caridá de Dios que me dejes con ese sobresalto en la concencia.

—¡A mi güelta, Tacha, a mi güelta será eso!, replicó Chema emocionado.

—No, ha de ser horita mesmo, o si no, no me ja-

yas aquí cuando des la güelta, insistió Tacha enlazando con sus redondos brazos el cuello de su esposo.

—No, horita no, articuló el mozo, haciendo nuevos pucheros y procurando desasirse.

—¡Mira, rogó ella, hazlo por la gloria de tu señora madre!

Y se echó a llorar a lágrima viva, ocultando el rostro en el pecho del mancebo. . . . Iba éste a ceder, pero un sentimiento instintivo de decoro le hizo reprimirse; y, sacando fuerzas de flaqueza, se desprendió con desusada violencia de los dulces lazos que le aprisionaban, y dijo con tono alterado:

—Pa contentarme contigo, ha de ser debajo de una precisísima condición. Si al fin de todo no matan a don Cheno, te entrego de nuevo a tus padres y no güelvo a verte nunca; pero si lo matan, te güelvo a recibir en mi compañía.

Con ademán tan resuelto concluyó Chema, que la joven no insistió más, y le dejó partir. La evocación de Bolaños la había trastornado, y el dilema que su marido presentaba a sus ojos, llenábala de confusión. Había faltado a sus deberes, pero no era tan mala en el fondo; había caído como cualquiera otra pobre labriega de su edad hubiera sucumbido, tanto por sus pocos años, como por el ascendiente que todo amo ejerce sobre sus criados; pero jamás había estado conforme con su conducta, que ella misma reprobaba. Y por otra parte, su caída había tenido por objeto salvar a Chema, Dios bien lo sabía. . . . Puesta en aquella situación ¿qué debía hacer? Desear la muerte del amo, hubiera sido llevar la crueldad demasiado lejos; pero anhelar que viviese, para que Chema la abandonara y no la volviese a ver, era ser por todo extremo generosa. Los acontecimientos que había acabado de presen-

ciar, y los que se anunciaban para muy pronto eran tan espantosos, que la habían obligado a ser reflexiva y le inspiraban un vivo arrepentimiento de su liviandad. No le cabía la menor duda de que todo lo que estaba sucediendo, era castigo de Dios por sus malas acciones. . . . Y sólo de pensarlo, llenábase de susto y de remordimientos. ¿Cómo la castigaría Dios? . . . Combatida su alma por tantos y tan diversos afectos, se refugió en la religión confusa y sencilla que profesaba, y, poniéndose de rodillas, rezó un rosario de cinco misterios con gran ternura y fervor, y prometió de corazón enmendar su vida y ser otra en adelante. Y, además de todo eso, ofreció muchas mandas y velas de cera para el altar de la Virgen, y cuando se le ocurrió que pudiese ser bueno para calmar la cólera divina.

Pero no pidió nada en concreto, porque no supo qué era lo que fuese bueno pedir, y se limitó a rogar a Dios con muchos suspiros y lágrimas, le concediese que *todo se arreglara* de manera de volver al lado de Chema.

Este partió antes del amanecer del siguiente día, caballero sobre mula de grande alzada, nativa de aquellos lugares, la cual caminaba ligeramente, no a trote largo, pero sí rápido y seguro. Chema conocía a la perfección las boscosas asperezas por donde tenía que transitar, porque en ellas había nacido y se había criado. El rancho de la Sanguijuela ocupaba una de las vertientes de aquella cadena de montañas, y tenía agostaderos en sus cañadas y altiplanicies; así que el joven como pastor unas veces, y otras como leñador, había cruzado incontables ocasiones por esos mismos sitios, y conocía como pocos los caminos y veredas por donde podía dirigirse con mayor seguridad y acertando

distancias. La elección hecha en su persona por el coronel Samartín, había sido, por lo tanto, muy acertada, al menos desde este punto de vista, supuesto que no hubiera sido posible encontrar persona más familiarizada que Chema con aquellas desconocidas y abruptas serranías.

Así, pues, siguiendo ésta o aquella vereda, bajando por uno u otro barranco, guiándose más allá por el seco lecho de un torrente o cruzando espesuras pobladas de altos y seculares árboles, tal maña se dió el mancebo para aprovechar bien el tiempo, que antes de diez horas de salido de Isota, pudo llegar a Cocolá, ahorrando dos de las calculadas por los más expertos conocedores; y hasta hubiera podido hacerlo un poco antes, si no hubiese sido atajado varias veces por los soldados de Quirarte en diferentes sitios, donde se hallaban apostados para vigilar el terreno. De las hondonadas, de los matorrales, de las ensenadas, de las peñas, por dondequiera habían brotado a su paso exploradores armados de rifles, que le habían marcado el alto, y le habían obligado a cada rato a mostrar el salvo conducto o a dar la contraseña de que iba provisto; pero al fin había rendido la jornada y entrado sin novedad por las calles de la aldea. Era ésta de muy escasa importancia y estaba escondida y como encerrada en el corazón de la sierra, en medio de altas montañas, bosques espesos y despeñaderos vertiginosos. Ahí había establecido Quirarte su cuartel general, al abrigo no sólo de toda sorpresa, sino aun de todo ataque probable. Porque no era racional que por aquellos intrincados desfiladeros se aventurase el enemigo, y, si por acaso cometía la locura de hacerlo, sencillísima y breve cosa hubiera sido acabar con él casi sin riesgo. Pasos había en aquellas asperezas, por

donde no podía caminar sino un hombre de frente; y en esas gargantas acantiladas, un puñado de montañeses colocado en las alturas, hubiera podido exterminar todo un ejército. Por consiguiente, vivía ahí muy holgado y quitado de la pena el valiente general, a pesar de los afanes de la incesante guerra en que andaba comprometido, pues su táctica consistía en dar golpes rápidos e inesperados a los soldados del gobierno, durante su tránsito por cualquier lugar de la sierra, y en remontarse después a sus inaccesibles madrigueras, donde se estaba quieto, hasta que la ocasión de asestar un nuevo golpe se le venía a las manos por ventura. Merced a aquella práctica astuta y cautelosa, común a todos los guerreros montañeses, había logrado Quirarte alcanzar fama de temible cabecilla, y conservar, reconocido ya por el jefe supremo del movimiento, el alto grado militar que él a sí mismo se había liberalmente conferido.

Era el general, un indio viejo, casi iletrado, bonazo en el fondo, pero áspero y feroz por la parte de afuera. No llevaba insignia alguna que le distinguiese entre los suyos; vestía traje de ranchero, ésto es, pantalón estrecho, más parecido a calzas que otra cosa, chaqueta de piel de venado, chaleco de lo mismo con filetes guarnecidos de plata, corbata roja, y ancho sombrero de duro fieltro, de bordes volteados hacia arriba y alta copa acabada en punta. Su calzado, siempre de vaqueta amarilla, andaba limpio unas veces, y otras sucio y destrozado, según la situación y las fatigas de la profesión lo demandaban.

Fué recibido Chema por Quirarte, en cuanto éste supo le llevaba nuevas de San Víctor; y el general quedó grande y ostensiblemente complacido al enterarse de que San Víctor, aquella finca tenida como

inexpugnable baluarte de la mala causa, había caído ya en manos de sus correligionarios.

Después de haberse enterado del parte de la acción de guerra que el coronel Samartín le rendía, pasó a leer los papeles relativos al indulto, que le presentó el mensajero. Llamó luego a su secretario, celebró larga conferencia con él, y después de pensarlo bien, resolvió acceder a lo que se le pedía, deseoso de granjearse la buena voluntad del vecindario más caracterizado de Isota, y reducido y sojuzgado por la alteza y resonancia de los nombres puestos al pie del manuscrito. En conclusión, a la siesta de la tarde de aquel mismo día, entregó don Dionisio un pliego a Chema, en el cual iba consignada la concesión de la gracia solicitada, en atención a las graves causas y motivos de que en la solicitud se hacía mérito, y a la profunda consideración que merecían de él los peticionarios.

—Además de lo que en este pliego va escrito, recomendó a Chema el general antes de despedirle, diga usted al coronel Samartín, que tenga bien guardado y vigilado a Bolaños, sin atormentarle, pero sin concederle demasiadas franquicias, porque, ya que no le matamos, deberemos imponerle una fuerte multa. . . . Y por lo que hace a sus bienes, que se les administre por ahora por cuenta de la revolución, entretanto que procedemos a su fraccionamiento y reparto entre la gente pobre que nos está dando ayuda.

—No se me olvidará el recaudo, mi general, repuso el mozo; lo trasmeteré a mi tío el coronel, tualmente como su mercé acaba de dicírmelo.

—Bien, concluyó Quirarte; ahora queda usted despachado, y de su ligereza en caminar, depende que este pliego llegue a su debido tiempo. La vida de Bolaños queda en sus manos.

—En el auto mismo me degüelvo, repuso Chema, pa llegar a Isota antes de que lo ajusilen.

Y en efecto, montó nuevamente su mula el mancebo, y salió de Cócola con visible rapidez y deseo de llegar a Isota con la debida oportunidad.

Su ánimo, hasta aquellos momentos, había sido el de cumplir con fidelidad el encargo, y lo conservó todavía buen trecho, después de haberse despedido del general; pero en el camino siguió pensando lo que podía suceder, y poco a poco comenzó a vacilar y a concebir extraños proyectos. A las veces, ganado por sus buenos y cristianos sentimientos, picaba con las espuelas los ijares de la mula, y adelantaba velozmente; pero otras la refrenaba y obligábala a continuar con tanta lentitud, que apenas se movía.

Había sido concedida la gracia solicitada; de suerte que, si llegaba a tiempo, no sería Bolaños pasado por las armas. Y sí que podía llegar, porque, cortando por vericuetos que sólo él conocía, y durmiendo nada más que el tiempo absolutamente preciso para descansar, lograría estar de vuelta en el pueblo la mañana del siguiente día, esto es, poco más de veinticuatro horas después de su salida. Pero ¿le convenía eso? ¿Era bueno que lo hiciese? Desde el punto de vista moral, ya se ve que sí, pues no le era lícito poner estorbo a la realización de aquella buena obra, y, si lo ponía, sería con perjuicio de su conciencia, pues toda la responsabilidad del hecho recaería sobre él solo, por más que no fuese el ejecutor material del homicidio. El caso era tan evidente, que ni un solo momento se ofuscó su razón sobre este punto, por más primitiva e inculta que fuese.

Empero Bolaños era un mal hombre para todos, y había sido para él en lo particular, un desalmado ver-

dugo. ¿No le había arrebatado a Tacha? ¿No le había azotado en público? ¿No le había expuesto a la mofa y escarnio de los habitantes de San Víctor? ¡Qué horrible tortura había sido la suya! ¡Cuánto le había sangrado el corazón durante aquél tiempo larguísimo y aciago en que había estado separado de Tacha! El amo había tenido la crueldad de ni siquiera matarle. Así como le azotó, hubiera podido acuchillarle o acribillarle a tiros; y aquello hubiera sido mucho mejor, pues con su último suspiro, se hubieran acabado todas sus penas. Pero en lugar de eso, le había dejado vivir para afrentarle más y para manifestarle mayor desprecio. Y había llegado a tal punto su iniquidad, que le había dejado como quien dice a la puerta de su casa, para que fuese testigo de su desventura y deshonra.

Ahora tenía la suerte de aquél descorazonado enemigo en sus manos: si él (Chema) quería, podía perdonarle; pero si no lo quería, podía hacer que Bolaños pagase con la vida todas sus cuentas atrasadas.... Por otra parte, había que pensar en Tacha. Mientras Cheno viviese, Chema no tendría tranquilidad, ni contento, ni siquiera podría acercarse a ella con el corazón desahogado; en tanto que, si Bolaños desaparecía, iba a caer de un solo golpe el espeso muro de resentimientos y de celos que de su dicha y de su mujer le separaba.... Así quedaría cerrado para siempre aquel triste capítulo de su historia.... Así podría cerrar las puertas del pasado, y emprender una vida nueva en compañía de su esposa idolatrada....

Mucho trabajaron el corazón y el cerebro del pobre mozo durante aquellas horas de incertidumbre y de lucha; y vacilando siempre, cayendo unas veces en la alegría de la venganza y levantándose otras a los es-

plendores del perdón, continuó acelerando o retardando la marcha, según sus afectos internos se lo inspiraban, hasta que acabó por refrendar mentalmente la sentencia de muerte de Bolaños, y resolvió caminar con la mayor lentitud imaginable....

Al oscurecer de aquél día, llegó a un rancho formado por algunos jacales, donde se detuvo a descansar. Desensilló la mula con calma y la echó al campo a pastar; cenó, charló con los rancheros que le dieron hospedaje, se acostó a dormir y se levantó tarde a la mañana siguiente. Como no tuvo cuidado de atar la mula al quitarle la silla, resultó que la bestia se perdió por los matorrales y le hizo perder casi todo el día en buscarla: así que no pudo ponerse en marcha nuevamente sino al oscurecer. Montó al fin, caminó otro poco, y se detuvo de nuevo en otro rancho, donde pasó la noche. Y no madrugó al otro día, sino se levantó cuando el sol estaba ya bien alto, y entonces se echó a caminar con ligereza para que la mula pareciese fatigada y sudorosa a su llegada a Isota.

Sonaban las siete de la mañana en el reloj de la parroquia, cuando apresurado, polvoriento y con muestras de gran fatiga en el rostro, hizo su entrada por el pueblo.... Iba por los suburbios, cuando oyó una cerrada descarga de fusilería, y se le sobresaltó la conciencia.... Sin detenerse, fué al cuartel en busca de Samartín. Este llegaba también al mismo lugar, en aquellos momentos, acompañado de sus oficiales.

—¡A güena hora!, dijo el coronel al verle; vengo de la ijicución....

Chema se puso lívido y sin decir palabra, entregó los papeles a su tío; pero éste sin leerlos, preguntó a Chema:

—¿Qué resolvió mi general?

—Perdonar la vida a don Cheno, repuso el joven con acento sordo.

Samartín no preguntó a su sobrino por qué había tardado tanto en el viaje; pero fijó en él los ojos con insistencia. Chema también le miró, y los dos se comprendieron. Pero ni entonces, ni después aclararon nada sobre aquél asunto.

—A petición del vecindario, dijo Poli, concedí tres horas más de espera de lo que habíamos convenido. Como salíes de aquí antier a las cuatro de la mañana, a esa misma hora de hoy debía haber ajusilado a don Cheno; pero pa que no dijieran que tenía el alma tan negra, me esperé hasta que sonaron las siete. Entonces lo mandé sacar de la cárcel, y nos juimos yendo todos juntos, la escolta, yo y él, hasta la mera plaza del pueblo. . . . Todo el dilate estuvo en que llegó el señor cura a confesarlo, lo que me pareció muy en el orden. . . . ¡Válgame! ¡Y cuántos pecados ha de haber tenido el probe hombre! Porque tardó una máquina pa desembucharlos. . . . Al fin acabó y le mandé formar el cuadro. . . . Hay que decir la verdá; en cuanto a ser hombre, era muy hombre don Cheno. Por nada quijo que le vendáramos los ojos, y me pidió la venia de dar él mesmo la orden al pelotón. . . . Se desabrochó el chaleco pa que le blanqueara bien la pechera de la camisa, y aluego dijo a los soldados: “¡Muchachos, méntanme bien la puntería pa que no me jierren!” Y aluego alevantó la mano derecha, y gritó muy juerte, con voz que no le temblaba, ni dejaba traslucir el miedo: “¡Juego!” . . . Y sonaron los disparos parejos, parejos, como si hubiera sido uno solo, y cayó don Cheno redondo, sin decir pío, ni mover pie ni mano. ¡Tamaños ansina jueron los boquetes que le hicieron las baas en el merito corazón!

CAPITULO XXIX

EL FANTASMA

DESDE la madrugada de aquel mismo día, comenzó doña Carlota a sentirse muy nerviosa; estaba despierta ya cuando tañeron el alba las campanas del Espíritu Santo, y siguió escuchando los cuartos de hora y las medias horas, sin cerrar los ojos. Inquieta, se removía en el lecho, y ora se despojaba del edredón porque sentíase abochornada, ora se abrigaba hasta el cuello porque la hacía temblar el frío, y ya se reclinaba en los almohadones cansada del decúbito, o bien se tendía cuan larga era para desentumecer los miembros; pero aquellas maniobras resultaban inútiles a la postre, porque el sueño porfiadamente se negaba a cerrar sus párpados.

No sabía por qué había pensado tanto desde hacía días en su sobrino don Juan Nepomuceno Bolaños. Semanas y semanas pasaban sin saber de él. Había dejado sin respuesta la carta de Anita, no se había informado de ella durante la enfermedad que había estado a punto de matarla; parecía que se lo había traído la tierra. Su obstinado mutismo había preocupado en toda forma a la buena señora, pues bien que

no le hubiese querido para yerno, no dejaba, no, de profesarle muy grande y especial afecto como sobrino y último vástago varón de su familia. Y luego, que aquel mozo tan valiente y tan cabal, le causaba admiración y se llevaba toda su simpatía, porque a ella le gustaban los hombres así, de pelo en pecho. ¡Lástima que se hubiese dado a la mala vida! ¿Cómo no se había cuidado bien, sabiendo quién era? Había sido una fatalidad, una verdadera desgracia. Lógico hubiera sido que Anita y él se hubiesen desposado, porque habían nacido el uno para el otro. Pero todo lo había echado a perder su locura, y él tenía la culpa de que se hubiese frustrado el matrimonio. Cierto que la crisis había resultado ventajosa para la felicidad de Anita, porque el doctor Quintanar la quería más y era superior a Cheno en numerosos respectos. Verdad también que ella, doña Carlota, se sentía satisfecha por haber favorecido aquellos nuevos amores, por cuanto que había sabido cumplir su deber como madre y como cristiana; pero ¡qué dolor que no hubiesen podido arreglarse las cosas de otra manera! En fin, así lo había querido Dios, y era preciso conformarse con su santa voluntad!

¡Qué raro que Anita hubiese cambiado tanto y tan radicalmente con relación a su primo! Milagro de Dios sin duda, porque de otro modo no podía explicarse el fenómeno. Y el caso era que tan curada había quedado de aquel ingrato amor, que ni por asomos se le echaba de ver que alguna vez lo hubiese alimentado, y aun solía parecer que su antigua afición hacia él, se hubiese convertido en absoluta indiferencia, despego y hasta un poco de antipatía.

Y ¡vuelta siempre con lo mismo! Por más esfuerzos que hacía, no lograba quitarse de la cabeza a su

sobrino, le tenía allí metido, clavado como un dardo doloroso. Procuraba distraerse, pensar en otra cosa, rezar, contar hasta mil, hasta dos mil, hacer cuentas aburridas, y no lograba su objeto; era una verdadera obsesión. Trataba de explicar el silencio de Bolaños, y tampoco lo conseguía. No sabía por qué no había escrito, ni mandado mensajeros, ni dado señales de vida. ¿Por qué sería? Era forzoso saberlo. . . . A fuerza de devanarse los sesos, creyó encontrar al fin, la clave del enigma. La revolución tenía la culpa de todo. Nadie viajaba, estaban interrumpidas las comunicaciones. Cheno había hecho bien en no exponerse al camino; y acaso había escrito, pero se habían extraviado sus cartas. Era lo más probable. Esta reflexión la hizo pensar en los horrores de la lucha fratricida, y trajo a su memoria las espeluznantes historias que corrían por la ciudad, acerca de los excesos de todo género que los alzados andaban cometiendo.

—¿Le habrá pasado algo malo a Cheno? se preguntaba con angustia. Dios quiera que no. En fin, bueno será encomendarle a Dios; las oraciones nunca pueden sobrar.

Y rezaba una vez y otra, pidiendo al cielo protección para Bolaños.

—No tiene madre, Señor, ni quien se apiade de él en el mundo. Tómale bajo tu amparo, sálvale.

No pudiendo sufrir la cama, se levantó a las cinco, y fué a refugiarse a la iglesia, donde oyó varias misas, todas para implorar el auxilio del Altísimo en favor del hacendado. Abrió al acaso el libro de oraciones, y leyó: "Señor, tus juicios me asombran como un espantoso trueno, y hieren todos mis huesos penetrados de temor y temblor, estremeciéndose mi alma". ¿Por qué habría abierto el libro en aquel preciso lu-

gar? ¿Sería aviso de Dios? ¡Oh, qué horrible presentimiento!

Como dos horas después, volvió a la casa sin haber logrado aquietar sus acongojados pensamientos, más triste y preocupada que nunca. No sabía por qué tenía miedo; se le figuraba que un gran dolor la amenazaba. La inmotivada opresión de su pecho crecía de momento a momento.

Entró en el tocador para despojarse del mantón y guardar los clavillos, sin saber apenas lo que hacía. Anita entretanto en el comedor la aguardaba, la oyó llegar de la calle y la vió cruzar el corredor. En aquel instante sonaron las siete en el reloj del Instituto, y ella, distraída, contó maquinalmente las campanadas.

De pronto, en el silencio del caserón, resonó un clamor espantoso, un alarido de angustia, un grito de socorro. Anita quedó estupefacta. ¿Quién lo había dado? Era desconocido el acento; la joven no lo había oído nunca. ¿Era doña Carlota? No podía ser, porque no se parecía al de la señora.

Sobrecogida de espanto, corrió Anita a buscar a su madre, y llegó al tocador con el aliento entrecortado.

—¡Mamá, madrecita! gritaba con voz trémula.

Y halló a doña Carlota lívida, desencajada, derribada sobre un sillón como cuerpo inerte y con la mirada extraviada.

—¿Qué te pasa? inquirió ansiosa la joven. ¡Por Dios, mamacita!

Y le acariciaba el rostro con las blancas y suaves manos, heladas por la emoción.

No podía hablar doña Carlota, tenía paralizada la lengua; se contentaba con tender la diestra hacia el gran armario de luna que ocupaba la testera, señalando algo con el índice, algo que no se sabía lo que fuese.

—¿El ropero? interrogó Anita.

—Sí, articuló al fin la madre con sumo trabajo.

—¿Qué pasa con él?

—Por allí, siguió articulando la madre con acento trastornado, por allí. . . .

—Por aquí ¿qué, mamá?

Tuvo Anita la idea de que algún malhechor se hubiese ocultado en el enorme mueble, y sin la menor vacilación, como suelen hacerlo los débiles en ocasiones supremas, lo abrió de par en par; pero estaba vacío, no había dentro sino faldas y corpiños, colgados de los ganchos.

—No hay nada, dijo; ya ves que no hay nada.

—Sí, insistió la madre con tono balbuciente. Acabo de ver a Cheno salir de allí, y por allí mismo se ha ido.

Anita se sintió aturdida. ¿Se habría vuelto loca su madre? Doña Carlota se dió cuenta de la sospecha y continuó diciendo:

—No temas que haya perdido la razón; estoy en mis cinco sentidos. Le he visto claramente con estos ojos.

Y lanzaba miradas indagadoras y atónitas al armario y por todos los rincones.

—Ya lo ves, mamá, si no hay nada, fué una alucinación.

—No, yo le ví, estoy segura de haberle visto. Dios me es testigo. . . .

Se llevó las manos al pecho la trémula señora como para contener la fatiga, y agregó sollozante:

—¡Creo que Cheno ha muerto!

—No, mamá, no hay por qué lo digas.

—Vino a despedirse de mí.

—No lo vuelvas a decir; vive y está contento. Ni siquiera piensa en nosotras.

—Me dice el corazón que ha fallecido.

—Por Dios, quítate esas ideas que te atormentan y me afligen. Lo que pasa es que estás muy nerviosa; toma estas perlas de éter. . . . Te traeré una taza de tila.

—Mi sobrino ha muerto y nada puede consolarme. Por malo que haya sido, era de mi sangre, y siempre le quise. . . . ¡Dios le haya perdonado!

Y doña Carlota se echó a llorar a lágrima viva.

—¡Pobre de Cheno! ¡Pobre de Cheno! repetía sin cesar.

Y los sollozos le cortaban la palabra.

—Pero, madrecita, ¡cómo te lo he de creer! ¿De dónde sacas esas cosas?

—De lo que yo misma he visto. . . . Ha muerto, ha muerto. . . . Vas a ver cómo ya se murió.

Y fueron inútiles las más finas atenciones y cuidados de Anita, porque doña Carlota continuó azorada y dolorida toda la mañana, y así la encontró Quintanar, cuando llegó, como de costumbre, a reunirse con Anita para ir a la alameda a dar un paseo.

—¿Qué pasa, por Dios? preguntó inquieto al notar el trastorno de la casa.

—Una cosa muy extraña, Nacho, repuso Anita. Figúrese que mamá ha dado en decir que ha visto a Cheno mi primo esta mañana, siendo así que no se halla él en la ciudad, y que hace tiempo no viene a vernos.

—Llegaría inopinadamente.

—No tenemos la menor noticia de eso. Además, estaba cerrada la puerta y nadie pasó por los corredores, ni entró nadie en casa en aquel momento. ¡Figúrese usted!

—Mi sobrino, terció doña Carlota, no vino de ninguna parte; salió por el armario. Me vió con ojos muy tristes y desapareció al través de esa luna.

—Estaría usted medio dormida, lo soñaría, objetó Quintanar.

—Nada de eso, doctor, sino despierta y bien despierta. Acababa de volver de misa, me había quitado el mantón y me disponía a guardar los clavillos, cuando cádate que se me presenta Cheno sin hacer el menor ruido. Nada me dijo; pero me miró fijamente, y leí su pensamiento; me decía adiós con los ojos. Luego se desvaneció silenciosamente.

—¡Con que así, así! articuló el médico con incredulidad.

—Como usted lo oye; tan cierto como que me tengo que morir.

Quintanar, por toda respuesta, se limitó a tomar la temperatura y el pulso a la señora, y, terminado el examen, recetó cucharadas con azahar y bromuro.

—Mucho reposo, ordenó, y distraerse, señora. No piense usted más en ello. Tenga un poco de energía, vea como divaga esas ideas.

Doña Carlota meneó la cabeza en señal de firme negativa.

—Tomaré la medicina, porque no puedo negar que se me han rebelado los nervios, dijo; pero en cuanto a que no haya visto lo que ví, antes me dejaría crucificar. . . . Vais a verlo muy pronto; Cheno ha muerto.

Antes de salir de la casa, el doctor llamó a Anita aparte, y la dijo:

—La señora delira; se halla en estado de hiperestesia. Todo pasará, pero hay que cuidarla. No la dejéis sola ni un momento.

— Se entiende, no me separaré de ella, repuso la joven. ¿No es cosa de cuidado?

—No, por el momento. Exaltación pasajera de carácter esencialmente neurótico. Me llama la atención; nunca hubiera creído hallar tanta susceptibilidad nerviosa en persona de tanto empuje como la señora madre de usted. Aguardo una reacción pronta.

—No nos abandone usted, Nacho.

—Al oscurecer nos veremos. Si antes ocurre alguna novedad, me llama usted por teléfono.

Y tal como lo dijo Quintanar, así fué pasando todo. Hizo pronto efecto la poción calmante, y doña Carlota fué entrando poco a poco en quietud, hasta que al medio día se quedó profundamente dormida. Anita le veló el sueño y no la despertó para nada, porque comprendió que el reposo sería su medicina mejor. Ya al caer la tarde, despertó por sí misma muy calmada doña Carlota, echó una mirada en torno, y sonrió a su hija.

—¿Cómo te sientes, madrecita? le preguntó ésta con dulzura al verla abrir los ojos.

—Muy aliviada, bendito sea Dios. Anoche no dormí ni pizca y estaba muy quebrantada, muy enferma. Ahora que he descansado, me parece que soy otra.

—¡Cuánto me alegro! ¿Nada te preocupa ya?

Anita quiso aludir a la visión, pero no se atrevió a decirlo claramente. Doña Carlota pareció haber leído su pensamiento.

—¡Cómo no! repuso. Continúo creyendo que mi sobrino ha muerto. Nadie me arranca esa convicción.

Y tornó a llorar como si estuviese ante el cadáver de Bolaños.

A la hora de la tertulia llegó el doctor Sagredo, quien se asombró de lo que veía, y preguntó qué era

lo que había sucedido en la casa. Informado de todo, no dió importancia al caso, y aconsejó también quietud y distracción, como si se hubiese puesto de acuerdo con su colega.

No tardó en presentarse Quintanar.

—¿Cómo ha seguido usted, señora? preguntó a doña Carlota con el mayor interés.

—Muy mejorada, doctor, mil gracias, repuso la paciente.

—Ha podido dormir y se ha tranquilizado, intervino Anita; estoy muy contenta.

—¿Y esas ideas? insistió Nacho sonriendo.

—Ya no me enferman, pero las conservo.

—¡Cómo, señora! ¿Todavía cree usted que ha visto al señor Bolaños?

—Ahora más que nunca. Lo creo tanto como que está usted presente.

—No, mamá; no digas eso; se te figuró, no fué cierto.

—Ojalá no lo fuera, no tendría la convicción de haber sucedido la desgracia que me hace llorar tanto. Pero sé que algo terrible le ha pasado a mi sobrino; yo le doy por muerto.

En esto fué interrumpida la conversación por la llegada de don Melchor, que venía rigurosamente vestido de negro y con grave expresión en el rostro. Saludó ceremoniosamente, y ocupó asiento junto al sitio de doña Carlota.

—Me parece usted muy pálida, amiga mía, la dijo. ¿Ha estado enferma?

—Anoche me atacó un mal repentino y no pude dormir. Se me han alterado furiosamente los nervios, y ha sido preciso medicinarme. ¡Imagínese usted! ¡Y

yo que me preciaba de haber sido mujer fuerte y de no saber de melindres!

—Y en efecto, desde que la conozco, jamás ha sido neurótica. ¿Por qué ha sido eso?

—La causa de ello es muy extraña. No he cesado de acordarme de mi sobrino Cheno, y anoche especialmente tuve esa idea fija toda la noche.

—¿Con que ha pensado usted mucho en el señor Bolaños? interrogó don Melchor visiblemente interesado.

—Sí, señor, mucho, muchísimo, y tiene usted que esta mañana misma, a la hora menos pensada, se me apareció. En el acto me asaltó la idea de que había muerto y de que había venido a despedirse de mí; y estoy segura de que así ha sucedido, y de que mi pobre sobrino Cheno no pertenece ya al mundo de los vivos.

—¿Qué cosa más extraña! murmuró sordamente Covarrubias visiblemente preocupado.

—Me levanté muy temprano, continuó la señora, fui a misa, recé por él, y al volver a casa, me sucedió eso.

—¿Le ha visto usted? ¿Se le apareció? ¿De veras? preguntó ansioso don Melchor abriendo desmesuradamente los ojos.

—Sí, señor, le ví con tanta claridad como estoy viendo a usted.

—¿Está usted segura?... ¿segura? balbuceó el anciano con insistencia.

—Segurísima; no me cansaré de repetirlo. Vea usted, hasta podría detallar el aspecto que presentaba. Vestía traje de ranchero, muy sucio y desgarrado, y llevaba un brazo como enfermo, envuelto en blancos vendajes.

—¡Jesús! ¡Jesús! exclamó don Melchor sin poder ya contenerse y llevándose las manos a la cabeza.

Cerró los ojos, como presa de un vértigo y apenas podía respirar.

—Vino a despedirse de mí, siguió diciendo doña Carlota; estoy segura de que ha fallecido. Ya lo verá usted, don Melchor.

—¿A qué hora fué eso? articuló con voz débil Covarrubias.

—A las siete de la mañana en punto, contestó Anita; yo misma conté las campanadas del reloj.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué ha pasado aquí? murmuró el anciano densamente pálido.

Y echó en derredor una mirada de susto, como si hubiese visto una sombra.

—¿Qué tiene usted? le preguntó Anita. ¿Se siente mal? ¿Necesita algo?

—Un poco de agua, si me hace usted el favor, repuso con voz desmayada.

La joven corrió al tocador y trajo una copa, que paladeó don Melchor atragantándose y a pequeños sorbos.

—De suerte que, continuó dirigiéndose a doña Carlota, ¿tiene usted la convicción firme de la muerte de su sobrino?

—Absoluta, repuso con amargura la señora de Téllez. No le lloraré más el día que se confirme la noticia.

—Pues bien, amiga mía, concluyó el anciano con voz sorda, puesto que usted la sabe ya, no tengo para qué ocultarla. He venido exprofeso a prevenirla para darle la noticia poco a poco, y encuentro que mis precauciones son inútiles. Me sorprende lo que oigo. El señor Bolaños murió, en efecto, fusilado, esta mañana a las siete, en el pueblo de Isota.

— ¡Dios mío, fusilado! gritó Anita con tono lamentable.

— ¡Pobre, pobre de Cheno! gimió la señora con mayor arrebato. Ya lo sabía; pero no de esa manera.

Imposible describir la estupefacción de los circunstantes: quedaron boquiabiertos y mudos. Mirábanse los unos a los otros sin saber qué pensar ni qué decir. Miedo y desconcierto había en sus asombrados ojos.

— Todo esto lo sé, continuó Covarrubias, porque acabo de recibir un propio, que vino a matacaballo.

— ¿Lo veis, lo veis? interrogaba doña Carlota dirigiéndose al grupo. Estaba segura, porque le ví con estos ojos; vino a decirme adiós. ¡Pobre, pobre sobrino!

Anita continuaba llorando. No era un amor caduco y olvidado lo que le arrancaba lágrimas, sino la simpatía humana, el interés de la familia; el horror por un fin tan espantoso.

— La tragedia pasó así, explicó Covarrubias. Los revolucionarios atacaron la hacienda de "San Víctor"; don Cheno se defendió bravamente, pero fué traicionado por sus mismos sirvientes y cogido prisionero. Llevado a Isota, se le juzgó por un tribunal improvisado, que le condenó a muerte. Intercedió en su favor el vecindario, y el jefe de las armas concedió la gracia, pero, habiendo llegado tarde el indulto, fué fusilado en la plaza mayor del pueblo a las siete en punto de la mañana de hoy. El cura lo confesó y murió con valor asombroso: ... Un detalle muy interesante: había sido herido en la refriega, y tenía un brazo vendado, en efecto, tal como le vió mi señora doña Carlota.

El breve relato de Covarrubias se hizo en medio del mayor silencio. El dolor de la familia enmudecía

ante el asombro de la revelación. El prodigio se cernía sobre la catástrofe y casi la eclipsaba.

Sagredo rompió el silencio.

— Al llegar aquí, dijo, me figuré hallarme ante un caso de neuropatía; pero veo que estamos en presencia de un fenómeno telepático. No hay duda, señores, el alma de don Juan Nepomuceno se ha comunicado con la de mi señora doña Carlota en el supremo trance de la muerte. Sin duda murió pensando en ella.

— ¿No será una mera coincidencia? preguntó Quintanar desconcertado.

— No, repuso con firmeza don Jerónimo; es un hecho real y perfectamente comprobado. La ciencia positiva, esto es, la experimental, tiene bien establecido que existen las comunicaciones a distancia. Hay gruesos volúmenes escritos sobre el particular. Estos imponentes descubrimientos vienen muy a tiempo para demostrar que tenemos alma, y que nuestra alma es espiritual, porque la materia no es ubicua, no puede hallarse al mismo tiempo en distintos lugares, y la de don Cheno ha estado aquí y en Isota a la misma hora de este día. Señores, lo sobrenatural nos envuelve.

Los testigos de la escena se sintieron nadar en pleno misterio, y el sublime estremecimiento que produce lo desconocido, serpeó como una oleada de frío por todos sus nervios.

Inclinaron la frente, como si se hallasen ante un huésped invisible, y pensaron con respeto en Juan Nepomuceno Bolaños. Aunque lleno de lacras y defectos en vida, había sido redimido por el sufrimiento y dignificado por la inmortalidad.

FIN.

INDICE

	Páginas
Introducción	V
Prólogo	VII
Capítulo	
I.—Madre e hija	1
II.—Juan Nepomuceno Bolaños	17
III.—Una posada	52
IV.—Dos insomnios	94
V.—La Noche Buena	110
VI.—En la calle del Pino	144
VII.—La Junta	175
VIII.—La lugareña	206
IX.—En el campo	225
X.—Protección magnífica	238
XI.—Los caballos	251
XII.—La ofensa	264
XIII.—El pararrayos	271
XIV.—En el tennis	294
XV.—En busca de salvación	315
XVI.—Política de campanario	343
XVII.—El puente del Arroyo Seco	349
XVIII.—La huida	359
XIX.—Natural y figura	371
XX.—Ama de llaves	398
XXI.—El Alí	410
XXII.—El Regente	418
XXIII.—Desengaño	428
XXIV.—El tabardillo pintado	446
XXV.—Convalecer	467
XXVI.—El ataque	480
XXVII.—La sentencia	494
XXVIII.—No hay enemigo pequeño	501
XXIX.—El fantasma	511

INDICE

Introducción 7
 I. — Mañana e hijo 71
 II. — Juan Xpoumengo Bolívar 17
 III. — Una posada 28
 IV. — Dos insomnios 37
 V. — La Noche Buena 110
 VI. — En la calle del Pinar 144
 VII. — La Jura 173
 VIII. — La Injusticia 208
 IX. — En el campo 223
 X. — Protección indígena 232
 XI. — Los zapallos 251
 XII. — La escama 264
 XIII. — El pararrayas 271
 XIV. — En el tren 285
 XV. — La busca de salvación 215
 XVI. — Política de compañía 347
 XVII. — El puente del Arroyo Seco 349
 XVIII. — La tumba 359
 XIX. — Natural y artificial 371
 XX. — Ana de Hayes 388
 XXI. — El Al 410
 XXII. — El Regener 418
 XXIII. — Desorden 427
 XXIV. — El tabarillo, diatema 442
 XXV. — Consola 467
 XXVI. — El atape 480
 XXVII. — La sentencia 488
 XXVIII. — No las casquillo pedregoso 511
 XXIX. — El fantasma 511

ERRATAS MAS NOTABLES

Página	Línea	Dice	Debe decir
4	11	replegadas	plegadas
36	13	mudanzas doctrinas	mudanzas y doctrinas
57	4	Méxio	Méjico
70	6	¿De dónde	¿Dónde
92	28	México	Méjico
101	3	Atinoo	Antinoo
125	33	n	En
127	4	e	te
136	33	lagún	algún
143	8	a la casa	en la casa
162	17	Su pensamiento, su fuerte raciocinio	Su pensamiento y su fuerte raciocinio
191	33	condesito	condecito
284	33	individual por	individual de
508	34	alegría	la alegría
510	34	as en	las en
520	19	peocupado	preocupado

